

Blue Jeans

Canções
para **Paula**

se

Paula, una joven a punto de cumplir los 17, se ha citado con Ángel, un chico de 22 años al que ha conocido por internet. Está nerviosa e ilusionada. Los minutos pasan y el chico no llega, por lo que ella decide meterse en un café cercano. Allí tiene un divertido encuentro con Álex, un desconocido, que casualmente está leyendo el mismo libro que ella. Ambos son jóvenes y guapos... Álex tiene que irse precipitadamente porque tiene un compromiso. Cuando Paula ya se dispone a salir, aparece Ángel y se disculpa por el gran retraso. Él es periodista y esa tarde ha tenido que entrevistar a Katia, la cantante de moda...

Canciones Para Paula es una novela fresca y juvenil que cuenta la historia de Paula, una adolescente de casi 17 años que se enamora de Ángel, un chico un poco mayor que ella que conoce por internet. Sin embargo, cuando todo les va genial aparece Álex, a quien sólo conoce de un ratito pero cuyo encuentro es de cine. Además, Paula no sabe que tiene un admirador y que está más cerca de lo que se podría esperar... Todo un embrollo de amores y desamores de los que serán testigos sus mejores amigas, «Las Sugus», que no se separarán de Paula.

Amor, desamor, encuentros, mentiras, amistad, música... Todo tiene cabida en esta romántica historia que sin duda te mantendrá sin pestañear hasta el final.



Blue Jeans

Canciones para Paula

Canciones para Paula - 1

ePub r1.3

Titivillus 02.02.15

Título original: *Canciones para Paula*
Blue Jeans, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1



Seis de la tarde de un día de marzo.

Mira de nuevo su reloj y se sopla el flequillo. Vistazo a un lado, a otro. Nada. Ni rastro de la flor roja.

Dos días antes.

Él: «Llevaré una rosa roja para que sepas quién soy».

Ella: «¿Una rosa roja? ¡Qué clásico!».

Él: «Ya sabes que lo soy».

Ella: «Yo llevaré una mochila fucsia de las Supernenas».

Él: «¡Qué infantil eres!».

Ella: «Ya sabes que lo soy».

Seis y cuarto de la tarde de un día de marzo.

«Será capullo. Si al final resulta que estas van a tener razón...».

Paula mira de nuevo su reloj. Suspira. Se ajusta la falda que se ha comprado expresamente para la cita. También lleva ropa interior nueva, aunque sabe perfectamente que no llegarán tan lejos. Da pequeños golpecitos con el tacón en el suelo. Empieza a estar realmente enfadada.

Un día antes.

Ella: «¿Estás seguro de lo que vamos a hacer?».

Él: «No. Pero tenemos que hacerlo».

Ella: «Como no aparezcas...».

Él: «Apareceré».

Seis y media de la tarde de un día de marzo.

Paula se resigna. Si al menos le hubiese dado el móvil... Se pone la mano en la frente. Está acalorada y eso que allí hace un frío que pela. No puede creerse que él no se haya presentado. Vuelve a mirar a todas partes en busca de una flor roja. Nada.

—Eres un capullo —dice en alto, pero no lo suficiente como para que alguien la

oiga.

La noche anterior.

Él: «Te quiero».

Ella: «TQ».

Seis y treinta y seis de la tarde de un día de marzo.

Paula se ha cansado de esperar. Tiene calor. Poco después tiene frío. Saca una goma de uno de los bolsillos de la mochila de las Supernenas y se coge una cola. Se había alisado el pelo para la ocasión, pero ahora ya le da igual. El capullo no se ha presentado. «Capullo».

«¿Y ahora?». Es pronto para volver a casa y por nada del mundo quiere estar cerca de su PC. Necesita un buen café con el que aliviar las penas.

Justo enfrente ve un Starbucks. Camina hacia el paso de cebra para cruzar la calle haciendo mil y una muecas de fastidio. Mientras espera que el muñequito del semáforo se ponga en verde, recuerda la conversación con sus amigas en el instituto.

Ese mismo día por la mañana.

Paula: «A las cinco y media».

Cris: «Tía, no me lo puedo creer. ¿De verdad que has quedado con ese tío?».

Diana: «¡Qué fuerte me parece!».

Paula: «Creo que es el momento de que por fin nos conozcamos».

Miriam: «Pero si ni siquiera os habéis visto en foto...». Paula: «Ya lo sé, pero me gusta y yo le gusto a él. No necesitamos fotos».

Diana. «¿Y si es un enfermo o un depravado sexual de esos...?».

Miriam: «Eso es lo que a ti te gustaría encontrar, ¿eh, Diana? Un loco que ande todo el día pensando en el sexo».

Todas ríen menos Diana, que intenta dar un tortazo a Miriam, pero ésta lo esquiva hábilmente.

Cris: «¿Y si no se presenta?».

Paula: «Se presentará».

Miriam: «Puede que no».

Diana: «Puede que no».

Paula: «¡¡¡¡Os digo que sí!!!!».

Profesor de Matemáticas: «Señorita García, ya sé que le entusiasman las derivadas, pero haga el favor de contenerse un poco en clase. Y ahora, ¿puede usted

salir a la pizarra a ilustrarnos con su sapiencia?»).

La conversación termina y ahora todas ríen menos Paula que, de mala gana, se levanta y se dirige al encerado.

Seis y cuarenta de la tarde de un día de marzo.

Paula abre la puerta del Starbucks. No hay nadie haciendo cola. Un chico calvo y delgado, con barbita, la atiende con una bonita sonrisa. La chica pide un *caramel macchiato*, una especialidad con caramelo y vainilla. Paga la consumición y sube a la planta de arriba a tratar de poner un poco de orden en su desordenada cabeza.

La sala está prácticamente vacía. Una parejita tontea en un sillón cerca de uno de los grandes ventanales que dan a la calle. Paula los mira de reojo.

«Qué mala pata, han cogido el mejor sitio...».

Cerca de la pareja hay otro sillón que le satisface, pero lo descarta al encontrarse demasiado cerca de aquellos novios. No es plan molestarles. Así que finalmente se decanta por un lugar alejado y esquinado, cerca de otra ventana, pero con menos luz y peor vista.

Paula mira el tráfico de la ciudad. Está pensativa y triste: tiene que reconocer ante sí misma que confiaba en que él se presentaría. Tras dos meses hablando cada día, contándose cosas, riendo, casi enamorándose..., a la hora de la verdad, él había sido un cobarde. O quizá no era lo que decía ser y finalmente ha dado por concluida la relación.

«No, no puede ser. Eso no puede ser».

Da un sorbo a su *caramel macchiato*. Inevitablemente se mancha los labios y la espuma le deja una especie de bigotillo bajo la nariz. Intenta llegar con la lengua, pero es inútil. El caramelo ha hecho de las suyas. «Mierda, no he cogido servilletas y paso de cruzarme delante de esos dos otra vez».

Mira en la mochila de las Supernenas, pero no encuentra pañuelos de papel. Suspira. Saca el libro que llevaba dentro y lo coloca sobre la mesa para continuar su rastreo con menos obstáculos. Nada. Y vuelve a suspirar.

Durante la exploración mochilera, un chico ha entrado en la sala y se ha sentado justo en el sillón que está enfrente de Paula. En el tercer suspiro, al levantar la cabeza, ella lo ve. La está mirando. Es guapo. Le sonrío. Paula recuerda que aún está manchada y disimuladamente arroja el libro al suelo. Cuando se agacha para recogerlo, aprovecha y con la mano se limpia la boca, los labios, hasta se frota la nariz por si acaso. Salvada.

Pero de repente su rostro bajo la mesa se topa con el rostro del chico guapo que se ha acercado y está agachado junto a Paula. Sin decir nada, el joven saca un pañuelo de papel de un paquete que llevaba en el bolsillo y se lo da.

—Toma —le dice mientras le ofrece un clínex con una amplia sonrisa. «Una sonrisa maravillosa», piensa Paula—. Aunque igual ya no lo necesitas.

Paula se quiere morir al escuchar las palabras del joven guapo de la sonrisa maravillosa. Se muere de vergüenza. Sus mejillas enrojecen y, al incorporarse con el libro en la mano, se da un cabezazo contra la mesa.

—¡Ay!

—¿Te has hecho daño?

—No. —Paula ve al chico de pie. Es bastante alto. Lleva una sudadera negra y unos pantalones vaqueros azules algo gastados. Tiene unos ojos grandes y castaños, y lleva el pelo un poco más largo que lo que a ella le hubiese gustado. Pero es realmente guapo—. Y tampoco necesito tu pañuelo.

El joven sonríe y se guarda el pañuelo en el bolsillo.

—Muy bien. Me vuelvo a mi sitio.

Paula agacha la mirada y espera a que el desconocido se siente de nuevo. Cuando intuye que el joven está otra vez sentado, levanta un poco la vista para comprobarlo. Así es.

«Qué guapo es... ¡Basta!, ¿en qué estás pensando, Paula?». Un leve dolor en la cabeza, justo donde se ha dado el golpe, le devuelve a la realidad, pero al tocarse no nota ningún chichón. «Menos mal. Era lo que le faltaba». «Hija, si es que tienes la cabeza muy dura», le suele decir su madre a menudo. Mira por dónde, y sin que valga de precedente, tiene que darle la razón.

Paula sonríe por primera vez en toda la tarde. Da un nuevo sorbo a su bebida, esta vez con cuidado de no mancharse, y abre el libro por la página donde unas horas antes lo había dejado. Es *Perdona si te llamo amor*, de Federico Moccia. Trata de una joven estudiante de diecisiete años y un publicista de treinta y seis que se enamoran. Paula no es una gran aficionada a la lectura, pero Miriam le ha hablado tanto de este libro que finalmente decidió leerlo. Y le entusiasma. Le apasionan la madurez de Niki, la protagonista, sólo un año mayor que ella, y su capacidad para conquistar a un hombre mucho mayor como Alessandro. Sí. Ojalá ella algún día tuviera una historia de amor tan intensa como aquélla, aunque le gustaría que el chico no fuese tan mayor, claro.

Entonces de nuevo le viene a la mente el plantón. Aquel capullo la ha dejado tirada.

«Ufff».

Casi sin querer, mira al sillón donde está el chico guapo de la sonrisa maravillosa. Esta vez él no la está mirando a ella.

—No me lo puedo creer —se le escapa a Paula en voz alta. El joven está leyendo un libro, prácticamente a punto ya de terminarlo. Paula inclina la cabeza para leer el título y cerciorarse de que no se equivoca: *Perdona si te llamo amor*.

En esos momentos, el chico se da cuenta de que los ojos de Paula están puestos sobre él. La observa, después dirige su mirada hacia la portada del libro, luego otra vez a ella y finalmente sonrío. Con esa sonrisa maravillosa de nuevo.

—¿Te está gustando? —le pregunta el joven, alzando un poco la voz.

«Pues claro que me gusta, estúpido. Cómo no me iba a gustar esa sonrisa, si es la más bonita que he visto nunca...», piensa ella antes de responder:

—¿Perdona? —pregunta Paula con cara de sorpresa como si la hubieran radiografiado la mente.

—He visto antes, cuando se te ha caído el libro..., bueno, en realidad, cuando he llegado y tú estabas buscando algo en tu mochila, he visto que estamos leyendo el mismo libro. Y te preguntaba que si te está gustando.

—Ah, eso. Sí, sí que me está gustando. —Es una bonita historia. Espera...

Entonces el joven se levanta del sillón, coge su bebida y el libro, y se sienta al lado de Paula. La chica, sorprendida, vuelve a ponerse colorada. No es guapo: es guapísimo.

—¿Te importa? Es para no estar gritando todo el tiempo...

—No, claro. Siéntate.

Pero justo en ese instante suena con fuerza *Don't stop de music*, de Rihanna, desde dentro de la mochila de las Supernenas. Paula da un respingo y se apresura a buscar su teléfono móvil. Varios segundos después por fin da con él. Es Miriam.

—Perdona, es una amiga —le explica en voz bajita al joven guapísimo que le vuelve a sonreír una vez más y le hace un gesto como de «contesta, no te preocupes». Ella se levanta y camina hacia otra parte de la sala. La joven pareja enamorada ya se ha ido.

—¿Sí...?

—Cariño, ¿qué tal va la cosa? —pregunta rápidamente Miriam al oír la voz de su amiga—. No molestamos, ¿verdad?

—¿«Molestamos»? ¿«La cosa»?

—Sí. Estamos aquí Diana, Cris y yo reunidas. Espera. Decid algo chicas... —un escandaloso «hola», seguido de un insulto amistoso, se oye al otro lado del móvil—. ¿Ves como te queremos y nos preocupamos por ti? ¿Qué tal va la cita?

«Uff, la cita». Ahora cae. Pero no tiene ganas de dar explicaciones a sus amigas en ese momento, y menos tener que darles la razón. Así que se ahorra decirles que aquel capullo no se ha presentado.

—Bien, «la cosa» va bien. Pero no puedo hablar ahora mismo. Estoy muy liada y...

—¡¡¡Uhhh!!! Muy liada... Mmmm. Muac, muac, muac. Bueno, no te molestamos más, niña. Queremos que nos cuentes todos los detalles mañana. Chicas, colgamos. Despedíos...

Y con un sonoro «adiós, te queremos», seguido de otro impropio cariñoso, se da por finalizada la conversación.

Paula cierra los ojos. Suspira. «Están locas». Y se dirige otra vez a su sillón. El joven guapísimo está de pie y lleva el libro bajo el brazo.

—Me tengo que ir. Se me ha hecho tardísimo. En diez minutos empiezo las clases. «Las clases. ¿Qué clases? ¿A estas horas?».

—Encantado de conocerte. Espero que el final del libro te guste.

Y sin decir nada más el chico guapísimo de sonrisa maravillosa sale corriendo de la cafetería.

Paula entonces se vuelve a sentar mientras decide que ya es hora de regresar a casa, tomar un buen baño relajante y olvidarse por un tiempo de su PC. Coge el libro para guardarlo, pero percibe algo extraño. El separador no es el suyo y además está en la última página.

«Ese idiota se ha equivocado de libro y se ha llevado el mío».

Abre el libro por el final y arriba, escrito con bolígrafo azul, puede leer: «*alexescritor@hotmail.com. Por si quieres comentar el final del libro*».

La nota le hace sonreír y Paula termina soltando una pequeña carcajada. Guarda el libro dentro de su mochila de las Supernenas y camina hacia las escaleras de la planta alta del Starbucks sin poder evitar una sonrisa tonta.

«Y el tío va y me dice que espera que el final del libro me guste. Qué capullo...». Pero, hablando de capullos... En ese momento, otro joven alto, atractivo, sube a toda velocidad las escaleras de la cafetería. Va tan deprisa que no ve a Paula: al tropezar con ella, la chica da un culazo contra el suelo y él casi se cae encima, pero consigue saltarla y termina de rodillas justo detrás. De sus manos resbala una rosa roja. Ambos se miran sorprendidos. Él sonríe al ver la mochila de las Supernenas en el suelo.

Capítulo 2



ás o menos a esa hora, en otro sitio de la ciudad.

También él mira el reloj. También él suspira. Mario está sentado en el suelo encima de una alfombra, haciendo los deberes de Matemáticas. De fondo suena una canción de Maná.

¿Cómo pudiera un pez nadar sin agua? ¿Cómo pudiera un ave volar sin alas? ¿Cómo pudiera la flor crecer sin tierra? Cómo quisiera poder vivir sin ti...

No puede evitar repetir la última frase. Y se le encoge el corazón. Y suspira. *Cómo quisiera poder vivir sin ti.*

Sí. Eso es lo que él querría: poder vivir sin pensar en ella.

«Céntrate, Mario... Los deberes, las Matemáticas, las notas... ¡Pero así no puedo!».

Se levanta y pone en modo silencio el reproductor del PC. Le parece un sacrilegio cortar una canción de Maná, su grupo preferido, y también el de ella, pero, si no, es imposible concentrarse.

Vuelve a la alfombra. A las dichosas Matemáticas. Derivadas.

Concentración. Encoge las piernas situando la derecha sobre la izquierda. Hace movimientos de relajación con el cuello. Luego coloca sobre su cabeza el cuaderno de Matemáticas. Hace equilibrio y no se cae. A continuación pone sus manos a ambos lados de las sienes y con los dedos índice y corazón comienza a frotárselas suavemente, con pequeños círculos. Cierra los ojos y de su boca sale un «Ohmmmm» de cinco segundos. Luego otro «Ohmmmm», éste un poco más largo. Y luego... se oye una tos desde la puerta de su habitación.

—Ejem. Ahora entiendo por qué no tienes novia... Su hermana sonríe y sus amigas no pueden evitar una pequeña carcajada detrás.

Mario abre los ojos, descruza las piernas y se quita el cuaderno de la cabeza. Se ha puesto rojo como un tomate. Las mira nervioso y espera que ella no esté allí. Parece que no. Sólo son su hermana y dos de las pesadas de clase.

—¿Qué quieres?

—Decirte que nos vamos. Papá y mamá no están así que te quedas solo. A ver qué haces..., ¿eh?

La chica pone cara pícaro y luego silba mirando hacia arriba.

—Pues qué voy a hacer..., terminar este coñazo...

—¿Estás con las derivadas? Luego me las pasas.

—¡Y a nosotras también! —se oye en el pasillo.

Mario mira a su hermana con indignación.

—¿Y por qué no te lo curras un poco? No me extraña que repitieras cuarto. No te vale con que tu hermano te coja, sino que además quieres que te adelante... Debería darte vergüenza, Miriam.

—No seas tonto. Si lo hice para estar en clase con estas petardas —se burla Miriam, señalando a Diana y Cris. Y de improviso se lanza al suelo encima de su hermano pequeño.

—Pero ¿qué haces? ¡Para de una vez!

Tirados en la alfombra, Miriam no para de besuquear a Mario.

—¿Quién es el hermano más guapo y bueno del mundo mundial y del universo universal?

Las dos amigas, detrás, ríen sin parar al ver la cómica escena entre los hermanos.

—¡Vale! ¡Basta! Luego te paso los deberes, pero déjame ya en paz. Eres, eres...

—... Increíble, ¿a que sí? —Y da un sonoro beso en la mejilla a Mario—. ¡Guapo! —Luego se levanta, se coloca bien el escote y el pantalón y, tras salir de la habitación, cierra la puerta.

Qué pesadilla compartir clase con ella. No sólo tenía que soportarla en casa sino que éste era el segundo año que, además, también la veía a todas horas en el instituto. A Mario no le hacía ninguna gracia. Para colmo de males, su hermana se había convertido en la mejor amiga de...

Clavado en un bar suena desde el móvil encima del escritorio. ¿Ella? No puede ser. Nunca le llama. Pero ¿y si es ella?

Mario se levanta con torpeza, resbalando, dándose con la pared, pero al fin llega al escritorio. Decepción: son sus padres.

—Dime, mamá...

—Hijo, llegaremos tarde. Hacedos vosotros la cena. Tenéis ahí varias cosas en el frigorífico.

—Sí, mamá.

—Y dile a tu hermana que cene algo, que siempre está con esas tonterías de la dieta.

—Sí, mamá.

—Y que haga los deberes.

—Sí, mamá.

—Y, si pasa algo, llámanos al móvil.

—Sí, mamá.

—Y...

—Mamá —interrumpe Mario—, ¿todo esto no deberías decírselo a Miriam, que es la hermana mayor?

Su madre se queda callada al otro lado del móvil durante unos breves segundos:

—No —termina contestando con rotundidad—. Si pasa algo, ya sabes... Un beso cariñoso. Te quiero.

El chico mueve la cabeza de un lado para el otro y deja otra vez el móvil en el escritorio. Camina hacia el PC y vuelve a subir el volumen del reproductor. *Cuando los ángeles lloran*. De pie, escucha y tararea un trozo de la canción. Luego se agacha y recoge lo que tenía sobre la alfombra. De su cuaderno de Matemáticas cae una foto que esa misma mañana había hecho en el instituto y que nada más llegar a casa había impreso. Está preciosa. Bueno, tal vez *preciosa* no sea la palabra, ya que sale sacando la lengua y guiñando un ojo. Pero para Mario ella siempre está preciosa. Le tiene puesta la mano por detrás, abrazándola. Si ella supiera que estaría abrazándola cada hora, cada minuto, cada segundo de cada día... Abrazándola y besándola. No pararía de saborear sus labios, su boca... Y es que la quiere. La ama con todas sus fuerzas. ¿Cómo es posible que todavía haya gente que diga que a los dieciséis años no se sabe lo que es el amor...! Que eso no es un amor verdadero. Y entonces, ¿qué es? Si le duele con tan sólo pensarlo...

Mira su reloj. ¿Qué estará haciendo ella ahora? ¿Y si la llama? No, no quiere ser pesado. No quiere molestarla. ¿Qué le podría decir, además? Si ya la ve cada día en clase... No, no puede ser un pesado. ¿Un SMS? No, tampoco. Eso sería peor aún. ¿Y si luego no le contesta como ha pasado otras veces? Se pone nervioso, tenso. Cree que a ella él le importa lo más mínimo. Es duro amar en silencio.

El ordenador. Internet. Seguro que a esta hora anda en el Messenger. Últimamente entra mucho, más de lo habitual. Aunque a veces tarde en contestarle. Silencios largos. Silencios eternos.

Mario entra en su MSN, y teclea la clave, «Paulatq». No está. Sale del MSN y vuelve a escribir la contraseña. Diez veces en media hora. No aparece.

Finalmente, derrotado, se tumba en la cama con la almohada sobre la cabeza. En su PC suena *Labios compartidos*.

Capítulo 3



*E*se día de marzo, en esa misma ciudad, unas horas antes del encontronazo entre Paula y Ángel.

La redacción está completamente vacía. Sólo queda el jefe, encerrado como siempre en su pequeño despacho, y él, que además está a punto de terminar un artículo sobre esa banda escocesa de moda en Reino Unido. Bajito, muy bajito, en el ordenador suena *All you need is love*, pero no la original de los Beatles sino una versión que sale en la película *Love actually*. «Todo lo que necesitas es amor».

Ángel relee una vez más lo que ha escrito. Prácticamente, cada vez que escribe una línea, examina el texto entero. «Ya casi está», piensa.

Escribir, la música...: esto es lo que le gusta de verdad. Vale, la revista no es gran cosa y el sueldo tampoco. Pero es su primer trabajo serio a sus veintidós años y quizá, con el tiempo, pueda llegar a más. A la *Rolling Stone*, por ejemplo. Pero por ahora se conforma con lo que tiene. Otros compañeros de carrera aún no tienen trabajo mientras que él, además, escribe sobre lo que le gusta.

Termina la canción y comienza *I finally found someone* cantada a dúo por Brian Adams y Barbara Streisand. «Finalmente encontré a alguien». Ángel sonríe. Recuerda que esa canción se la pasó a Paula por el MSN. Ella no la conocía por el título, pero cuando la oyó, dijo: «Ahhhh, síiiii. ¡¡¡¡Ésta salió en Operación Triunfo!!!!».

Él, en su soledad, sentado frente al ordenador portátil, no pudo evitar sonreír ante la respuesta de aquella chica que en las últimas semanas le había robado un trocito del corazón. ¿Estaba enamorado?

Esa tarde darían un pasito más. Después de dos meses hablando cada día, por fin se iban a ver, se iban a tocar, se iban a oler...

—¿De verdad que te has montado con Katia en su propio coche?

—Sí, y tendrías que verlo.

—¿Está bien?

—¡Genial! Un Audi deportivo de color rosa. Nunca vi nada igual.

—No, tonto. Hablaba de ella..., que si es tan guapa como parece en las fotos y en la tele.

Ángel no dice nada y piensa bien la respuesta. Realmente Katia le ha parecido mucho mejor en persona que en todas las fotos y vídeos que había visto. Sinceramente, la pequeña cantante es una chica preciosa.

—Normal. Es una chica normal —termina respondiendo.

—Mientes —refunfuña ella, pero enseguida la sonrisa le vuelve a iluminar el rostro —. Seguro que es más guapa que yo.

Ángel se pone una mano en la barbilla y se la frota.

—Pues ahora que lo dices..., quizá. De hecho, cuando hemos llegado adonde había quedado contigo, le he dicho que siguiera para delante, que quería cenar con ella. Pero tenía otra entrevista...

—¡Capullo! —grita Paula, haciéndole ver que se enfada, y se acerca a golpearle.

Ángel la esquiva y corre divertido, alejándose de ella. Cuando la chica le va a dar alcance, él acelera un poco y se vuelve a escapar. Y así una vez tras otra, hasta que finalmente se deja arrapar y se abrazan. Su primer abrazo.

—Estoy cansada. Me has hecho correr mucho. No te ha valido con tenerme una hora de pie esperándote: ahora, además, tengo que correr detrás de ti.

—Sentémonos allí.

Es un banco vacío en una pequeña plazoleta con una fuente iluminada detrás. Se oye de fondo cómo caen los chorros de agua regando el suelo de la fuente lleno de monedas. Paula se sienta en el banco y, cuando Ángel lo va a hacer a su lado, pone la mano para evitarlo.

Espera.

El joven no entiende qué ocurre. ¿Se ha enfadado?

—¿No quieres que me siente a tu lado?

—Desfila para mí.

Ángel no sabe si reírse o tomárselo a broma.

—¿Lo dices en serio?

—¿Tú ves que tenga cara de chiste? Desfila. Quiero comprobar si esas descripciones que hacías de ti mismo en el MSN eran ciertas.

El joven se echa a reír, pero acepta dándose por vencido.

—De acuerdo. Pero luego tú, ¿vale? Promételo.

Paula acepta la condición. Cruza los dedos, les da un besito y lo promete.

Ángel se coloca enfrente y comienza a caminar en línea recta. No lo hace mal. Paula cruza las piernas y mira con atención.

—Chaqueta fuera —le dice.

Ángel se quita la chaqueta, se la cuelga de un hombro y continúa desfilando. Va y viene. Se acerca y se aleja. La luz que embellece la fuente lo ilumina. Paula no le quita el ojo de encima ni por un momento. Finalmente el chico se detiene ante ella esperando el veredicto.

—¿Y bien?

—Mmmm. Es cierto, tienes los hombros anchos. Creo que sí que mides metro ochenta y tres, como decías. Tampoco creo que me hayas mentido con el peso. Pero hay una cosa que decías en la que no estoy de acuerdo.

—¿En cuál? —pregunta curioso.

—Tienes buen culo. No «normal», como me decías. Me gusta.

Ángel no puede evitar una carcajada mientras se vuelve a acercarse a Paula:

—Ahora tú. Lo prometiste.

—Espera, aún no he terminado. Agáchate.

El joven suspira. No entiende, pero obedece. Tiene su cara justo enfrente de la de la chica.

—Mírame fijamente a los ojos.

Ambos sostienen la mirada unos segundos. Unos segundos larguísimos. Unos segundos sin fin.

—Sí, son azules —dice ella por fin.

Pero sus miradas no se desvían. Sus ojos siguen fijos, los de cada uno en los del otro. Los ojos de cielo de Ángel. Los ojos color miel de Paula. Uno perdido en el otro.

—¿Puedo pedirte algo? —pregunta Ángel.

Ella sonríe.

—No hace falta, amor. Puedes besarme. Paula acerca sus labios a los de Ángel y los roza un instante con los suyos para terminar dándole un primer beso rápido. Luego, otro algo más largo y profundo. El tercero supera al segundo. Y así fue cómo, con la luz de la luna en una noche despejada, con el ruido del agua de una fuente como banda sonora, Paula y Ángel se dieron su primer beso.

Capítulo 4



sa misma noche de un día cualquiera de marzo.

Paula gira la llave de la puerta de su casa. Es tarde. Para ella, muy tarde. Sabe que le espera una buena bronca, pero le da igual. No hay ninguna regañina de sus padres que no valga una noche como aquélla.

Minutos antes, en el taxi de vuelta a casa, acompañada por él, suena su móvil. La quinta llamada. Esta vez lo coge, haciéndole un gesto a Ángel como diciendo «menuda me va a caer». El chico junta las manos y le pide perdón.

—Ya estoy ahí, mamá. Me he retrasado haciendo los deberes en casa de Miriam.

—¿Sabes la hora que es? ¿Por qué no me has cogido el móvil antes?

—No lo había oído. Perdona.

—¡Llevo una hora llamándote! ¡Estábamos a punto de llamar a la policía! Sólo tienes dieciséis años... No puedes estar a estas horas por ahí. ¡Mañana tienes clase!

—Sois unos exagerados. Y tengo casi diecisiete, ¿recuerdas?

—¿Exagerados?

—Mamá, ahora no puedo hablar; estoy ahí en nada.

—¿Cómo que no puedes hablar? ¿Pero dónde demonios estás?

—Ya llego. Un beso mamá. —Y cuelga.

Entra lenta y silenciosamente en casa, pero el oído de unos padres esperando a su hija es tan fino como el de un murciélago. Y ambos salen del salón al mismo tiempo. Al mismo paso. Un, dos, paso ligero. Los dos con la misma cara de enfado.

—¡Castigada un mes! —Es lo primero que sale de la boca de su madre.

—¿Un mes? Creo que eres demasiado buena, Mercedes. ¡Dos meses como mínimo!

Entonces descubriría si realmente aquella chica le gustaba de verdad.

En ese momento se abre la puerta del despacho del jefe.

Jaime Suárez, con aire triunfalista y a pasos acelerados, avanza hasta la mesa en la que Ángel está terminando su artículo.

—Lo conseguimos: confirmado. Esta tarde nos visita Katia para una entrevista.

—¿Katia? ¿«Esa» Katia?

—¿Cuántas cantantes conoces que se llamen Katia, Ángel? Katia se había convertido en las últimas semanas en un fenómeno social. Cualquier adolescente llevaba en su Ipod la canción *Ilusionas mi corazón*, el tema número uno en las listas

de ventas del mes anterior. La joven cantante había irrumpido de una manera abrumadora en el panorama musical con su primer single.

—¿Qué suerte! ¿Se encargará usted de la entrevista?

—No, Ángel, lo harás tú. Maite y Valeria no están en la ciudad. Y yo estoy ya muy mayor para este tipo de entrevistas. Tú te entenderás mejor con ella: casi tenéis la misma edad.

Ángel sólo pudo forrar una sonrisa. ¡Precisamente esa tarde tenía que ser...! La tarde que tenía libre, la tarde en la que había quedado con Paula... «Un periodista no tiene horarios, Ángel: siempre tenemos que estar al pie del cañón y dispuestos», le solía comentar su jefe cuando le veía mirar el reloj al acercarse la hora de salida de la redacción.

—¿Y a qué hora va a venir? —preguntó el chico preocupado.

—Pues su agente nos ha dicho que sobre las cuatro de la tarde.

Mentalmente Ángel calculó el tiempo que le llevaría aquello y llegar después a su cita. Con un poco de suerte a las cuatro y media o cinco menos cuarto habría terminado. En cuarenta minutos llegaría en metro sin problemas al lugar donde había quedado con Paula. No podría ir a casa a cambiarse, pero eso no le importaba demasiado. Él siempre estaba correctamente vestido: elegante, pero, al mismo tiempo, desenfadado. No era una costumbre sino su estilo.

—Muy bien, jefe, yo me encargo. Me pondré a preparar la entrevista ahora mismo.

—Perfecto, Ángel. Aquí tienes. —Una carpeta con fotos, entrevistas anteriores, artículos sobre Katia y su CD, caen encima de la mesa del joven periodista—. Entra en Internet también y busca información sobre ella. Pero nada de entretenerse con el MSN, ¿eh?

El joven sonríe. ¿Sabría su jefe que en ocasiones, cuando había poco trabajo, hablaba con Paula desde el ordenador de la redacción?

—Me pongo en ello inmediatamente.

Durante casi dos horas, Ángel se olvida del mundo y estudia a fondo todo lo relacionado con la cantante. Incluso escucha el disco un par de veces. Los minutos pasan y la entrevista se acerca. También la cita con Paula. A las cuatro menos cuarto ha terminado de preparar la entrevista.

Entra en el despacho de Jaime Suárez, al que entrega el trabajo realizado: personal, pero no íntimo; preguntas sobre música, pero tratadas de una manera diferente; una entrevista muy cuidada, pero con su toque encantador. De todas formas, Ángel sabe que eso sólo será el cincuenta por ciento de lo que realmente saldrá cuando esté con ella. La mejor entrevista es la que surge de la improvisación cuando dos personas establecen una conversación con tranquilidad. El guión sólo está para dar seguridad por si la mente se queda en blanco. Su jefe termina de inspeccionar el trabajo y sonríe

complacido:

—Esto está muy bien. No cabe duda de que serás un gran periodista y que pronto emigrarás de esta pequeña redacción.

El halago de Jaime Suárez produce una gran sonrisa en Ángel aunque no puede evitar mirar el reloj con algo de ansiedad.

—Son las cuatro y cuarto; tiene que estar al llegar —señala jefe.

Pero a las cuatro y media Katia no ha llegado. Ni a las cinco menos cuarto. Tampoco a las cinco la joven cantante ha aparecido en la redacción. Ángel se muerde las uñas. No puede creerse que aquello le esté pasando. Cada vez más nervioso, mira su reloj cada medio minuto.

Ya es seguro que llegará tarde a su encuentro con Paula. En un intento desesperado entra en el MSN de su ordenador para ver si ella está conectada y poder avisarla de que se va a retrasar. Pero la chica no está.

Tensión. Nervios. Las cinco y cuarto. «¡Mierda, las cinco y media!». Paula ya debe de estar allí esperándole, con su mochila de las Supernenas. «¡La rosa!».

Ni se había acordado en toda la tarde de ella. El día anterior había comprado una docena que regaló a su madre. Nadie se dio cuenta de que, en lugar de doce rosas, había trece. Una de más, para su identificación personal.

«¡Qué clásico!», le había dicho ella. Sí, realmente Ángel se consideraba un clásico, pero adaptado a la época en la que vivía. Podía oír tanto a Metallica como a Rihanna, a Laura Pausini como a El Barrio. Leía tanto a Agatha Christie como a Ruiz Zafón, a Pérez Reverte como a Stephen King. Le quedaban tan bien las chaquetas de sport como los pantalones vaqueros rotos. Era un chico preparado para vivir lo que le tocara vivir y en cualquier circunstancia. Tan indefinible como impredecible. En la Facultad siempre se lo decían: lo que hoy en día te hace triunfar es la versatilidad y ser polifacético. Y él lo era.

—¡Ya está aquí! —grita Jaime Suárez desde la puerta del despacho. La chica que trabaja en recepción se lo acaba de comunicar. Acto seguido el jefe corre para recibir a la invitada.

Ángel suspira y se dirige a la entrada de la redacción. Por la puerta entran conversando amigablemente Jaime Suárez y el representante de la chica, Mauricio Torres, vestido con chaqueta y corbata. Katia sólo sonríe, sin decir nada.

—Perdónenos el retraso. Hemos tenido una entrevista en una emisora de radio justo en el otro extremo de la ciudad que ha terminado tardísimo. Apenas hemos comido un sándwich cada uno.

—No se preocupe. Ya sabemos cómo son estas cosas de los medios. Ni siquiera nos habíamos dado cuenta de la hora que era.

Ángel, que en estos momentos se ha unido al trío, arquea las cejas, aunque trata de disimular su disgusto.

—Ah, Ángel, estás aquí —dice Jaime tomando del brazo a su pupilo—. Éste es Ángel Quevedo, el periodista que le va a hacer la entrevista a Katia.

El joven estrecha la mano del representante y luego, algo confuso, da dos besos a la cantante, a la que en un principio también se había propuesto saludar con la mano.

Katia es en persona mucho más guapa que en las fotos que Ángel había estado examinando toda la tarde. Emanaba como una luz de su presencia y su rostro transmite calma. Tiene una sonrisa inmensa y sus ojos no pueden ser más celestes, seguramente gracias a la elección de unas lentillas de ese color. Es pequeña, de esas personas que suelen ir diciendo que las cosas buenas vienen en frascos pequeños. Lo único que podría desentonar en aquella chica era su pelo de color rosa y, sin embargo, a ella le queda como si fuera el suyo natural. Aunque en sus actuaciones suele vestir con ropa estrafalaria más propia de Punky Brewster que de una cantante de éxito, a la entrevista ha ido con unos *jeans* muy ajustaditos de color oscuro y una camiseta roja y negra bastante discreta. En sus manos porta una torera vaquera a juego con el pantalón.

—Bueno, chicos, os dejamos solos para que os concentréis en la entrevista —señala el jefe, invitando al agente a pasar a su despacho para dar más privacidad al trabajo de Ángel. Jaime sabe que en el cara a cara a solas, su muchacho gana mucho.

Cuando se quedan solos, Ángel invita a la joven a que se siente en un sofá al fondo de la redacción. Él acerca otro y se sitúa enfrente de ella.

—Antes de nada quería pedirte disculpas por el retraso —se anticipa Katia—. Lo siento mucho, de verdad. He visto tu cara cuando tu jefe ha dicho que no importaba. Seguro que tienes algo que hacer...

—No te preocupes, solamente estaba preparando la entrevista —miente Ángel.

La chica lo mira a los ojos y esboza una simpática sonrisa.

—Bueno, no insisto más. Comencemos. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

Ángel asiente y pone en marcha la grabadora.

La entrevista resulta tal y como pretendía. Amena, divertida, personal sin llegar a intimar en la vida de Katia. Es incluso algo atrevida. Lo cierto es que aquella joven de veinte años, que aparenta tener dieciséis, durante casi una hora hace olvidar a Ángel que tiene la cita que llevaba soñando desde hace dos meses. Una conversación encantadora.

—Pues ya está. Hemos terminado —dice el periodista cerrando la libreta en la que había estado apuntando algunos datos importantes. Luego pulsa el *stop* de la grabadora y la deja encima de su mesa.

—Ha sido muy agradable —señala ella, levantándose del sillón—. Una cosa, Ángel, ¿tienes coche?

Éste la mira sorprendido.

—No.

—Vale, entonces dime dónde te llevo.

La cara del chico es de desconcierto absoluto.

—¿A qué te refieres?

—Vamos... No perdamos más tiempo, he venido en mi coche. ¡Corre! Luego vendré por Mauricio.

Katia coge de la mano a Ángel y ambos salen corriendo de la redacción. Y continúan corriendo por la calle. Paran dos segundos para respirar y siguen corriendo hasta llegar al Audi más peculiar de toda la ciudad. Ángel se queda boquiabierto cuando ve aquel coche rosa con la capota negra.

—¡Hace juego con tu pelo! —bromea sonriente.

La chica no dice nada, pero también sonríe.

En el camino, el joven le cuenta la historia por encima, sin entrar en detalles como que Paula y él aún no se han visto. La chica de pelo rosa y ojos celestísimos escucha atentamente y conduce lo más deprisa que puede hasta el lugar en el que Paula y Ángel deberían haberse reunido hace más de hora y cuarto.

—¡Espera! ¡Para ahí un momento! —grita él de improviso.

Katia obedece y aparca rápidamente en doble fila. Ángel se baja raudo. A los dos minutos regresa con una rosa roja en la mano.

—Un chico clásico —ríe ella. Y sigue conduciendo como alma que lleva el diablo hasta el punto del encuentro.

Por fin llegan.

—Me quedo por aquí. Muchas gracias, Katia —dice bajándose del coche y asomando la cabeza por la ventanilla.

—Es lo menos que podía hacer. Que tengas suerte, Ángel. Y si ella no te perdona, yo te hago un justificante.

Y la joven del pelo color rosa, número uno en todas las listas musicales del país, guiña un ojo, aprieta el acelerador y se aleja de allí.

Ángel corre hasta el lugar exacto donde dos días antes habían concertado la cita.

Mira a un lado y a otro, alrededor y a lo lejos. Busca entre la gente sentada en los bancos cercanos. Pero Paula no está. Era de esperar...

«Habrás pensado que soy un capullo y que me he echado atrás».

Vistazo al reloj. Tardísimo. Resopla. Vuelve a mirar hacia todas partes. Nada. No hay esperanza.

—Joven... —Una voz delicada, acompañada de una mano en su hombro, sorprende a Ángel a su espalda.

El chico se gira para encontrarse ante una anciana con un organillo y un recipiente lleno de barquillos.

—Dígame, señora... —pregunta el periodista algo desconcertado.

—¿Está buscando a alguien, verdad?

—¡Sí! ¿Ha visto usted a una joven morena con una mochila?

—Con esa descripción, a muchas. Esto está lleno de jovencitas... pero una se ha pasado delante de mí más de una hora mirando el reloj. Se metió en aquella cafetería hace un rato —dice la anciana señalando el Starbucks—. Lo que no le puedo garantizar es que continúe allí ahora mismo.

—¡Muchísimas gracias, señora!

Ángel corre todo lo veloz que puede, saltándose incluso los semáforos y oyendo algún que otro insulto de algún que otro conductor al cruzar la calle cuando no debía.

Entra en el Starbucks como si de un corredor de cien metros lisos se tratase. Tres jóvenes alemanas o inglesas que hacen cola para pedir su bebida se le quedan mirando. Entonces ve la escalera y, subiendo los escalones de dos en dos, llega hasta arriba donde una joven no puede esquivarlo y termina dando con su trasero en el suelo. Ángel consigue no pisarla y en su impulso cae de rodillas justo detrás. La rosa resbala de su mano. Al ver aquella mochila de las Supernenas y la mirada de aquella chica comprende que su cita con Paula acaba de comenzar. Él también la mira y sonríe.

—Perdona por el retraso, amor. Encantado. Soy Ángel.

Paula tarda en reaccionar. Ante sí está el chico con el que lleva hablando dos meses. Dos meses de bromas, risas, iconos, canciones, juegos, palabras. Muchas palabras. Pero ni siquiera se habían visto nunca. Ni una foto. Nada. Sin embargo, ella estaba convencida de que le gustaba. Y ahora lo tenía de rodillas a su lado. Como en un sueño. Irreal.

Ángel se pone de pie y le tiende la mano para ayudarla a levantarse.

Paula lo mira a los ojos. Es realmente guapo. Más tal vez de lo que ella había pensado.

—Deja, ya puedo yo sola —dice con seriedad.

Ángel no puede dejar de mirarla ni un segundo. Es muy guapa. Más tal vez de lo que él había pensado.

La chica se levanta como puede, ayudándose con ambas manos. Se coloca la falda y la camiseta en su sitio, se echa el pelo hacia atrás y baja por las escaleras sin decir nada.

—Lo siento —se disculpa Ángel, siguiéndola de cerca, tras recoger la rosa del suelo—. Todo ha sido por...

—Shhh, no digas nada —le interrumpe ella dándose la vuelta y mirándole con una sonrisa—. Has venido; tarde, pero has venido: eso es lo que cuenta.

El joven periodista no aparta la mirada de la suya. Tiene ganas de besarla.

—Eso es para mí, ¿no? —pregunta ella señalando la rosa que Ángel lleva en la mano.

Él asiente sin hablar y se la da. Paula inspira el aroma de la flor y cierra los ojos. Cuando los vuelve a abrir, sonrío y le coge la mano. Él, sorprendido, la aprieta suavemente y también sonrío. Y así, cogidos de la mano, salen de la cafetería.

Ya es noche cerrada. Caminan por la ciudad unidos, enlazados, como una pareja. A la luz de las farolas, con el brillo de la luna en una noche despejada y con el mudo de los coches y de las motos de fondo. Los ruidos de la noche no impiden que ellos se sientan solos. Únicos. En perfecta armonía. Como si nada más existiesen Paula y Ángel. Ángel y Paula. Como si fueran novios de toda la vida.

—Así que has tenido que entrevistar a Katia... —comenta ella, caminando de espaldas unos pasos por delante, sin apartar los ojos de él. Sí. Es realmente guapo.

—Eso es. Es muy simpática.

—Me encanta su canción. —Y la chica comienza a cantar con su suave voz *Ilusionas mi corazón*. Ángel sonrío y tararea en su mente el tema.

—Además, ella ha sido la que me ha traído en coche.

—Me parece bien, Paco. Dos meses sin salir de tu habitación.

Paula refunfuña. Sabe que ahora es mejor no decir nada. Mañana pedirá perdón, prometerá que no lo volverá a hacer más y sus padres se olvidarán del castigo.

—Y ahora sube a tu cuarto. Y nada de ordenador ni televisión. ¡Ni una luz encendida en cinco minutos!

La chica no dice nada y sube a su habitación haciendo sonar sus botas a cada paso, en cada escalón. Sabe que sus padres tienen razón. Al menos esta vez sí la tienen. Pero tiene que fingir estar enfadada. Sin embargo, por dentro, en su interior, su corazón está dando saltos de felicidad. No puede dejar de pensar en los labios de Ángel. En su boca. En sus caricias. En cómo, abrazados, le acariciaba el pelo y se estremecía. ¿Se estaba enamorando?

Paula entra en su habitación y se lanza de cabeza a la cama. Coge a su pequeño león de peluche y lo abraza.

—¡Tusi! —grita, achuchando a su compañero de almohada, de sueños, de sueños que ahora empiezan a hacerse realidad.

Paula acuesta a Tusi a su lado, se da la vuelta, coloca las manos detrás de la nuca y mira al techo de la habitación. Todo está oscuro. Sólo una leve luz baña su habitación: la luz de la noche. Qué sensación tan maravillosa tiene dentro... En ese instante, un leve «toc toc» suena en la puerta. Paula se incorpora y se sienta en la cama. ¡Uff, sus padres otra vez!

—Pasad.

La puerta se abre despacio. No son sus padres: una pequeña figura de larga cabellera rubia y un pijamita de Hello Kitty entra y enciende la luz.

—Erica, ¿qué haces despierta?

—Sólo quería darte las buenas noches.

Su hermana pequeña se acerca a la cama, la abraza y le da un beso.

—Buenas noches, princesa.

—¿Por qué te gritaban papá y mamá? ¿Has hecho algo malo?

—Pues... —Paula, no sabe qué contestar a su hermana de cinco años—, sí.

—¿Y te han castigado?

—Sí.

—Paula, ¿por qué tienes esa sonrisa todo en el rato en la boca si te han castigado?

Paula suelta una carcajada.

—Cuando seas mayor lo comprenderás. Ahora..., ¡a la cama!

Erica le da otro beso y sale corriendo de la habitación. La niña no entiende muy bien lo que su hermana mayor le acaba de decir, pero piensa que ojalá sus padres la próxima vez que ella se porte mal le pongan el mismo castigo que a Paula. ¡Ella también quiere estar tan feliz como su hermana!

En un lugar apartado de la ciudad, esa noche de un día cualquiera de marzo.

Fin.

Fascinante. Precioso. Encantador.

A Álex se le agotan los adjetivos para calificar la novela que acaba de terminar de leer: *Perdona si te llamo amor*. Escondido bajo la tímida luz del flexo de su habitación cierra el libro y regusta el agri dulce sabor del final. Por un lado, se siente satisfecho de haber encontrado una historia así. Por otro, le entristece que no haya más páginas. Niki y Alessandro dejan de existir.

En ese momento le viene a la cabeza la chica de la cafetería. A decir verdad, la ha tenido en la cabeza desde que la vio buscando algo en aquella graciosa mochila fucsia de las Supernenas. Es preciosa. Especial. Se ríe al recordar el golpe que se dio contra la mesa. Sus ojos se encontraron bajo la mesa cuando ella se agachaba a recoger el libro. El mismo libro que él estaba leyendo. ¿Sería cosa del destino? Una serendipia. Como en aquella película, *Serendipity*, en la que el destino marca el camino de John Cusack y Kate Beckinsale.

Álex se levanta de la cama y va hacia la mesa en la que tiene el ordenador. Lo enciende y rápidamente entra en su MSN en busca de la dirección de la desconocida del Starbucks. Sin embargo, no hay nadie que le haya añadido a su lista de contactos. Mira entonces su correo electrónico. Publicidad y más publicidad, pero ningún e-mail.

¿Qué esperaba? ¿Que le iba a agregar? Tal vez a ella hasta le ha molestado el gesto de cambiar los libros. Quizá esa chica se ha reído de él cuando ha visto lo que había escrito en la última página. Seguramente piense que es un idiota. Un idiota iluso.

Entonces Álex siente vergüenza de sí mismo, de su acto, de su romanticismo... Pero él es así: no puede evitarlo.

El deseo de desahogarse recorre su cuerpo. Sabe qué es lo que necesita. Se acerca a una funda donde guarda su tesoro más valioso. Lo toma y sale de su habitación. Camina por un estrecho pasillo que finaliza en una escalera. Arriba, en el techo, hay una pequeña trampilla. La abre y sube. La noche es estrellada, despejada, con una luna brillante. La ciudad está muy bonita desde esa pequeña ladera donde vive desde hace unos meses. Alejado, pero al mismo tiempo cerca de todo. Siente una ligera brisa fría que penetra en él haciéndole temblar, pero no le importa: merece la pena.

El joven apoya su espalda contra la pared y coloca sus labios dulcemente sobre la lengüeta de la boquilla. Agarra con delicadeza aquel cuerpo plateado y comienza a hacerlo sonar. Y durante unos minutos Álex se entrega a su saxofón y a la música.

En una zona más céntrica de la ciudad, aproximadamente a la misma hora en la que Álex hace sonar su saxo.

Paga al taxista y, con paso firme, entra en su edificio. Sube en ascensor hasta la planta en la que tiene su pequeño apartamento donde, desde hace unas semanas, vive solo. Llega hasta su puerta, abre y entra. Todo lo hace con una sonrisa en la boca. A veces hasta silba feliz aquella canción: *Ilusionas mi corazón*.

Ángel se quita la chaqueta y cuidadosamente la deja en un perchero de la entrada. Está exultante. Todo ha ido perfecto.

Demasiado perfecto quizá. Ella es mejor incluso de lo que había imaginado. Si le gustaba antes, ahora... Su corazón late muy deprisa cuando piensa en esa noche mágica.

Mira su reloj. Es muy tarde y mañana tiene que madrugar. La realidad nos hace despertar de los sueños. ¡Pero no ha sido un sueño! Aquello ha sido real... Paula es real. Ya no es sólo la chica invisible que había conquistado un trocito de su corazón: ahora es una persona que pertenece ya a su realidad. Y sabe cómo huele. Sabe cómo siente. Sabe cómo besa.

Esta noche soñará con ella, está seguro.

Antes tiene que dormirse. Debe hacerlo porque, si no, mañana no rendirá en el trabajo. Sí, a las siete se despertará. Busca el móvil para programar la alarma a esa hora. ¿Dónde está? Sí, en la chaqueta. Regresa hasta el perchero y lo encuentra en uno de los bolsillos. Está apagado. Se debió desconectar durante la velada con Paula. Unos segundos después de encenderlo, un pitido anuncia que ha recibido llamadas perdidas. Tres, y las tres de un mismo número. Las tres de un número desconocido.

Mira de nuevo el reloj y considera que es muy tarde para devolver la llamada. Mañana lo hará desde el trabajo.

Lo que no sabe Ángel es que la persona que le ha llamado jugará un papel importante en su vida en los próximos días.

Capítulo 5



la mañana siguiente, un día cualquiera de marzo.

Tres chicas bromean sentadas sobre las mesas de un aula de primero de Bachiller. Ríen sin reparos, gritan y susurran, hablan de mil y un rumores suyos, pero principalmente de otros. Como los cotilleos sobre el chico de la clase de al lado, del que se rumorea que es gay. Parece ser que otros dos se han liado en un baño del instituto. A aquella rubia dicen las malas lenguas que le gusta el de Química. Y la morena de al lado, ¿no tenía antes las tetas más pequeñas? Seguro que son operadas.

La campana suena anunciando que las clases van a comenzar. A primera, Matemáticas.

—¿Y Paula? —pregunta Cris al advertir que su amiga aún no ha llegado.

—Se habrá quedado dormida. No creo que haya pegado ojo anoche. Seguro que no ha parado de...

Diana se calla a tiempo. El profesor de Matemáticas aparece en esos momentos por la puerta. Las tres continúan sentadas sobre las mesas, que ni tan siquiera son sus lugares en clase.

—Buenos días, Sugus. ¿Pueden hacer el favor de sentarse como personas normales? El hombre inventó la silla por algún motivo. Si son tan amables y generosas, cada una a su sitio.

Sugus: ése era el apodo que aquel hombre de cuarenta y muchos años había puesto al cuarteto que ocupaba la esquina izquierda del final de la clase.

—Profe, ¿por qué nos has llamado Sugus? —quiso saber Cris el primer día que oyó su nuevo mote.

—Porque estoy cansado de nombraros una por una cada vez que os llamo la atención. Así me ahorro trabajo —señaló aquel hombre sin ningún tipo de emoción.

—Ah, pero ¿por qué precisamente Sugus? ¿Es porque estamos tan buenas como esos caramelos, eh, profe? —intervino Diana, guiñándole un ojo a su maestro.

—Eso que lo decidan vuestros novios. Sois Sugus porque cada día vais vestidas de colorines y a veces me cuesta tragáros. Como me pasa a mí con algunos Sugus.

El resto de la clase rompió a carcajadas mientras las cuatro chicas enrojecieron, aunque también terminaron riendo como los demás y aceptando con humor la nueva denominación de origen de su profesor de Matemáticas.

Cris, Diana y Miriam por fin se bajan de las mesas y ocupan sus asientos. El profesor de Matemáticas está a punto de cerrar la puerta para comenzar la clase

cuando a toda velocidad, y por el hueco que aún queda, Paula entra en clase.

—Señorita García, la clase de Educación Física es a cuarta hora —indica inexpresivo aquel hombre—. Ahora toca Matemáticas, ¿recuerda? Con la participación estelar de sus amigas las derivadas.

—Perdona, profe. Un atasco con el coche.

—Espero que le hayan hecho el control de alcoholemia. Ocupe su lugar habitual y respire hondo.

Paula no hace caso a la ironía de su profesor y camina hacia su mesa. La verdad es que se ha quedado dormida y ha perdido el autobús. Su padre la ha tenido que llevar al instituto y en el trayecto apenas han cruzado palabra. Está reciente la bronca de anoche. «Todo a su tiempo», piensa la chica. La cuarta Sugus completa el grupo ante la mirada curiosa de sus amigas. Las tres sostienen una media sonrisa en sus maquilladas bocas. Paula no sabe qué pasa.

—¿Qué? —Se mira el pantalón, pero la cremallera de su vaquero está cerrada—. ¿Por qué me miráis así? Miriam toma la palabra.

—Chicas, ¿vosotras qué opináis? ¿Pensáis que lo ha hecho?

—¿Que si he hecho qué? —pregunta Paula sin entender nada.

—Que si te tiraste a tu amigo invisible —suelta Diana.

El chico que está justo delante de Diana gira la cabeza y la mira con cara de asombro. Luego exhibe una sonrisilla.

—¡Mira para adelante! —le ordena la joven, que acompaña su indicación con un gesto de su dedo corazón.

El muchacho obedece y se reanuda la conversación entre las amigas con el ruido de fondo de las explicaciones del profesor de Matemáticas.

—Bueno, ¿qué?, ¿te lo tiraste o no? —insiste Diana, hablando ahora mucho más bajito.

—Noooo —dice Paula en un tono casi inaudible.

—¿Te tiró él? —vuelve a preguntar la más interesada del guipo por esos asuntos.

—Creo que no se dice así, Diana —señala Cris.

—Ya salió la profesora de Lengua... ¡Qué más da como se diga! ¿Hubo mambo?

—Que noooo... —Paula ya no sabe cómo decirlo.

Miriam observa a su amiga y, al verla tan azorada, trata de cambiar el rumbo de la conversación.

—Déjala ya, Diana. Cariño, ¿lo pasaste bien, verdad?

La protagonista de la mañana asiente mientras sonrío. Y en voz baja les cuenta por encima su cita con Ángel.

—¡Qué romántico! —dice entusiasmada Cris tras oír atentamente la historia de Paula.

—Me alegro de que hayas encontrado a alguien así, cariño —añade Miriam.

—¡Y encima tiene buen culo! Las hay con suerte... —interviene Diana—. Bueno, y ahora, ¿qué? ¿Se puede decir que ya sois novios? —pregunta mientras le quita el envoltorio a un chupachús y se lo mete en la boca.

El profesor de Matemáticas llama para que salga a la pizarra a Martín, el chico que está justo delante de Diana y con el que antes ha tenido la discusión.

—Pues supongo que lo somos, ¿no? —dice dubitativa Paula.

—Da igual la denominación: es tu chico y ya está. ¿Qué más da la palabra que uséis para definiros? —comenta Miriam.

—Claro, lo importante es que os queráis, qué salgáis juntos, qué disfrutéis juntos...

—... Y qué tengáis sexo juntos... —interrumpe Diana a Cris, tras dar una sonora chupada a su caramelo y elevando un poco el tono de voz.

—Shhhhh. —Es el sonido que las otras tres Sugus hacen a la vez después de oír a su amiga.

—¿Qué he dicho? Está claro que estos dos..., ¿o no, Paula?

—Déjala ya, mujer. No la atosigues con eso.

—Lo acabo de conocer, Diana. ¿No te parece un poco pronto?

—Llevas dos meses hablando con él. Llegáis, os veis, os coméis a besos... Y el tío tiene buen culo. ¿Qué más quieres?

—Pues querrá más cosas, Diana. No todo es sexo, sexo, sexo.

—Claro que no, Mir. Pero somos jóvenes y tenemos que disfrutar. Si no lo hacemos ahora, ¿cuándo lo vamos a hacer?

—Déjala que lo haga cuando ella quiera y esté preparada —dice Cris muy bajito.

Paula respira hondo. A veces, se siente un poco agobiada por la cuestión de su virginidad: es la única virgen del grupo. No es que no le apetezca hacerlo, es que aún no ha encontrado al chico adecuado para su primera vez. Muchas dudas absorben su mente ¿Es demasiado exigente? ¿Está preparada? ¿Podría ser Ángel el primero?

—Chicas, dejadlo, ya se verá... —concluye Paula con una mueca divertida, aunque sin dejar a un lado sus pensamientos más íntimos.

—Claro, cariño, tú no tengas prisa... —señala Miriam mirándole a los ojos con una sonrisa.

Y las cuatro Sugus se quedan en silencio por primera vez en lo que va de clase.

Martín no ha conseguido resolver bien el problema que el profesor de Matemáticas le ha puesto en la pizarra y vuelve cabizbajo a su sitio. Cuando llega a su asiento se encuentra la mirada de Diana, que está encantada con su chupachús. Ella se da cuenta de que el joven la observa y le guiña un ojo. Luego se saca el caramelo de la boca y le lanza un beso imaginario. El muchacho sonríe, pero vuelve a ponerse serio cuando Diana repite el gesto con el dedo corazón que le hizo anteriormente. Martín se sienta y mira hacia adelante.

—Bueno, ya que el virtuoso señor Martín no nos ha conseguido resolver este ejercicio, propio de mi sobrino que tiene siete años y medio, probaremos fortuna y le daremos la alternativa al señor Parra. Así que, Mario Parra, suba al escenario e ilústrenos.

Mario no se entera del aviso del profesor. Desde el otro extremo de la clase tiene los ojos puestos en ella. Cuando cree que le mira, rápidamente los aparta y huye de aquellos ojos color miel. Está desesperado. Siente tanto por dentro cuando la ve reír, hablar, caminar, que no sabe ni cómo explicar sus emociones. Nota una punzada en su interior y un nudo en la garganta que a veces no le deja ni respirar.

—Señor Parra, puede dejar de estar en la *ídem* y acudir al encerado...

El chico ve que su hermana, desde la otra punta del aula, le está haciendo gestos para que espabile y salga a resolver la derivada. Por fin se da cuenta y, como quien despierta de un largo sueño, vuelve a la realidad. Con torpeza, dando algún que otro bandazo, se dirige a la pizarra.

En el camino sigue pensando que no puede continuar así, que tiene que hacer algo. Lleva mucho tiempo tratando de decidirse a romper su silencio y cree que es el momento. Sí, decidido: tiene que decirle a Paula que la quiere, que la ama por encima de todo en este mundo. Tiene que hablar. Su corazón así se lo indica.

Pero el corazón de Mario, ese corazón de adolescente enamorado se hará añicos en cuestión de horas.

Esa misma mañana de ese día de marzo, en la redacción de una revista de música.

Ángel ha llegado temprano, como tenía pensado. Quería cuanto antes ponerse a redactar la entrevista que el día anterior había hecho a Katia. Desde las nueve de la mañana lleva oyendo en su grabadora la conversación con la cantante. Incluso grabada, su voz suena bonita. Sí, sin duda Katia tiene algo especial. Puede o no gustar su música, pero es indudable que transmite. Y en persona, mucho más.

—¿Cómo llevas el precio de la fama? ¿Ha cambiado tu vida desde que eres popular?

Ángel recuerda que en ese momento Katia hizo una pausa pensando bien la respuesta que iba a dar.

—Sí, ha cambiado —responde rotunda—. He oído a personas que cuando explican algo parecido a lo que a mí me ha ocurrido, cuentan que hacen las mismas cosas, van con las mismas personas que antes, tienen los mismos gustos..., sólo que ahora son conocidos. Yo no puedo decir lo mismo. Mi vida ha cambiado completamente. Mis amigos de toda la vida me miran de otra forma. Piensan que porque salgo en la tele o vendo discos soy distinta. Me tratan con un respeto que no

debieran. Porque yo soy igual que ellos —guarda silencio, pero no como una invitación a la otra persona a hablar sino para reflexionar sobre lo que está diciendo; finalmente continúa—: y ligo menos que antes —suelta de repente con una gran sonrisa.

—¿Ligas menos?

—Sí, mucho menos. La popularidad infunde respeto. Y no me gusta, porque no soy ningún referente para nadie, no lo merezco. Fumo, de vez en cuando bebo, no escribo mis canciones... Sin embargo, me he convertido en una especie de icono pop. Creen que no he roto un plato en mi vida. Y lo cierto es que llevo unas cuantas vajillas destrozadas...

Ángel admira la sinceridad de su acompañante. En su corta experiencia como periodista está acostumbrado a que la gente acuda a los tópicos de siempre para solventar una entrevista: la típica promoción para vender discos. Katia no es así, no huye de la verdad ni dice lo políticamente correcto. Tampoco la ve como una de esas personas que dicen ser sinceras porque dicen lo que piensan. Lo que uno piensa no tiene por qué ser la realidad ni tiene por qué ser sincero. Definitivamente, ella es distinta a las demás.

—Y a ti, ¿te ha cambiado la vida? —pregunta Katia. Recuerda bien esta parte de la conversación. Se sorprendió mucho tras ser él mismo el preguntado. Pese a que Ángel llevaba las entrevistas al terreno del diálogo, no al típico pregunta-respuesta, no entraba en el guión que Katia quisiera saber sobre él.

—Pues sí, me ha cambiado.

—¿Desde que eres periodista?

—Sí —afirma el joven—. Me he mudado hace poco, dependo de mí mismo y tengo algo de dinero en mi bolsillo, aunque ahora soy yo el que lo gana. Pero sobre todo he cambiado personalmente. Ser periodista es mi vocación, y me siento realizado al haber llegado a la meta. Me siento bien.

Recuerda que en ese instante sus ojos azules se encontraron con los ojos celestes de Katia y por un momento sintió rubor, pero al mismo tiempo confianza. La burbuja imaginaria de la que tanto se habla se había roto: la separación entre ambos no era la suficiente. Pero no le importaba demasiado, y tampoco a ella parecía importarle.

En la grabadora no se oye nada. Es un instante de silencio mutuo. Dicen que si se puede estar en silencio junto a una persona sin sentirse incómodo es que realmente existe química entre ambos. Eso es lo que parecía pasarles a Ángel y Katia.

Ángel pulsa el *stop* de la grabadora. Piensa ahora en Paula. ¿Existía esa química también entre ellos? Eso parecía. La noche anterior había sido como un sueño. Todo como en una película de Julia Roberts o de Hugh Grant. Seguramente, si hicieran la película de su cita de anoche, de los últimos dos meses, el resultado sería una comedia romántica. El tropiezo, la rosa por el suelo, la fuente, el desfile..., el beso. El primer

beso. Posiblemente, ahí el director gritaría «corten». Posiblemente, la película de Paula y Ángel terminaría con el primer roce de sus labios y una música romántica de fondo con cierto toque pop, como *Ilusionas mi corazón*. De pronto siente unas ganas enormes de verla. —Baja de tu nube, Ángel. El joven periodista no se ha percatado de la llegada de su jefe.

—Estoy en plena tierra firme, con los pies siempre en el suelo —señala el chico, dando un par de golpes en el suelo, zapateando con ambos pies—. ¿Qué desea?

—Pues hay novedades. Tengo dos noticias para ti: una buena y una mala. «Un poco pelicularo», piensa Ángel.

—Empecemos por la buena, entonces.

—Te doy la tarde libre.

—¡Vaya, sí que está generoso...! ¡Gracias! ¿Y la mala?

—Te necesito esta noche. Ángel frunce el ceño extrañado.

—¿Para?

—Ha llamado el representante de Katia. Ayer al final no hicimos las fotos para la revista. No sé dónde fuisteis ni quiero saberlo, pero dejamos el trabajo por la mitad.

—¿Y qué tengo yo que ver con las fotos? Ya se encarga de eso Héctor.

—Sí, él, como siempre, hará las fotos. Pero quieren que tú estés presente.

—¿Héctor quiere que yo esté presente?

—Héctor ha aceptado, aunque no de muy buena gana. La que quiere que estés presente es Katia.

Una noticia inesperada. Ella quería que estuviese en la sesión de fotos: ¿para qué?

—Bueno. Pero ¿tiene que ser de noche?

—Sí. Héctor ya tenía la idea pensada así y no le voy a hacer cambiar sus planes de trabajo. Ellos han aceptado, así que os veréis esta noche.

En ese momento el móvil de Ángel suena. Ve el número en la pantalla, que es el mismo del que tenía ayer tres llamadas perdidas. Pide permiso para cogerlo a su jefe, que asiente y se retira a su despacho. A continuación, descuelga.

—¿Sí...? —contesta el joven.

—Hola, Ángel. Soy yo. Ángel enseguida reconoce aquella voz.

—¿Katia?

—Sí, veo que me recuerdas.

«Es complicado olvidarte cuando llevo toda la mañana oyéndote en la grabadora», piensa.

—Claro, no hace ni 24 horas que nos vimos. Mi memoria ya empieza a flojear, pero no llega a tanto. ¿Cómo tienes mi móvil?

—Llamé ayer a la redacción de tu revista y me lo dieron.

—Veo que es sencillo conseguir mi teléfono particular.

—No te creas, tuve que usar todas mis dotes. Hasta le canté a la chica que me

atendió para que me creyera cuando le dije que era Katia...

—Y te creyó.

—Sí —afirmó sin mucho entusiasmo para luego hacer una de esas pausas a las que Ángel se estaba empezando a acostumbrar—. Te llamé ayer... —dijo unos segundos más tarde.

—Discúlpame. Cuando vi tus perdidas era ya muy tarde y no quise molestar.

—No me habrías molestado.

—No sabía que eras tú...

—Es natural, no tenías mi número. Tenía que habértelo dado ayer antes de despedirnos... —otro silencio, éste más breve que el anterior—. Te llamé para preguntarte si habías tenido suerte con tu chica.

La razón era ésa. ¿Simple curiosidad? ¿Cortesía?

—Pues sí. Al final no me hizo falta ninguna justificación.

Pero muchas gracias por llevarme: sin ti no hubiese llegado a tiempo.

—En realidad, si llegaste tan tarde fue por mi culpa. Me alegro de que todo saliese bien.

—Gracias.

—No sólo te llamé para eso —continuó—. Te quería pedir también que vinieses a la sesión de fotos, aunque imagino que tu jefe ya te ha informado.

—Sí, me lo acaba de comunicar. No entiendo muy bien qué puedo pintar yo allí, pero iré.

—Ahora la que te da las gracias soy yo. Es muy sencillo: posiblemente, la de ayer haya sido la mejor entrevista que me han hecho en estos meses. Fue muy agradable. Quisiera que dieras tu punto de vista en las fotos.

¿«La mejor entrevista en estos meses»? Sí que era indudable que había cierta química entre los dos. La conversación fue más una charla de amigos que una entrevista. Ángel sigue sin entender muy bien qué pintaría él en una sesión fotográfica y qué podría aportar, pero no dice nada en contra de la idea de Katia.

—Si tú crees que puedo ayudar, allí estaré.

—Gracias, Ángel. Estoy convencida de que contigo todo será más sencillo. No me gustan mucho este tipo de cosas porque me veo ridícula posando. Así me sentiré más cómoda.

—Nos vemos entonces esta noche, Katia.

—Perfecto. Un beso, Ángel. Hasta esta noche.

La cantante es la primera en colgar. Mientras, Ángel continúa con el móvil en la mano. Está pensativo. Aquella chica es realmente agradable y se siente muy cómodo con ella. Sin embargo, él ya tiene chica. Y le entusiasma. Le apetece mucho estar con Paula. Le encantaría besarla ahora mismo. Suspira. No puede dejar de pensar en ella. Y de repente, algo le viene a la mente. Llama a Información y solicita un número. Lo

anota en un post-it amarillo y da las gracias a la operadora. Cuelga y enseguida marca el número que le acaban de facilitar. Tras dos bips, una mujer responde. La conversación dura cinco minutos escasos.

Satisfecho, pero necesita algo más. Entra en el despacho de Jaime Suárez.

—Jefe, ¿puedo pedirle un favor?

—Sí, claro, dime, Ángel.

—Como tengo la sesión de fotos esta noche y no tengo jornada de tarde, ¿le importa que me vaya a la una? No hay demasiado trabajo.

—Claro, sin ningún problema.

—Gracias, jefe.

El joven periodista cierra la puerta del despacho de su jefe y, sonriente, se dirige a su mesa a continuar con el reportaje de la cantante del pelo de color rosa.

Capítulo 6



*U*nas horas más tarde, ese mismo día de marzo.

«Paula, tú y yo nos conocemos desde hace tiempo. Siempre te he visto como una amiga, pero realmente siento algo más por ti. Me gustas mucho. Te quiero, Paula».

¿Qué diría ella? ¿Tendría él alguna posibilidad? Quizá también estuviera enamorada en secreto de Mario. Quizá necesitaba que él diera el primer paso. Quizá.

Mario vuelve a leer la notita que ha escrito. La recita delante del espejo del baño y la memoriza. Algo breve pero intenso: palabras sobre un sentimiento, sobre un amor oculto que no puede seguir en las profundidades de su corazón.

Le sudan las manos. Sus mejillas están un poco más sonrosadas que de costumbre. Respira con dificultad y las piernas hace rato que no cesan de temblar. Por fin va a decirle todo lo que siente. Por fin.

Mario inspira todo el aire que sus pulmones le permiten, luego lo suelta con un soplido y sale con paso firme del cuarto de baño. Se ha mojado la frente con agua fría. Camina decidido. Tiene que ser decidido. En algo así no puede dudar. Es el momento más importante de su vida. Sí, sí que lo es.

El joven enfila el pasillo que conduce, al fondo, a su clase. Allí a lo lejos, al final, en un horizonte de carpetas y mochilas, ve a Paula. Qué guapa es. Hoy lleva el pelo liso que le queda tan bien como su rizado natural. Es preciosa.

Cada paso que Mario da es un mundo de sensaciones. Vive segundos de éxtasis, en los que los nervios están a flor de piel. A cada paso, Paula está más cerca. Ya distingue la miel de sus ojos, el rojo moderado de sus labios, el pequeño hoyuelo en la barbilla y el lunarcito que tiene en la carita. Sí, ahora está más seguro que nunca. Va a confesar todo su amor por ella. Pero un ruido ensordecedor se anticipa a su declaración. Suena la campana anunciando que va a comenzar la última clase del día.

Mario ve interrumpido su plan por ese dichoso timbre. Sin embargo, Paula aún no ha entrado en clase. Todavía tiene posibilidades de decírselo. Ahora es el momento. Se lo tiene que decir.

—Paula, ¿puedo hablar contigo un segundo? —le dice cuando la tiene delante. Le tiembla todo el cuerpo. Va a saltar al vacío. Sus manos son agua.

La chica lo mira. Le saluda con la mano y una gran sonrisa.

—Paula, yo te quiero.

El tiempo se para: un instante que es un siglo. Casi no puede mirarla a los ojos. Las rodillas se le doblan solas. ¿Y ahora qué? Calor y frío descorchados. Silencio.

Miedo.

Pero Paula no responde. Le sigue mirando sonriendo. Un desfile de alumnos pasa junto a ellos para entrar en clase.

—Paula, yo...

La chica no deja de sonreír y se lleva las manos a las orejas. Auriculares.

—Perdona, Mario, ¿qué me estabas diciendo? ¿Has oído esta canción?

Paula le coloca un auricular a Mario mientras el otro queda colgando. Suena una voz dulce. Es la voz de Katia, esa cantante que tanto sale ahora en la tele. *Ilusiones mi corazón*.

Una mano, que aparece de ninguna parte, coge el otro auricular y se lo coloca en su oído. El profesor de Matemáticas escucha también la canción de Katia.

—No está mal, señorita García. Pero prefiero los aullidos nocturnos de mi perro.

El profesor de Matemáticas se quita el auricular y se lo entrega a Paula.

—Para dentro los dos. El profesor de Física no viene a última hora. Un hombre sabio. Así que disfrutarán de mí presencia una hora más. ¡Qué afortunados!: ración doble de derivadas hoy. No se quejarán, ¿eh?

Paula suspira y entra en clase refunfuñando.

Atrás se queda Mario con sus intenciones, con su amor en espera, con sus palabras colgadas. El joven respira hondo, se seca las manos en el pantalón y también entra en clase.

Todos se sientan. Mario en su sitio y Paula en el suyo, junto a las Sugus, que ya ocupan su esquina. Una nueva clase de Matemáticas les espera para concluir la jornada, la última de la semana.

—No puedo más —protesta Diana en voz baja—. Tengo ganas de irme ya. ¡Quiero fin de semana!

—Yo también estoy agotada ya. Quiero... —comenta Paula.

—Tú quieres a tu angelito —bromea Cris.

Paula suspira. Pues sí. Durante toda la mañana no ha podido parar de pensar en él. Tiene muchas ganas de verlo. Pero no han quedado en nada concreto, que ya hablarían. No habían hecho planes para el fin de semana. Ayer por fin se dieron el móvil, las piezas del puzle, ese complicado rompecabezas que comenzó hace dos meses, empezaban a colocarse cada una en su sitio.

La clase de Matemáticas transcurre entre la desidia y la intensa espera de la campana final. El tenue soniquete de las explicaciones del profesor adormece a todos. Incluso las Sugus parecen desganadas: una juguetea con su pelo; la otra mordisquea un bolígrafo... Ni tan siquiera hablan. Todos los alumnos comparten una meta: que esto termine cuanto antes.

Sentado en el otro extremo, Mario la sigue mirando de reojo, con disimulo. Un continuado y asfixiante veo-veo. Paula se ha quedado sin saber que la quiere. Malditos

auriculares. Maldita música. ¿Cosas del destino? No. Una simple casualidad. Cuando termine esa insoportable clase, hablará con ella. Su valentía está algo disminuida, pero aún es suficiente para afrontar la situación. Sí. En pocos minutos le volverá a decir que la quiere.

—Como saben, la semana que viene tienen un importante examen. Sé que entre cerveza y cerveza, ustedes se acordarán de mí y estudiarán concienzudamente. Les aconsejo que hagan los ejercicios de la página 54 y que...

En ese momento alguien llama a la puerta. El profesor de Matemáticas detiene la clase y se dirige lentamente a abrir, con sosiego, sin prisas, algo fastidiado. Alguien osa a interrumpir su clase. Al abrir, se sorprende ante lo que ve. Y eso que no es sencillo ver cambiar la expresión en el rostro de aquel hombre que no gesticula ni se inmuta casi nunca.

La clase murmulla mientras el profesor de Matemáticas dialoga fuera con la persona que ha venido.

—Está bien, pase, pero rapidito —le apremia a quien quiera que sea el que se ha atrevido a parar su clase.

Un chico no muy alto, más bien feúcho y con una gorrita puesta hacia atrás entra en la clase ante la sorpresa generalizada de todos y cada uno de los alumnos. En sus manos lleva un imponente ramo de flores. Rosas rojas.

—Es aquella —le indica el profesor señalando a Paula—. Señorita García, vamos, no se haga de rogar y acuda a recoger las flores. Ya podía usted haber avisado de que era su cumpleaños y hubiéramos organizado aquí un fiestón.

«Pero si no es mi cumpleaños...», piensa la joven del pelo alisado mientras palidece. En pocos segundos el color de su cara evoluciona a morado para terminar con una visible rojez. Finalmente se levanta animada por las Sugus y el resto de la clase, que jalea a la chica. Toda la clase, menos una persona que tiene los ojos como platos y el corazón más pequeño y encogido que nunca.

El chico de la gorra para detrás le entrega a Paula el ramo. Las flores son preciosas, rojísimas, y no vienen solas: una pequeña tarjetita está anudada en uno de los tallos con un lacito azulado.

El profesor de Matemáticas despide al repartidor, disculpándose por no darle propina.

—Señorita García, puede volver a su sitio y procure que, a partir de ahora, los regalos se los hagan llevar a casa.

Paula sonrío forzada. No se lo puede creer. Camina lentamente hacia su mesa ante la mirada de todos, que la siguen sin perderla de vista, mientras el profesor reinicia sus advertencias y explicaciones respecto al examen de la semana siguiente. Llega a su asiento. Miriam ha colocado a su lado la silla de una mesa vacía para que su amiga deje allí las rosas.

—Lee la tarjetita, rápido. ¡Qué nervios!

La joven coge aquel papelito ante las prisas de sus amigas y lo lee primero para sí, luego en voz baja.

«Las once rosas que te faltaban para completar la docena. Gracias por una noche mágica».

Un «oh» al unísono sale de las bocas muy abiertas de sus amigas.

—¡Qué monada de chico...! —dice en voz bajita Cris, tal vez más romántica de las Sugus.

—¡Qué vergüenza más grande estoy pasando! —señala Paula, llevándose las manos a la cara—. Lo mato.

Pero no es cierto que lo quiera matar. Se siente afortunada, impresionada, querida. Ese detalle de las rosas muestra cómo es Ángel: un clásico con la imaginación de un ilusionista; una persona que regala rosas rojas de toda la vida, pero que lo hace de la manera más particular del mundo. Paula se siente especial.

En el otro extremo de la clase, alguien no es tan feliz.

Mario está desconcertado. ¿Tiene novio? ¿Desde cuándo? ¿Por qué nadie le había dicho nada? Quizá se las han mandado sus padres. O un tío que vive lejos. O tal vez una amiga...

El chico no se quiere creer que exista una persona que ocupa el corazón de su amada. *Su Paula.*

Los minutos que dura la clase son eternos para Paula y Mario. Ella quiere escapar cuanto antes de las miradas de sus compañeros. Incluso el profesor de Matemáticas ha hecho un par de bromas referentes a su ramo de rosas rojas. Quiere llegar a casa y... Pero ¿qué le va a contar a sus padres? Ayer llegó tarde y hoy vuelve a casa con flores. Demasiado evidente. No está dispuesta a que sus padres se enteren de su relación con Ángel, al menos por el momento. No le quedará más remedio que mentir u ocultarlas.

El chico también desea huir. No está seguro de si quiere saber la verdad de aquellas rosas. Para él son espinas que se le han clavado en el corazón. Tiene los ojos llorosos, aunque trata de conservar la calma. Nada es seguro todavía. La idea de declararse ha desaparecido por completo de su cabeza. Todo es tan confuso. Sus ganas de llorar aumentan. Casi no puede soportarlo.

La campana de la libertad suena puntual.

Paula sale la primera, disparada, embellecida con su ramo de rosas rojas. Mario, inmóvil en su asiento, ve cómo el amor de su vida se aleja. No puede más y una lágrima se le derrama. Apresuradamente, se coloca un libro delante de la cara para ocultar su mejilla mojada. Tiene los labios secos y los ojos enrojecidos. Varios compañeros pasan por su lado y se despiden de él hasta la semana que viene; Mario

no contesta, sigue escondido y ni tan siquiera sabe si para él habrá próxima semana porque se quiere morir. Pero nada es seguro. Respira profundamente e intenta tranquilizarse. En su cabeza sólo hay un ramo de rosas rojas. Vuelve a respirar. Cierra los ojos, suelta la última lágrima y sonríe. Está solo, ya no queda nadie en clase. Despacio, camina hacia la puerta.

Paula debe de ser la alumna más envidiada por todas las chicas con las que se cruza en los pasillos del instituto. Los que pasan a su lado la observan curiosos y terminan esbozando una sonrisilla y soltando algún comentario. Qué vergüenza.

Por fin, llega a la salida. Aún no sabe qué va a hacer con las rosas, todavía le queda el trago del autobús. ¡Uff!

Baja las escaleras hasta la calle sin mirar a nada ni a nadie, con la cabeza agachada. El olor de las rosas le invade y le provoca alegría y recuerdos de la noche anterior, cuando aquel chico alto y guapo apareció corriendo, subiendo las escaleras de aquella cafetería y los dos acabaron por los suelos. Recuerda el paseo cogidos de la mano, la fuente, el desfile... El primer beso. Y ahora las rosas, ¡Dios, está en un sueño! Alguien, en cualquier momento, la pellizcará y se despertará. Esto no puede ser verdad.

La gente la mira: a ella, a las flores. Una chica tan bonita con ramo de rosas así es una imagen encantadora. Se siente observada, cada vez más. Aún más. Y sí, es cierto: alguien la observa atentamente; alguien que tiene una sonrisa que le cubre toda la cara; alguien que tiene sus ojos azules clavados en ella; alguien que le ha regalado a Paula aquel ramo de rosas. 11+1.

Por fin, alza la mirada y lo ve. ¡Ángel!

La emoción es irresistible dentro de Paula. Cree que jamás se ha alegrado tanto de ver a alguien. Cuando se da cuenta, está corriendo desesperadamente para lanzarse a los brazos de su chico. Si: Ángel, definitivamente, es su chico. El ramo cae al suelo y sus labios se unen con pasión. Ella colgada de él, rozando el cielo, rodeando con sus piernas su cintura, con sus manos su cuello, sigue besando, como tan sólo le ha besado a él.

—Te quiero —le dice al oído.

—Yo también te quiero, Paula.

El nuevo beso es largo, intenso, apasionado.

La chica, por fin, pone los pies en el suelo y se abrazan. Su cara en su pecho, sus manos en su espalda.

Las Sugus miran la escena desde la escalera del instituto. Las tres sonríen.

—¡Qué bonito es el amor! —dice Miriam, emocionada.

—Sí, es cierto que el chico tiene buen culo —añade Diana, a la que Cris golpea con el codo.

Cuando ven que la pareja pone fin al abrazo se acercan, llenas de curiosidad por

conocer al chico de su amiga.

—¿No nos presentas? —dice Diana, que es la más lanzada del grupo.

Paula mira a Ángel y luego a sus amigas. El joven se toca nervioso el pelo. Ahí delante tiene a las temibles Sugus, de las que tanto ha oído hablar. Ríe para sí al recordar todo lo que le ha contado Paula sobre ellas.

—Chicas, éste es Ángel. Ángel, éstas son...

—Espera, deja que lo adivine —interrumpe el joven periodista—: tú eres Miriam —dice señalando correctamente a la mayor de las Sugus—. Tú, Cris. —También acierta—. Y claro, tú no puedes ser otra que Diana. ¿He acercado?

Diana silba, Cris aplaude y Miriam asiente con la cabeza. Y Paula le da un nuevo beso en los labios como premio.

—¡Pleno! ¿Podemos nosotras premiarte también? —pregunta Diana levantando las cejas.

—Tú, ahí quieta, que nos conocemos —dice Paula en plan cómico, colocándose delante de Ángel como si le protegiese de las garras de su amiga.

—Lo de las rosas ha sido precioso... —comenta Miriam.

—¿Precioso? ¡Menuda vergüenza me ha hecho pasar! ¡Mira que mandarme flores a clase! —grita Paula, fingiendo estar enfadada.

—Tienes razón, la próxima vez, directamente, te las mando a casa y que sean tus padres los que las vean primero.

—¡Nooooooo!

Las Sugus ríen mientras Paula vuelve a abrazarse a Ángel.

—He venido además para invitarte a comer, ¿te apetece? Tengo la tarde libre.

—Claro que me apetece..., pero no creo que mis padres me dejen. Además, ¿qué hacemos con las rosas?

—Yo me encargo de las rosas —dice Diana recogiendo el ramo del suelo—. Llama a tus padres y diles que te quedas a comer en mi casa y que luego vamos a estudiar.

—Si les digo que me quedo en tu casa a estudiar, entonces sí que no se creerán nada.

—Tienes razón —señala la chica sacando la lengua—, mejor di que te quedas en casa de Cris a estudiar.

Cris sonrío y acepta con la cabeza.

Paula llama a sus padres. Su madre es la que coge el teléfono y, en principio, se niega a dar permiso a su hija, pero esta insiste una, dos, tres veces, hasta que finalmente consigue convencerla. La conversación termina con un «prometo que estudiaré mucho llegaré temprano».

—¡Prueba superada! Ya podemos irnos... ¿Adónde me llevas a comer?

Las chicas se despiden de la pareja y se marchan. Paula y Ángel también desaparecen cogidos de la mano.

Es viernes por la tarde. El sol tibio de marzo acaricia las ramas los árboles que dibujan sombras sobre la ciudad. Un sol que ilumina a todos por igual, un sol que posa sus rayos en los de Mario, quien, sentado en la escalera, ha visto parte de la escena entre los dos enamorados. Está quieto, con los brazos cruzados sobre el vientre. Apenas puede pensar. Ni tan siquiera llorar. Es una estatua de hielo, con el corazón congelado.

No puede ser verdad. Se niega a creer lo que ha visto. ¿Pero a quien engaña? Lo natural es que una chica como Paula tenga novio. Se pone en pie y baja los escalones despacio, con las manos las en los bolsillos. Una piedra se cruza en su camino. Mario la ve y la golpea con el pie derecho contra una pared con todas sus fuerzas. La piedra rebota y él pierde de vista su trayectoria.

Del hielo a la rabia; de la rabia a las lágrimas; de las lágrimas llanto. Y bajo el tibio sol de marzo, Mario también se aleja maldiciendo y llorando su desgraciada existencia.

Capítulo 7



Sobre la hora en la que Paula y Ángel se van a comer juntos, ese mismo día de marzo, en otro sitio de la ciudad.

... En la vida aparecen personas de alguna parte que te marcan la existencia. Es un juego del destino que coloca en tu camino a gente que, por arte de magia, o sin ella, influyen en tu comportamiento y hasta te hacen cambiar tu forma de ser. Despliegan tal red sobre ti que quedas atrapado por su esencia, sea cual sea esta...

Un joven guapo, de sonrisa perfecta, está sentado en un banco de madera de una calle casi desierta, escoltada a ambos lados por acacias y ailantos. Pero su gesto es serio, no sonríe.

Álex vuelve a leer el primer párrafo de aquel fino cuadernillo que sostiene en las manos mientras come sin demasiadas ganas un sándwich de pollo y lechuga. Lo ha corregido ya unas doscientas veces, pero nunca queda satisfecho. Ahora, sin embargo, no hay marcha atrás. Esos folios son su carta de presentación: el principio de un sueño.

Si el saxo es su desahogo, escribir es su pasión, la vocación de un joven de veintidós años que se intenta abrir camino en un mundo tan difícil como el literario.

¿Realmente sirve para aquello? ¿Tiene el talento suficiente?

De momento no lo sabe, ésa es la verdad. Poca gente ha leído las decenas de páginas que tiene escondidas en su ordenador portátil: poesías, cuentos, ensayos, reflexiones...

Pero la empresa ahora es mayor. Tiene ante él el reto de escribir una novela. Tiene a los personajes ya perfilados. Julián, un periodista que quiere ganarse la vida como escritor, es el protagonista. Él es un poco como Julián, aunque deja que la ficción juegue en su relación con los personajes. Y luego está la chica de catorce años, para la que aún no ha decidido el nombre. Debe elegirlo pronto porque su aparición en la novela es inminente, podría llamarla...

Entonces Álex piensa en la chica que conoció en la cafetería ayer. Tampoco tiene nombre, como su personaje de catorce años. Quizá sea mejor no recordarla más.

Seguro que se rió de él. Ni tan siquiera apareció por su ordenador... ¿Pero por qué no puede apartarla de su cabeza?

Acompaña el último mordisco al sándwich con un trago de agua. Saca de su

bolsillo un pañuelo de papel y de nuevo regresa mente la chica de ayer, su imagen bajo la mesa cuando él le ofreció un clínex. ¿Cómo se puede echar de menos a una persona la que no conoces?

Mira su reloj. Aún tiene un poco de tiempo antes de las clases. Hoy son antes que de costumbre. El señor Mendizábal le iba a hacer un gran favor.

Así que de nuevo se recrea en aquellos primeros trazos de *Tras la pared*: las primeras catorce páginas de lo que debería de ser su primera novela.

Ese mismo día, sobre esa misma hora, en otro lado de la ciudad.

Paco besa en la mejilla a su esposa. Acaba de llegar de otro día agotador de trabajo y aún le queda jornada de despacho por la tarde. Pero ahora no quiere pensar en ello, sólo le apetece una tranquila comida familiar y echar la siesta.

La pequeña Erica llega corriendo de alguna parte y se lanza a los brazos de su padre.

—Vamos a poner la mesa, princesa.

Padre e hija colocan cuatro cubiertos en la mesa, cuatro vasos y cuatro trozos de pan a cada lado de otras cuatro servilletas.

—No, poned sólo para nosotros tres. Paula no viene a comer.

Paco mira a Mercedes extrañado.

—¿Cómo que no viene a comer? ¿No está castigada? ¿Dónde se ha ido?

—Ha llamado y ha dicho que se queda en casa de Cris. Van a estudiar luego juntas. Le he dicho que no, pero me ha insistido tanto que al final me he dado por vencida.

—¿Que van a estudiar? ¿Un viernes por la tarde?

—Ya lo sé, pero ¿qué querías que hiciera?

—Pues decirle que no, que está castigada y que, por lo tanto, tiene que estar en casa.

—Me ha conseguido convencer. Lo siento.

Paco suspira y se sienta en la mesa. La pequeña Erica imita a su padre y se coloca junto a él. La última en ocupar su lugar es Mercedes. Apenas hablan durante la comida, una de esas comidas donde sobran las palabras o quizá precisamente sean necesarias para zanjar temas pendientes. Sin embargo, la que rompe el silencio es la pequeña de la casa.

—Papi, ¿qué es tener *secso*?

Su padre no puede creerse lo que ha oído y mira a su mujer con los ojos como platos.

—¿Cómo?

—Eso, que qué significa tener *secso*.

—¿Tener sexo?

—Sí, eso, tener *sekso*.

Los padres vuelven a mirarse entre sí, sin saber muy bien qué explicación darle a Erica. ¿No es un poco pronto para tener ese tipo de conversaciones con ella?

—Princesa, ¿dónde has oído tú eso? —interviene Mercedes, tratando de mostrar calma.

—Pues... —la niña juguetea con el tenedor y una croqueta que no le apetece nada comer—, el otro día oí que Paula lo decía por teléfono. ¿Qué es?

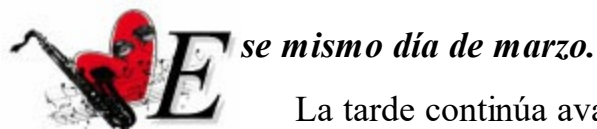
Paco y Mercedes sienten al mismo tiempo una especie de escalofrío interior. ¿A estudiar a casa de Cris? ¿Un viernes por la tarde? ¿La tardanza de anoche?

Ambos suspiran. ¿Y ahora qué?

—Por la cara que tenéis no debe de ser algo muy bueno —termina diciendo Erica ante el silencio de sus padres.

La niña se levanta de la mesa y corre a buscar el postre dejándose la croqueta en el plato.

Capítulo 8



La tarde continúa avanzando en la ciudad.

Ángel y Paula caminan lentamente por sus calles. Cogidos de la mano, con miradas y sonrisas cómplices. Sólo hace unas horas que se conocen personalmente, casi un día, pero tienen la sensación de llevar juntos toda la vida.

Antes han compartido una *pizza* en un bonito restaurante italiano. Entran en una cafetería, donde ella pide un helado de vainilla y chocolate, y él un capuchino. Están sentados uno enfrente del otro. De vez en cuando unen sus manos.

Ella le invita a que pruebe su helado y, cuando tiene la cuchara cerca de su boca, la sube y le mancha la nariz. Resulta muy gracioso ver a alguien como Ángel con la nariz cubierta de helado de vainilla y chocolate. Pero es la propia Paula la que se levanta y, con una servilleta, arregla su travesura. Luego, un beso en los labios. Cariñoso. Dulce.

—¿Quién iba a pensar esto hace dos meses...? —comenta Ángel observando cómo la chica se sienta de nuevo al otro lado de la mesa.

Hace dos meses el usuario «Lennon» y la usuaria «Minnie16» discutían acaloradamente en un foro de música sobre un tema que ni ellos mismos recordaban. La discusión terminó en una tregua, y la tregua terminó en risas. Y al cabo de dos días, las risas continuaron en el Messenger.

Enseguida se entendieron y comenzaron una extraña relación. Sí, se gustaban. Hablaban cada día. Horas. Sin embargo, por deseo de Ángel, no intercambiaron ni fotos, ni teléfonos. A Paula no le importaron tales condiciones. En algún momento tuvo sus dudas, pero lo que verdaderamente deseaba era hablar con él. Aquel periodista le gustaba cada vez más. Sentía como un cosquilleo siempre que aparecía conectado en su ordenador y aquella lucecita naranja se iluminaba.

¿Cómo es posible que te atraiga alguien que ni siquiera sabes cómo es?

—Me encantas, lo sabes, ¿verdad?

La chica se sonroja. Está acostumbrada a leer esa frase en su MSN, pero no a escucharla. Todo es sumamente extraño, pero al mismo tiempo embaucador.

Le brillan los ojos.

—Aún no me puedo creer todo esto —comenta Paula.

—Pues está pasando de verdad.

—Eso parece. O puede que estemos soñando y en algún momento uno de los dos despierte. Entonces el otro desaparecerá.

—El helado en mi nariz parecía real —bromea Ángel.

Ella ríe. Le encanta su ingenio, su capacidad para decir lo apropiado en el momento justo. Maneja perfectamente los tiempos. Antes, cuando eran invisibles, pero también ahora, cuando lo tiene delante. Ángel es sencillamente un tipo encantador.

—Estoy muy feliz. ¡Tengo ganas de gritar!

El chico la mira. Es perfecta: lista, divertida, cariñosa... Ni siquiera se han planteado la diferencia de edad. Para muchos podría ser inapropiada la relación entre una estudiante de primero de Bachiller y un periodista de veintidós años. Sin embargo, a ellos jamás les ha preocupado eso. También a él le apetece gritar.

—¡Vayámonos! Quiero llevarte a un sitio...

—¿Está muy lejos?

—No, aquí cerca.

Pagan y salen de la cafetería tras darse un nuevo beso cariñoso en los labios.

Caminan durante quince minutos hasta llegar a la puerta de Cristal de un edificio de gran fachada. Paula lee en un cartel «La Casa del Relax».

—Esto no será...

Ángel la observa divertido y se ríe al entender por dónde van los pensamientos de Paula.

—No, amor. No es ese tipo de relax...

Paula suspira y de la mano entran en La Casa del Relax.

Una alfombra blanca conduce a la pareja hasta una especie de recepción, como si se tratase de un hotel. Allí, una chica morena con una bata blanca anota algo en unas fichas.

Paula mira a su alrededor y se da cuenta de que prácticamente todo lo que compone aquel lugar es blanco, negro o de los dos colores mezclados entre sí. A ambos lados de la sala, dos pequeñas fuentes ponen el sonido ambiente. Sólo se oyen los chorros de agua. Nada más.

Un personaje bajito, vestido con un uniforme blanco, aparece de improviso y se acerca a ellos. Tiene el pelo blanquecino despeinado y un bigote cano cubre parte de su rostro.

—Hola, Ángel, ¡qué sorpresa! Cuánto tiempo sin vernos... —saluda amigable y efusivamente aquel hombrecillo.

—Buenas tardes, profesor Cornelio. Me alegro de volver a verle. Está usted tan joven como siempre —responde con una sonrisa el muchacho mientras aprietan sus manos—. Le presento a Paula, una buena amiga mía.

La chica estrecha también la mano de aquel particular hombre que la mira de arriba abajo sonriendo.

¿«Buena amiga»? Sí, quizá de momento sólo puedan definirse así.

Ángel y el profesor Cornelio intercambian unas palabras de cortesía, preguntan por sus respectivas familias y se cuentan alguna que otra anécdota del pasado. Hace bastante que se conocen, desde que Ángel estaba en el instituto y eran maestro y alumno. Charlan durante tres o cuatro minutos.

—Bueno, Ángel, imagino que habréis venido a algo más que a hacerle una visita a este viejo profesor.

—Claro. Nos gustaría entrar en una sala acorchada y que nos diera dos pases para la climatizada B.

Paula no puede evitar poner cara de extrañeza ante las palabras de Ángel. ¿«Sala acorchada»? ¿«Climatizada B»? Pero ¿dónde la había metido?

—Perfecto. Enseguida Manuela os toma nota —dice señalando la chica morena de recepción—. Bueno, me alegro de verte amigo. Y a ti de conocerte. Espero que disfrutéis de todo.

El profesor Cornelio guiña un ojo a su exalumno y vuelve a darles la mano. A continuación, se introduce por un estrecho pasillo hasta desaparecer unos metros más adelante por otro. Ángel se acerca hasta Manuela y le indica lo que quiere. La joven morena le entrega una llave con un número y dos tarjetas de plástico.

—Vamos. Está al final de ese pasillo —señala el joven poniendo su mano sobre el hombro de Paula.

—Me tienes intrigada. No sé de qué va todo esto.

—No te preocupes, ahora mismo lo sabrás.

La pareja camina hasta llegar a una puerta negra. Ángel pulsa un botón y, segundos más tarde, aparece un hombre de mediana edad con una bata blanca, semejante a la que lleva la chica de la recepción. El periodista le muestra la llave y les deja pasar.

Paula y Ángel entran en un salón de forma circular, inmenso, en el que todo es blanco y negro. La chica contempla hasta diez puertas cerradas de diez habitaciones, con sus respectivos números, que dan a aquella sala. Nunca había visto nada así.

—La suya es aquella, la número siete —indica el hombre de la bata blanca.

Ángel le da las gracias y conduce de la mano a Paula hasta puerta de la habitación número siete. Pero la joven duda por un momento. ¿En qué sitio se encuentra? ¿Para qué van a entrar en aquella habitación? ¿Cuáles son las intenciones de Ángel? Por su cabeza pasa en dos segundos toda clase de pensamientos. ¿Pretendía acostarse con ella en aquel extraño hotel? Habían hablado de sexo en sus largas conversaciones en el ordenador, pero nunca se lo habían planteado. Bueno, ella sí se lo había planteado, pero no de manera «oficial». Le gustaría que él fuese el primero, pero ¿ahora?

La chica empieza a ponerse nerviosa y, cuando Ángel abre la puerta, se queda inmóvil, como petrificada, sin poder dar un paso más.

—¿Estás bien? —pregunta el chico, que se ha dado cuenta de que algo pasa.

—Bueno, yo...

—¿Qué te pasa, amor? ¿Te ha sentado mal la comida?

—No, no es eso —dice Paula, agachando la cabeza. ¿Cómo le cuenta que quiere hacerlo con él, pero que no es el momento adecuado?—. Verás..., quizá no esté preparada... No estoy segura de que..., aquí...

Ángel la mira y empieza a comprender lo que le pasa. Está nerviosa. Tartamudea.

—No te preocupes, amor, he traído preservativos —termina diciendo con una gran sonrisa en la boca.

Paula entonces siente como si le diera una corriente eléctrica por todo el cuerpo.

¡Preservativos!

—Pero yo... No es que no quiera hacerlo contigo..., pero es que...

Paula no sabe qué decir. Inseguridad. Normalmente no duda. Temor. Normalmente no tiene miedo a nada. Presión. Normalmente controla todo lo que pasa a su alrededor. Es una chica de dieciséis años, casi diecisiete, pero sobradamente preparada. Como en aquel anuncio: una JASP. Sin embargo, ahora se siente la persona más pequeña del mundo. Le sobrepasa la situación.

—Confía en mí. Todo irá bien.

A la joven le tiemblan las piernas; de la mano de Ángel, entra en la habitación número siete.

Sin embargo, el interior de aquel cuarto no es lo que esperaba. Está vacío casi por completo ¿Y la cama? No pretenderá que lo hagan en el suelo... O en ese sillón negro. Parece cómodo, pero para una primera vez...

Lo que más llama la atención de Paula es el silencio que hay en aquel sitio. Un silencio fuera de lo normal. Casi puede oír sus propios pensamientos.

—Es muy... romántico —eso es todo lo que consigue decir. Ángel entonces empieza a reír sin poder contenerse.

—Amor, no te he traído a este sitio para que hagamos nada de lo que estás pensando. Hace un rato me has dicho que te apetecía gritar, ¿verdad?

—Sí.

—Pues eso es lo que vas a hacer: ¡gritar!

—¿Cómo? No te entiendo...

—Ésta es una «habitación del grito». O también llamada «sala acorchada». Está recubierta de una serie de paneles para que el sonido ni entre ni salga de este recinto.

Ahora entiende aquel silencio tan sepulcral.

—¿Quieres decir que estas habitaciones están construidas sólo para que la gente se desahogue gritando?

—Así es. Es una idea del profesor Cornelio. Hay días en el que el estrés nos supera y nos apetece gritar como locos, pero no podemos. En plena ciudad, no se puede gritar así como así.

Es cierto. Paula piensa en lo que Ángel le dice. Si gritas en plena ciudad, te pueden tachar de loco o puedes alarmar a alguien.

Y sí, tiene ganas de gritar. Antes de felicidad. Ahora de alivio. Quiere soltar la tensión acumulada en esos minutos en los que sentía que perdía el control de la situación.

Por otra parte se siente ridícula. ¿Cómo ha podido pensar que Ángel la llevaría allí para acostarse con ella, sabiendo él que iba a ser su primera vez? Sí, definitivamente tiene muchas ganas de gritar.

—Entonces... ¿puedo gritar?

—Sí. Espera.

Ángel la besa en la frente. Luego se aleja hasta el otro extremo de la habitación.

—¿Preparado?

—Sí, ¡grita! —le dice el joven, mientras se pone las manos en los oídos.

Paula respira hondo, cierra los ojos, aprieta los puños y grita lo más fuerte que puede. No piensa en nada mientras lo hace, sólo se libera. Es un grito de alegría, de felicidad, de pasión, de nervios, de ilusiones.

Ángel la observa. Sabe exactamente lo que está sintiendo. Él lo ha experimentado en varias ocasiones. Está soltando todo lo que lleva en su interior: adrenalina pura.

Quince segundos más tarde vuelve el silencio a la habitación del grito número siete. La joven jadea. Respira con dificultad tras el esfuerzo. Ha sido sólo un momento, pero le ha parecido toda una vida. Aún cree oír su propia voz dentro de la cabeza. Se encuentra bien, incluso más ligera, como si hubiese perdido algún kilo.

—¡Ha sido bestial! ¡Qué sensación!

Ángel se acerca y la abraza rodeándola por detrás. Luego se besan.

—Vamos, aún nos queda la segunda parte de la terapia.

—¿Tú no gritas?

—Yo, con verte a ti hacerlo, ya me he liberado.

Salen de la sala acorchada y se despiden del hombre de la bata blanca, entregándole la llave de la habitación.

—Imagino que debajo de la ropa no traerás un bikini o un bañador, ¿verdad? —dice Ángel mientras caminan.

—Claro, es lo más normal para ir al instituto —ironiza la chica—. ¿Para qué quieres saberlo? ¿Es que tienes curiosidad por mi ropa interior o es que nos vamos a dar un baño?

—Las dos cosas —responde riéndose.

—Pues de la primera..., ¡te vas a quedar con las ganas!

—Seguro que no pensabas lo mismo hace un rato cuando tartamudeabas.

Paula le suelta la mano y le golpea en un hombro con el puño cerrado, pero sin fuerza.

—Capullo...

Y entre bromas llegan a un lugar al que Ángel antes había nominado como «Climatizada B». Una puerta de cristal separa a la pareja de una enorme piscina. No hay nadie en ella. Una mujer regordeta con bata blanca y que examina con atención una revista de crucigramas se encuentra sentada en la entrada.

Al verlos llegar deja a un lado su pasatiempo y esboza la mejor de sus sonrisas.

—Bienvenidos. ¿Me pueden dar sus tarjetas, por favor?

Ángel le entrega las dos tarjetas de plástico que antes le habían dado en recepción. La mujer las pasa por una máquina lectora y las coloca en un fichero.

—¿Han traído ropa de baño?

—No. Ni toallas —señala apresuradamente el joven.

La mujer no abandona en ningún momento su agradable expresión. Anota algo en una libreta y se incorpora de su asiento. A continuación, abre la puerta de cristal.

—Sígueme, por favor.

Paula y Ángel caminan detrás de la señora de los crucigramas. Los tres entran en aquella sala que prácticamente ocupa en su totalidad la enorme piscina. Paula entonces puede observar que no es una piscina cualquiera. A un lado y a otro llegan suavemente pequeñas olas que se forman desde el centro. Su simple visión ya transmite tranquilidad.

Una chica rubia de pelo rizado y con bata blanca acude a la llegada del trío.

—Silvia, facilita al señor ropa de baño y toallas para los dos —ordena la mujer en cuanto la chica rubia llega hasta ellos—. Usted acompañeme, por favor —dice dirigiéndose a Paula.

La chica le hace caso y ambas entran por una puerta al final de la estancia. Ángel las ve alejarse y se queda sólo con el leve ruido de las olitas como única compañía.

Silvia llega con un bañador de color azul marino y dos toallas blancas.

—Creo que éste le estará bien. Allí está el vestuario para hombres donde puede cambiarse —explica la joven rubia de pelo rizado señalando la puerta de al lado por la que Paula y la mujer regordeta han entrado.

El joven periodista da las gracias a Silvia y se introduce en el vestuario masculino. Primero se quita la chaqueta y la camiseta, dejando libre su torso pulido y suave, y su vientre plano. Luego, el resto. Se desnuda completamente. Está bastante moreno pese a que hace tiempo que no toma el sol. Se pone el bañador azul y se mira en un espejo. Le llega hasta casi las rodillas. Hace un par de estiramientos a un lado y a otro para comprobar la elasticidad de la prenda. Sí, se siente cómodo con él. Guarda su ropa en una taquilla y sale de nuevo.

Paula aún no está y él no quiere entrar en la piscina sin ella. Mientras llega piensa en todo lo que le está pasando, en estas maravillosas horas junto a esta jovencita. Ni un día y, sin embargo, esa sensación de que llevan juntos toda la vida... Cree que

existe esa química entre ellos por todas las horas que se han pasado hablando en el ordenador. No se veían, no se escuchaban, y sin embargo estaban conectados por algo inexplicable. Él le había contado cosas a ella que jamás había contado a nadie. Ella, igual. ¿Podía ser Paula la chica de su vida?

Pero Ángel enseguida se olvida de todo lo que está pensando. Ahí está ella.

Camina hacia él descalza. Se ha cogido una coleta alta. Viene sonriendo. Su cuerpo sólo está cubierto por un bikini negro. La parte de arriba esconde la juventud perfecta de una chica de dieciséis años. La parte de abajo deja sin respiración al más sereno de los mortales. Ángel traga saliva e intenta recobrar la compostura.

—Me han dado un gorro para que no se me moje el pelo, pero prefiero no ponérmelo. Odio tener la cabeza enlatada... —dice al llegar. Paula se da cuenta entonces de que Ángel la observa como quizá no lo había hecho hasta ahora. Incluso se pone algo colorada—. ¿¿Qué miras??

—A ti. ¡Estás increíble!

La joven suelta una sonrisilla nerviosa y se pone aún más roja.

—Gracias. Tú también lo estás.

El juego de miradas continúa un instante. Ya ha habido besos, caricias, roces. Pero es la primera vez que ambos notan que una llama distinta se ha encendido.

—¿Entramos? —pregunta por fin Ángel.

—Claro.

Cogidos de la mano, la pareja entra en la piscina. El agua está tibia. Ambos sienten cómo las pequeñas olas chocan dulcemente contra sus piernas produciéndoles cierto cosquilleo. El agua, las olas, la compañía.

Avanzan hacia uno de los extremos y se sientan en un escalón, uno al lado del otro. Estiran las piernas, rozándose. Están más cerca que nunca, en ese mar templado de tranquilidad, con el leve ruido de las olitas.

—Esto es perfecto —dice Paula, que ha puesto su cabeza sobre el hombro de Ángel.

—Sí, es por las sales que le ponen al agua. Cada ola que tropieza con tu piel te abre los poros y penetra haciendo que tu cuerpo entre en un estado de relax.

—Lo decía por la compañía...

—Ah, yo no me puedo quejar tampoco —responde mientras la abraza sintiendo la desnudez de parte de su cuerpo.

—¿Vienes aquí a menudo? Te veo muy puesto.

—Cuando estaba en la Facultad venía de vez en cuando para relajarme. El profesor es un viejo amigo.

—¿Y has traído aquí a todas tus novias?

—¿«Mis novias»...? Así que somos novios... —deduce Ángel acariciándole el pelo.

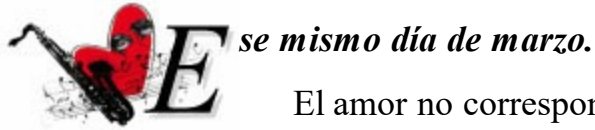
Paula se da entonces cuenta de lo que ha dicho instintivamente. Sin querer. ¿Son novios?

—Sí, lo somos.

Sin más, deja caer todo su cuerpo debajo del agua. Ángel la imita y se encuentra con ella. Al igual que las olas desaparecen al llegar a cada lado de la piscina, así desaparecen también Ángel y Paula de la superficie unos segundos para unir sus labios bajo aquel mar de paz y tranquilidad.

Pero en el amor, por motivos que se escapan a la razón, no todo es paz y tranquilidad.

Capítulo 9



se mismo día de marzo.

El amor no correspondido es el mejor amigo de la soledad.

Mario quiere estar solo. Lleva encerrado en su habitación desde que llegó del instituto. No ha comido fingiendo que le dolía el estómago, aunque lo que realmente le duele es el alma.

Está tumbado sobre la cama. No sabe ya en qué postura ponerse porque en todas está incómodo. También intenta dormir. Imposible. ¿Cuánto le durará esto? ¿Es proporcional el tiempo que llevas enamorado de alguien al tiempo que dura el dolor del desamor? Si es así, lo suyo va para largo.

¡Qué cruel es el destino a veces...! Justo el día en el que pensaba contarle a Paula lo que sentía por ella, se entera de que tiene novio.

Primero, esas rosas rojas. Luego, el beso a aquel desconocido, un tipo alto, guapo, maduro. Perfecto para Paula.

Pero es lógico que una chica como ella tenga pareja. Lo extraño sería que no fuera así o qué estuviera con alguien como él. Sí, ahora más que nunca se siente inferior, muy inferior. No tiene a nadie a su lado. Quizá porque, a la única persona que quiere a su lado, jamás la conseguirá.

Ese sentimiento le hace derramar nuevas lágrimas. Hace ya un rato que no llora, pero, de nuevo, no puede evitarlo. Y en un momento los ojos se le encharcan.

—Eres gilipollas —dice en voz alta mientras se levanta en busca de un pañuelo de papel.

El paquete de clínex está junto al ordenador. ¿Música? Sí. Quiere oír algo que le ayude. Antes lo ha intentado con Maná, pero ha sido peor el remedio que la enfermedad. Todas sus canciones le recuerdan a ella: cada letra, cada acorde. Finalmente, se da por vencido y deja de escuchar a su banda preferida. Esperaba que esto fuera un mal transitorio. Compartir grupo favorito con la chica que te acaba de romper el corazón implica que, además de perderla a ella, pierdes las canciones que te la recuerdan.

Busca en el archivo de música. Canciones en inglés. Christina Aguilera. *Beautiful*. *Play*.

*Every day is so wonderful
and suddenly, it's hard to breathe.
Now and then, I get insecure...*

«Cada día es tan maravilloso. Y de repente, es duro respirar. Ahora y entonces, me siento inseguro...».

El chico vuelve a la cama. Se acuesta de lado con las manos juntas pegadas a la cabeza. Un nuevo pinchazo le atraviesa, el pinchazo de la angustia.

Suena la puerta y Mario rápidamente se seca las lágrimas que le quedan en la manga de la camiseta. Con desgana se sienta en la cama.

—Pasa.

Su hermana, vestida de viernes por la tarde, entra en la habitación. Lleva una minifalda cortísima, unas botas que le llegan casi a las rodillas y demasiado escote.

—Me voy a dar una vuelta... —Miriam se da cuenta de que su hermano tiene los ojos enrojecidos. Además, esa canción...—. ¿Estás bien? Tienes los ojos rojos, ¿has llorado?

—No, será que me acabo de despertar.

—Será eso —dice la chica no muy convencida—. Si te pasa algo, puedes contármelo, ¿eh?

—No me pasa nada, no te preocupes.

Se observan en silencio hasta que ella vuelve a hablar.

—Bueno, no insisto. Me voy con mis amigas... —Miriam se queda por un momento pensativa. Quiere decir algo para animarlo—. ¿Sabes que una de ellas dice que estás muy bueno?

¿Una de sus amigas? ¿Paula?

—¿Quién dice eso? —pregunta tratando de mostrar calma, pero ansioso de saber la respuesta.

—Diana. Dice que no estás nada mal.

Decepción.

—A Diana, hasta Bugs Bunny le parece que está bueno.

Miriam ríe ante el comentario de su hermano aunque, en realidad, lleva razón.

—Bueno, pequeño, me voy. Por cierto, ¿cómo llevas Matemáticas? Creo que eres de los pocos de la clase que se entera de algo...

—Porque el resto pasáis de todo.

La chica vuelve a reír.

—Puede ser. Ya me echarás una mano... Bueno, ahora sí que me voy con éstas. ¡Y escucha algo más alegre, hombre, que es viernes por la tarde! Seguro que cuando me vaya te dedicas a resolver derivadas. Las Matemáticas parecen tu novia...

Miriam se despide con un besito imaginario y cierra la puerta.

¡Qué hermana tan divertida! ¿Derivadas? ¿Matemáticas? ¿A quién le importa todo eso cuando acaba de sufrir el mayor palo de su vida?

—Las Matemáticas son una mierda. Todo es una mierda.

Pero pronto Mario se iba a arrepentir de haber insultado a sus «queridas» matemáticas.

Capítulo 10



se mismo día de marzo. Ya ha anochecido.

Está sentada en uno de los sillones de salón. Tiene las piernas cruzadas y una sonrisa de oreja a oreja a pesar de aquel «tenemos que hablar» que se ha encontrado cuando ha llegado a casa.

¿Le iban a echar otra bronca? ¡Qué más da! Es feliz. La tarde ha sido increíble. Tanto que ojalá hubiera durado para siempre. Aún saborea en sus labios el último beso de la despedida.

Minutos antes.

Paula: «Gracias por este día y por el de ayer. Han sido perfectos».

Ángel: «Nada habría sido perfecto sin ti».

Paula, suspirando: «Me tengo que ir. No hace falta que me acompañes hasta casa hoy».

Ángel: «Quiero hacerlo».

Paula: «No, no te preocupes, no vaya a ser que mis padres te vean. Tienen la mosca detrás de la oreja».

Ángel: «Está bien».

Paula: «¿Hablamos esta noche?».

Ángel, pensativo: Acaba de recordar que tiene que ir a la sesión de fotos de Katia. ¿Le dice algo a ella? Mejor no. La llamará cuando termine. «Claro. Yo te llamo luego».

Paula: «Vale, pues me voy».

La pareja se despide con un largo beso y cada uno toma un camino distinto.

Sus padres entran en el salón, uno al lado del otro, susurrando, como si estuvieran preparando algún tipo de estrategia para abordar a su hija. Paco se sienta a la derecha de Paula y Mercedes a la izquierda. Parece que el ataque va a ser por tierra, mar y aire. Preparados, listos..., ¡ya!

—Paula, comprendemos que ya no eres una niña —empieza diciendo su madre—, aunque para nosotros eso es difícil de asimilar.

La chica aún no sabe muy bien por dónde van los tiros, pero aquel comienzo no le gusta nada: no parece una bronca de las habituales.

—Lo que tu madre quiere decir es que tienes casi diecisiete años y a esas edades se cometen errores —añade su padre.

—También se cometen errores con vuestra edad, ¿no? —interviene Paula.

—Sí, sí, claro, cariño —se apresura a decir Mercedes—. Todos cometemos errores, pero hay algunos que son evitables. Quiero decir que es necesario...

—... Tomar precauciones —dice Paco interrumpiendo a su mujer.

¿Precauciones? ¡Ah, precauciones! Paula empieza a entender hacia dónde se dirige aquella conversación.

—Eso, precauciones. Aunque si uno no está seguro de algo, es mejor no hacerlo hasta estar preparado... —indica Mercedes.

—Es decir, que si yo no estoy segura de aprobar el examen de Mates del viernes, mejor no lo hago, ¿no? —dice la chica sonriendo.

Sus padres se miran entre ellos. *Touché*.

—A ver, Paula —insiste su madre—. Tú sabes que nos puedes contar todo a nosotros. Y si tienes cualquier duda, tu padre y yo estamos para resolverlas.

—Ya os cuento todo... —miente.

—Bueno, seguro que hay cosas que te guardas. Y es normal. También tienes tu vida propia...

—... Pero las cosas importantes es bueno que las sepamos —concluye Paco.

—Eso es. Por ejemplo...

A Paula le da miedo oír el ejemplo que su madre va a poner.

—... Por ejemplo, si te echas novio... Eso es algo importante, ¿no?

¡Bingo! Sabía que ése iba a ser el ejemplo.

—Depende de cómo se mire. Pero sí, parece algo importante.

—Sí que lo es —confirma su padre—. Y todo lo que conlleva tenerlo, también.

«Lo que conlleva tenerlo... Es una manera bonita y maquillada de decir mantener relaciones sexuales», piensa Paula.

—Pero estamos hablando de un ejemplo, ¿no?

—Sí, claro, claro... Es un ejemplo de cosas importantes de las que nos puedes hablar a nosotros sin ningún problema. De tener novio y, como dice tu padre, de todo lo que conlleva tenerlo.

Tras las palabras de Mercedes, el silencio se instala en el salón unos instantes.

Es la chica la que decide romperlo por fin.

—Papá, mamá: no es preocupéis. Si me acuesto con un chico, tomaré esas precauciones de las que me habláis.

Y tranquilamente, Paula se levanta del sillón, da un beso a su padre, otro a su madre y sube a su habitación.

Paco y Mercedes la observan. Aún la ven como una cría, su pequeña. Es inevitable.

«Si me acuesto con un chico tomaré esas precauciones de las que me habláis». ¡Menuda frase para terminar la conversación! Se han quedado congelados.

Finalmente, es la mujer la que se dirige a su marido:

—¿Ves? No hay nada mejor que hablar las cosas...

Paco mira a su esposa y sonríe forzosamente.

—Sí, me he quedado mucho más tranquilo... —dice el hombre poniéndose la mano en la frente—. Voy por una aspirina.

—Tráeme a mí otra, por favor.

Y es que las farmacias podrían sobrevivir exclusivamente de los analgésicos vendidos a padres que se encuentran de golpe con el crecimiento de sus hijos... y todo lo que ello conlleva.

Esa noche de marzo en otro lugar de la ciudad.

Aparcan en una calle cercana al lugar en el que habían quedado. Héctor y Ángel se bajan del coche. Son cerca de las ocho y media, hora en la que se debían reunir con Katia para la sesión de fotos. La noche es cerrada.

Héctor lleva un gran maletín con todo su equipo fotográfico y Ángel le ayuda con las luces.

—¿Crees que nos llevará mucho tiempo? —pregunta el joven periodista, que no se siente del todo cómodo con aquella situación.

—Pues espero que no. Necesito una foto para la portada y tres para páginas interiores. Aunque nunca se sabe...

Los dos llegan caminando a un parquecito en el que ya están Katia y su representante. Ambos dialogan animadamente con dos chicas a las que Héctor ha llamado para que le ayuden con el vestuario y el maquillaje de la cantante.

La joven del pelo rosa es la primera en darse cuenta de la presencia del fotógrafo y el periodista y sale al encuentro de ellos.

—Buenas noches —saluda Katia sonriendo y dando posteriormente dos besos a cada uno—. Esta vez hemos llegado nosotros antes.

—Empate a uno —dice Ángel, que mira con curiosidad a la chica sin ocultar una gran sonrisa al verla.

La joven cantante esta vez sí va vestida de manera parecida a como normalmente lo hace en sus actuaciones. Lleva un vestido azul y rosa con mucho vuelo hasta las rodillas, unas medias de colores salteados, bailarinas y guantes de terciopelo a juego con el resto de su vestimenta.

—¿Voy bien así?

—Sí, me gusta —señala Héctor—. De todas formas haremos un par de cambios de vestuario durante la sesión para darle distintos tonos al reportaje. ¿Te parece?

—Por mí, perfecto.

Ángel y Héctor saludan también al resto.

Es un sitio solitario. Tenía que serlo para poder trabajar tranquilos, alejados de la multitud que seguro se agolparía para ver una sesión fotográfica de Katia. Aquella chica ha conquistado a muchísimos fans en poco tiempo.

—¿Comenzamos? —pregunta Héctor, que ha elegido un viejo y enorme roble para sus primeras fotos.

Katia se sienta en las faldas del árbol. El fotógrafo le va indicando y pidiendo distintas poses:

—Levanta la barbilla. Sonríe. Eso es. *Clic*. Mira a la izquierda. Muy bien. *Clic*. Abre un poco las piernas. No tanto. Eso es. *Clic*. Ahora ponte de pie. Mira a la cámara fijamente. *Clic*.

Ángel está sentado en un banco del parquecito. No pierde detalle de la sesión. Observa atentamente cada movimiento, cada gesto de la cantante. Realmente, es una chica que tiene algo. No sólo es guapa sino que, además, posee cierta magia. Aquellos ojos celestísimos son embrujadores. El periodista no sabe muy bien qué pinta allí porque, como pensaba, no está aportando nada. Sin embargo, por alguna extraña razón, está contento de haber ido.

Los minutos pasan. La sesión fotográfica continúa. Diferentes lugares. Cambio de vestuario. *Clic*. Un poco de maquillaje por aquí. Retoques en el pelo por allá. La noche sigue avanzando y adentrándose en aquel pequeño parque retirado del bullicio de la ciudad. Un pequeño descanso antes de las últimas fotos.

Katia se acerca a Ángel y se sienta a su lado.

—¡Uff...! Estoy agotada. Parece que no, pero esto cansa. No podría ser modelo.

—Lo haces muy bien. Es como si llevaras en esto toda la vida.

—Bueno, forma parte de mi trabajo. Aunque no sea lo que más me gusta de él... —dice suspirando—. Toda profesión tiene su parte incómoda.

—Me siento algo ridícula poniendo esas caras y esas posturas. Cuando me ha dicho que abriera un poco las piernas... ¡qué vergüenza! Me ha dado la risa por dentro. No sé cómo he aguantado.

Ángel ríe ante el comentario de la chica.

Katia lo mira. Le parece muy guapo. Sí. Y cuando sonrío...

—Ángel...

—Dime.

—Nada, que muchas gracias por venir.

—Pero si no estoy haciendo nada... Sólo miro.

—Bueno, me da tranquilidad verte aquí. Como ya te dije, este tipo de cosas no son lo mío.

La voz de Héctor a lo lejos interrumpe anunciando que se terminó el descanso.

—Ve, rápido, que ya sólo te queda un último pase.

—¡Voy!

Katia sonríe, se inclina y le da un beso rápido en los labios ante la sorpresa del joven periodista que no tiene tiempo ni de reaccionar. La chica del pelo rosa se levanta y acude corriendo a hacerse las últimas fotos de la sesión.

 ngel est  paralizado.  Qu  ha sido eso?  Por qué Katia le ha dado ese beso?

Seguro que debe tratarse de un error. S , hoy en día mucha gente se da ese tipo de besos,  verdad? Un beso de amigos o algo así. Sólo ha sido un beso cariñoso.

La sesión continúa. Katia est  posando en un columpio. Se balancea suavemente. Clic. Lleva el pelo suelto que se alborota con cada impulso. Héctor no pierde detalle con su cámara. Le pide que sonr a. Clic. Ahora que mire hacia la derecha con cierta melancolía. Clic. Tras ese gesto, Katia ve a  ngel. El joven periodista est  como ausente, pensativo.  Qu  estar  pasando por su cabeza?

—Katia, no te balancees ahora —dice el fotógrafo—. Eso es. Ponte la mano derecha en la boca. Muy bien. Eso es, como si estuvieras imaginando algo. Piensa en tu novio, por ejemplo.

 Novio? No existe ningún novio. Pero ella piensa en alguien.

—Muy bien. Ahora, una expresión de duda: baja los ojos, inclina un poco la cabeza a tu derecha y mira hacia el suelo. Eso es. Precioso. Ahora, sonríe. Perfecto... Y con esta última, hemos terminado.

 ngel sigue sentado pensando en lo que minutos antes ha sucedido. Ve cómo Katia se baja del columpio, con su pelo rosa suelto.  C mo es posible que le quede tan bien ese color? Su rostro es todavía el de una niña, nadie diría que tiene veinte años. Y aquellos ojos... Seguro que Héctor ha sacado fotos en las que sobresalga ese celeste tan llamativo. Sin duda, Katia es una tentación para cualquier hombre.

Finalizada la sesión, todos se reúnen en torno al fotógrafo.  ngel trata de evitar encontrarse con los ojos de la joven cantante. Sin embargo, termina sucumbiendo. La chica le sonríe cuando se da cuenta de que la est  observando.

—Ha sido un bonito trabajo —indica Héctor—. Seguro que saldrá un reportaje fantástico.

—Estamos convencidos de ello —dice satisfecho Mauricio Torres, el representante de la cantante.

—La noche realza mucho la belleza de Katia —insiste el fotógrafo.

S , también  ngel piensa que serán unas fotos extraordinarias para acompañar su entrevista. Aquellos ojos celestes, las luces, la oscuridad de la noche... La noche... Entonces cae...  Paula! Tiene que llamarla. Mira el reloj. No es demasiado tarde aún.

—Perdonadme un momento, tengo que hacer una llamada —dice el joven mientras se aleja del grupito que continúa dialogando animadamente.

Katia es la única que no escucha lo que los otros est n diciendo. Sus ojos están puestos en  ngel, que camina aceleradamente hacia un lugar retirado de los demás.

El periodista, cuando cree que est  suficientemente apartado para que le oigan,

saca el móvil de su bolsillo. Está apagado. Ángel intenta encenderlo, pero es inútil: se ha quedado sin batería.

Vuelve a mirar el reloj. No pasa nada, no es demasiado tarde. Tiene que ir a la redacción de la revista a por unos dossieres. Desde allí la llamará.

El joven regresa al grupo que, en su ausencia, parece que ha hecho planes para esa noche.

—Ángel, nosotros nos vamos a tomar algo. ¿Te vienes? —le pregunta Héctor.

—No puedo. Tengo que recoger unas cosas de la redacción y mañana quiero madrugar.

—Pero si mañana es sábado... ¡Venga, hombre, vente! Es sólo a tomar una copa para celebrar el trabajo bien hecho —insiste el fotógrafo.

—No, de verdad. Tengo que ir a la revista a buscar unos papeles y es tarde ya.

—Yo tampoco puedo ir —interviene Katia—. Estoy cansadísima. También a mí me toca madrugar.

—Venga, chicos, sólo una copa... —insiste Mauricio, que no le quita ojo a una de las chicas que ha ayudado en la sesión.

—Id vosotros. Yo llevo a Ángel a la revista, que me pilla de camino.

El chico se sorprende ante la propuesta de la cantante.

—Muchas gracias, Katia, pero no hace falta. Yo cojo el metro y...

—No es ninguna molestia. El metro más cercano está muy lejos. Yo te llevo. Es lo menos que podía hacer por ti después de molestarte en venir.

—Está bien... Si no queréis venir, os dejamos. Nosotros vamos a tomar algo —señala el representante de Katia, que ya ha hecho un par de amagos de pasarle la mano por el hombro a una de las maquilladoras.

Los seis se despiden. Las dos chicas, Héctor y Mauricio Torres se van por un lado. Katia y Ángel, por otro. Caminan hacia el Audi rosa aparcado en una calle oscura, casi escondida.

Andan en silencio. El periodista aún tiene en la cabeza aquel beso. No sabe cómo tomárselo. ¿Un gesto cariñoso o algo más? Incluso se siente un poco culpable. ¿Ha tenido él que ver en aquello?

Las estrellas iluminan otro cielo despejado. La luna se deja ver en la noche que ya está bien avanzada. Aunque para Katia y para Ángel la noche no ha hecho más que empezar.

A esa misma hora, en otro punto de la ciudad.

Tumbada en la cama espera a que él la llame. Lleva así cerca de media hora.

¿Por qué no la ha llamado ya?

Paula está ansiosa por volver a oír su voz. Son tantas sus ganas que no puede más

y decide ser ella quien lo llame. Busca su número y lo marca. Decepción: tiene el móvil apagado. La desilusión es tan grande que hasta le entran ganas de llorar. ¿Pero por qué? Si han pasado dos días increíbles... Los dos mejores de su vida.

«¡Qué tonta soy...!».

Pero no puede dejar de pensar en él. ¿Qué estará haciendo Ángel ahora?

Tiene que serenarse un poco. Todo está bien. Sólo debe distraerse y no obsesionarse. Ya se lo dice su madre a veces, que la vida tiene muchas cosas como para dedicar todo tu tiempo únicamente a una. Ya llamará.

Enciende su ordenador para oír música. Buen remedio para pasar el tiempo. Elige *Apologize*, de One Republic. Precioso tema que ha descubierto hace poco. Pero la música no es suficiente para olvidarse de todo. Necesita algo más. Ya lo tiene: *Perdona si te llamo amor*. Puede ser un buen antídoto meterse otra vez en el mundo de Niki y leer sus aventuras con aquel publicista mucho mayor que ella. Qué historia de amor... En cierta manera, se siente identificada con la protagonista. Ella está viviendo una experiencia parecida.

Coge el libro y lo abre por donde lo había dejado. Aquel separador... Recuerda entonces al chico del Starbucks. Con todo lo que ha vivido en las últimas 24 horas, apenas había pensando en él. Era muy guapo, con esa sonrisa perfecta.

Va al final del libro y lee de nuevo la dirección de correo de aquel desconocido: alexescritor@hotmail.com.

Siente curiosidad ¿Por qué no? La chica se sienta de nuevo ante su PC, abre su MSN y agrega la dirección del joven del Starbucks.

¿Estará conectado?

Paula no conoce la razón, pero siente un ligero cosquilleo dentro.

Transcurren unos minutos y no hay señales de que aquel chico esté en su ordenador. La joven se impacienta.

«¿Qué le pasa a todo el mundo esta noche, que nadie responde?».

El ruidito característico del Messenger le anuncia que uno de sus contactos acaba de conectarse. Es Mario.

Paula, sorprendida, lee el nuevo *nick* de su amigo: «La vida es una mierda. El amor es una mierda. Las Matemáticas son una mierda». Además, la imagen de su ventana es una rosa negra.

«Pobre. Seguro que alguna chica le ha dado calabazas. Qué pena, con lo buen chico que es. Algunas no saben lo que se pierden...».

Quiere decirle algo, pero no sabe por dónde empezar. Bueno, lo que importa es que se anime y que vea que hay más caminos. Que esa chica se lo pierda. Pero en ese momento un nuevo contacto del MSN de Paula se conecta. Alexescritor está en línea.

En ese mismo momento en otra parte de la ciudad.

Está conectada. ¿Habrá leído el *nick*?

Mario no sabe qué hacer. ¿Le escribe? ¿Espera a que sea ella la que le diga algo? Tiene ganas de contarle cómo se siente: contarle que tiene el corazón roto; desahogarse y soltarlo todo... Pero por otro lado eso es imposible. Ella es precisamente el motivo de su dolor. No puede hablarle como si nada. Aquello es una tortura. Un laberinto sin salida. Su cabeza, además, no deja de reproducirle la imagen de Paula besando a aquel chico a la salida del instituto. Y cada vez que lo recuerda, siente que se quiere morir. Es como en aquel tema de Mecano que le viene a la mente, *Cruz de navajas*, cuando el protagonista de la canción, que casualmente se llama Mario, encuentra a su chica, María, besando a otro en la calle.

¿Le dice algo?

¿Y si ahora está hablando con él? O, lo que es peor, ¿y si están juntos en su habitación?

Ese último pensamiento desmorona por completo el ánimo de Mario. No tiene ganas de nada. Y sin pensarlo más, apaga el ordenador y vuelve a la oscuridad de su habitación.

Capítulo 11



Viernes de marzo por la noche.

Llega a casa con ganas de escribir. Se siente inspirado. Rápidamente, Álex enciende el ordenador para adentrarse en su novela. Julián y Nadia le esperan en *Tras la pared*. ¿Escena de sexo? Quizá.

Mañana comenzará con su plan. Desea que el señor Mendizábal tenga todo listo temprano. ¡Qué gran favor le está haciendo! Aunque los resultados son completamente inciertos: es una idea un poco descabellada, pero su intuición le indica que puede funcionar. No pierde nada por intentarlo.

Antes de ir al Word, pasa por su MSN para mirar el correo electrónico. Alguien desconocido le quiere agregar. Acepta.

Es una chica. Tiene escrito en mil colores su nombre, Paula, y su *nick* es «Mariposas bailan en mi pecho. TQ. Gracias por todo».

¿Será la chica del Starbucks? Está conectada. ¿Le escribe? Pero ella se anticipa.

—Hola. ¿Se puede pasar?

Álex se lo piensa. Le apetecía mucho escribir, pero la curiosidad le gana. Y con esa chica, la curiosidad es aún mayor.

—Sí, adelante, aunque no sé muy bien quién eres.

—¿No me reconoces?

—Tengo una ligera idea, pero no estoy muy seguro. ¿No me vas a decir quién eres?

—Soy Paula. Lo pone en mi *nick*. ¡Qué poco te fijas! —un icono sonriente termina la frase.

—Ya me había fijado en eso, pero no conozco a ninguna Paula.

—Sin embargo, yo sí sé quién eres.

—Es normal: tú me has agregado.

—Claro, porque tú me diste tu dirección. Bueno, más bien me la escribiste.

«¡Es ella!».

—¡Ah! Entonces eres la chica de la cafetería. Ya no me acordaba de que te había dado mi MSN —miente.

—Seguro —icono guiñando un ojo.

—Pues soy Álex, encantado.

—Yo, Paula, encantada.

¿Y ahora? ¿Por dónde llevar la conversación? Ambos están unos segundos sin decir nada. Finalmente, Álex opta por el camino más sencillo.

—¿Has terminado ya el libro?

—¿*Perdona si te llamo amor*? No. Precisamente estaba leyéndolo antes de agregarte.

—Ah.

—Por cierto, un gesto muy... ¿simpático? Me refiero al de escribirme al final tu correo y cambiarme el libro.

Álex se sonroja. ¿Se está riendo de él? No. Si al final ha decidido agregarle, será por algo, ¿no?

—Yo soy así.

—Jajaja.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú. Que seas así.

—Te recuerdo que fuiste tú la que se manchó el labio y la nariz de café o lo que fuera aquella bebida. Y la que se dio un golpe en la cabeza al levantarse.

—Ya no me acuerdo de eso.

—Tienes mala memoria.

—He estado muy ocupada.

—¿Leyendo el libro?

—Más bien viviéndolo.

Álex no ha entendido esa última frase, pero no pregunta sobre lo que ha querido decirle.

—¿Y qué te está pareciendo?

—¿Eso no me lo preguntaste ya ayer?

—Sí, pero te fuiste a hablar por teléfono.

—Ya. Pero cuando regresé eras tú el que te ibas.

—Tenía clases.

—¿Clases de...?

—Saxofón.

—¿Tocas el saxofón? ¡Qué guay!

—Bueno. Me gusta la música. Hablando de música..., mira esto.

Álex le pasa a Paula el siguiente archivo <http://es.youtube.com/watch?v=4w7ShnVt3dE>.

La chica lo abre. Es un montaje de *Perdona si te llamo amor* con una preciosa canción italiana de fondo. Durante cuatro minutos y veintiún segundos, ambos disfrutaban del vídeo.

—¡Me encanta! —escribe Paula mientras vuelve a ponerlo—. ¿Lo has hecho tú?

—Sí, aunque la canción no tiene que ver con la película.

—¡Ah!, ¿también hay una película?

—Claro, de ahí son las imágenes que ves. Pero el tema que he puesto es de

Massimo Di Cataldo y se llama *Scusa ma ti chiamo amore*.

Paula no escribe. Ve terminar el vídeo una vez más. Le entusiasma la canción. Es preciosa. Va a ponerla otra vez cuando mira el reloj de su ordenador. Esto le lleva a pensar en Ángel. Es tarde y aún no la ha llamado.

Sin decir nada a Álex, coge su móvil y marca el número de su chico. Nada. Apagado. ¿Pero dónde se ha metido?

Siente el cuerpo flojo y los brazos pesados. Nota cómo le pican los ojos y cómo se forma un nudo en la garganta. ¿Qué estará haciendo?

—Hola. ¿Sigues ahí?

Es la frase con la que Paula se encuentra al volver al ordenador unos minutos más tarde. De repente, se le han quitado las ganas de todo. Echa de menos a Ángel. Quiere oírle. Siente una gran impotencia por no poder comunicarse con él de ninguna forma.

—Sí, estoy aquí. Perdona, me llamaron —miente Paula—. De todas formas me tengo que ir ya.

—Sí, yo también. Se ha hecho tarde y mañana madrugo.

—¿Un sábado? ¿También tienes clases?

—No, pero he quedado para que me den una cosa.

—Bueno, no te entretengo más entonces. Que descanses.

Es una pena. Se va. Y quién sabe hasta cuándo. ¿Qué impresión le habrá causado a Paula? Tiene ganas de conocerla más. Una idea sacude en esos momentos la cabeza de Álex. ¿Se atreve a proponérselo? Lo medita unos instantes y por fin se decide:

—Paula, antes de que te vayas... ¿tienes algo que hacer mañana por la mañana?

La chica lee con sorpresa la pregunta de aquel chico. Le ha dado muy buena impresión. No sólo es guapísimo y con una sonrisa perfecta sino que es simpático, y le gusta su capacidad de conversación. Sin embargo, la última frase le desconcierta un poco. —¿Por qué me lo preguntas?

—Es que necesito ayuda, alguien que me eche una mano por la mañana.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Queda conmigo y lo verás.

—¿Me estás pidiendo que quede contigo, que apenas te conozco, un sábado temprano, para ayudarte a algo que no me vas a decir lo que es? ¿No te parece todo un poco extraño?

—Mirándolo así, suena raro... Pero quiero que quedes conmigo. —Ahora es Álex el que pone un icono guiñando un ojo.

Paula no sale de su asombro. ¡Qué atrevimiento! Pero en realidad siente curiosidad. Y la compañía no está nada mal. Además, mañana por la mañana no tiene nada que hacer. Pensaba que tal vez pudiera pasar el día con Ángel, pero eso, a estas alturas de la noche, lo ve como algo imposible. No es nada malo ayudar a un amigo que la necesita, ¿no? Pero ¿ese chico puede considerarse amigo? ¿Y qué tipo de ayuda

necesita? Cuánto misterio.

—No sé, Álex. ¿No me puedes decir para qué es?

—No, tendrás que confiar en mí.

Paula suspira. Se pone de pie. Coge el móvil y vuelve a llamar a Ángel. Una vez más se encuentra con una voz grabada indicando que el móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura. Impotente, molesta, triste, lanza el teléfono contra la almohada de su cama.

—Está bien. ¿Dónde quedamos y a qué hora?

¿Ha aceptado? Álex no se lo puede creer. ¡Ha aceptado!

Precipitadamente, escribe la dirección del lugar en el que deben reunirse a las diez de la mañana y le explica cómo ir.

Una curiosa felicidad le inunda aunque no entiende la razón de esa alegría repentina.

—Espero que esto no sea una broma —añade Paula.

—No lo es. Te agradezco mucho que vengas a ayudarme.

—Me vas a tener en ascuas hasta mañana, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, no insisto más. Por fin he dado con alguien más cabezota que yo.

—No soy cabezota —responde Álex.

—Sí lo eres.

—No.

—¿Ves cómo sí lo eres?

—Vale, quizá un poco.

Ambos sonríen al mismo tiempo, cada uno en su habitación. En la distancia. Sin tan siquiera ver que el otro también está sonriendo. Paula olvida por unos segundos a Ángel: por unos instantes, nada de lo que ha ocurrido en esos dos días ocupa su mente.

—Bueno, Álex. Te veo mañana entonces.

—Muy bien. Te esperaré. Buenas noches.

—Buenas noches. Un beso.

—Otro.

La chica desconecta su Messenger. Luego escucha una última vez la canción de Di Cataldo. Se tumba en la cama y se queda dormida con el móvil debajo de la almohada.

Álex permanece en el ordenador. Esta conversación le ha inspirado aún más de lo que ya estaba. Mientras escribe no deja de pensar en el día siguiente. Sí: mañana puede ser un gran día.

La noche anterior.

Katia conduce su Audi rosa con capota negra por las calles de la ciudad. A su lado está Ángel. Apenas han cruzado palabra. La cantante lo mira de reojo de vez en cuando. No parece muy contento sino más bien preocupado.

Van en dirección a la redacción de la revista donde él trabaja. Un semáforo en rojo. El coche se detiene. Ella aparta la vista de la carretera y se gira hacia él.

—¿Estás enfadado?

Ángel no dice nada. Ni siquiera la mira.

—Vale, queda claro. Estás enfadado —protesta Katia, apretando con fuerza el volante con las dos manos.

El semáforo cambia a verde y el Audi rosa acelera haciendo chirriar las ruedas.

—No estoy enfadado —dice por fin Ángel.

—Pues sí que lo parece.

—Es sólo que...

Katia frena bruscamente. En un lugar prohibido, aparca en doble fila ante la mirada atónita de su acompañante.

—No nos vamos de aquí hasta que me cuentes qué te pasa.

—Pues... Supongo que es una tontería.

—Suéltalo ya.

—¿Por qué me has besado?

La chica del pelo rosa cambia su expresión. Muestra entonces una de esas sonrisas tranquilizadoras.

—¡Era eso! Te ha sorprendido que te diera un beso en los labios...

—Es normal. No todos los días una chica que acabas de conocer te besa en los labios sin esperarlo.

—Te tendría que haber avisado. ¿Con un cartelito, quizá? —se burla ella.

—No me ha hecho gracia —señala Ángel frunciendo el ceño.

—No te enfades. Ha sido un pico cariñoso. Nada más.

—¿Sueles ir dando por ahí «picos cariñosos» a todo el mundo?

Katia mira hacia arriba haciendo como que piensa.

—Pues..., contándote a ti ya van... sesenta y cuatro —responde y suelta una pequeña carcajada a continuación. Luego vuelve a hablar más serena ante los ojos acusadores del chico—. Ángel, no le des más vueltas. Ha sido sólo un impulso cariñoso. Nada más.

El joven periodista no lo tiene tan claro. Ni eso, ni otras cosas. Puede que Katia esté haciendo ahora como que ha sido algo sin importancia, no premeditado. Pero la realidad es que le ha besado en los labios. Pero ¿y él? ¿Qué ha sentido cuando ha

notado los cálidos y dulces labios de la chica del pelo de color rosa? Eso tal vez le confunde más.

—Está bien. Si tú dices que ha sido un detalle cariñoso e impulsivo, te creo. Pero a partir de ahora sólo nos damos la mano, ¿eh?

Katia sonríe y Ángel también termina haciéndolo.

El Audi rosa se vuelve a poner en marcha.

La noche es un entramado de luces y oscuros. De sonidos. De ruidos indescifrables. Katia canta en voz baja mientras conduce. Ángel está más tranquilo aunque algo en su interior parece alborotado.

De nuevo un frenazo brusco. El coche se detiene.

—¿Qué pasa ahora? Tienes que aprender a frenar, ¿eh? Si no, en dos meses no tienes discos de freno.

—¿Te apetece que entremos ahí a tomar una copa? Estoy seca —dice Katia, señalando un pequeño *pub*, cuyas letras luminosas rezan «Rounders».

—Katia, tengo que recoger los papeles de la redacción. Y mañana debo madrugar.

—Por favor... Por favor —ruega ella. Ahora más que nunca parece una chica de quince o dieciséis años.

—No puedo, Katia. De verdad que...

—Déjame invitarte aunque sólo sea a una copa. Para compensarte que hayas venido y como disculpas por el beso. Por favor. Por favor...

El periodista se niega unas ocho veces. Katia insiste con sus «por favor, por favor» otras tantas.

—¡Vaaaale! Pero una, y nos vamos —termina diciendo. La chica aplaude y va a darle un beso, pero se da cuenta y termina alargando la mano para estrecharla. Ángel sonríe y se la da también a ella. Nota su piel suave. Sus dedos pequeños, afilados.

Aparcan el coche y entran en el *pub*. Está vacío. Sólo ven a dos camareras vestidas de negro detrás de la barra, charlando entre ellas. La luz es tenue y La música dance no está muy alta.

«¡Paula!», recuerda de pronto Ángel al mirar el reloj. No la ha llamado. Se lleva las manos a la cabeza. Puede que esté dormida ya incluso. Saca de nuevo el móvil de su bolsillo y trata de encenderlo. Nada, no tiene batería.

—Si quieres te dejo el mío —señala Katia al ver que el teléfono del chico no funciona.

—Gracias, pero no me sé el número de memoria.

—¿Es a tu chica a quien quieres llamar?

—Sí.

—No quiero ser una molestia. Si quieres, nos vamos.

—No te preocupes. Tomamos una copa y la llamo cuando llegue a la redacción, que tengo un cargador allí.

—Bien. Entonces, ¿qué te pido?

El dance deja paso a una canción brasileña lenta, pegadiza, dulzona: *Miedo de amar*, de Ivete Sangalo y Ed Motta. Es como si el encargado de poner la música en aquel sitio quisiera que la pareja se uniera un poco más. Ángel acerca sus labios al rostro de Katia. Lo hace de forma inocente, sin ninguna intención, tan sólo para decirle lo que quiere beber: una cerveza. Pero está muy cerca de ella y puede aspirar todo su aroma...

Una de las camareras, la que parece más joven, peinada con dos trenzas, atiende a la chica del pelo rosa. Enseguida le entrega dos botellines verdes de Heinekken. Katia paga y entrega una de las cervezas a Ángel.

—¡Brindemos! —propone ella sin parar de sonreír ni un segundo.

—¿Por qué quieres brindar?

—Por la mejor entrevista que me han hecho nunca.

—¿La de Los Cuarenta Principales? —ironiza él.

—Claro. Aunque nada tienes que envidiarles tú... —contesta ella acercándose un poco más. Prácticamente no hay espacio entre ambos en aquella barra.

—Brindemos entonces.

Chocan sus botellines y dan un pequeño trago al unísono. En la tímida luz del recinto, Ángel sigue hipnotizado por los celestes ojos de aquella chica. Pero, al mismo tiempo, le viene a la cabeza Paula. Su gesto se tuerce entonces al pensar en ella. Está en un *pub* tomando una copa con una preciosa muchacha de veinte años, que además es famosa y le ha besado. No la ha llamado por teléfono. Vale, no ha podido. Pero eso no es excusa. ¿Qué estará pensando Paula? ¿Se habrá preocupado? ¿Molestado? Espera compensarla mañana de alguna forma. Aquellos dos días habían sido como una pequeña vida. Una bonita historia propia de un cuento, un cuento que era realidad. Pero ahora, ¿la había fastidiado? ¿Por qué no le había contado nada de la sesión fotográfica?

—Hola. —El rostro de Katia aparece justo enfrente de su rostro—. ¿Estás aquí?

—Sí. Estaba intentando traducir la letra de la canción —miente Ángel.

—¡Qué mentiroso...! No sabes mentir. A ver si esto te espabila...

Katia golpea con la parte de abajo de su botella el cuello de la botella de Ángel. La espuma sube rápidamente y la cerveza comienza a salirse precipitadamente. El joven periodista se agacha con el botellín en la boca y bebe todo lo rápido que puede para evitar manchar el suelo del local.

La cantante jalea y salta, animándolo para que beba más deprisa. Ríe. También lo hacen las dos camareras, que ya han descubierto que aquella pequeña chica con el pelo de color rosa es la conocidísima Katia.

Pese a los esfuerzos de Ángel, pequeñas gotas se han instalado en su camiseta y en su pantalón. Además, un charco de cerveza se ha formado a sus pies.

Avergonzado, pide una fregona a la camarera de las trenzas. Ésta sale de la barra y ella misma limpia lo que se ha vertido.

—Perdona. Yo...

—No te preocupes, si no ha sido nada... —La chica termina de recogerlo todo y regresa detrás de la barra con una sonrisa.

Katia vuelve a acercarse.

—Le has gustado —le susurra al oído.

—¡Qué dices! La cerveza se te ha subido... —responde Ángel divertido. Siente un poco de calor en sus pómulos después de estar bebiendo sin parar unos segundos.

—Las mujeres tenemos ese instinto. Detectamos cuando a una chica le gusta un chico y viceversa. Además, no es extraño que gustes a las chicas. Eres un tipo muy interesante.

La camarera vuelve a acercarse a la pareja. La música brasileña desaparece. Suena *Where ever you will go*, de The Callings.

La chica de las trenzas pone encima del mostrador dos vasitos y sirve un líquido azul en ambos.

—Cortesía de la casa. Espero que les guste.

Katia da las gracias. Coge su chupito y lo traga de golpe. Está fuerte. Cierra los ojos y arruga la nariz. Cabecea de un lado a otro.

—¡Qué bueno! —comenta dando un pequeño grito—. ¡Guau! Ahora, tú.

Ángel duda. Uff. No cree que sea una buena idea tomarse aquel vasito. La camarera que ha limpiado la cerveza del suelo y les ha invitado al chupito le está mirando. No le queda más remedio. Sonríe, lo agarra y se lo bebe sin pestañear.

La garganta le arde. Sí que está fuerte, pero intenta que no se note. No sólo le quema la garganta, también el estómago. La camarera de las trenzas le sonrío. Él también sonrío.

Sin decir nada, la chica vuelve a llenar los vasitos de azul y también se sirve uno para ella. En esta ocasión, los tres beben a la vez, de golpe, sintiendo la llama del alcohol por el esófago. Al segundo trago le sigue un tercero inmediato.

—Tú eres Katia, ¿verdad?

Un atractivo cuarentón con el pelo cano, perfectamente cortado, vestido de negro, aparece detrás de la pareja. No está solo. Una bella veinteañera le acompaña.

—Sí, soy yo. ¿Y tú eres un admirador? —dice la joven, aún convaleciente del último chupito.

—Pues sí, lo soy. Pero también el dueño de este local —señala el hombre sonriendo.

—Ah, qué honor. Tienes un sitio muy acogedor.

—Gracias. Espero que lo estéis pasando bien y que mis chicas os estén tratando perfectamente. Me gustaría invitaros a tu amigo y a ti a una copa.

—Muchas gracias, pero nos íbamos ya. ¿Verdad, Ángel?

Ángel parece distraído. Ausente. Quizá aquel tercer vasito de licor...

—Perdona, ¿qué me decías? No te oí por la música.

Starlight, de Muse.

—Te decía que nos íbamos.

—Pero no os vayáis aún... —interrumpe el dueño de Rounders—. Dejad que os invite a una copa. No todos los días tengo en mi local a una estrella del pop.

A Katia empieza a no hacerle ninguna gracia todo aquello. La camarera tontea con Ángel, al que le acaba de servir un ron con Coca Cola.

Katia suspira y pide una Fanta de naranja. Tiene que conducir. Quizá esos minutos le vengan bien para bajar los chupitos.

El cuarentón de pelo cano le habla, y le habla, más y más, casi obviando a la chica que va con él, que se limita a reírle los comentarios. Katia ni le presta atención, pero sonrío por educación. De vez en cuando intenta que Ángel participe.

Pero Ángel no escucha. Habla con la camarera de las trencitas. Ésta juguetea con su pelo mientras dialogan.

Todo en su cabeza está confuso. Está alegre, pero no sabe por qué. Cree que algo se le está pasando por alto, pero no consigue recordar muy bien qué es. Está allí con Paula. No, no es Paula. La chica que le acompaña es Katia. Claro, Katia. La misma que le ha besado. La del pelo rosa. No. La de las trenzas, no. ¿Qué demonios era ese líquido azul? ¿Y Paula?

La música sube de intensidad en el local. Todo está más oscuro y ya no están solos. Han ido entrando algunos grupitos de amigos, incluso alguna que otra pareja. Fluye el viernes noche.

El dueño del *pub* no se ha apartado ni un segundo de Katia, quien empieza a estar verdaderamente harta de todo aquello. Necesita unos minutos de relax. Se levanta y entra en el cuarto de baño.

Ángel, mientras, está tomando su segundo ron con Coca Cola. Entre medias ha bebido dos chupitos azules más. Todo es muy confuso para él, que ya ni entiende lo que su nueva amiga le está diciendo.

Está sonando *In my eyes*, de Milk Inc, cuando Katia sale del baño. Se ha mojado la cara para refrescarse. Tiene la intención de ir coger a Ángel y marcharse de aquel sitio cuanto antes.

Pero ¿qué ve? No puede ser... ¿Aquella camarera no está demasiado cerca de Ángel? Tiene su cabeza hundida en el cuello del joven periodista. No le estará...

La chica del pelo rosa camina a toda prisa haciéndose paso entre la gente. Alguno la reconoce. Eso da lo mismo ahora. La canción está en su pleno apogeo. Katia llega hasta donde están Ángel y la chica de las trenzas. Con sus manos la aparta y mira a Ángel.

—Cariño, nos vamos.

Y sin pensarlo dos veces, le da un profundo beso en los labios ante la mirada desafiante de la camarera.

Ángel cierra los ojos y responde al beso de Katia. No sabe lo que está haciendo, pero se deja llevar. Acto seguido, la chica lo levanta como puede del taburete en el que está sentado y, sujetándolo por un hombro, lo saca a duras penas del local. Un par de chicos que han visto toda la escena la ayudan.

—Mi coche está allí —dice la cantante señalando el Audi rosa al otro lado de la calle.

—¿Tú eres Katia, verdad? —pregunta el más alto de los que le están ayudando.

—¡Síiiii! ¡Es la gran cantante Katia! —grita de repente Ángel desembarazándose de los muchachos.

El joven tose, se aclara la garganta y empieza a cantar un desafinadísimo *Ilusiones mi corazón*. Chilla lo que pretende ser una dulce melodía. Los dos chicos que les acompañan se miran perplejos ante el espectáculo que Ángel está montando en plena calle. Pero por alguna extraña razón también ellos empiezan a cantar el tema más famoso de Katia, a cada cual peor. La cantante no sabe si reír o llorar. Finalmente, opta por lo primero aunque su sonrisa dura sólo un instante ya que el periodista comienza a dar otras muestras de los efectos de las mezclas del alcohol. En un descuido, Ángel cae de bruces contra el suelo quedando boca arriba. Katia y los dos jóvenes acuden inmediatamente a auxiliarlo. Parece que no se ha hecho nada. Lo incorporan de nuevo, aunque casi vuelve a irse al suelo. Afortunadamente, entre todos evitan la caída.

—Al coche —señala Katia.

Ángel parece que está peor. Incluso vomita dos veces en el corto trayecto hasta el Audi rosa. Finalmente, y con mucho trabajo, consiguen introducirlo en el asiento del copiloto del vehículo.

Katia da las gracias a los dos chicos y éstos le piden el número de teléfono. La cantante sonrío y arranca. Atrás quedan los muchachos que observan perplejos cómo se aleja aquel coche tan particular.

—¡Ángel! ¡Ángel! —grita la chica, que ve cómo su acompañante se está quedando dormido—. ¡No te puedes dormir ahora!

El periodista abre los ojos ante el zarandeo de Katia, que tiene la vista puesta tanto en la carretera como en él.

—¿Paula? —dice balbuceando mientras ve con ojos borrosos que una chica está al volante.

—¿Qué Paula? Soy yo, Katia. ¡No te duermas! —vuelve a chillar al ver que se le cierran otra vez los ojos.

El joven se deja caer hacia la puerta y apoya su cabeza en el cristal de la

ventanilla. Katia se echa sobre él y trata de ponerlo recto. El coche se tambalea y está a punto de salirse de la calzada. La chica de pelo rosa evita la colisión y respira hondo. Está muy estresada.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Ángel, que se ha despertado momentáneamente por el bandeo del coche.

—¿Que qué ha pasado? ¡Joder, casi nos matamos! —La chica se seca la frente con un pañuelo de papel y trata de tranquilizarse—. Bueno, ¿dónde vives?

La pregunta parece un enigma imposible para el periodista.

—Mmmmm. ¿En mi casa?

—¿Y eso, dónde es?

—Mmmmmm.

—No me digas que no te acuerdas.

El joven se echa a reír. Pues no, no se acuerda de la dirección de su edificio.

—Pues..., tendrás que dormir hoy conmigo —dice Katia, a quien esa idea no parece molestarle demasiado.

—Vale —contesta escueto Ángel con una sonrisa en la boca. El Audi rosa atraviesa la ciudad. Apenas hay tráfico. La chica abre la ventanilla del asiento de Ángel para que el frío de la noche golpee su rostro. El cierra los ojos y se siente como si viajara en una nube. Sin embargo, no sabe muy bien cómo se encuentra.

Pasados unos minutos, el coche por fin se detiene. Todo está oscuro salvo por unas pequeñas luces.

—¿Dónde estamos? —pregunta el chico aún sin bajarse.

—En el garaje de mi edificio. Ahora tienes que portarte bien y ayudarme.

Ángel dice que sí, aunque no sabe ni a qué ni por qué. Katia se baja primero y ayuda a hacerlo al periodista. Caminan lentamente hasta un ascensor. Parece que Ángel, aunque no se entera de dónde está, al menos ya camina casi por sí solo.

—Es en el ático —dice la chica ya dentro del ascensor.

Ambos permanecen en silencio dentro del pequeño habitado. Aun borracho, es guapísimo. Y deseable.

El ascensor llega a su destino. Una alfombra roja adorna la última planta del edificio. La pareja camina agarrada. Pese a su pequeña estatura, Katia es sorprendentemente fuerte. Ella también ha notado los músculos de Ángel bajo aquella camiseta. Sí, es muy deseable.

Por fin llegan ante la puerta del ático de Katia. El chico se apoya con dificultad en la pared mientras la cantante busca las llaves dentro del bolso.

—Aquí están... —dice ella sonriendo—. Apóyate en mí.

Abre la puerta y juntos entran en aquel acogedor apartamento, único testigo del resto de la noche.

La chica enciende la luz, primero la del pasillo de entrada y luego la del salón. El

ático no es muy grande, pero impresiona por lo ordenado que está todo. Muebles de diseño oscuros contrastan con paredes de color pastel. Un gusto exquisito.

Los pasos de Ángel son inestables y tiene que valerse de Katia y de las paredes para no caerse. Vuelve a estar mareado.

—Ven, siéntate aquí —dirige ella al periodista ayudándole a llegar a uno de los tres sillones que componen aquella habitación.

Ángel obedece. Intenta acomodarse, pero se escurre. Katia se ríe al verlo.

—Mejor tumbate en el sofá —le dice señalando el sofá de tres piezas en el que está ella.

Repetición de la maniobra anterior. Cada pequeño movimiento es una hazaña. Por fin, logra que Ángel termine tumbado boca arriba. Con las manos se tapa los ojos.

—La... la luz... —protesta él levemente.

—¿Te molesta? Espera, enciendo la lámpara pequeña para que no te moleste.

La luz ahora es más acogedora, más íntima, propia de una velada de enamorados.

Ángel aparta sus manos de la cara y las coloca sobre el pecho. Está más tranquilo.

—Voy a cambiarme. No te vayas, ¿eh? —bromea Katia.

El chico no oye lo que le dice. No entiende qué es lo que ocurre. Es como si todo le diera vueltas. Se siente muy cansado: le pesa todo el cuerpo, sobre todo la cabeza, y el estómago le da punzadas. ¡Paula! La tiene que llamar. Sí. Tiene que telefonar a Paula. Pero ahora no. Cuando desaparezca ese dolor de cabeza que tiene. Cuando haya descansado la llamará. Sí. ¿Qué hora será?

En otra habitación, Katia se desnuda. Menuda novecita. Cuando invitó a Ángel a que tomaran una copa, jamás pensó que aquello pudiera terminar así. Aquel chico no parecía que fuese capaz de emborracharse y perder de esa manera los papeles. Siempre tan atento, siempre tan bien puesto. Sin embargo, ahora lo tenía acostado en un sofá de su salón, bebido y mareado. Aún así, no puede evitar cierta atracción por él. ¿Y ahora, que?

La cantante se cambia de ropa. Se viste sólo con un camisón blanco de tirantes que no le llega a las rodillas y unas braguitas blancas. Descalza, pasa por el baño y vuelve al salón.

Ángel continúa en la misma posición en la que lo había dejado. Respira profundamente. Parece dormido.

—Hola. He vuelto. ¿Me oyes?

El periodista cree escuchar que alguien le está hablando y refunfuña.

—Parece que sí, que me oyes —comenta ella sonriendo—. No puedes dormir ahí. Cogerás mala postura y mañana no podrás ni moverte...

Pero Ángel no reacciona.

La chica suspira. No puede dejarlo ahí tirado.

Con mucho cuidado baja primero sus pies del sofá. Ángel protesta, pero termina

sentándose. Luego, ella le coge de la mano y le pide que se levante.

—Vamos, un pequeño esfuerzo más.

El joven se deja hacer y, ante el tirón de la chica, consigue ponerse de pie. Otra vez Katia carga con él como puede, apoyando su brazo en sus hombros y forzándole a que camine.

Los dos entran en el dormitorio y se sientan en la cama. Katia lo mira. Está con aquel chico a solas en su dormitorio. El deseo la consume. Quizá desde que lo vio por primera vez, había deseado un momento como aquél.

—Levanta los brazos —le indica.

Él no hace caso, pero ella le ayuda a quitarse la camiseta. El deseo se está haciendo cada vez mayor. La imagen de su torso desnudo la enciende un poco más.

Katia acaricia el pecho de Ángel. Lo besa. El chico no opone resistencia. Parece que poco a poco está mejor. Aún le duele mucho todo y no se ubica, pero han desaparecido las arcadas. Alguien parece que le está besando. Primero ha sentido besos en su pecho. Ahora le besan los labios. ¿Paula?

Katia se quita el camisón. Sólo sus braguitas blancas evitan una completa desnudez. Vuelve a situar sus labios sobre los de Ángel. La pasión que siente en estos instantes es incontenible.

Coloca los pies de Ángel encima de la cama. Le quita los zapatos y estira su cuerpo sobre las sábanas. Ella se sitúa sobre él, sentada sobre su pantalón. Se flexiona y lo vuelve a besar. Coge las manos de Ángel y las sitúa sobre sus pequeños pechos.

Sin embargo, cuando busca sus ojos, su mirada, Katia se da cuenta de que aquello no está bien.

Tiene muchísimas ganas de hacer el amor, pero quizá ése no es el momento. Se está aprovechando de él y eso la corroe por dentro. Además, aquel chico tiene novia. Tal vez si él estuviera sereno y la eligiera a ella, todo sería distinto. En las relaciones...

La cantante sale de la cama y vuelve a ponerse el camisón.


Ángel apenas se mueve.

—Es una pena que no estés en condiciones. Quién sabe si un día de éstos... Que descanses.

La chica le besa en la frente, lo tapa con una sábana y una manta, y sale de la habitación cerrando tras de sí la puerta y la tentación.

Ángel dormirá toda la madrugada sin saber que esa noche estuvo a punto de serle infiel a Paula.

Capítulo 12

 **A**l día siguiente, muy temprano por la mañana.

Una brisa matinal entra por la ventana. Ángel se despierta. Siente frío en su torso desnudo. Abre los ojos y recorre con ellos la habitación que está casi a oscuras. Entonces se da cuenta de que aquella cama no es la suya. Da un brinco y rápidamente se lleva las manos a la cabeza. Le duele.

¿Dónde está?

Lo último que recuerda es aquel *pub* al que fue con Katia: la cerveza, los chupitos azules, la camarera con trenzas... ¡Uff! Luego todo es muy confuso. Lagunas.

Incluso le parece que ha soñado que alguien le besaba. Se sienta en aquella cama e intenta acordarse de más, pero le resulta imposible. Tiene tal dolor de cabeza que es incapaz de pensar.

Entonces decide que lo principal en esos momentos es averiguar qué hace allí.

Se pone la camiseta y los zapatos. Se mira en un espejo que encuentra en una de las paredes del cuarto: tiene los ojos hinchados y enrojecidos. Suspira y, lentamente, sale de la habitación. No se oye nada ni se ve a nadie.

¿De quién será aquel apartamento?

Ángel entra en el salón en el que la noche anterior había estado tumbado en uno de los sofás. Un pequeño fogonazo le viene cuando lo ve. Sí. Recuerda que una luz lo cegó y que luego, desde allí, caminó hasta el dormitorio. Pero todo sigue estando muy vago en su mente.

—Buenos días, caballero, veo que ya puedes andar tú solo... —dice una voz a su espalda.

El joven se gira y contempla a la chica del pelo rosa en todo su esplendor. Lleva un camisón blanco que le tapa lo justo, con las piernas al descubierto. Está seductora. Descalza, camina hacia él y le besa en la mejilla.

—¿Ka..., Katia? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

La chica lo mira fijamente y sonríe.

—¿No te acuerdas de nada?

—No —responde él muy serio.

—¡Qué lástima...! Con lo bien que lo pasamos...

—¿Que lo pasamos bien?

El periodista no sabe cómo encajar aquello. ¿Pero qué demonios han hecho? El beso en el parque..., las copas..., el dormitorio... Su pecho desnudo... No habrán...

—¡Claro! No entiendo cómo puedes haber olvidado nuestra noche loca de

pasión... —dice Katia muy expresiva, como si verdaderamente estuviera actuando en un drama. Hasta se lleva teatralmente la mano a la frente—. ¡Ay, pobre de mí! —gimotea, adoptando la expresión de una niña a punto de iniciar un puchero.

Pero pese a la comedia de la cantante, Ángel no entiende nada. Está preocupado. Y enseguida piensa en Paula. No la llamó, ¿verdad? Casi prefiere no haberlo hecho porque seguramente no habría sido una llamada afortunada.

—Tengo que irme.

—Espera, Ángel. Me visto y te llevo a tu casa.

—Déjalo. Creo que ya hiciste anoche bastante por mí.

La chica nota cierto aire hostil en la contestación.

—No me digas que estás enfadado.

—No, pero no sé qué hago aquí ni cómo llegué a tu casa. Ni siquiera me acuerdo de si ocurrió algo entre los dos. Además, no llamé a Paula, y ahora mismo debe odiarme o estar muy preocupada.

Katia no sabe si contarle lo que estuvo a punto de pasar entre ellos. Siente vergüenza de sí misma y se lo calla.

—No te pongas a la defensiva conmigo. Yo sólo te ayudé. Te sentó mal el alcohol y... no tuviste una buena noche.

La chica se acerca para darle un abrazo pero, cuando lo intenta, Ángel se aparta.

—Tengo que irme. Luego te llamo.

Avergonzado, abre la puerta del apartamento y sale del ático todo lo deprisa que sus piernas le permiten.

Esa misma mañana de marzo, en otro punto de la ciudad.

No la ha llamado. Ni un maldito mensaje.

Paula está enfadada. También preocupada. No comprende qué ha podido pasarle a Ángel para que ni siquiera tuviera el teléfono encendido. ¿Lo habrá desconectado a propósito?

¿Y si se ha asustado? Quizá se ha dado cuenta de que ella es sólo una niña. O ha visto que todo iba muy deprisa y se ha echado atrás.

Aquellos dos días habían sido tan intensos, tan bonitos... ¿Por qué aquel final tan extraño? A lo mejor ella estaba exagerando. Sí, eso sería. Habría algún motivo razonable para explicar la desaparición de Ángel y estaba deseando escucharlo.

¿Y si no lo volvía a ver?

¡Qué lío!

No le apetece salir de la cama. Es sábado, temprano. Tiene un nudo en la garganta y ganas de llorar, pero ha quedado con Álex para ayudarlo con algo que ni tan siquiera sabe lo que es.

«Me meto en cada follón... ¿Por qué tuve que decirle que sí?», piensa bajo las sábanas.

Ni ella misma lo sabe. Finalmente se levanta de la cama gruñendo. Solloza y mira su móvil: sigue sin noticias de Ángel.

Se despereza delante de la ventana y comprueba que el día afuera es soleado. Esto le anima un poco.

Mientras se viste, continúa en la búsqueda de respuestas. Seguro que hay una explicación que se le escapa. Pasados unos minutos se da por vencida: es mejor no pensar más, olvidarse de ello y tratar de disfrutar la mañana, sea lo que sea lo que ésta le depare.

Y a todo esto, ¿qué querrá Álex? ¡Qué chico tan misterioso! Lo conoce de un ratito en una cafetería de manera casual. Su primer encuentro parece sacado de una película de estas romanticonas. Se acuerda de *¿Conoces a Joe Black?*, cuando Brad Pitt aparece en aquella cafetería y termina desayunando con la protagonista de la historia. «Me gustas mucho», le dice él en un momento de la escena. Ella le contesta lo mismo.

¿Le gustará ella a Álex? No, eso es absurdo. Si no la conoce... Pero existen los flechazos. Y a ella, ¿qué le inspira él? Parece simpático. En el Messenger también le había dado una grata impresión: locuaz, inteligente, educado, soñador. Pero, pensándolo bien, en realidad no sabe nada de él.

Termina de vestirse. Se peina y baja la escalera. Toca mentir otra vez a sus padres. En la cocina está su madre, quien, cuando la ve lista para salir, se sorprende muchísimo. Paula la saluda con un beso y va al frigorífico del que saca un cartón de leche. Se sirve en un vaso y se sienta en la mesa.

—¿Te has vestido para salir? —pregunta Mercedes, que aún no sale de su asombro.

—Sí, voy a casa de Miriam. Tenemos examen de Matemáticas el viernes.

—¿Y vas a estudiar un sábado tan temprano?

Lo cierto es que aquello, se mire por donde se mire, suena extraño. Pero Paula decide continuar con el engaño utilizando todos sus recursos. Bebe un sorbo de leche y muy tranquila contesta:

—Sí, nos va a ayudar Mario. Sabes quién es, ¿no? El hermano de Miriam.

—Sé quién es. Jugabais de pequeños juntos. Hace tiempo que no lo veo.

—Ya lo traeré algún día a casa para que lo veas. Es un buen chico y un as en Matemáticas.

¿Traerlo a casa? ¿Será Mario el chico que le gusta a su hija? Paula no suele hacer concesiones al hablar de chicos. «¿Está preparando el terreno?», piensa su madre.

—Me sigue pareciendo muy raro eso de que quedéis los tres un sábado por la mañana para estudiar.

—Pues no tiene nada de extraño. Tenemos examen y este chico nos ayuda.

—Bueno, ya llamaré y preguntaré por ti, a ver qué tal os va —dice Mercedes sin darle demasiada importancia a sus palabras.

El comentario alerta a Paula. ¿Sería su madre capaz de llamar a casa de Miriam para preguntar por ella? No pensaba que lo dijera de verdad. Pero ¿y si iba en serio?

—Me voy —dice posando el vaso de leche, ya vacío, en la mesa.

Paula besa a su madre y sale de la cocina hacia el salón. Su hermana está viendo dibujos animados en la televisión. Tiene la boca manchada de chocolate.

—¿Te vas? —le pregunta la niña rubia cuando ve que Paula se encamina hacia la puerta.

—Sí, he quedado —contesta Paula—. No comas tantas galletas, Erica.

—La última.

—La última.

La chica le limpia la boca a su hermana pequeña y le quita el paquete de galletas.

—Paula, ¿te vas a tener *seksó*? —pregunta la cría inocentemente.

Su hermana mayor se queda boquiabierta al oír aquello. No sabe que fue precisamente la pequeña la que, sin querer, puso en sobre aviso a sus padres.

—¡Qué adelantada estás tú!, ¿no? —le dice alborotando su rubia melena.

Le da un beso y se va. Erica se queda con las ganas de saberlo. ¿Por qué todo el mundo pone esa cara tan rara cuando ella pronuncia la palabra *seksó*?

Se levanta y coge otra galleta de chocolate prometiéndose a sí misma que ésta será la última.

Paula cierra la puerta de su casa. Camina unos pasos y, cuando está a cierta distancia, saca su móvil del bolso. Tiene que atar todos los cabos por si acaso.

Marca el número de Miriam y espera unos segundos. Nada, no contesta. Insiste, pero con el mismo resultado negativo.

¿La llama luego? No está segura de que su amiga se vaya a despertar antes de las dos un sábado.

Medita qué hacer y, tras dudarle mucho, marca otro número. En este caso tiene más suerte.

—¿Paula? —contesta una voz adormilada al otro lado del teléfono.

—Hola, Mario, perdona por llamarte tan temprano y en sábado, pero tengo que hablar contigo.

El chico no dice nada. Se acaba de despertar. ¿O está soñando todavía?

—¿Mario? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí. Aquí estoy. Dime, Paula, ¿de qué tienes que hablar conmigo?

Sus sensaciones son extrañas. Una mezcla rara entre confusión por la llamada, alegría por oírla y hablar con ella, incertidumbre por no saber de qué va aquello... Y todo aderezado con el desconcierto propio de quien se acaba de levantar.

—Pues verás... —la chica titubea. No sabe cómo enfocar el asunto—. Resulta que tengo que salir de casa esta mañana. De hecho estoy ya fuera. Y le he dicho a mi madre que me iba con vosotros a estudiar Matemáticas para el examen del viernes. He llamado a tu hermana para que me encubra por si mi madre llama a vuestra casa, algo que no sucederá, pero nunca se sabe. Pero como Miriam no me coge el teléfono, tú eres mi último recurso.

Así que era por eso... Las últimas palabras rompen un poco más el astillado corazón de Mario.

—Tu «último recurso»...

Paula comprende que no ha estado acertada con aquella definición por el tono con que el chico ha recalcado sus palabras.

—Bueno, a ver... No quería decir que...

—No te preocupes. Ahora aviso a Miriam y se lo cuento.

Su voz es triste, como apagada por el sueño o por el cansancio. Está cansado de imposibles. De esperanzas. De amarla. De sufrir en silencio. De compartir grupo preferido. Mario está cansado de todo, y eso se hace palpable en su voz.

«Soy el último recurso», piensa. «El último en la lista para todo».

Paula recuerda el *nick* de Mario en el MSN el día anterior. Ni siquiera le preguntó cómo estaba ni qué le había pasado para escribir aquello. «La vida es una mierda. El amor es una mierda. Las Matemáticas son una mierda».

—Oye, Mario, ¿estás bien?

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo? —responde fríamente.

—Bueno, ayer, estaba muy liada en el ordenador y vi el *nick* de tu Messenger de casualidad.

Lo vio, pero estaba muy liada. Bonita excusa.

—Un día tonto. No te preocupes. —Ahora su voz suena más gélida aún.

—¿Es por una chica?

La pregunta sorprende a Mario. Paula no se entera de nada. ¿O tal vez está hablando de ella misma? Dicen que las mujeres tienen un sexto sentido para darse cuenta de esas cosas. ¿Sabe Paula de su amor por ella?

—No te preocupes. Una mala racha. Estoy bien.

—Vamos, Mario. Puedes contármelo: somos amigos.

Aunque habla de amistad, siente que le ha fallado en cierta manera al chico. Se conocen desde pequeños, cuando jugaban juntos. Pero desde hacía un tiempo se habían ido distanciando. Tal vez por culpa de ella. Sí. Ahora, cuando iba a su casa era para ver a Miriam. Paula comprende que no sabe mucho de él.

Ni Álex, ni Ángel están en la mente de la joven en esos momentos. Realmente está preocupada por aquel chico. Su voz suena tan triste al otro lado del teléfono... Y ella, no sabe por qué es ni cree que se lo vaya a contar. Debería hacer algo para recuperar

su confianza, debería acercarse de nuevo a él.

—Estoy bien. De verdad. Me acabo de despertar...

—¿Tienes algo que hacer la semana que viene? —pregunta Paula de repente.

—¿La semana que viene?

—Sí.

El chico cada vez comprende menos. Otra vez se pregunta si está soñando.

—Pues creo que no. ¿De qué día de la semana hablas?

—De lunes a jueves. ¿Tienes algo que hacer por las tardes?

—Imagino que estudiar.

—Vale, estudiaré contigo. Verás, estoy muy floja en Matemáticas, como ya has podido comprobar... Necesito ayuda para aprobar el examen del viernes. Si suspendo, mis padres me matan. Así que podrías darme algunas clases, si quieres y puedes, claro.

Definitivamente está soñando. Aquello debe tratarse de eso o de una broma. Paula y él estudiando juntos. Solos. ¿Es real? ¿Es buena idea?

—¿Mario? Te has quedado callado... Si no puedes, no pasa nada.

—Sí que puedo.

—Muy bien —señala Paula sonriendo—. Pues el lunes en el instituto ya lo hablamos más tranquilos y quedamos, ¿te parece?

—Claro.

La chica mira el reloj. Se le está haciendo tarde.

—Mario, te tengo que dejar. Anímate, ¿eh? Un beso.

—Pásalo bien. Un beso, Paula.

Cuelgan.

En la habitación de Mario se amontonan muchos sentimientos contrapuestos. El cansancio sigue presente, pero una pequeña sonrisa brota de nuevo. El corazón vuelve a latir con esas punzadas únicas del enamorado. El cielo sigue oscuro, pero un fino rayo de luz alimenta a aquel adolescente de dieciséis años.

Camina hacia su PC. *Play. Clavado en un bar.* La música de Maná vuelve a sonar en aquella habitación.

Capítulo 13



sa misma mañana de marzo, en otro punto de la ciudad.

No sabe qué hacer. Ángel lleva un rato dando vueltas, pensando.
¿Qué le dice a Paula?

Aún le duele la cabeza y el estómago. Siente vergüenza de sí mismo. ¿Cómo es posible que se comportara de esa manera? Se emborrachó, perdió la noción de la realidad, el control. Ni tan siquiera sabía si entre él y Katia había ocurrido algo. ¿Dos días con Paula y ya le ha sido infiel?

Está desquiciado. Querría desaparecer ahora mismo.

Cuando ha llegado a casa, ha puesto el móvil a recargar. Un aviso tras otro, le han ido apareciendo en la pantalla las diferentes llamadas perdidas. De Paula hay unas cuantas. Ha metido la pata hasta el fondo.

Y ahora vienen las excusas, las mentiras, los perdones. Porque Paula no podía enterarse de lo que había pasado. Si llegara a saberlo...

Se pregunta si los besos que soñó habrán sido reales. Si tal vez Katia aprovechó la oportunidad de que él no sabía lo que hacía. En todo caso, el único culpable era él mismo.

¿Qué hacer? ¿Qué decir?

«Paula fui a la redacción, entré en el baño y me quedé encerrado porque la limpiadora no se dio cuenta de que estaba dentro. El móvil se quedaría sin batería».

Suena a cuento chino.

«Se me cayó el teléfono en un cubo de agua y hoy, por arte de magia, de nuevo funciona».

Poco convincente también.

Mentirle le parecía horrible, pero peor era perderla. Y estaba seguro de que, si le contaba la verdad, tal vez lo perdonara, pero no volvería a confiar en él.

¿Por qué tuvo que aceptar el ir a tomar nada? ¿Por qué bebió? Katia... Ésa era quizá la respuesta que no quería ver ni creer.

¿Por Katia?

Pero él estaba con Paula. La quería. Sí. Su corazón es de ella. Y será bonito construir una historia juntos. Complementados. Unidos. Pero para ello tenía que salir de ésta.

Mira el reloj. Sigue siendo muy temprano. Tiene ganas de oír su voz, pero tampoco es plan despertarla después de haberle dado plantón la noche anterior.

Además, aún no sabe qué decirle.

¿Un mensaje? Eso sería más ruin aún. Hay que dar la cara. Mintiendo, pero al menos dar la cara.

El teléfono de Ángel suena. No es Paula, es Katia. El chico duda si cogerlo. No lo hace. Para. Unos segundos más tarde vuelve a sonar.

—Hola, Katia —responde, finalmente, con seriedad.

—Hola, Ángel. ¿Qué tal te encuentras?

La voz de la cantante suena apagada, tristonera. El chico no lo sabe, pero mientras habla con él, Katia juguetea con un interruptor. La luz del salón se enciende y se apaga reiteradamente. Está nerviosa, intranquila. No ha parado ni un segundo de pensar en él desde que se marchó.

—Pues me duele la cabeza. Debe ser por la resaca. Se puede decir que he estado mejor.

—Lo siento. Espero que te mejores.

—Gracias.

Un silencio frío se abre entre los dos. Ángel está a punto de despedirse y colgar, pero la chica habla antes.

—Ángel..., quiero que sepas que no pasó nada entre nosotros.

—Mira, Katia...

—De verdad, créeme. Pudo pasar. Habíamos bebido los dos, estábamos solos en mi apartamento... Pero no ocurrió nada.

Ángel quiere saber si los besos que soñó fueron reales, pero prefiere no preguntar nada.

—Está bien. Mejor así. De todas maneras no estoy orgulloso de mi comportamiento.

—Vamos, no te tortures. Se nos fue la mano un poco, pero ya está. No hay que darle tanta importancia.

—Bueno.

La chica del pelo rosa continúa maniobrando con el interruptor. Está tensa. Ve a Ángel distinto. Por un momento se piensa lo peor. No quiere perderlo.

—Ángel..., me apetece mucho ser tu amiga.

El joven periodista no dice nada. En su cabeza reina la confusión. No tiene ganas de seguir con aquella conversación pero, por otro lado, tampoco él quiere perderla.

—Katia, no sé qué decirte. Deja que descanse, que me recupere un poco. Esta tarde o mañana te llamaré. ¿Vale?

—Vale —contesta no muy convencida, pero lo acepta. No le queda más remedio—. Te esperaré. Un beso.

—Un beso.

Mientras Katia deja el interruptor bajado, apagando la luz del salón, Ángel se sienta preocupado, pensando una buena razón para explicarle a Paula por qué no la

llamó la noche anterior.

Diez y pocos minutos de la mañana de ese sábado de marzo, en otro punto de la ciudad.

Álex dialoga animadamente con el señor Mendizábal. Ya lo tiene todo listo. No puede negar que está nervioso, pero no por lo que va a hacer sino porque no está seguro de que Paula acuda a la cita. Quizá se eche atrás.

Sin embargo, todas las dudas le quedan disipadas cuando ella aparece delante de la puerta de cristal.

Mira a un lado y a otro despistada, hasta que Álex sale a su encuentro.

—Hola. Me alegro de verte —indica el joven mientras se le acerca.

Está muy guapa. Se ha cogido el pelo con una coleta, lo que da cierto toque infantil. Sonríe mostrando su blanquísima dentadura. Dos besos.

—Hola. Yo también. Perdona por el retraso.

Está muy guapo. Y sigue luciendo esa maravillosa sonrisa que recordaba del otro día cuando se encontraron en la cafetería. Pese al frescor de la mañana, viste en manga corta.

—No te preocupes. Mientras te esperaba he estado preparándolo todo para irnos cuanto antes.

—Me tienes en ascuas. ¿Aún no me vas a decir a qué quieres que te ayude?

—Enseguida lo sabrás. Pasa.

Álex deja entrar delante a Paula en el establecimiento. Es una reprografía. El ruido de las máquinas fotocopadoras inunda el local.

Un hombre que ronda los sesenta años se aproxima a la pareja.

—Señor Mendizábal, le presento a mi amiga Paula.

Ambos intercambian sonrisas y curiosas miradas.

—Encantada, señor.

—Lo mismo digo, jovencita. Este muchacho tiene buen gusto para las chicas. Parece que es tan buen músico como conquistador.

El hombre suelta una gran carcajada. Paula enrojece velozmente. También Álex parece avergonzado.

—No exagere, Agustín. Que usted, en nada de tiempo, me ha superado.

—El alumno nunca podrá superar al maestro.

¿Alumno? ¿Maestro? ¿Quién es quién? La chica no se entera de lo que están hablando. Sabe que Álex toca el saxo, pero...

—¿Usted le da clases a Álex? —pregunta ella, un poco desconcertada y queriendo caer simpática.

—¿Bromeas?! —exclama sorprendido Agustín Mendizábal—. Este chico es el

mejor músico que he conocido en mi vida. Por eso le pedí que nos diera clase a mis amigos vejstorios y a mí.

—Vuelve a exagerar. Sus amigos y usted están muy adelantados para el poco tiempo que llevamos. Y lo que me divierte yo en las clases...

Paula está sorprendida. Así que el chico guapo de la sonrisa perfecta no recibe clases sino que las da. Increíble.

—Jovencita, imagino que Álex ya te habrá impresionado con su saxo —dice el señor Mendizábal, con media sonrisa picarona.

—Pues... no. Aún no he tenido la oportunidad de escucharlo —responde Paula, que todavía está colorada—. Nos conocemos desde hace poco tiempo. Pero tal como usted lo describe, tiene que hacerlo muy bien.

La joven termina su frase con una mirada de admiración al chico. Profesor de saxofón siendo tan joven. Debe de ser un genio.

—Me vais a poner rojo. Dejadlo ya.

—Es verdad. Basta de piropos, que al final se los creerá y nos subirá el precio de las clases —señala el hombre, riéndose, de nuevo. Entonces se agacha para recoger algo tras el mostrador y desaparece de la vista de los jóvenes—. Bueno, aquí está lo que me pediste.

El señor Mendizábal coloca sobre el mostrador dos mochilas llenas de finos cuadernillos plastificados. Paula no puede calcular a ojo cuántos habrá en cada una. Unos treinta tal vez, quizá alguno más. A simple vista, todos parecen iguales.

—Pues muchas gracias, Agustín. ¿Cuánto le debo?

Álex saca su cartera para pagar.

—Pero ¿estás de broma, muchacho? Esto va por mi cuenta.

El joven insiste en pagar todos los juegos de fotocopias que le han hecho, pero es inútil tratar de convencer a aquel hombre.

—Por todos los días que te quedas más tiempo con nosotros, lo que nos aguantas y lo bien que nos tratas. No pienso aceptar ni un euro tuyo.

—Muchas gracias, señor Mendizábal —termina por responder Álex mientras se guarda la cartera en un bolsillo trasero de su pantalón vaquero.

El muchacho coge las dos mochilas con las carpetas y se cuelga una de cada hombro.

—Pasadlo bien y espero volver a verte, jovencita. A ti te espero el lunes, como siempre.

Los jóvenes se despiden de Agustín Mendizábal y salen de la reprografía.

Paula está desconcertada. ¿Para qué querrá tantas copias de lo mismo? ¿Qué serán aquellas folios?

Ya en la calle, Álex señala un banco a Paula para que se sienten.

—Te voy a explicar todo. Seguramente te parezca una tontería, pero se me ocurrió y al menos voy a ver qué pasa.

En el banco da el sol. Paula parece más rubia y a Álex se le nota más el bronceado de sus brazos. El chico deja las dos mochilas en el suelo junto a él y saca dos de los cuadernillos. Uno se lo da a Paula y otro se lo queda.

—«*Tras la pared*» —lee en voz baja la chica.

—Sí. *Tras la pared* es el título del libro que estoy escribiendo.

—¿Eres escritor? —pregunta ella sorprendida.

—Dejémoslo en que soy alguien que escribe. O intenta hacerlo para ser escritor me falta mucho.

Paula abre con curiosidad aquel delgado dossier. Son las primeras catorce páginas del libro que Álex está escribiendo.

—¿De qué va?

—De un escritor que se obsesiona con una chica mucho más joven que él.

—¿Cuánto más joven?

—El tiene veinticinco y ella catorce.

Paula arquea las cejas. Ángel tiene veintidós y ella dieciséis. Casi diecisiete.

—¿Y tú, cuántos años tienes? —pregunta la chica sin apartar los ojos del cuaderno.

—¿Yo? Pues... veintidós.

Como Ángel. Qué casualidad. Aunque Álex parece un par de años o tres más joven.

—Yo, dieciséis. El sábado que viene cumpla diecisiete.

Es cierto. Ahora, al decirlo, se da cuenta de que tan sólo queda una semana para su cumpleaños. ¿Lo celebrará? No ha pensado en nada.

—Imaginé que andarías por esa edad —contesta el joven sonriendo.

Cada vez que Álex sonríe, Paula siente un cosquilleo en su interior. No se explica por qué y tampoco quiere descubrirlo. Simplemente le gusta su sonrisa, desde el primer momento en que lo vio en aquel Starbucks.

—Bueno, ¿y para qué has hecho tantas copias del principio de tu libro? ¿Las vas a mandar a las editoriales?

—No. Al menos no de momento.

—¿Entonces?

—Pensarás que soy tonto... o que estoy un poco loco. O tal vez que soy demasiado romántico...

—Quizá ya lo piense —dice riendo ella.

Álex se sonroja. A lo mejor no ha sido buena idea contar con Paula para aquello. Por un instante cree que está haciendo el ridículo, pero ya no puede dar marcha atrás.

Ella le va a ayudar con su plan.

—Es normal —contesta él tratando de mostrarse sereno—. Mira, abre el cuaderno por la primera página y léela.

Paula obedece y, mientras lee, escucha la voz de Álex:

*Hola, querida lectora o querido lector. Espero que esté teniendo un buen día. ¿Sorprendido? Yo lo estaría. No me extenderé mucho para no hacerle perder tiempo. Esto que acaba de encontrar es el comienzo de **Tras la Pared**, una novela que en estos momentos se está escribiendo. Cada día coloco un trocito en www.fotolog.com/tras_la_pared. Es la historia de Julián, un escritor en cuya vida se cruza una chica de catorce años.*

¿Qué es lo que busco o pretendo con este adelanto de catorce páginas? Que lo lea. Y, si le gusta, puede seguir la historia en la dirección que he puesto arriba. Como ya he dicho, cada día escribiré un fragmento.

También le pido que, una vez que haya leído este dossier, si así lo ha decidido, deje la carpetita encontrada en otro lugar visible para que otras personas puedan leerlo. Una especie de boca en boca.

No sé si tendrá éxito, pero fue una idea romántica que tuve y no pude, ni quise, frenarla. Yo sólo quiero saber si realmente valgo para esto. Y cuanta más gente opine, mucho mejor.

*Así que le ruego que no se quede con **Tras la Pared**, y, por favor, tras leerlo y anotar la dirección indicada, déjelo en algún lugar donde más personas puedan verlo.*

No es un juego. Bueno, realmente sí lo es. Pero, más que un juego, es el intento de cumplir un sueño: el de ser escritor. Y usted está formando parte de ello y puede cambiar la vida de una persona.

También le dejo la posibilidad de comunicarse conmigo a través de traslapared@hotmail.com. Así podrá saber si esta locura está teniendo éxito.

Y nada más, querida lectora, querido lector. Espero no defraudarle en las siguientes páginas y que, de una u otra manera, este proyecto llegue a su

meta.

Muchísimas gracias por su respeto, amabilidad y especialmente por su tiempo.

Se despide atentamente,

El Autor.

Paula no sale de su asombro. Aquella idea es...

—Si he entendido bien, lo que pretendes es dejar estos cuadernillos por la calle y que la gente los encuentre.

—Así es, pero no en cualquier sitio. Tenemos que buscar lugares en los que las personas que los encuentren realmente crean en esto. Como un golpe del destino. Como si fuera el cuadernillo el que encontrara a la persona indicada, y no al revés.

A Álex se le iluminan los ojos al hablar. La chica lo mira embelesada. No había oído una idea tan romántica jamás. Quizá aquello no sirviera de nada, pero qué bonito intento de cumplir un sueño. ¡Y ella estaba formando parte de eso!

—Y quieres que yo te ayude a buscar esos sitios...

—Pues sí. Si tú quieres, claro.

—¡Por supuesto! Pienso que estás fatal de la cabeza. —Y suelta una carcajada—. Pero me encanta la idea que has tenido. Será muy divertido.

Álex esboza una tímida sonrisa. Por lo menos piensa que va a ser divertido. No está mal. Loco, pero divertido. Y lo será. Con ella aún más.

De una de las mochilas saca diez cuadernillos y los mete en la otra. Después se la coloca en la espalda. La menos pesada se la da a Paula.

—Para ti —dice, entregándole la mochila más ligera a la chica.

—¡Hey! No hacía falta que me quitaras ninguno... Estoy fuerte —indica, mientras se remanga y enseña el bíceps del brazo derecho.

El muchacho la mira divertido y la ayuda a colocarse la mochila en la espalda. Con un pequeño saltito se la acomoda mejor.

—Podemos irnos.

—Un momento —interviene Álex—. Aquí es donde ha comenzado todo, así que aquí dejaremos el primero.

Y, esperando que nadie lo vea, haciéndose el despistado, deja caer el fino dossier sobre el banco en el que han estado sentados.

—¿Nadie nos puede ver? —pregunta la chica al observar la estrategia de Álex.

—Mejor que no. Perdería de alguna manera la magia. O quizá nos devolverían el cuaderno como a quien se le ha olvidado o caído algo...

—Vale. Sigo pensando que estás fatal de la cabeza..., pero me gusta todo esto. El próximo me toca a mí.

Paula no sabe por qué, pero está muy ilusionada. Se siente como si volviera a la infancia. Es como una yincana, como ir a la caza del tesoro, sólo que ellos son los que esconden el cofre, no los que lo buscan.

Los dos chicos caminan pausadamente, uno al lado del otro. Miran a izquierda y derecha constantemente. Buscan un lugar donde ella entregará al destino la copia número dos del comienzo de *Tras la pared*. El sol continúa tallando en aquella mañana de marzo.

De repente Paula sale corriendo. Álex la sigue sin correr, pero caminando deprisa.

—¿Qué te parece aquí? —pregunta ella refiriéndose a un gran árbol que da sombra en una pequeña plaza.

Álex lo observa con atención. Es viejo, robusto. El tiempo lo ha mermado, pero conserva algo de imperial. Está como desubicado, rodeado de delgados y jóvenes árboles que le escoltan. La sensación es que no pertenece al lugar en el que se encuentra enraizado.

—Me gusta —contesta alegre.

Paula está satisfecha con su hallazgo. Espera a que pasen de largo un par de personas y, cuando cree que no la ve nadie, se agacha nerviosa y deposita el cuadernillo en las faldas del viejo árbol. Rápidamente, coge a Álex del brazo y continua andando como si nada hubiese pasado. Una sonrisa ilumina la cara de la joven por completo.

Una biblioteca es el siguiente objetivo. ¡Qué mejor sitio para dejar el adelanto de un libro! La pareja entra. Paula vigila mientras el chico esconde uno de los ejemplares bajo la alfombra de la entrada. No lo cubre totalmente, deja la mitad al descubierto. Nadie los ha visto.

Ahora están en una juguetería. Mientras Álex conversa con la encargada para entretenerla, Paula sitúa un cuadernillo detrás de un pingüino gigante de peluche.

Visitan una tienda de discos antiguos. Dentro del vinilo *Abbey Road* de los Beatles, la chica, por indicación de Álex, introduce otro de los dosieres plastificados.

Los siguientes emplazamientos en los que dejan un cuadernillo de *Tras la pared* son debajo de un cojín en forma de corazón en una tienda de regalos, en el columpio de un parquecito, al lado de unas rosas en la entrada de una floristería, en la puerta de un colegio y en el portal de una casa de época. También eligen las escaleras mecánicas de unos grandes almacenes, una tienda de golosinas, los pies de una estatua y el asiento de un descapotable aparcado que impresiona a Paula.

Cogen el metro. En la estación sueltan alguno, dentro del vagón dos o tres más, bajo los asientos... Hasta en una máquina de Coca Cola. Y en un fotomatón.

Empieza a hacer un poco de calor. Es más de mediodía. La pareja lleva caminando

casi dos horas.

—¿Quieres que entremos en aquel Starbucks? —pregunta Álex.

La chica asiente. Recuerda entonces la primera vez que se vieron. ¡Qué coincidencia! Ella llegó allí de rebote, mientras esperaba a Ángel. Él, antes de sus clases. Se encontraron debajo de la mesa cuando él fue a ofrecerle un pañuelo porque ella se había manchado de caramelo. Qué vergüenza pasó... Y luego, *Perdona si te llamo amor*. Lo que es el destino. Dos personas leyendo el mismo libro, en el mismo lugar, al mismo tiempo...

Paula y Álex piden sus bebidas. En esta ocasión algo fresquito para saciar la sed y mojar los labios. Suben a la planta alta de la cafetería y se sientan. Hablan animadamente de la experiencia: si aquel tío les miraba como si supiera que iban a esconder algo, de aquella señora que no se iba nunca, de si seguro que en determinado sitio el que lo encuentre lo leerá...

Sonríen. Paula se siente parte del cuento de Álex, un cuento no escrito, pero que está viviendo. Es guapo. Muy guapo. Y tiene esa sonrisa...

—¿Me esperas un momento?

—¿A dónde vas? ¿A esconder algún cuadernillo?

—No, al baño. Ya sabes..., cada mes, las chicas... —insinúa Paula tranquilamente, pero haciendo enrojecer a Álex.

Mete su mano en el bolso y esconde lo que necesita bajo la manga. Sin querer, lo deja abierto.

—Te espero aquí —dice el chico, que se maldice por la pregunta anterior.

Paula sonrío y entra en el baño.

Álex absorbe su bebida por la cañita de plástico. Está muy feliz. ¿Qué más puede pedir? Está intentando cumplir un sueño y ella es su ayudante. Pero ¿qué siente realmente por ella? No es momento de plantárselo. Ahora toca disfrutar de este día, de estos momentos de juego. Su locura podría ser el principio de algo.

¿Quién sabe?

Sin esperarlo, una música sale del bolso abierto de Paula, acompañada de un sonido vibrador. Está excesivamente alta. Toda la gente que se encuentra en la cafetería mira hacia él. El teléfono, por el impulso de las vibraciones, se sale del bolso. El tema de The Corrs suena con más fuerza aún.

Álex no sabe qué hacer. Se oye incluso un shhhh desde alguna mesa. No quiere, pero tiene que contestar.

—¿Sí...?

—¿Paula? —pregunta la otra persona, que sin duda no esperaba oír una voz masculina.

—No, soy un amigo. Ella está en él... Ahora no está. ¿Quién la llama?

—Otro amigo. Ya la llamaré.

—Pero si viene ense...

Pero a Álex no le da tiempo a decir nada más porque Ángel acaba de colgar.

El chico se queda pensativo unos segundos antes de meter de nuevo el móvil en el bolso. Ha visto el nombre de quien ha hecho aquella llamada. ¿Quién será ese Ángel? Tal vez el novio de Paula. Pero no, se ha presentado como un amigo. Sin embargo, ¿por qué ha colgado de esa manera?

Paula regresa del baño. Álex observa su caminar resuelto, alegre, juvenil. Es una chica increíble. Tarde o temprano tendrá que plantearse qué siente de verdad por ella.

La chica se sienta sonriente frente a él.

—Te han llamado por teléfono. No iba a cogerlo, pero tienes la música demasiado alta y todo el mundo miraba. No me ha quedado más remedio que contestar... Perdona.

La joven se alarma. ¡Sus padres! Reza para que no hayan sido ellos. A toda prisa saca el móvil del bolso y busca en «llamadas recibidas».

—Siento si he hecho mal... —insiste Álex, al verla tan preocupada.

Paula respira hondo. No han sido sus padres, ha llamado Ángel. Entonces cae en la cuenta de que en las últimas horas no ha pensado en él. Por fin se ha dignado a dar señales de vida. Siente la tentación de llamarlo, pero no es el momento. Tampoco quizá es lo que deba hacer después del plantón de anoche. Se debate entre estar enfadada, aliviada, molesta o alegre. Definitivamente, cree que no es buena idea llamarlo. Ya volverá a hacerlo él.

Con tranquilidad vuelve a guardar el teléfono móvil en el bolso y sonrío a su acompañante como si nada.

—¿Está todo bien? —quiere saber él.

—Muy bien —responde ella.

Pero Álex no la cree. Detecta cierto malestar, quizá no con él o tal vez con el chico de la llamada.

—Casi he terminado, ¿nos vamos? —propone Paula buscando cambiar de tema. No quiere pensar en Ángel.

—Sí, yo también he acabado.

La joven da un último sorbo y se seca los labios con una servilleta de papel.

—¿Dejamos aquí otro de los cuadernillos?

—Sí, es buena idea.

La pareja se levanta y, sobre la mesa en la que han estado tomando sus bebidas, abandonan a su suerte otro de los cuadernillos de *Tras la pared*.

En ese mismo momento, ese día de marzo, en otro lugar de la ciudad.

En el apartamento suena el estribillo de *She will be loved*, de Los Maroon 5.

Ángel está desconcertado. Camina nervioso de un lado a otro de la habitación. Sinceramente, no sabe lo que pensar. ¿Quién es ese tipo que le ha cogido el teléfono? Ha dicho que era un amigo de Paula. Pero ¿desde cuándo los amigos cogen el teléfono de sus amigas? Parecía un chico joven. Tenía hasta la voz bonita.

Está nervioso. ¿Celoso? No, él no es celoso. O eso es lo que dice. Además, ¿qué razones tiene para estarlo? Ninguna.

Le duele la cabeza. La resaca continúa, y eso no le deja reflexionar con soltura.

En cierta manera le está bien empleado que Paula lo deje por otro.

¿Pero qué dice? Eso no puede ser. Si sólo metió la pata anoche, y sólo llevan saliendo dos días...

Tal vez Paula le haya estado ocultando algo todo ese tiempo. Una pareja, un lío, un medio novio, un amante. Quizá él es sólo uno más.

Tiene que tranquilizarse. No sabe ni lo que dice. ¿Un amante? Está hablando de una chica de dieciséis años... ¿Desde cuándo las adolescentes tienen amantes?

Ángel se sienta, cruza las piernas, pone la mano derecha en la barbilla, descruza las piernas... Coge una revista y la ojea pasando las páginas rápidamente. Pronto se cansa de ella y la suelta.

¿Quién era ése?

No puede hacer una montaña de un grano de arena. Posiblemente era un amigo de clase. Sí, eso. Habrán quedado para estudiar. ¿Un sábado? Es que es sábado. Y los sábados por la mañana no se estudia.

Pasan unos minutos.

¿A qué espera Paula para llamar? ¿Estará enfadada? Tiene derecho a estar molesta por lo del día anterior. Pero ¿quién era ése? No ha tardado mucho en buscarse a alguien que la consuele...

Pasan más minutos.

Paula no da señales. ¿No le va a llamar?

Ángel coge el móvil. Busca el número de Paula. No, no es buena idea que la llame. No le toca a él. Además, ¿y si aparece de nuevo el chico de antes?

Ya llamará ella.

Sí, lo hará.

Capítulo 14



se día de marzo, en algún lugar de la ciudad.

Álex y Paula continúan su misión, tras descansar un buen rato sentados en un Rodilla, donde se han comido un par de *sandwiches* cada uno. Ya han repartido más de cincuenta cuadernillos de *Tras la pared* y sus mochilas cada vez son más ligeras.

Desde que salieron del Starbucks la chica está menos habladora. Sonríe poco. Álex lo ha notado y cree saber el motivo o, al menos, lo intuye. Posiblemente, aquella llamada tiene que ver con que esté más distante, como ausente. Aún así, la joven se muestra en todo momento agradable, tratando de que no se note demasiado que algo le pasa. Intenta participar lo máximo posible de la aventura, pero cuando Álex no la mira, se evade. Se distrae pensativa. Él lo sabe, pero no quiere meterse donde no lo llaman.

De vez en cuando, Paula abre su bolso y mira si Ángel la ha vuelto a llamar. Sabe que no pues el tono de los Corrs no ha sonado, pero no puede evitar comprobarlo. ¿Debe llamarlo ella? No, ya lo hizo suficientes veces anoche. No es por orgullo: simplemente cree que es él quien debe dar el paso.

—Entremos allí —propone el chico señalando un gran edificio.

Entran en la FNAC. Álex le propone dejar un cuadernillo en cada planta. Será difícil que no los vean porque hay muchos dependientes por todas partes, pero eso no es impedimento para ellos.

En la zona de música Paula se coloca los cascos para oír uno de los CDs que están de promoción. Es una recopilación de bandas sonoras. Tras saltar varias, se detiene en la de *Philadelphia*. Bruce Springsteen conquista sus oídos. Álex, a su lado, trata de colocar uno de los cuadernos sin que nadie lo vea. Ella lo tapa con su cuerpo mientras él disimula que busca un CD en uno de los estantes. Tras comprobar que no es observado, lleva a cabo su cometido. Conseguido.

El chico le guiña el ojo y sonrían cómplices.

Alguien, en algún momento, encontrará ese cuadernillo si busca uno de aquellos compactos. Luego tendrá que decidir si sigue las instrucciones indicadas por el autor o no. Quizá el fin de aquella fina plastificación sea la papelera de alguna esquina o el contenedor de basura de alguna calle. Sólo el destino sabe lo que ocurrirá y a quién asignará ese ejemplar.

Los chicos llegan a la zona de los DVDs. Hay más gente que en la planta reservada a la música.

Álex tiene claro dónde va a soltar el próximo cuadernillo. En voz baja se lo comenta a Paula para que busque y se separen.

La chica vuelve a abrir el bolso: no hay ninguna novedad en su móvil. Esperar llamadas de Ángel, que luego no llegan, empieza a convertirse en costumbre. Cierra el bolso y se centra en encontrar lo que Álex le ha indicado.

Sin embargo, es el joven el que da con el CD junto al que tiene previsto dejar el próximo dossier. Álex coge el DVD de *El secreto de Thomas Crown*, una de sus películas preferidas. Aquella escena en la que el protagonista devuelve el cuadro le parece sublime. Recuerda a los hombres de traje con el sombrero y el maletín. El director no podía haber elegido mejor melodía para el final que aquel Sinnerman. Lo que ellos están haciendo con los cuadernillos en la FNAC se parece en cierta manera a lo que hace Pierce Brosnan en esa secuencia: colocar delante de todo el mundo algo sin que nadie se dé cuenta.

Paula llega hasta el joven, que sigue recordando fragmentos de la película. Álex le muestra la carátula.

—¿La has visto? —le pregunta a la chica mientras saca disimuladamente de su mochila otro cuaderno.

—No, pero si tú crees que es buena, la veré.

El chico sonrío. Nunca olvidará aquel día. ¿Qué será de ellos cuando la historia de los cuadernillos de *Tras la pared* haya terminado? ¿Cuál será su relación? Desea conocerla más, saber todo de ella. Pero es mejor no pensar en eso de momento. Aún queda jornada por delante y trabajo por hacer.

Álex y Paula repiten el procedimiento anterior. Ahora es él quien la cubre. La chica comprueba que no mira nadie e introduce el DVD junto al cuaderno dentro de la estantería. Nuevo éxito.

—Muy bien, uno menos —dice el joven mientras se dirigen hacia la escalera mecánica—. Subamos a los libros.

Álex también tiene claro el siguiente paso y se lo cuenta a Paula en el trayecto.

Los dos van juntos esta vez. Caminan dejando atrás diferentes apartados. No hay demasiadas personas. La más visitada es la zona reservada para literatura extranjera.

Por fin llegan a la sección que buscaban. Entre los dos examinan cada estantería hasta que Paula ve el libro en el que van a esconder el próximo cuadernillo.

—Está ahí, arriba del todo —señala ella sonriente.

Álex ya lo ha visto. Se pone de puntillas para cogerlo. Primero lo roza con sus dedos, luego consigue sacar un poco de la cubierta de la novela. Casi lo tiene ya, pero, cuando va a atraparlo, el libro cae.

Paula pone las manos para impedir que choque con el suelo; en el intento, su cara y la de Álex quedan a pocos centímetros. Sus ojos están cerca. Tanto como sus labios. Casi pueden sentir la respiración agitada del otro. El pelo de ella toca la camiseta de él.

El tiempo se para por unos instantes para los dos.

—Perdona, casi te doy con el libro en la cabeza —se disculpa por fin Álex apartándose torpemente.

—Se hubiera hecho daño el libro. Mi madre dice que tengo la cabeza muy dura.

Sonríen. Existe cierto nerviosismo entre ambos. Incluso cuando Paula le da *Perdona si te llamo amor* al chico, para que esconda el cuadernillo dentro, sus manos se tocan. Piel con piel. Más tensión acumulada, más tensión contenida.

Álex coloca la novela de Moccia en su lugar.

—Espero que no nos haya visto nadie.

—Seguro que no —confirma la chica.

Las mochilas se han ido vaciando, pero ahora pesan otras cosas. Paula y Álex siguen subiendo plantas en la FNAC y escondiendo cuadernillos en cada una de ellas. No conversan tanto. Lo cierto es que apenas cruzan una palabra y, cuando sus ojos se encuentran, procuran apartarlos rápidamente.

Una vez que completan su propósito, salen a la calle.

El sol ya no ilumina tanto. Hay más sombras en la calle. Hasta hace un poco de fresco. La tarde está avanzando irremisiblemente. La aventura de los cuadernillos pone su punto y final, al menos de momento.

—Tengo que irme ya. Si no vuelvo pronto a casa, mis padres...

—Entiendo. ¿Quieres que te acompañe?

—¡Qué va!, no te preocupes. Aún te quedan algunas carpetas por dejar. Ya cojo yo el metro.

Álex se viene abajo, pero no se lo dice. Quizá con el final de aquella curiosa historia también terminaba su relación. Si por él fuera, mañana volvían a repetir la experiencia.

—Ha sido divertido —comenta él, esperando su sonrisa.

La obtiene. Paula afirma con la cabeza y muestra una dulce sonrisa.

El momento de la despedida es incómodo. Ni uno ni otro saben qué hacer ni cuándo será la próxima vez que se vean.

—Bueno, me voy. Imagino que seguiremos en contacto.

—Eso espero. Gracias por tu ayuda... Adiós.

Álex se acerca para darle dos besos. Está tenso, nervioso. Ella también.

Entre la torpeza de uno y otro, giran la cara para el mismo lado, y el beso de Álex termina casi en los labios de Paula.

Es lo último que hacen. La chica se gira y elige la calle de la derecha. El chico la mira hasta que desaparece y se va hacia la izquierda. ¿Y ahora?

Álex no quiere pensar. Quiere saborear lo que ha vivido; quiere disfrutar con el recuerdo de ese día; quiere sonreír. Pero es imposible. Imposible no buscar más allá. El pecho le late deprisa y eso es un problema, un gran problema.

¿La quiere? Eso no puede ser. Se acaban de conocer. Además, es muy difícil que vuelvan a coincidir.

Necesita evadirse. Piensa en su saxo y sólo desea llegar a casa para descargar en la música toda la intensidad del día.

Paula está a punto de entrar en el metro cuando en su bolso comienza a sonar *Don't stop the music*. Es Miriam. En el instante que tarda en contestar se piensa lo peor. ¡Sus padres han llamado a su amiga!

—Dime, Mir —responde temblorosa.

—¡Cariño!, pero ¿dónde te metes?

—Pues...

—Ya me avisó mi hermano de todo. No te preocupes, tus padres no han llamado.

Paula resopla aliviada.

—Menos mal porque, si no, menudo marrón.

—Les habría dicho cualquier excusa por la que no te podías poner al teléfono. Te habría llamado inmediatamente y luego tú les habrías llamado a ellos. Sin ningún problema.

—Veo que pensaste en todo. Muchas gracias por cubrirme.

—De nada, cariño. Espero que lo hayas pasado muy bien con Ángel.

¡Ups, Ángel! ¿Se lo decía? ¿Le contaba a su amiga que en realidad con quien había pasado toda la mañana era con Alex?

—La verdad es que...

—Nos tienes que contar los detalles. ¡Qué historia tan bonita...! Ojalá tuviera algo yo como lo vuestro.

—Verás, Miriam, lo cierto es...

Se oye un grito de fondo. Es la madre de Miriam que llama a su hija para que recoja algo que ha dejado tirado en alguna parte.

—Cariño, te tengo que dejar. Espero que salgas con nosotras esta noche y nos des envidia de tu romance. Un besoooo.

Y con ese largo beso Miriam cuelga.

Es verdad. Es sábado, lo que significa salida con las Sugus. Pero después de la paliza que se ha dado con los cuadernillos le quedan pocas ganas de fiesta.

Tiene que pensarlo. Eso y otras cosas.

Su amiga había nombrado varias veces a Ángel. ¿Se sentía culpable de haber pasado todo el día con Alex? Es sólo un amigo, ¿no?

Antes de entrar en el metro, Paula mira su móvil. Está indecisa. Quizá sea hora de llamar a Ángel. Busca su número en la guía de contactos, un número que sólo tiene desde hace dos días, cuando se conocieron en persona. ¡Dios, es que sólo hace dos días que se conocen! ¿Y ya está detrás de él? Ayer, ¿cuántas veces lo llamó?

Paula rápidamente encuentra el teléfono del chico. Le apetece muchísimo hablar

con él, escuchar su voz, pero ¿y si vuelve a no encontrarlo? ¿Y si no lo coge? Además de ansiosa, parecerá una pesada. Duda unos instantes para finalmente guardar el móvil en el bolso y entrar en el metro.

Sí, es él el que tiene que llamar.

Sobre esa hora de ese mismo día de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Han pasado varias horas. Paula no ha llamado.

Ángel no puede quitarse de la cabeza la voz de aquel chico que le cogió el teléfono cuando la llamó.

Sigue sin poder creer todo lo que está pasando: la borrachera, Katia, la noche fuera de casa, la llamada... ¡Cómo le gustaría retroceder un día y volver a La casa del Relax con Paula! O tal vez dos y regresar a la noche en la que se besaron por primera vez. Como en aquella película de Bill Murray y Andie Mac-Dowell, Atrapado en el tiempo, en el que el protagonista siempre le despierta a las seis de la mañana del dos de febrero, el día de la marmota. Ángel pediría empezar la historia desde su llegada al Starbucks y terminarla en la despedida después de aquel baño relajante, y que eso se repitiese una y otra vez, cada día de su Vida.

Pero esas cosas únicamente suceden en las películas y en los sueños, quizá en alguna novela también. Está casi anocheciendo. Lleva todo el día dándole vueltas al asunto. No ha hecho nada de lo que tenía previsto del trabajo para hoy.

¿Y si no le ha llamado porque ha pasado todo el día con ese chico? No, eso no puede ser. Seguro que habrá alguna razón que lo explique. Llamará.

Casi anocheciendo, ese día de marzo, en otro punto de la ciudad.

Paula llega a casa. Se da una palmotada en la frente: ¡no ha llamado ni siquiera para avisar de que no iba a comer! Estaba tan concentrada con los cuadernos y pensativa con el tema de Ángel que se le ha pasado por alto. Se teme otra charla como la de ayer o una bronca como la del jueves.

Pero nada de eso ocurre. Es extraño. Sus padres no la someten a la habitual tanda de preguntas ni le sueltan ningún sermón. Se limitan a sonreírle y a preguntarle qué tal lleva el examen de Matemáticas. La chica contesta sorprendida y después sube a su habitación. Lo que ella no sabe es que minutos antes...

Paco: «¿Dónde se ha metido esta chica? Ni ha llamado para decir que no venía a comer».

Mercedes: «Ha ido a estudiar con Miriam y con su hermano Mario. No te preocupes».

Paco: «¿Mario? ¿Hay un chico de por medio en esto? ¿Tú crees que él puede

ser...?».

Mercedes: «No lo sé, quizá. Ya nos lo contará».

Paco: «¿Ufff?».

Mercedes: «No te preocupes, estará al llegar. Llevo todo el día pensándolo y creo que a lo mejor la estamos presionando demasiado».

Paco: «¿Que la presionamos demasiado? Pero si sólo tiene dieciséis años... ¡Es una cría!».

Mercedes: «Ya no es tan cría: el sábado cumple diecisiete. Recuerda qué hacíamos tú y yo ya con esa edad...».

Paco lo piensa y se echa las manos a la cabeza.

Paco: «Voy a llamarla ahora mismo».

Mercedes: «No, no lo hagas. Eso será peor. Parecerá que la queremos controlar».

Paco: «Es que tenemos que controlarla un poco. Es una niña. No puede hacer lo que quiera y cuando quiera. También tiene responsabilidades...».

Mercedes. «Paula no es tonta. Y es una buena chica. Pero si estamos todo el día diciéndole lo que tiene o no tiene que hacer, se rebelará más».

Paco: «Y entonces, ¿qué propones tú? ¿Que no le digamos nada?».

Mercedes: «Tampoco es eso. Pero dejemos que tome sus decisiones... Si comete un error grave, pues intervendremos. Quizá nos cuente más cosas si ve que confiamos en ella».

El marido guarda silencio unos segundos. Sólo espera que su hija no esté en esos momentos haciendo lo que él hacía con su edad.

Paco: «Está bien. No me gusta demasiado la idea, pero te haré caso».

La mujer se acerca sonriente y besa a su esposo en la comisura de los labios.

Mercedes: «Es lo correcto».

Y, tras besarle de nuevo, sube las escaleras ante la atenta mirada irritada de su marido.

Paula llega a su habitación y lo primero que hace es quitarse los zapatos. Está molida.

«Me parece que el Sugus de piña se queda esta noche en casita», piensa, mientras se mira las plantas de los pies y los talones hinchados.

Sin noticias de Ángel. Suspiros. No debe llamarle, pero está llegando al límite.

Conecta el PC pensando que quizá esté ahí, en el MSN, como los dos últimos meses.

No. Sólo están sus amigas. Rápidamente es invitada a una charla múltiple. Acepta.

Es el comienzo de una interesante noche de confesiones.

Capítulo 15



se día de marzo, por la noche, en un lugar de la ciudad.

Lleva todo el día dándole vueltas a la conversación telefónica de la mañana. Incluso se ha tenido que convencer de que no había sido un sueño. No. Paula, realmente, le había llamado. De eso no había duda, aunque estaba recién levantado. Sin embargo, Mario no está del todo seguro de si ha interpretado bien lo que la chica le había querido decir al final de la llamada.

¿Realmente van a verse cada día por las tardes durante toda la semana para estudiar Matemáticas? Eso era lo que había dicho ella, ¿no? Sí, era eso, ¿verdad? Pero ¿por qué tenía tantas dudas entonces? Quizá por su falta de seguridad; quizá porque no confía en sí mismo, quizá porque está enamorado de Paula y no podía imaginarse que pudiera pasar algo así... Quizá porque se está volviendo loco.

Su cabeza no puede dejar de pensar, funciona a mil por hora: un millón de imágenes, palabras, hipótesis, conjeturas.

Pero no saca nada en claro. Aunque lo intenta. Bien: Paula va a ir a su casa, y eso está bien. Se van a quedar a solas cuatro días. Cuatro tardes. Ella y él. Como ha soñado tantas y tantas veces. Eso también está bien. Pero es para estudiar. Eso ya no está tan bien. ¿Podrá concentrarse? Si la chica acude a él para que le ayude a aprobar un examen, no puede fallarle. Por lo tanto, debe ser responsable y controlar tanto sus nervios como sus emociones por estar junto a ella. ¿Y qué hay de sus sentimientos?

Mario piensa entonces en lo que vio a la salida del instituto. Aquel beso. Recuerda también las flores que recibió Paula en clase. Todo eso le provoca una gran tristeza. Un abatimiento absoluto.

Pero, por otro lado, no sabe si la relación con aquel chico es algo serio o un simple cuelgue. ¿Y quién dice que Paula no se enamora de él durante esa semana?

No, eso es hacerse falsas ilusiones. ¿Cómo una chica como Paula iba a fijarse en alguien como él? Es imposible.

Mario vive en un carrusel continuo de sentimientos, sentimientos que van subiendo y bajando como los caballitos de ese carrusel. Cada minuto es una historia distinta y cada sensación un acontecimiento. El corazón le late muy deprisa y la cabeza le va a estallar.

¿Tiene motivos para ilusionarse? ¿Merece la pena seguir enamorado de Paula y no intentar olvidarla? Eso es engañarse a sí mismo. No puede olvidarla. No, no puede. Y, además, ¿cómo va a hacerlo si va a verla a solas cada día la próxima semana?

¿¿Por qué todo es tan difícil?!

Tumbado en la cama boca arriba, lanzando y cogiendo al vuelo una pequeña pelota de espuma, escucha cómo llaman a su habitación.

—¿Estás visible? —pregunta su hermana tras golpear con los nudillos la puerta.

—Pasa —contesta Mario sin mucho entusiasmo.

Miriam entra en el dormitorio. Lleva una mochila colgada en la espalda y no va vestida de sábado por la noche.

—Me voy. Pasaré la noche fuera.

Mario se incorpora y mira con extrañeza a su hermana.

—¿A dónde vas?

—Pues hemos quedado todas en casa de Paula. Dormiremos allí. No vamos a salir, pero a cambio tendremos una noche de chicas: cotilleos, dulces, película romántica y todas esas cosas.

¿En casa de Paula? Daría lo que fuera por pasar una noche así al lado de ella.

—¡Qué peligro tenéis! No iría a una de esas fiestas de pijama con vosotras ni aunque me pagarais —miente.

—Ya quisieras tú que te invitáramos, aunque sólo fuera diez minutos. Si vieras el modelito de pijama de Diana...

—No me interesa Diana.

—Mario, aunque seas mi hermano, sigues siendo un tío —dice con una gran sonrisa de oreja a oreja—. Me voy, que se me hace tarde. No me eches mucho de menos.

—Descuida. Pasadlo bien.

—Lo haremos.

Y, sin dejar de sonreír, la hermana mayor sale de la habitación.

Mario vuelve a tumbarse. Recupera la pelota de espuma y vuelve a lanzarla hacia el techo del cuarto. Está pensativo. Se pregunta si su nombre saldrá en aquella reunión de adolescentes adictas al helado de macadamia y a la crónica en rosa. Quién sabe...

Ese mismo día de marzo, por la noche, en un lugar alejado de la ciudad.

Tiene los labios pegados a la boquilla del saxofón. Su pecho se infla y desinfla en el esfuerzo por hacer sonar aquel mágico instrumento. La melodía del saxo es melancólica, embrujadora. Seductora.

Álex se deja llevar por la música que él mismo regala. Cada nota hoy está inspirada en Paula porque, aunque lo intenta, no puede dejar de pensar en ella. No entiende cómo ha llegado a eso, pero no puede negar la evidencia, aunque es posible que esta historia le acarree problemas.

La noche cae y la música continúa. Álex está tan ensimismado que no se entera de que alguien ha entrado en la casa.

Esa persona oye el sonido del saxo. El chico sigue sin saber que ya no está solo. Unos pasos avanzan por el estrecho pasillo hasta llegar a la escalera. La trampilla se abre y la música cesa. Ante Álex aparece una bonita chica morena de pelo ondulado:

—Sigue, sigue. No pares por mí. Me encanta escucharte.

Vuelve a colocar sus labios en el saxo y la música continúa en la noche.

Cuando termina, la recién llegada aplaude esbozando una picara sonrisa.

—Sigues haciéndolo todo igual de bien, hermanito.

—Has llegado antes de lo que esperaba. ¿No me dijiste que vendrías el lunes?

—Sí, pero decidí adelantar mis planes un par de días y disfrutar del fin de semana aquí. Además, me aburro en casa. Por cierto, no deberías dejar la puerta sin cerrar con llave...

—Estamos lejos de la ciudad. Por aquí no hay mucha gente.

—Ahora estoy yo.

Álex tuerce el labio y baja la mirada con cierta disconformidad ante la observación.

—¿Tienes las maletas en el coche?

—Sí. ¿Bajamos?

El joven asiente sin decir nada. Le resulta incómoda la presencia de Irene. Aún se pregunta cómo ha acopiado que se instale con él hasta junio, lo que significa decir adiós a su deseada soledad. Pero ¿cómo se podía negar?

—¿Cómo está tu madre? —pregunta mientras caminan en busca del equipaje.

—También es la tuya —le recuerda Irene.

—Sólo legalmente.

La madre biológica de Álex falleció cuando él todavía era un niño y su padre se casó después con la madre de Irene, hacía ya diez años. Los cuatro habían vivido juntos hasta la muerte del padre del chico. La relación entre madrastra e hijastro no había sido buena desde el comienzo. Por eso Álex no dudó en buscarse la vida por su cuenta en cuanto su padre falleció. Con respecto a Irene, nunca quedó demasiado claro qué tipo de sentimientos poseía hacia su hermanastro. Incluso cuando vivían juntos, sus amigos bromeaban con que aquella relación se parecía a la de Sarah Michelle Gellar y Ryan Phillippe en *Cruelles intenciones*.

—Pues mamá está bien —añade Irene—. Pero no tiene ningún tipo de estabilidad emocional: es tan inmadura... O quizá es que quiere representar el papel de una mujer más joven de lo que realmente es. Le asustan los años. Te manda recuerdos.

Mientras Irene habla, llegan al coche. Varias bolsas de mano y cinco maletas, tres de ellas de gran tamaño, inundan el maletero y la parte de atrás del Ford Focus negro. Álex traga saliva.

—No te has dejado nada en casa, por lo que veo —suspira.

—¡Qué dices! Sólo he traído la mitad... —contesta la chica sorprendida—. Voy a estar tres meses aquí y necesito sentirme cómoda con mis cosas, ¿no?

Álex casi no oye lo que su hermanastra le está diciendo. Coge una de las maletas, la más pesada, y entra en la casa. Irene le sigue cargando con la más pequeña.

—Tenía que habérmelas comprado con ruedas —señala la chica.

—Hubiera sido un detalle —añade él resoplando. La joven sonrío maliciosa viendo el esfuerzo de Álex.

Cuando hace unas semanas se le presentó la posibilidad de realizar un curso en la ciudad sobre Liderazgo Estratégico, no dudó en llamar a su hermanastro y solicitar acomodo en su casa para el tiempo que las clases duraran. Sabía que no se negaría. El curso le abría una interesante oportunidad laboral dentro de su empresa y, además, era una ocasión inmejorable de estar cerca de él. Como en el pasado. Seguía tan guapo como siempre. Le encantaba su sonrisa, aunque con ella delante se produjera a cuentagotas.

No siempre había sido así. Siendo adolescentes estaban más unidos, y hasta se habían permitido cierto flirteo. Pero, conforme iban creciendo, Álex comenzó a volverse más arisco y distante con ella. En ocasiones se palpaba una fuerte tensión entre ambos, derivada del hecho de que dos chicos jóvenes y suficientemente atractivos el uno para el otro vivieran bajo el mismo techo. Eran hermanastros, pero no familiares de la misma sangre. Las especulaciones que la gente hacía sobre ellos divertían a Irene y molestaban a Álex. Era complicado convivir con rumores de todo tipo.

—Un esfuerzo más, que ya es la última —anima burlona la chica, que camina al lado de su hermanastro.

La mirada de Álex fulmina a Irene. Le ha tocado llevar las cuatro maletas más pesadas mientras ella se ha encargado de las bolsas y un neceser. Por fin concluyen con la pesada tarea.

La chica, haciéndose ver derrotada por el cansancio, se deja caer en un sillón. Sin embargo, no tarda en darse cuenta de que se ha sentado encima de algo. Es uno de los cuadernillos de *Tras la pared*. Lo ojea con curiosidad.

—¿Lo has escrito tú? —le pregunta a Álex, que todavía no se había percatado del descubrimiento de su hermanastra.

—Sí —contesta con cierta vergüenza.

—¿Puedo leerlo?

—Ya lo estás haciendo... —señala el joven, visiblemente azorado.

Sin embargo, la joven cierra la carpeta y sonrío.

—Pero ahora no. Antes de irme a la cama, porque tengo cama, ¿no?

—Tienes cama.

—Bien. Si no, estaba dispuesta a compartirla contigo, como buenos hermanos.

—Irene...

—Era una broma, hombre... —concluye sonriendo la chica, mientras se levanta

del sillón—. Me voy a dar una ducha.

—Ahora te doy toallas limpias.

—Gracias, hermanito. —Y, caminando graciosamente, desaparece.

Álex se levanta también para ir por las toallas, pero en su mente no cesa la idea de que van a ser unos meses muy largos.

Adorada y perdida soledad.

Esa noche, ese día de marzo, en la ciudad.

Cuatro adolescentes están sentadas sobre una manta rosa que cubre la única cama de la habitación. Dos sacos de dormir están siendo rifados en esos momentos.

—Pero si a mí me da lo mismo dormir en un saco que en la cama... —insiste Paula.

—No, no y no. Aquí, vamos a jugarlos entre las tres a ver quién duerme en la cama contigo y quién en el suelo. Tu cama es tu cama.

Las palabras de Diana hacen suspirar a la anfitriona, que finalmente se da por vencida.

—Cris, tú que eres la más inocente de nosotras, o eso nos haces creer, lanza los dados. Con el número que salga, sorteamos contando a partir de mí a quién le tocará el placer de compartir edredón con la señorita García.

—¡Cómo te gustan estos numeritos, Diana...! —protesta Miriam sin demasiado entusiasmo.

Cristina coge el cubilete, introduce los dados y los lanza encima de la manta rosa. Un tres y un cuatro.

—Siete.

—Bien, cariño. No sé como suspendes tantos exámenes de Mates... —bromea Miriam.

—¡Graciosa...! —contesta la chica alzando su dedo corazón—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y... siete. ¡Me tocó! —exclama victoriosa Diana—. Pues nada: perdedoras, a vuestros aposentos.

Cris y Miriam intentan dar una colleja a la vencedora, que con habilidad se escabulle entre las sábanas.

Vuela alguna almohada que otra. Incluso alguna se golpea contra la pared del dormitorio. Se oyen varios lamentos simulados y algún que otro insulto. Jadeantes y agotadas, deciden concluir la batalla. La guerra de los pijamas llega a su fin.

Tras peinarse un poco y estar seguras de que todo está en su sitio, cada una ocupa el lugar designado por el azar de los dados.

Durante la noche no han hablado demasiado. Película romántica, una, *pizza* hawaiana, helado de nueces de macadamia, bromas infantiles y cariñosos insultos...

Sin embargo, queda algo por tratar: el tema estrella de la velada como último punto del día.

—Bueno, Paulita, cuéntanos, que nos tienes en ascuas. Con tu ángel de la guarda, ¿qué tal? ¿Te ha enseñado ya sus alas?

Las chicas de los sacos de dormir sonrían al escuchar a Diana. Ninguna ha sacado todavía la cuestión, pero todas se mueren por saber más.

—¿Qué alas? Se te va mucho la cabeza a ti.

—Vamos, cuéntanos como fue la cita de ayer. ¿Y qué ha papado hoy? Somos tus amigas, las Sugus. Y si alguien se come al Sugus de pina, el resto tiene que saberlo, ¿no?

Paula sí acierta con la mano en la nuca de su amiga, acostada a su lado. No sabe por dónde empezar ni está segura de querer contarles todo. Piensa en Ángel, en que se va el día y no han hablado. Él no ha sido capaz de llamarla de nuevo. Y ella, por cabezonería, tampoco lo ha hecho. ¡Quién iba a decirlo, después de todo lo extraordinario del día anterior...!: las flores, la habitación del grito, la piscina, el helado, los besos... También piensa en Álex y las horas tan especiales que ha vivido junto a él, con todo ese juego de los cuadernos. Casi estampan sus labios el uno con el otro. ¿Qué hubiera pasado entonces?

—Pues..., veréis..., la verdad es que... A Paula se le enrojecen los ojos. De repente siente una gran angustia dentro.

—¡Oh, oh...! —susurra preocupada Miriam que, con un rápido movimiento, se sienta sobre su saco—. ¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado?

Las otras dos amigas también se incorporan.

—No lo sé.

Diana abraza a su amiga por la espalda.

—Cuéntanos qué ha pasado, anda —le dice mientras le aparta el pelo de la cara.

Finalmente, Paula se decide. Durante quince minutos explica a sus amigas todo lo que le ha pasado. Éstas apenas la interrumpen y la escuchan atentamente. Un gran suspiro acompaña al final de la historia.

Por unos instantes, las cuatro guardan silencio, hasta que Diana decide intervenir.

—Así que no sólo pillas al tío bueno periodista sino que quedas con un tío que conoces en una cafetería que también está bueno y es escritor... ¿Me podéis decir por qué yo no encuentro nada así? ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

—Es más guapa —señala rápidamente Cris.

—Tiene mejor culo —dice Miriam.

—Es más sociable —añade Cristina.

—Más pecho, saca mejores notas...

—¡Vale, vale...! ¡Ha quedado claro! —grita Diana, sonrojada—. Se trata de ayudar a Paula, no de que me hundáis a mí. Voy a tener que ir a buscar más helado.

Las dos chicas del suelo ríen ante la reacción de Diana. Paula se da cuenta de que, sin querer, también está sonriendo.

—Y entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunta Cris.

Paula se toca el pelo. Lo peina nerviosa con las manos echándolo hacia atrás.

—No lo sé.

—Lo primero que tienes que hacer es arreglar las cosas con Ángel. Menudo par de cabezotas estáis hechos... —protesta Miriam.

Cristina asiente con la cabeza a la propuesta de su amiga.

—¡Vamos a llamarlo! —dice Diana, que de improviso se pone de pie sobre la cama y a saltos intenta llegar hasta el móvil de Paula.

—¡No! ¡Ahora, no! ¡Es muy tarde!

Paula intenta detener a su amiga agarrándola por una pierna. Sin embargo, esta tira con fuerza y escapa.

—¡Qué va a ser tarde! Nunca es tarde para el amor.

Diana alcanza el aparato que está en el escritorio y empieza a investigar en la guía de teléfonos.

—Diana, por favor, suelta mi móvil.

Paula se pone de pie sobre la cama y entre un revuelto de mantas y sábanas avanza hasta su amiga, que afanosa continúa la búsqueda.

—«Andrea, Andy, Andrés Gómez»... Aquí está. Ángel... ¿«Ángel Cari»?

Diana suelta una carcajada mientras Paula se sonroja. Miriam y Cris, que observan la escena divertidas, también ríen.

—No lo llames. Es muy tarde. Estará durmiendo.

—¿Un sábado? ¡Venga ya! Estará por ahí de fiesta o en su casa de botellón.

—¡Que sueltes el móvil! —grita Paula desesperada.

—Este botoncito verde es para llamar, ¿no? A ver...

La chica pulsa el botón y se coloca el teléfono en la oreja.

—¡Diana! ¡No!

Sin pensarlo, Paula salta desde la cama sobre su amiga. Diana no puede esquivarla y chocan golpeándose las cabezas. El móvil se escurre de las manos de Diana y, antes de que suene el primer «bip», cae al suelo abriéndose por la mitad.

Miriam y Cristina, asustadas, se levantan presurosas hasta las otras dos chicas.

—¡Por Dios, qué porrazo! ¿Estáis bien?

—¡Qué dolor! Pero tú... ¡¿te crees Catwoman?! —exclama Diana sin parar de frotarse el lado derecho de la sien, que es donde se ha dado el golpe.

Paula está tumbada en el suelo también quejándose. Se pasa varias veces la mano por la cabeza para comprobar que no sangra.

—La culpa ha sido tuya por hacer lo que no debías. Qué cabeza más dura tienes.

—Tú no puedes hablar de cabeza dura. Ya verás el cuerno que me va a salir

aquí...

—Para tener cuernos, hay que tener novio o ser una cabra —comenta Cris riéndose, al darse cuenta de que sus dos amigas están bien.

—Creo que Diana va más por la segunda opción —se burla Miriam.

Todas sonrían menos Diana, que ya se ha puesto de pie. También Paula, que sigue tocándose la cabeza.

—Estáis muy graciosas hoy, ¿no? Encima, ésta me intenta matar a cabezazos. ¡Y pensar que tengo que pasar la noche con ella en la misma cama! Tendré que tener un ojo abierto por si acaso.

Paula no dice nada y sonrío ante los exagerados lamentos de su amiga. Mientras Diana sigue refunfuñando, recoge las dos partes del móvil que aún permanecen en el suelo y suspira.

—¿Se ha roto? —pregunta Cristina.

—Pues no lo sé —contesta Paula mientras une las mitades.

Intenta encenderlo, pero nada. Vuelve a probarlo, pero sigue sin funcionar.

—Parece que no funciona —apunta desolada.

El teléfono pasa por las manos de las cuatro amigas, pero ninguna consigue encenderlo.

—Nada, esto no va. Vas a tener que esperar a que te lo arreglen el lunes... —comenta Miriam.

—Lo siento, Catwoman. Es culpa mía —señala Diana, avergonzada.

Paula se acerca a ella y le da un beso en el lugar donde la golpeó. Diana le corresponde con un cariñoso achuchón.

—Chicas, vayámonos a dormir. Mañana será otro día.

Todas están de acuerdo y, tras los correspondientes besos y abrazos de buenas noches, se acuestan en sus respectivas camas.

La luz se apaga.

También el ánimo de Paula está un poco apagado. No ha hablado con Ángel y ahora siente que tenía que haberlo llamado. Nota un gran vacío dentro. Tiene miedo; miedo de perderlo.

Quizá el que el teléfono se haya roto sea la señal, el indicio, de que aquella historia que acaba de empezar quién sabe si ha terminado.

La mañana siguiente traerá la respuesta.

Capítulo 16



sa noche de sábado de marzo, en las afueras de la ciudad.

Hola.

*Encontré tu dossier con las primeras páginas **Tras la pared** y sólo quería decirte que me encantó; me encantó la historia, me parece que está muy bien escrita, tiene ritmo y engancha; pero lo que más me gustó es la idea increíblemente creativa, fresca y romántica de difundirla. Eres una de las miles de personas que hacen que esta vida tenga misterio, encanto y aventura. Gracias. (Tal vez te haya llamado la atención lo de «miles». ¿Te parecen muchas? No tantas, desgraciadamente. Piénsalo. Somos muchos millones).*

Voy a retener tu historia una semana, lo siento, pero es que tengo el interés que la lea un amigo mío al que también le gusta escribir. Pero no te preocupes, para compensarte mañana fotocopiaré el dossier, lo meteré en una carpeta exactamente igual a la tuya y la dejaré en algún sitio en el que crea que va a tener éxito. (¿Qué te parece un Starbucks?).

Bueno no me enrolló más. Sólo desearte que tengas la suerte que esperas y mereces.

Un saludo,

María.

Este e-mail es lo primero que Álex encuentra al abrir su cuenta de correo electrónico. No puede evitar una gran sonrisa. La aventura de los cuadernillos tiene sus primeros frutos. En seguida contesta a María para darle las gracias por sus palabras.

No deja de sonreír. Está entusiasmado.

Mientras redacta la respuesta, piensa en Paula. Ella forma parte de aquella historia.

Le hubiera encantado estar junto a ella y que juntos hubiesen descubierto aquel e-mail. Pero Paula no estaba allí.

Una sombra de desilusión aparcó su euforia. ¿Volverán a verse? Cae en la cuenta en que no le había pedido el teléfono, ni ella tampoco ha hecho nada por conseguir el suyo. La ilusión se desvanece por completo.

Hablarán por MSN, sí. Pero ¿quién sabe cuándo? Quiere volver a verla ya. Lo desea con todas sus fuerzas.

El recuerdo de sus rostros a pocos centímetros en la FNAC al caerse *Perdona si te llamo amor* de la estantería le devuelve la sonrisa. Fue uno de esos momentos mágicos que quedan en la retina para siempre. Sueña despierto. Busca en sus archivos y pone el vídeo que al día anterior ella y él vivieron juntos. Separados, pero unidos por aquella canción y la historia de Federico Moccia.

—Bonita canción.

Una voz femenina irrumpe a su espalda.

Álex gira y ve a Irene caminando hacia él lleva un pijama más propia de verano que del mes de marzo, con una camiseta descolgada de hombros y un pantalón excesivamente corto.

—No te he oído llamar.

—No he llamado. La puerta estaba abierta y he entrado.

—Pues es de buena educación llamar a los sitios antes de entrar.

—Lo tendré en cuenta.

La chica se acerca hasta Álex y se inclina a su lado para observar lo que está viendo en el PC. Huele muy bien.

—¿Has hecho tú ese vídeo? —le pregunta sorprendida.

El joven percibe su aliento y su perfume muy cerca, demasiado cerca, tanto que aparta un poco su cara de la de Irene. Luego pulsa el *stop* y detiene el vídeo.

—Sí, pero ya termina.

—¡Hey, no lo apagues! Quiero verlo.

La chica estira su brazo para alcanzar el ratón del ordenador apoyando su pecho en el hombro izquierdo de Álex, que siente un escalofrío con el contacto. Sin embargo reacciona a tiempo y evita que su hermanastra consiga su objetivo interponiendo su cuerpo entre ella y el ordenador.

—Para, Irene, pareces una niña pequeña.

—Sólo tengo dos meses menos que tú... —protesta.

Irene desiste de su empeño y, quejosa, se sienta en la cama. Luego se deja caer en ella boca arriba. Álex la mira de reojo y suspira.

—¿No tienes sueño? Estarás cansada del viaje.

—Sí, lo estoy.

—Pues ya sabes, a la cama.

—Estoy en ella.

—A la tuya.

—Aguafiestas.

—Sigo pensando que te comportas como una niña pequeña. Irene se levanta de la cama resoplando, pero con cierto aire divertido en su expresión, se acerca a Álex de nuevo, se agacha y le besa en la mejilla.

—Me voy a mi cuarto. Buenas noches, hermanito.

Lentamente, Irene se acerca hasta la puerta y sale de la habitación. Su hermanastro lo contempla inquieto. Paciencia. Van a ser unos meses difíciles con ella en la misma casa.

Intenta rehacerse, volver al instante en el que estaba antes, pero es imposible. Lo mejor es irse a dormir.

Es el final de un día mágico que no sabe si algún día se vuelva a repetir.

Esa misma noche, en el centro de la ciudad.

Ángel dando un brinco.

—¡Paula!

Nadie responde a su voz. Está completamente solo, tumbado en uno de sus sillones de su apartamento. Todo está oscuro. Únicamente una tenue luz penetra por una de las ventanas. Mira el reloj en la penumbra: apenas consigue ver que es la una de la mañana. Se ha quedado dormido. Y además, ha tenido una pesadilla.

Ha soñado que está dentro de una piscina. Reina la tranquilidad. El agua muy azul. De pronto aparece ella, Paula, con la misma ropa de baño que el día anterior, cuando juntos disfrutaron en la Casa del Relax. La chica se sienta a su lado. No hablan, sólo se observan. Ríen. Todo parece tranquilo... no existe el ruido. Nada se interpone entre la pareja de enamorados. Paula cierra los ojos y Ángel la imita. Espera ansioso el beso de su joven amada. Espera. Y espera. Pero éste no llega. ¿Y sus labios? Extrañado, vuelve abrir sus ojos. Paula no está. ¿Adónde ha ido? Busca a su alrededor. No hay nadie. Pero, un momento..., ¿qué es aquello? Una sombra se desplaza bajo el agua lentamente a unos pocos de metros. ¿Es ella? ¡Es ella! La chica se aleja despacio, boca abajo mecida por unas extrañas olas que la piscina está provocando. Tiene los brazos en cruz. Ángel grita, pero de su boca no sale ningún sonido. Lo intenta una y otra vez sin ningún resultado. Nervioso, prueba a nadar tras ella. Es inútil no consigue moverse. Un fuerte chapoteo suena en alguna parte. Parece que alguien se ha lanzado a la piscina. Sí, Ángel comprueba como un socorrista nada hacía la chica. Su agilidad es asombrosa, tanta que en pocos segundos alcanza a la joven. Acto seguido le da la vuelta y la examina con cuidado. El socorrista agarra con delicadeza a Paula por debajo de la espalda y de la nuca y la conduce hacía uno de los bordes de la piscina.

Él sólo consigue sacarla del agua sin aparente dificultad. La muchacha parece inerte. Sin embargo, en ningún momento en el rostro de aquel musculoso joven brotan signos de tensión. Ángel vuelve a tratar de nadar. Fracasa. Es como si le hubiesen atornillado los pies al fondo de la piscina. ¿Cómo estará Paula?

El socorrista tumba a Paula en el suelo y se sitúa agachado a su lado. Le acaricia el pelo mojado y se inclina. Su boca se aproxima a la de ella, que permanece con los ojos cerrados. Los labios de ambos se unen. No es el habitual beso boca a boca que se realiza en estos casos. Parece un beso. Sí, no hay duda que es un beso.

Ángel deja de gritar en silencio. No puede creer lo que está viendo. Su incredulidad es mayor cuando Paula comienza a reaccionar. Abre los ojos y contempla agradecida a su fornido salvador. Sin despegar sus labios de los de él. Vuelve a cerrar los ojos y el beso continúa ante los ojos de Ángel que de nuevo, desesperadamente, grita el nombre de la chica de la que está enamorado.

¡Paula!

Esa misma noche, en otro punto de la ciudad.

La música está a todo volumen en la discoteca.

Katia acaba de terminar su actuación en una de las salas, la mayor de todas. Más de quinientas personas se han congregado para escuchar a la cantante más popular del momento en un concierto privado.

Pero hoy no ha sido su mejor día. No tiene la cabeza donde la debe de tener: en el escenario. Su mente está perdida en otra dirección.

La joven de pelo rosa, cóctel en mano, entra acompañada de un actor poco importante en uno de los salones vips del inmenso local. Una pareja común de ambos les ha presentado y les siguen detrás. Es el precio de la fama.

Durante gran parte de la noche, entre copas, mentira y piropos, el actor intenta seducir a la cantante. Sin embargo Katia rehúye a cualquiera aproximación y, bien entrada la madrugada, coge su Audi rosa y se marcha de la fiesta. En su nuevo y caro reloj, las agujas marcan las cuatro de la mañana. Ni un solo minuto ha dejado de pensar en Ángel.

Esa madrugada de marzo, en otro punto de la ciudad.

¡Será posible...! No hay forma de que pegue ojo. La cinco de la madrugada.

Está desesperado ¿Por qué está así de nervioso? Mario sabe la respuesta: Paula.

El lunes ella y él estudiarán juntos a solas. Lleva todo el sábado haciendo planes: qué se pondrá, qué le dirá, qué explicará...

Demasiada presión. Tanta que lleva dando vueltas en la cama cuatro o cinco

horas. Cuando cierra los ojos, inmediatamente su corazón se acelera incomprensiblemente, entonces, los vuelve abrir. Como platos.

No puede ser. Debe encontrar algo que lo haga dormir. ¿Contar ovejitas? Menuda estupidez.

Sin embargo, Mario cierra los ojos y lo intenta.

Nada que hacer, sí realmente aquello había sido una estupidez.

Esa misma madrugada de marzo, en el centro de la ciudad.

Las seis de la mañana. Ángel se despierta y se duerme cada media hora. Está siendo una noche horrible. Tiene un sentimiento de culpabilidad enorme. Puede perder a Paula por una cabezonería. Aunque ¿quién era el tipo que le cogió el teléfono?

Da igual quién fuera. Eso ahora es secundario. Quiere a Paula. La necesita.

Una vez más se levanta de la cama. El teléfono está en una mesita. Lo coge y lo vuelve a mirar. Qué estúpido ha sido. Suspira y lo suelta de nuevo.

Regrese a la cama, son las seis y cuarto de la mañana. Ni una manta ni una sabana está en su sitio. En aquel amasijo de ropa intenta recobrar el sueño.

Pero esta vez no por mucho tiempo ya que un ruido repentino e incesante asusta a Ángel, que de un tremendo salto sale de la cama. El ruido de su teléfono móvil, que a las seis y veinte asusta al silencio de la madrugada.

Capítulo 17



asi de día, ese domingo de marzo, en una parte de la ciudad.

Una mano balancea delicadamente el hombro de Paula, con tacto y cuidado para no sobresaltara. Sin embargo la chica no se despierta y duerme profundamente. El ritmo de su respiración es acompasado y constante. El segundo se produce con un poco más de vehemencia.

—Paula... ¡Paula!

Primeros resultados: la joven agita la cabeza y trata de apartar las manos inconscientemente, como quien intenta quitarse de encima una mosca.

—Paula, despierta. Paula...

Los susurros al oído, ya no son tan suaves, y el incesante vaivén de hombros, ahora ya más decididamente más fuerte, por fin consiguen que Paula abra los ojos. Despacio, muy despacio. El flexo de la mesita de noche encendido. Entre nubes y pestañas, consigue ver a su compañera de cama. Ojerosa, contempla cómo Diana asoma una sonrisilla maligna entre dientes.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

—Temprano, pero es hora de despertarse.

No pude jurarlo, pero tiene la impresión de que, mientras su amiga le habla, le acerca un objeto para que Paula lo agarre. ¿Es eso un teléfono móvil? ¿Su teléfono móvil? Tampoco está segura, pero ¿no estaba roto ayer por la noche antes de irse a dormir?

La sorpresa y la extraña felicidad en la cara de Diana logran que su proceso normalmente lento para despertarse avance más rápido de lo habitual.

—Toma, es para ti.

Paula duda, termina cogiéndolo. No sabe muy bien que hacer con él.

—¿Qué hago con esto?

—¡Responde, atontada! ¿Es posible que ya no sepas hablar por teléfono...? ¿Tan fuerte fue el golpe en la cabeza ayer?

La chica no entiende nada. No está tan despierta como para entender qué está pasando.

—¿Sí...?

—¿Paula?

Un escalofrío que va desde su abdomen hasta su cuello l recorre por dentro.

¡Es la voz de Ángel!

Desconcertada, mira a su amiga que, sonriente, le hace señas para que siga

hablando.

—¿Ángel?

—Hola, Paula.

Parece contento. Su voz suena serena, pero animada.

—¿Pero...? ¿Cómo...?

—Tranquila, Diana me ha contado todo.

—¿Diana?

La chica atraviesa con una mirada fulminante a su amiga, que no para de sonreír.

—Sí. Me ha dicho que por su culpa se te cayó el móvil al suelo y se abrió por la mitad cuando me ibas a llamar. Que lo intentasteis arreglar, qué incluso pusiste la tarjeta en sus teléfonos, pero fue imposible. Hasta que, por fin, hace un rato ella lo ha logrado arreglar después de mucho intentarlo.

Menuda sorpresa. Diana se ha pasado parte de la noche intentando arreglar el móvil... ¡Y lo ha conseguido! Paula cambia su mirada asesina por ojos llorosos y agradecidos. No sólo eso sino que además se ha autoinculpado de que no llamara.

—Es una gran chica... Lo que no entiendo es cómo sabía el código pin de mi teléfono —se pregunta la joven.

—Capulla... Porque estaba claro que era la fecha de tu cumpleaños —responde en voz baja.

—Paula... —interrumpe Ángel—, Paula, te tengo que pedir disculpas.

La joven calla. Quizá ella también deba hacerlo, por haber sido tan cabezota.

—Ángel, mira...

—Paula, déjame terminar. He sido un estúpido. Te debí haber llameo anoche y no lo hice. Te tenía que haber llamado hoy... y tampoco lo hice, después que me cogiera el teléfono aquel chico...

—Yo...

—Paula, perdóname. Necesito verte.

—¿Verme? ¿Cuándo?

—Ya.

Siente frío y calor a la vez. Vuelve a notar ese cosquilleo.

—Pero, Ángel, ahora... Si ni ha amanecido... ¿Cómo...?

—Sí ha amanecido: mira por la ventana.

¡Qué tontería! Se nota que está oscuro todavía. Paula se levanta y se dirige a la ventana para comprobar que no está loca. Descorre las cortinas. Efectivamente, aún es de noche. Sin embargo, casi se desmaya cuando un chico alto con una preciosa sonrisa la saluda con la mano mientras que con la otra sostiene un teléfono móvil.

—¡Estás aquí! —grita descontrolada.

Miriam y Cris, que aún estaban dormidas, se despiertan al oír la voz de su amiga.

—¡Sí, soy yo! Veo que no te has olvidado de mí... —responde jocoso Ángel.

—¡Qué tonto! ¿Cómo me voy a olvidar de ti?

Mientras Paula conversa por el móvil, sus dos amigas recién despiertas hacen continuos gestos queriendo saber qué está pasando. Diana se une a ellas y en voz baja les cuenta todo.

—Bueno, ¿bajas?

—Pero ¿cómo voy a bajar?

—Seguro que hay unas escaleras que te levantan a la planta baja.

—¡Qué gracioso te has levantado!, ¿no? —protesta la chica que, sin embargo, no puede evitar una sonrisilla nerviosa al final de la frase.

—Debe ser el sueño, apenas he dormido.

—¿No has dormido? ¿Y qué has hecho toda la noche?

—Pensar en ti.

Aquellas palabras derrotan a Paula.

Se pone más nerviosa, no sabe que decir. De pronto descubre que está en pijama. Uno de esos de ositos tan infantiles. Se le escapa un «ups» y corre las cortinas de nuevo para que Ángel no la vea.

—No te escondas. Si ya te he visto tu bonito pijama.

Paula enrojece. ¿Cómo la conoce tanto? Sigue sin saber que contestarle. Está en blanco.

Diana, junto a Miriam y Cris, que ya se han enterado de todo, la observan. Paula vuelve a apartar las cortinas y de nuevo se ven el uno al otro. Ambos sonríen.

—Así está mejor —comenta Ángel—. Bueno, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿No quieres bajar?

—Sí, claro, claro que quiero, pero...

Una zapatilla cruza la habitación e impacta en la espalda de Paula.

—¡Ay!

—¿Te ocurre algo?

—No es nada... Espera un momento, Ángel.

Paula gira y mira furiosa a las tres chicas que ríen.

—Ya os vale.

—Venga, mujer. ¿Quieres irte con él ya, por favor? —reclama Diana.

—Pero ¿cómo? Mis padres... —les dice a sus amigas, tapando el móvil con una mano para que Ángel no la oiga.

—¡Ve con él!

—Pero si me pillan...

—Déjate de tonterías y ve con el chico, que para algo ha venido hasta aquí.

Paula suspira. Sí, tiene razón las Sugus. Ángel ha ido hasta su caza sólo para verla. Quiere y tiene que ir con él. Con un poco de suerte, sus padres no se enteraron de

nada.

—Ángel.

—Dime, amor —contesta cariñosamente.

Amor. La ha llamado «amor». *Perdona se te llamo amor* un extraño *flash* atraviesa su mente: el libro, Álex... qué sentimiento más raro acaba de tener... Confusa, reacciona.

—Dame 10 minutos y estoy contigo.

—Aquí te espero —confirma, feliz, el joven.

—Un beso, te veo ahora.

—Otro beso.

Paula abandona la ventana y cuelga. Sus amigas rápidamente se arremolinan a su alrededor. Están como locas. No han perdido detalle de la conversación.

—¡Te fugas con el periodista! —grita emocionada Diana.

—Shhhh... No gritéis. Vais a despertar a mis padres y entonces se acabó la fuga. ¿Qué digo de fuga? No me fugo con nadie...

—Huida al amanecer. Sí que es romántico.

—No huyo Miriam. Sólo voy a bajar a verle. Es que... ¡estáis locas! —exclama en voz baja—. Dejadme, que tengo que vestirme.

Entre comentarios de las Sugus, Paula se viste y se peina a toda velocidad. Incluso tiene tiempo para pintarse un poco, con un toque de vainilla para concluir.

—¿Qué tal estoy? —les pregunta mordiéndose el labio a sus amigas, que las repasan de arriba abajo.

Se ha puesto una camiseta blanca con una rebeca rosa encima y unos ajustados vaqueros azules.

—Psss..., pasable. Insisto: no sé qué tienes tú que no tenga yo —responde Diana.

Las otras dos enseguida golpean a la chica, que se defiende como puede del ataque de sus amigas.

—No le hagas caso. Estás preciosa, como siempre —dice Miriam, que tiene tapada la boca de Diana con sus manos.

—No es verdad. Pero bueno, es lo que hay —comenta resignada.

La chica suspira y coge un pequeño bolsito rosa a juego con su ropa.

—No te olvides de meter ahí la caja de condo...

Miriam y Cris se lanzan encima de Diana otra vez. Las tres fingen una nueva pelea en la cama de Paula.

—Estáis locas. Me voy. Deseadme suerte. Y, sobre todo, no salgáis de la habitación hasta que yo llegue, que si os encontráis con mis padres sois capaces de cantar. Y si entran, haceos las dormidas. ¡Y luces apagadas!

—¡Vete ya! —gritan las Sugus casi al unísono.

Vuela una almohada y una zapatilla que Paula esquivo. Les saca la lengua y con

mucho cuidado abre la puerta de la habitación.

Un molesto chirrido la sobresalta. ¡Uf! De puntillas, por fin, sale de su cuarto, cerrando sigilosamente. Con mucha precaución llega hasta la escalera, que baja agarrando muy fuerte la barandilla y dando pasitos muy pequeños y controlados.

Siente escalofríos. Como la descubran..., ¿qué podría contar? ¿Iban a entender sus padres que fuera, a las tantas de la madrugada, hay un chico que conoció en Internet, más de cinco años mayor que ella, esperándola?

La respuesta sería clara: cadena perpetua en su cuarto hasta la emancipación.

Cuando llega al final de la escalera se siente aliviada. Parece que lo peor ha pasado. Incluso, más valiente, acelera el paso hasta la puerta de la salida de la casa. Está a un paso de la «fuga». Precaución al abrirla. Esta vez no hay ningún tipo de chirridos. Tampoco tiene problemas para encajarla. Misión cumplida.

Y ahí está él.

¿Corre hasta sus brazos? ¿Camina? ¿Espera a que él vaya hacia ella?

No le da tiempo de pensar más. Es Ángel el que, andando deprisa, se acerca hasta ella. Está muy guapo. Sonríe constantemente. El cosquilleo en el estomago de Paula es insoportable esos pocos segundos. Un nudo en la garganta casi le impide respirar. ¿Es eso la felicidad? ¿Deseo?

No la sabe, pero en cuanto tiene delante a su chico salta sobre él, como el viernes a la salida del instituto. Y le besa. Agarrada de su cuello la besa con pasión. Ángel le corresponde. Durante dos minutos sus labios no se separan. Finalmente Paula se deja caer y sus cuerpos se despegan.

—Vamos a dar un paseo —señala él.

—Sí, mejor no vaya a ser que mis padres me vean...

—Tus padres, no sé. Pero tus amigas...

El joven señala la ventana del dormitorio de Paula. Luego saluda con la mano. Allí Miriam, Diana y Cris les responden el saludo agotando sus manos como quien despide a un familiar que se aleja en barco.

A Paula no le satisface tanto el entusiasmo general y recrimina a sus amigas con gestos para que corran las cortinas y se acuesten.

—¡Qué chicas!

—Buenas chicas —puntualiza Ángel.

—Cuando quieren... Anda, vayámonos a algún lugar más tranquilo.

—Voy a donde me lleves. Tú conoces esto mejor que yo.

Piensa un momento. Un sitio... Sí, ya sabe dónde.

Aún es de noche en la ciudad. Pero la brisa fría anuncia el pronto amanecer. La pareja camina de la mano. Sueltan alguna broma que otra. Sonríen.

¿Por qué no me llamaste por la noche? Estuve esperándote y luego te llamé un montón de veces, pero estaba apagado suelta de repente Paula.

Ángel duda. Sabe que tiene que ser franco con ella. No quiere mentirle, pero sabe que no puede decirle la verdad completa. No debe contarle lo de Katia, su borrachera...

—Tuve que ir a una sesión fotos. Nos entretuvimos más de la cuenta y me quedé sin batería en el móvil. Tuve que esperar al día siguiente para llamarte.

—¡Ah!

¿Sólo eso? Paula se siente un poco culpable. Le ha dado demasiadas vueltas a la cabeza. Sólo era eso: no había podido llamarla. ¿Cómo podía ser tan cabezota?

—Lo siento.

—No pasa nada, Ángel.

Los dos continúan caminando, ahora en silencio. El cielo empieza a clarear.

—¿Re puedo preguntar quién era aquel chico que me cogió el teléfono?

Aquello sorprende a Paula. Ya lo había olvidado ¿Qué le cuenta sobre Álex? No puede decirle lo del libro, ni que casi terminan besándose. Ni que tiene una sonrosita preciosa.

—Un amigo. Me pidió que le ayudase con un... trabajo. Cuando llamaste, yo estaba en el baño de una cafetería. Y él lo cogió porque hacía mucho ruido y la gente lo miraba.

—¡Ah!

Ángel se siente mal. Había sentido celos, algo impropio de él. Pero ¿Por qué? Confiaba en ella. Él no es así. ¿Qué le había sucedido?

D nuevo el silencio entre ambos. Sin embargo, sus manos se aprietan con fuerza.

Paula y Ángel llegan hasta una escalinata que conduce a una especie de parque. Parece interminable.

—Llegamos. Tenemos que subir hasta arriba.

El joven alza la vista y resopla.

—Si es lo que quieres... Aunque no sé si estás en forma.

—Más que tú.

La chica, herida en su orgullo, se pone delante e inicia la ascensión. Ángel no tarda en alcanzarla y, juntos, de la mano, suben peldaño a peldaño aquella infinita escalera de piedra.

El frío es más intenso. El calor entre ellos también.

—¡Y cien! —señala ella saltando sobre el último escalón.

—¿Cien? Yo he contado noventa y nueve.

—Son cien, he subido esta escalinata un montón de veces.

—Son noventa y nueve.

—Son ci...

Pero antes de que Paula consiga decir nada, Ángel deposita sus labios en los de ella. La chica intenta resistirse, pero termina rindiéndose al beso. Cierra los ojos y

poco a poco se va dejando llevar. Ambos caen en el último escalón mientras el sol comienza a salir en la ciudad dándole luz al amor y pasión.

Capítulo 18



sa mañana de marzo, en un sitio alejado de la ciudad.

Vivir lejos del centro de la ciudad tiene inconvenientes: debes desplazarte para compra cualquier cosa, no tienes nada a mano y a veces te sientes aislado del mundo. Pero también se cuenta con muchas ventajas. Una de ellas es que el aire es más puro; otra, que no hay aglomeraciones de gente, y otra es que un domingo por la mañana puedes salir a hacer *footing* sin tener que preocuparte de coches, semáforos o borrachos que regresan de la resaca de la noche anterior.

Hace pocos minutos que ha amanecido. El sol vuelve a brillar un día más en aquel mes de marzo. El invierno parece que terminó hace siglos. Los árboles se despiertan húmedos y brillantes del rocío caído y agitados por una leve corriente de aire frío. Pero a ella no la detiene una simple brisilla matinal.

Irene abre la puerta de la casa, después de atarse con fuerza los sordones de sus Nike rosas, y comienza a correr. Lleva unas mayas negras muy ajustadas y una sudadera blanca con capucha, bajo la cual esconde una camiseta sin mangas, también negra, de la misma marca que el calzado.

La música de su MP3, oculto en uno de sus bolsillos, la acompaña, aunque hubiera preferido otra compañía.

Así que Paula...

Unos minutos antes.

¡Qué bien he dormido! No sabe si por la cama, por el cansancio del viaje o por saber que a pocos metros está su hermanastro, que incluso tal vez, con menos ropa que ella. Aunque ese detalle también le provoca otro tipo de sensación.

Nunca lo ha confesado, ni siquiera a sus mejores amigas, pero Irene piensa que Álex es el chico de su vida. Los caprichos del destino le han dado la oportunidad de conocerlo muy bien de cerca, de vivir con él mucho tiempo, a pesar de las condiciones poco adecuadas. ¡Hermanastros! En cierta manera, un lío con Álex es algo parecido a cometer incesto. Muchos lo considerarían como tal. Pero por otra parte no son de la misma sangre, y ella hace tiempo que abandonó cualquier complejo y prejuicio por ese «pequeño» detalle.

Este curso, esa visita temporal de tres meses, es justo lo que necesitaba: tiene tres meses para seducir a su hermanastro.

Semidesnuda, se mira en el espejo que hay en la habitación que va a ser la suya en

las próximas semanas. Sí, sin duda armas tiene.

Echará de menos el gimnasio, pero va a vivir en un sitio ideal para hacer deporte al aire libre. Nada mejor que proponerse ponerse a correr todas las mañanas antes de ponerse a funcionar. ¿Empieza hoy? Por supuesto. Está descansada, pletórica. Los domingos son perfectos para empezar algo. Todo el mundo habla de iniciar nuevas experiencias el lunes, con el comienzo de la semana. Ella no. Ganarles un día a los demás, a los que dudan, y dudan y no terminan nunca de hacer las cosas, le hace sentirse fuerte, distinta. En realidad, el curso de liderazgo que va a tomar debería darlo ella.

¿Querría Álex correr con ella? Probablemente no. No, seguro, pero por preguntar no pierde nada. Ataviada sólo con las mayas negras ajustadas y un sujetador deportivo camina hasta el cuarto de su hermanastro. Con sigilo abre la puerta y entra en la habitación.

No está del todo oscuro ya que una leve luz entra por la ventana. Ve lo suficiente para contemplar la espalda desnuda de Álex, que duerme boca abajo. La ropa de la cama del chico sólo le tapa hasta la cintura. Está más musculoso que la última vez que lo vio sin ropa. Más perfecto si cabe aún.

Y es que, ¿qué chica se podría resistirse a vivir bajo el mismo techo que Álex sin colarse por él?

¿Tendrá novia? No parece, pero le da igual. Confía en ella misma. Tres meses.

Álex se gira y se coloca de lado. Irene avanza hasta la cama y despacio se tumba en el espacio que Álex ha dejado libre. Tiene la espalda y la nuca de su hermanastro a pocos centímetros. Siente la tentación de abrazarlo, pero lo que hace es soplar en su cuello. El joven se estremece y se da la vuelta. Aún duerme.

Ahora los ojos cerrados de Álex están enfrente de los de Irene. Sus bocas muy cerca, tanto como sus cuerpos. La joven acerca aún más sus labios a los de él. Y sopla. Levanta, dulce.

Álex vuelve a estremecerse, pero esta vez sí se despierta. Tiene delante una chica, cerca, muy cerca. Y enseguida, enlaza sus sueños de esa noche con la realidad.

—Paula... —murmura.

—¿Paula? ¿Quién es Paula?

No es la voz de Paula. ¿Quién...?

—¡Irene! —grita, mientras se aleja de su hermanastro—. ¿Qué haces en mi cama?

—Dormir contigo —bromea la chica.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Un par de... minutos.

La chica salé de la cama. A pesar de que la luz es escasa, Álex puede ver el cuerpo

modelado de su hermanastra, apenas cubierto en su busto y vestido con aquellas mayas ceñidas.

—¿Qué..., qué quieres? —tartamudea sorprendido.

—Voy a correr un rato. ¿Te vienes?

Una sonrisa invade el rostro de la joven, satisfecha por la impresión causada.

—¿A correr?

—Sí. Voy a aprovechar este magnífico lugar para correr por las mañanas para conservar la figura. ¿O es que crees que esto se mantiene solo? —dice, pasando su mano por el abdomen y muslos.

—No, no voy. Es domingo y muy temprano. Es lo que menos me apetece.

—Muy bien, como quieras. Hasta luego hermanito.

Y sale de la habitación sonriendo, convencida de sus posibilidades.

Minutos después.

El sol cada vez hace más notoria su presencia. Será un día caluroso, dentro de lo que cabe en el mes de marzo.

Mientras corre, Irene piensa. «Paula», ése es el nombre de su rival.

Se pregunta cómo será. ¿Guapa? Sí, seguro que Álex no se había fijado en cualquiera. Pero le da lo mismo cómo sea. Tiene un objetivo claro, y no hay chica que pueda cruzar en su camino.

Motivada por su poder mental, acelera el paso. En su MP3 suena *Ilusionas mi corazón*, de esa cantante de pelo rosa que está de moda.

Capítulo 19



sa misma mañana de marzo, en algún lugar de la ciudad.

¿Es posible que tomar chocolate con churros se convierta en un encuentro romántico? Sí, al menos para Paula y Ángel.

Sentados frente a una cafetería sentados uno enfrente del otro, la pareja desayuna con la música de la radio de fondo. Suena *Volveré junto a ti* de Laura Pausini. Después de mil arrumacos, achuchones y besos en el parque de los cien escalones, están hambrientos.

—Vamos a jugar una cosa —dice la chica, muy feliz después de la reconciliación.

—¿Quieres jugar más? ¿Aquí, delante de todos? —bromea Ángel.

—No seas tonto. Ya has tenido tu ración por hoy, por lo menos por esta mañana.

—¡Qué dura eres...! —protesta—. ¿A qué quieres jugar?

Paula sonrío. Sólo de imaginar lo que le va a proponer hace que le dé la risa por dentro, pero debe contenerse.

—Tú, de pequeño, ¿no hiciste nunca una fiesta e chocolate con churros?

El joven responde tras pensar en ello unos momentos:

—No, no recuerdo nada parecido.

—Te estás haciendo mayor, cariño. Ni siquiera recuerdas tu infancia.

—Que no, ya te digo que no me suena eso del chocolate con churros en una fiesta —señala, fingiendo que se indigna.

—Vale. Te lo explico: consiste en que con los ojos vendados uno le dé al otro de comer. Mojas el churro en el chocolate y me lo das. Y, luego, yo a ti.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No, no. Es en serio, te lo juro.

Paula cruza los dedos corazón e índice de su mano derecha y los besa.

—¿Me estás diciendo que nos vamos a vendar los ojos y nos vamos a dar de comer los churros mojados de chocolate, aquí, delante de todo el mundo?

—Sí, eso es.

La sonrisa de Paula le ocupa toda la cara. Ángel no sabe si su chica está hablando en broma o lo dice de verdad. Sí, parece que va en serio.

—Estás loca...

—¿No te atreves? —pregunta desafiante.

—Pues...

—¡Cobarde!

El joven periodista comienza a tomarse aquella afrenta como algo personal. ¿Que

no se atreve?

—Vale, acepto. Juguemos.

—¡Muy bien! ¡Valiente! ¡Así me gusta! —exclama la muchacha, aplaudiendo.

—¿Y quién gana?

—El que se manche menos la cara.

Ángel no tiene muy claras las reglas del juego, pero no puede consentir que Paula piense que es un cobarde.

—Bien, pero ¿con qué nos vendamos?

—Espera.

Paula se levanta y se dirige a la barra de la cafetería. Dialoga con un camarero y, pocos instantes después, este vuelve con cuatro servilletas de tela. Luego regresa a la mesa, sin poder parar de sonreír.

—Toma, dos para ti y dos para mí. Una para que te la pongas en los ojos y la otra para que te cubras y no te manches la ropa.

El chico coge las dos servilletas que Paula le da. Mira hacia un lado y otro: sólo hay un par de ancianos y una pareja en toda la cafetería. Pero ¡qué vergüenza...! Aunque él no se va a echar para atrás.

—Venga, juguemos.

—Vale, pero sin trampas, ¿eh? No vale mirar, que te conozco, periodista.

¿Cómo puede decirle eso? Él jamás hace trampas.

—¡Por supuesto que sin trampas! ¡¿Por quién me tomas?!

Paula suelta una pequeña carcajada sabiendo que ha herido el orgullo de su chico a propósito. A continuación coge una de las servilletas y se la anuda en el cuello de la camisa para no manchársela. Ángel la imita. Acto seguido se tapa los ojos con la otra servilleta, atándose la por detrás de la cabeza.

—Comprueba que no veo nada —le dice a Ángel.

El chico la obedece y hace varios gestos delante de ella para asegurarse. Afectivamente, parece que no ve nada.

—Muy bien. Ahora yo.

—Vale. Como comprenderás, yo no podré comprobar si me haces trampa o no. Pero confío en ti cariño.

Ángel resopla y, tras observar que nadie le mira, se pone la servilleta en los ojos en forma de venda.

—Ya está no veo nada.

Y es cierto. No ve absolutamente nada. No le gusta ganar haciendo trampas.

—Perfecto. Confío en ti, ¿eh? —dice la chica, que en esos momentos, lentamente, se quita la servilleta de los ojos—. Empiezas tú.

Paula apenas puede contener una enorme carcajada al ver que al pobre Ángel muy serio, buscando el churro para mojarlo en el chocolate. Sin embargo logra reprimirse

para continuar con el juego.

El chico por fin atrapa el churro. Lo moja en la taza y, con torpeza, busca la boca de ella.

—Vamos, cariño, estoy preparada. ¿A qué esperas?

Ángel se inclina hacia delante con el brazo estirado. Las gotas de chocolate caen sobre la mesa. Paula esquiva el churro. El chico lo intenta por la derecha, ella mueve su cara hacia la izquierda y repite la maniobra cuando él se aproxima por el lado contrario.

—Pero ¿dónde estás? —pregunta, desesperado, después de varios intentos fallidos.

—¡Pues aquí! ¿Dónde voy a estar? ¡Qué mala puntería tienes, cariño!

La chica no puede evitar ahora la carcajada ante el malestar de ángel, que sigue insistiendo. Benevolente, por fin, Paula se deja rozar con el churro empapado de chocolate y le permite que le manche un poco la cara.

Su chico sonrío, pero ella no le deja mucho margen y muerde el churro.

—¡Bien! —grita mientras lo mastica—. ¡Por fin has encontrado mi boca!

—Uff, parecía que habías desaparecido... Pero creo que no te he manchado mucho ¿no?

—Luego lo vemos, ahora me toca a mí.

Paula se tiene que poner las dos manos en la cara para soportar la risa. Apenas puede respirar. Ángel, enfrente, abre la boca esperando que la chica le dé su desayuno. Ésta empapa un churro todo lo que puede y lo dirige al rostro de Ángel.

El primer impacto es en la frente del joven.

—Pero ¿qué haces? ¡Mi boca está más abajo! —exclama Ángel.

—Perdona, cariño. ¿Más abajo?

La chica vuelve a mojar el churro, y tras pasarlo por los labios de Ángel evitando que este llegue a morderlo, extiende todo el chocolate por su barbilla y pómulos.

—¡Paula! ¡Me estás poniendo perdido!

Ángel no sabía si reír o llorar. Tiene la cara cubierta completamente de chocolate.

—¡Perdona! ¡Si es que no lo coges!

—¿Cómo que no?

—Venga, otra vez.

La pareja que se encuentra en la cafetería los mira divertidos. Estos enamorados...

Paula moja por tercera vez el churro y esta vez sí se lo coloca justo delante de la boca de Ángel, inclinándose sobre él.

—¡Muerde!

Ángel le hace caso y da un mordisco a su presa.

—¡Muy bien, cariño! —vitorrea Paula, que definitivamente no puede para de reír.

A continuación, le quita la venda a Ángel, que se encuentra a su chica justo delante

sin los ojos tapados.

—Pero tú... ¡me has hecho trampas!

—Sí. Pero... ¡tú te llevas el premio!

La joven acerca su rostro al de él y lo besa en los labios. Beso de chocolate.

Ángel no protesta y responde el beso de la chica.

Dulce desayuno.

Segundos más tarde, Paula coge su silla y se sienta a su lado. Con la servilleta que no se ha manchado, limpia la cara de Ángel mientras no puede parar de reír ante las quejas de éste.

—Eres una tramposa. Ni voy a lugar contigo a nada más.

—Ya lo veremos.

Bromistas y alegres, pelean con la servilleta.

En la radio en esos momentos, comienza una canción muy conocida para los dos.

—¡Escucha! ¡Es el tema de Katia! ¡Me encanta esta canción!

—Es cierto, no la había reconocido —miente Ángel algo más serio.

—¡Qué bonita es!

—Sí, no está mal.

La joven continúa arreglando el desaguisado que ha hecho en el rostro de Ángel.

—¿La has vuelto a ver?

La pregunta coge desprevenido a Ángel.

—¿A quién?

—Pues a quién va a ser, a Katia.

Ángel duda que contestar. No puede contarle nada. Además, si antes no lo hizo..., ahora sería mucho peor.

—No, no la he vuelto a ver.

—¡Ah, qué pena! Bueno, si la vuelves a ver, pídele un autógrafo para mí.

Ángel traga saliva.

—¿Tanto te gusta?

—Muchísimo, y además... me recuerda a ti.

¡Uff, Lo que le faltaba oír! Se siente muy culpable.

—Bueno, veremos que...

Pero Paula interrumpe a su chico, alarmada al darse cuenta de la hora que es.

—¡Dios, es tardísimo! Mis padres tienen que estar a punto de despertarse. ¡Corramos!

Pero justo en ese momento, en otro lugar, en la habitación de Paula, donde Cris, Miriam y Diana cuchichean sobre qué estará haciendo la pareja, la puerta se abre lentamente.

Esa mañana de marzo, en un lugar apartado de la ciudad.

El silencio de la cafetería quiebra el silencio que reina en la cocina. El café está subiendo. Apaga el fuego y deja que termine de hacerse. Cuando el silbido cesa, lo sirve en una taza con una gota de leche.

Y es que no ha podido seguir durmiendo.

Álex lleva despierto desde que su hermanastra entró en la habitación. ¡Qué idea! ¿A quién se le ocurre levantarse un domingo tan temprano para irse a correr...? Pero así es Irene: siempre impredecible.

Aquella chica le pone nervioso, en todos los sentidos. Tienen que reconocerlo: físicamente, siempre había sido muy atractiva, provocadora. Pero ahora tiene un toque seductor, inquietante. Y es mucho más mujer que la última vez que lo vio, sin abandonar aquel carácter infantil que a veces secaba a la luz.

La tentación en casa.

Pero no: es su hermanastra y eso nunca cambiará. No tienen la misma sangre, pero si son familia. Y eso imposibilita cualquier tipo de relación entre ellos. Además está Paula.

Paula...

¿Qué estará haciendo ahora? No lo recuerda bien, pero cree que ha soñado con ella.

Se muere por verla de nuevo... ayer fue uno de esos días mágicos por lo que merece la pena arriesgar. Se alegra de haberle pedido ayuda. *Perdona si te llamo amor* casi une sus labios. ¿Qué hubiese pasado si la hubiera besado?

Inmerso en sus pensamientos, Álex coge la taza de café y se sienta delante de su ordenador portátil. Ya que se encuentra solo y despierto, debe aprovechar.

Antes de adentrarse en *Tras la pared*, examina su correo electrónico. Encuentra un e-mail de esos encadenados: «Envía este mensaje a diez contactos y el amor llamará a tu puerta el día de hoy» odia este tipo de correos pero, esta vez, selecciona a diez personas al azar y lo reenvía. ¿Por qué lo ha hecho?

No le da importancia y sigue comprobando los *e-mails*. Publicidad, más publicidad y nada más. No hay rastro de personas que hayan encontrado el cuadernillo, exceptuando el correo del día anterior mandado por María.

«Es pronto. Y domingo. La gente duerme», se convence a sí mismo.

No quiere impacientarse con este tema. Realmente no sabe cuál será el resultado del experimento, pero una ligera decepción le embarga al no recibir nuevas noticias.

Cierra su cuenta y abre el archivo que contiene la novela.

Piensa unos minutos. Tiene que describir a Nadia, la chica protagonista con la que Julian se obsesionará. Cierra los ojos y se la imagina. Sí, ya la tiene. Escribe:

Tendría entre catorce y quince años, aunque trataba de parecer algo mayor. El pelo liso le caía por los hombros en una cascada rubia interminable, adornada con una fina trencita azul. Sus grandes ojos verdes, pintados con un gusto exquisito, transmitían la mágica unión de la inocencia y la sensualidad. Los labios carnosos, dibujados de rosa, estaban ligeramente abiertos a la hora de caminar. Su ropa invitaba a imaginar más allá: una camiseta ajustada y con ligero escote no pretendía ocultar las formas redondeadas y exuberantes que contenía debajo; unos shorts minúsculos dejaban paso a unas piernas larguísimas, eternas. Era un ángel que desfilaba, más que caminar, más hacía mí. Sostuve la puerta para que aquella niña, con doctorado de mujer, pasara. El flechazo fue inmediato cuando un irresistible olor a vainilla me impregnó a su paso.

Lee una y otra vez lo escrito. No ha podido evitar el detalle de la vainilla, el mismo olor del perfume de Paula... Enseguida, le viene a la cabeza el correo encadenado que ha recibido: «Envía este mensaje a diez personas y el amor llamará a tu puerta durante el día de hoy».

Si fuera verdad...

En ese momento, el timbre de la puerta de la entrada suena. Pero... ¿quién? El amor llamará a la puerta...

Álex no puede evitar una sonrisa. Caprichoso destino.

Cierra su portátil y camina tranquilamente hacia la entrada. Siempre tan impredecible...

—O no cierras o te llevas las llaves, Irene —dice, sin siquiera comprobar que es su hermanastra la que ha llamado, mientras abre la puerta.

Y la ve.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Álex, similar al que sintió por la noche cuando la chica se echó encima para tratar de alcanzar el ratón del ordenador.

Se ha quitado la sudadera, que lleva atada a la cintura, la camiseta negra sin mangas se ajusta perfectamente a su sensual cuerpo. Su frente brilla del sudor de la carrera. También su cuello resplandece.

—Perdona, hermanito, ni me di cuenta. ¿Seguías durmiendo? —Irene entra en la casa, rozando con su cuerpo el de Álex al pasar.

—No..., no. Estaba tomando café.

—¡Ah, qué bien! Justo lo que necesito. ¿Queda para mí?

—Sí. Hace poco que lo hice. Incluso puede que todavía esté caliente.

—Perfecto. ¿Lo tomas conmigo?

El joven no encuentra motivos para negarse y acompaña a su hermanastra hasta la cocina. Él mismo se encarga de servirle.

—¿Cómo lo quieres?

—Con mucha leche, por favor.

Irene ha dejado la sudadera encima de la silla y con un pañuelo de papel seca su frente. Cuando Álex se acerca con su café, pasa lentamente el pañuelo por su cuello, desde la barbilla al escote.

—¿Está bien así?

La chica se inclina para mirar el interior de la taza, mientras deja el clínex a un lado.

—Sí, perfecto —señala con una gran sonrisa—. Álex, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Sí, pero rápido, que tengo cosas que hacer —contesta, mostrándose lo más distante posible.

—¿Tienes novia?

—No.

A pesar de su sorpresa, el chico contesta con frialdad.

—Y esa Paula, ¿quién es? Soñabas con ella cuando te desperté...

Si la primera pregunta cogió desprevenido a Álex, la segunda lo supera. Sin embargo trata de reaccionar de la misma manera.


—No recuerdo lo que estaba soñando. Y tengo dos o tres amigas que se llaman así.

—Ah, muy bien. Es un nombre muy bonito y muy común.

—Sí, es bonito —responde simulando indiferencia—. Y ahora, si me perdonas, voy a subir a seguir con lo que estaba haciendo.

El joven abandona la cocina ante la mirada atenta de su hermanastra, que no le pierde de vista hasta que desaparece. Y sí, los ojos de Álex lo han delatado: esa Paula es su rival.

Capítulo 20

 **E**sa mañana de domingo de marzo.

Un rayo de sol entra por la ventana de la habitación de Paula. Miriam se asoma buscando desesperadamente la llegada de su amiga. Si no se da prisa, seguro que la van a descubrir.

—Pero ¿dónde se ha metido esa niña? —pregunta la mayor de las chicas, que vuelve a correr las cortinas y a tumbarse en su saco de dormir.

—Menudas preguntas haces... Como si no fuera obvio —contesta Diana, que está sentada en la cama sobre sus piernas—. Y no es tan niña: tiene una edad en la que...

—Siempre estás con lo mismo.

—Pues porque algún día tiene que ser su primera vez. Todas hemos pasado por eso.

—Ya lo hará cuando quiera hacerlo.

—No es una cría ya —insiste Diana.

—Hablas como si tú fueras mucho mayor que ella.

—Y lo soy.

—Un mes —puntualiza Miriam.

—Suficiente.

Miriam resopla. No tiene ganas de meterse en una batalla dialéctica con Diana. Está preocupada por Paula.

—¿De verdad creéis que ella y el periodista estarán...? —insinúa Cris, que es ahora la que mira por la ventana.

—No —asegura rotunda Miriam.

—¿Y por qué no? Lo mejor de las peleas son las reconciliaciones. Y ya sabemos todas lo que implican —explica Diana. A ti no te hace falta reconciliarte con alguien para acostarte con él.

—¿Qué insinúas? ¿Qué yo me tiro al primero que pasa por mi lado?

—¿O al segundo? —añade Miriam.

—Serás... ¡Ah! A ti lo que te pasa es que te has picado conmigo.

—No me he picado contigo.

—Sí te has picado...

—¡Chicas! ¡Vale ya! —interviene Cris, que ve que aquella conversación se calienta por momentos—. No os peleéis. Como nos oigan los padres de Paula...

Miriam y Diana se miran. Cristina tiene razón.

—Perdona, no quería pasarme —se disculpa Miriam.

—No te preocupes. Yo también he estado muy borde —responde Diana.

—¡Así me gusta, Sugus! —exclama Cris, que se sienta en la cama y les estampa dos besos en las mejillas.

En ese momento, el pomo de la puerta de la habitación gira lentamente.

Sólo Miriam se da cuenta.

—¡Viene alguien! ¡Haceos las dormidas! —ordena en voz baja.

La puerta se abre muy despacio, mientras las tres chicas rápidamente tratan de disimular que duermen, Cris y Diana en la cama y Miriam en uno de los sacos de dormir.

Alguien entra sigilosamente en el dormitorio. Camina prudente hacia la cama, hasta el lado en el que Paula suele dormir y que ahora ocupa Diana.

—Paula, ¿estás despierta? —pregunta con dulzura y sin alzar la voz.

—¡Nooo! —Grita Diana, dando un brinco.

Erica se lleva un gran susto y también grita. La pequeña tropieza y cae sobre el saco de dormir en el que está Miriam. Ésta la abraza con fuerza al ver a la niña sollozando.

—Pero Diana, ¿por qué la asustas?

—Si no ha sido nada, ¿verdad, enana?

La chica a larga la su brazo para acariciar a la pequeña, quién sin embargo, y con lágrimas en los ojos, lo aparta de un manotazo.

—¡Déjame, idiota!

—Vaya, menudo carácter tiene está canija...

—Es que ya te vale el susto que le has dado a la pobrecilla —interviene Cris, que baja al saco de dormir en el que la niña continúa abrazada a Miriam.

Erica se va calmando, aunque aún jadea agitada del sobresalto, y con la mirada busca a su hermana.

—¿Y Paula?

Las tres Sugus se miraron entre ellas.

—Ahora viene. Ha ido a... —comienza diciendo Miriam, que se bloquea a mitad de la frase.

—Al baño. Ha ido al baño —continúa Cris.

—En el baño no estaba —afirma Erica, muy segura.

—¿No? Pues habrá bajado a por un vaso de leche. Ahora subirá.

La niña no parece muy convencida de las explicaciones de esas chicas. Sobre todo no se fía de aquella tonta que la ha asustado, a la que mira con odio y le saca la lengua. Diana le responde con el mismo gesto, pero más prolongado.

—Pues voy a ver si le veo abajo...

—No, quédate con nosotras. ¿Quieres que te contemos un cuento? —le pregunta Miriam, que no sabía lo que hacer para distraerla.

Erica se lo piensa y acepta.

Entre las tres Sugus cuentan a la pequeña una historia improvisada de una princesa rubia de pelo largo y de un príncipe muy guapo que la rescata de un temible dragón. Y cuando la historia está a punto de llegar a su fin, la puerta del cuarto vuelve abrirse.

Jadeante, Paula entra a su habitación sin ni siquiera darse cuenta de que su hermana está allí.

—Perdonad que haya tardado tanto ¿Alguna novedad?

Entonces es cuando la recién llegada observa que la pequeña está en medio de sus amigas. Erica mira a su hermana sorprendida y piensa que tiene mucha cara porque, en vez de ir por un vaso de leche, ha tomado chocolate. ¿O de qué, si no, puede ser aquella mancha marrón en la camisa blanca?

Esa misma mañana, en otro lugar de la ciudad.

Después de acompañar a Paula a su casa, Ángel toma un taxi que lo lleva a la redacción de la revista. El sábado con todo el asunto del teléfono y la resaca, no hizo nada y no quería que todo el trabajo se le acumulase para la mañana del lunes. No hay nada peor que comenzar la semana con un montón de cosas que hacer.

La radio del coche se oye muy baja, pero el chico puede distinguir el tema *She's so high*, de Blur.

Durante el trayecto el joven periodista sonríe al recordar el episodio de los churros. ¡Qué imaginación tiene esa chica! Su chica. A nadie más que ella se le podía haber ocurrido aquel juego en medio de una cafetería. Aún cree saborear en sus labios los besos de chocolate. Y los de antes, en el parque de los cien escalones. Dulces labios. Dulces besos.

Ángel se recuesta sobre el asiento trasero del taxi con los dos brazos abiertos apoyados en la tapicería. Experimenta una sensación placentera de tranquilidad, la misma que había extraviado el día anterior. ¡Y pensar que por su imprudencia y cabezonería podía a ver perdido a aquella maravillosa jovencita...! No volverá a pasar. Se lo promete una y otra vez a sí mismo.

La canción de Blur termina. El presentador anuncia alguna noticia que Ángel no consigue escuchar. Continuación, presenta el próximo tema.

Pese a que casi es inaudible, el chico reconoce enseguida la melodía. No puede ser, parece que le persigue... Suena la dulce voz de Katia cantando *Ilusiones mi corazón*. Hace rato, mientras desayunaba con Paula, también sonó en la cafetería. Además, a ella le encanta. ¿Dónde está la cámara oculta?

Por si no fuera bastante, el taxista sube el volumen de la radio y comienza a tararear el pegadizo estribillo.

*«Ilusionas mi corazón.
Nunca pensé que pudiera amar
como te amo a ti, mi amor,
como te quiero a ti, jamás.
Y en esta historia de dos,
que no tiene escrito el final,
tú eres mi cielo, mi sol,
tú eres mi luna, mi mar».*

La tranquilidad desaparece. Los recuerdos del viernes por la noche regresan. El remordimiento. Había pasado la noche en casa de la chica del pelo de color rosa, haciendo quién sabe qué. Katia la había asegurado que no había pasado nada entre ellos, y eso era un consuelo. Pero se siente avergonzado por su actitud, por emborracharse hasta el punto de no recordar nada de lo sucedido. Y por mentir a Paula.

Ésa era la peor parte de todas. No le gusta no decir la verdad, pero en este caso es necesario. Pero ¿y si Paula algún día se entera de todo? ¿Cómo le explica que pasó la noche en casa de otra chica? Sin duda, ella no creería que solamente estuvo durmiendo. No. Y todavía menos después de mentirle.

Si algún día la verdad saliese a la luz, sería el fin de la relación con Paula. Afortunadamente, sólo él y Katia saben lo que pasó. Él no va a decir nada, ¿y Katia?

La canción continua sonando en el aparato de radio. Al taxista, un hombre con poco pelo de unos cuarenta años, parece entusiasmarle, porque se sabe toda la letra del tema.

Ángel no termina de fiarse de Katia. Es cierto que, cuando está cerca de ella, siente una especie de atracción. Hay química. No es como con Paula, pero la cantante le gusta de alguna manera. Sin embargo, lo mejor es que se mantenga alejado de ella. Sí, es la opción más adecuada. Cuando vuelvan a hablar le pedirá el favor que entienda su postura. Que tiene novia y que se siguen viéndose pueden cometer un error. Ése que casi sucede el viernes por la noche. ¿Cómo se lo tomará ella?

El presentador del programa interrumpe la canción antes de que ésta finalice, hablando por encima del último estribillo:

«Esto fue *Ilusionas mi corazón*, el hit del momento. Esperamos que Katia se

reponga cuanto antes de su accidente y pronto la tengamos presentando el segundo single de su disco».

Ángel no puede creer lo que acaba de oír. ¿Un accidente? ¿Cuándo?

—Pobre chica —murmura el taxista.

—¿Qué es lo que ha pasado? —pregunta el periodista, alarmado, haciendo asomar su cabeza por el hueco entre los asientos delanteros.

—No han dicho mucho, pero al parecer esta noche, después de salir de una fiesta, ha tenido un accidente de tráfico.

¡Un accidente de tráfico! La imagen de Katia arrolla todos los pensamientos de Ángel: en el momento en que la vio por primera vez en la redacción de la revista, la sesión de fotos, el beso...

—¿Y es grave? ¿Han dicho en qué hospital está?

—Sí, no está lejos de aquí.

—¿Puede llevarme hasta allí, por favor?

El taxista asiente. Gira hacia la derecha y pone rumbo al hospital en el que la cantante más escuchada del momento ha sido ingresada durante la madrugada.

Capítulo 21



sa mañana de marzo, en algún lugar de la ciudad.

—Bueno, pero además de tantos besitos y abracitos, ¿ha habido...?

Diana escucha atentamente a Paula que, sentada en la cama, cuenta a sus amigas su desayuno con Ángel, después de que la pequeña Erica saliera de la habitación.

—No, no ha habido sexo.

—El chico estará desesperado ya —insiste Diana.

—Déjala, no la presiones. Si se conocen desde hace tres días... —protestó Miriam.

—Tres días, más dos meses de ordenador. ¿Crees que el chaval durante ese tiempo no era humano?

—Si la quiere..., esperará lo que sea necesario.

—Venga, Miriam, no me fastidies. Ningún tío espera lo que sea necesario.

—No sé que clase de tíos conoces tú...

—¿Ya estáis otra vez? ¡Qué mañana me estáis dando! —interviene por fin Cris—. No os peléis más. Además, aquí la que decide es ella. ¿Tú que piensas, Paula?

Las tres Sugus observan fijamente a su amiga, que duda por un instante lo que decir.

—Pues... Sí, tengo ganas. Creo que Ángel es el chico adecuado. Pero, por otro lado..., quiero que sea especial.

—¡En tu cumpleaños! —dice Diana.

—¿Qué pasa en mi cumpleaños?

—Pues que es un día perfecto para estrenarte.

Las cuatro guardan silencio hasta que Miriam vuelve a hablar:

—Ya sabes lo que pienso de esto. Que eres tú la que tiene que decidir cuándo estarás preparada. Pero si tienes ganas de hacerlo..., puede ser una buena ocasión.

—¡Aleluya! Una cosa en la que Miriam me da la razón...

—No te doy la razón.

—¿No? ¿Y qué has hecho?

—Otra vez. ¡Vaya dos...! —ríe Cristina.

El resto de Sugus también ríe.

—No sé, chicas. ¿Y como se lo propongo? ¿Qué le digo?

—Pues el sábado, después de la fiesta de tu cumpleaños... —empieza a decir Diana, que de repente te queda callada.

—¡Ah! ¿Voy a tener fiesta de cumpleaños?

—Bocazas —murmura Miriam, tapándose los ojos con las palmas de las manos.

—Teníamos que haberla planeado sin contar contigo, Diana —señala riendo Cristina.

—¡Vale, vale! Me he colado, lo siento, se me ha escapado.

—No te preocupes, me hubiera enterado igual. Sois incapaces de guardar un secreto así —indicó Paula—. Sigue, ¿qué decías de después de la fiesta?

Diana suspira, no muy aliviada tras su metedura de pata.

—Pues, que, después de la fiesta, os vais a un hotelito..., y allí... Bueno, eso ya sabrás tú. No necesitas detalles, ¿no?

—¿Y creéis que él querrá?

Las tres Sugus no pueden evitar una carcajada ante la atónita expresión de Paula.

—¿Qué si querrá? ¿Estás de broma, no? —apunta Cris.

—No habrás terminado de decirle lo del hotel cuando tendrá la llave de la habitación en sus manos.

—¡Qué exageradas! —exclama Paula tras las últimas palabras de Diana.

—Ya lo comprobarás.

—Sigo sin verlo claro. El hotel cuesta dinero y estoy sin un euro. Luego están mis padres...

—Teníamos otra cosa que regalarte, pero del hotel nos podríamos encargar nosotras, ¿verdad, chicas? —dice Miriam—. Será nuestro regalo de cumpleaños.

Las otras Sugus asienten con la cabeza.

—Y tus padres, por ser el día de tu cumple, te dejarán hasta más tarde. Nosotras les diremos lo de la fiesta y todo solucionado —continúa diciendo la mayor de las chicas.

—¿Dónde pensáis celebrar la fiesta?

—En mi casa —dice Miriam—. Ya se lo he dicho a mis padres, que casualmente el fin de semana se van de viaje. Después saldremos a dar una vuelta y vosotros dos os podéis marchar al hotel.

—Vaya, Sugus de melón, veo que piensas rápido... —bromea Diana.

—¿Desde cuándo soy el de me...? Tú si que...

Miriam golpea con una almohada la cabeza de Diana.

—Y con tu amigo el escritor, ¿qué hacemos? —pregunta Cris.

—¿Con Álex?

—Claro. ¿Vas a juntar a los dos en la misma habitación?

Paula se queda pensativa. Álex. ¿Qué pasa con Álex? ¿Le había dicho que tenía novio? No. ¿Y eso qué importa? ¿O sí importa?

—Pues no tengo ni su móvil, pero imagino que hablaré por MSN con él esta semana. Y habrá que evitarlo, ¿no?

—¡Huy...!

—¿Qué pasa Diana?

—Nada, no he dicho nada.

—Has dicho «huy».

—Cosas mías. No tiene importancia.

En ese instante suena la puerta del dormitorio.

—¿Puedo pasar? —pregunta Mercedes desde fuera.

—Sí, mamá, pasa.

La mujer entra en la habitación con un gran cucurucho de papel cerrado en las manos.

—Chicas, el desayuno. El preferido de Paula. Os hemos ido a por churros. Y abajo hay preparados cuatro chocolates bien calientes.

Las Sugus sueltan una carcajada, mientras Paula suspira profundamente. No cree que pueda probar ni uno sólo más.

—¿He dicho algo gracioso?

—No mamá, es que están con el pavo esta mañana. Ahora vamos.

—Pero rápido, que se enfrían.

Mercedes sale de la habitación confusa por la reacción de las chicas. ¿Qué habrá dicho para que se rían tanto?

Esa misma mañana, en otro lugar alejado de la ciudad.

El agua caliente moja el cabello de Álex y se desliza por todo su cuerpo. Está tenso. Sus hombros están agarrotados. Ha pensado que una buena ducha antes de continuar escribiendo le vendría bien.

Tiene la radio encendida dentro del cuarto de baño, sintonizada en una emisora musical. Después de un pequeño paréntesis en el que han explicado que la cantante Katia está ingresada en un hospital de la ciudad tras sufrir un accidente de tráfico, suena Tantas cosas que contar, de la Oreja de Van Gogh.

Tantas cosas tendría él que contar...

El joven intenta olvidarse por unos minutos de Irene, de su libro, de sus historias. Y de Paula.

Misión imposible.

Mientras los cálidos chorros azotan su piel, la imagen de la chica de dieciséis años vuelve a presentarse. ¿Está empezando a obsesionarse?

Recuerda algo. Su cumpleaños... Sí, le dijo que cumplía diecisiete el sábado de la próxima semana. ¿Qué le podría regalar? Aunque bien pensado, ¿es oportuno regalarle algo? ¿No estaría pasándose?

En realidad, ni siquiera son amigos: son casi desconocidos, apenas han compartido

un día juntos. Un día mágico, maravilloso, distinto..., pero sólo un día. Y quizá para Paula sólo ha sido un día más.

Tal vez sea eso: sólo uno más, uno de los tantos chicos que seguro llenan la vida de la joven. Esa idea le desmoraliza.

Álex coge el bote de gel y deja caer un poco en su mano. Con suavidad lo extiende, primero por sus piernas y posteriormente por sus brazos, por el abdomen y por el pecho. Instantes más tarde se enjuaga con el agua ya más tibia.

Quiere verla. Es en lo único que piensa. ¿Cómo es posible que no pueda quitársela de la cabeza?

De todas formas, tendrá novio. No es posible que una chica así ande sola por el mundo.

Coloca la ducha en el enganche, sobre su cabeza, y abre un poco más los grifos para que el agua salga con más presión, con más fuerza. En sus oídos suena como una cascada que le transporta unos minutos al más absoluto relax.

No existe otro sonido: sólo el del agua. Ni siquiera puede escuchar cómo en la radio acaban de poner *Don't Speak*, de No Doubt.

Satisfecho, Álex decide dar por terminada la ducha. Cierra los grifos y coge una toalla blanca con la que se comienza a secar aún dentro de la mampara. Con el cuerpo todavía húmedo sale de la ducha anudándose la toalla a la cintura.

—¡Ah, por fin has terminado! —la voz de Irene le sorprende, tanto que está a punto de resbalar.

Su hermanastra sonríe con un cepillo de dientes en la mano. La chica no puede evitar mirar de arriba abajo al joven.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Lavarme los dientes después de desayunar. Hay que hacerlo cuatro veces al día, por lo menos.

—¿Pero no has visto que estaba duchándome yo?

—Sí, y he llamado a la puerta varias veces, pero no me has contestado.

—No te oí por el ruido del agua.

—Ya lo supuse. No te preocupes, no me molesta que te duches mientras me lavo los dientes.

Álex no da crédito a lo que oye.

—¿Cómo dices?

—Pues eso, hermanito. ¿No te molestará que haya entrado, no? A estas alturas...

—¡Por supuesto que me molesta! Es mi intimidad.

—Ay, no seas cascarrabias. ¿Crees que me puedo asustar de verte desnudo?

La joven sonríe pícara y vuelve a repasar a su hermanastro. Su rostro reluciente y mojado es irresistible. Si fuera por ella...

Por el contrario, Álex resopla desesperado.

—Irene, si vas a vivir aquí, tienes que aceptar unas normas. Y respetarlas.

—¡Uff, eso de las normas...!

—Pues las hay. Deben existir.

—Lo que tú digas. Cuéntame.

La chica se inclina y bebe un trago de agua que comienza a remover dentro de su boca.

—En primer lugar, tienes que llamar a la puerta antes de entrar en mi habitación o en el cuarto de baño.

—¡Si lo he hecho, hermanito! Pero no me has oído, ya te lo he dicho.

Álex empieza a enfadarse.

—Pues la siguiente norma es que, si yo estoy duchándome o durmiendo, no entres.

—Creo que podré hacerlo —contesta ella, sonriendo—. ¿Más normas?

—No pasees por la casa con poca ropa.

—Eso no lo he hecho.

—Por si acaso.

Irene suelta una carcajada.

—Está bien. Me portaré bien. ¿Alguna cosa más, hermanito?

—Sí; no me llames hermanito, por favor.

La joven vuelve a reír escandalosamente, pero acepta la regla. A partir de ahora sólo llamará a su hermanastro por su nombre.

Esa misma mañana de marzo, en un lugar de la ciudad.

Ángel llama a la puerta de la habitación en la que Katia descansa.

Paradójicamente, una de las enfermeras le ha preguntado si era el novio de la cantante. En principio ha dudado, pero no lo ha negado temiendo que sólo dejaran pasar a familiares e íntimos.

—Adelante, entre.

Una joven voz femenina que no reconoce le invita a pasar. El periodista abre la puerta con cuidado y entra en la habitación.

Al fondo, Katia está acostada, tapada con una sábana blanca. La chica de pelo rosa sonríe al verle. Su acompañante, sentada en una silla junto a ella, también lo hace. La desconocida es una joven rubia con mechuras de color chocolate, de unos veinticinco años, con cierto parecido a Katia.

—Hola, Ángel —dice tímidamente la muchacha, que hace un gran esfuerzo por incorporarse—. ¡Qué alegría verte...!

Él se acerca hasta las dos chicas sonriendo. Tumbada en aquella cama no parece la misma Katia de estos días. Tiene un ojo morado y una pequeña venda que cubre parte

del lado izquierdo de su frente.

—¡No te muevas! ¡Qué tozuda eres a veces...! —le recrimina la joven rubia, que se levanta de la silla para recibir al recién llegado—. Hola. Soy Alexia, la hermana mayor de este elemento.

—Yo soy Ángel. Encantado.

—Igualmente. Algo he oído hablar de ti.

Dos besos.

Como su hermana, Alexia tiene cierto encanto en sus facciones. Su rostro no es tan aniñado y es más alta que la cantante, pero igual de atractiva que ella.

—¡Hey! Y para mí, ¿qué? ¡Que soy la enferma! —protesta infantilmente Katia, tratando de alzar la voz inútilmente.

Ángel se aproxima a ella y también le da dos besos con cuidado para no hacerle daño. Tiene la piel fría. Sin embargo, el lento roce de sus labios con su mejilla es cálido.

—Menudo susto me has dado. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. He tenido mucha suerte.

—¿Algo roto?

—¡Qué va...! Esta niña es de granito, ahí donde la vez, tan poca cosa que parece... —interviene Alexia—. Rasguños, moratones y un golpe en la cabeza por el que tendrá que estar aquí hasta mañana en observación. Pero poco más.

Ángel sonrío. Se siente aliviado. Cuando oyó en la radio del taxi la noticia pensó en lo peor.

—¿Cómo fue?

Katia suspira.

—Salí de una fiesta en la que había dado un concierto e iba conduciendo tranquilamente hacia mi casa cuando un coche se me apareció de frente por mi carril. Lo esquivé como pude y choqué contra una farola. El airbag y el cinturón han evitado que me hiciera más daño.

—Menos mal. Sí que has tenido suerte. ¿Al otro le ha pasado algo?

—No. Ni se paró. El accidente lo tuve yo sola.

—Los sábados son peligrosos para conducir de noche. Hay mucho loco suelto —señala su hermana, que acerca otra silla a la cama para que Ángel se siente también.

—Y tú, ¿cómo te has enterado? Iba a llamarte luego.

—Lo escuché en la radio. Ya están dando la noticia.

Katia se lamenta. Pronto aquel hospital estará lleno de curiosos y periodistas. Y el que verdaderamente le importa ya está allí junto a ella.

—Si no me equivoco, tú eres periodista, ¿verdad?

—Sí, trabajo en una revista de música. Gracias a ello conocía tu hermana, que amablemente nos concedió una entrevista.

—Ya me ha comentado algo.

Alexia parece muy informada sobre todo. ¿Qué le habría contado Katia sobre él? ¿Y hasta dónde?

—Pero tranquilas, vengo como amigo, no como profesional —asegura el joven.

—Ya. Seguro que terminas escribiendo en tu revista una noticia sobre el accidente donde cuentas hasta el color del pijama que llevo —bromea la cantante.

—No, no, te aseguro que...

—Ya lo sé, tonto... —se burla Katia, que coge la mano de Ángel y la aprieta con toda la fuerza que puede.

Con él allí se siente mucho mejor. Le encanta que haya venido a verla. No lo esperaba después de todo lo que había pasado el viernes por la noche y el sábado por la mañana. Para ser sincera, creía que no lo volvería a ver. En cierta manera, está contenta de que aquel accidente les haya vuelto a unir.

Los tres conversan animadamente durante un rato hasta que una enfermera entra en la habitación con un carrito en el que porta una bandeja con un plato tapado, dos vasitos pequeños y un bote con pastillas.

—Señorita, le traigo algo para que coma y unas pastillas para el dolor de cabeza.

—Gracias —la enfermera entrega la bandeja a la chica y abre el tarrito con los analgésicos, del que saca uno que pone en una servilleta junto a uno de los vasos.

—Mientras comes, me voy un rato fuera. Ahora vengo, hermana. ¿Ángel, me haces compañía?

—¿Os vais?

—Sólo un momento, me ponen nerviosa los hospitales. Necesito una tila, un té, algo. ¿Vienes, Ángel?

El chico se extraña con la propuesta, pero no se opone. Se encoge de hombros ante la mirada suplicante de Katia y sale de la habitación detrás de Alexia.

La hermana de la cantante camina de manera elegante, recta, haciendo sonar con suficiencia sus altos tacones en el suelo del hospital. Ángel la sigue detrás a pocos pasos.

—¿Vamos a la cafetería? —le pregunta Alexia, deteniéndose para que su acompañante le alcance.

—Muy bien.

Andan por el pasillo, uno al lado del otro, hacia el ascensor. Al entrar, la chica pulsa el botón que les lleva a la planta baja.

Apenas se miran. Es una de esas situaciones incómodas de ascensor, hasta que Alexia habla.

—Y ¿cómo es que, siendo de la prensa, te han dejado entrar?

La pregunta sorprende a Ángel, que improvisa la respuesta tras un instante.

—No me han preguntado si era periodista —contesta dubitativo.

—Claro. Si hubieras dicho que lo eras, no te habrían permitido subir.

—No he venido en misión informativa —insiste, sonriendo.

Planta baja. La puerta del ascensor se abre. La cafetería está a pocos metros. El olor del café recién hecho se confunde con el de algún tipo de guiso preparado para el almuerzo de los enfermos.

La pareja entra en aquel lugar lleno de batas blancas.

—Creo que hay que pedir en la barra —señala Alexia.

Así es. Café con leche para él y una tila para ella.

El camarero, un señor bajito con bigote canoso, los sirve en pequeños vasitos blancos de plástico.

—¿Nos sentamos? —pregunta la joven.

El periodista asiente. Se deciden por una mesa esquinada del fondo. No hay nadie a su alrededor. El chico deja que ella elija silla y él ocupa el lugar de enfrente.

Ángel da un sorbo a su café caliente. Demasiado amargo.

—¿Has dicho que eras de la familia? —pregunta Alexia, retomando la conversación del ascensor.

De nuevo desprevenido.

—Algo así.

—¿Algo así?

—Sí. Me han preguntado si era su novio... Temí que no me dejaran pasar si lo negaba.

La chica sonríe maliciosa.

—¿Y lo eres?

—¿Su novio? ¡No! Sólo somos amigos.

Ángel se sorprende a sí mismo cuando pronuncia la palabra amigos. ¿Desde cuándo lo eran? Parecía como si se conocieran de toda la vida y tan sólo hacía tres días que se vieron por primera vez en la redacción de la revista.

—¿Sabes?, Katia me ha hablado de ti.

El joven empieza a sentirse incómodo. La conversación se parece cada vez más a un interrogatorio.

—¿Y qué te ha contado?

—No demasiado: que la entrevistaste y quedó muy satisfecha, por cierto. También que fuiste a una sesión de fotos porque ella te lo pidió. ¡Ah!, y que casi os líais el otro día —responde irónica Alexia.

El rostro de Ángel se torna pálido. Afortunadamente, está en un hospital. ¿Qué mejor sitio para sufrir un colapso?

—No fue así, exactamente. Lo que pasó fue que...

—No te justifiques, no necesito explicaciones.

La sonrisa de la joven toma otro cariz. Ahora es serena, tranquilizadora.

—Quiero dártelas.

—No hace falta, sé lo que pasó. Todos podemos cometer un error. En todo caso, es asunto vuestro.

—Pero entre tu hermana y yo no hubo...

—Tranquilo, lo sé. Katia me cuenta todo. O casi todo. Soy su hermana mayor y una de las pocas personas en las que confía desde que está metida en el mundo de la música.

—Tiene que ser complicado para ella distinguir en quién confiar ahora que es una estrella.

—Mucho. Era desconfiada antes, y ahora, mucho más. Constantemente se le acerca gente, casi toda por interés. Pero contigo...

—¿Conmigo?

—Pues que hace poco tiempo que os conocéis y, sin embargo, te ha cogido cariño. Ángel vuelve a beber un poco de café. Se pregunta hasta dónde llegaría el «cariño» que le tiene la chica del pelo rosa.

—A mí también me cae bien.

—Lo sé. Se nota que le tienes aprecio. Que hayas venido hasta aquí es significativo. Por eso tengo que pedirte algo.

El periodista se frota la barbilla. Está expectante y nervioso.

—¿De qué se trata?

—Yo tengo que irme dentro de un rato y no puedo quedarme más tiempo hoy con mi hermana. Tengo un compromiso al que no puedo faltar. Mauricio, su representante, que también conoces, está de viaje. Somos las dos únicas personas cercanas en las que Katia confía. Bueno, creo que somos tres ya —dice la chica, esbozando una nueva sonrisa afectuosa—. Me gustaría que te quedaras con mi hermana hasta que mañana saliera del hospital.

El impacto de las palabras de Alexia es mayúsculo. Una vez más le pilla a Ángel a contrapié.

—No creo que tu hermana quiera.

—¿Bromeas? Estará encantada. La cuestión es si quieres tú. Por Katia no habrá problema. Además, me quedaría mucho más tranquila si alguien le acompaña hasta que mañana le den el alta.

Ángel aproxima el vasito de plástico a su boca y, de un último sorbo, termina el café. En esos breves instantes analiza rápidamente lo que le acaban de pedir. No cree que pasar tanto tiempo a solas con Katia sea una buena idea. Pero por otra parte, ¿cómo se puede negar a hacer ese favor? Además, si no es con él, posiblemente la chica pasará el resto del día sola en aquella fría habitación de hospital. ¿Y si le ocurre algo imprevisto? Los golpes en la cabeza son muy traicioneros.

—Está bien, lo haré.


Alexia sonríe satisfecha. Se levanta y besa en la mejilla al joven.

—Muchas gracias. Mi hermana tiene mucha suerte de tener un amigo como t .

 ngel le devuelve una sonrisa forzada. No est  convencido de su decisión, pero  qu  iba a hacer?

Y todavía le queda por resolver una cuestión mayor:  qu  le cuenta a Paula ahora?

Capítulo 22

 **E**sa misma mañana de marzo.

No ha conseguido dormir en toda la noche. Ni ovejitas, ni cabras, ni elefantes..., ni aunque hubiese intentado contar ornitorrincos habría pegado ojo.

Mario se frota con los dedos los párpados. No quiere mirarse al espejo para no asustarse por el tamaño de sus ojeras, que esa mañana deben de ser enorme.

¿A qué viene tanta intranquilidad? La respuesta es clara. Teme no dormir nada de nuevo por la noche y presentarse al día siguiente ante Paula con cara de zombie. No es precisamente ésa la mejor imagen que uno desea tener delante de la chica de la que estás locamente enamorado.

Sentado con una taza de Cola Cao caliente en las manos, mira la tele sin enterarse de lo que está viendo. Hay una carretera de caballos en la que Piccolo Mix se impone a sus rivales.

Alguien acaba de llegar a casa. No puede ser otra que Miriam, que ha pasado la noche fuera. Efectivamente, el escandaloso «¡Mamá, ya estoy aquí!» delata a su hermana mayor. Viene de casa de Paula. ¿De qué habrán hablado en la fiesta de pijamas?

La chica se encamina hacia su habitación cuando, de reojo, ve a su hermano. Bostezando, cambia de dirección y se dirige al salón-comedor.

—Hola, ¿qué haces despierto tan temprano? Es domingo.

—Ya no es temprano. Hay que aprovechar el tiempo —contesta Mario con voz queda.

Miriam se sienta enfrente de él y observa entonces sus ojos.

—¡Menudas ojeras! ¿Has dormido bien?

—Muy bien —miente.

—Tienes los ojos de un vampiro, como...

—¿Edward Cullen? —ironiza Mario, anticipándose...

—Más bien pensaba en Drácula —bromea la chica sonriendo—. En serio, tienes mala cara.

—Gracias. Yo también te quiero.

Miriam deja de mirar a su hermano y se gira para contemplar cómo, en la televisión, entregan el premio al *jockey* ganador.

—¿Qué estás viendo?

Realmente no lo sabe. Lleva un rato con la televisión encendida, pero sólo para

que le haga compañía mientras desayuna y mientras piensa.

—Pues... esto. ¿No lo ves?

—Sí, lo veo. ¿Y qué es?

Mario se fija bien en la pantalla. Un pequeño hombre con un casco rojo levanta un trofeo. A su lado, una mujer vestida elegantemente acaricia a su caballo.

—Carreras de caballos.

—¡Ah! —exclamó sorprendida—. Bonita manera de pasar el domingo por la mañana. ¿Te levantas siempre para esto?

El chico resopla. ¿Por qué tiene que soportar las absurdas preguntas de su hermana? Ya tiene bastante con sus propios asuntos.

—Claro, para ti es extraño porque hasta las dos no sueles dar señales de vida.

—Para eso están los fines de semana, ¿no?

—Si te pasas la noche por ahí, sí —responde cortante—. Por cierto, ¿qué tal lo has pasado?

—Eres un cotilla —señaló Miriam divertida.

—¡Hey! No te he preguntado sobre lo que habéis hablado sino si lo has pasado bien.

Aunque intenta disfrazar su interés, se muere de ganas por saber los detalles de lo acontecido en la noche de chicas en la casa de Paula.

—Ya. A mí no me engañas. A ti lo que te pasa es que te gusta una de mis amigas.

Mario enrojece. ¿Tanto se le nota? No, no puede ser. Le estará tomando el pelo.

—¿Una de tus amigas? Estás loca.

—¿Y por qué te has puesto colorado, hermanito?

¡Mierda, maldita sea! Es lo que pasa por tener la piel tan blanca.

—Es el Cola Cao, que está muy caliente.

—¡Buen intento! Prueba con otra excusa.

—¡Es cierto! ¡Quema! Pruébalo...

Mario ofrece la taza a su hermana. A ésta, el olor del cacao le revuelve el estómago y la retira rápidamente de delante. La madre de Paula les ha obligado a terminarse todos los chocolates con churros.

—No, gracias. Ya he desayunado —dice quejosa.

—Pues no me llames mentiroso.

Miriam vuelve a bostezar descaradamente. No son horas para estar despierta un domingo.

—Tranquilo, ya no te molesto más. Me voy a la cama. Pero tenemos pendiente una conversación.

La chica se levanta del asiento y, sin parar de bostezar, entra en su habitación.

Mario respira profundamente, aunque ahora le asalta una duda: ¿a cuál de sus amigas se refería su hermana antes?

Capítulo 23



sa mañana de marzo.

Gentilmente, Ángel abre la puerta y deja pasar delante a Alexia. Apenas se han dirigido la palabra en el camino de vuelta a la habitación. Ella, sonriente, satisfecha, haciendo sonar con fuerza sus tacones en el silencio impávido del hospital; él, reflexivo, pensativo, analizando lo que podría acontecer en las próximas horas.

Katia sonrío al ver entrar de nuevo a su hermana y a su amigo. ¿De qué habrán estado hablando?

—¡Cuánto habéis tardado!

—Protestona. Desde pequeña lo has sido.

—Me aburría. Ya creía que os habíais fugado.

—Pues no andabas muy desencaminada. Lo estábamos planeando, ¿verdad, Ángel?

El joven periodista no escucha lo que le acaban de decir. Está ausente. Piensa en Paula, en lo que le tiene que contar. No quiere mentirle y, sin embargo, no sabe cómo explicarle aquello. Va a pasar la noche con una chica que no es ella. Además, si dice la verdad, ¿cómo justifica que acompañe a alguien que se supone que es una casi desconocida?

—¡Ángel!, ¿me has oído? —insiste Alexia al verlo despistado.

El chico reacciona al oír su nombre.

—Perdonadme. ¿Qué decíais?

—Que os vais a fugar y me vais a dejar aquí tirada sola y enferma —protesta Katia, que se da cuenta de que a Ángel le ocurre algo.

¿Estará pensando en su novia? A pesar de todo, la cantante no olvida que aquel chico por el que está empezando a sentir algo muy fuerte tiene pareja. La cuestión es saber si realmente la relación va en serio, si la quiere. ¿Podría tener una oportunidad?

—En absoluto —responde él sonriente—. De hecho, estaré contigo hasta que te pongas buena.

—¿Cómo? —pregunta con extrañeza la joven del pelo rosa.

—Ángel se ha prestado voluntario a quedarse contigo hasta que mañana te den el alta.

Katia mira a Ángel sorprendida. Él sonrío y asiente con la cabeza.

—No hace falta.

—Lo hago encantado.

—Te digo que no hace falta: estaré bien, sólo es un día.

—Hermana, eres una cabezota. Si el chico quiere hacerlo, déjale. Yo me quedo más tranquila sabiendo que no estás sola.

—No estoy sola: esto está lleno de enfermeras y médicos. Y él tendrá cosas que hacer.

De nuevo Ángel y Katia cruzan sus miradas.

—No tengo nada que hacer hoy. Es domingo —miente, intentando no pensar en todo el trabajo que se le va a acumular para el día siguiente.

—Pero...

—No se hable más, hermana: Ángel se queda contigo.

Otra sonrisa. Le encanta cuando lo hace. Es guapísimo. Resignación, dulce resignación.

—Imagino que, por mucho que me oponga a la idea, no voy a conseguir convencerte de que no hace falta que te quedes.

—Tú lo has dicho.

Katia suspira. Se siente nerviosa, y halagada, y en el fondo está muy feliz. No puede disponer de mejor compañía para pasar aquellas horas encerrada en un hospital. Y sonríe.

—Está bien. Muchas gracias, Ángel. Espero no causarte muchas molestias.

—No te preocupes. Lo pasaremos bien.

Alexia mira a su hermana y le guiña un ojo. Ahí tiene la oportunidad que necesitaba. Un día entero, con su noche incluida, a solas con él. Una partida con muy buenas cartas en la mano.

Desde que le hablara por primera vez de Ángel, sospechó que le gustaba de verdad. Ahora estaba completamente segura. El brillo de sus ojos al verlo sonreír la delataba. Aquel accidente, dentro de lo malo, podía ser el principio de algo bueno. En el mismo momento en el que el periodista entró por la puerta de la habitación, supo lo que tenía que hacer: una oportunidad perfecta. Él no se negaría a hacer aquel favor. Trabajo concluido. Ahora le correspondía a Katia enamorarlo. Y por lo que intuía, podría ser algo muy factible.

—Bueno, chicos, ya que está todo solucionado, me voy.

—¿Ya te marchas?

—Sí. Tengo un compromiso al que no puedo faltar. Y ya que Ángel se queda contigo, puedo ir sin preocuparme.

—Está bien. Ya te llamaré para contarte qué tal me encuentro.

—Estoy convencida de que estarás muy bien.

Alexia sonríe. Se acerca a su hermana y le besa la mejilla. Luego se dirige a Ángel y también le da dos besos.

—Muchas gracias —susurra en su oído—. Cuídamela.

Y ante la mirada de los dos chicos, taconeando con fuerza al caminar, Alexia sale de la habitación contenta por su perfecto papel de Celestina. Es el turno para los actores principales.

Capítulo 24



sa tarde de marzo, en algún lugar de la ciudad.

Es divertido pasar el tiempo con él. Cuando está con Ángel, el tiempo vuela. El destino les unió y Cupido se encargó del resto.

Tumbada en la cama, con los pies hacia arriba y las manos debajo de la cabeza, Paula piensa en su chico. Su novio. Su Ángel.

¡Qué cara puso con la broma de los churros! Y cuando apareció al amanecer... ¡Madre mía! «Mira la ventana», le dijo. ¡Qué capullo!

Adorable. Un amor.

Y sonrío.

Cada acontecimiento que comparten es especial. ¿Sería así cada día de cada mes de cada año?

No cree en los «para siempre», pero no le importaría que aquel atractivo periodista llegado de manera casual se quedara toda la vida con ella.

Mariposas en el estómago. Sonrisa tonta. Ojitos brillantes.

En eso consiste el amor, ¿no?

Y el amor trae consigo... sexo.

Le preocupa. Sabe que para él no va a ser la primera vez. ¡Uff! Podría haberla esperado, así que los dos estarían igual de nerviosos. ¡Qué cretino!

¿Cuándo habrá sido la última vez que se acostó con una chica? No lo sabía. Ni se lo había preguntado. ¿En los últimos meses? No. Por favor, que no.

Se da la vuelta y agarra con fuerza la almohada.

No quiere ni pensarlo. Su Ángel en la cama con otra. Desnudos. Intimando. Explorando sus secretos más recónditos. Murmurando en la oscuridad de una habitación. ¡Uff!

«Olvídate de eso. ¡Olvídalo!».

Y el sábado será ella quien esté desnuda frente a él. ¿Y si no le gusta su cuerpo? Ya la vio en la piscina con muy poca ropa pero, claro, no es lo mismo. ¿Y si no sabe qué hacer en ese momento? Va parecer una cría temerosa, una niña al lado de un hombre.

Paula entierra la cabeza en la almohada. No, no debe preocuparse por esas cosas. Todo saldrá bien. Hay que dejarse llevar. El sexo es algo natural, ¿verdad?

Sacude su rostro con fuerza contra la almohada y deja escapar la tensión con un gritito que se evapora tímido en la habitación.

Su primera vez. Le tiemblan las piernas y siente calor en las mejillas.

Otro grito agudo, que controla para que no salga del dormitorio.

Ángel. Ángel. Ángel.

Tiene ganas de verlo ya, de volver a escuchar su dulce voz. Besarlo. ¿Y si lo llama?

No. No puede ser. Más tarde. Además, estará trabajando. Cuando se han despedido le ha dicho que iba a la redacción de la revista a adelantar trabajo para no encontrarse muy agobiado mañana.

—¿Puedo pasar? —pregunta una vocecilla por sorpresa desde el umbral de la puerta—. No estaba cerrada del todo.

Erica asoma su rubia cabecita en el cuarto.

Paula deja la almohada y sonrío a su hermana pequeña.

—Sí. Pasa, princesa.

La niña camina veloz hacia su hermana y se lanza a sus brazos.

—Ya se han ido las chicas y la bruja, ¿verdad?

—¿La bruja?

—Sí, esa fea, morena, con el pirzin en la nariz y que se cree un mujer.

Diana. Paula no puede evitar soltar una carcajada ante la descripción que hace Erica.

—No te cae muy bien Diana, ¿verdad?

La pequeña agita la cabeza de un lado a otro. ¿Cómo le iba a caer bien semejante monstruo? No entendía como podía ser amiga de su hermana.

—Muy mal. Es horrible. Peor que eso: es como diez veces mil de horrible.

—No es tan mala. Pero a veces hace tonterías. Si fuera mala no sería mi amiga.

Erica sigue sin creérselo. Esa chica es malísima, pero prefiere no hablar más de ella y cambiar de tema.

—Oye, Paula, ¿te has enterado?

—¿De qué, princesa?

La hermana mayor acaricia el largo y suave pelo rubio de la pequeña. Recuerda que, cuando era una niña, lo tenía igual.

—Han dicho en la tele que esa cantante que te gusta tanto ha tenido un accidente.

—¿Qué cantante? —pregunta preocupada.

Desde que las chicas se marcharon no ha hecho otra cosa más que pensar en Ángel acostada en su cama. No sabe nada del mundo.

—Ésa con el pelo rosa.

—¿Katia?

—Ésa.

Paula deja de acariciar a su hermana y presta toda su atención a lo que le dice.

—¿Cuándo? ¿Qué le ha pasado?

—No me he enterado muy bien. Sólo sé eso.

En ese momento el teléfono suena. La melodía es inconfundible, Los Corrs...

—¡Qué bonita canción! ¿Cómo se llama? —pregunta la niña.

—Ángel.

—Me gusta mucho.

—Es muy bonita. Ahora, princesa, ¿te importa dejarme sola un momentito mientras hablo por teléfono?

—¿No será otra vez la bruja? —pregunta aterrada la niña.

Paula sonrío ante la mirada curiosa de su hermana y pulsa el botón que descuelga su móvil.

—Espera un momento, bruja. Mi hermana está aquí —contesta divertida, antes de que Ángel hable.

Pero no hace falta que Paula le diga nada más a Erica. La pequeña sale del dormitorio y cierra la puerta. No quiere saber nada más de la bruja del pirzín en la nariz.

—¿He oído mal o me has llamado «bruja»? —pregunta el chico, que no está seguro de haber escuchado bien.

—Sí. Exactamente, eso —responde sonriente ella.

—¿Y desde cuándo «bruja» es un apelativo cariñoso?

—Nadie dijo que estuviera siendo cariñosa.

Paula suelta una carcajada.

Ángel se encoge de hombros en uno de los pasillos del hospital cercano a la habitación en la que descansa Katia.

—Cariño, recuérdame que no te invite más a desayunar chocolate con churros. Tanto azúcar se te ha subido a la cabeza.

—¡Pero si no has atinado ni uno! Si no es por mi madre, esta mañana me habría muerto de hambre —miente la chica, que aún no ha sido capaz de quitarse el desayuno de la cabeza.

—Tramposa. Eso es lo que eres, una tramposa.

—Aún estás dolido, ¿eh?

—¡Por supuesto! —exclama el periodista, tratando de ponerse serio.

—Pobrecito... Ya te compensaré. ¿Qué te parece esta tarde? Creo que podré escaparme un rato.

Un breve silencio se produce tras las palabras de Paula.

—Esta tarde... —comienza a decir Ángel dubitativo.

—¿No puedes?

—Pues no. Esta tarde no voy a poder quedar contigo.

—Vaya...

La chica se deja caer en la cama. Decepción. Tenía muchas ganas de verlo.

—Para eso te llamaba, precisamente. Me ha surgido algo y estaré toda la tarde

liado.

—¡Qué pena...! Me apetece... estar contigo.

Tartamudea. Su voz se apaga con cada palabra que pronuncia.

Ángel se frota la frente con la mano con la que sostiene el móvil. Se siente muy culpable.

—Lo siento, de veras. Yo también quiero estar contigo.

Entonces Paula recuerda lo que Erica le acaba de contar.

—¿Es por Katia?

La pregunta atraviesa como un cuchillo al joven. Se apoya en la pared y piensa rápidamente qué decir. ¿A qué se refiere exactamente?

—¿Por Katia? —pregunta, intentando ganar tiempo.

—Sí. Mi hermana me ha dicho que ha tenido un accidente. Tienes que cubrir la noticia para la revista, ¿verdad?

¡Cubrir la noticia! Eso es. ¡Cómo no se le había ocurrido antes!

Le duele no decirle todo, pero no puede explicarle la verdad.

—Pues sí. Estoy en el hospital ahora.

—¿Qué le ha pasado?

Aunque sabe exactamente lo que ha sucedido, no puede darle detalles que le hagan sospechar.

—Ha tenido un porrazo con el coche esta noche después de salir de una fiesta. Tampoco dan muchos más datos.

Suspiros a ambos lados del teléfono.

—¿Está bien? ¿Es grave? —pregunta Paula, preocupada.

—Parece que no. Se recuperará pronto.

—¡Menos mal! —responde Paula aliviada—. ¿La has visto?

¡Uff! ¿Más mentiras? No hay más remedio.

—NO. No dejan pasar a la prensa.

—Comprendo.

—Ya nos avisarán si sale del hospital.

Ángel se va encontrando peor por momentos, como si le apretaran desde el cuello hasta el estómago. Justo cuando pensaba olvidarse de Katia, llega aquel accidente. Y luego, la petición de Alexia.

No sólo es que no se terminen las mentiras con Paula sino que aumentan. Sin freno. ¿Pero qué podía hacer? ¿Es esa la mejor solución?

Sí. También ella sufriría muchísimo si se enterase. Y es lo último que desea ahora mismo.

—Pobrecilla. Parece buena chica, y me encantan sus canciones.

Paula tararea el estribillo de *Ilusionas mi corazón*.

Ángel sonrío. Sí, realmente, y pese a todo, Katia es una chica que le cautiva.

Recuerda la entrevista en la revista. Le encantó aquella cantante pequeñita que llenaba tanto espacio con su presencia.

—Paula, tengo que colgar ya. Siento de nuevo no poder quedar esta tarde.

—No te preocupes, lo entiendo. Espero que te sea leve la guardia.

—Eso espero.

—Un beso, brujita. Te quiero.

—Ídem.

Y cuelga.

Ángel mira al techo del pasillo del hospital. Aunque piensa que no tenía otra alternativa, está avergonzado.

Paula mira al techo de su habitación. Realmente, tenía muchas ganas de estar con él. Pero no todo lo que se quiere en esta vida se puede tener.

Capítulo 25



sa tarde de marzo, en un lugar alejado de la ciudad.

La mochila es mucho menos pesada que el día anterior. Apenas son unos quince cuadernillos los que van dentro.

Hace diez minutos que Álex ha mirado su correo electrónico. Nada, sin señales de alguien que haya encontrado una de aquellas carpetas transparentes.

Pero desilusionarse más no sirve de nada. Tiene que terminar la tarea de repartir los que le faltan. Solo. Eso es quizá lo que le provoca mayor desazón. Paula no le ayudará esta vez.

Con la mochila colgada en la espalda abre la puerta de la casa.

—¿Te vas?

Irene aparece de alguna parte. Va vestida con un suéter blanco que le llega hasta los muslos, a los que no alcanza a cubrir un *short* vaquero desgastado. Calcetines celestes, sin zapatos. El pelo lo lleva recogido en dos coletas. Inocencia y sensualidad en una.

Álex la contempla de arriba abajo. Es realmente *sexy*.

—Sí, voy a hacer unas cosas. Vuelvo dentro de un rato.

—¿Vas a repartir los cuadernillos de tu libro?

El chico arquea las cejas.

—Te espío. ¿No te habías dado cuenta?

—Irene...

—Es una broma, tonto. Vi la mochila preparada. Ya te dije anoche que le echaría una ojeada a lo que escribes. Leí en la primera página el mensaje que le dejas a los que lo encuentran. Eres muy ingenioso.

Álex resopla. Por un momento pensó que verdaderamente su hermanastra lo espiaba, y no le hubiera extrañado.

—Gracias.

Los ojos de Álex recorren sin querer las largas piernas de Irene, aunque rápidamente vuelve a alzarlos con pudor.

Tres meses.

—¿Y está dando resultado?

—¿El qué? —pregunta confuso.

—Lo de los cuadernillos, hombre. Que si hay mucha gente que se haya puesto en contacto contigo.

—Pues no, sólo una chica.

—No te preocupes. Es una buena idea: debes tener paciencia.

—Ya.

—Espera, me visto un poco y me voy contigo. Quiero ayudar.

—No, no te preocupes. Prefiero hacerlo solo.

La chica se muerde el labio. ¡Qué seco es a veces! Finge que no le molesta el rechazo y sonrío.

—Está bien. Si no quieres que te acompañe, no insisto.

—Vengo dentro de un rato. Hasta luego.

Álex sale de la casa y cierra la puerta sin mirar más a su hermanastra.

—¡Pásalo bien y no ligués con desconocidas! —grita Irene desde el interior.

¿Y ahora? Está sola. Camina descalza hasta el salón, entra y se tumba en el sillón. Cómo le gusta Álex. Aunque le trate de esa manera la mayoría de las veces. Acabará cayendo en sus brazos. Seguro.

Un equipo de música en una de las esquinas de la habitación llama su atención. Se levanta y se dirige hacia allí. No hay ningún CD puesto, pero al lado hay una torre con más de cien compactos. Elige uno de Coldplay: *Yellow*. Play. Sube el volumen. Más. Más. Está sola, puede escuchar la música todo lo alto que quiera.

Tras regresar al sillón, sentada con las manos apoyadas en la cara, se le ocurre algo. Sí, ¿por qué no? Ya lo había hecho otras veces cuando vivían juntos. Se incorpora y sale del salón. De puntillas, como para que nadie pudiese oírla, llega a la habitación de Álex.

Toc, toc.

Sonríe.

—¿Ves? He llamado, para que luego no me riñas.

Irene entra en el cuarto de su hermanastro. Todo está muy ordenado, como siempre. Hasta la cama está hecha. Le divierte la situación: antes ella misma se ha autoinculcado de espiarle, y era una broma. Ahora...

Recuerda cuando eran unos adolescentes y ella, en una de sus «visitas» clandestinas, descubrió la carta que una chica le había mandado a Álex por San Valentín. Lo llamaba «amor», «corazón», «cielo»... Le decía que lo quería mucho. ¡Menuda pija! ¡Qué sabría aquella tonta del amor...! Irene tomó «prestada» la carta y «sin querer» se le cayó en la chimenea. Nadie supo de aquello, ni de la cartita de San Valentín. Afortunadamente, Álex tenía buen gusto y no quiso nada con aquella chica.

Quizá pueda encontrar algo que le lleve a saber más de esa Paula.

Primero mira en los cajones del escritorio, uno por uno, con cuidado de no cambiar nada de lugar, luego revisa el armario, las estanterías, los cajones de la mesita de noche... Carpetas, cuadernos, archivadores.

Nada interesante. Y ningún rastro de Paula.

¿Y si mira en el portátil? Es arriesgado. Pero quien no arriesga, no gana.

Irene enciende el ordenador. Bien, no necesita contraseña de acceso a Windows. Una pantalla de pronto aparece en el escritorio: es el MSN de Álex, que tiene activada la opción para que se abra automáticamente cuando se reinicia el PC.

—«Alexescritor», qué poco original —murmura.

La chica rastrea entre los contactos de su hermanastro. Está segura de que allí encontrará lo que busca. Lee atentamente, uno por uno, los *nicks* de cada agregado. Tiene muchos en «no admitidos», posiblemente para que nadie le moleste cuando está escribiendo.

—¡La de cursiladas que pone la gente en estos sitios...! —comenta en voz baja, cabeceando de un lado para otro.

Ninguno le llama la atención especialmente hasta que, al final, escrito en múltiples colorines, aparece uno significativo: «Paula. Mariposas bailan en mi pecho. TQ. Gracias por todo». Está admitida, pero desconectada.

¿Será ésa la Paula con la que sueña Álex? Necesita comprobarlo. La suerte le vuelve a sonreír. Es MSN Plus y, además, su hermanastro guarda las conversaciones en el PC.

Irene abre el archivo que pertenece a aquella dirección. Sólo hay una charla entre ellos. Fue el viernes por la noche. ¡Se conocieron hace nada! Y quedaron ayer por la mañana para que Paula le ayudara en algo. ¿Tendría que ver con los cuadernillos? Eso cree. Casi está segura.

La chica relee el texto dos veces. Una tercera. Ya no tiene dudas. Por la manera en la que se comportó su hermanastro, esa Paula es su rival. Y por su forma de escribir parece jovencita, calcula que tendrá entre dieciséis o diecisiete años. Una bebé a su lado.

—Así que a mi hermanito le gustan las adolescentes.

Sonríe maliciosa, y continúa su investigación.

En la ventanita del MSN, Paula no tiene una foto personal sino un osito de peluche con un corazoncito. Le gustaría verla, saber el aspecto que tiene. Quizá le pasó alguna fotografía por e-mail.

Irene, esperanzada, busca entre los documentos de imágenes de Álex, pero en esta ocasión no encuentra nada.

«Conociéndole, seguro que es un bombón», deduce.

Irene imagina cómo es Paula: alta, muy guapa de cara, pelo largo, ojos claros o color miel, pero, en todo caso, muy atrayentes. Y seguro que tiene un cuerpo perfecto. Su hermanastro no se merece menos. Posiblemente, harían buena pareja. Aunque nadie es mejor pareja para Álex que ella misma.

Examina de nuevo el *nick*. Aquella chica quiere a alguien y le da las gracias por algo. ¿No será a él? No, no puede ser: se conocen desde hace muy poco tiempo y los jóvenes de hoy en día dicen «te quiero» con mucha facilidad. Sin embargo, lo de las

mariposas es indicativo de que está enamorada o que está empezando a sentir algo fuerte por alguien.

Podría ser otro chico. Mejor. Así aquella niña no sufriría cuando se entere de que ella es la nueva pareja de Álex.

A Irene le fascina tanta seguridad en sus posibilidades. No siempre había sido así, pero ahora las cosas han cambiado. Sabe lo que quiere y va a pelear por ello. Está en el sitio y en el momento adecuado y posee armas suficientes para seducir a su presa. Nos e le va a escapar.

De repente, un sonido en el PC anuncia que uno de los contactos acaba de conectarse. Qué error más tonto. Debería de haberse asegurado de que estaba en «no conectado» vaya, y es Paula, además. ¡Menuda coincidencia! ¿Y ahora qué?

Irene se muerde las uñas. La curiosidad la mata. Pero ¿qué le dice?

Durante un par de minutos, reflexiona.

Si le habla, podría meter la pata y ser descubierta. Además, tarde o temprano Álex y Paula se verán y comentarán algo de la conversación. ¿Qué puede hacer?

Otros tres minutos en silencio. La chica tampoco dice nada.

—Mucho interés no tiene precisamente —comenta, acercando su cabeza un poco más a la pantalla del portátil.

Irene mira al pequeño reloj del ordenador. Se está empezando a hacer tarde y lo menos que desea es que su hermanastro la descubra allí. Eso sería catastrófico ya que entonces él nunca más confiaría en ella.

Y cuando está a punto de cerrar el MSN, una lucecita naranja indica que Paula le ha escrito algo.

«Mierda. ¡Qué oportuna...!», piensa Irene.

Nerviosa, abre la página de la conversación.

—Hola, ¿muy ocupado? ¿O simplemente no quieres hablar conmigo?

La frase está en letras rosas y adornada con tres iconos. El último, el que cierra la pregunta, es una tortuguita con un gorro de vaquero que guiña un ojo.

Aquello es como deshojar una margarita. ¿Le contesta o no le contesta? Tiene ganas de seguir jugando con la situación que se le ha presentado, pero, finalmente, la razón le vence. No puede arriesgar tanto.

Irene resopla y cierra el MSN sin escribir nada. Luego apaga el PC y de puntillas sale de la habitación de Álex.

Esa tarde de marzo, en un lugar de la ciudad.

¡Qué raro...! No le ha contestado y ha salido del MSN sin más.

Paula espera unos minutos. Quizá Álex se ha desconectado por un problema en su ordenador, pero, pasado un tiempo, comprende que no es así. Se resigna.

Qué día más tonto... Por una parte, Ángel no puede quedar con ella: está demasiado ocupado trabajando y cubriendo la noticia del accidente de Katia. Y por otra, Álex primero no le dice nada en el MSN y luego se desconecta sin contestarle. ¡Qué pena...! Cuando lo vio conectado le entraron unas ganas tremendas de hablar con él.

No le va a quedar más remedio que ponerse a estudiar Matemáticas. ¡Uff, las odia!

Mañana ha quedado con Mario para estudiar en su casa. A ver qué le sale de todo aquello. Espera aprobar el examen y, además, acercarse un poco más a su amigo. Lo que Paula no sabe es todo lo que esas tardes van a dar de sí.

Capítulo 26



sa tarde de marzo, en algún lugar de la ciudad.

Ángel mira por la ventana de uno de los pasillos del hospital. Está anocheciendo. Algunas farolas ya dan luz en la incipiente oscuridad que ennegrece las calles.

Cae la noche de un domingo extraño. Muy extraño. Lo comenzó con Paula, desayunando. Enamorado: bromas, churros, besos, chocolates, risas... Y lo terminara con Katia. Durmiendo junto a ella, en la cama de al lado, vacía de pacientes. No está seguro, pero puede ser que la propia Alexia se haya encargado de hablar con los responsables del hospital para que nadie comparta habitación con su hermana pequeña.

Sólo una vez más. Como el viernes, cuando acepto tomar aquella copa, que fueron dos, que luego pasaron a tres y de las que termino perdiendo la cuenta con el paso de las horas. Pero le dolió más perder la dignidad. Y, sobre todo, tener que mentir.

Ahora, enrolado en esa mentira, no puede volver atrás. Sería perjudicial para él y también para Paula, para la relación entre ambos.

Mira la luna. Es la misma luna de marzo que vio cuando beso por primera vez a aquella chica de dieciséis años; la misma luna de marzo que fue testigo del roce de labios entre él y la chica del pelo rosa entre fotografía y fotografía.

¿Cómo le pueden pasar tantas cosas en tan poco tiempo? Se abruma. Sus ojos se pierden en un horizonte de altos edificios y estrellas relucientes que acaban de salir a embellecer el firmamento. Es de noche en un domingo extraño.

Un hombre de porte elegante, ataviado con una bata blanca, camina hacia él. Es el doctor que se encarga de atender a Katia.

—Ah, está usted aquí —dice jovial.

—Sí. ¿Ya ha terminado de verla? ¿Está bien?

—Perfectamente. Le pondríamos dar ya el alta, pero prefiero que se quede aquí hasta mañana.

Así estaremos más seguros de que todo va correctamente.

—Muy bien. Y pasare esta noche con ella.

El médico asiente con una sonrisa.

—Si me permite un consejo...

—Dígame.

—Si usted es una persona discreta, y no quiere mucho jaleo con la prensa, no salga demasiado de la habitación.

—Los periodistas son unos entrometidos, ¿verdad? —ironiza el chico, sin dar a conocer su profesión.

—Mucho. Si usted supiera...

Ángel sonríe.

—Gracias, seguiré su consejo.

El doctor le da una palmadita en el hombro.

—Cuando quiera puede volver a la habitación. Creo que una chica le espera ansiosa.

El médico se despide cortes y se aleja del joven periodista, que toma el camino contrario hasta la habitación de Katia. Ángel da dos golpes suaves en la puerta y, tras el permiso de la chica, entra.

—¡Ya te echaba de menos! —exclama la cantante desde la cama.

—Si sólo he estado media hora fuera...

El chico coge una silla y se sienta a su lado.

—Mucho tiempo —comenta esa actitud. No sabe por qué, pero cuando Katia adopta la postura de niña refunfuñona, le gusta. La ve siempre tan segura de sí misma, tan provista de medios para conseguir lo que desea, que cuando desenfunda su lado inocente, le entenece. ¿Y algo más?

—Sí, he visto anochecer desde uno de los pasillos.

—¡Muy bonito, y yo aquí con el doctor...!

—Es un buen hombre. Me ha recomendado que tenga cuidado con los periodistas.

—También me lo ha dicho a mí, pero creo que especialmente tengo que tener cuidado con uno. ¿Tú qué crees?

—Tal vez —contesta, acariciándose la barbilla—. Hay un tiempo de la competencia que hace preguntas terribles. Me parece que lo he visto de reojo por aquí.

—¿Te burlas de mí, señor periodista?

De nuevo la Katia niña, esa cría que simula que se enfada, que representa el papel de chica ingenua e inofensiva.

Ángel se divierte. No le contesta con palabras sino con una sonrisa.

Se levanta de la silla y se tumba en la otra cama sin tan siquiera deshacerla. Nota un gran cansancio por primera vez en el día. Mira hacia el techo y cierra los ojos con la nuca pegada a la almohada.

Katia se recuesta hacia el lado desde el que puede ver a su acompañante. Un hormigueo le recorre el cuerpo.

—Ángel, ¿está dormido?

—No, no me ha dado tiempo —bromea.

Sigue contemplándolo. Recuerda la versión que ella misma tiene hecha en su disco de *I can't take my eyes off of you*: «No puedo apartar mis ojos de ti».

—¿Qué tal te va con tu chica?

Ángel vuelve a abrir los ojos tras oír aquello. Se reclina hacia el lado desde el que puede ver a Katia. Sus miradas se encuentran.

—¿Con Paula?

—Sí. Es tu novia, ¿no?

—Algo así. Estamos empezando.

—Ésa es la mejor parte. Cuando se comienza con una historia todo es bonito, ilusionante.

Los ojos de Ángel se vuelven a cerrar. Cansancio. Sueño. Piensa en Paula, en que contradictorio es todo. Sale con una chica y resulta que pasa dos noches con otra.

—Sí, todo es... muy bonito..., al principio —balbucea—. Aunque también... difícil.

Los ojos de Katia parpadean lentamente. No aguantan más abiertos. Envidia a esa Paula. Como le gustaría estar en su lugar: cambiaría todo el éxito, todo los discos vendidos, todo los seguidores, por una vida junto a él.

—Muy difícil —suspira somnolienta por el efecto de las pastillas que se ha tomado. Espera que él vuelva a hablar, pero sólo recibe silencio.

Sin añadir tampoco nada más, se deja llevar por el letargo de sus parpados que se cierran definitivamente. Y sin darse cuenta, casi al mismo tiempo, Ángel y Katia se duermen con sus rostros uno enfrente del otro unidos por Morfeo.

Esa misma noche, en otro lugar de la ciudad.

Aburrida. Es lo único que se le ocurre para definir la tarde del domingo.

Paula echa de menos a Ángel. No ha querido molestarle con tontas llamadas. Estará trabajando, seguramente atento por si Katia sale de la habitación del hospital o por si dan a conocer alguna noticia acerca de la salud de la cantante.

A lo largo del día ya han informado de que sólo ha sido un susto, que se repondrá perfectamente y que pronto volverá a los escenarios. ¡Menos mal!

Es un alivio saber que está ilesa del accidente. Con lo que le gustan sus canciones. ¡Pobre chica!, parece tan pequeñita, tan frágil... Sin embargo, transmite como nadie cuando actúa. Sus ojos, su voz, sus gestos... emocionan.

Y también se han quedado con las ganas de hablar con Álex. ¡Qué tonta, ni siquiera le pidió su móvil!

Aquel chico es distinto. Nunca había conocido a alguien tan romántico. ¿A qué persona se le podría ocurrir repartir al azar su propia novela en forma de cuadernillo? ¿Estará teniendo suerte? ¿Le habrá contestado alguien? No se ha conectado en toda la tarde.

¿Se volverán a ver? Extraño domingo. Empezó viendo por la ventana de su

dormitorio a Ángel hablándole desde el teléfono móvil ¡Dios! Luego caricias y besos en el parque de los cien escalones. Porque está convencida que son cien y no noventa y nueve. ¡Qué tonto...! Y después el desayuno con la broma del chocolate: el mejor desayuno de su vida...

Pero luego, nada más. Vacío. Se pone el pijama. No tardará mucho en irse a dormir. Antes enciende el PC para ver si Ángel está conectado.

O quizá esté Álex.

Ninguno de los dos. Una luz naranjita sobresale en esos momentos en la barra de herramientas interior del ordenado. Es Miriam.

—Hola, feísima.

—Holi, atontada.

—¿Qué haces?

—Pues me iba ya a la cama, miraba el correo antes —miente Paula—. ¿Y tú?

—Tonteaba un poco con unos, pero ya me aburrí.

—Ah.

—¿Te pasa algo? —pregunta Miriam—. Te noto seria. Que no escribas con iconos es mala señal.

—Estoy bien, sólo que me he aburrido mucho esta tarde.

—¿Y tu angelito?

—Cubriendo la noticia del accidente de Katia.

—¡Es verdad! ¡Qué fuerte!, ¿eh?

—Sí, mucho, pero está bien. Aunque, por eso, Ángel se ha pasado todo el día en el hospital.

Paula se levanta de la silla. No le apetece hablar más. Va a despedirse de su amiga.

—Oye, ¿has hablado últimamente con mi hermano!

—Con Mario Sí, ayer mismo, cuando os avisé por si mi madre llamaba a vuestra casa.

—¿Y no le notaste raro?

La chica vuelve asentarse.

—Sí, un poco. Tenía un *nick* extraño el otro día.

—¿Un *nick* extraño?

—Sí, se quejaba de algo, no recuerdo muy bien de qué. Me preocupó.

—No me di cuenta.

—¿Ha tenido problemas con alguna chica? ¿Algún desengaño amoroso?

Miriam piensa por un momento. No. Definitivamente, no.

—Que yo sepa no, ¡pero tengo una teoría!

—Cual —pregunta expectante Paula, que se balancea en su asiento.

—Creo que le gusta una de las Sugus.

¡Vaya, así que era eso! Si, encaja con lo que ella piensa.

—Tiene sentido.

—Creo que es Diana —señala Miriam bastante convencida.

—El otro día le hable de un comentario que hizo ella sobre él y se hizo el duro. ¿Y si se ha enamorado?

—Puede ser.

—¡Madre mía!

—¿Te imaginas a Diana de cuñada?

—¡Calla, loca! —carcajada silenciosa en la habitación de Paula. Pero realmente le preocupa su amigo.

—He quedado con él esta semana para estudiar en vuestra casa. Intentaré sacarle alguna información.

—Veo que el salir con un periodista te afecta, ¿eh? —icono Sonriendo y guiñando un ojo.

—¡Qué capulla...! Me preocupa tu hermano.

—Lo sé. Pues espero que te enteres de lo que le pasa y me lo cuentes. A mí no me dice nada nunca.

—Porque siempre te estás metiendo con el pobre —explica Paula y añade un lacasito amarillo sacando la lengua.

—Eso no justifica nada, listilla, aprendiz de periodista —responde Miriam con el mismo icono.

Paula contesta con un lacasito levantando su dedo corazón y Miriam con otro haciendo el gesto surfista. Y tras varios insultos «cariñosos», besos y «te quiero», se despiden, ¿no?

¿Periodista? No es mala idea, aunque nunca se lo había planteado. Quizá. Al menos tendría enchufe, ¿no?

Capítulo 27



sa noche de marzo, en un lugar alejado de la ciudad.

Luna Estrellas. Álex mira el negro cielo manchado de gotitas luminosas desde su pequeño rincón en la azotea de su casa, a las afuera de la ciudad. En el centro, seguro que los altos edificios no le permitirían deleitarse con aquel espectáculo. Se siente minúsculo, ante tanta inmensidad, y afortunado.

Una suave brisa enfría la noche. En sus piernas sostiene el portátil. Está cansado. Ha repartido solo todos los cuadernillos que le quedaban. ¡Cómo le hubiera gustado tenerla a su lado! Paula no desaparece de su cabeza. Al contrario, le es difícil hacer algo sin que aquella chica invada sus pensamientos.

No está conectada. Hoy no han hablado en todo el día.

¿Pudo ser ayer el final? Se niega a creerlo.

Mira su fotolog, en el que, cuando puede, añade un fragmento de *Tras la pared*. Muchos comentarios le felicitan por su trabajo. Cada vez hay más gente que se está aficionando a lo que escribe. Durante media hora les contesta a todos. Y así se anima, pese a que sigue sin saber nada de Paula.

Sin embargo, pronto el pesar vuelve a su ánimo. No hay ninguna noticia de las personas que han encontrado los cuadernillos por la calle. Suspiros untados con paciencia.

No debe caer en el pesimismo. Nueva idea, nueva ilusión, nueva locura: el plan B. Se le ha ocurrido en el autobús de vuelta a casa. Se trata de llevar *Tras la pared* a otro nivel. Es una sinrazón, una irrealidad. Una misión imposible, pero no pierde nada por probar. Álex sueña con ser escritor. Cuanto más se dé a conocer, más tendrá; cuantos más lectores, más posibilidades habrá de encontrar una editorial una vez que concluya el libro.

Así que necesita factores especiales para que todo esto se produzca: los cuadernillos y el plan B.

Abre Google y busca algunas direcciones. Son links de diferentes discografías. De cada página, copia la ciudad, el código postal y la calle donde tienen su sede, y las pega en un archivo de texto.

Terminado el trabajo, redacta un documento base que va a utilizar como plantilla para todos sus envíos.

Buenos días, tardes o noches.

Para mí, buenas noches, ya que le escribo cuando la luna y las estrellas me cobijan.

En primer lugar, muchas gracias por abrir este sobre y perdón por las molestias causadas. Le habrá sorprendido este envío. Es lógico. A mí también me pasaría. Le explico. Soy un chico que pretende ser escritor. Algo difícil, lo sé, pero estoy poniendo todo mi empeño y mi esfuerzo en ello, y no sólo escribiendo, sino moviendo todo lo que esté a mi alcance para al menos tener la oportunidad de ser leído. Y quién sabe si algún día alguna editorial se fijará en todo esto...

*Lo que le mando en esa funda transparente son las catorce primeras páginas de **Tras la pared**, la historia que en estos momentos estoy escribiendo. Sólo pretendo divertir, entretener. Quizá es demasiado romántico, tal vez es irreal; a lo mejor infantil, juvenil, adolescente. Da igual: es en lo que ahora mismo estoy metido, y estoy satisfecho con ello. Aunque la verdad es que me queda mucho por aprender. Hace unas semanas comencé a escribir esta historia en Internet. En un fotolog. Pero ¿por qué no seguir intentando crecer? Usar la imaginación para posibilitar que más personas conozcan lo que hago. Y en ello estoy. Lo que pretendo: en esta historia, la música es una parte muy importante de la trama. A lo largo de todo el libro introduzco canciones que los personajes en un momento u otro escuchan. Pero... ¿por qué no una dedicada en exclusividad para **Tras la pared**? Ya sé que esto es un atrevimiento, una osadía por mi parte. No tendrá tiempo ni para respirar, así que para dedicarlo a componer una canción para mi libro, será un imposible. En ese «casi» sostengo mi esperanza. Contar con un tema creado por usted para mi novela sería la guinda definitiva para esta aventura.*

Cuanta más gente consiga que nos conozca a la historia y a mí, más posibilidades tendré con una editorial. Es un sueño, mi sueño, y usted está formando parte de él. Y si quiere puede colaborar.

La dirección de mi fotolog, por si le interesa, es:

http://www.fotolog.com/tras_la_pared y mi MSN, para cualquier cosa que necesite: traslapared@hotmail.com o alexescritor@hotmail.com.

Nada más. Le vuelvo a pedir perdón por mi atrevimiento.

Gracias por su atención y disculpas por las molestias.

Atentamente, el autor.

El joven repasa varias veces lo que ha escrito. ¡Es una locura!

Pero sólo es una locura más, y no va a frenarla.

Vuelve a examinar la lista de cantantes y discográficas a los que va a enviar el cuadernillo. No pierde nada, sólo puede ganar. Y si esta vez sale bien, la victoria será grandiosa.

Entonces recuerda algo que ha oído en la radio del autobús. Claro, le falta por incluir a esa cantante que ha tenido un accidente esta mañana. Afortunadamente, han dicho que estaba bien. Busca en Internet la discográfica a la que pertenece. Ahí está: Una foto de Katia presenta la página. ¡Qué gran éxito está teniendo! Álex copia la dirección y la pega en el documento. Vuelve a mirar la foto de la cantante de pelo rosa. Es bastante guapa, tiene algo especial, sin duda.

Sí, ella será la primera a la que envíe su nueva idea marcada por el atrevimiento y la locura.

Capítulo 28



sa misma noche de marzo, en un lugar de la ciudad.

Lleva despierta desde hace un rato. Abre los ojos. Lo mira, comprueba que sigue allí, y vuelve a cerrarlos. No se ha marchado. Sonríe. Ángel duerme en la cama de al lado. ¿Cuánto tiempo hace que no siente algo así por alguien? Mucho. Ni lo recuerda.

Ha tenido ligues, rollos y algún que otro novio de quita y pon. Sí, le gustaban, pero no le latía el corazón como lo hace ahora. Con todos los hombres que se le acercan y se tiene que ir a enamorar de uno imposible. ¿Imposible? ¿Imposible, por qué? Porque no se ha fijado en ella. Porque quiere a otra. Porque tiene novia. Que tiene novia.

Pero han empezando la relación hace muy poco tiempo. ¿Y si aquella Paula no fuera la chica de su vida? ¿Y si la chica de su vida fuera ella? Estaría desperdiciando una oportunidad. Es más, nunca sabría qué habría pasado entre ambos.

Katia vuelve a abrir los ojos. Lo mira otra vez. Está guapo incluso mientras duerme. Enseguida los cierra sonriente. Está allí. Eso querrá decir algo. Ni siquiera ha tenido que llamarle para que acudiera a verla al hospital. Y, además, se ha quedado a pasar la noche, aunque está segura de que, en eso, su hermana ha tenido mucho que ver.

¿Tiene alguna posibilidad? ¿Y si le cuenta lo que siente? Quizá a él le pase lo mismo. Tal vez él también esté empezando a experimentar algo parecido. Pero, si no es así, ¿puede perderlo para siempre si le confiesa su amor? La chica del pelo rosa se agita nerviosa bajo las sábanas blancas de aquella cama de hospital. Le duele la cabeza y no precisamente por el golpe del accidente.

De todas formas, mañana todo habrá acabado. Mañana, cuando le den el alta, se despedirán. Él seguirá con su vida, con su entrevista, con sus artículos. Con su Paula. Y ella sufrirá el acoso de los medios, de los interesados, de los admiradores. Todos querrán saber qué ha pasado, si está bien...

¡Uff! Se agobia. Pero abre los ojos y lo observa una vez más. Eso le ayuda a tranquilizarse. Respira hondo y se relaja. Aun queda noche por delante, horas compartidas, minutos en los que estarán juntos. No dormirá más: quiere disfrutar de esos instantes; de él, aunque esté dormido. Puede mirarlo y soñar despierta.

Dentro de Katia brota un fuerte impulso, una sensación inexplicable. Se desenreda de las sábanas y, con cuidado, se sienta en la cama. Se tambalea un poco, las piernas le tiemblan, pero consigue ponerse de pie.

Lentamente, descalza, camina hasta la cama de Ángel. Su dulce expresión

mientras duerme le cautiva un poquito más. Ella sigue sintiendo algo arrollador en el interior de su pecho. Lo mira, fija sus ojos vidriosos en su rostro, se inclina despacio y lo besa. No tiene miedo de que despierte, pero el beso es delicado, casi imperceptible, sólo un roce de labios: una caricia que su boca hace a la boca de aquel chico, que no parece enterarse de que le están dando un beso de auténtico amor.

Esa misma noche de marzo, en ese mismo punto de la ciudad, en la cama de al lado a la de Katia.

Se despierta. Parpadea y abre los ojos lentamente. ¿Qué hora debe ser? Muy tarde. La noche está bien entrada y una tenue luz ilumina la habitación. Allí, acostada de frente a él, continúa ella. La observa detenidamente. Es una chica preciosa. Su cara transmite algo especial incluso dormida.

Pero él tiene ya a Paula. ¿Y qué hace allí?: un favor. No se pudo negar a lo que le pidió Alexia. ¿Cómo iba a hacerlo? Pero no deja de pensar que ése no es su sitio.

Son demasiadas mentiras en muy poco tiempo. Ha entrado en un peligroso círculo de falsedades o verdades a medias del que no puede salir. Desea que aquello quede en el olvido, como si nunca hubiese pasado. Sobre todo por Paula, que sufriría si se enterase de la verdad.

Suspira levemente. Está cansado: preocupaciones, responsabilidades...

Peter Pan huyendo del País de Nunca Jamás. Y cuando salga de aquel hospital será mucho peor. Mañana le espera un día duro. No ha adelantado nada de trabajo durante el fin de semana y además deberá dar explicaciones tanto a su jefe como a Paula de lo que ha pasado en el hospital.

Se pregunta cómo va a enfocar el tema. Por un lado está la noticia del accidente de Katia. Tendrá que escribir sobre ello irremediablemente. Y por otro lado, la parte personal. Ahí surgirá un conflicto consigo mismo, saber qué puede contar y qué no. Es una situación nada fácil.

Y a Paula le tendrá que decir más mentiras. Se promete que serán las últimas e intenta convencerse de que será así. Pero eso será mañana, ahora tiene que descansar. Cierra los ojos de nuevo e intenta dormir. No hay manera. Minutos más tarde sigue despierto. No consigue conciliar el sueño. Entonces percibe algo. Como si alguien se desplazara lentamente por la habitación. Sí, está más cerca. Abre un ojo a medias, con un párpado tembloroso, y ve cómo Katia se inclina sobre él y deposita sus labios en los suyos. Suave, demasiado suave. No es un beso caprichoso, es un beso con cariño. ¿Agradecimiento? ¿Despedida? ¿Amor? Ángel se deja llevar, y sin decir nada, lo acepta y sigue haciéndose el dormido. La cantante regresa a su cama y él, perdido, confuso, no pegará ojo en toda la noche.

Capítulo 29



A la mañana siguiente de un día de marzo, en algún lugar de la ciudad.

Lunes. Odia los lunes. ¿Por qué tienen que existir? Con lo bonito que son los fines de semana... Pero todo lo bueno se termina pronto.

Paula corre de un lado para otro de la casa. Va desde su habitación al cuarto de baño, pasa otra vez por su habitación y baja a la cocina a desayunar. No tiene tiempo ni para beberse sentada el Cola Cao. De pie, da un mordisco a un poco de pan tostado que mastica a trompicones mientras llega al salón. No quiere perder el autobús como le pasó tres veces la semana pasada. Pero no puede olvidarse de nada.

Mercedes la observa inquieta y le pregunta si ha cogido esto. Y aquello. Está todo. O eso cree.

Tres minutos para que pase el autobús. Le da un beso rápido en la mejilla a su madre y sale disparada hacia la parada con la mochila de las Supernenas a cuestas. ¡Tiene que conseguirlo!

Avanza veloz por la acera. ¡Uff! El semáforo está en rojo. Impaciente, da pequeños saltitos sobre los talones. Por fin, verde. Camina aún más deprisa. Cruza un paso de cebra y tuerce a la derecha.

Como si fuera el anuncio aquel en el que dos novios llegan a encontrarse a la vez, Paula y el autobús coinciden de frente, cada uno en un extremo de la calle. La chica corre todo lo que puede. El vehículo se detiene delante de la marquesina. Hay una pequeña cola que cada vez se hace más corta. Sube el último pasajero. ¡Que se va!

El conductor cierra la puerta delantera, pero cuando mira a un lado y a otro para arrancar, ve llegar jadeante a una chica gesticulando para que no se marche sin ella. El hombre frena y espera a la joven. ¿Por qué no se levantarán cinco minutos antes? Paula, con las mejillas sonrosadas y el aliento entrecortado, sube y da las gracias al chofer del autobús. Exhausta, abre la mochila de las Supernenas en busca del tique del abono mensual. ¡Mierda! Pues no ha cogido todo... Siempre le pasa igual. Así que no le queda más remedio que pagar el billete.

Lamentándose y maldiciendo su olvido, camina por el estrecho pasillo. Caras adormiladas, la mayoría conocidas, habituales en la travesía; algún que otro saludo y alguna que otra mirada furtiva de alguien que se gira cuando pasa por su lado. Se da cuenta, pero no le molesta. Está acostumbrada.

Menos mal, un sitio libre al fondo. Un chico con un gorro negro de lana de Ralph Laurence se levanta para que pase junto a la ventanilla. Buen compañero de viaje.

Se parece a Álex, piensa. Si, se da un aire. Aunque su Álex es un poco más guapo. Un momento, ¿desde cuándo es «su» Álex? Bah, no tiene importancia.

Respira hondo un par de veces, tratando de no hacerse notar demasiado a causa del esfuerzo de la carrera. Saca el mp3 con cuidado para no molestar al muchacho del gorro negro. Sin embargo, no puede evitar que sus codos choquen. Se excusa y sonríe. El chico serio no dice nada y, tras un breve repaso a la sonrisa de Paula, vuelve a mirar hacia delante. ¡Qué borde! Otro al que no le gustan los lunes... Pero podía ser más simpático, ¿no? Deberá prestar más atención en sus movimientos para no molestarlo. Guapo, pero poco cortés. No como Álex.

¿Álex? Otra vez le ha venido a la mente su amigo escritor... ¿Qué le va a hacer si se parecen? Busca en su pequeño reproductor una canción de Coldplay ya está: *The Scientist*. Paula apoya la cabeza en el cristal y cierra los ojos. El traqueteo del autobús mece sus pensamientos. Lunes. Quedan cinco días para su cumpleaños. Diecisiete años. Suspira. Se hace mayor. Eso es bueno, ¿no? No lo sabe. No es de esas chicas que quieren crecer y llegar rápidamente a los dieciocho. Aunque tendrá su ventaja, claro.

El sábado se terminan los dieciséis. Y quizá no sólo eso sea lo que se acabe.

Su virginidad... Un escalofrío le recorre todo el cuerpo. Abre los ojos muchísimo. El sueño desaparece por completo. ¡Madre Mía! Va a acostarse con un tío. Y pensar que hace nada estaba jugando con sus muñecas...

Intenta tranquilizarse. El sexo es algo normal. Todas sus amigas ya lo han hecho alguna vez. No tiene que preocuparse, sólo disfrutar de ese momento, único e irrepetible. Y Ángel es el adecuado para dar el paso, ¿verdad?

No tiene noticias de él desde que hablaron ayer por la tarde. Por teléfono. Seguro que ha pasado un domingo aburridísimo allí, en el hospital, pendiente de cualquier noticia sobre Katia. Pobrecillo, es duro eso de ser periodista sin horarios fijos. Paula se siente un poco culpable, quizá debería de haberlo. Llamado para preguntarle qué tal estaba.

¡Bien! El tipo guapo, pero antipático del gorro se va Paula aprovecha el momento y saca su móvil de la mochila de las Supernenas. Seguro que a Ángel le hace mucha ilusión recibir un SMS. A su lado ahora se sienta una chica mayor que probablemente vaya a la universidad. No lleva mochila sino una carpeta a punto de reventar. También oye música.

Paula, dubitativa, comienza a escribir el mensaje, al tiempo que suena Algo contigo, de Rosario Flores: «Amorrrr. Cómo fue todo ayer. Espero que no te aburrieras mucho. Te echo de menos. Ahora voy para el instituto. Cómo me gustaría ir junto a ti... Quiero verte. ¿Esta tarde?».

Pero entonces recuerda que esa tarde tiene ya cosas que hacer. Ha quedado con Mario para estudiar. No podrán verse. Eso la entristece. Borra las últimas palabras y

continúa escribiendo:

«... Cómo me gustaría ir junto a ti. Esta tarde tengo que estudiar, no puedo quedar. Pero te llamaré. Un beso. Te quiero mucho, mi periodista». Enviar.

El autobús se detiene. Es la parada de Paula, que se da cuenta de casualidad. La chica universitaria sí le sonrío cuando se levanta para dejarla pasar. A clase ya ha llegado alguien que no sonrío tanto. Pero la semana no ha hecho más que comenzar.

Esa misma mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

El pitido del móvil lo despierta. Un mensaje. Ángel protesta por no haber cambiado aquel sonido estridente por otro un poco más suave. A ciegas, y tras dar vanos manotazos en falso, alcanza el teléfono que antes de acostarse dejó en la mesita junto a su cama. Le duele todo el cuerpo, especialmente la cabeza. No ha podido dormir más de media hora en toda la noche, que se ha hecho larguísima en aquella habitación de hospital.

El SMS es de Paula. Le dice que espera que no se haya aburrido demasiado y que le encantaría estar junto a él en ese momento. No puede quedar por la tarde porque tiene que estudiar, pero que ya le llamará.

Un asfixiante sentimiento de culpabilidad inunda al periodista. Todo aquello se le ha escapado de las manos. Por un instante, se vuelve valiente y piensa en llamarla para contarle toda la verdad. Pero enseguida se echa atrás. No puede hacer eso: sería perjudicial para todos, sobre todo para ella. Relee la pequeña pantallita de su teléfono un par de veces más. Cada palabra hace que se sienta peor. Por fin, deja de torturarse y suelta otra vez el móvil en la mesita. Suspira. Se tumba boca arriba en la cama con las manos en la nuca. Se lamenta una y otra vez de todo lo que está pasando, pero no puede volver atrás. Las cosas han salido así y ya no tienen solución. Y para colmo de males, el beso de Katia.

Ángel se gira hacia la izquierda y la mira. Durante toda la noche ha hecho cábalas acerca de los motivos de aquel beso. Sin éxito, porque no ha llegado a ninguna conclusión satisfactoria. ¿Estará enamorándose de él? No, eso es imposible. ¿Cómo una cantante famosa que conoce desde hace tan sólo cuatro días, se va a enamorar de él, un periodista cualquiera de una revistucha de música? Pero ¿entonces, porque le beso? Sin respuesta.

Otra vez el teléfono de Ángel vuelve a sonar. En esta ocasión es un SMS sino una llamada. El jefe. Ahora que lo piensa, es extraño que no le llamara ayer por el asunto de Katia.

Lo coge y contesta con firmeza.

—Buenos días, don Jaime.

—¿Buenos? ¡No sé qué tienen de buenos!

Mal asunto, el jefe está en uno de esos días que tienen todos los jefes. Ángel intenta seguirle la corriente.

—Es cierto, los lunes son horribles.

—¿Lunes? ¡Qué importa que sea lunes!

—¿Qué le ocurre, don Jaime?

—¡Que estamos jodidos! Resulta que abro el periódico mientras me tomo el café y... ¿qué veo? ¡Katia ha tenido un accidente! ¡Y yo me entero 24 horas más tarde! Ayer desconecté con el mundo, en mi casita de campo, y resulta que se produce un acontecimiento de este tipo. ¡Estamos jodidos!

—Pero don Jaime...

—¡Ni don Jaime ni leches! ¿Cómo es posible que una de las pocas revistas de música que existen en el país no esté en el lugar donde se produce un hecho tan relevante? ¡No tenemos perdón de Dios!

—Pero don Jaime...

—Bueno, Ángel, vente cuanto antes a la redacción que tenemos que ver cómo afrontamos esta crisis. O mejor aún, corre al hospital en el que está ingresada Katia y a ver si aún pillas algo. Por allí. Aunque las noticias hablan de que hoy le daban el alta, así que puede que ya esté fuera. ¡Somos lo peor! ¡No merecemos llamarnos periodistas!

Al joven periodista casi se le escapa una carcajada cuando oye los gritos de su jefe. Vuelve a mirar a la cantante de pelo rosa, que ya se ha despertado al oír el ruido del teléfono. Ángel le sonrío amablemente. Ella se frota los ojos y también sonrío. Al final se quedó dormida. Malditas pastillas.

—Buenos días —susurra ella.

—Buenos días —contesta él, en voz bajita, tapando con la mano el móvil para que no le oigan. Es curioso. Pensaba que cuando volviera a hablar con Katia se sentiría incómodo. Sin embargo, sucede lo contrario.

—¡Ángel! ¡¿Me has oído?! ¡Corre al hospital! —exclama desesperado Jaime Suárez al otro lado de la línea.

—Ya estoy allí, don Jaime —responde con tranquilidad.

—¿Cómo? ¿Que estás, dónde?

—En el hospital. Ayer me enteré temprano de lo sucedido y he estado cubriendo la noticia.

—¡No jodas! ¡¿Y por qué no me llamaste?!

—Sabía que usted se había tomado el día libre —miente—, y no quería molestarle. Así que me decidí a cubrir yo la noticia Hoy le pasaré un informe completo de todo.

—Tú..., tú... eres bueno, Ángel. Eres muy bueno.

La imitación de Jaime Suárez de Robert De Niro en *Una terapia peligrosa* deja

bastante que desear, pero Ángel sonríe satisfecho. Por fin, algo positivo de aquella historia.

Katia lo observa atentamente. No entiende muy bien lo que ocurre, pero le da igual. Él sigue allí, junto a ella. Y, a pesar de que aquel maravilloso chico no se enterara de nada, aún saborea el dulce beso de anoche. Aunque pronto se separarán.

—Gracias, don Jaime, cumplo con mi trabajo. Además, sólo he hecho lo que usted me dice. Un periodista no tiene horarios y debe hacer lo posible por llegar a la noticia.

—Aprendes rápido muchacho. Pero la próxima vez, ¡avísame!

—Lo haré.

—Espero ese informe cuando hayas terminado ahí. Hasta luego, Ángel.

Jaime Suárez cuelga antes de que pueda despedirse de él.

—¿Tu jefe? —pregunta Katia, que se sienta en la cama y abraza la almohada apretándola contra su vientre.

—Sí. Estaba muy preocupado porque no teníamos cubierta la noticia del mes.

—¿Cuál es esa noticia?

Ángel sonríe divertido ante la ingenuidad de la chica.

—Pues resulta que el sábado por la noche una famosa cantante tuvo un accidente de tráfico.

A Katia le cuesta procesar la información. Se acaba de despertar y lleva un día a base de pastillas. Cuando se da cuenta de que habla de ella, gruñe y le saca la lengua.

—Menuda noticia. Eso no es importante.

—¿Bromeas? Es un notición. Aunque si te hubiera pasado algo grave lo habría sido más.

La cantante deja escapar un «oh» con la boca muy abierta al escuchar las palabras de Ángel. Él enrojece al comprender su metedura de pata.

—Perdona, no quería decir que...

—No, no, perdóname tú por no haberme matado con el coche... —La frase hiela el corazón del chico.

—Lo siento.

Un incómodo silencio se establece entre los dos. Katia se levanta de la cama. Está seria, molesta. Camina hasta el cuarto de baño. Pasa al lado de Ángel, pero ni le mira. Continúa un poco mareada, aunque está mucho mejor que el anterior.

Entra y cierra con llave, no vaya a ser que se atreva a seguirla. Se mira en el espejo. Su imagen le muestra las secuelas de las últimas horas. Maldice el accidente, sus heridas, las pastillas. Maldice a Ángel.

¡Será tonto...! No se da cuenta de nada. ¿No piensa cuando habla o qué? Ni tan siquiera se enteró de su beso. Es un capullo. Pero está enamorada de ese capullo. Suspira delante del espejo y quiere llorar, aunque no puede permitirse ese lujo. Ella no llora por un tío. Sin embargo, una sorprendente angustia aprisiona su pecho y le sube

hasta la garganta. Le escuecen los ojos, ahora enrojecidos. Se ahoga. ¡Malditas pastillas!

Recuerda la letra de aquella canción: «Cuando tú no estás, yo no puedo respirar».

Abre el grifo y coloca la cara debajo del chorro del agua fría, que sale con mucha fuerza. Tiene que tranquilizarse. Ella es una chica fuerte y no va a llorar.

Gotitas de agua fría le salpican el pijama. Incluso alguna va a parar a su cuello provocándole escalofríos.

Poco a poco va encontrando la calma. Así está mejor. Cierra el grifo y se vuelve a mirar al espejo.

—No vas a llorar —se dice a sí misma.

Coge una de las toallas blancas que encuentra perfectamente dobladas en una encimera. Está suave, como los labios de Ángel. Suaves y peligrosos labios. ¿Cómo iba a pensar ella que se iba a enamorar de un periodista con novia?

No puede continuar así. No va a pensar más en Ángel. El destino les ha unido en un mal momento. Es una historia imposible. Eso es. Cuando ahora se despidan será el final de aquel cuelgue.

«Sólo es un tío más. Un flechazo que no va a ninguna parte», piensa. Otra vez la letra de aquella canción: «Yo te quiero y sin ti no sé caminar».

Deja la toalla colgada junto al lavabo y se peina un poco con las manos. Piensa que tiene un aspecto horrible. Pero eso da lo mismo. Sonríe.

—No vas a llorar.

Con determinación, quita el cerrojo de la puerta y la abre. Decidida. Ángel está enfrente, de pie. ¡Qué guapo es! Se le iluminan los ojos ¿Por qué le tiene que pasar esto a ella?

El periodista la recibe con una sonrisa dulce, cariñosa: una súplica de perdón.

Katia agacha la cabeza. No le impresiona. ¿O sí?

¡Uff, claro que sí! Se derrite ante esa sonrisa, ante esos ojos azules. No quiere mirarlo. Camina hacia la cama deprisa. Se tumba en ella, se despiden y fin.

Sus pies descalzos avanzan veloces. Él no se mueve, no deja de sonreír.

Al pasar al lado de Ángel, su brazo roza con el de él, piel con piel y se estremece. Se quiere morir.

—Katia, perdóname. Soy un bocazas. Un capullo. Pero de verdad que no quise decir nada para ofenderte...

La cantante se detiene cuando lo sobrepasa y escucha lo que dice. Y tiene razón. Es un capullo, pero no por aquellas palabras tontas sino por no quererla a ella. Por amar a otra.

—No te preocupes. Perdonado.

Tiene la tentación de darse la vuelta, saltar sobre él y abrazarlo como nunca antes lo hayan abrazado. Agarrarse con sus piernas a su cintura y no soltarle jamás. Pero se

limita a girar la cabeza y sonreír. Debe olvidarse de Ángel.

—Ha entrado el médico mientras estabas en el baño. Te van dar el alta cuando examinen que todo está bien.

—Ah, vale.

—Y yo... me tengo que marchar. Tengo mucho trabajo y, además, debo pasarle un informe a mi jefe de la noticia de tu accidente. Por supuesto, lo explicaré todo sin dar detalles personales.

—Confío en ti. Muchas gracias por estar a mi lado.

—No es nada. Y... perdona otra vez por lo de antes.

Katia lo mira con simpatía. Finge. Quiere que se vaya ya, olvidarse de él para siempre. Aunque la realidad es que le diría que se quedara allí con ella, que la tumbara en una de las camas y le hiciera el amor obviando a médicos y enfermeras.

—No te preocupes. Un mal entendido.

—Bien, entonces me voy. Cuídate. Ya nos veremos.

—Ya nos veremos.

Ángel camina hasta la puerta y sale sin decir nada más. Atrás quedan el beso, los deseos, las palabras, las sonrisas..., y la sensación de que tardarán mucho tiempo en volver a verse. Ninguno de los dos puede sospechar lo que el futuro les deparará esa misma semana.

Capítulo 30



Esa misma mañana de marzo, en un lugar alejado de la ciudad.

El canto alocado de un pájaro que revolotea cerca de la ventana de la habitación anuncia una nueva jornada soleada. En todo el mes de marzo no ha caído ni una sola gota de lluvia.

Álex abre la ventana y recibe en su pecho desnudo la brisa de la mañana. Inspira el aire frío y lo suelta despacio. Repite la acción un par de veces más. Ésa es la mejor manera de despejarse.

Camina descalzo hasta el armario y, tras rebuscar en cajones y perchas, elige la ropa con la que se va a vestir. Sobre su esbelto torso deja caer un fino jersey beis que enseguida se remanga. A continuación, se sienta en la cama y se pone unos vaqueros negros y unos calcetines del mismo color. Debajo de una silla tiene unas botas marrones de cordones con las que se calza. Duda si coger la cazadora. «Sí, por si acaso». Aunque nunca tiene frío.

Pasa por el baño para peinarse un poco y echarse sobre el cuello y las muñecas una esencia de Loewe. Se mira en el espejo sin demasiado interés. Mañana tendrá que afeitarse.

Y regresa a su cuarto. Desconecta el ordenador portátil del enchufe de la pared y lo introduce en un maletín negro. En uno de los bolsillos mete el móvil que ha dejado cargando toda la noche.

¿Listo? No. Queda lo más importante. Encima de la silla, bajo la que estaban las botas que ahora lleva puestas, están los sobres que anoche dejó preparados para enviar a las discográficas y cantantes elegidos para su locura. Dentro, cuadernillos de *Tras la pared* con una extraña petición. ¿Alguien se animaría a escribirle una canción para su historia? Probablemente, no. Pero sigue pensando que no pierde nada por intentarlo.

Baja trotando por la escalera, cargado con el maletín, la cazadora y los sobres.

Desayunará fuera.

Una bocanada de aire frío le golpea cuando abre la puerta de la casa. Oye el silbido del viento y también al pajarillo madrugador de antes, que tal vez esté buscando una hembra con la que pasar el día. Pero no es lo único que Álex escucha. El ruido del motor de un coche indica que no está solo. La ventanilla de un Ford Focus negro se abre e Irene asoma la cabeza sonriente.

—Buenos días, hermanito. —Los ojos del chico fulminan a su hermanastra—. Perdona, quería decir Alejandro.

Lo ha hecho a propósito.

—Buenos días. Con que me llames Álex me vale.

—A sus órdenes, Álex —dice divertida—. No sabía que estabas levantado.

En realidad sí lo sabía. Estaba en el coche cuando Álex se ha asomado a la ventana. Sabía que no tardaría mucho tiempo en salir de casa y lo ha esperado.

—Pues ya ves que te equivocabas.

Irene mira curiosa el montón de sobres que lleva bajo el brazo ¿Para quién serán?

—Veo que vas cargado. ¿Quieres que te lleve a alguna parte?

—No —contesta rotundo, sin pensar.

—Vamos, hombre. No seas cabezota. Tengo tiempo hasta que empiece el curso. Me iba más temprano para desayunar antes.

No quiere decirle nada a su hermanastra de que tenía la misma intención.

—No hace falta. Cogeré el autobús —insiste.

Pensándolo bien no estaría mal que lo llevara. Llegaría antes y se ahorraría la espera en la parada.

—¡Qué terco eres! Si no me cuesta ningún trabajo...

Álex cabecea y termina cediendo.

—Vale, pero con que me dejes cerca del metro me sirve.

—¡Ay chico, mira que eres...!, ¿eh? Entra, anda.

El joven se acerca hasta el coche por fin y trata de abrir la puerta del copiloto sin éxito; parece atascada.

Irene lo observa con su permanente sonrisa en la boca. Se baja y acude junto a su hermanastro. Álex no la puede ver bien hasta que ella no da la vuelta al Ford Focus y llega a su lado. Irene se ha puesto un vestido más propio de una Noche Vieja que de un primer día de clase, un vestido negro, corto y espectacularmente escotado, tanto que casi puede intuir la copa de su sujetador oscuro.

—¡Qué frío! —exclama la chica agitando los brazos. Llevaba un rato dentro del coche sin la chaqueta—. Es que a veces se atasca. Espera.

Haciéndose hueco entre el vehículo y su hermanastro, rozando sus piernas con el vaquero de él, Irene sujeta con fuerza la puerta y, de un golpe seco, la abre. En el impulso, la chica aprovecha para juntar aún más su cuerpo con el de Álex, que, atónito, ni se mueve.

—*Voilà*, ya puedes pasar.

La joven regresa al asiento del conductor y se pone el cinturón de seguridad. No le ha pasado desapercibido el comportamiento de su hermanastro. Sonríe: poco a poco va hilando su red. Álex, por su parte, no sabe si arrepentirse o no de la oferta de su hermana. Quizá hubiera sido mejor coger el autobús. Aun que de una cosa esta seguro: de momento, no va a necesitar la cazadora.

Capítulo 31



sa misma mañana de marzo, en un lugar de la ciudad.

—¡Mario!, ¿me prestas los deberes de Física? No he hecho nada en el fin de semana.

La agudísima voz de Cándida Palacios llega a oídos de uno de los que todos consideran empollones de la clase; alguien que nunca falla ni siquiera en lunes. ¡Qué diferencia con su hermana Miriam, la repetidora de la última fila...!

Sin embargo, esa mañana todo parece distinto.

—Perdona, Candy. ¿Qué decías?

—¡Los deberes de Física! Que no los tengo hechos y como me los pidan será mi fin. Además, el Quiñónez me la tiene jurada. Seguro que tiene algo en contra de los gordos. Es un gordofóbico.

Cándida Palacios, Candy, es la gordita oficial de clase. Lejos de avergonzarse por su físico, asume su aspecto como algo natural. Incluso ella misma bromea con sus compañeros respecto a su peso. Aunque no siempre ha sido así.

—Esa palabra no existe. Y de existir sería gordófobo.

—Da igual, llámalo como quieras. El caso es que me dejes los ejercicios, por favor, que ese tío me tiene manía.

—No los he hecho.

—¿Cómo? Te estás quedando conmigo...

—Te lo digo en serio, Candy. No los tengo.

Un compañero pecos y de piel blancuzca, con claros problemas de acné juvenil, al que llaman Nolito, sin que nadie sepa muy bien el motivo, escucha atónito lo que Mario acaba de decir.

—No me lo puedo creer. ¡Yo también te los iba a pedir!

—Pues lo siento, chicos. Estoy como vosotros.

—¡Joder! ¡Y quedan menos de cinco minutos!

Candy y Nolito se van rápidamente en busca de otro de los empollones de la clase, sin estar muy convencidos de que Mario no tenga hechos los problemas de Física. Pero no es momento de discutir, sino de encontrar algún alma caritativa que los salve de aquel punto negativo seguro, si el Quiñónez se aventura a pedirles los ejercicios.

No saben que lo cierto es que Mario no tiene los deberes hechos, y no ha sido por falta de tiempo. Lleva dos noches sin dormir. Al comprender que su insomnio no le iba a permitir pegar ojo, ha estado ocupado con otras cuestiones y no precisamente con los deberes de Física ni de ninguna otra materia.

Ahora está sentado en su lugar habitual de clase. Espera ansioso la llegada de Paula. Quizá llegue tarde, como tantas y tan tas veces. La semana pasada sólo dos días logró entrar en clase antes de la hora. Suspira profundamente. Quizá ella va se ha arrepentido de lo que hablaron el sábado.

Esa idea le asusta y, por un momento, duda. Mira hacia la puerta, pero, aunque no dejan de entrar chicos y chicas protestando por el comienzo de la semana o contando a voces lo que han hecho el fin de semana, ninguno de ellos es su amada. Hasta entra esa salida de Diana, acompañada de su hermana y la otra chica de las Sugus. Menudo grupito.

El corazón de Mario se acelera de pronto. Detrás del trío de amigas aparece Paula, que llega corriendo y le da un cachete en el culo a Diana. Ésta se revuelve y le llama algo poco cariñoso, aunque entre ellas es símbolo de unidad y fraternidad. Mario no entiende cómo esos insultos se han convertido en saludos y despedidas entre las chicas.

Está guapísima. Va vestida con unos vaqueros azul fuerte muy ajustados, una camiseta verde con el cuello de pico blanco y un abrigo-chaqueta negro desabrochado que le llega hasta debajo de las rodillas. Lleva el pelo recogido con una goma elástica verde y tiene las mejillas ligeramente sonrosadas de la más que posible carrera para no llegar tarde.

Las Sugus ocupan sus respectivos sitios en una de las esquinas de la clase, pero no se sientan en las sillas sino sobre las mesas. Parecen divertirse hablando de esto y de aquello. No le dan ninguna importancia a no tener los ejercicios hechos. Hablan a gritos y ríen a carcajadas haciéndose notar. Incluso la mirada de alguno se desvía hasta los pantalones de Diana, excesivamente bajos: el comienzo de un triangulito naranja acelera el pulso a más de uno. Un aguafiestas le gasta una broma acerca de la excelente vista. La chica se sube el vaquero y alza el dedo corazón dedicándoselo a todos sus admiradores.

Varios chicos más se acercan hasta Mario en una constante cascada de irresponsabilidad escolar. Acaban de llegar y aún no están al tanto de lo que Candy y Nolito ya saben. Ante la asombrosa noticia, unos se rinden y esperan que la suerte no les sea esquiva esa mañana. Otros aún pelean por conseguir los ejercicios en los dos últimos minutos, antes de que el timbre suene y llegue el Quiñónez.

Entre dos de sus compañeros. Mario contempla cómo Paula se levanta y, esquivando mesas, sillas, mochilas y alumnos, se acerca hasta él. Su corazón se dispara. También él se incorpora.

—¡Mario!, ¿qué tal el fin de semana? —pregunta la chica Parece muy feliz.

—Pues como todos —contesta tímidamente.

—Recuerda que hemos quedado para estudiar en tu casa, ¿eh?

—¡Es verdad! No me acordaba.

Tal vez ha mentido un poquito. De hecho, no ha pensado en otra cosa desde el sábado por la mañana.

La campana suena. Alea jacta es: la suerte está echada para todos. El profesor de Física a no tarda ni diez segundos en cruzar el umbral de la puerta de la clase. Candy está en medio y el Quiñónez le apremia para que ocupe su sitio inmediatamente. La chica refunfuña y le llama «gordofóbico» entre dientes. «Se va a joder, porque he conseguido los ejercicios».

—Bueno, Mario, luego nos vemos. Y no hagas planes para hoy, que tienes una cita conmigo.

Paula se aleja rápidamente hacia su esquina donde las Sugus ya ocupan sus sillas. Diana comprueba la altura de su pantalón, aunque nadie se sienta detrás. La clase da comienzo.

El Quiñónez pide los ejercicios a dos pobres desgraciados que ponen excusas absurdas por las que no han podido resolver los problemas.

Mano ni se inmuta. Prevé un lunes especial, mágico. ¡Qué importa no tener los ejercicios hechos cuando por la tarde le espera su musa! Una cita, como ella ha dicho..., aunque sólo sea para estudiar.

Los ojos se le cierran. Ahora es cuando por fin el sueño le golpea con fuerza. Definitivamente, Morfeo es un caprichoso. Y no sabe cuánto.

La mañana se consume a fuego lento. Paulatinamente, las clases se hacen más y más insufribles. Si normalmente va lo son, los lunes todo parece mucho peor. Los profesores son más ogros y las profesoras más brujas. Los lunes sólo deberían servir para comentar lo que ha pasado en el fin de semana.

Afortunadamente, cada desierto tiene su oasis y todo lunes, su recreo.

Para las cuatro Sugus, especialmente, el comienzo de cualquier semana es insoportable. Están sentadas en un banco delante de la puerta del instituto. Han comprado diferentes golosinas y aperitivos que devoran entre bromas, comentarios y quejas.

Un chico mayor, bien parecido, pasa por delante de ellas. Quizá se trate de un universitario, incluso podría ser un becario dirigiéndose a su primer trabajo. Todas le siguen con la mirada: miradas distintas, miradas personificadas, que translucen una manera de ser particular. Diana silba por lo bajo y piensa lo que aquel tío bueno daría de sí; Miriam observa atenta, pero con discreción; Cris se siente atraída, pero rápidamente, con timidez, aparta sus ojos, y Paula casi ni se fija. Ella va tiene a su «madurito».

El sol de marzo baña sus cabellos: recogidos, sueltos, más largos, más cortos, rubios, morenos... Son guapas, jóvenes, afortunadas y atrevidas. Aunque odien el lunes por la mañana.

—No voy a ir a Filosofía. No podría soportarlo —dice Diana mientras mete la

mano en el paquete de patatas Lays al punto de sal de Cris.

—Venga, tía, no faltes, que la semana que viene es el examen final —le advierte Miriam.

—¡Bah!, voy a suspender igual...

La mano de Diana vuelve al interior de la bolsa de patatas. Coge una y la mastica escandalosamente.

—A mí, la que me preocupa es Matemáticas —interviene Paula.

—Has quedado hoy con mi hermano para estudiar, ¿verdad?

—Sí. Veremos si consigue explicarme lo de las derivadas porque no me entero de nada.

—Hablando de Mario, está raro últimamente, ¿no? —observa Cris.

Paula mira a Miriam. ¿Les cuentan lo que piensan? Si, ¿por qué no? Son las Sugus. Ya lo dice su lema, inspirado en Los tres mosqueteros, esa película con esa banda sonora de Brian Adams que tanto les gusta: «Uno para todas y... mejor, uno para cada una».

—Yo pienso..., bueno, Paula y yo pensamos que le gusta Diana.

La chica casi se atraganta con la patata al oír su nombre.

—¡Qué dices...! ¿Cómo voy a gustarle yo?

—Hay gente para todo —dice sonriendo Cristina.

—¡Hey, tú, mosquita muerta! No te pases.

Las otras tres amigas ríen. Diana da con su cadera a la de Cris y le roba una nueva patata.

—Oye, ¿por qué no te compras tú un paquete? O mejor, dile a Mario que te invite.

—Ya vale, ¿no? —protesta la aludida—. ¿En qué os basáis para decir eso?

—Intuición. Además, como dice ella, está muy raro. Casi no duerme. El otro día me lo encontré con los ojos vidriosos —señala Miriam.

—Le tienes roto el corazón. Hoy no tenía hechos ni los deberes —continúa Cristina, que se ha alejado lo suficiente de Diana para que no alcance su bolsa de Lays.

—¡Sois unas exageradas! ¿Y si no es así? Puede estar raro porque ese chico siempre ha sido un poquito raro.

—¡Oye, que es mi hermano!

—Eso no es un punto a su favor, precisamente.

—¡Qué capulla!

Ahora la única que no ríe es Miriam.

—El caso es que tenemos que enterarnos de si esto que pensamos Miri y yo es verdad. He quedado con él para estudiar Mates durante toda la semana y de paso investigaré.

—Lo de estar liada con un periodista te afecta, ¿eh? —bromea Diana.

—Eso mismo le dije yo —señala Miriam, que vuelve a sonreír.

—No me puedo creer que estéis de acuerdo vosotras dos en algo.

—Será la última vez. Lo juro —asevera divertida la mayor de las chicas.

Todas ríen sin excepción esta vez.

Paula piensa entonces en Ángel. ¿Qué estará haciendo ahora? ¿Seguirá en el hospital? ¿Cómo le gustaría estar con él! Y pensar que todavía le quedan unas cuantas horas de tortura... Además, esta tarde no podrán verse.

—Bueno, y tú, ¿qué piensas de Mario? —pregunta intrigada Cristina.

Diana reflexiona unos segundos.

—No está mal. Diría que tiene su punto. Hablo físicamente, claro.

—Siempre pendiente del físico... Es un chico encantador —alude Paula.

—Sí, yo estaré pendiente del físico, pero tú no te quedas atrás. ¡Anda, que menudo novio te has echado, guapa...! Y el otro, el escritor, también es feo. Así que predica con el ejemplo.

—Pero son dos grandes personas —se apresura a señalar Paula—. Además, Álex es sólo un amigo.

—Están buenos. ¿O no, chicas?

Las otras dos Sugus miran a Paula y confirman, afirmando con la cabeza, las palabras de Diana.

—Mario es muy mono también —insiste la chica, queriendo cambiar de tema cuanto antes.

Es cierto. Ángel es guapo y muy atractivo. Le encanta su físico. Y Álex es todo lo que una chica podría pedir. Su sonrisa encantadora y sus ojos le cautivan. Pero a ella le gustan por cómo son como personas. El físico da la casualidad de que en este caso acompaña.

Pero ¿por qué mete a Álex en esto? No. Es sólo un amigo, al que apenas conoce.

Un odioso sonido estropea la reunión: la sirena anuncia el final del recreo y el regreso a las clases.

—Me voy a la sala de ordenadores, ¿alguien se viene? —pregunta Diana, decidida a no tener que oír nada del tal Aristóteles. ¿Por qué tienen que estudiar a esos señores que murieron hace miles de años y que probablemente estaban todos locos? Sólo hay que leer las cosas que dijeron. Si hoy en día a un tipo le diera por comportarse así, lo máximo que conseguiría sería salir en Cuarto Milenio o en uno de esos programas de testimonios que hacen por la tarde.

—Yo me voy contigo —responde Paula, ante la sorpresa de las otras tres Sugus—. Filo no lo llevo mal y quiero ver si Ángel está conectado al MSN.

Un largo «oh» sale de las bocas de sus amigas.

—Yo voy a clase. Suspendereé igual, pero no puedo faltar más —se resigna Miriam.

—Yo también voy. Tengo que aprobar, si no mis padres... —indica Cris.

Las cuatro chicas entran de nuevo en el instituto.

Antes de separarse, a lo lejos, ven a Mario que se dirige solo a clase. Tiene un vasito de plástico entre las manos. Lo que está bebiendo debe de estar caliente porque no para de soplar.

—Allí va tu príncipe azul —dice Cristina, dándole un codazo a Diana.

—Mira que estás tontita hoy, ¿eh, nena?

—¡Mario! ¡Mario, espera! —le grita su hermana.

El chico se para y mira en la dirección de donde le llegan las voces. Es Miriam. Y con ella va Paula. Se pone nervioso y deja caer el café caliente al suelo. «¡Mierda!». Lo necesitaba porque se está quedando dormido todo el rato. Durante la mañana ha cerrado los ojos una decena de veces.

—¡Pobrecillo! Te ha visto y se ha puesto tenso —bromea Paula.

Diana enrojece. ¿De verdad que aquel chico se ha fijado en ella? ¡Pero si son completamente distintos! Como el agua y el fuego. Él es uno de los empollones de la clase y ella una de las consideradas rebeldes. Ella es una Sugus, a veces difícil de tragar.

—No digas gilipolleces, se habrá quemado.

—Arde de pasión por ti.

Las carcajadas de las tres chicas tras las palabras de Cris avergüenzan aún más a Diana. ¿Qué le pasa? ¿Por qué le queman las mejillas?

Mario se agacha, recoge el vasito de plástico y lo tira a una papelera. ¡Qué torpe...! Encima, con Paula mirándolo... Menudo ridículo. Se están riendo de él. La única que no lo hace es Diana. Esa chica no le cae nada bien. Si aprendiera a mantener la boca cerrada, igual no estaría tan mal. Fea no es, desde luego. Sí, no está mal el chico. ¿Por qué la mira? Al final, ¿van a tener razón sus amigas? No, no puede ser. Es imposible.

¿Por qué esa salida lo mira? Seguro que se ha manchado los pantalones y hará una broma estúpida en clase.

—Bueno, chicas, nos vamos, que si no nos van a dejar entrar en clase. ¿Quieres que le diga algo a mi hermano?

—Vamos a dejar ya el temita, ¿no? Sois muy pesadas.

—Venga, vayámonos nosotras también, que como nos pille el de Filo aquí, no podremos faltar a clase. Luego nos contáis qué habéis hecho.


—Vale. Adiós.

Besos imaginarios en el aire.

Cris y Miriam se despiden y salen corriendo hasta donde está Mario, que ve extrañado cómo las dos se le acercan. ¿Y Paula? ¿Falta a clase? ¿Dónde va con la salida? Alguien debería decirle a esa chica que lleva el pantalón demasiado bajo.

Diana camina junto a Paula hacia la sala de ordenadores. Echa un vistazo atrás y ve a sus dos amigas entrando en clase con Mario. «Sí, la verdad es que es mono».

Capítulo 32

 **E**sa misma mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

¡Menuda cola había en Correos! Álex ha tenido que esperar más de media hora para que le atendieran. Por fin, ha enviado los sobres con el cuadernillo de *Tras la pared* a las discográficas.

—Te espero si quieres, aún queda un rato para que empiecen mis clases —le dijo Irene desde el coche.

—No te preocupes, ya sigo yo solo. Gracias por traerme —contestó con frialdad.

El trayecto desde la casa de Álex hasta el edificio de Correos transcurrió entre indirectas de ella y evasiones de él; sonrisas de una y cambios de tema del otro. La chica, al sentarse, se había subido el vestido negro un poco más de lo normal dejando a la vista del joven sus preciosas y trabajadas piernas.

Ahora Álex está sentado en un Starbucks. Saborea un trozo de tarta de pomelo y un caramel macchiato. Tiene el portátil abierto y piensa acerca de lo que va a escribir. No está especialmente inspirado hoy. Las piernas de su hermanastra sacuden de vez en cuando su mente. Se acusa a sí mismo por ello e intenta encontrar algo que le aparte de esa visión.

Debe centrarse en Nadia, Julián y en el resto de personajes de *Tras la pared*. Cierra los ojos e imagina el capítulo.

«Concéntrate, concéntrate, concéntrate».

Si estuviera solo caminaría de un lado para otro repitiendo una y otra vez la misma palabra, pero no es el caso: una pareja de chicos jóvenes, que posiblemente se esté saltando las clases, se besuquea sin rubor en un sofá de la esquina; dos alegres extranjeras conversan animadamente en otro de los sillones de la cafetería y un ejecutivo tiene cuidado de no mancharse el traje al sorber su late con doble de café.

Álex mira por el gran ventanal que tiene a su izquierda. Un autobús lleno de adolescentes acaba de parar delante de uno de los teatros de la ciudad. Los jóvenes bajan a toda prisa y, entusiasmados, corren para coger una buena posición en la entrada ante la desesperación de tres desorientadas profesoras que ven perdida la batalla. Es un pase especial para varios colegios de la representación de High School Musical en su versión en castellano. Álex resopla. Tiene que concentrarse.

Abre el reproductor de Windows Media Player y busca un tema en sus archivos de música. Un Nocturno de Chopin para piano, el número 9. Auriculares y play. Volumen al máximo. Es el momento de entrar en trance.

En un pequeño bloc que tiene a su lado escribe palabras sueltas. En voz baja,

habla solo, traza ideas en el aire y las enlaza unas con otras. Poco a poco la inspiración crece. Los dedos se hacen ágiles y las pulsaciones en el teclado de su ordenador portátil más veloces.

La sinfonía de Chopin se repite una y otra vez en los oídos de Álex, que ya ni siquiera la oye. Está completamente dentro de la historia, como si la viviera en primera persona. No existe nada más en el mundo.

Tres cuartos de hora más tarde relee lo que ha escrito:

Pero cuando se abrió la puerta del ascensor, todos mis propósitos se difuminaron. Sentada, casi tumbada, en el descansillo de la escalera entre el segundo y el tercer piso, agazapada contra la pared, dormía la chica de la trencita azul. Su melena caía salvaje y despeinada por su cara, y sus manos unidas, apoyadas en la cabeza, hacían de frágil almohada.

Era preciosa. Su rostro, inocente, juvenil. Su nariz pequeñita transmitía dulzura, justo lo contrario que sus labios, carnosos y deseables. Pero aquella musa rubia no sólo era un hechizo de belleza. Mis hormonas se dispararon en un segundo al contemplar cómo sus vaqueros blancos dibujaban un perfecto trasero.

Rápidamente aparté la vista, avergonzado. Pero ¿en qué estaba pensando!? Aquella niña no tendría más de quince años... Me culpé por el desliz, aunque no tardé demasiado en volverla a mirar. Entonces no pude evitar fijarme también en su camiseta escotada. Demasiado escotada.

¿Otra vez? ¿Qué estaba haciendo? Sacudí la cabeza de un lado para otro y decidí firmemente no observarla más para no caer otra vez en la tentación.

Huí del deseo, caminando hasta la puerta de mi piso. Una vez dentro estaría a salvo. Tembloroso, no acertaba con la llave.

Una leve tos rompió el silencio reinante en todo el edificio. Me giré y comprobé que la musa seguía con los ojos cerrados.

«Pobrecita, se resfriará. O tal vez coja mala postura», pensé.

No podía consentirlo. Engañándome a mí mismo y a mis motivos, creí que mi

obligación era despertarla. Guardé la llave de nuevo y, nervioso, me acerqué hasta ella.

Temía tocarla. Pero, volviéndome valiente, agité con suavidad su hombro. La chica enseguida abrió los ojos y reparó en mi presencia.

—¿Me está mirando las tetas? —preguntó sonriente, dejando ver unos dientes blanquísimos.

Instintivamente, mis ojos buscaron su pronunciado escote. Unas décimas de segundo después, me di cuenta del error y subí hasta su mirada. Casi fue peor, porque aquellos ojos verdes me intimidaron todavía más.

—No... ¡Claro que no!

—No le creo. Es en lo primero que se fijan los tíos.

Cómo decirle que yo no era un tío cualquiera, que no era uno de esos jóvenes salidos que seguramente estarían haciendo cola para salir con ella. Sin embargo, poco antes, ni su perfecto culo, ni sus sensuales y prominentes pechos me habían pasado desapercibidos. En definitiva, yo era otro tío más de la lista.

Álex sonríe satisfecho. No está mal del todo. Cuarenta y cinco minutos que ha aprovechado.

Decide darse un respiro antes de continuar. ¿Habrá alguna red habilitada para conectarse a Internet? Lo comprueba y sí, tiene suerte. La conexión de un tal Monseñor no necesita contraseña. Conecta Internet y abre el MSN, aunque a esa hora es poco probable que haya alguien. Sin embargo, casi inmediatamente, aparece el contacto más deseado de todos los que tiene.

Esa misma mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

El rostro de Jaime Suárez es impenetrable, imposible de interpretar.

En todo el tiempo que Ángel lleva trabajando para él, nunca ha podido descifrar qué piensa su jefe de sus artículos hasta que los ha terminado de leer y le da su opinión. En esta ocasión no es diferente.

El periodista ha hecho un primer borrador del accidente de Katia. No ha utilizado

todo lo que sabe, pero se ha metido de lleno en la noticia. Al fin y al cabo es el que más la ha vivido, y eso se percibe en la redacción del artículo.

Irá publicado junto a la entrevista en el número del mes, lo que les garantiza un gran número de ventas.

—Ángel.

—¿Sí, don Jaime?

El jefe se levanta de su mesa y se quita las gafas de pasta con las que intenta disimular su edad. Muerde una de las patillas mientras echa una última ojeada al folio que tiene en las manos.

—Te quiero, chaval.

El hombre sujeta con ambas manos la cara de su pupilo y le besa la frente ante la sorpresa de este que, sin reaccionar, se deja hacer.

—Imagino que entonces el artículo está bien.

—¿Bien? ¡Está genial! —responde Jaime Suárez, que hace amago de volver a coger la cabeza del chico—. Yo pensaba que estábamos perdidos al no cubrir la noticia y resulta que tú no sólo actúas por instinto y te vas al hospital por tu cuenta sino que le das al artículo un toque personal e intimista, al mismo tiempo que informativo. Con un par de retoques esto será un bombazo.

—Gracias, señor. Lo hago lo mejor que puedo.

—No me seas modesto. Además se nota que... —el director de la revista hace una pausa y busca las palabras adecuadas—, que entre tú y esa chica hay buena conexión.

—¿Qué chica?

—¡Joder, pues cuál va a ser!: ¡Katia!

Ángel enrojece. Si él supiera...

—Bueno, es una gran chica.

—Vamos, vamos, que no nací ayer, muchacho...

La maliciosa sonrisa del jefe le hace dudar. Pero ¿a qué se refiere?

—Apenas la conozco: la entrevista, la sesión de fotos y poco más. Aunque es agradable hablar con ella.

—Me invitarás a la boda, ¿no? ¡No olvides nunca a quien te dio la primera oportunidad cuando te hagas famoso!

La fuerte risotada de Jaime Suárez vuelve a coger desprevenido a Ángel. ¿Qué hace? ¿Le sigue el juego? Es lo mejor.

—Por supuesto, don Jaime. Usted será el padrino.

—Bien, bien. Así me compraré un traje nuevo, que el que tengo es de la boda de Ana Belén y Víctor Manuel.

—Pues sí que ha llovido desde entonces.

—No te creas. Hemos tenido muchos años de sequía.

Otra carcajada.

Ángel comprende que aquella conversación no da para más.

—Bueno, me voy a terminar el artículo.

—Muy bien, muchacho. Revisa esas correcciones que te he hecho.

El joven periodista mira el folio donde ha escrito la noticia y observa algunas palabras metidas en círculos rojos. Nada es perfecto.

—Enseguida.

Se da la vuelta para salir del despacho, pero en ese instante el director de la revista recuerda algo que le tenía que decir.

—¡Ah, Ángel! ¡Espera!

—¿Sí, don Jaime?

—Tú sabes jugar al golf, ¿verdad?

—Algo. Tengo hándicap 7. Jaime Suárez silba.

—Pues perfecto. Mañana hay un torneo benéfico al que acuden varios famosos, entre ellos algún que otro cantante. No nos queda demasiado espacio en el número para ello ni mandaremos fotógrafo, pero como premio a tu trabajo, y como hace buen tiempo, pásate tú por allí y de paso te llevas una cámara y haces alguna foto. Aquí tienes la dirección y el número de teléfono —dice, sacando una tarjeta de uno de los cajones de su mesa—. Llama para acreditarte.

—¡Ah, muy bien! Estaré encantado de ir.

—Y de paso te juegas unas bolas si quieres. Di que vas de mi parte, conozco al dueño.

—Gracias, don Jaime.

Y con una gran sonrisa, Ángel sale del despacho. ¡Perfecto! Le vendrá muy bien un día de relax jugando al golf. La idea lo encandila. Pero no quiere distraerse aún. Enciende su PC para terminar el artículo. El MSN salta también. No es momento para conversaciones, pero, justo en el instante en que va a cerrarlo, el *nick* de Paula aparece en su pantalla.

Capítulo 33



sa mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

La sala de ordenadores está casi vacía. Apenas un par de estudiantes de los mayores disimulan que buscan información para unos trabajos cuando, en realidad, están navegando por otro tipo de páginas. Faltan a clase, a pesar de que pronto se verán agobiados por la selectividad.

Cuando Paula y Diana entran, se les quedan mirando fijamente y luego comentan algo que a ambos les provoca una risilla tonta. Ellas ni se inmutan. Están acostumbradas a ese tipo de comportamientos.

Las chicas van al fondo de la sala. Es su hábitat natural. Se sientan una al lado de la otra en una de las esquinas. Las dos encienden su PC al mismo tiempo y esperan a que se inicie la sesión. Tardan demasiado porque son máquinas viejas, aunque finalmente el ruido característico de Windows anuncia que el equipo está listo.

Lo primero que hacen es ir al MSN. Teclean sus *nicks* con sus respectivas contraseñas. También va lento.

—A ver cuándo les da la gana de cambiar los cacharros estos... —protesta Diana, acostumbrada a su portátil de 6,1 megas.

Sin embargo tiene suerte. Su MSN es el primero en funcionar. Paula la mira con cierta envidia. El suyo aún no da señales de vida. Contempla ansiosa cómo los muñequitos de la página de inicio del Messenger giran y giran, pero el programa no se abre. ¡Con las ganas que tiene de hablar con Ángel...! Aunque seguramente no esté conectado.

—¡Vamos, arranca! —le grita a su ordenador, zarandeando con las dos manos levemente la pantalla.

Sus ruegos sorprendentemente tienen efecto y el MSN se abre.

—Vaya, ¿desde cuándo tienes poderes mágicos, bruja? —bromea su amiga.

Paula sonrío y rápidamente ojea los contactos que están conectados. Sólo hay tres: Diana y otros dos que le iluminan los ojos, Ángel y Álex. ¡Qué suerte!

Se pone nerviosa. ¿A quién le habla primero? A Ángel, claro.

—¡Hola, amor! —escribe ilusionada.

Mientras espera la respuesta de su chico, abre la pantalla de Álex.

—Hola, escritor —saluda, acompañando su frase con un lacasito guiñando el ojo.

Pero su mensaje no llega. En la pantalla aparece un aviso en rojo indicando que lo que ha escrito no ha podido ser enviado a su destinatario.

Repite el intento con el mismo resultado. En ese instante, una luz naranja surge

sobre la barra de herramientas. Ángel ya ha contestado.

—¡Joder! ¿Por qué no me deja hablarle a Álex? Diana se levanta y se sitúa de pie detrás de su amiga para ver qué le pasa.

—¿Tienes dos conversaciones abiertas?

—Sí, con Ángel y Álex.

—No puedes, sólo dejan una. Tienen capados los ordenadores de tal forma que sólo puedes hablar con una persona en el MSN.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Ni idea. No sé si es para que no se sature la red o algo así.

—Qué tontería... Dejan entrar en páginas porno a los tíos y yo no puedo hablar con dos chicos a la vez en el MSN. No me lo puedo creer.

Diana se encoge de hombros y vuelve a su sitio.

A la lucecita naranja de la pantalla de Ángel se suma otra en la barra de herramientas del PC. Es Álex. *Clickea* sobre ella y ve su saludo.

—Hola, Paula, ¿cómo estás?

Intenta contestar, pero una vez más aparece el mensaje de error. ¡Qué desesperación! Paula se lamenta, tiene que elegir entre los dos. Debe cerrar una de las ventanas para poder hablar en la otra. Es una decisión que en principio tiene que ser sencilla. Ángel es su novio. Pero, para su sorpresa, duda. No está del todo claro. Le encantaría hablar con Álex para saber qué tal le va con la novela. A Ángel además lo puede tener siempre que quiera. De Álex no tiene ni el móvil. Pero el periodista es su chico y quiere saber cómo se encuentra, sentir sus palabras cariñosas. Le necesita.

Suspirando, cierra la página de Álex y abre la de Ángel. —Hola, cielo, ¿cómo estás hoy? —lee Paula. La chica se remanga y comienza a teclear. Está feliz por encontrarse con él, pero su alegría no es plena. Malditos ordenadores del instituto.

—Bien. Faltando a clase.

—¿Y eso?

—No me apetecía ir a Filosofía y me he venido a la sala de ordenadores. Quería hablar contigo. Te echo de menos.

Ángel no contesta inmediatamente. En realidad, no tenía previsto hablar por el MSN. Necesita terminar el artículo. Desde el despacho escucha como le llama su jefe.

—Espera un momento, ahora vuelvo.

Paula responde con un escueto «OK». ¿Adónde habrá ido? El pobre estará ocupadísimo.

Diana vuelve a levantarse y se sitúa otra vez detrás de Paula.

—¿Al final no has conseguido arreglarlo? —le pregunta.

—No, sólo estoy hablando con Ángel.

—No se puede tener todo en esta vida.

—Ya —murmura entristecida.

—Si quieres, hablo yo con el otro.

Paula se gira y mira a Diana que le guiña el ojo.

—¿Tú? ¿Con Álex?

—Claro. Recuerda que tenemos que invitarle para tu «fiesta sorpresa» del sábado.

Es cierto. El sábado, su cumpleaños... También ella tiene que hablar del asunto con Ángel.

—Está bien, agrégalo. Pero a ver que le cuentas, ¿eh?

Diana memoriza el *nick* que Paula le dice y regresa una vez más a su ordenador. Está satisfecha. Tiene el MSN de ese tío tan bueno. Anota la dirección en su MSN y pulsa el enter.

Esa misma mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Revisa que su portátil funciona bien. Sí, todo en orden. No se ha caído Internet. Entonces, ¿por qué no contesta?

Álex está inquieto. Cuando ha visto que Paula se conectaba al MSN, algo inexplicable le ha recorrido por dentro y se le ha dibujado una sonrisa en la cara. Repentina felicidad. Sin embargo, su alegría se va desvaneciendo por segundos. La ha saludado y ella no contesta. Consulta el reloj de su ordenador. Ahora debería estar en el instituto y Paula no parece una de esas chicas que faltan a clase. Quizá está en Informática y el profesor no le deja hablar por el Messenger. Esta idea le consuela levemente, convenciéndose a sí mismo de que existe algún motivo para que la chica, al menos, no le devuelva el saludo.

En ese instante, alguien le envía una solicitud a su MSN para ser agregado. Desorientado, Álex lee el *nick*: «Diana. ¿Quieres un Sugus de manzana? Cómeme. *Carpe diem*». No tiene ni idea de quién puede ser, pero acepta.

—Hola, ¿eres el escritor?

«¿El escritor?». Se pregunta si no será una de las personas que ha encontrado el cuadernillo, pero eso es imposible. Está en el otro MSN, no en el que ha hecho para *Tras la Pared*.

—Quizá. Prefiero decir que soy alguien que escribe. Escritor, para cuando publique algo. ¿Y quién eres tú?

—Diana. Soy una amiga de Paula, la tontilla esa que conociste el otro día en el Starbucks.

El chico sonrío. Parece simpática, aunque por el *nick* y por sus primeras frases supone que tal vez sea demasiado desinhibida.

—Yo me llamo Álex, aunque imagino que ya lo sabes.

—Claro que lo sé.

—Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo. Oye, no tendrás por ahí una fotillo tuya, ¿verdad?

—¿Para qué quieres una foto mía?

—Pues para qué va a ser, para saber cómo eres.

Álex duda qué contestar. Aquella chica no se anda con rodeos. No le gusta que las cosas vayan tan deprisa, pero, si se niega, quedará mal.

—Espera, la busco.

—Vale.

Entra en su archivo de imágenes. Carpeta «Fotos Álex». No tiene demasiadas, nunca ha sido un gran aficionado. Sonríe mirando alguna y recordando el momento en el que se la hizo. Tenía bastante olvidado aquel rinconcito de su PC. Finalmente se decide por una en la que sale de pie delante de la puerta de su casa con los brazos y las piernas abiertas imitando al Vitrubio de Leonardo Da Vinci. Manda el archivo.

Diana acepta y enseguida recibe la foto. La observa atenta, incluso emplea el *zoom* del visor de imágenes. Resopla. Mira a su izquierda, donde una aburrida Paula tamborilea con los dedos sobre la mesa. «¿Cómo puede conseguir esos tíos?».

Sin decirle nada a su amiga, saca un CD de su mochila y guarda en él la foto de Álex. Luego la borra del ordenador.

—Estás bien —dice escueta, sin querer dar excesivas muestras de su entusiasmo.

—Muchas gracias.

—Muchas de nada.

—Oye, ¿y Paula? Veo que tiene el MSN encendido. Pero la he saludado y no me contesta.

Diana piensa qué contestar. Si le dice que está hablando con su novio y que sólo les dejan tener abierta una conversación en el MSN, igual aquel chico se siente como segundo plato y se va.

—Ahora viene. Ha ido a la cafetería.

—Ah. Muy bien.

—Espérame un momento, Álex.

—OK.

Diana se gira hacia Paula, que se da cuenta y la mira inquieta.

—¿Qué? ¿Ya os habéis hecho amigos?

—Estamos empezando a conocernos —dice, haciéndose la interesante—. Por cierto, me ha preguntado que por qué no le has saludado y le he contestado que habías ido a la cafetería.

—Ah, gracias. Si llego a saber que Ángel me haría esperar tanto tiempo, habría hablado con él.

—¿No tenías tantas ganas de hablar con tu novio?

—Sí, muchas, pero le ha llamado su jefe y aún no ha vuelto. Apenas hemos cruzados dos frases.

—Es normal. Tendrá mucho trabajo o vete tú a saber si está ligando con la secretaria —comenta Diana.

—¿Qué secretaria?

—Yo qué sé. Todos los que trabajan tienen secretaria, ¿no?

—Ángel es sólo un empleado de la revista. ¡No tiene secretaria!

—Bueno, bueno, no te enfades. Pero luego no digas que no te he avisado.

—Eres una capulla.

—Bueno, que yo sólo te quería decir lo de la cafetería por si Álex te pregunta... Sigo hablando con él, no se vaya a ir a ligar con su secretaria como el otro.

Diana vuelve a centrarse en la pantalla de su ordenador mientras Paula protesta en voz baja por la tardanza de Ángel y las supuestas secretarías que su amiga intuye en todas partes.

—Ya estoy aquí. Perdona que tardase.

—No te preocupes, estaba mirando unas cosas —contesta Álex.

Mientras Diana hablaba con Paula, él examinaba su correo electrónico. Ninguna novedad respecto a los cuadernillos de *Tras la pared*.

—¿Tienes algo que hacer el sábado por la noche? —suelta Diana, siempre tan directa.

La pregunta le sorprende tanto a Álex que la tiene que leer dos o tres veces para estar seguro de lo que pone. Esa chica no pierde el tiempo. ¿No estará pensando en pedirle que salga con ella...?

—Pues no lo sé. Aún es lunes y me queda muy lejos el sábado.

Salida diplomática en espera de la propuesta.

—Pero no tienes planes de momento, ¿no?

—De momento, no —responde resignado.

—Pues no quedes con nadie. Es el cumpleaños de Paula y le vamos a dar una fiesta sorpresa. Bueno, ya no es tan sorpresa, porque ella ya lo sabe. Queremos que vayas.

La sorpresa en realidad se la acaba de llevar él. ¿«Queremos»? ¿A quiénes incluye ese «queremos»?

—Es verdad, es su cumpleaños.

—Sí, se nos hace vieja nuestra Paulita. Diecisiete añazos ya.

—¿Tú, cuántos tienes?

—Diecisiete también. Jaja. Pero yo sigo siendo una preciosa jovencita, aunque muy madura, ¿eh?

—Claro, claro. Nadie dudaba de eso.

Álex sonrío para sí. No está mal la amiga. Es desenvuelta. Le recuerda un poco a Irene. Se pregunta si utilizará sus mismas armas.

Diana sonrío también. ¡Qué bueno está, por Dios! No es que esté ligando con él,

es que ella es así.

—¡Uh! —Diana da un brinco en su asiento. Paula se ha acercado sigilosamente y le ha dado un susto. Estaba tan pendiente de la conversación con Álex que no se ha dado cuenta.

—¡Capulla! Me has asustado.

—De eso se trataba. ¿Qué haces?

—Hablo con el escritor. Le estaba invitando a tu fiesta de cumpleaños sorpresa.

—¡Qué bien! Déjame saludarle, anda... —dice, empujando a Diana e intentando ocupar media silla.

—¡Qué haces! ¡Me vas a dejar caer! ¿Has echado culo? —protesta Diana.

—¿¡Qué dices!? Mi culo sigue perfecto. Igual es el tuyo, que con tantas patatas fritas que le robas a Cris...

Las dos amigas forcejean divertidas por la posesión de la silla y del teclado. Por fin, Diana se da por vencida y deja que Paula escriba:

—¡Hola, Álex! ¿Cómo estás? Soy Paula.

Álex se pone nervioso. ¡Paula! Pero ¿y si es la amiga «disfrazada», haciéndose pasar por ella? Sin embargo, su emoción es tal que actúa como si hablara con Paula.

—¡Hola! Muy bien. Escribiendo, ¿y tú?

—Bien. Acabo de llegar de la cafetería —miente.

—Ya me lo ha dicho tu amiga.

—¿Qué tal el tema del cuadernillos? ¿Cuántos te han contestado ya?

—Pues no muy bien. Sólo una chica.

—Paciencia. Ya verás cómo responden muchos más. Cuando quieras, me llamas para volverte a ayudar.

—No te puedo llamar porque no tengo tu teléfono —indica Álex, aprovechando la ocasión. Perfecto. Paula sonríe y se lo escribe.

Diana cada vez está con menos culo apoyado en la silla. Mira a su amiga con odio. ¡Siempre consigue lo que quiere! Y ya podrá decir luego lo que sea, pero está ligando claramente con el escritor.

La campana anunciando el cambio de clases suena, sorprendiendo a las dos chicas. Deben abandonar la sala de ordenadores.

—Álex, nos tenemos que ir. Acaba de tocar el timbre. Un beso —escribe a toda prisa. Diana a su lado le increpa para que también le deje despedirse. Paula se levanta y se dirige a su PC. Ángel no ha aparecido.

—Muy bien. Ya hablaremos. Un beso a las dos.

—Un beso muy fuerte, escritor. Ya nos veremos —termina escribiendo Diana, antes de cerrar su MSN y apagar el ordenador.

Paula, por su parte, también ha apagado el suyo con cierta tristeza. Antes ha dejado un mensaje en la conversación con Ángel: «Lo siento, me he tenido que ir a

clase. Me hubiera gustado hablar más contigo, pero entiendo que estás trabajando. Un beso, cariño».

Cinco minutos más tarde, las chicas se reúnen con el resto de compañeros en la siguiente clase. Lengua española. Cinco minutos más tarde, Ángel lee el mensaje de Paula. A él también le hubiera gustado hablar más con ella. Sintiendo culpable de nuevo, se sienta delante de su ordenador y termina el artículo sobre Katia. Debe pensar algo con lo que compensar a su chica.

Capítulo 34



se día de marzo, después de las clases, en algún lugar de la ciudad.

—¡A las cinco me paso por tu casa! —le grita Paula a Mario, mientras corre hacia el autobús.

El chico quiere contestarle, pero no serviría de nada. Ella ya está de espaldas, lejos. Se traga las palabras, pero sonrío. ¡Por fin va a llegar ese momento que tanto lleva esperando!

Camina despacio, disfrutando de la vida. Se siente mejor. No quiere recordar las lágrimas ni las tristes letras de todas las canciones que ha escuchado en las últimas semanas. Tampoco quiere pensar en aquellas malditas flores ni en el beso que Paula se dio con aquel tipo tan guapo. Lleva mucho tiempo sufriendo en silencio, se merece su oportunidad. Necesita seguridad en sí mismo, algo que le falta casi siempre, pero para lo que ahora está preparado.

—¡Eh! ¿En qué piensas? —una voz femenina le sorprende.

Diana está a su lado. Ni se ha dado cuenta de que lleva caminando unos segundos detrás.

—¡Ah! Hola. En nada.

—Pues parecías concentrado en algo. Tienes una cara muy rara. ¿Estás enfermo?

«¿Qué pretende la salida ésta?», se pregunta Mario. Es la primera vez que coinciden en la salida del instituto. Normalmente, ella es de las primeras en huir de clase mientras Mario se toma siempre su tiempo: coloca los libros en orden, examina que no se le ha olvidado nada y entonces, cuando la mayoría se ha marchado, es cuando sale del aula.

¿Qué hace acompañándole hoy?

—No. Estoy algo cansado —contesta tratando de ser educado.

—¿No has dormido bien?

—Casi ni he dormido, para ser más exactos.

—A saber qué habrás estado haciendo —dice ella, burlona.

Mario no entiende nada. ¿Desde cuándo se toma aquella chica tantas confianzas con él? No le hace ninguna gracia, pero se reprime. No le va a aguar su momento. Nada ni nadie van a importunarle. ¡Falta tan poco para su cita con Paula!

—Nada interesante.

—¡Huy, chico, qué soso estás!

Diana lo mira de perfil mientras andan juntos. Es cierto, es mono. Claramente se está haciendo el interesante con ella. Típica postura de algunos chicos que no quieren

reconocer lo que sienten. Se hace el duro.

«¿Y ésta, de qué va? Seguro que tiene ganas de bronca o de meterse con alguien y me ha tocado a mí», piensa Mario.

—Ya te he dicho que estoy un poco cansado. Además, yo soy soso de por sí.

—¡Venga ya! No eres tan soso. Tienes tu tipo de humor. Es complicado seguirte, pero bueno...

La chica se ríe. Mario sigue sin comprender. ¿Aquello era un piropo?

—No sé.

—Oye, ¿qué se siente al ser tan listo?

—¿Perdona?

—Pues eso. Creo que eres el tío más listo de la clase. Sacas unas notazas increíbles. Yo, por el contrario, estaré contenta si paso de curso. No soy nada inteligente. Me pregunto qué se siente al sacar esas notas.

—No creo que sea cuestión de ser listo o no. Tiene más que ver en el tiempo que le dedicas a estudiar. Hay que currárselo un poco, tampoco es tan complicado.

—¡Qué dices! Es difícilísimo todo lo que damos. No me entero de nada.

Mario sonríe. Diana asumiendo una debilidad... No había hablado nunca mucho con ella, pero era la primera vez que aquella chica no parecía una hormona con vaqueros.

—Eso es porque no prestas mucha atención en clase. Siempre estáis haciendo el tonto en la esquina.

—¡Ah! Así que te fijas en nosotras, ¿eh?

Diana sonríe picara. Mario está punto de contestarle que cada día sus ojos están clavados permanentemente en una de las cuatro alborotadoras de la clase.

—Es que montáis unos escándalos...

—Somos las Sugus. Es nuestra misión: ser difíciles de tragar.

Sin darse cuenta, ambos han caminado parte de su recorrido juntos. Han intercambiado sonrisas, pero llega el momento en el que se tienen que separar. Mario la mira. Sí, definitivamente, esa chica parece otra cuando se toma las cosas más o menos en serio. Diana nota cómo la mira. Cada vez está más segura que aquel chico siente algo.

—Bueno, me voy por ahí —dice él señalando una bocacalle que se desvía del camino de ella.

—Y yo sigo por aquí.

La situación es incómoda para los dos. Deben despedirse y ninguno sabe cómo hacerlo. No existe la confianza suficiente para darse dos besos, pero se han acompañado mutuamente durante buena parte del trayecto de vuelta a casa.

—Pues mañana nos vemos en clase.

—Vale. No estudies demasiado.

—Y tú estudia algo.

Ambos ríen. Diana como pocas veces, con inocencia. Ha dejado a un lado su coraza de tía dura. Mario ha cambiado un poco su concepto sobre ella. No es tan desagradable como creía.

Sin decir nada más, cada uno sigue su camino despidiéndose con la mano tímidamente.

Capítulo 35



sa tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

—¿Lo besaste? ¿Y qué más?

—Nada más.

—¿Cómo que nada más? ¿Y él, cómo reaccionó?

—No reaccionó. Estaba dormido.

Katia hace un gesto de fastidio. Su hermana la contempla pensativa. Sabe perfectamente lo que está sintiendo. Al final ha sido peor el remedio que la enfermedad. Ella había provocado que Ángel pasara la noche en el hospital con buena intención para que se quedaran a solas, de noche, en la misma habitación. Creía que la atracción que aparentaban tener el uno por el otro haría el resto. Y sin embargo, se equivocó, y su hermana está más decaída ahora.

Las dos caminan juntas. Alexia ha ido a buscarla cuando le han dado el alta. Con la ayuda de los gerentes del hospital han conseguido salir sin levantar demasiada expectación y esquivar a los medios de comunicación que esperaban en la puerta principal.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Olvidarme de él. Está claro que ese chico no es para mí.

—¿Te vas a rendir tan pronto?

—No es que me rinda, Alexia. Es que él no siente nada por mí.

—¿Cómo sabes eso? Yo creo que le gustas. Si no, ¿por qué acudió al hospital interesándose por ti?

—Porque es un buen chico. Pero nada más.

—Si hacéis muy buena pareja... No pierdas la esperanza tan pronto.

Katia suspira. Su intención es la de no volver a ver a Ángel. No puede dejarse llevar por todo ese conglomerado de sentimientos.

—Está decidido. Lo mejor tanto para él como para mí es que no nos volvamos a ver.

—No seas tan radical, hermana.

—En estos temas hay que serlo. Sólo es un chico. Uno más. Vendrá otro.

Aunque intenta convencerse a sí misma, sus palabras van acompañadas de tristeza y melancolía. Quiere creer lo que dice, dejar de pensar en él, pero no es tarea fácil. Desde hace cuatro días, él es su vida. ¿Cómo ha podido llegar a eso? No lo entiende. Es incapaz de comprender cómo Ángel la ha conquistado de tal manera que no existe nada más en el mundo. Eso tiene que acabar.

Alexia está preocupada. Su hermana es dura, pero la ve titubear. Está pasándolo mal. Lo sabe. Son hermanas y nadie mejor que ella puede adentrarse en sus sentimientos y comprenderlos.

Aquel chico no es uno cualquiera, no es uno más, como quiere hacerle creer Katia. Quizá en esta ocasión sí sea lo mejor cortar por lo sano.

Sin embargo, ni una ni otra sospechan lo que sucederá más adelante.

Esa tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Pasea su lengua por la comisura de los labios rebañando una traviesa gota de mayonesa que se ha extraviado en el anterior mordisco al sándwich vegetal. El hombre que está enfrente la mira disimuladamente. En realidad, no ha dejado de observarla en toda la mañana. Es su profesor. Cuando le anunciaron que tenía que dar clases en aquel aburrido curso sobre liderazgo en la empresa, jamás pensó que se encontraría con una alumna como ésta. Tres meses con aquella jovencita espectacular sentada en primera fila... Y, si iba así vestida en marzo, con el frío que hacía todavía, cómo iría en junio, con el verano a la vuelta de la esquina...

Irene está terminando de comer en una cafetería cercana al aula donde tiene las clases. Deja el pequeño trozo de sándwich que le queda sobre el envoltorio de plástico, agarra su vaso y absorbe delicadamente la Coca Cola por una pajita verde. Sabe que la miran, pero le da igual. Está acostumbrada a levantar expectación. Además, ese tipo cincuentón que no le quita ojo es su profesor. Si juega bien sus cartas, tendrá una gran calificación cuando acabe el curso.

Está en el descanso del mediodía. Aún le quedan otras tres horas de clase por la tarde. Así, de lunes a viernes durante noventa días. Pero merecerá la pena. Todo lo que sea por estar cerca de Álex.

Descruza las piernas y las cruza hacia el otro lado. La izquierda sobre la derecha. Oye toser y sonrío. El profesor se ha atragantado. Igual ha visto algo que no esperaba.

¿Cuál puede ser la clave para seducir a su hermanastro?

Hasta el momento sólo ha tonteado y flirteado con él, pero quiere más. Quiere que sea suyo, desea que se enamore perdidamente de ella y haga caso omiso de cualquier tipo de comentarios que puedan surgir alrededor. No tienen la misma sangre aunque pertenezcan a la misma familia.

Debe tener paciencia. A Álex las cosas no le gustan demasiado precipitadas. Irá actuando poco a poco, cocinando a fuego lento sus planes hasta que el chico no pueda más y se lance a sus brazos, y no se detenga ahí sino que necesite más.

Irene se estremece con la idea. Incluso se retuerce en la silla por un escalofrío. Lo conseguirá, no tiene dudas, aunque tenga que pasar por encima de cualquiera que se interponga en su camino.

Da el último bocado al sándwich vegetal. El profesor continúa disimulando, pero sus ojos se pierden en sus piernas y su escote. Irene vuelve a sonreír para sí. Lentamente, se sacude con cierta gracia las manos y chupa la yema de su dedo índice eliminando el último rastro de mayonesa, regalándole a aquel hombre unos segundos que no olvidará. La chica espera que tampoco se olvide de aquel instante a la hora de puntuarle en junio.

Se pone tranquilamente de pie y se recompone el vestido negro. Recoge el envoltorio de su comida y lo arroja a una papelera. Exagerando el contoneo de sus caderas, sale de la cafetería sin que su profesor, ahora ya sin ningún disimulo, pierda de vista aquel último momento de seducción. Sólo es un ensayo de la verdadera función reservada para la única persona que le roba el pensamiento.

Capítulo 36



sa tarde de marzo en algún lugar de la ciudad.

—¿Dónde vas?

Miriam se levanta de la mesa. Ha terminado de comer una ensalada *Caesar* sin salsa y un vaso de agua. Sus padres no llegarán hasta la noche y han tenido que pedir a domicilio al Foster Hollywood. Mario está dando los últimos mordiscos a uno de esos sándwiches de pechuga de pollo.

—Por ahí, con éstas...

—¿Con qué éstas?

Por un momento, el chico piensa que Paula también ha quedado con ella y se ha olvidado por completo de su «cita» con él.

Miriam enarca una ceja y sonríe para sí. Le ha dado fuerte con Diana. Cuando ha llegado a casa ha recibido una llamada de su amiga contándole cómo su hermano la había acompañado después del instituto. Es cuestión de tiempo que se conviertan en pareja.

—Pues con quién va a ser... Con Cris y con Diana —dice, remarcando a propósito el nombre de la segunda.

—Ah. Vale. Bien. Menos mal.

Sus temores se disipan. Claro, ¿por qué Paula se va a olvidar de él? Ella misma fue la que, a la salida de las clases, le recordó que se encontrarían a las cinco para estudiar.

Mira el reloj. Queda poco más de una hora.

—Bueno, hermano, me marchó. Luego vendrá Paula. Ya me contarás lo que le explicas del examen porque yo no tengo ni idea de nada de lo que estamos dando.

—Para variar.

—Qué tontito eres a veces, ¿eh?

—Podrías quedarte si quieres y así también te lo explico a ti.

Mario sabe la respuesta de antemano. Sin embargo, Miriam alza la vista hacia el techo dubitativa. Su hermana es capaz de decir que sí sólo para fastidiar, aunque no se le pueda estar pasando por la cabeza que él lleva esperando desde el sábado a que llegue ese momento.

—Menor no —termina contestando, para alivio de su hermano, que disimula su satisfacción. Ha estado a punto de meter la pata.

—Como quiera. Pásalo bien.

—Tú también.

La chica se acerca para darle un beso, pero enseguida se arrepiente al observarle un poco de *ketchup* en los labios. Sale de la cocina e instantes después se escucha cómo la puerta de la calle se abre y, a continuación se cierra.

Mario está solo. A una hora de su ansiada velada con Paula.

Justo en ese momento, esa tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Las cuatro.

Está tumbada en la cama. Boca abajo, dando golpecitos con los pies en el colchón. Tiene las manos apoyadas en la barbilla y mira impaciente el teléfono móvil. Ángel podría llamarla para disculparse por ausentarse antes, cuando estaban hablando por el MSN. O Álex, para continuar aquella charla empezada en el ordenador y explicarle algo más sobre el libro y los cuadernillos.

En cierto modo son parecidos: responsables, inteligentes, guapos, maduros. Ninguno de los dos se parece a uno de esos chicos de su edad, que sólo piensan en el sexo, que dicen tonterías a todas horas y que presumen de lo que no tiene. Ángel y Álex han pasado ya por esa época. O quizá nunca fueron así. No se imagina ni a uno ni a otro subiéndose por las paredes a los dieciséis años en un ataque de hormona.

Tiene puesta la radio suena *No hay nadie como tú*, de Calle 13. Tatarea el estribillo una y otra vez y nueve sus hombros al son de la música: «No hay nadie como tú, mi amor».

Se pregunta si habrá alguien como Ángel. Su amor. No. Por supuesto que no.

Pero puede que la respuesta no sea tan sencilla. Y no comprende por qué en su mente aparece Álex.

En otro lugar de la ciudad, esa tarde de marzo.

Las manecillas del reloj del salón marcaban las cuatro y cuarto. ¿Por qué le pican tanto los ojos? Mario termina de fregar los vasos, platos y cubiertos de la comida. Si viene Paula, todo tiene que estar perfecto. Se seca las manos con un trapo y, nervioso, vuelve a comprobar la hora. Aquellos cuarenta y cinco minutos se le harán eternos.

Abre el frigorífico. Bien, hay zumo de naranja, por si le apetece algo fresquito; leche por si quiere un café o un Cola de Cao, y también hay Coca Cola y Fanta de naranja. Todo está controlado por esa parte.

¿Y ahora?

Cambiarse de ropa. No puede recibirla con la misma con la que le ha visto en el instituto.

Sube a su habitación. Abre el armario y examina su vestuario: camisetas, pantalones, camisas, jerséis. ¡Uff! Nada le gusta, todo está anticuado. Eso le pasa por

no salir con chicas...

Se frota los ojos con las manos. Le escuecen.

Suspira. Sin querer se ve en el espejo. Tiene el pelo fatal. Los ojos irritados, los párpados un poco hinchados. En su rostro contempla los dos días sin dormir. ¡Todo está mal! Y faltan treinta y cinco minutos para que llegue Paula.

Tiene que serenarse. Seguro que es cosa de su imaginación, de los nervios. Es natural sentirse inquieto cuando estás a punto de quedarte a solas con la chica a la que amas, a la que quieres desde siempre. Porque él está enamorado de Paula desde hace mucho tiempo. ¡Ha sufrido tanto en silencio...!

Es hora de calmarse.

Enciende su ordenador portátil y elige una canción. No hay nadie como tú. Se tumba en su cama, le vendrá bien un reposo. Se está tomando todo esto como un examen a vida o muerte. Y tal vez lo sea, porque en su vida recuerda pocos momentos tan importantes como éste. Algunos tienen la suerte de disfrutar cada día de la chica de sus sueños; a él, ese privilegio no le ha sido otorgado.

Mira hacia arriba, sin prestar atención al techo blanquísimo de su habitación, con las manos detrás de la nuca. Piensa en Paula. Es como si la estuviera viendo, como si estuviera delante. Dentro de poco sucederá de verdad. No será un sueño: compartirán la realidad.

Escucha la canción que ha dejado en replay. Tatarea el estribillo, una y otra vez, sin saber que a pocos kilómetros la chica que quiere está escuchando exactamente el mismo tema en esos momentos.

Esa misma tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Paula está a punto de salir de casa. Se ha pintado un poco y se ha cambiado de ropa. Va solamente a estudiar, pero nunca está de más sentirse bien con una misma. Lleva su mochila de las Supernenas colgada en la espalda con todo lo necesario: cuadernos, libro de Matemáticas, calculadora, lápices y bolígrafos... Aunque su única misión no es aprender a resolver derivadas.

Abre la puerta y en ese instante suena el móvil. Es Diana.

—Dime Diana.

—¿Estás ya en casa?

—¿Cómo?

—Que si estás en casa de Mario...

Paula mira sorprendida el reloj. Por un momento piensa que llega tarde, pero rápidamente comprueba que aún quedan veinticinco minutos para las cinco.

—No. Estoy yendo para allá ahora mismo. Me pillas justo saliendo de casa.

—Vale.

—¡Cuánto interés!

—¿Sabes que me ha acompañado a casa después del instituto? —exagera.

—¿Quién? ¿Mario?

—Claro, quién va a ser.

—¿Ves? Si ya te decíamos nosotras... Está coladito por ti.

La chica suelta una carcajada mientras camina para recoger el metro.

—Eso dicen éstas también, pero no sé...

Las voces de Miriam y Cris se oyen de fondo cantando alegremente una cancioncilla infantil en la que dicen que Diana y Mario se quieren y son novios.

—Investigaré. No te preocupes.

—Bueno, a mí tampoco es que me guste. Lo que pasa es que si alguien está interesado por mí, querría saberlo.

Un «¡que no le gusta, dice...!» suena de fondo, acompañado de unas risas exageradas. Diana se aparte el teléfono de la boca y manda callar a sus dos amigas, a la que también insulta.

—Las chicas no te creen demasiado, ¿eh? —dice Paula riendo.

—¡Bah! ¿Tú también? Sois las tres iguales.

—Que te conocemos, Diana.

—No tenéis ni idea.

Paula llega a la boca del metro.

—Diana, tengo que colgar, que estoy en la parada. Esta noche te llamo con lo que haya descubierto.

—Bueno. Tú investiga bien, aunque no es tan importante. —La chica vuelve a sonreír y, tras mandarle un beso, se despiden. Sin saber lo que le deparará esa tarde, entra tranquilamente en la estación.

Esa misma tarde de marzo en otro lugar de la ciudad.

Mario corre y descorre, cada veinte segundos, la cortina de la ventana de su habitación. Desde ahí es donde mejor se ve la puerta de la casa. Tiene que estar al llegar.

Le sudan las manos. Tiene seca la garganta y los labios un poco agrietados. Precipitadamente y a trompicones se dirige al cuarto de baño y busca a toda prisa una barra de cacao. Tras remover varios cajones, por fin da con ella. Torpemente se pasa la barrita y se moja con saliva. Listo.

¿No son ya las cinco? Las campanas de una iglesia cercana así lo certifican. ¿Y por qué no está ahí ya?

No va a venir. Seguro que no viene. Claro. ¿Qué pinta una chica como Paula allí, con él? Estará con su novio, aquel tipo guapo de las flores, el de los besos. Hasta se

acostarán juntos...

Mario mira su reloj constantemente. Cinco y un minuto. Cinco y dos. Cinco y tres... ¡Qué tonto ha sido creyendo que tendría su oportunidad!

Y entonces el timbre de la casa suena. Melodía celestial. Nunca jamás se alegró tanto de oír ese estúpido sonido metálico. El chico se asoma por la ventana. Es ella. ¡Qué guapa está! Lleva un suéter gris y un pantalón vaquero azul. El pelo suelto. Está preciosa.

Baja, intentando serenarse en cada escalón. Un hormigueo muy intenso le invade por dentro. ¡Qué nervios! No se puede creer que Paula esté ahí.

Final de la escalera. Cruza el pequeño pasillo. Temblando, llega a la puerta. Se santigua y abre.

Se quiere morir. No, no es el momento de morir. Está en el cielo. Ella enfrente de él, con una gran sonrisa, con los ojos iluminados. No oye lo que le dice. ¡Qué más da lo que hablen! Ahora es incapaz de pensar en nada. Está ahí: Paula, el amor de su vida, en su casa, entrando por la puerta. Le da dos besos. Él coloca la mejilla, no se atreve a poner sus labios en su cara. «No hay nadie como tú, mi amor» suena con fuerza. No, no hay nadie como ella. Como Paula, su Paula. Querida Paula. La ama y está ahí, subiendo a su habitación. Gasta alguna que otra broma. Un comentario, ¿qué ha dicho? Da lo mismo, se ríe. Ella también se ríe. Qué bien. Comparten risas. Está feliz. Muy feliz. La vida por fin le regala un momento especial. Su sueño.

¡Dios, está preciosa! La ama.

Le dice que se siente donde ella quiera. Paula mira a un lado y a otro, y le pregunta que si puede ser en la cama. Mario traga saliva. Claro, por qué no.

Estira un poco las mantas para que estén completamente lisas y ella, sonriendo, se sienta.

Él aparta un poco la silla del escritorio y ocupa su lugar. Empieza la clase de Mates.

No sabe si podrá concentrarse en números y letras que bailan sin ton ni son en sus cuadernos. ¿A quién le importa el examen del viernes? Quizá a ella, para eso ha venido. Tiene que contenerse y concentrarse. ¿Por qué sus ojos sólo buscan sus labios? ¿Por qué no puede dejar de mirar su boca?

Lo sabe. Sabe que lo que más desea en el mundo es besarla, un beso que le transportaría a la felicidad plena, Pero eso es imposible. ¿O no?

Ahora Mario se levanta de su silla. Ella le pide que se acerque para explicarle por qué aquel número va allí y por qué aquella línea termina en aquel punto. Él intenta explicarlo, pero no es demasiado convincente. En realidad, no sabe lo que está diciendo. Sin querer, se ha sentado también en la cama, junto a ella, muy juntos, pegados.

«No hay nadie como tú. No hay nadie como tú mi amor».

Paula lo mira. No comprende nada de lo que está contestando, tal vez porque lo que Mario le está explicando no tiene sentido.

Sus cuerpos se rozan. Sus caras están cada vez más cerca. La música más alta.

Quiere besarla. Tiene que saber muy bien. Una chica como aquélla, como su Paula, debe ser como el fruto que uno pueda degustar. No cree que exista nada más dulce. ¿Qué hace? Su corazón le pide que la bese: «Bésala, Mario. Bésala».

Ella no habla. Ahora sólo lo observa, y sus ojos se encuentran. Por fin: las miradas, el juego de miradas del que tanto hablan. Es una señal.

Sonríe. ¿Es otra señal?

Sí, a lo mejor es la señal que buscaba. La definitiva. ¿Cómo puede saberlo si nunca antes ha besado a nadie? Es el momento, la ocasión. El cielo le espera.

Ve cómo ella cierra los ojos. Ahora.

Mario cierra los ojos. Inclina su cuello hacia la derecha. Espera el contacto de sus labios. Oye su nombre. ¿Por qué lo llama? Sacude su hombro. ¿Es esto un beso?

No, no siente la humedad de su boca. Vuelve a oír que lo llaman. Ahora el zarandeo es mucho mayor. «¿Qué pasa?», piensa Mario. Abre los ojos. Es Miriam.

—¿Pero tú sabes la hora que es?

«Joder, las siete». Se ha quedado dormido. De un salto se incorpora de la cama maldiciéndolo todo.

—Mierda.

—Paula te ha estado llamando al móvil no sé cuántas veces y no le has cogido.

Mario coge su móvil. Diez llamadas perdidas. Hundido, sale de la habitación, entra en el cuarto de baño, con los ojos hinchados, llora amargamente delante del espejo.

Capítulo 37



sa tarde de marzo, en algún lugar de la ciudad.

Cuelga. Acaba de hablar con Miriam. Mario está bien, sólo se ha quedado dormido. Paula suelta una carcajada en la soledad de su habitación. Menudo susto se ha llevado... ¡Ya le vale a su amigo!

Menos mal que todo está bien.

Tiene que estudiar, pero no le apetece absolutamente nada. Además del examen de Matemáticas, tiene otros siete entre esa semana y la siguiente, justo antes de las vacaciones de Semana Santa. El final del segundo trimestre siempre es muy problemático.

Con desgana abre el libro de Filosofía y se tumba en la cama boca abajo. Lee una página y subraya lo más importante con un fluorescente amarillo chillón. ¡Uff! La pesada tarea le lleva más de un cuarto de hora. No está concentrada.

Lo intenta de nuevo con una segunda página. Aún es peor. En veinte minutos la ha releído unas ocho veces y no se ha enterado de nada.

Desesperada, arroja el libro al suelo.

Se gira y alcanza el móvil. Tiene la esperanza de que haya algún mensaje o llamada perdida que no haya oído, de Ángel o incluso de Álex. Pero no es así. Decepcionada, mete la cara contra la almohada unos segundos. Cuando nota que le falta el aire la saca y respira quejosa. Qué tonta está.

No sabe qué hacer. En todas las posturas está incómoda. Se levanta. Se acuesta. Se tumba. Se sienta. Media hora de aquí para allá, recorriendo todos los recovecos de su dormitorio.

Entonces ve la mochila de las Suprnenas y recuerda el día que conoció en persona a Ángel. Pero esa tarde también apareció Álex, en el Starbucks, con aquella sonrisa tan... Tan... perfecto. Su mirada perdida tropieza casualmente con *Perdona si te llamo amor*, que descansa encima de su escritorio. Aún no lo ha terminado.

No va a estudiar más por hoy así que sopesa la posibilidad de ponerse a leer. Sí, es una buena idea. Coge el libro y, antes de lanzarse al colchón, se acerca al ordenador para poner música. Busca el vídeo que le pasó Álex. ¿Dónde está? Lo encuentra por fin en su carpeta de archivos recibidos. Pulsa play del reproductor y comienza a sonar *Scusa ma ti chiamo amore*, de Massimo Di Cataldo. El estribillo le apasiona:

Scusa se tu chiamo amore

Sei la sola parte di me che non so dimenticare

Susami se ho commesso oi l'errore

Di amare te molto piú di me.

Paula se acuesta en su cama. Se sumerge entre sábanas y mantas y, apoyada sobre el codo del brazo derecho, empieza a leer la novela de Moccia. Enseguida se transporta al mundo de Niki y Alessandro.

Cuando más metida está en la historia, el teléfono suena. No puede evitar un gesto de fastidio, pero se levanta y lo coge.

—¿Sí...? —dice, con la voz un poco apagada.

—Hola, Paula —el tono del chico al otro lado de la línea es aún más serio. Podría deducir que incluso triste.

—Hola, Mario.

—Lo siento de veras, No sé qué me ha pasado.

Paula sonrío. Le da pena, pero intenta mostrarse tranquila.

—No te preocupes, hombre. No pasa nada.

—Sí pasa. Me he quedado dormido y te he plantado. Es imperdonable.

—Vamos, no exageres... Tampoco es para tanto.

—No exagero. Soy lo peor.

—Venga, Mario, no seas tan duro contigo mismo. Nos quedan además tres días por delante. Mañana volvemos a quedar y ya está. Hasta el viernes nos da tiempo de todo.

El chico no dice nada en ese instante. Paula hasta duda de si se ha cortado la comunicación.

—¿De verdad quieres seguir quedando conmigo para estudiar después del plantón de esta tarde? —pregunta. Su voz ya no es tan lúgubre.

—¡Pues claro! Un accidente así le puede pasar a cualquiera.

—A cualquiera...

La chica deja escapar una carcajada.

—Eso sí, con una condición.

—¿Cuál?

—Que te acuestes temprano y descanses. Me ha dicho tu hermana que llevas días en los que apenas duermes.

—Mi hermana sí que es una exagerada.

Un pitido en el móvil de Paula le avisa de que tiene un mensaje.

—Mario, te tengo que colgar. No te preocupes por nada, ¿vale? Mañana nos vemos en el instituto. Un beso.

Fin de la llamada. Mario resopla más tranquilo en su habitación. Tendrá su oportunidad, después de todo. Se promete a sí mismo dormir esa noche. Se tomará una tila, lo que haga falta pero dormirá.

Paula entra en la bandeja donde se almacenan los mensajes que le llegan. Es un MMS. Lo abre. La imagen corresponde a una foto del libro de *Perdona si te llamo amor*. Acompañándola, una frase que dice: «Espero que te haya gustado tanto como a mí. Un beso. Álex».

Sonríe. Y nota que se siente bien, que su corazón se ha alegrado, tal vez más de lo que podía imaginar.

Rápidamente, vuelve a la cama y se tapa. Abre el libro por la página en la que lo ha dejado y, con una sonrisa perenne, continúa leyendo hasta que se topa con la palabra fin.

Esa misma noche de marzo, en un lugar a las afueras de la ciudad.

«Por fin lo he terminado. Me ha encantado. Creo que *Perdona si te llamo amor* desde hoy es mi libro preferido. Hasta que lea el tuyo, claro. Un beso, escritor». Álex lee una y otra vez el mensaje que Paula le ha mandado. En unos cuantos minutos se lo ha aprendido de memoria. Aún así. Lo repasa nuevamente para ver si hay algo que se ha dejado de leer: una palabra, una coma, un punto, una abreviatura... le encanta.

Enciende el ordenador y rápidamente en su habitación suena *Scusa ma ti chiamo amore*, de Di Cataldo.

Piensa en ella. En su corta, pero intensa historia juntos. Estudia la tentación de volver a escribirle otro mensaje. Pero sería demasiado y no quiere parecer ansioso.

¿Cuándo la volverá a ver? El sábado. Su amiga Diana lo ha invitado a su cumpleaños. Hasta entonces falta demasiado tiempo. No aguantará tanto, necesita verla ya. Debe encontrar una excusa creíble para quedar con ella.

Además, tiene que pensar en un regalo, algo lo suficientemente bueno y original para esta chica.

Sentado en la silla, con el portátil delante, pierde la noción de la realidad. Todo gira en torno a Paula: la música, las palabras... La música..., la música... ¡Claro, ya está! Ya sabe exactamente lo que le debe regalar.

De un cajón saca un bolígrafo de tinta azul y una libretita, y comienza a garabatear en ella. Entra en trance, como cuando escribe su novela. Pero no es suficiente, necesita algo más: unir la inspiración y el talento.

Esa misma noche de marzo, minutos más tarde, en ese mismo lugar alejado de la ciudad.

Entra rápidamente en la casa y cierra la puerta. ¡Qué frío hace afuera! Aquel vestido negro tan corto y escotado le va a terminar provocando un resfriado. Mañana irá a clases con vaqueros. Seguro que a su profesor cincuentón tampoco le importa demasiado. Cuando han terminado se le ha acercado y le ha dado las gracias por aquel interesante primer día. El hombre apenas si la ha podido dejar de mirar desde el comienzo de la jornada. Sin duda, se lo ha ganado. No esperaba menos.

Irene enciende la luz del recibidor. Deja la chaqueta y el bolso sobre una silla y sube por la escalera. Llega a la habitación de su hermanastro. La puerta está cerrada y parece que no hay luz dentro. ¿No está?

De repente, el sonido del saxo llega desde la azotea. ¿Cómo puede tocar allí arriba, con el frío de hoy? Camina hasta su dormitorio, donde se cambia de ropa. Se pone un pantalón gris de pijama y una sudadera del mismo color. Así al menos estará más abrigada para subir a verlo.

Demasiado tarde: Álex aparece bajando la escalera de la buhardilla con el saxofón en las manos. No se ha enterado del regreso de Irene y se sorprende cuando la ve.

—Hola, Álex —le saluda con una amplia sonrisa.

—Hola —responde sin interés, aunque observando de arriba abajo a su hermanastra. Está muy guapa vestida así también. Se ha quitado el maquillaje y aquel vestido tan sexi, y ahora luce más juvenil y natural.

—¿Has visto?

—¿El qué? —pregunta él, girándose y mirando a su alrededor buscando a lo que se refiere.

—Que no te he llamado hermanito. Lo he conseguido, por fin.

—Ah, era eso. Te lo agradezco.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—Que cuánto me lo agradeces... —La chica es ahora quien lo observa atentamente—. ¿Te encuentras bien? Estás muy despistado.

—Estoy muy bien. No te preocupes.

—Si tú lo dices...

El chico camina hacia ella aunque ni la mira cuando pasa a su lado. Deja el saxo en su habitación, sobre la cama, y baja hasta la cocina. Cada paso que da es seguido atentamente por Irene, que le acompaña.

—¿Vas a cenar? —pregunta la hermanastra.

—Sí, aunque no tengo demasiada hambre. ¿Tú quieres algo?

—No, gracias. Me he parado a tomar una hamburguesa con un compañero de clase.

Álex no dice nada. El primer día y ya se ha ligado a uno. Tal como iba vestida, no le extrañaba. Aunque en realidad, sea cual sea la ropa que lleve, ligaría igual. Tiene

que reconocer que aquella chica es de las más guapas que ha conocido. Si a eso le suma su sensualidad y capacidad de llamar la atención, no cree que haya muchas como ella.

—¿Han ido bien las clases?

—Bueno, no ha estado mal. Tengo un profesor que me ha estado todo el rato mirando las piernas, pero por lo demás ha sido entretenido.

«Pobre profesor», piensa Álex. «No sabe lo que le espera...». Lo mismo que a él durante tres meses.

Corta un poco de queso y se lo come deprisa. Irene observa en silencio. Cuando acaba, lo guarda otra vez en el frigorífico y bebe un vaso de agua del grifo.

—Me voy a la cama.

—¿Ya? Qué poco has cenado...

—¿No será que estás enamorado? —insinúa, maliciosa.

Álex no dice nada al respecto. Finge no inmutarse. Con un débil «buenas noches, Irene», abandona la cocina. ¿Y si lo está?

Entra en su habitación, coge el móvil y, tras pensarlo mucho, escribe: «Me alegro de que te haya gustado. También es uno de mis libros preferidos. Voy a volver a repartir cuadernillos. ¿Cuento contigo? Un beso».

Esperando una respuesta, que no llegará esta noche, se tumba en la cama preguntándose a sí mismo hasta qué punto es verdad lo que Irene ha insinuado.

Capítulo 38



*A*quella misma noche de marzo, en dos lugares distintos de la ciudad.

¿Qué ocurre? ¿Qué le está pasando?

Paula cabecea de un lado para otro cuando lee el mensaje que acaba de recibir de Álex. Se destapa y se sienta sobre las rodillas en el colchón. Le ha vuelto a proponer quedar con él para repartir cuadernillo. Y ahora, ¿qué le dice?

Una tarde llena de trabajo. Quizá demasiado.

Ángel llega a casa y, quejoso, se quita los zapatos. Le ha tocado ir a una rueda de prensa que no le correspondía y luego buscarse la vida para entrevistar individualmente a cada miembro del grupo. Su compañera se ha puesto enferma y, en una redacción pequeña como la de su revista, todos deben estar preparados para cualquier imprevisto. Aunque últimamente siempre es el mismo el que se como los marrones. Un periodista nunca tiene horarios. Se lo sabe de memoria.

No tiene ganas de cenar. Es tarde, muy tarde, incluso para llamar a su chica.

No le estará empezando a gustar Álex, ¿verdad? No, eso no puede ser. Su novio es Ángel. Sí, está segura de que quiere al joven periodista. Claro que sí. ¿Qué chica no caería rendida a sus pies? Álex es sólo un amigo, del que además casi no sabe nada. Aunque, pensándolo bien, al primero que conoció en persona y vio cómo era físicamente fue a él, no a Ángel. Por tan sólo unos minutos de diferencia, eso sí. Todo entre ellos parece formar parte de un juego del destino. ¡Qué caprichoso es este a veces!

Mira el reloj. Sí es demasiado tarde para llamarla. Probablemente esté durmiendo ya. Y no le ha mandado ni un SMS en toda la tarde. El trabajo le está robando demasiado tiempo de su vida personal. Justo ahora que ha encontrado a la chica de sus sueños, no puede disfrutar lo que quisiera con ella. ¡Pero si estos días ha visto más a Katia que a Paula...! Este último pensamiento le hace sentirse culpable una vez más. Recuerda una frase que siempre le decían en la Facultad: «La verdad, sea de la forma que sea y cuando menos te lo esperas, siempre sale a la luz». Sólo espera que sus profesores se equivocaran.

Entra en el cuarto de baño. Coge el cepillo, unta en él pasta dentífrica con sabor a fresa y comienza a lavarse los dientes. Es la tercera vez esta noche. Está nerviosa, presionada. Se mira en el espejo: se siente mayor; ya no es la niña que nunca tenía preocupaciones. Se sorprende a sí misma. No puede creerse que mantenga una relación con un chico seis años mayor que ella. ¡Si sólo tiene dieciséis años...!

Diecisiete, el sábado. El sábado... Aún no ha hablado con Ángel de lo que tiene planeado.

Intenta sonreír a su propia imagen, pero se ve ridícula. Es como si todo en ese instante le viniera grande. ¿Está preparada?

Se quita la ropa. Son raras las ocasiones en las que Ángel duerme completamente desnudo a pesar de que nunca usa pijama. Mientras se pone una camiseta Nike sin mangas y un pantalón pirata deportivo, se observa reflejado en el cristal del armario. Tiene ojeras y está despeinado. ¡Qué mala cara! Será por dormir tan poco y por el cansancio acumulado. ¿Por qué no la ha llamado antes? Debería haberlo hecho, al menos para contarle lo que tiene planeado. ¿Y si resulta que no puede? Da igual. Podrá.

Coge el móvil. ¿Qué le dice a Álex? ¿Qué sí? ¿Que cuente con ella para repetir la aventura de los cuadernillos? ¿Y si aquello va a más? Estuvieron a punto de besarse en la FNAC. Menos mal que no pasó, se habría sentido tan culpable. Sin embargo, pudo suceder. Esconde el teléfono bajo la almohada. Tiene que reflexionar.

¿Se puede querer a dos personas a la vez?

Rápidamente, se da cuenta de que lo que está pensando es una locura.

No. Su novio es Ángel. El chico al que ama es Ángel. Y ya está. Fin.

Mete la mano bajo la almohada y recupera el móvil. Piensa durante unos instantes y escribe un mensaje.

Ángel se mete por fin a la cama. Ha hecho un esfuerzo para comer algo. Poca cosa, una manzana y un yogur con trocitos de melocotón.

Sí, definitivamente, lo mejor será darle a Paula una sorpresa. Si no puede, la convencerá para que haga un esfuerzo. Incluso llega a la conclusión de que ha sido mejor no hablar con ella hoy, así mañana tendrán ganas el uno del otro. Se sienta en el colchón y programa la alarma del despertador. Temprano.

Un «bip» le sobresalta. Tiene un SMS: «Amor mío. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Necesito verte. ¿Mañana? Después de clase tengo un ratito libre. ¿Podemos vernos? Comemos juntos. O no comemos, sólo besos y abrazos. Te echo de menos. Te amo».

El corazón de Ángel se acelera cuando lee el mensaje que su chica le ha enviado. Desaparecen la fatiga y el cansancio, renacen la ilusión y la energía. La felicidad. Está a punto de llamarla, pero, si lo hace, está seguro de que se le escapará lo que le tiene reservado. Resiste la tentación de contarle todo y se limita a escribirle un mensaje.

Paula apaga todas las luces. Ya se siente mejor, más relajada. Mañana le responderá a Álex. Ahora toca descansar y no analizar más la situación. Se tumba en la cama, añorando los brazos de Ángel rodeándola. El sueño recae en sus párpados. Oscurece. ¿Con qué puede soñar? Dicen que, si deseas algo con mucha fuerza, aparecerá en tus sueños. Se concentra en lo que le espera sea un día especial.

Murmura susurrando, casi inaudible:

—El sábado... El sábado.

Un ruidoso «bip» la devuelve a la realidad.

Su teléfono centellea en la noche cerrada de su habitación. No tiene dudas de quién le manda SMS. Antes de abrirlo sonríe feliz. Sí está enamorada de él.

«Te quiero. Te amo tanto que siento que hasta me duele. Y te imagino a mi lado, en mis brazos, tumbada junto a mí. Ven conmigo amor. Mañana nos vemos, sí o sí. Te echo de menos. Te quiero».

Con la vista ya borrosa, lee el mensaje una decena de veces. Lo ama, está segura. ¿Cómo ha podido dudar?

Finalmente, cierra los ojos y plácidamente se queda dormida.

Mañana será un día lleno de emociones.

Capítulo 39



A la mañana siguiente, un día de marzo, en un lugar alejado de la ciudad.

Se quedó dormido con el móvil sobre el pecho esperando una respuesta que no llegó.

Paula no le devolvió el último mensaje. No parece que le haya entusiasmado demasiado la idea de repetir lo de los cuadernillos. La magia de anoche ha desaparecido.

Sentado en el asiento del copiloto de aquel Ford Focus negro, Álex revisa constantemente su teléfono, cada vez con menos esperanzas de recibir un SMS de Paula.

Suena todo, de Pereza, en la radio del coche. Irene, mientras conduce, tararea bajito el estribillo. Está satisfecha. Hoy no ha tenido que usar demasiadas artimañas para convencer a su hermanastro de que vaya con ella. Le ha preguntado si lo llevaba a la ciudad y, para su sorpresa, le ha contestado tranquilamente que sí. Incluso se ha tomado un café juntos en el camino. Es un paso adelante.

De vez en cuando mira de reojo a Álex. Parece distraído. Tiene la vista fija en la carretera, pero a cada minuto examina el móvil.

—¿Esperas alguna llamada? —le pregunta, curiosa.

—¿Una llamada?

—Sí. No paras de mirar el móvil.

—Ah, eso. Es por la hora. Lo que mira es el reloj —miente.

Irene no le cree, pero no quiere insistir. Debe aprovechar la tregua que hay entre ambos esta mañana. Es un buen momento para profundizar en su relación.

—¿Nos echas de menos?

—¿Cómo?

—Que si nos echas de menos.

—¿A quiénes?

—Pues a quiénes va a ser, a mi mamá y a mí. Hemos pasado mucho tiempo viviendo juntos.

—Uno se acostumbra a vivir solo. No está tan mal.

—Ya. Pero ¿ni un poquito de nada? —dice sonriendo.

—Tú ya sabes que tu madre y yo nunca nos hemos llevado bien.

—Sí, ésa es una batalla perdida.

—Perdida y acabada.

—Ya. —La chica guarda silencio. Sopesa si debe insistir con la pregunta para averiguar lo que realmente le interesa. Por fin se decide—. ¿Y a mí? ¿No me echas de menos a mí?

Álex no la mira. No puede ver los ojos brillantes de Irene que por un instante se han apartado de la carretera, buscando los preciosos ojos de su hermanastro.

—Tú estás aquí ahora. No puedo echarte de menos.

—¡Venga ya! —exclama—. Esa respuesta no vale.

—¿Quién dice que no valga?

—Pues yo. ¿De verdad que nunca te has acordado de mí en todo este tiempo en que no nos hemos visto?

La chica vuelve a mirarle apartando la vista del tráfico. Esta vez Álex se gira a su izquierda y se encuentra con su mirada.

—No quites los ojos de la carretera, Irene —protesta, sonrojándose.

—Tranquilo, soy una buena conductora.

—No lo dudo. Pero, si no miras hacia adelante, podemos tener un accidente.

Irene no dice nada y devuelve su atención a la carretera.

—¿Por qué eres tan frío conmigo? —Pregunta de repente.

—¿Qué?

—Venga, no te hagas el tonto. Eres muy arisco conmigo. De pequeños éramos uña y carne. Y de pronto, un día, me detestas.

—Yo no te detesto.

—Pues disimulas muy mal.

No hay coches delante. Irene acelera por la autovía. En un segundo pasa de ochenta a ciento veinte. Ciento cuarenta. Ciento sesenta.

—Oye, ¿no vamos muy deprisa? —pregunta preocupado Álex, que mira nervioso el cuentakilómetros del Ford.

—¿Deprisa?

Irene pisa un poco más el acelerador. Ciento setenta.

—¿Quieres dejar de acelerar, por favor?

—No entiendo por qué huyes de mí.

—¿Qué dices?

Ciento ochenta.

—Nada.

La chica disminuye la velocidad de golpe y enseguida el coche vuelve a circular a cien. Ochenta. Álex respira. Irene sonríe como si nada hubiera pasado, como si aquella conversación no hubiese tenido lugar.

Ahora no se habla. Ella, alegre, tararea canciones. Él, confuso, no entiende nada. ¿Qué ha sido todo aquello?

Mientras suena Coffe&TV, de blur, Álex recibe un mensaje en su móvil. Es Paula.

«Perdona por no responder antes. Me encantaría repetir lo de los cuadernillos, pero estoy de exámenes hasta arriba. Perdóname. Ya nos veremos. Un beso mi querido escritor».

El joven lee el SMS un par de veces. Sentimientos contrapuestos: está decepcionado porque no ha aceptado, pero por otra parte sonríe por el beso y por ser «su querido escritor». Irene lo observa todo. Sin que le diga nada, sabe perfectamente quién le ha enviado aquel mensaje a su hermanastro.

Esa misma mañana de marzo, en un lugar de la ciudad.

Menos mal que Diana ha mencionado a Álex. A Paula se la había olvidado por completo contestar el mensaje de la noche anterior. Espera que no se tome mal que haya declinado participar en un nuevo reparto de cuadernillos. Es lo mejor. Además esta tarde tiene sesión de estudio con Mario. Si no se vuelve a dormir, claro.

Precisamente, ése es el centro de conversación de las Sugus antes de que comience la segunda clase.

—Seguro que estaba soñando contigo y por eso el pobre se durmió. Mi hermano es un caso perdido —bromea Miriam.

—¿Ya estamos otra vez con eso? Mira, nena, mejor preocúpate de no traer al insti dos días seguidos el mismo pantalón, que ya te vale.

—No es el mismo. Es parecido.

—Mismo color, misma marca, mismo roto en la rodilla... Ya, parecidos.

—Vaya, ahora resulta que también te fijas en mí. Pues te advierto que yo no soy segundo plato de nadie, ¿eh? O mi hermano o yo —señala divertida la mayor de las Sugus, que suelta una carcajada a continuación.

—¡Cómo te pasas!

—¿Me das un besito, cariño?

Miriam rodea con una mano la cintura de Diana y aproxima sus labios a la cara de su amiga.

—¡Quita! ¿Serás...? —Paula y Cris ríen mientras Diana trata de desembarazarse del acoso de Miriam.

Sin que ninguna se dé cuenta, alguien se acerca hasta el grupo.

—Paula, ¿puedo hablar contigo un minuto?

La voz de Mario llega tímida y temblorosa. Las Sugus dejan la broma y observan en silencio.

—Claro, Mario. ¿Vamos fuera? Quedan tres minutos hasta que llegue el de Filo —indica, consultando el reloj.

Mario acepta con la cabeza. La chica se levanta de su asiento y abandona la esquina de la clase seguida de su amigo. Los dos atraviesan el aula esquivando

compañeros, mesas mal puestas y mochilas en el suelo. Ella delante, saludando a cuantos encuentra. Él detrás, con la cabeza ligeramente agachada.

Un par de chicos dialogan escandalosamente en la puerta. Paula y Mario se distancian un poco para no ser molestados. No hay nadie más en el pasillo. La chica se apoya en la pared y espera a que Mario hable, aunque sabe lo que va a decir.

—Bueno, quería pedirte una vez más disculpas por lo de ayer.

No se había equivocado. Sonríe y trata de que sus palabras suenen lo más tranquilizadoras posible.

—No te preocupes, hombre. Le puede pasar a cualquiera. Ya lo hablamos ayer.

—Sí, pero no te lo había dicho en persona y tenía que hacerlo. Perdóname.

—Pues ya está dicho. Y, aunque no tengo nada que perdonar, para que te quedes tranquilo de una vez, te perdono.

—Gracias.

—Ahora olvidemos eso ya.

—Muy bien.

—No hay ningún problema para quedar esta tarde, ¿no?

—Ninguno.

—¿Has dormido esta noche?

—Sí, bastante.

En realidad sólo han sido tres o cuatro horas, pero no quiere alarmarla.

—Entonces, ¿a las cinco en tu casa?

—Perfecto. Prometo no dormirme.

Mario esboza una bonita sonrisa que llama la atención de Paula. Vaya, nunca se había dado cuenta de que su sonrisa es preciosa... Le hace verse incluso atractivo. No es un chico que se ría mucho. Pensándolo bien, casi nunca lo hace. Así parece mucho más guapo y sus ojos brillan de una manera especial.

Es un momento de confusión. Ninguno dice nada. Paula se ha quedado en blanco, sin palabras. Está perdida en sus ojos.

Mario no sabe cómo ni cuándo, pero ha dado un pasito hacia delante. ¿Por qué están tan cerca el uno del otro?

—Bueno, ¿qué?, ¿entráis?

Diana los observa desde la puerta de clase. Por su tono de voz, no parece demasiado contenta.

Los chicos se separan al instante. Cada uno retrocede un metro, como impulsados hacia un lado distinto del pasillo.

—Sí, ya es la hora —afirma Paula, tratando de sonreírle a su amiga, que permanece seria en la entrada del aula.

—Vamos —dice Mario, que aún se pregunta qué ha sido aquello.

Los dos caminan hasta el primero B. Mario entra en la clase sin decir nada más.

Paula va detrás, pero, cuando llega a la puerta Diana hace una barrera con su brazo y le impide pasar. ¡Ups! ¿¡No se habrá puesto celosa!?

—Diana, yo...

—Mira quién viene por ahí...

La chica cree que se refiere al profesor de Filosofía. Ayer ella faltó a clase y seguro que le cae una buena bronca. Pero, cuando se gira, sólo ve a un chico muy guapo envuelto en un bonito abrigo negro.

—¡Ángel! —Grita.

El periodista acelera su paso. Paula permanece inmóvil, incapaz de reaccionar, aunque una sonrisa inmensa le inunda toda la cara. Cuando está llegando hasta ella, por fin la chica se decide a salir a su encuentro. Diana los contempla con cierta envidia. Alguna vez le tocará a ella.

Los enamorados se encuentran y se besan, primero con pudor, con discreción. Pero la unión de sus labios desata la pasión y el segundo beso es mucho más intenso.

Diana se reúne con ello y tose. La pareja por fin se separa.

—No quería molestar, pero es que viene el de Gimnasia por allí —dice señalando a un tipo calvo en chándal que aparece al fondo del pasillo andando apresuradamente.

Los tres lo saludan cuando pasa junto a ellos y continúa su camino hacia el gimnasio del instituto.

—Hola, Diana —dice por fin el chico, una vez que el profesor ya no está cerca.

—Pero que te acuerdas de mi nombre. Si es que no se puede negar que dejo huella... —responde ella sonriendo, mientras se dan dos besos.

—¡Hey, cortaos un poco...! —interviene Paula bromeando y tirando del abrigo de Ángel para atraerlo nuevamente a su lado.

Ángel la abraza y le da un cariñoso beso en la cabeza.

—Está a punto de venir el de Filo. Como os pille aquí haciendo manitas, te lo cargas.

Paula se separa de su novio y mira el reloj. Ya hace dos minutos que el profesor de Filosofía debería haber llegado.

—Es cierto —suspira—. Amor, ¿a qué has venido? ¡Qué sorpresa!

—¿No te alegras de verme?

—¡Claro! ¡Muchísimo! —Y se vuelven a abrazar.

—Yo también me alegro de verte. ¿Para mí no hay nada? —interviene Diana, abriendo los brazos.

—¡Qué capulla eres! No sé cómo puedes quererla.

—Eso me pregunto yo también.

—¡Eh! ¿Pero qué dices?

Paula hace que se enfada y se da la vuelta. Ángel la rodea por detrás y le besa el cuello. Luego la gira con suavidad y, mirándola a los ojos, le da otro en la boca.

—¡Por Dios, qué empalagosos sois! —protesta Diana.

—Envidiosa.

—Capulla.

—Imbécil.

—Gilipollas.

Ángel ríe. Aquella chica es muy diferente a Paula, pero le cae muy bien.

—Siento interrumpiros, pero he venido para raptarte. Y si te ve el profesor, no me dejará.

—¿Raptarme?

—Sí, Quiero llevarte a un sitio.

—¿A un motel? —preguntó Diana, dejando escapar una sonrisilla pícara.

Ángel y Paula se sonrojan aunque tratan de mantener la compostura.

—No. Ya lo descubrirá. ¿Qué dices? ¿Puedes escaparte hoy de clase?

—A todas.

Diana silba y Paula suspira. No quiere faltar tanto. Ayer ya se saltó Filosofía. Y en nada comienzan los finales de la segunda evaluación. Pero no puede resistir la tentación y es incapaz de decir no. Es Ángel.

—Bueno, está bien. Pero vayámonos ya, antes de que nos pillen.

—Corramos entonces. Hasta luego, Diana.

Ángel la coge de la mano y juntos corren por el pasillo.

—¿Qué digo si preguntan por ti?! —le grita Diana mientras los ve alejarse.

—¡Di que me han raptado! ¡Pero que no paguen el rescate! La pareja cruza una puerta cogidos de la mano y desaparecen.

«¡Qué capulla es!», piensa Diana de Paula. Pero es su amiga y está feliz por ella. Aunque sigue sin entender cómo se las ingenia para que todos los chicos vayan detrás. ¿Mario? No lo reconocerá nunca, pero cuando los ha visto hace un momento juntos, tan cerca, un fuerte pinchazo le ha atravesado por dentro. Nunca se había sentido así. Pero no. Eso no puede ser. Sólo son amigos.

Habrán sido imaginaciones suyas. Además, ¿qué importa? Ella y Mario no son nada. Casi ni amigos. Entonces, ¿por qué antes lo ha pasado tan mal?

Diana entra tranquilamente en clase. Camina despacio hacia la esquina de las Sugus. En el trayecto no puede evitar mirar hacia la mesa en la que Mario ya está sentado. Él se da cuenta, es como si la estuviera esperando desde hace un rato, y la saluda con la cabeza. «Qué mono es». La chica sonríe y le imita. ¡Uff!

Sin embargo, Diana se llevaría una gran decepción si supiera que a quien realmente aquel chico buscaba con la mirada no era precisamente a ella.

Capítulo 40



sa misma mañana de marzo, en un lugar cercano a la ciudad.

Aquel martes es soleado, incluso hace calor. Demasiado calor. Eso puede indicar dos cosas: o que la primavera se ha adelantado unos días o que, en breve, el tiempo cambiará. Esa misma semana sabrán la respuesta.

Ángel paga al taxista. Abre la puerta y sale del vehículo con una pequeña mochila gris colgada del hombro izquierdo y agachando la cabeza. Paula se despide del conductor y también abandona el coche. Están en la afueras de la ciudad. Ante ellos aparece una enorme extensión, repleta de árboles de distintas especies.

—¿Dónde estamos? —pregunta la chica, que mira a su alrededor tratando de averiguar qué es aquel sitio.

—¿De verdad no sabes qué es esto?

—Pues no.

—Vale. Ven conmigo.

Ángel sonríe. Coge de la mano a Paula y la conduce hasta el comienzo de un empinado camino formado por ladrillos de color rojizo. En silencio, suben la cuesta. La chica está cada vez más expectante. ¿Dónde la ha llevado?

Un minuto más tarde ya están en la cima del sendero. Desde allí, Paula contempla mucho mejor el paisaje. Hay árboles y caminos por todas partes, y hasta alguna pequeña charca, en la que diferentes ánades disfrutan nadando alegremente de un lado para otro. Pero lo que más llama su atención son unas porciones de hierba de un verde más claro, situadas en varios lugares del terreno. En cada una hay colocada una bandera con un número.

—¡Es un campo de golf! —exclama.

—Muy bien. ¡Premio para la guapa señorita del jersey amarillo que lleva mi abrigo!

Ángel le ha cedido amablemente su abrigo para que no pase frío. Con las prisas, ni siquiera ha podido coger sus cosas de clase. En el taxi le ha mandado un SMS a Diana para que se ocupe de todo.

—Tonto. —Paula trata de golpearle con el codo, sin fuerza. Ángel la esquiva. Luego la abraza y la besa.

—Pues sí. Te he traído a un campo de golf. ¿A que no te lo esperabas?

—Claro que no. Pero yo no sé jugar al go...

—Lo imaginaba.

—¿Entonces?

—Hoy vas a ser mi ayudante y mi cadi.

—¿Tu qué?

—Mi cadi.

—No sé qué es, cariño. Yo..., es que no entiendo mucho de esto.

Ángel suelta una carcajada. Paula se molesta y refunfuña. El enfado dura pocos segundos, los que tarda él en acercar sus labios a los de ella.

—Te explico: el cadi es el que lleva los palos del jugador. Por fin sabe a qué se refiere. Lo ha visto alguna vez en la tele: son esos señores con gorra que llevan una bolsa pesada y que caminan detrás de los golfistas de hoyo a hoyo.

—¿Voy a tener que cargar con tus palos?

Ángel vuelve a reír, aunque en esta ocasión con menos vehemencia para que ella no se moleste.

—No, amor. Los palos los llevaré yo. No te preocupes.

—Menos mal —dice, resoplando—. ¿Y cómo puedo ayudar?

El joven mira su reloj y busca algo con la mirada.

—Vamos allí. Te lo explico por el camino —indica Ángel, señalando con el dedo un bonito edificio blanco situado en uno de los costados del terreno. Es la Casa Club.

De la mano, la pareja baja por el sendero hacia la entrada del campo.

—Hoy se disputa aquí un torneo benéfico —empieza a contar Ángel—. Vienen personajes famosos, actores, cantantes... Y me ha tocado a mí cubrirlo.

—Ah, ¡qué guay!

—Sí ayer me acredité. Y, como no podíamos mandar fotógrafo, te he acreditado a ti como mi ayudante.

La chica se detiene y lo mira con sorpresa. Ángel, sin dejar de sonreír, también se para.

—¡Qué dices! No puedes hablar en serio...

—Por supuesto que sí. Serás mi fotógrafa. No te preocupes sólo incluiremos una foto de esto en el número de este mes. De todas las que harás, alguna saldrá bien.

—¡Madre mía!

—Y como el dueño del campo es amigo de mi jefe, cuando terminemos el reportaje nos dejarán ir a jugar unas bolas y vendrás como mi cadi, aunque realmente el que llevará los palos seré yo. Hace un día precioso. Pasearemos, comeremos por aquí y disfrutaremos de la naturaleza. ¿Qué te parece?

Paula sigue inmóvil. No aparta sus ojos de los suyos. ¡Ella fotógrafa!

—Lo del paseo, la comida y todo eso está genial. Pero lo de que yo haga las fotos me parece ¡una locura!

Ángel abre la cremallera de la pequeña mochila gris que lleva colgada. De ella saca una cámara fotográfica. Quita el protector del objetivo y mira por él un par de veces. Paula lo observa atentamente y algo inquieta. No está demasiado puesta en el tema,

pero la cámara parece muy cara.

—Amor, de verdad que yo...

—Toma, hazme una de prueba. —La chica duda. No quiere cogerla.

—¿Y si la rompo?

—¡Qué la vas a romper! Toma. Tienes que darle aquí para hacer la foto.

Paula agarra con fuerza la cámara para evitar cualquier posibilidad de que se le caiga al suelo. Ángel se aleja unos pasos.

—¿Es digital? —pregunta mientras examina los distintos botoncitos del aparato.

—No, es de las antiguas, de las que han usado los profesionales toda la vida, con carrete. ¡Venga, ya estoy preparado! ¡Dispara!

Resopla. No está segura de hacerlo bien. Se pone la mirilla en el ojo derecho y cierra el izquierdo. Ve a Ángel, sonriente. Ella también sonríe. ¡Qué guapo es! Podría haber sido modelo si hubiese querido.

Toquetea la máquina hasta que por fin averigua cómo funciona el *zoom*. Aproxima y aleja la imagen una cuantas veces. Su chico, enfrente, no desespera, aunque comienza a dar pequeños golpecitos en el suelo con el tacón del zapato derecho.

—¿Todo bien? ¿Algún problema?

—Sí, uno. ¡Que no soy fotógrafa profesional! —un «clic» suena mientras Ángel grita.

—¡Ups! Creo que te he sacado con la boca abierta. —El chico regresa junto a ella. No parece molesto y no lo está. Le divierte la situación, al contrario que a Paula, que se puesto colorada.

—No te preocupes, si es sólo una de prueba para que sepas cómo funciona la cámara. Nada más.

—Soy una torpe, perdona. No sé hacer nada bien.

—Hay algo en lo que eres mejor.

Ángel pone sus dos manos en la cintura de Paula, se inclina un poco y la besa cerrando los ojos. La chica se estremece cuando siente sus cálidas manos palpando su piel bajo el jersey amarillo. Las siente primero en la espalda, luego le rozan el abdomen; casi tocan el borde de su sujetador, pero él se detiene justo en el límite. Sabe hasta dónde debe llegar. Sin embargo, el corazón de Paula late muy deprisa.

Un par de minutos después, se separan.

—Uff. Sin duda. En esto no tienes rival.

—Ni tú, cariño —dice la chica, aún sobresaltada por el momento pasional.

—Venga, vamos. Si no, no habrá cantantes a los que fotografiar, que algunos le dan a la primera bola y se marchan.

De la mano, caminan hasta la Casa Club. Paula no las tiene todas consigo. La idea de ser ella la que tome las fotos no le entusiasma. Está convencida de que meterá la pata y no será capaz de hacer ni una sola fotografía decente. Sin embargo, no va a

quejase más.

—Espérame aquí. Voy dentro a buscar las acreditaciones —dice Ángel una vez que están en la puerta del edificio. Sin decir nada, obedece.

Ve un pequeño banco vacío y se sienta en él. Piensa en todo lo que le está pasando últimamente. Es como un cuento. No, como una novela, una de esas románticas para adolescentes. Y ella es la protagonista. Se siente afortunada.

Mientras mira a ningún sitio y recuerda los últimos episodios de su historia, una chica se sienta a su lado. Lleva un curioso gorrito rosa y unas botas y una chaqueta del mismo color. Todo perfectamente conjuntado.

Paula la observa de reojo. La chica se da cuenta y gira sonriente. Entonces la reconoce. ¡Es esa joven actriz que sale ahora en un anuncio de chicles! ¿Cómo se llama? No lo recuerda. ¡Qué cabeza!

—Hola —le saluda la actriz amablemente.

Paula mira a su alrededor. ¿Es a ella? Sí, claro. No hay nadie más alrededor. No se lo puede creer. Está sentada al lado de una famosa y encima le está hablando. ¿Pero cómo se llama?

—Hola —responde tímidamente.

—¿Vienes al torneo?

—Bueno, algo así.

—No tengo ni idea de golf —confiesa la actriz sin dejar de sonreír—. Seguro ni le doy a la bola.

—Pues ya somos dos.

¡Qué simpática! Y eso que dicen que todos los famosos se lo tienen creído. Al menos esta chica no parece ser así. Entonces a Paula se le ocurre algo. Sí, estaría bien para empezar.

—Oye, ¿te puedo hacer una foto? Es para mi revista. Soy la fotógrafa.

La actriz la mira un poco desconcertada. ¿No es demasiado joven para eso? Sin embargo, en un momento recupera su sonrisa.

—Claro. Encantada.

La chica se pone de pie, se asegura de que el gorrito está recto y se sitúa delante de la Casa Club. Paula agarra la cámara con fuerza. Espera no meter la pata. Juega con el *zoom* hasta que cree que tiene el encuadre perfecto. Es increíble: ¡está haciéndole una foto con una cámara profesional a una estrella de la tele!

La actriz no deja de sonreír. Tiene la espalda apoyada en la pared del edificio, las piernas ligeramente abiertas y los dedos pulgares de ambas manos metidos en los bolsillos. ¡Qué bien lo hace! Clic.

—Ya está. Muchas gracias.

—¿Quieres que hagamos otra? —Pregunta la chica vestida de rosa.

—Vale.

—Espera. Si quieres me pongo junto a ese árbol —dice señalando un abedul.

—Perfecto.

Ahora la pose es diferente. Se inclina levemente hacia delante con una mano sobre la rodilla y la otra apoyada en el árbol. Sin duda, se desenvuelve perfectamente delante de la cámara Paula enfoca, ahora mucho más tranquila. Se siente una fotógrafa de verdad. Clic.

—Ya. Gracias de nuevo.

Las dos regresan al banco. Se sientan juntas, una al lado de la otra, como si fueran viejas amigas. Animadamente, conversan sobre la fotografía y su experiencia en el mundo del golf. Minutos más tarde, un hombre muy bien vestido y que lleva gorrita de Nike sale de la Casa Club y se acerca hasta ellas. Va cargado con una pesada bolsa repleta de palos.

—Vamos. Ya tengo los pases —le dice a la joven actriz.

—Bueno, pues nada. ¿No me puedo librar de jugar? Con que esté aquí ya vale, ¿no?

—No seas así. Pero si enseguida le cogerás el truco... Por lo menos juega un par de hoyos.

La chica se levanta del banco, suspira y se encoge de hombros. Luego mira a Paula y le sonrío.

—Pues allá vamos. Te veré en alguno de los hoyos. Encantada.

Paula también se pone de pie.

—Lo mismo digo. Y muchas gracias por las fotos.

La actriz se despide agitando la mano y desaparece con su acompañante por una de las laderas del campo. La chica se sienta de nuevo. Trata de serenarse, pero es imposible. Está emocionada, tanto que ni se da cuenta de que Ángel ha vuelto.

—Ya tengo las acreditaciones. Luego vendré a buscar los palos.

—Ah, muy bien, amor.

—Toma.

El chico le entrega una tarjeta plastificada con un cordoncito que contiene su nombre. Paula la coge y se la cuelga. Se siente importante.

—Cariño, ¿sabes lo que me ha pasado?

—Si no me lo dices, no —bromea Ángel mientras se cuelga también su acreditación.

Paula le saca la lengua y a continuación le cuenta su encuentro con la actriz del gorrito rosa. El chico sonrío cuando termina.

—Entonces, ¿estás orgulloso de mí?

—Mucho. Aunque se te ha olvidado un pequeño detalle.

—¿Un pequeño detalle? ¿Cuál? —pregunta, arqueando las cejas.

—Que somos una revista de música, no de cine ni de televisión.

Paula chasquea los dedos. ¡Qué fallo!

Pero aunque aquellas fotos no le sirvan de nada a la revista, nadie le quita el gran rato que ha pasado con aquella actriz de la que aún no recuerda su nombre.

Capítulo 41



Esa misma mañana de marzo, en un lugar de la ciudad.

¿Dónde habrá ido?

El profesor de Filosofía ha preguntado por ellas. Es el segundo día consecutivo que falta de su clase. Una tercera y no podrá presentarse la semana que viene al examen del trimestre. Diana ha dicho que Paula se encontraba mal y se ha ido a casa. Por supuesto, Mario no la ha creído. La hora de filo ha pasado lentamente para él, casi rozando la desesperación. Cada minuto se ha hecho eterno porque el reloj parecía que no avanzaba.

No ha parado de mirar una y otra vez hacia el rincón de las Sugus, a la mesa libre en la que debería de estar sentada Paula. No tiene ni idea de lo que le ha podido pasar.

Sin embargo, a Mario no sólo le preocupa el paradero de su querida amiga. Durante aquella hora no ha dejado de darle vueltas y más vueltas al momento que han vivido en el pasillo. Tan cerca el uno del otro, en silencio, sin penas distancia entre ambos. Aún podía sentir sus propios latidos a toda velocidad y respiración entrecortada de ella. ¿Qué hubiera pasada si Diana no interviene? Posiblemente, nada. Pero ese instante hace que sus esperanzas con Paula hayan aumentado. Esta tarde, cuando vaya a su casa, volverá a intentar decirle lo que se siente.

Esa misma mañana de marzo, en la misma clase en la que Mario piensa y piensa.

Ha estado toda la hora mirando hacia su esquina. Se siente halagada y también un poco emocionada. Incluso se han sonreído tres veces. No, han sido cuatro. La hora de filosofía para Diana ha pasado volando. Ni siquiera ha cruzado palabras con sus amigas.

Miriam y Cris le han preguntado si estaba enferma. Quizá, o tal vez esté empezando a estarlo. Pero su enfermedad no es de las que se curan con fármacos ni antibióticos. Es la primera vez en su vida que se siente así.

Pero aun tiene dudas. Por mucho que lo intenta, no se le va de la cabeza la imagen de Mario y Paula en el pasillo con sus rostros excesivamente cerca. ¡Qué tonta! ¿Cómo puede tener celos de una de sus mejores amigas? Paula en una Sugus y, además, tiene de novio. Y al escritor. Y él..., él va hacia ella en esos momentos. ¡Uff! No entiende por qué le sudan las manos. ¿Estás nerviosa? No, nunca se poner nerviosas, y menos por un chico. Pero ahora es distinto. ¿Lo es?

—¿Qué le ha pasado a Paula? ¿Se ha puesto enferma?

—Pues...

Le cuesta hablar. Está temblorosa. Le mira a los ojos. Son marrones. Dicen que los ojos marrones son demasiado corrientes, y sin embargo, a ella le parecen unos ojos increíbles, especiales.

—¿Qué le ha ocurrido a la señorita García? Como salido de ninguna parte, el profesor de matemáticas ha llegado para dar su clase y sigilosamente se ha deslizado hasta ellos. Diana no puede contarle a Mario que Paula se ha ido con su novio a quién sabe dónde.

—Se ha puesto enferma y se ha tenido que marchar a casa —miente.

—Esa chica es frágil como el cristal de Bohemia. En fin, no sé si podré soportar su ausencia —señala irónico—. Dele recuerdos de mi parte y dígame que, aunque no le mande flores como otros, le deseo una pronta recuperación. Especialmente para el examen de viernes.

—Se lo diré de su parte. —El profesor de Matemáticas hace una especie de reverencia y luego mira a Mario, que escucha atento la conversación entre ambos.

—Puede volver a su asiento, señor Parra. El maravilloso mundo de las derivadas, capítulo 37, está a punto de comenzar.

El chico sonrío débilmente y regresa al otro lado de la clase. Así que puede que sea verdad que Paula se haya puesto enferma.

¿Afectará eso a su «cita» de la tarde?

Esa misma mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

—Quizá debería de haber ido.

Mauricio Torres está sentado en la enorme silla de su despacho revisando unos contratos publicitarios que le han ofrecido a su representada. Ella lo observa seria desde un sofá de tres piezas.

—No sé jugar al golfo —responde Katia sin ningún tipo de expresividad.

—No hacía falta que supieras. Con estar allí habría bastado.

—No me apetece hacer nada, Mauricio. Y menos aprender a jugar al golf.

—Si yo te entiendo. Acabas de salir del hospital y aún estás convaleciente. No es sencillo superar tan deprisa un accidente de coche como el que tuviste. Pero cuanto antes nos pongamos las pilas, mejor. Y este acto benéfico hubiera sido una buena oportunidad para dejarte ver.

Katia no dice nada. Está triste, desganada. El accidente de coche influye un poco, pero lo que realmente la tiene así es otra cuestión. Está intentando por todos los medios olvidarse de Ángel. Pero cuanto más trata de no pensar en él, más lo hace. Es agobiante.

—¡Katia! ¡Vamos! ¡Anímate! —exclamo su representante, que se ha levantado de su sillón y se ha sentado junto a ella.

La chica sonríe sin ganas.

—Ya, tranquilo. No te preocupes.

—Aún estamos a tiempo de llegar al torneo, ¿quieres que vayamos a ver si así te animas?

—Pero si no tengo ni coche.

En el accidente, el Audi rosa descapotable quedó seriamente dañado. Los mecánicos le han dicho que hasta la semana que viene no estará disponible.

—Vamos en el mío.

—Déjalo, Mauricio. En serio. Prefiero irme a casa y descansar. ¿Me pides un taxi?

El hombre suspira. Está seriamente preocupado por ella. Ha perdido toda su vitalidad. El accidente la ha dejado maltrecha psicológicamente.

Katia tiene ganas de llorar. No entiende nada. ¿Cómo puede estar así por un tío que conoce desde hace tan poco tiempo? Quiere irse a casa, meter la cabeza debajo de la almohada y olvidarlo de una vez por todas. Tiene que hacerlo. O eso o se volverá loca. Ángel se terminó. Se terminó. Nunca más.

Nada más lejos de la realidad. No sospecha que el reencuentro con el joven periodista está cerca.

Esa misma mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

¡Fantástico! ¡Qué sorpresa!

No lo esperaba, sinceramente. Pero cuando ha abierto su correo electrónico, Álex se ha encontrado con dos *e-mails* que le están alegrando la mañana.

Es increíble. Caminaba tranquilamente con una amiga y se nos ocurrió metemos a hacer el tonto en un fotomatón y allí encontramos tu historia.

***Tras la pared** es genial. Me encanta el protagonista. Y también Larry.*

Eres buenísimo. Pero seguro que eso te lo han dicho un montón de veces y no soy nada original.

*Te deseamos muchísima suerte mi amiga y yo. Y ya tienes dos compradoras de tu libro para cuando lo publiques, porque no tengo ninguna duda de que alguna editorial se fijará en ti y publicarás **Tras la pared**.*

Tendrás noticias nuestras.

Muchos besos de Nerea y Susana.

Hola.

*Me llamo Lucía, tengo 17 años y estoy flipando aún con tu historia. Me encanta leer y te aseguro que lo que haces vale muchísimo. Estoy segura de que algún día iré a la librería y allí encontraré **Tras la pared** en alguna de las estanterías.*

Además, sí que tienes imaginación para promocionar así tu libro. Es una idea genial. Hablaré a todos mis amigos de tu novela y haré Unas cuantas copias para dejarlas por ahí, como has hecho tú, sino te importa, claro.

No me alargo más.

Encantada de conocerte y espero hacerlo un poco más con el tiempo.

Mucha suerte y un besazo.

Sonríe. No puede evitar leerlos varias veces. Por fin, la idea que los cuadernillos está teniendo algo de éxito. Había perdido un poco la esperanza. Hace un rato, cuando Paula le ha dicho que no podía ayudarlo, pensó en no continuar con sus intenciones de promocionar la novela de esa forma. Se limitaría a escribirla y ya está.

Sin embargo, aquellos correos le han dado fuerza y moral. Sí. Hará más copias y volverá a ponerse en manos del destino.

Esa misma mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Tiene calor. Y, aunque en esos días no esté haciendo el frío de otros años a esas alturas, en esta aula la temperatura es demasiado alta. Exagerada. Mejillas sonrosadas y alguna frente brillante. Quizá el profesor ha ordenado que pongan la calefacción para que sus alumnas vayan lo más ligeras de ropa posible. Ése no es problema para Irene, que sin ningún reparo se quita el jersey.

En la maniobra, la camiseta que lleva debajo se le sube por encima del ombligo, que queda al descubierto. Ojos buscones no pierden detalle del acontecimiento, que dura tres intensos segundos, hasta que todo vuelve a su sitio. La chica deja la prenda de algodón en el respaldo de la silla y se coloca bien la coleta que se ha hecho para estar más cómoda. Su camiseta a rayas verticales fucsia y azules, ajustada

perfectamente a su exuberante y distinguido busto, no pasa inadvertida para nadie, y aún menos para el profesor, que centra todas sus explicaciones en ella.

A Irene le complace ese juego. Lleva mucho tiempo siendo el centro de atención allá donde va. Nunca le ha importado que la miren. Al contrario, se siente satisfecha.

Si recordara la cantidad de proposiciones que ha tenido, decentes e indecentes, no existiría espacio en su memoria para nada más. ¡Los hombres son tan simples!: desde que cumplen trece años y hasta que se mueren sólo piensan en una cosa. Ella lo sabe y no va a desaprovechar lo que la naturaleza y, por qué no decirlo, los días de gimnasio y de pasar hambre le han proporcionado. Nadie se ha resistido a sus encantos. Nadie... excepto su hermanastro.

La chica no presta atención a lo que el profesor está anotando en la pizarra. Cruza las piernas, hoy cubiertas por un ceñido vaquero celeste, bajo la mesa. Sonríe y asiente cuando le preguntan:

—¿Lo ha entendido, señorita Ruiz?

—Sí. Claramente, profesor.

Así hasta cuatro veces en una hora. En realidad, Irene no sabe ni de lo que están hablando. Le aburre el tono con que explica las cosas. Pero todo sea por contentar a aquel buen hombre que ya ha anunciado varias veces que los apuntes tomados en clase serán la base del curso. Tampoco eso es problema para ella. Seguro que algún alma caritativa se los presta amablemente para fotocopiarlos a cambio de una cena.

Ahora tiene cosas más interesantes en las que pensar. Debe descubrir quién es esa Paula. Sin duda, su hermanastro está enamorado de ella. Y eso no es bueno, nada bueno. Para llegar al corazón de Álex, los sentimientos por esa chica tienen desaparecer y, una vez que concluyan, lo tendrá mucho más sencillo. Incluso puede aprovecharse de la debilidad que siempre se produce tras un fracaso amoroso.

Mientras tanto irá construyendo la base de su relación con él para, cuando llegue el momento adecuado, dar el paso definitivo. Pero ¿cómo puede conseguir llegar hasta Paula?

—Señorita Ruiz, ¿lo ha entendido?

—Está todo muy claro, profesor.

La respuesta es Álex. Para llegar a Paula, el camino es él. No hay más remedio entonces. Le tocará ejercer de policía y de ladrón. Será divertido.

Capítulo 42



se mismo día de marzo, en un lugar alejado de la ciudad.

Famosos, cantantes, actores, deportistas y hasta algún célebre cocinero: todos reunidos en pos de una buena causa.

Paula disfruta como una niña pequeña con zapatos nuevos. Cámara en mano, pide a unos y otros que miren al objetivo después de que Ángel haya hecho las preguntas pertinentes. Forman un dúo perfecto: joven, intrépido, resolutivo. Y se entienden con la mirada. Los Clark y Lois del siglo XXI.

Aún sigue sin poder creerse que le esté pasado aquello. Además, ya ha recordado el nombre de la actriz que se encontró en la Casa Club con el gorrito rosa: Andrea Alfaro. Se han cruzado en el hoyo siete y han intercambiado unas palabras cómplices. ¡Hasta se han dado dos besos al despedirse!

Su prueba como fotógrafa se ha saldado con una nota alta. Como si llevara toda la vida entre famosos y con una máquina de fotos colgada al cuello. Sin embargo, un nuevo reto mide ahora las habilidades de Paula.

—Recuérdame que tengo que llamar a mi madre para decirle que no voy a ir a comer a casa.

Paula se dispone a pegar su primer golpe de golf. La joven mira hacia atrás y se encuentra con los ojos azules de Ángel. Están pegados uno al otro, ella delante y él detrás, con sus manos unidas.

—Vale. Pero ahora concéntrate.

—No creo que pueda hacerlo. Es muy difícil.

—Seguro que enseguida le coges el truco. Abre más las piernas. Las tienes demasiado juntas.

—Piernas abiertas. Bien, eso es fácil.

Paula obedece y separa las piernas. Siente el cuerpo de Ángel muy cerca, cada vez más.

—Coge el palo más arriba, amor. Y con más fuerza.

—¿Así? —dice la chica, sujetando el hierro cinco como le indica él.

—Sí, muy bien. Ahora baja la cabeza y mira fijamente la bola.

Suavemente, Ángel le ayuda a adoptar la postura adecuada. Sus ojos se clavan en la pelota de golf.

—¿Este deporte no da tortícolis?

—No. Venga, concéntrate, cariño.

—Vale.

Pero ¿cómo va a concentrarse con su novio totalmente pegado a ella? ¡No es de piedra! El corazón se le va a salir del pecho. Be pregunta si él estará sintiendo lo mismo.

—Ahora llega el momento del *swing*.

—¿El *swing*? ¿Vamos a bailar?

Ángel agacha la cabeza y coloca su cara junto a la de ella. Sus ojos en paralelo, sus bocas también, a unos milímetros de distancia.

—Paula.

—Lo sé, que me concentre.

—Sí. Pero primero...

Sin que la chica lo espere, la besa. Un cálido beso en los labios de varios segundos. ¡Y ella que pensaba que ya no podía latirle más deprisa el corazón...!

—¡Uff! Este deporte cada vez me gusta más. ¿Siempre hacéis esto los jugadores con el *cadi*?

—Sí, siempre que terminamos un hoyo —bromea, sonriente—. Y ahora..., ¡flexiona las rodillas y dale fuerte!

Paula agarra el hierro con firmeza, cierra los ojos, aprieta los dientes y trata de golpear la bola con todas sus ganas. Ángel desde atrás la guía en el balanceo del *swing*.

La cabeza del palo choca con violencia contra el suelo, pero la bola no se mueve ni un centímetro. Paula se sonroja. ¿Qué ha hecho mal? ¡Creía que le había dado!

Ángel suelta una carcajada y coge el palo para examinar los daños.

—¿Lo he roto? —pregunta, avergonzada.

—No, está perfecto. Tú eres muy delgadita: te falta músculo y no tienes tanta fuerza como para eso.

—¿Serás...? ¿Que no tengo fuerza? Ya verás ahora.

Herida en su orgullo, le arrebató el hierro de las manos. Vuelve a colocarse tal y como su chico le ha enseñado, pero en esta ocasión sin él detrás. Separa las piernas, agacha la cabeza, mira la pelota con ira, flexiona las rodillas y trata de golpearla con fuerza. Su *swing* no es precisamente el más académico de la historia, pero, cuando el palo alcanza el suelo, impacta en el centro de la bola y la desplaza.

—¿Le he dado? ¡Le he dado! —exclama, casi tan feliz como sorprendida.

La pareja sigue atentamente el camino de la pelota, que no ha cogido altura. Rodando, avanza unos metros por la calle y se introduce en el *rough* para terminar al lado de un árbol.

Ángel vuelve a abrazar a su chica y le da un cariñoso beso en la frente.

—Bueno, no eres Tiger Woods, pero por lo menos le has dado.

—¡Qué quieres! ¡Nunca he jugado!

—Lo sé, cariño. Lo has hecho muy bien. Ahora me toca a mí golpear la bola

desde el árbol.

El chico guarda en la bolsa el hierro que Paula ha empleado y saca otro. La coge de la mano y juntos se dirigen al lugar en el que la pelota ha ido a parar.

En el camino, el móvil de la chica comienza a sonar.

—Espera, amor. Deja que conteste.

—Muy bien. Voy estudiando el golpe que tengo que hacer.

—Vale.

Beso en los labios.

El periodista se aleja unos metros hasta el árbol mientras Paula saca el móvil de uno de los bolsillos del pantalón.

—¿Sí...?

—¿Paula? Hola, soy Mario.

—Hola, Mario, ¿qué tal? —la chica consulta su reloj—. Estáis en el intercambio de clase, ¿no? Toca Lengua ahora.

—Sí. Ya tiene que estar al llegar la profe.

—Cuidado, no te pille hablando por el móvil.

—Tranquila. Estoy atento por si viene.

—Muy bien.

Un silencio se produce entre ambos. Paula mira a Ángel que, Inclinado, observa la posición de la bola y analiza cómo tendrá que golpearla para llevarla al green.

—¿Te has puesto enferma? —pregunta por fin el chico.

—¿Quién? ¿Yo?

—Diana le está contando a los profesores que te encontrabas mal y que por eso te has ido a casa.

—¡Ah, sí! Pero me he tumbado un rato en la cama y ya me encuentro mucho mejor.

No puede decirle nada sobre su magnífica mañana como fotógrafa de famosos y jugadora de golf. Sería demasiado largo y complicado de explicar. Además, corre el riesgo de que al contárselo se divulgue por la clase y termine enterándose algún profesor.

—Me alegro mucho. Nos tenías preocupado.

—Gracias por interesarte, Mario. Ya estoy recuperada. Habrá sido una bajada de tensión o algo así.

—Es que ha sido todo muy raro. Estábamos en el pasillo tan tranquilos, luego no has entrado a clase y Diana llega diciendo que te has ido a casa porque estabas mala. Paula recuerda ahora el momento en el que habían estado hablando en el pasillo. Lo había olvidado por completo. Tampoco es algo para darle muchas vueltas. Un instante de confusión. Inexplicable.

—Ya. Es que ha sido todo muy rápido y de improvisado. Pero ya estoy bien.

—Entonces, ¿lo de esta tarde sigue en pie?

Lo de esta tarde, lo de esta tarde... ¡Es verdad! ¡Estudiar Matemáticas! Está tan inmersa en su sueño con Ángel que todo lo demás no existe. Sin embargo, hay una realidad al otro lado llena de exámenes y de horas en las que tendrá que hincar los codos si quiere aprobarlo todo.

—Claro. Estaré en tu casa a las cinco.

—Vale, te espero. Tengo que colgar, que viene la profe de Lengua. Mejórate. Un beso.

Sin tiempo para despedirse de él, el teléfono comienza a comunicar.

El sol brilla sobre su cabeza. La luz en sus ojos hace que parezcan más claros. Sueño y realidad. Está viviendo la historia de amor que cualquier chica de su edad querría tener. Un sueño, pero nada es imaginario. Todo está sucediendo de verdad. Es real.

Guarda el teléfono en el bolsillo. De pie, inmóvil, observa a Ángel. Tiene el palo cogido con ambas manos, el cuerpo ligeramente inclinado y la cabeza agachada con la mirada puesta en la bola. Es muy atractivo. Y es suyo. Se ha fijado en ella. Lo quiere. Lo quiere muchísimo. Un escalofrío recorre todo su cuerpo. Y sonrío. Paula contempla cómo Ángel realiza un *swing* perfecto; cómo los músculos de sus brazos se han tensado por el esfuerzo, destacando las venillas de los bíceps; cómo la bola sube al cielo y baja lentamente para aterrizar cerca de la bandera del hoyo once. Un golpe maestro.

Tranquilamente, Paula camina hacia él. Aplaude. Ángel la está mirando. No ha dejado de hacerlo desde que se ha detenido la pelota. Esos ojos azules que le apasionan. Sí, definitivamente ama a ese chico.

—¡Muy bien! Pero el viento ha empujado la bola, claramente. Por eso el golpe ha sido tan bueno.

—¿El viento? Si no corre ni una gota de aire.

—Porque ha parado ahora mismo.

—¡Qué casualidad!

—Con algo de práctica seguro que yo la habría metido.

La chica se acerca lentamente. Lleva las manos en la espalda, ríe picara y no aparta los ojos de los suyos.

—¡Por supuesto! No lo dudo ni por un instante.

—Más te vale porque si no...

—Si no, ¿qué?

—Te hubieras quedado sin esto.

Paula se pone de puntillas, cierra los ojos y lo besa dulcemente. Un beso corto que da continuación a otro. Y a otro. Decenas de ellos.

—Te quiero —le susurra.

—Y yo.

Unos minutos más tarde ponen fin a la escena. Ángel se cuelga la bolsa de palos y se dirige firme a terminar el hoyo. Paula va a su lado, abrazada al brazo que tiene libre.

—Si la metes, te invito a comer.

—¡Pero si no traes dinero!

—Da igual. Te invito a comer, pero pagas tú.

Los dos se miran y ríen al mismo tiempo.

—Vale, pero antes llama a tus padres y diles que no vas a casa.

—¡Es verdad! Espero que no se enfaden mucho.

—Si quieres, hablo yo con ellos —índica bromeando.

—Vale. Marco y te los paso.

Ángel se queda blanco. ¡Ups, por bocazas!

—Cariño, yo...

—Tranquilo —dice sonriente—. De mis padres, ya me ocupo yo. Tú sólo piensa en mí.

Y mientras Paula vuelve a sacar el móvil del bolsillo, Ángel suspira aliviado.

Ese mismo día de marzo, en un lugar de la ciudad.

—Pero Paula...

—Te quiero, mamá. Dale un beso a papá de mi parte ¡Adiós!

—Pau... —El pitido en la línea telefónica indica que ha colgado—... la.

Nada que hacer. Mercedes mira su móvil desconcertada. Su hija le acaba de decir que no la esperen, que no irá a comer. Lo hará en la cafetería del instituto y luego estudiará, primero en la biblioteca y más tarde en casa de Mario y de Miriam. Por supuesto, Mercedes no se ha creído nada.

En ese mismo instante, su marido entra en la casa. Delante de él, la pequeña Erica corre hacia su madre para darle un beso. La niña da un brinco y se cuelga de sus brazos.

—¡Hola, mamá!

—Hola, pequeñaja.

—No soy pequeña —protesta, frunciendo el ceño para dejar clara su indignación.

—Tienes razón, mi vida. Pesas ya como una chica mayor. Dentro de nada no podré contigo.

—Peso casi como Paula. Y en un mes, pesaré más. Porque como más que ella. ¿A que sí?

—Claro que sí.

Su madre sonrío. Lejos queda todavía ese momento en el que Erica empiece a

preocuparse por los kilos. Es un alivio. Con una hija adolescente tiene bastante. Aún recuerda cuando Paula le preguntó por primera vez si la veía gorda. Luego aquel complejo porque sus amigas tenían el pecho más grande que ella. Y más tarde los agobios del acné, la primera regla, el chico aquel de un curso superior que le gustaba, el primer campamento de verano...

Nostálgica, repasa esos pequeños momentos madre-hija, cuando se contaban todo. Ahora, está a punto de cumplir los diecisiete y no es que la considere una completa desconocida, pero sabe que se está alejando, que ya no cuenta con ella para la mayoría de las nuevas experiencias.

—Mamá, ¿te pasa algo? —Erica nota que su madre se ha puesto seria de pronto —. Si quieres me puedes llamar pequeñaja. No importa. De verdad.

Mercedes la mira y vuelve a sonreír. Agarra con fuerza a la niña y le da dos besos en la frente. Sí, aún queda bastante para que la pequeña rubita siga los pasos de su hermana mayor.

—Hola, cariño. ¿Qué tal la mañana? —le pregunta su marido, que pone a Erica en el suelo y besa a su mujer en la mejilla.

—Bueno, bien.

Paco la conoce. Sabe que hay algo que le preocupa.

—Vamos, ¿qué pasa? ¿Ha habido algún problema?

—No...

Erica mira a sus padres, ensimismada. No entiende de qué hablan. Su rostro va de uno a otro como si estuviera viendo un partido de tenis. Paco se da cuenta de que la niña sigue allí.

—Princesa, ¿por qué no vas a lavarte las manos y la cara? Pronto comeremos —le indica dulcemente.

La niña quiere saber de lo que están hablando sus padres, pero está muerta de hambre, así que, cuanto antes obedezca, antes comerá. Asiente varias veces con la cabeza, moviéndola muy deprisa y sube a toda velocidad al piso de arriba. Cuando ha desaparecido, Paco vuelve a insistirle a su mujer.

—Solos. Ya puedes contármelo.

—Es por Paula.

—¿Paula? ¿Le ha pasado algo?

Mercedes entonces recuerda aquel anuncio de hace unos años de Coca Cola. En él, una hija hablaba con su madre por teléfono explicándole que se iba a quedar en la biblioteca a estudiar un examen muy difícil y que no la esperaran. Entonces, después de colgar, cuando el marido le preguntaba que qué ocurría, ella le contestaba que la niña se había enamorado. Eso es exactamente lo que piensa de Paula.

—No viene a comer.

—¿Otra vez?

—Otra vez.

—¿Y cuál ha sido la excusa esta vez?

—Que tiene que estudiar. Se quedará en el instituto a comer y luego irá a la biblioteca.

—¿Te lo has creído?

—Sinceramente, no sé qué pensar.

—Yo creo que sí lo sabes.

Mercedes suspira. La táctica de dejar que su hija tomara sus propias decisiones sin preguntar por lo que hacía no está dando resultado. Sigue sin contarles nada.

—Pues pienso que hay un chico.

Paco se deja caer en el sillón del salón y cruza los brazos.

—Tenemos que hablar con ella.

—¿Otra vez? ¿Y qué se supone que tenemos que decirle?

—Que somos sus padres y tenemos derecho a saber si somos suegros.

Mercedes no puede evitar soltar una carcajada al oír a su marido.

—¿Qué? No he dicho nada gracioso —señala, algo molesto.

La mujer se sienta en las rodillas de su marido y le besa en los labios. Enseguida, al hombre se le pasa el pequeño enfado.

—Suegro cascarrabias.

—No soy cascarrabias.

—Cariño, nos hacemos mayores. Y nuestras hijas también.

Los dos permanecen callados unos segundos pensando en el pasado. No hace tanto que no tenían que preocuparse por la vida de Paula. Pero ya no es una niña.

¡Suegros! Suena fatal, a personas mayores. Ambos se resignan, abrazados en el sillón del salón.

—Está bien. Tenemos que hablar de nuevo con la niña y ser más claros y directos. Si soy suegra, quiero saberlo.

—¡Ésa es la actitud! Hablaremos con ella.

Y mientras Paco y Mercedes se arman de valor para una nueva charla padres-hija, en un lugar alejado de la ciudad, su Paula también se dispone a contarle algo a Ángel que requiere mucha valentía.

Capítulo 43



sa tarde de marzo, en un lugar de la ciudad.

Las mesas de la terraza de El Meridiano de Sullivan están llenas. Los veintitrés grados que marca el termómetro favorecen que los clientes prefieran sentarse al aire libre antes que en el comedor interior.

También Álex y el señor Mendizábal han elegido esta opción. En agradecimiento por las fotocopias gratis de los cuadernillos, el joven ha logrado convencerle para invitarle a comer. Hoy las clases de saxofón comenzarán un poco antes, aprovechando la ocasión.

—No tenías que haberte molestado, Álex —señala el hombre mientras pincha una patata frita de su plato.

—Le repito, Agustín, que no es ninguna molestia. Es lo menos que podía hacer después de lo que usted ha hecho por mí.

—¡Pero si no he hecho nada!

—Setenta juegos de fotocopias de diez hojas por ambas caras son muchos euros, Agustín.

—¡Venga ya! Más te va a costar mi solomillo —dice mientras suelta una carcajada.

Álex contempla cómo el hombre se mete en la boca un trozo enorme de carne. Quizá demasiado trabajo para su maltrecha dentadura. El chico ha preferido una dorada a la sal.

Una agradable brisa intermitente refrigera el sonrosado rostro de Agustín Mendizábal, a quien el vino tinto comienza a pasarle factura.

—Pues cuando usted pueda y tenga tiempo, me prepara otros cuarenta juegos de lo mismo. Pero esta vez pagaré. O iré a otra reprografía.

El hombre deja a medio camino el tenedor lleno entre el plato y su boca. Mira amenazante un instante a su acompañante, pero enseguida se encoge de hombros y con apetito voraz engulle el trozo de carne.

—Como quieras.

En ese momento, el teléfono de Álex suena. Lo saca del bolsillo y suspira profundamente cuando ve que es Irene quien le llama. Decide no contestar, pero la chica insiste con una segunda llamada.

—¿No contestas? —pregunta el señor Mendizábal mientras Vuelve a llenarse la copa de vino.

Por fin, el joven se da por vencido y responde. ¿Qué querrá ahora?

—Dime, Irene —dice con sequedad.

—Que poco simpático eres —protesta ella.

—¿Para qué me has llamado?

—Hola, ¿eh?

—Hola, Irene.

—Así está mucho mejor.

—Estoy comiendo con... un amigo, no puedo hablar ahora. ¿Es para algo importante?

—Ya sé que estás comiendo. ¿Qué es?: ¿dorada? ¿Lenguado?

—¿Perdona?

Álex mira a izquierda y a derecha desconcertado. Agustín Mendizábal lo observa divertido. Cada vez su rostro está más rojo.

—Que si lo que estás comiendo es una dorada o un lenguado. ¡Aunque yo apostaría por lo primero!

—Pues sí, es una dorada. ¿Se puede saber cómo demonios lo has adivinado?

—Estoy aparcada justo delante de vosotros.

Álex mira hacia su derecha. Allí la ve sentada en el asiento del conductor del Ford Focus negro, saludando alegremente con una mano y con la otra agarrando el móvil que tiene pegado a la oreja.

—¿Pero cómo...?

Lo siguiente que Álex oye son los pitidos al otro lado de la línea. Ha colgado. Irene se baja del coche y, sonriente, se acerca a la mesa en la que comen su hermanastro y el señor Mendizábal.

—¡Hola! ¿Puedo acompañaros? —pregunta cuando llega hasta ellos.

Agustín Mendizábal no da crédito. Boquiabierto, examina de arriba abajo a la recién llegada. Impresionante. ¡Será cosa del vino!

—¿Qué haces aquí? —interviene molesto Álex.

—Tengo un par de horas libres y mucha hambre. ¿Se come bien en este sitio?

—¡Estupendamente! —grita el señor Mendizábal, aponiéndose de pie torpemente—. Álex, ¿no me presentas a tu amiga?

El joven resopla malhumorado. En fin, no puede hacer nada:

—Se llama Irene. Es mi hermanastra —señala sin ningún entusiasmo—. Irene, éste es un amigo, Agustín Mendizábal.

—Encantada, Agustín —dice y le da dos besos. Tiene las mejillas hirviendo.

—El placer es mío, jovencita.

El hombre se coloca a su lado y retira la silla para que se siente.

—Muchas gracias. Eres muy amable, Agustín. ¿Puedo tutearte?

—¡Claro! —exclama, satisfecho y henchido de orgullo. Luego regresa a su silla.

Álex se lleva las manos a los ojos, los cierra y se los frota con fuerza ¡Menuda comida le espera! Irene coge la botella de vino tinto y examina atentamente la etiqueta.

—Parece muy bueno. ¿Puedo servirme una copa?

—Claro que puedes. Es un vino excelente —indica Agustín, que se ha olvidado de la presencia de Álex y sólo tiene ojos para la muchacha.

—Pero no tengo vaso.

—No hay problema, enseguida lo soluciono. —El hombre echa un vistazo a su alrededor hasta que divisa a uno de los camareros—. ¡Perdone! ¡Perdone!

El camarero oye los gritos del señor Mendizábal y, tras dejar un par de platos en una de las mesas de la terraza, acude raudo hasta ellos.

—Dígame, señor.

—Traiga un vaso para la señorita... y otra botella de vino.

Álex resopla no demasiado conforme. Irene, por el contrario, está de acuerdo con el pedido del hombre.

—¿Desea algo para comer? —pregunta el camarero, que ya ha anotado en su libretita la botella de tinto.

—Sí. Con este vino, lo mejor sería una buena carne. Pero prefiero algo más ligero. Lenguado a la plancha, por favor.

El camarero lo apunta y se aleja veloz. Enseguida aparece de nuevo con la copa para Irene y otra botella de la misma marca.

—¿Cómo nos has encontrado? —inquire Álex, que llevaba unos minutos en silencio.

La chica observa cómo Agustín Mendizábal le llena la copa hasta arriba. Por supuesto, no le va a decir a su hermanastro las técnicas de espionaje e investigación que ha utilizado.

—Supongo que he tenido suerte —concluye después de meditar unos segundos la respuesta.

—¡Bendita fortuna! ¡Brindemos por ella!

Agustín e Irene chocan sus copas. Álex agacha la cabeza y se lleva a la boca un trozo de dorada. No le está haciendo ninguna gracia aquella comida. Y para colmo, el que paga es él.

El lenguado no tarda en llegar. La chica se coloca su servilleta en el regazo y empieza a comer.

La reunión transcurre entre risas, piropos y pequeñas anécdotas que el señor Mendizábal, cada vez más embriagado por el vino, cuenta a Irene. Álex escucha en silencio y apenas dice nada. Constantemente consulta su reloj. Está deseoso de que aquello termine.

—¿Me perdonáis un momento? Voy a lavarme las manos —señala la chica tras terminar de comer.

Amaga con levantarse, pero antes coloca la servilleta sobre la mesa, junto a su hermanastro, que le dedica una mirada aviesa. La chica sonrío y recupera la servilleta

para sacudirse unas migas que han caído en su pantalón. Luego se levanta y a paso ligero se aleja de sus acompañantes. Nadie parece haber notado nada, como siempre ocurre.

—¡No tardes en volver! Que tengo que contarte aquella vez en que...

Las últimas palabras del señor Mendizábal son interrumpidas por una inoportuna y escandalosa tos.

De todas maneras, Irene ya no le presta atención. Lleva media hora soportando las aventuras de aquel viejo carcamal, que encima está medio borracho. Pero el numerito ha merecido la pena. No imaginaba que le resultaría tan sencillo hacerse con el móvil de Álex. Esta mañana, mientras desayunaba, observó cómo su hermanastro dejaba el teléfono sobre la mesa. Tal vez durante la comida pasara igual. Sin embargo, cuando lo observaba desde el coche no veía el aparato por ninguna parte. Quizá tendría que esperar otra oportunidad. Pero se le ocurrió algo. Si lo llamaba, tal vez lo sacara y ya no lo guardara. Y así fue. Tras el desconcierto por su presencia, el chico ya no lo había vuelto a meter en el pantalón. A partir de ahí, sólo era cuestión de tiempo. Nada mejor que el viejo truco de la servilleta, que ya ha utilizado algunas veces. Es sorprendente cómo nadie se da cuenta de la treta. Sólo consiste en colocar disimuladamente la servilleta sobre el objeto que tiene que desaparecer. Luego, cogerla otra vez, ya con el objeto debajo, hacer que se limpia bajo la mesa y, en ese momento, aprovechar para meter el objeto entre la camiseta y el pantalón. Fácil. Demasiado para ella, acostumbrada a gastar bromas a sus amigos de este tipo y de quitarle dinero a su madre cuando la ocasión es propicia.

Tiene suerte, el baño de chicas está vacío. Si no, se hubiera metido en el de chicos. Tampoco ése es un problema para ella.

Rápidamente entra.

Debe darse prisa, antes de que Álex eche en falta su teléfono. Abre el archivo de mensajes. Primero los recibidos. Paula, Paula...

Sólo hay dos. Los lee deprisa. Luego va a los enviados. Otros los. También los lee. No parece que haya nada entre ambos. Por lo que se ve, se acaban de conocer, pero se nota cierta química. No puede evitar un halo de fastidio.

Saca un bolígrafo y un pequeño papel del bolso y anota el número de Paula. En un futuro, a lo mejor puede servirle.

Mira su reloj. No ha tardado ni tres minutos.

Sale del cuarto de baño y se dirige a la mesa. Álex y el señor Mendizábal están comentando algo. Agustín, en cuanto la ve, ignora al joven y se incorpora para repetir la galantería de la silla. El efecto del alcohol le hace tambalearse y tiene que sujetarse a la mesa para no acabar en el suelo.

—¡Cariño! ¡Ya te echábamos de menos! —grita el hombre.

Irene esboza una sonrisilla. No se han dado cuenta de nada. ¡Pero aún tiene que

hacer algo más!

Antes de sentarse en su silla, se agacha simulando que recoge algo del suelo. Luego se levanta y mira a su hermanastro.

—Toma, despistado. Anda que, si no es por mí...

La chica coloca el móvil de Álex en la mesa ante la sorpresa de éste.

¿Cuándo se le ha caído? Si no ha escuchado nada... No entiende cómo ha terminado en el suelo.

Irene está satisfecha. No espera demasiado para despedirse de su hermanastro y de aquel tipo insoportable. La suerte le ha acompañado. ¿Suerte? No. Ella es realmente buena y siempre consigue lo que quiere. Eso piensa mientras camina hasta el coche moviendo sus caderas de manera insinuante.

Capítulo 44



sa tarde de marzo, en un lugar alejado de la ciudad.

Una ardilla de cola roja examina inquieta si puede cruzar al otro lado de la calle. Finalmente, se decide y, a toda prisa, atraviesa el campo hasta trepar a la copa de una joven acacia.

Paula y Ángel la observan divertidos. Están en el césped, bajo las ramas de un roble que les da sombra. Ella, sentada entre las piernas de él, rodeada por sus brazos. Caricias. Besos. Roces. Sólo el cielo, completamente azul, es testigo de su amor.

—Me quedaría aquí contigo toda la vida —le susurra Ángel al oído.

Paula se estremece. Un escalofrío recorre su cuerpo. Tiembla. Se da la vuelta y lo mira a los ojos. Está nerviosa.

—Me haces tan feliz. Te quiero.

—Te quiero.

Cierran los ojos y se besan en los labios lentamente, pausados. Un beso eterno que, si por ellos fuera, duraría infinito. Sin horizontes. Sin huellas. Sin límites.

Minutos más tarde se detienen, agitados. Les cuesta respirar e incluso hablar. Pero sonríen con sonrisas dibujadas de felicidad.

Una ligera brisa alborota el pelo de la chica. Él, cariñosamente, la peina con sus manos. Paula se deja hacer. Quizá ése es el momento que estaba esperando. Sí, tiene que contarle algo.

—Cariño.

—Dime, amor.

Ángel pone las manos en la cintura de Paula. Ella coloca las suyas sobre los hombros de él.

—Ya sabes que el sábado cumplo diecisiete años.

—¿Ah, sí? Menos mal que me lo has recordado. Lo había olvidado por completo —bromea.

—¡Qué tonto eres! ¡Ya te vale! —exclama ella, aunque sin ocultar una bonita sonrisa.

Fingen que se enfadan unos instantes para reconciliarse con un nuevo beso.

Aunque Ángel sabe perfectamente que el sábado es el cumpleaños de su novia, todavía no se le ha ocurrido nada que pueda regalarle.

—No me vas a extorsionar para que te diga qué te voy a regalar, ¿no?

—Podría, pero no, no es eso.

—Menos mal.

—El caso es que mis amigas me van a organizar una fiesta sorpresa.

—¡Pues menuda sorpresa es, si ya lo sabes!

—Ya. Se le escapó a Diana. Es que son incapaces de guardar un secreto.

—Lo tendré en cuenta.

Paula ríe. Un cosquilleo le invade de pies a cabeza. ¿Cómo o dice?

—Sí. Mis amigas son así. Pero son buenas chicas.

—Es verdad. Me caen muy bien.

Ángel sonríe, pero nota algo extraño en Paula. Inseguridad. Tal vez le quiera contar algo y no sepa la manera de hacerlo. O no se atreva.

—Por supuesto, a esa fiesta sorpresa estás invitado. Es en la casa de Miriam.

—¿El sábado? Consultaré mi agenda para comprobar que estoy libre —indica, dubitativo.

La chica aparta las manos de sus hombros y lo mira muy seria.

—Como no vayas...

Ángel sonríe y le coge las manos.

—Pues claro que iré, amor. ¿No ves que estaba bromeando? No me perdería tu cumpleaños por nada del mundo.

La chica cambia su semblante. Vuelve a sonreír, aunque los nervios la devoran. El corazón le late muy deprisa.

—Eso no es todo. Hay más.

—¿Más?

—Sí —suspira—. Las chicas quieren hacerme un regalo. Y tú estás implicado en él.

Ángel arquea las cejas. No tiene ni idea de a qué se está refiriendo.

—¿Yo? ¿De qué se trata? —pregunta intrigado.

—Pues... Como tú y yo nos queremos... Quiero decir que como tú y yo... lo cierto es que, si tú quieres..., pero sólo si quieres, ¿eh?, que si no quieres, pues... eso, que si no quieres, pues no quieres.

—¿Qué si yo quiero o no quiero qué? —la interrumpe.

—¡No te enteras!

—¿Cómo me voy a enterar de algo si no terminas las frases?

Paula agacha la cabeza, luego la alza nuevamente. Busca valor en ninguna parte y lo mira. Le brillan los ojos. Acerca los labios a su rostro y, dulcemente, le cuenta todo al oído.

Ángel escucha atento una palabra tras otra, frase tras frase. Poco a poco va comprendiendo. Traga saliva.

La chica concluye con su explicación y, tímida, se echa hacia atrás, sin dejar de mirarlo.

—Eso es todo —termina, ya en voz alta.

—¿Estás segura?

—Sí, completamente.

Ahora es a Ángel a quien el corazón le late a toda velocidad, aunque enseguida retoma su compostura habitual. Sus ojos azules lucen como nunca.

—Entonces estás convencida de que quieres que yo sea el primero. Y el sábado.

—Sí, es lo que quiero. ¿Tú quieres?

En la mirada de Paula se unen la incertidumbre, los nervios, la ternura, la esperanza y la pasión. Es la mirada de una adolescente insegura que está a punto de saltar la barrera de la inocencia, de dar un paso inolvidable en la vida.

Ángel lo sabe: comprende su responsabilidad, su importante papel.

—Sí, quiero ser el primero. Y te prometo que todo será perfecto.

La chica suspira profundamente. Siente algo por dentro inexplicable, de una intensidad desbordada. Hasta le entran ganas de llorar. Ángel se da cuenta y la abraza con fuerza. Acomoda la cara de Paula en su pecho y, una vez más, su corazón se acelera. También su mente va a toda velocidad. Millones de pensamientos por segundo. Todos relacionados con lo mismo. También los de ella coinciden. Iguales, paralelos. Son dos almas en una.

Y es que en sus vidas, en esos instantes, solamente existe el uno para el otro. No hay nada más. Ninguno sabe que en ese camino hasta el sábado deberán superar distintas pruebas para seguir reafirmando el amor que sienten mutuamente.

Capítulo 45



sa misma tarde de marzo, en algún lugar de la ciudad.

Está con los pies apoyados sobre la mesa de cristal, sin zapatos. Sus calcetines blancos con puntitos naranjas apenas se mueven. Ningún gesto. Ninguna expresividad en sus añiñadas facciones.

De vez en cuando, a Katia le entran ganas de llorar. A duras penas consigue reprimirlas. Aprieta los puños y los dientes. Busca algo que le invite a sonreír, una mínima ilusión que la anime. Pero es inevitable no pensar en él.

Su mirada distraída se pierde al fondo del pasillo, en su habitación, allí donde tuvo la oportunidad de abrazarlo, de basarlo, incluso de hacer el amor con él. Sin embargo, fue honrada. ¿Honrada o tonta? ¡Qué más da! Paró antes de que sucediese lo que tanto deseaba. Él no estaba en condiciones de hacerlo. No así. Pero ¿qué habría pasado si se hubiesen acostado juntos? Seguramente nada. Es posible que estuviera en la misma situación que ahora: intentando olvidarse de Ángel.

Su boca libera suspiros de desesperación. Otra vez esa angustia, esa estúpida agonía. De nuevo se le humedecen los ojos, el pecho se le comprime y siente que se quiere morir.

Toquetea el mando a distancia sin objetivo alguno. Ni siquiera presta atención a los canales que van pasando sin orden ni pausa.

No ha comido, ¿para qué? No tiene hambre, sólo un nudo en el estómago. Tampoco ha cogido el teléfono en toda la mañana. Ha perdido la cuenta de las llamadas perdidas que se han ido acumulando y de los mensajes que le han dejado en el contestador automático del móvil. Curiosos, cotillas, chismosos, interesados, pseudoamigos... Decenas de personas que querían saber cómo se encontraba después del accidente, o eso decían. Alguno incluso solicitaba una entrevista, aunque fuera telefónica. ¡Qué pesados! Estúpidos periodistas...

Es el precio de la fama. Si de ella dependiera, mandaba la fama bien lejos. Claro que no podría tener su Audi rosa o su lujoso ático pero, al fin y al cabo, son sólo cosas materiales. El dinero no le da la felicidad. ¿Cómo va a ser feliz si no posee lo que verdaderamente necesita y quiere?

Ángel...

Con las manos en la cara, mira entre sus dedos la pantalla de plasma. En uno de los canales están tratando la noticia del torneo de golf benéfico al que ella no ha acudido. Esta vez no Cambia de sintonía. En la noticia aparecen, uno tras otro, primeros planos de famosos con la mejor de sus sonrisas.

Escucha lo que dicen: «... Diferentes personalidades del mundo del deporte, la canción, el cine y la televisión han puesto su granito de arena a favor de una buena causa. Alguno incluso ha aprovechado para hacer un poco de ejercicio...».

En ese momento, en la imagen aparece un conocido presentador de radio golpeando con estilo la bola desde el tie. Pero los ojos de la chica de pelo rosa van más allá, justo detrás, entre los periodistas y fotógrafos que cubren la noticia. ¡No puede ser!

Katia se arrodilla y se coloca junto a la televisión. ¿Ése no es...?

En ese mismo instante, en esa tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

«... Diferentes personalidades del mundo del deporte, la canción, el cine y la televisión han puesto su granito de arena a favor de una buena causa. Alguno incluso ha aprovechado para hacer un poco de ejercicio...».

—¡Mira, mira! ¡Está en la tele!

Los gritos de la pequeña Erica sobresaltan a su madre, que está recogiendo la mesa.

—¿Qué pasa, mi vida? —pregunta alertada Mercedes.

—¡Paula! ¡Es Paula! ¡Está ahí! ¡En la tele! ¡Mira, mira!

—Pero ¿cómo va a estar Paula en las noticias? —señala ya más tranquila, al comprobar que sólo se trata de una de las ocurrencias de la niña.

—¡Que sí! ¡Que sí! ¡Mira, mira!

Mercedes deja los platos sobre la mesa y se acerca hasta la pequeña que, sentada en el suelo, señala constantemente la pantalla del televisor. En las imágenes aparece una joven actriz que protagoniza un anuncio de chicles con un palo de golf en las manos. ¿Cómo se llama? ¡Ah, sí! Andrea Alfaro.

—Cariño, ésa es la chica de los chicles.

—¡Ya lo sé! Pero no digo ésa.

—Sólo he visto a esa chica.

—¡Te digo que era Paula! ¡Y llevaba una cámara de fotos!

—¿Una cámara?

—¡Sí!

—Sería alguien que se le parecería, princesa.

—¡Que no! ¡Que no! ¡Que era Paula!

La madre sonrío y, tras darle un par de palmaditas en la cabeza a su hija, la besa en la mejilla.

—¿Por qué no cambias de canal y buscas dibujos animados?

—Pero mamá...

Mercedes sonrío a la cría una vez más. Se da la vuelta, recoge los platos sucios

que había dejado sobre la mesa y se mete en la cocina.

¡Dibujos animados! Erica está completamente indignada. Y palmaditas en la cabeza. ¡Como si fuera un perrito!

La niña se levanta. Está que echa humo y pone cara de enfado, esa cara que a su padre no le gusta porque dice que parece que se está comiendo un limón.

¿¡Cómo puede no creerla!? ¡Qué falta de respeto! ¡A ella, que ya tiene cinco años! Enfadada, muy enfadada, apaga la televisión.

Se marcha a su habitación dando grandes zapatazos en cada de los escalones que pisa hasta llegar a ella. ¡Que la oigan bien!

Resulta que Paula sale por la tele, es famosa... ¡y no la creen!

¡Dibujos animados!

En ese mismo instante de esa tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

¡Ángel! ¿Era él?

Sí, sin duda. Y está en el torneo de golf benéfico al que ella estaba invitada. Pero ¿qué hace ahí? Seguramente lo habrán mandado de su Revista para cubrir el evento.

Katia se maldice a sí misma por no haber asistido al acto.

Aunque, pensándolo bien, es mejor así. Si se hubieran encontrado se habría sentido peor. ¿Peor? Si ya está mal. Fatal. ¿A quién quiere engañar? Y todo es por él. Por ese periodista que ha parecido en su vida y del que se ha enamorado locamente.

Mira su reloj: son las cuatro menos diez. En llegar tardaría por lo menos una hora y cuarto. Eso suponiendo que no haya demasiado tráfico. El campo de golf está a las afueras, justo en el otro extremo de la ciudad.

Quizá Ángel ya se ha marchado. Claro, es lo más lógico porque el reportaje de las noticias era grabado.

¿Y si continúa allí? El torneo dura varias horas. ¿Lo llama? Coge el móvil y busca su número. «Ángel». Pulsa la tecla de llamada, pero rápidamente cuelga sin ni siquiera dejar que suene el primer «bip».

No, no puede hacerlo. Lo agobiaría y no quiere meter más la pata. Un momento. ¿En qué está pensando? Se había comprometido a olvidarlo, a no caer más en la tentación de ir tras él. Tiene novia. Es imposible que empiecen nada juntos. Además, ninguna señal indica que le guste. Sí, fue al hospital en cuanto se enteró de su accidente, pero lo hizo porque es un gran chico. Exclusivamente por eso. Vale, luego pasó la noche con ella. Otra muestra de su bondad y de su amistad. Nada más.

Y lo besó. Recuerda aquellos labios cálidos, dulces, irresistibles.

La chica del pelo rosa se pone las manos en la cara. Tiene ganas de gritar, de llorar, de que se la trague la tierra. Pero, sobre todo, tiene ganas de verlo. ¿Una última vez? Lo ve y se olvida de él para siempre.

¿Arriesga? ¡Uff! ¿Qué hace?

Ella no es así: no suele dudar ni mucho menos ir detrás de un tío. Pero Ángel no es un tío cualquiera. Es el chico perfecto, su chico perfecto. ¿Y si está renunciando al amor de su vida? ¿Y si están hechos el uno para el otro?

Sin saber de dónde, Katia va rescatando sus antiguas fuerzas, perdidas en las últimas batallas. Se levanta del suelo, donde lleva sentada desde que Ángel apareció en las noticias, con bríos renovados. Sí, tiene que ir. Se muere por verlo... una última vez.

De nuevo, coge el teléfono y marca un número. Una operadora la atiende amablemente en una conversación rápida y concisa. Cuelga.

En cinco minutos llegará un taxi que le llevará al campo de golf en el que aún permanece el chico al que ama.

Esa misma tarde de marzo, en un lugar de la ciudad.

Después de comer se ha tomado un café solo bien cargado. Ha pasado media hora y, sentado en la cama de su habitación, contempla cómo el humo que sale de la taza sube hacia el techo. Se ha servido otro café. Esta vez no va a quedarse dormido. Sería imperdonable y de tontos. Y, aunque él no se considera precisamente un chico demasiado listo, no va a cometer el mismo error dos veces seguidas. Mario sopla y da un pequeño sorbo. Mueve la cabeza de un lado para otro con los ojos cerrados y la nariz arrugada. Está muy amargo. Debería haberle echado más azúcar. Da igual, lo importante es permanecer despierto hasta que llegue Paula. Luego, estando con ella, es imposible que se duerma. ¿Cómo iba a hacerlo?

Son algo más de las cuatro de la tarde. No queda ni una hora para que, esta vez sí, se produzca la «cita» que tanto tiempo lleva esperando.

Curiosamente, no está tan nervioso como el día anterior, pero sí ansioso, deseoso. ¿Se atreverá a confesarle a Paula su amor?

Quizá. Depende de si se da la ocasión. No quiere cometer más fallos. La próxima vez que le diga que la quiere, será la definitiva. Cara o cruz: la moneda no caerá más de canto.

—Toc, toc. Hola, ¿se puede?

La voz de Miriam, asomada en la puerta, irrumpe en el dormitorio.

—Pasa.

La chica entra en el cuarto y deja la puerta encajada.

—Sólo venía para comprobar que no te habías quedado dormido —señala jocosa.

—Pues no, ya ves que estoy completamente despierto.

Miriam observa la taza que su hermano sostiene entre las manos y aspira el aroma del café caliente.

—¿Otro?

—Sí, otro.

—Veo que esta vez has tomado precauciones —dice y suelta una carcajada a continuación.

—Miriam, no me toques las narices, anda.

—Vale, vale. Tranquilo, hombre.

—¿Has venido a hablar de algo o sólo a molestar?

Miriam se rasca la nariz, dubitativa. Puede que la pregunta que le va a hacer sea para ambas cosas.

—Otra vez has acompañado a Diana después de clase, ¿no?

Es cierto: al sonar el timbre, él y Diana se han vuelto a encontrar en la puerta del instituto y han caminado juntos todo el trayecto hasta separarse en el mismo punto que el día anterior.

—Sí, ¿por?

—¿Te gusta?

—¿Diana?

—Pues claro, ¿quién va a ser?

Mario está a punto de responder con el nombre de su verdadero amor, pero consigue contenerse.

—Claro que no. No me gusta.

Su hermana lo examina detenidamente. Claramente, está mintiendo. Se le nota que está enamorado.

—Ya, ya...

—Te lo digo de verdad.

—Si tú lo dices... ¡Con lo que me gustaría tener a una de las Sugus de cuñada!

El chico no dice nada. Ojalá el deseo de Miriam se cumpla, aunque con otra protagonista distinta a la que ella piensa.

—Mejor preocúpate tú de encontrar un buen novio, que últimamente no te comes una rosca —responde él con sonrisa maliciosa.

—¡Imbécil! ¡Porque yo no quiero! —exclama ofendida—. ¡Bah!, paso de ti.

Miriam sale de la habitación dando un pequeño portazo. Mario sopla otra vez en su taza de café.

Está satisfecho de haber hecho enfadar a su hermana. Sin embargo, le asalta una duda. ¿Por qué últimamente aparece tanto en su vida Diana?

Capítulo 46



sa tarde de marzo, en un lugar alejado de la ciudad.

—¡Achís!

Paula estornuda al sentir un cosquilleo en la nariz. ¿Qué ocurre?

Tiene la vista borrosa y le cuesta ubicarse. Despistada, mira a su derecha y se encuentra con el rostro sonriente de Ángel.

—¿Has dormido bien? —le pregunta el chico, mostrando una vez más sus dientes blanquísimos.

—¿Me he dormido?

—Como un bebé.

Está tumbada sobre el césped con la cabeza apoyada en las piernas de Ángel y tapada con su abrigo.

—Hola, buenas tardes. Me alegro de volver a verte.

Paula oye una voz familiar a su espalda y se gira extrañada. Allí está la actriz del anuncio de chicles. Andrea Alfaro juguetea con una brizna de hierba y sonríe.

—¡Ah, hola! ¿Qué tal? ¿Cómo estás? —dice sentándose en el suelo y tratando de espabilarse lo antes posible.

—Muy bien, charlando con tu novio mientras tú roncabas —responde, guiñándole un ojo.

Paula enrojece. Se muere de la vergüenza. ¿¡Cómo la ha dejado Ángel dormir estando esta chica allí!?

—Vaya, yo... —No sabe qué decir.

Los tres guardan silencio hasta que Ángel y Andrea rompen a reír.

—NO te preocupes, cariño. No has roncado ni una sola vez. Si estás adorable cuando duermes...

Él la besa en la frente y luego en los labios. Paula no está demasiado conforme. Se ha burlado de ella delante de una estrella de la tele. ¡Y no la ha despertado! Pero no quiere dar la nota. Se deja hacer y le devuelve el beso.

—¿Has conseguido darle a la bolita? —pregunta la chica, que aún lleva el gorrito rosa—. Yo, por más que lo he intentado, apenas la he movido dos o tres veces del sitio.

—Bueno, más o menos. Aún tengo mucho que aprender.

—No seas modesta, cariño. Has jugado muy bien.

—Quizá «bien» es exagerado. Pero con un poco de práctica, te ganaré.

Ahora es ella la que besa a su novio, que termina abrazándola pasando su brazo

por detrás.

—Me caéis muy bien. ¡Y qué buena pareja hacéis!

—¿Sí? ¿Tú crees? Pues casi no la quiero.

—¡Qué dices! ¡Serás...!

Los dos intercambian un par de débiles golpes al brazo del otro ante la mirada divertida de Andrea.

—Chicos, ¿por qué no os venís conmigo? Tengo que pasarme un momento por los estudios de grabación, pero luego podemos quedar con mi novio e ir los cuatro a tomar un café o algo.

Es verdad, ahora lo recuerda. Paula ha leído, no hace mucho, que Andrea Alfaro será una de las protagonistas principales de una nueva serie para jóvenes.

—Por mí, vale. Tengo la tarde libre. Será divertido —contesta Ángel.

—¿Y tú? ¿Tienes algo que hacer? Son sólo las cinco y diez.

Las cinco y diez. Paula piensa un instante. Algo pasa... ¿Qué es lo que se le ha olvidado? ¡Mierda! ¡Mario! ¡La clase de Matemáticas! ¡Tenía que estar en su casa a las cinco!

—¡Dios! ¡Había quedado para estudiar Mates! —grita nerviosa.

—¿Estudias Matemáticas? ¿No eres fotógrafa de una revista?

Ángel y Paula se miran entre sí.

—Cariño, explícaselo todo. Voy a llamar un momento por teléfono.

—Vale.

—¿Explicarme qué? —pregunta confusa la actriz.

—Pues verás. Resulta que...

Ángel comienza a contarle todo a Andrea mientras Paula se aleja unos pasos con el móvil en la mano.

Camina pensativa. No se siente bien. Pero ¿qué le dice a su amigo? ¿Qué se retrasa? Es demasiado tarde. ¡Uff! ¿Y si no va? Debe ir. No sólo por no dejarle plantado sino porque el examen es el viernes. Si no estudia y no lo prepara bien, no aprobará. Con lo que ello supondría.

Pero, por otra parte, ir al rodaje de la serie de Andrea Alfaro y luego tomar algo con ella y su novio acompañada de Ángel... ¡es un plan increíble!

Se muerde los labios. Mira una vez más el reloj. Casi y cuarto.

¿Qué hace?

En esos momentos, esa tarde de marzo, en un lugar de la ciudad.

Le tiemblan las manos. Extiende el brazo derecho para examinar su pulso. Los dedos no pueden estar quietos: se mueven, tiemblan, y mucho, además. ¿Es por la cafeína o es a consecuencia de los nervios? Cincuenta y cincuenta, quizá.

Las cinco y cuarto de la tarde. Hace veinte minutos que se terminó el último café. Ojos como platos. Lavado de dientes. Aliento a menta. Camiseta recién planchada, calcetines limpios. Dos gotitas de una loción que usa su padre para las ocasiones especiales. Habitación ordenada. Apuntes dispuestos. Música elegida. Todo preparado para la visita. La cita. Pero hace un cuarto de hora que Paula debería de haber llegado.

Mario mira el reloj. Luego el móvil. De nuevo el reloj. Sus manos vibran inconscientemente, inquietas, con la caída de cada segundo. ¿Es que no va a venir?

Traga saliva, más de la cuenta, y tose. ¿Y si no viene? Tose con más violencia. ¡Pero cómo no va a venir! Ella le ha dicho claramente hace unas horas que sí. Se estará retrasando por cualquier tontería. Así son las mujeres, y las chicas de su edad, peores aún: el pelo tiene que estar perfecto; el flequillo, exactamente en su sitio; los labios, pintados milimétricamente, como las uñas, coloreadas a juego con el bolso y los cordones de los zapatos. «¿Qué me ponto?»: probablemente, en eso estará la clave del retraso. Se habrá cambiado de ropa seis, siete, ocho veces. El chico imagina cómo debe de ser el armario de Paula: enorme. Cada día viste de una forma diferente, con muchos tonos vivos, alegres, en ocasiones también oscuros. Y grises. Y azules. Y amarillos pálidos, pero también chillones. Todo tipo de prendas y tejidos que aún la embellecen más. Las prendas resaltan sus preciosos ojos y esculpen su perfecto cuerpo de adolescente en el final de un desarrollo generoso. Es verdad, la Naturaleza ha sido muy amable con Paula, otorgándole el atractivo de las musas. Pero eso a él le daba igual. Más guapa, más fea, más gorda, más delgada... ¡qué importa eso! Da la casualidad de que ella es increíble, pero su amor va más allá de un físico bonito. Su amor es puro, intachable. ¿Deseo? Por supuesto, no lo niega, no es un hipócrita. Y le encantaría que su primera vez fuese con ella. Sí, lo ha pensado. ¿Qué mejor manera de dejar de ser virgen que haciendo el amor con la chica de tus sueños y de quien llevas tantos años enamorado?

Y la primera vez de ella, ¿habrá sido ya?

No quiere pensar en eso ahora. ¡Uff!

Mario se impacienta. Va de un lado al otro del dormitorio. Echa otro vistazo al reloj, después al móvil: reloj, móvil, reloj...

¡Móvil! ¡Suena! Es ella, es Paula la que está llamando.

Se precipita como un loco sobre el teléfono y, cuando lo alcanza, intenta tranquilizarse para no aparecer ansioso. Suspira y contesta:

—¿Sí...?

—Hola, Mario, soy Paula.

—¡Hola, Paula! ¡Estoy esperándote!

El muchacho guarda silencio un instante. Se da cuenta de que su intento por no aparentar impaciencia no ha fructificado. ¡Pero es que está que se muerde las uñas! ¿Qué va a hacer?

Alarga la mano con la que no tiene cogido el móvil y contempla atónito cómo le tiembla todavía más.

—Ya...

¡Ups! A Mario no le ha gustado nada ese «ya» insustancial y tímido. Se empieza a temer lo peor.

—¿Ocurre algo?

—Pues... resulta que he vuelto a empeorar. Y estoy en la cama, tumbada, enferma.

Mierda, así que no va a ir...

—¡Vaya! ¿Qué te pasa? ¿Lo mismo de esta mañana?

—Sí, más o menos.

La chica entonces tose con fuerza, exageradamente fuerte.

«¿Pero lo de esta mañana en el instituto no fue una especie de bajada de tensión? Tal vez es gripe», piensa Mario y busca razones lógicas: «En marzo la gripe es habitual. El calor llega, pero no del todo. Es un calor engañoso, sólo para despistar. La gente te pone menos ropa y llegan los catarros primaverales. Inesperados e inoportunos».

El chico quiere decirle que no se preocupe, que de todas maneras venga a su casa, que él la cura, que cambian los planes. Ya no estudian. Ahora serán doctor y paciente. Jugarán a los médicos. Suena bien. Excitante irrealidad. Mario agita la cabeza. No es el momento.

—Entonces no...

Le da miedo terminar la frase. Sabe lo que continúa. Sabe que Paula, su querida Paula, la chica con la que sueña compartir una tarde a solas...

—Lo siento, Mario. A ver si mañana estoy mejor.

—Bueno.

—Estamos gafados. No va a haber forma de estudiar este examen juntos por lo que parece.

—¿Examen? ¡¿Qué examen?! ¡A quién le importa ese estúpido examen! Pero Paula, ¡¿cómo no te das cuenta!?! ¡¿Cómo es que no ves que estoy enamorado de ti!?

—Sí, gafados —balbucea.

Incómodo silencio.

Él piensa en su mala fortuna, en lo caprichoso que es el destino, siempre en su contra. Ayer, se durmió. Hoy, ella en la cama enferma. «¡Joder!».

Ella piensa en su mentira, en su elección, en que ha sido capaz de dejar plantado a un amigo, engañándole. Y se siente mal.

—Bueno, Mario, mañana nos vemos.

—Vale. Espero que te mejores, Paula. Un beso.

—Otro para ti. Y perdona de nuevo.

—NO te preocupes.

—Adiós.

—Adiós.

Ella es la que cuelga.

Mario permanece un par de minutos con el teléfono en la mano, pensativo, cabizbajo, con los ojos demasiado abiertos, con las manos temblando, con el sabor a mentol en su respiración. Pero, sobre todo, con el corazón un poquito más roto.

Capítulo 47



sa misma tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

—¿Y dónde os conocisteis?

La pregunta de Andrea Alfaro coge desprevenidos a Paula y a Ángel. Paula está en el asiento de copiloto y se gira para mirar a su novio en busca de una respuesta. Él se encoge de hombros, sonriente.

Los tres viajan en el BMW de la actriz. Han accedido a acompañarla a los estudios de grabación en los que rueda la serie y luego a tomar un café.

Están en plena autovía, en el cinturón que rodea la ciudad. Andrea conduce deprisa, segura de sí misma y de los muchos caballos de su coche.

—En Internet —termina contestando el periodista.

—¿Sí? ¿De verdad? —pregunta la joven, apartando al vista de la carretera un segundo para mirar sorprendida, primero a Paula y después a Ángel.

—Pues sí —lo confirma Paula.

—He oído hablar mucho de las relaciones que se dan a través de Internet. Pero nunca me había encontrado a ninguna pareja que se hubiera conocido así. Al menos, que fuera verdad.

—¿A qué te refieres? —pregunta la chica, intrigada.

Andrea sonríe, recordando sus principios.

—Pues a esos chicos y chicas que cuentan que se han enamorado por Internet, aunque no se han visto nunca en persona, y que van a determinados programas de televisión. Luego allí, *voilà*, se abre una puerta y aparece uno con un ramo de flores o una declaración de amor en una carta escrita a mano ante la sorpresa del otro.

—¡Ah! He visto algo así en Youtube —indica Paula—. ¿Y qué pasa con ellos?

—Teatro. Ficción. No digo todos, pero sí que hay muchos actores metidos en ese tipo de programas. Yo misma salí hace tiempo en uno diciendo que mi novio me había puesto los cuernos con mi mejor amiga.

—¿Tú? ¿Y no era verdad?

—¡No tenía ni novio!

—¿No me digas que actuaste?

—Sí. Aún no era conocida. Estaba en la escuela de actores. Pagaban unos euros y acepté.

—¡Anda!

—No os creáis todo lo que veáis en la tele. Tú, que eres periodista, lo debes saber.

Ángel ratifica con un gesto con la cabeza las palabras de Andrea.

En ese instante, se oye un sonido procedente del abrigo del chico, que Paula lleva en su regazo.

—Es mi móvil. ¿Me lo pasas, cariño?

La chica accede y mete la mano en el bolsillo del que proviene la melodía. La pantalla se ilumina intermitentemente. Quien llama es...

—¡Katia! ¡No me lo puedo creer! ¡Te está llamando la cantante Katia! —grita Paula emocionada.

Pero para Ángel no es tan buena noticia. ¿Qué querrá ahora? ¡Uff!, no es el mejor momento para hablar con ella. El beso en la sesión de fotos, la noche de la borrachera donde casi comete un error imperdonable, la mentira a su novia omitiendo que se quedó a pasar la noche en el hospital a su lado con el posterior beso... Todo surca por su mente en menos de dos segundos. Trata de no alterarse, de permanecer impasible. Disimula cuanto puede y piensa rápido.

Paula le entrega el móvil entre gritos de entusiasmo. Andrea sonrío divertida. Imagina que con ella, cuando se conocieron por la mañana, habrá sido igual. Parece la típica chica que ve a un famoso y pierde la cabeza. Sin embargo, le cae muy bien esa Paula.

Ángel sonrío también. Se está convirtiendo en un buen actor. Ahora le toca interpretar de nuevo.

—¿Sí?... ¡Ah, hola!... ¿Cómo estás?

Paula se ha girado completamente en su asiento y contempla con admiración a su chico. Andrea también lo observa por el retrovisor del BMW. Ella es muy simpática, pero se queda con él... Es realmente atractivo. Muy guapo. Guapísimo.

—¿La revista? Pues la primera semana de abril... Claro. Os mandaremos unas cuantas copias.

Tiene unos ojos preciosos. Azules. Podría ser perfectamente actor o modelo. Sí, verdaderamente esa jovencita tiene mucha suerte.

—Bueno, Katia, ya te llamaré más adelante... Ahora estoy en una reunión... Sí, cuídate tú también... besos.

Ángel cuelga. Conserva la calma, pero no le devuelve el teléfono a Paula para que lo guarde en su chaqueta sino que, tras apretar algunas teclas, se lo mete en el bolsillo de su pantalón.

—¡Era Katia! ¿Qué te ha dicho? ¿Sois amigos?

Paula aún no puede creer que una de las personas más famosas del momento llame al móvil de su novio. ¡Qué suerte!

—No somos amigos —contesta con sequedad Ángel—. Simplemente quería saber si la revista podía enviarle algunos ejemplares del número en el que saldrá ella como portada el mes que viene.

—¿Y te llama ella? ¿No tiene agente? —pregunta sorprendida Andrea Alfaro.

Ángel traga saliva. A ver cómo sale de esta...

—Sí, lo tiene, pero se ha puesto ella. No sé por qué.

Aquella explicación no convence demasiado a la actriz, que, sin embargo, no dice nada. Tal vez sea sólo una falsa apreciación, pero algo falla.

Paula, por su parte, hace una pregunta tras otra sobre la cantante. Ángel insiste en que no son amigos y que tan sólo se trata de algo profesional.

—¡Me encantaría conocerla! ¡Parece una chica tan increíble! ¡Tan auténtica! ¡Y te llevó en su coche el día que nos conocimos porque llegabas tarde...! Eso indica lo buena persona que es.

—Bueno...

—¡Cómo me gustaría conocerla! Algún día me la presentarás, ¿verdad, amor?

—Bueno, yo...

—¡Y canta fenomenal!

Paula entonces comienza a tararear *Ilusiones mi corazón*. Es feliz, muchísimo. Está en un coche con Andrea Alfaro y su novio, el mejor novio del mundo, que además es amigo de Katia, la mejor cantante del país. ¡Qué más puede pedir!

Lo que no sabe Paula es que Ángel no ha contestado la llamada. Cuando le ha pasado el teléfono, él ha pulsado la tecla que desconecta el móvil y ha fingido que hablaba con ella. Luego lo ha vuelto a encender y lo ha puesto en silencio por si Katia volvía a llamarle, algo que ocurre en tres ocasiones más. Y es que la chica del pelo rosa ha llegado al campo de golf y, desesperadamente, ha intentado localizar al periodista, del que ya no sólo está enamorada: Ángel está empezando a convertirse en una obsesión.

Capítulo 48



sa tarde, en un lugar alejado de la ciudad.

Sentada en las faldas de un roble mira hacia el cielo celeste. No hay ni una sola nube. Empieza a ocultarse el sol. Refresca y se estremece. Maldice en voz baja; se pone las manos en la cara y quiere desaparecer. Ha lanzado el móvil contra el césped. Ahora el aparato yace sin batería junto a sus pies. Se está volviendo loca. Loca de amor. ¿Amor? Desamor, fracaso, desengaño.

Katia ha llamado a Ángel una decena de veces. Tal vez más. A decir verdad, ha perdido la cuenta.

¿Por qué no se lo ha cogido?

Simplemente quería verlo, sólo eso, verlo una vez más. Sí, una sola vez más. Lo necesitaba. Para eso ha ido hasta allí desde la otra punta de la ciudad.

Ha recorrido a pie el campo de golf casi por completo. Nada, ni rastro del periodista. Sólo ojos curiosos y sorprendidos al verla caminar desorientada a uno y a otro lado, y comentarios al oído y fotos con el móvil de anónimos que se sienten afortunados de haberse encontrado con la cantante más popular del momento.

—¡Mira esa chica! ¡Es Katia!

—¡Que va a ser esa Katia!

—Que sí, que lo es.

—Ni se parece. Cada vez estás peor de la vista.

—¡Qué capullo! ¿Vamos a preguntárselo?

—Vale, pero seguro que no es ella.

—¿Qué te apuestas?

—Una cena.

—Hecho.

Una pareja de novios se acerca a la chica del pelo rosa. La observan de arriba abajo, como si fuera un bicho raro. Cuchichean:

—Pregúntaselo.

—No, hazlo tú.

—Venga, que tú eres el que dice que no es.

—Por eso mismo; pregúntale tú.

La cantante ni se ha percatado de que están allí. Finalmente, la desconocida se decide a hablar ante la tozudez de su novio:

—Perdona que te molestemos, pero es que mi novio no se cree que seas la cantante Katia.

Katia alza la vista. Una pareja la examina detenidamente. Ella es gordita y feúcha; él tampoco es nada del otro mundo, bajito y con poco pelo.

—¿Verdad que no lo eres? —interviene él, ante el silencio de la joven.

Katia no dice nada. Simplemente los mira.

—Sí que lo es. Estoy convencida.

—¿Lo eres?

—Lo es, lo es. Si no dice nada, es por algo.

—¿Es verdad? ¿Eres Katia?

El chico comienza a dudar. Es cierto, se parece mucho. Ahora que la ve más cerca, cabe la posibilidad de que se haya equivocado. Vaya, tendrá que pagarle una cena a su novia. Aunque eso no es lo malo, lo peor es admitir que él estaba confundido y ella tenía razón.

—Sí, lo soy —contesta Katia.

—¡Bien, lo sabía! ¡Yo tenía razón! ¡Tú pagas la cena! —exclama orgullosa la chica gordita.

—Y vosotros sois unos irrespetuosos.

La pareja se queda perpleja. ¿Han entendido bien?

—¿No tengo derecho a tener intimidad? ¿Sólo por ser un personaje público tengo que estar las veinticuatro horas disponible para todo el mundo? ¿No habéis pensado que, si estoy aquí sola, es porque quizá quiera estar sola?

—Perdónanos. Nosotros no...

—Ya, ya lo sé: que no era vuestra intención molestarme; que no pretendíais fastidiarme; que no sabíais que tengo un mal día... ¡Bah!

—De verdad que...

—Pues ya sabes, calvito, ahora tienes que pagarle una cena a tu querida novia. Eso sí, ten cuidado porque, si come un poco más, va a reventar esos pantalones.

Después de esto, coge el móvil y la batería del césped y se incorpora.

La pareja no dice nada. Están boquiabiertos y abrumados por las palabras de la cantante. Y, mientras contemplan en silencio cómo se aleja, piensan al unísono que esta chica en la tele parecía más simpática.

Katia, por su parte, camina hacia la salida del campo de golf, y, tras arreglar el móvil, llama a una vez más a Ángel, pero el resultado es el mismo que en todas las veces anteriores. Desesperada, amaga con lanzar el teléfono con más fuerza al suelo, pero en el último momento se arrepiente. Tiene que hacer una última llamada para pedir un taxi que la lleve de nuevo a casa, de donde no piensa salir en todo lo que queda de semana. No sabe lo equivocada que está.

Capítulo 49



sa noche de marzo, en algún lugar de la ciudad.

Llega y, tras un «hola mamá, ya estoy aquí», sube rauda a su cuarto. No quiere preguntas. Al menos, no por ahora. Quiere disfrutar del momento, del sabor dulce que le ha dejado la tarde.

¡Qué tarde! Paula es feliz. Inmensamente feliz. Y se considera una chica muy afortunada, la más afortunada del universo.

¡Dios, cuando lo cuente, nadie se lo va a creer! Primero ha ido con Ángel y Andrea a los estudios de grabación de la serie. Allí se ha codeado con guionistas, cámaras, actores... Andrea se los ha presentado a todos. ¡Increíble! Ella allí, rodeada de todas esas personas que trabajan en la tele. ¡Ha sido emocionantísimo!

Mientras su amiga iba al despacho del director de la serie para que le explicase ciertos detalles de su papel, uno de los actores, uno secundario que no es aún famoso, les ha enseñado los diferentes escenarios de rodaje, los camerinos, los estudios de edición y producción... La tele por dentro.

Más tarde ha aparecido el novio de Andrea Alfaro, Roberto Rossi. Es un cámara italiano muy guapo, bastante mayor que ella, y los cuatro han ido a tomar café a un sitio precioso. Se han sentado en la planta de arriba, de paredes rojas, adornadas, con cuadros impresionistas, sofás negros de cuero y mesas de madera a juego con el suelo. ¡Y qué rico estaba su café bombón!

Risas, anécdotas, relatos fantásticos... Paula escuchaba atentísima todo lo que contaba la actriz. Ángel, por su parte, también intervenía hablando de sus experiencias en el mundo del periodismo, comparando a los actores con los músicos.

Ha sido un debate entretenidísimo. Y ella, aunque no hablaba mucho, no paraba de reír y de corroborar las palabras de su novio y de Andrea, afirmando con la cabeza.

¡Qué pena que se haya hecho tarde! Debía volver a casa para cenar. No quería interrumpir la velada, pero empezaba a estar inquieta por la noche.

Roberto les había propuesto ir a cenar todos juntos a un restaurante italiano de un amigo suyo y luego tomar una copa, pero Ángel le ha leído el pensamiento a Paula y se ha disculpado aludiendo que tenía cosas que hacer para mañana. ¡Menos mal que su chico es único! La entiende sin necesidad de que ella le diga nada. Finalmente han pedido un taxi y se han despedido, no sin antes darse los teléfonos y los correos electrónicos, prometiéndose contactar en los próximos días.

Antes de dirigirse a la casa de Paula, han parado en la de Diana para recoger las cosas de clase. Apenas han hablado porque el contador del taxi seguía corriendo

sumando euros.

A la chica se le ha encogido el corazón cuando han llegado delante de la puerta de su casa. Era el final de un día irrepetible. Ha besado a Ángel en los labios con un beso emocionado, sincero, gratificante. Un beso no sólo de amor sino agradecimiento. Él es el causante de que su vida haya cambiado de esa forma.

—Gracias, amor.

—Te quiero.

—Te quiero.

Haciendo con el dedo el gesto de «Shhh», Paula ha salido del coche. El joven periodista la ha visto alejarse hasta la puerta con una sonrisa en la boca. Es única. La chica perfecta. Lo que siempre soñó tener. Ángel, entonces, mira el móvil casi sin querer, en un ademán instintivo. Doce llamadas perdidas, todas desde el mismo número.

Paula abre la puerta de su dormitorio. La luz está encendida. Tumbada en su cama, con la cama sin deshacer, Erica lee un cuento para niños.

—Hey, hola, princesa, ¿qué haces en mi habitación?

La pequeña no dice nada. Es más, cuando su hermana va a darle un beso, quita la cara. Frunce el ceño y la mira fijamente a los ojos.

—¿No me quieres dar un besito?

—No.

—¿Por qué?

—¿Dónde has estado? Es de noche.

—Pues estudiando. Tengo un examen muy importante el viernes.

La niña acerca un poco más su cara a la de Paula.

—Ya. Seguro.

—¿Y eso? ¿Qué te pasa? ¿Por qué no has querido darme un beso?

—Estoy enfadada.

—¿Conmigo?

Erica asiente con su pequeña cabecita rubia. Por lo menos, que su hermana nota que está enfadada. Muy enfadada.

—Pero, princesa, ¿qué te he hecho yo para que te enfades conmigo?

—No me has dicho que eras famosa.

Paula se queda perpleja. ¿A qué se refiere su hermana?

—¿Famosa? Yo no soy famosa, peque.

—Ya, qué mentirosa.

—Pero Erica...

—¡Te he visto en la tele! ¡Eres famosa y no me has dicho nada!

—¿Qué? Que me has visto, ¿dónde?

—¡En la tele! ¡Eres famosa! Y yo, como siempre, soy la última que me entero de

todo. Ya no soy una niña pequeña. ¡Tengo cinco años!

Los carrillos de la cría están sonrojados. Sus párpados arden de ira.

Su hermana mayor no sabe qué decir. ¡Ha salido en la tele! ¿Pero cuándo?

—A ver, Erica. ¿Dónde dices que me has visto exactamente?

—En la tele. Al medio día, después del cole. En las noticias. Estabas en un sitio muy verde con famosos.

—¡Dios!

¿Y ahora que hace? Si su hermana pequeña la ha visto, puede que también lo haya hecho más gente.

—¡Encima, mamá no me creyó! Como pensáis que soy pequeña, nadie me cree... Y nadie me cuenta nada. Pero yo sé que eras tú.

—¿Mamá no me ha visto?

—¡No!

Menos mal. Resopla aliviada.

—Erica, vamos a hacer una cosa.

—¿Qué? —pregunta la niña, que todavía está indignada.

—Tú y yo guardamos el secreto de que he salido en la tele y yo...

—¡Tú me presentas a Vanesa Jugen!

Paula no puede evitar una carcajada al oír cómo pronuncia su hermana el nombre de la protagonista de High School Musical.

—Vale, te la presentaré el día que la conozca —dice guiñándole un ojo.

A Erica se le iluminan los ojos. Ya no está tan enfadada. Al fin y al cabo, tener una hermana famosa es una suerte. Sí, le guardará el secreto.

Y las dos chicas chocan las manos haciendo un pacto de silencio.

Esa misma noche de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Lleva una hora sin parar de llorar. ¿Una hora? Quizá más. Tal vez hayan sido dos o tres. Quién sabe. Los minutos no importan. Nada importa ya.

Sólo quería verlo una vez más, una última vez, y el muy capullo no estaba en el campo de golf cuando ha llegado. Lo ha buscado por todas partes, ha preguntado aquí y allá, pero ni rastro de Ángel.

Con las sábanas azules de la cama, recién puestas, se seca los ojos húmedos, tristes. Cada una de las lágrimas que deja caer es un grito de angustia, de impotencia.

Para Katia todo esto es nuevo. Nunca se había sentido así. Jamás había llorado por un chico, ni siquiera cuando estaba en tercero de la ESO y la rechazó aquel chico rubio de Bachiller. «¿Muy pequeña para ti? ¡Bah!, paso». Pensó entonces que, si aquel tipo no quería salir con ella, es que no era suficientemente bueno. «Tú te lo pierdes».

¿Por qué ya no es así? ¿Por qué no puede ser fuerte? Ángel es un tío, sólo eso: un tío. Además, apenas se conocen. ¿Cuándo fue la primera vez que lo vio?, ¿el jueves? Sí, y hoy es martes. Uno, dos tres, cuatro y cinco: cinco días. ¡Madre mía, cinco miserables días! No puede ser. En cinco días ha acumulado más sentimientos que en toda su vida. Se pone la almohada en la cara y llora desconsolada.

Pasan diez minutos. Quince. Y cinco más. Tose. Gime. Sorbe por la nariz e intenta tranquilizarse.

Para colmo no quiere ni hablar con ella... ¿Por qué no le coge el móvil? Tan mal no se ha portado con él, ¿no? No ha hecho nada para que la ignore de esa forma. Vale, le besó. Varias veces. Pero ya le pidió perdón por el beso en el parque. Fue un acto reflejo, una niñería. Y del beso en el hospital, ni se enteró porque estaba dormido. Pero, un momento: algo se le cruza en esos instantes por la cabeza. ¿Y si no estaba dormido? ¿Y si se despertó cuando sintió sus labios y lo disimuló?

Ésa puede ser una posible respuesta a tanto silencio. Claro, eso es. Tiene que ser eso.

Se sienta en el medio de la cama y cruza las piernas. Tiene el móvil al lado. Las cosas no pueden quedarse de esta forma, debe dejarlas aclaradas. Coge el teléfono y lo llama una vez más. Suena un pitido tras otro. Nadie al otro lado de la línea. Nadie. ¡Nadie!

Una vez más. La última vez que lo llama.

Es noche cerrada. Casi no se escucha nada desde su ático. A lo lejos, coches que van y vienen, atravesando la calle, o alguna voz que llega perdida hasta los ventanales de su apartamento.

Los pitidos del móvil se agrandan en ese vacío de sonidos, se hacen más exasperantes, crueles, dañinos.

Final de la llamada. Sin respuesta.

¡Maldita sea!

¿Dijo que sería la última vez? Una más. Ahora sí, ésta sí que lo será. Si no lo coge ahora, desiste. Entonces repite de nuevo el proceso. Pulsa el botón que efectúa la marcación del número de Ángel. Después, más pitidos. Espera inquieta, nerviosa, esperanzada. Por poco tiempo. Unos cuantos segundos, los que tarda en aparecer una voz anunciándole que la persona a la que llama no responde.

Esa misma noche de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Tiene el teléfono en silencio junto a él. Y una vez más se ilumina: Katia lo está llamando de nuevo.

No es agradable.

La luz cesa de parpadear. Otra llamada que se muere. Espera que sea la última. No

tiene intención de coger el móvil. ¿Para qué? ¿Para que vuelva a convencerlo de algo y tenga que acudir a algún sitio con ella? Aquel beso en el hospital dejó claro cuáles eran las intenciones de la cantante del pelo rosa. Y él tiene novia. Ya cayó dos veces en las redes de aquella chica. Bastante mal se sentía consigo mismo por haberle mentido a Paula... No podía repetirse.

Quiere olvidarse. Una vez que finalice el reportaje y salga el número de abril de la revista con toda la información sobre Katia, pondrá el definitivo punto y final a aquella historia absurda.

El móvil vuelve a iluminarse.

Suspira. Está harto. Sabe que, si contesta, ella le engatusará una vez más. Necesita relajarse. Sí, tiene que pensar en otra cosa.

Ángel se quita la camiseta y entra en su dormitorio. Sale de él cubierto sólo con unos *boxers* negros con un filito rojo. Una buena ducha quizá le venga bien.

Esa misma noche de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Mercedes camina con un plato en las manos de judías verdes y patatas cocidas. Erica la ve llegar y pone mala cara. Tuerce la boca y encoge la nariz.

—Esto no me gusta —dice la niña, cuando su madre le sitúa la cena delante.

—Pues es lo que hay —indica la mujer, alejándose de la mesa en busca de su ración.

La pequeña no está conforme. Primero mira a su padre y luego a su hermana. ¿Nadie se solidariza con ella? ¿Es la única que piensa que es una buena noche para pedir una *pizza*? Con lo rica que está esa de carne, piña y extra de queso. Y no eso que le acaban de poner enfrente. ¿Por qué tiene que comerse esos palitos verdes que saben a rayos?

—Erica —interviene su padre.

¡Por fin alguien se ha dado cuenta! ¿Va a buscar el teléfono para encargar una familiar?

—Cómetelo todo.

¡Jo! ¿Y la *pizza* familiar?

—¿Todo?

—Todo. Si no, te quedas sin postre.

—Y he hecho flan, de ese que a ti te gusta tanto, con una galleta dentro —señala Mercedes, que ocupa su sitio en la mesa.

¡Pero qué dice! ¡No es justo! Además, de que la obliguen a comerse esas cosas verdes, la amenazan con no darle postre si no se termina el plato. ¡Abusones!

La niña está a punto de reclamar sus derechos, pero comprende que es inútil rebelarse. ¡Ya verán cuando sea mayor! ¡Cuando tenga seis años todo será distinto!

Con desagrado amontona las judías verdes en un lado del plato y en el otro coloca la fila de patatas. Mejor empezar por lo difícil. Se pone una mano en la nariz para tapársela, como si fuera a zambullirse en una piscina, y con el tenedor en la otra, va pinchando judía a judía. Cada vez que se lleva una a la boca, piensa en el flan con galleta que le corresponderá después. Eso le alivia un poco, aunque en su interior sigue considerando una injusticia que le hagan cenar algo que no le gusta.

La cena transcurre en relativo silencio: ruido de cubiertos, de un vaso que se llena, la televisión de fondo y algún comentario entre el matrimonio sobre el tiempo o las noticias.

A Paula las judías verdes tampoco le agradan demasiado. Pero hoy no es día para malhumorarse. Está muy feliz. No deja de pensar en la tarde que ha pasado. De vez en cuando, levanta la cabeza y se encuentra con la mirada de sus padres. Sonríe sin decir nada y juguetea con las patatas. No le apetece hablar. Hoy no. Mastica despacio y traga con cuidado.

Sólo tiene ganas de él. Imagina cómo serán sus cenas con Ángel cuando estén casados y tengan hijos. ¡Casados y con hijos! Pero si sólo tienes dieciséis años. Casi diecisiete. ¿Y qué? Todas las chicas fantasean con eso, ¿o no? Entonces un escalofrío le asalta y una inmensa alegría recorre todo su cuerpo. Ángel, el hombre de su vida, el padre de sus hijos, el primero que...

El sábado.

—¡Ya! ¡Acabé! —grita Erica, mostrando su plato vacío al resto.

—Muy bien, hija —la felicita su madre—. ¿Has visto como al final sí que te gustaba...?

¿¡Que le gustaba!? ¡Será...! Piensa en una palabra que ha escuchado a un niño mayor en el cole, pero prefiere callársela. No está segura de lo que significa, no vaya a ser que le echen la bronca como aquella vez que dijo que su padre era un capullo, palabra que oyó a una profesora, y la castiguen sin postre.

—¡Voy a por el flan! —exclama la pequeña, levantándose de la mesa y corriendo hacia la cocina.

—Espera, voy contigo —señala su padre, que también se incorpora de su asiento.

Paco coge su plato vacío y su vaso. Camina tras la niña y, cuando pasa junto a su mujer, le pone una mano en el hombro y lo aprieta suavemente. Es la señal.

Paula todavía no ha terminado. Continúa en su sueño con Ángel. Su madre la observa y ella se da cuenta de que lo hace. Es el momento.

—Paula...

—¿Sí, mamá?

—Bueno..., yo..., quiero decir, nosotros..., tu padre y yo...

No. Hoy no, por favor. ¡Con lo feliz que estaba...! Otra de esas conversaciones.

La chica se levanta de su silla con el plato en la mano.

- Tengo que estudiar.
—Siéntate, por favor.
—Es que es verdad, mamá. Tengo que...
—Siéntate.

La voz de Mercedes suena más seca y firme de lo habitual. Tanto que Paula obedece. Al final, no podrá evitar la charla. ¿Qué tocará? ¿Preservativos? ¿Semillitas? ¿Sexo con o sin amor?

—Dime, mamá —dice resignada.

—Verás, hija... ¿Recuerdas que hace unos días nos dijiste que nos contarías todas las cosas importantes?

—Claro. Y lo hago.

—Ya. —Mercedes hace una pausa. Mira a su hija a los ojos—. Hay un chico, ¿verdad?

—¿Un chico?

—¿Es el hermano de Miriam?

—¿Cómo?

—Que si estás saliendo con su hermano.

—¿Crees que estoy con Mario?

—¿Es él?

—Pero mamá...

—¿Es él?

—¡No! ¡Por supuesto que no! Mario es..., sólo es un buen amigo. Nada más.

—¿Entonces quién es? Estoy segura de que hay un chico. ¿Quién es?

En ese instante, Erica, satisfecha, entra en el comedor con el flan con la galleta en el centro. Va de la mano de su padre. Sin embargo, Paco contempla algo que hace que sin querer apriete la mano de su hija pequeña. En la televisión están repitiendo una noticia que ya ofrecieron en el telediario del este medio día.

—¡Ay, papá! ¡Que duele!

Y entonces, la niña también la ve, por segunda vez hoy. Es su hermana: ¡su hermana en la tele, su hermana fotógrafa, su hermana famosa!

—¡Paula! —grita la niña señalando la tele y dejando caer el bol con el flan al suelo.

Mercedes y Paula miran también las noticias.

Allí está ella. Feliz. Guapa. Interesada. Acompañada.

Quizá ha llegado el momento. Se quedó sin salidas.

—Papá, mamá, es verdad. Tengo novio.

Capítulo 50



sa misma noche de marzo, en algún lugar de la ciudad.

¿Y si resulta que se está enamorando? ¿Ella? No, imposible.
¿Imposible?

Diana está sentada en su cama frente al televisor, con la bandeja con su cena en el regazo. Es la costumbre. Desde un par de meses antes de que sus padres se separaran, come sola en su habitación. Estaba cansada de broncas y gritos. Sin embargo, esta noche no tiene hambre. Apenas ha probado bocado, y eso que los canelones parecen deliciosos. Es la especialidad de su madre: pasta recalentada en el microondas. ¿Por qué piensa tanto en él?

Lleva dos días rara, con sensaciones diferentes a las habituales, una sonrisa tonta y la mirada perdida. Si normalmente es despistada, ahora mucho más. ¿Estará enferma?

Mario. Nunca hasta el momento se había fijado en él. Es el hermano de Miriam, el empollón de la clase y alguien completamente distinto a ella. No pegan para nada: ella es más de otra clase de relaciones y a él seguro que le va otro tipo de chicas. Aunque, a decir verdad, nunca lo ha visto con ninguna. ¿Será virgen? Posiblemente. Tal vez es uno de esos que espera a la persona adecuada para la primera vez. Es extraño que existan aún chicos así. ¿Y si es gay?

Diana sacude la cabeza de un lado para otro.

No es guapo, pero posee cierto atractivo. Sí, es mono, muy mono. Y tiene ese algo que le hace interesante. Quizá, demasiado listo para ella. Al menos, para las cosas de clase. No se considera tonta, pero eso de estudiar no es lo suyo.

¿Qué pensará Mario de ella?

Sus amigas dicen que está enamorado. Sólo hay que ver cómo se comporta últimamente: camina como ausente, le cuesta dormir, no hace los deberes... Y mira mucho al rincón de las Sugus. Los síntomas encajan. Ha sido bonito que le acompañase después de las clases estos dos días. No han hablado demasiado, pero no se ha sentido incómoda a su lado. Es más, le ha gustado. Suspira. Se lleva las manos a la cara. Y vuelve a suspirar. ¡Dios! ¡Eso es lo que hacen todos los enamorados! Se pasan el día entero suspirando.

No, ella no. Ella es de las de carpe diem: no quiere atarse a nadie; hay que vivir la vida a tope. La palabra compromiso le produce sarpullidos. Enamorarse con diecisiete años, ¡puag! ¡Ni hablar!

Pero... ¡es tan mono!

Sonríe. No sabe el motivo. Qué sonrisa más estúpida. Intenta ponerse seria.

¡Vamos, a quien se le diga...! Pero no puede, vuelve a sonreír. ¡Qué tonta! Con las manos se cierra la boca y aprieta los labios, como si fuera un pez. Así, sería. Pero no hay nada que hacer. Sonríe y, al final, estalla en una carcajada.

Suspira.

Mario. ¿Por qué no se va de su cabeza?

El sonido de su móvil la rescata de sus fantasías.

—Dime, Cris —contesta al teléfono después de apartar la bandeja con la cena.

—¡Tía! ¿Has visto? ¿La has visto?

La voz de su amiga parece inusualmente excitada. Esto enseguida despierta la curiosidad de Diana.

—Que si he visto ¿qué?

—¿No la has visto? ¡Joder, te lo has perdido!

—Pero ¿me quieres decir de qué hablas?

—¡Pues de Paula!

—¿Paula? ¿Qué le pasa?

—¡Que ha salido en la tele! ¡En las noticias!

—¡Qué dices! ¿Cuándo?

—Ahora, hace un rato. Estaba cenando. Mis padres tenían puesta la tele y me dicen: «Oye, ¿ésa de ahí no es tu amiga Paula?». Y sí, ¡era ella!

—¿Seguro que era ella?

—¡Claro! Ha salido por lo menos cinco o seis segundos. La he visto bien. Además, a su lado estaba su novio.

—¡Qué cabrona!

—Ya ves. Estaban en un torneo de golf o algo así de famosos. La he llamado, pero tiene el móvil desconectado. Espero que mañana nos lo cuente todo con detalles.

A Diana ahora le vienen a la mente las pocas palabras que intercambió con su amiga cuando pasó por su casa esa tarde para recoger sus cosas de clase. Así que era verdad...

Unas horas antes.

Suena el timbre en casa de Diana. La chica abre la puerta. Es Paula. Un taxi la espera.

Paula: ¡Hola!

Dos besos.

Diana: Hola, ¿qué tal lo has pasado?

Paula: Increíble. Ya te contaré que tengo mucha prisa. ¿Cogiste mis cosas?

Diana: Sí, claro. Espera.

Detrás de la puerta, en una silla, están la chaqueta y la mochila de Paula. Diana se

las da.

Paula: ¡Muchas gracias! Te debo una. Diana: ¡Qué me vas a deber...! Oye, pero ¿no me cuentas nada? ¿Qué has hecho?

Paula: Fotografíar famosos y jugar al golf. Dos besos.

Diana sonríe mientras Paula corre hasta el taxi. ¡Qu e ir onica es su amiga cuando se lo propone...!

 ngel entonces sale del vehículo. Le abre la puerta del coche y saluda a Diana con la mano. Ésta le corresponde.

La pareja entra y el taxi se aleja poco a poco.

—¡Eo! ¡Diana!, ¿sigues ahí?

La voz de Cris devuelve a la chica al presente.

—S , sí. Perdona, es que llevo un día en el que no me entero de nada.

—¿Todo bien?

—¡Claro! Soy yo. Siempre están las cosas bien para mí. Debe ser que...

—Debe ser por Mario —indica Cris, interrumpi ndola y riendo después.

—¡Bah!, ya estamos. ¡Qu e pesaditas est is...! —protesta—. Mosquita muerta, te cuelgo, que estoy cenando.

Su amiga ríe de nuevo.

—Vale, que aproveche. Nos vemos mañana. Y que sue es con...

Pero antes de que pronuncie el nombre que se imagina, Diana cuelga.

¡Qu e tía, esa Paula! Ya no sólo consigue a los mejores tíos, aprueba y tiene el mejor cuerpo, sino que ahora hasta sale en la tele. ¿Qu e tiene Paula que no tenga ella? Sólo falta que también Mario se enamore de su amiga.

Diana recupera la bandeja con la cena. Corta un trozo de uno de los canelones y se lo lleva a la boca. Está frío, duro, incomedible. De todas formas, sigue sin tener hambre.

Bueno, tal vez el amor no sea tan malo. Quizá pierda un par de kilos.

Sonríe. Y, cómo no, suspira.

Esa misma noche de marzo, en otro lugar de la ciudad.

—¡Qu e fuerte!

—¿A que s ? Nuestra Paula en la tele. Increíble, ¿eh?

—No me lo creo aún. Voy a llamarla.

—Ya lo he hecho yo, pero tiene el móvil desconectado.

—Vaya. Hay que contárselo a Diana.

—Ya he hablado antes con ella por teléfono. Está alucinada.

—Ah.

Miriam queda un poco decepcionada. Cris ha llamado a Diana y no a ella al ver a

Paula en las noticias.

La chica muerde un plátano delante de su PC. Cristina la ve por la cam y sonrío, aunque se siente un poco mal. Parece molesta. Quizá tenía que haberla llamado también a ella.

—¿Está bueno?

—Mucho. ¿Quieres? —le ofrece educadamente Miriam.

—No, gracias. Ya he comido.

—Pues para mí todo.

Miriam hace un esfuerzo y se mete el último trozo de golpe. Es demasiado grande. A duras penas consigue mantenerlo dentro de la boca. Tiene los carrillos inflados y sonrosados. Se atraganta, tose y, tras una feroz lucha, finalmente vence al plátano y logra masticarlo con normalidad. Traga, tose una vez más y respira aliviada.

Regresa al teclado de su PC.

—Casi presencias una muerte en directo por atragantamiento de plátano.

—Sí. Me estaba asustando. Ya estaba marcando el número del Samur.

Las dos amigas ríen. Y, de esa sencilla manera, liman cualquier tipo de aspereza.

La puerta de la habitación de Miriam se abre lentamente. Su hermano se asoma preocupado.

—¿Estás bien? Te he oído toser como si te ahogaras.

—Sí, Mario. Gracias, estoy bien.

—Bueno. Pero no montes tanto escándalo.

—Lo intentaré.

—Vale. Me voy.

—Espera. Saluda a mi amiga. Tengo la cam puesta y te está viendo.

¿Una amiga? ¿Paula?

Un escalofrío repentino.

El chico se acerca hasta el ordenador y mira la pantalla. Vaya, no es Paula. Cristina sonrío y saluda con la mano. Mario la imita y esboza una tímida sonrisilla forzada.

—Bueno, os dejo con vuestras cosas.

¡Huy!, noto cierta amargura. ¿Esperabas que fuera Diana?

—Sí, justo eso era lo que esperaba —contesta, irónico.

—Estás coladito, ¿eh?

—Ni duermo por las noches.

—¡Ah! ¡Así que ése es el motivo! Por fin lo reconoces. Mario resopla. Su hermana es tan pesada cuando se lo propone...

—Me voy. Paso de ti —gruñe.

—¿Sabes que Paula ha salido en la tele? —le dice Miriam antes de que él salga del dormitorio.

Se detiene. ¿Ha entendido bien?

—¿En la tele? ¿Cuándo?

—En las noticias, ahora por la noche. Por lo visto ha estado en un torneo de golf benéfico con famosos y, como su novio es periodista, la ha invitado a pasar el día con él. Por eso no ha venido a clase.

El corazón de Mario se rompe en dos.

—Ah, era por eso.

—Sí, su novio fue a buscarla al instituto. ¿No te parece romántico?

Entonces todo pasa muy deprisa: la imagen de Paula con aquel chico a la salida del instituto, besándose, abrazados; las rosas rojas en mitad de la clase; sus lágrimas en la cama; las canciones de Maná... La angustia de aquellas horas infernales.

Y no sólo eso: Paula le ha mentado. Y no sólo eso: Paula no ha confiado en él y se ha inventado una excusa para no contarle la verdad. Dos veces. Y no sólo eso: Paula ha fingido estar enferma para no ir a su casa a estudiar y quedarse con su novio.

Su novio.

Su Paula tiene novio. Aquel tipo guapo, alto, mayor. Perfecto.

Mario sale de la habitación sin decir nada más. ¿Qué va a decir? ¿Que se siente insignificante? ¿Que la chica a la que ama no solo no le quiere sino que le miente? ¿Que ha preferido estar con el otro pese a que había quedado con él?

Está cansado. Cansado de todo.

Entra en su cuarto. Coge la carátula de un CD y la lanza con fuerza contra el suelo. El plástico se parte. A la mierda.

No puede más. Aquellos días están siendo demasiado duros para él: un continuo quiero y no puedo; cal y arena por doquier, Y su cabeza no lo soporta más.

Tranquilamente, se deja caer en la cama. Apoya las manos en la nuca. Cierra los ojos. Y, aunque no quiere llorar, Mario cae rendido a su inmensa tristeza.

Lágrimas.

Capítulo 51



sa misma noche de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Hay miradas de todo tipo: miradas que matan; miradas que enamoran; miradas curiosas, indecisas, inocentes, descaradas... Miradas que ese escapan donde no se pueden mirar y miradas que sucumben a otras.

Paco mira a su esposa. Mirada impaciente, dubitativa, inquieta. ¿Y ahora, qué? Mercedes mira a su hija. Mirada comprensiva, maternal, resignada. Ya imaginaba algo así. Y Paula no sabe dónde mirar.

Acaba de reconocer que tiene novio. Es su primera confesión de ese estilo, quizá porque Ángel es su primer novio.

Qué contar y qué no.

El hombre se sienta en su sillón del salón, ese mismo dónde hace mucho acomodaba a su pequeña Paula en sus rodillas y jugaban a quitarse la nariz o hacer pompas de jabón. La niña se enfadaba cuando su padre las explotaba, pero siempre acababan riéndose. Fueron tiempos que no volverán, momentos que un padre con una hija que sólo se viven en los primeros años, antes de la adolescencia. Ahora aquello ya pertenecía al pasado. Paco siente una repentina nostalgia.

La observa. Está sentada justo enfrente, al lado de su madre. Lleva algo de pintura en la cara y parece mayor. Es muy guapa. Tiene los mismos ojos que cuando era una cría, pero ya no miran igual.

—Bueno, pues cuéntanos. ¿Quién es el chico?

Mercedes rompe el hielo. Intenta mostrarse serena. Es algo natural. Su hija ya no es una niña. Cumple diecisiete el sábado. ¿Qué no se ha enamorado siendo adolescente? O tal vez ni siquiera esté enamorada. Si lo piensa bien, quizá este chico sea sólo uno más.

—Se llama Ángel —contesta.

También Paula se siente rara en esta situación. Es como si hablara de otra persona, no de su propia vida. Es muy extraño.

—Ángel —murmura Paco. Aún no se lo cree.

—Es un nombre bonito —señala Mercedes, que parece la más tranquila de los tres.

—Ya.

—¿Es de tu clase?

—No.

—¿No? ¿Va a otro instituto?

—No, mamá. Ángel no va al instituto.

«Un viva la vida, lo que le faltaba», piensa Paco y se echa para atrás en su sillón. Respira hondo y cruza las piernas. Maldice la decisión de dejar de fumar hace dos años. Le apetece un cigarro.

—¿Y qué hace? —quiere saber su madre, que ya no está tan tranquila.

—Trabaja. En una revista de música.

Las palabras de Paula llegan con cuenta gotas, entrecortadas. No quiere decir más de la cuenta aunque tampoco sabe dónde está el límite y hasta dónde querrán saber sus padres.

—¡Ah, que interesante! ¿Y qué hace exactamente?

—Pues ¿qué va a hacer, mamá? Escribir. Es periodista.

—¿Periodista?

La chica asiente con la cabeza. Está segura sobre cuál será la siguiente pregunta.

—¿Pero cuántos años tiene Ángel?

Acertó. Duda un instante si decir la verdad, pero, de perdidos, al río.

—Veintidós.

—¿¡Veintidós!?! —La expresión de sus padres llegan al unísono—. ¿Veintidós?

Paco se levanta del sillón y se coloca detrás de él. ¡Veintidós!

—Sí. Veintidós. Dos, dos. Los patitos.

—Pero... es muy mayor para ti —comenta Mercedes.

—¿Mayor? ¡Casi podría ser su padre! —grita Paco.

¡Su hija saliendo con chico de veintidós años! ¿Chico? ¡Un hombre!

—Vamos, papá. Eres un exagerado. Son sólo cinco años y medio de diferencia.

—¿Solo? Mercedes, ¿escuchas a tu hija? Dice que «sólo» son cinco años y medio lo que se llevan, ¿te parece normal?

—¡Estás anticuado, papá!

—Bueno, teniendo dieciséis, cinco años y medio son bastantes —añade Mercedes.

—¡Mamá!

—Es que es la verdad, hija.

—¿Qué importa la edad cuando quieres a alguien?

—¿Querer? ¿Querer? ¡Pero cómo que querer!

—Sí. ¡Yo lo quiero!

Paco se lleva las manos a la cabeza. Aquello no puede estar pasando. Su hija, su pequeña, está diciendo que quiere a un hombre cinco años y medio mayor que ella. Necesita un cigarro. Cree que hay un paquete de Fortuna en la mesita de noche de su dormitorio. Sin decir nada, camina hacia las escaleras y sube hasta su habitación ante las miradas atónitas de madre e hija.

—Pero... papá...

—Déjalo. Ahora volverá.

—Os estáis tomando esto demasiado a pecho.

—Hija, comprendenos.

—Comprendedme vosotros a mí. Ya no soy una niña. Es normal que yo tenga novio, que quiera a alguien, que...

No sigue. No debe continuar. Lo que sigue, no lo dice.

El sábado.

—Pero es muy mayor para ti. Deberías salir con chicos de tu edad. No tendréis los mismos intereses y tal vez no busquéis lo mismo. Cinco años no son muchos, pero sí ahora cuando sólo tienes dieciséis.

—No estoy de acuerdo. Y en todo caso es mi decisión, mi vida, no la vuestra.

Mercedes suspira. Sabe que tiene razón. Además, está prejuzgando al chico sin conocerlo.

Las dos guardan silencio unos segundos. Son instantes confusos. Han comenzado a andar por un camino difícil.

—¿Y cómo os conocisteis? —pregunta por fin la mujer.

—¡Buf!

En ese instante aparece Paco. Baja por las escaleras con un cigarro en la boca.

—¿Estás fumando? ¡Pero cariño...!

—Déjame. Lo necesitaba.

—Pero si llevabas dos años sin...

—Déjame. ¿De qué habláis?

El hombre se sienta de nuevo y se echa hacia atrás en el sillón. Una bocanada de humo le escolta.

—Papá, estás exagerando con todo esto.

Paco permanece en silencio y le da una calada al cigarro. No hay nada que hacer. Tardará un tiempo a que se le pase. Paula resopla.

—Bueno, nos estabas contando cómo lo conociste —insiste Mercedes.

—¿Qué importa eso?

—Pues importa Paula. Todo importa. Quieras o no, eres nuestra hija y necesitamos saber ciertas cosas.

—Pero es mi vida.

—Y la nuestra. ¿O es que acaso no vives aquí?

—Sí, papá. Vivo aquí.

—Cariño, entendemos que sea tu vida y que tengas tu intimidad. Pero somos tus padres.

—¡Buf!

—No creo, además, que tenga nada de malo decirnos cómo conociste al sujeto ése.

—¡Papá! No es ningún sujeto. Es mi novio.

Paco maldice en voz baja. ¿Su novio? Habla de él como si le conociera de toda la vida. ¿Veintidós años? Seguro que ese tipo sólo la quiera para aprovecharse de ella. ¿Cómo no se da cuenta su hija?

—Bueno, bueno, tengamos paz —intenta mediar Mercedes que, aunque está nerviosa, trata de mantenerse serena.

—¿Dónde lo conociste entonces?

Paula suspira y cruza las piernas. ¡Qué pesadilla! ¿Les dice la verdad? ¡Bah, ya qué más da!

—En un foro de música. Por Internet.

—¡Joder, lo que faltaba! ¡Por Internet!

—Vaya... —dice para sí misma la mujer.

—¡Por Internet! —grita Paco.

—Pero, papá, hoy en día es normal. Hay mucha gente que se conoce así.

—Sí, gente sin cerebro, que no tiene dos dedos de frente.

—¡Papá, ya te vale!

—¿Qué ya me vale? ¿Qué ya me vale? ¡Castigada! —grita, poniéndose de pie en un brinco y apagando el cigarro en un cenicero—. ¡Castigada hasta que tengas dieciocho!

—¡Papá!

—¡Cariño!

El hombre no quiere escuchar más. Sin mirar ni a su esposa ni a su hija, sube las escaleras. Es imposible encontrar un adjetivo que califique su estado. Llega a su habitación y se encierra en ella dando un portazo.

Abajo, madre e hija se sobresaltan con el ruido.

—¡Buf!

—Espero que no haya asustado a Erica —dice Mercedes.

—¡Es un exagerado!

—Un poco. Pero esto le ha cogido un poco desprevenido. Se le pasará. Luego hablaré con él.

—Es que no entiendo cómo puede ponerse así.

—Porque es tu padre.

—¿Y qué? ¿Qué quiere? ¿Que me pase toda la vida aquí encerrada? ¿Que no salga con nadie?

—Si fuera por él...

Su madre sonríe tímidamente. En el fondo, ella también está preocupada. Un chico de veintidós años que ha conocido por Internet no es precisamente la versión que esperaba del primer novio de su hija.

—Tengo casi diecisiete años, mamá. No soy una niña.

—Lo sé, hija.

—Hay amigas mías que toman la píldora ya.

Mercedes traga saliva. La mira. Se ha hecho mayor sin que ella se haya dado cuenta. Dentro de nada incluso podría ser abuela. Eso indica que no es solamente Paula la que cumple años: ella también. Y, por un momento, se siente vieja.

—¿Estás bien mamá?

—Sí, no te preocupes.

—Vale —responde Paula, no muy convencida—. ¿Me puedo ir a mi cuarto?

—Sí. Ya seguiremos hablando de esto.

—¡Buf!

La chica descruza las piernas y se incorpora. Está cansada. Desea irse a la cama y dormir profundamente. Con un poco de suerte, en sus sueños aparecerá él.

—Ah Paula, una última cosa.

—Dime, mamá.

—¿Qué hacías en ese torneo de golf en horarios de clase?

¡Ups!

—Pues...

—No faltes más, ¿entendido?

—Entendido.

Paula sonríe. Da un beso a su madre y sube deprisa las escaleras. Por ha terminado el interrogatorio. De momento. Está agotada. Mañana le hablará a Ángel y le contará todo. Por hoy, ya basta de emociones.

Mercedes coge un cojín y lo aprieta contra su vientre. Cómo ha crecido su hija. Tanto que ya es capaz de amar. Amar... Recuerda cuando ella conoció a su marido. Sonríe. Era muy guapo, con esos ojazos verdes. Y ella tenía sólo un año más que Paula. Y sí, le quería. Muchísimo. Todo ha cambiado en sus vidas, pero le sigue queriendo. De otra forma, pero, si le preguntaran, diría que sí, que sigue enamorada de él.

Se recuesta en el sillón. Ya no está tensa. Cierra los ojos. Se ve ella con veinte años menos cogida de la mano de Paco. La primera noche que pasaron juntos: guapos, jóvenes, ilusionados... Preparados. El comienzo. ¡Quisiera regresar!

Pero, si regresara, no estaría Paula. Ni Erica abre los ojos. Su hija pequeña está sentada en sus pies. Sonriente.

Y entonces, Mercedes comprende que regresar al pasado no tiene ningún sentido. Esta noche hablará con su marido.

Capítulo 52



Esa misma noche de marzo, en un lugar apartado de la ciudad.

La música del saxofón de Álex llega hasta su dormitorio. Sonríe. No conoce la melodía, pero le agrada.

Los vaqueros caen al suelo. Levanta un pie, luego el otro. Se agacha y lo recoge. Dobla el pantalón sin demasiado cuidado y lo mete en el armario. No es tan grande como el que tiene en casa, pero no está mal se ajusta las braguitas negras para que queden exactamente en su sitio y se pone encima el pijama, un *short* de color risa, a continuación, Irene se quita la camiseta. Hace un ovillo con ella y la lanza al improvisado cesto de la ropa sucia, un baúl de mimbre que encontró dentro del armario cuando se instaló en aquel cuarto. Desabrocha el sujetador. Le entusiasma la lencería negra, es su preferida. También al cesto. Nunca duerme con sostén. La parte de arriba del pijama se desliza por su pecho hasta taparlo competentemente.

Bosteza. Es temprano para irse a la cama. Sería distinto si no se fuera sola, naturalmente. Le encantaría que su hermanastro bajara de la azotea y la poseyera en ese mismo instante. Escalofríos.

Pero, de momento, no puede ser. Qué rabia... Con las ganas que tiene de darse un buen revolcón. Sí, podía habérselo propuesto al chico con quien se fue a cenar después de clase. O a otra que no dejaba de mirarla desde ayer y que está bastante bueno. Pero si Álex la ve con otro, le costará más conquistarlo. O no. Quizá se ponga celoso. Aunque esta opción es poco probable. Da igual, no va a arriesgar, además, le apetece hacerlo con él. Se lo imagina desnudo, sobre ella, en un continuo y excitante vaivén. Más escalofríos, qué ganas.

Durante toda la tarde ha estado pensando en cómo lograr que su hermanastro caiga rendido a sus pies. Necesita algo más que sus dotes de seducción. Sabe que hay algo que impide que Álex se fije más en ella. Sus cavilaciones siempre concluyen en el mismo sitio. En esa chica que se llama Paula y de la que tan sólo sabe su número de teléfono. Para conseguir a su hermanastro, primero debe hacerla desaparecer.

Irene camina hasta una silla donde está su bolso. Lo abre. Remueve en su interior y, por fin, da con el papelito que estaba buscando. Tiene algo escrito son los nueve números del móvil de esa chica. Se sienta en la cama y lo observa detenidamente.

¿Y si...?

La chica vuelve a incorporarse y alcanza su teléfono, que está sobre una mesa escritorio. Se sienta en la silla y coloca el bolso en el regazo. Tiene su Sony Ericsson en las manos. Pulsa en «mensajes» y comienza a teclear.

Duda. Escribe. Borra. Escribe. Lee una y otra vez el SMS. Palabra por palabra. Ya está. «Enviar».

El mensaje se envía correctamente.

Sonríe, maliciosa y también divertida. Aquello no sólo la satisface sino que la entretiene.

A esperar. Va siendo hora de conocer a su rival.

El saxofón de Álex ya no suena. Debe de haber bajado.

Así es, escucha sus pasos bajando las escaleras. Irá a la cocina a por algo. Le apetece verlo. Se apresura en salir de la habitación.

Álex en ese instante se mete a la cocina, como sospechaba.

Irene también baja. Desde la puerta observa en silencio a su hermanastro, que se dispone a prepara café. Está de espaldas. Lleva un jersey ajustado de color azul marino y un pantalón negro. Ella se relame. ¡Cómo ha mejorado en este tiempo que no le ha visto! Está muy bueno. Tiene que ser suyo y lo será. Sin duda.

Vaya, se ha dejado el móvil arriba. Desde ahí no le escuchará si suena. Álex se vuelve y ve a su hermanastra en el umbral de la puerta de la cocina. ¡Uff! Está realmente *sexy* con ese pijama corto. Además, enseguida descubre que no lleva sujetador. Respira hondo y continua haciendo el café.

—Hola, sólo bajaba a darte las buenas noches. Te he oído bajar de la azotea — dice la chica, acercándose.

—Sí, hacías un poco de frío ya —responde él sin mirarla.

—¿Ah, sí? Yo no tengo frío. Es más, tengo algo de calor.

Irene se desabrocha uno de los botones de la camiseta del pijama. Álex no quiere mirar ni responder. Abre el grifo y llena de agua la cafetera.

—Era bonito lo que tocabas, ¿es tuyo?

—Sí. Lo estoy componiendo yo.

—Estás hecho un genio. Ya me gustaría a mí tocar algún instrumento como lo tocas tú.

Los dos son conscientes del doble sentido de la frase, pero Álex no está por la labor de entrar en el juego.

—Pues ya sabes: da clases de música o apúntate a un curso de CCC.

Irene suelta una carcajada. Su hermanastro ni se inmuta y sigue preparando el café.

—Bueno, me voy a la cama. ¿Te vienes? —pregunta guiñando un ojo.

—No, gracias. Tengo la mía.

La chica vuelve a reír. ¡Qué pena, no sabe lo que se pierde! Con las ganas que le tiene, está segura que la pasarían muy bien.

—Pues nada, hasta mañana entonces. Buenas noches.

—Buenas noches.

Irene abandona la cocina, no sin antes echarle un último vistazo. Uff, sí que se la pasarían muy bien.

Entra en su dormitorio. Rápidamente, examina el móvil. No hay mensajes nuevos.

Vaya... Paciencia. Sí, debe tenerla. Como la venganza, su plan se sirve en plato frío. Aunque precisamente frío no es lo que ella tiene en ese momento.

Capítulo 53



*E*sa misma noche de marzo, un poco más tarde, en algún lugar de la ciudad.

Relee por penúltima vez lo que ha escrito. Modifica un par de palabras hace el final de su artículo. Última lectura. Bien. Satisfecho.

Ángel cierra el portátil. Se echa hacia atrás hasta que su espalda choca contra el respaldo de la silla. Estira los brazos. Por hoy ya es suficiente. Está contento con los resultados, y eso que no esperaba grandes logros. Le ha costado concentrarse: han sucedido demasiadas cosas en tan poco tiempo...

El joven periodista se levanta. No lleva camiseta, sólo un pantalón pirata muy cómodo que usa de pijama. Parece mentira que estén en marzo. ¿Por qué hará tanto calor? El cambio climático y la capa de ozono deben ser los culpables.

Rescata el móvil, de un cajón de una mesita de su habitación. Lo ha dejado sin sonido ahí guardado para olvidarse de las llamadas de Katia. Tiene doce más perdidas del mismo número. ¡Uff! Está chica no se da por vencida. También hay tres mensajes recibidos. Ángel abre uno por uno y los lee. Se asombra por el contenido de éstos, ya que todos vienen a decir lo mismo.

El primero es de uno de sus primos, el segundo de un amigo que hace mucho que no ve y el tercero de una compañera de redacción.

Los tres cuentan que lo han visto en la tele, en las noticias, en un torneo de golf benéfico rodeado de famosos. Sonríe. Es curioso: aunque es periodista todavía se sorprende por salir en televisión. Entonces cae en la cuenta de que no estaba solo. Quizá Paula haya aparecido junto a él en las noticias.

Busca rápidamente el número de su novia. Ahí está. Es tarde, pero tiene que llamarla. Ansioso, pulsa la tecla de llamada. ¡No puede ser, tiene el móvil desconectado! Vaya... De nuevo la misma historia del fin de semana. Lo intenta una segunda vez, pero obtiene la misma respuesta. Se desespera. Hasta se enfada un poco.

En seguida se le pasa. No puede enfadarse con ella, y mucho menos después del día que han pasado juntos.

Paula es increíble, le encanta. ¿Cómo le gusta tanto? Es sencillo: Paula es perfecta. Guapa, inteligente, extrovertida, atrevida, cariñosa... Es ella. Simplemente eso.

Y el sábado darán un paso más en la relación. Además, que responsabilidad. Su primera vez. Paula dejara de ser virgen con él. Es un privilegio ser el primero. Se estremece pensándolo. ¡Menudo regalo! Pero ¿no se supone que el regalo tendría que dárselo él a ella? Sin embargo, no ha pensado en nada. Bueno, si se le han ocurrido

varias cosas, pero ninguna aceptable. Es su primer cumpleaños juntos y quiere sorprenderla. ¿Qué le puede regalar que la deje con la boca abierta? Complicado. Es un reto difícil.

Ángel coge un folio en blanco y un bolígrafo. Hará como cuando hacía las redacciones en la universidad, escribir todo lo que se le pase por la cabeza, tenga sentido o no. Un brainstorming o tormenta de ideas, que dicen los publicistas. Quizá así encuentre el regalo perfecto.

Comienza con el título de «cosas que le gustan a Paula y podría regalarle». Luego, atravesando el papel de arriba a abajo, traza una línea dividiendo en dos columnas. En la de izquierda anotará todas las cosas que se le vengan a la cabeza y en la derecha pondrá rayas horizontales a las ideas que le gusten y cruces a las que no.

Muerde el bolígrafo. Mira hacia el techo. Se concentra y empieza a anotar palabras, una debajo de otra:

Peluches
Bombones
Flores
Caja de música
CD
Película
Vídeo
Foto
Teléfono
Ropa interior
Libro
Viaje

Ángel se detiene y lee las que ha escrito. Piensa unos minutos. No se le ocurre nada de lo que se le ocurre a partir de esas palabras. Necesita más ideas con esos conceptos, menos típicos. Se pone de pie. Camina de un lado para otro y, en voz baja, repite una y otra vez «Cosas que le pueden gustar a Paula, cosas que le pueden gustar a Paula...».

Algo llama entonces su atención. El móvil, sin sonido, vuelve a parpadear. Ángel se acerca hasta él, quizá sea Paula, pero no: es Katia. Una vez más.

Resopla. Mira la pantallita con el nombre de la cantante iluminándose y apagándose. La luz intermitente. ¿Por qué insistirá tanto? Es tarde. ¿Y realmente si le pasa algo? Por primera vez en toda la noche duda. Tal vez debería de responder. ¿Y si no?

La llamada finaliza.

Se siente extraño. Durante unos segundos ha dejado de pensar en Paula. Katia. Cosas que le pueden gustar a Paula. Oye la voz de la cantante. Cosas que le pueden gustar a Paula. Los besos de la chica del pelo rosa. Cosas que le puedan gustar a Paula.

Suspira. ¡Uff, no! Eso no...

Katia. Paula. Katia. Paula. Katia. Paula.

El folio separado en dos columnas. El bolígrafo en la mano.

Katia.

La luz del móvil vuelve a parpadear.

No.

«No, Ángel, no».

Vuelve a suspirar. Sus ojos azules no se despegan de la pequeña pantalla del teléfono. Se mesa los cabellos. ¡Uff! No, no. Pero finalmente...

—Hola, Katia. ¿Cómo estás?

Capítulo 54



*E*sa madrugada de marzo, entre el martes y el miércoles, en un lugar de la ciudad.

Abre los ojos poco a poco, qué oscuridad. Demasiada, ¿no? ¿Por qué está echada en la cama sin destapar?

Paula no lo comprende. Tarda unos segundos en reaccionar todavía lleva los vaqueros puestos. No entiende nada. ¿Es un sueño?

No.

Acaba de tener la conversación con sus padres. Va recordando. Luego subió a su habitación. Se tumbó en la cama. ¿Y después?

Se durmió.

¿Cuánto hace de eso? ¿Minutos? ¿Horas?

Con dificultad, moviéndose con torpeza de quien se acaba de despertar, enciende el flexo de la mesita de noche, quiere ver qué hora es. ¿Dónde está su móvil?

Pero si lo llevaba encima, metido en el bolsillo trasero del pantalón. ¿Cómo se ha podido dormir con el teléfono ahí? Lo saca. Vaya, está apagado. ¡Ah sí! Ahora lo recuerda. Antes de hablar con sus padres lo apagó para que no sonase mientras estaba con ellos. Además le quedaba poca batería y no soportaba el pitido constante que lo anuncia.

¡Qué cabeza!

Lo enciende. Enseguida suena la señal de que la batería está bajo mínimos. «Mierda». ¿Y el cargador?

Mira a su alrededor. Allí, encima del escritorio. Resopla. Se levanta a por él y lo conecta al móvil. Luego lo enchufa en un trifásico. Mientras la sintonía de los mensajes no cesa ni un instante. Tiene seis SMS: cinco son de llamadas perdidas que ha recibido, de dos compañeros de clase, de Cris, de Diana, y de Ángel. Su chico la ha llamado dos veces y ella durmiendo, con el móvil desconectado. ¿Lo llama?

«¡Joder! ¡Las tres y cuarto de la madrugada! ¡Pues sí que ha dormido!».

¿Qué habrá pensado Ángel? Seguro que se la ha pasado por la cabeza lo del fin de semana. Es muy tarde para llamarlo. Le podría enviar un mensaje para cuando se levante. No, tal vez lo despierte. Tendrá que esperar a mañana.

Hay un sexto mensaje, de un número desconocido. Lo abre con curiosidad. ¡Es de Álex! Le ha enviado un SMS desde ese móvil porque el suyo lo están arreglando. Quiere verla por la mañana en la tarde, a las cinco. Dice que es urgente, ya le contará, que no falte. Está apuntada la dirección, pero no dice nada más.

¡Qué mensaje más extraño! Bueno, Álex es un chico de lo más especial. ¿Qué será eso tan urgente de lo que tiene que hablarle? ¡Qué intriga!

Se sienta en la cama y se quita los vaqueros. ¿Qué querrá? Debe ser algo importante porque ya le escribió el otro día que no podía quedar por los exámenes. Si no lo fuera, no cree que le pidiera encontrarse con él.

Paula se pone el pantalón del pijama.

¿Tendrá algo que ver con su libro o con los cuadernillos? Posiblemente. Cuánto misterio... Es raro que no la haya llamado en vez de enviarle un SMS.

¿Ira?

Sí, ¿por qué no? Le apetece verlo de nuevo. Y a esa preciosa sonrisa que la cautivó.

«A las cinco», dice el mensaje. ¡Oh! A esa hora es a la que se supone que debe de estudiar con Mario... ¿Otra vez tiene que elegir? Son dos veces ya las que no pueden reunirse. El lunes por él, cuando se quedó dormido, y ayer por ella. Quizá lo mejor sería quedar con su compañero de clase un poco más tarde, como a las seis. Pero ¿y si lo que quiere Álex se prolonga más tiempo?

¡Vaya dilema!

La chica aparta las mantas y las sábanas de su cama y se cubre con ellas. Se tapa hasta el cuello e inclina la cabeza hacia un lado sobre la almohada.

Piensa. Se da la vuelta.

¿Cómo puede quedar con los dos?

El sueño regresa. Empieza a notar que las ideas se van desvaneciendo, que todo se hace muy confuso. Hasta que, sin tomar ninguna decisión definitiva, se duerme profundamente.

El cielo continúa oscuro. La luna no brilla. Un grupo de nubes se ha colocado delante. Es la primera señal que el tiempo está a punto de cambiar.

En ese mismo instante, madrugada del martes al miércoles, en otro lugar de la ciudad.

Katia mira por una de las ventanas de su ático. Sus ojos, antes rojos por las lágrimas, ahora brillan en el espesor de la noche. La luna se ha escondido.

No puede dormir. Está feliz. Sonríe. Por fin ha hablado con él.

Enamorada.

Sí, ya no puede negárselo a sí misma. Demasiado ha aguantado ya. Es imposible luchar contra sus propios sentimientos. Sí, lo quiere.

Aunque él ame a otra.

Esperará su oportunidad. Sí, eso hará.

«Paciencia Katia, paciencia».

En ese momento, madrugada del martes al miércoles, en otro lugar de la ciudad.

Otra noche sin dormir ¿Cuántas van?

Mario ha perdido la cuenta. A decir verdad, lo ha perdido todo, no sólo las ganas de dormir: también las ganas de vivir, de llorar, de comer, de escuchar música, de sentir... Necesita una tregua de sí mismo. Se odia.

Odia a Paula. La odia y la ama. Sí, no puede remediarlo. Aunque le haya mentado, aunque pase de él, aunque sea un cero a la izquierda para ella, la quiere.

Pero no puede más.

Sus ojeras son tan oscuras como la noche. Él, como la luna, se ha ocultado bajo las nubes de la desesperación. Cómo quisiera desaparecer.

Mañana hablará con Paula. Le dirá que se acabó lo que ni siquiera ha empezado. No más tardes invisibles que nunca llegan. Su amistad, en realidad, está cogida con alfileres. Ya hace mucho que no son amigos de verdad. ¿Para qué engañarse? Estará unos días de luto y luego... ¿Qué más da lo que suceda? A nadie le importa su vida. A él menos.

Sí, mañana le dirá a Paula que se terminó.

Capítulo 55



la mañana siguiente, un día de marzo, en algún lugar de la ciudad.

Baja las escaleras pausadamente. Hoy no hay tanta prisa, es temprano. Se ha levantado antes que de costumbre. En realidad Paula apenas ha conseguido dormir después de que se despertara de madrugada. Se ha duchado, secado el pelo y elegido la ropa con calma. También le ha mandado un SMS a Ángel: «Buenos días cariño, perdona por no cogerte ayer el móvil. Se me apagó y no me di cuenta. Lo siento. Ya te recompensaré. Me acosté muy temprano. Cuando tenga un rato libre te llamo. Tengo que contarte algunas cosas. Gracias por el día de ayer. Te quiero».

Después piensa en escribirle a Álex, contestándole el mensaje que ayer le envió, pero prefiere hablar primero con Mario para ver cómo organiza la tarde. Tiene que estudiar. El examen de matemáticas es en dos días y aún no ha tocado el libro.

Le apetece mucho volver a encontrarse con su amigo escritor. ¿Qué tendrá que contarle que es tan urgente?

Su madre la oye bajar, mira el reloj y se sorprende que su hija esté de pie. Paula le da un beso y juntas van a la cocina.

—¿Y ese madrugón?

—No podía dormir.

—¿Una noche difícil?

—No lo sé, quizá. Me desvelé de madrugada, y no he conseguido luego dormir más de diez minutos seguidos.

—Bueno, no hay mal que por bien no venga. Hoy no llegarás tarde a clase.

La chica sonríe.

—¿Cómo está papá?

—Hablamos, pero no sé si lo suficiente. Espero que se le pase.

—¡Uff!

—Paciencia.

—¿Qué remedio!... ¡Es muy cabezota!

—Pero es tu padre.

—Ya.

Paula abre el frigorífico. Tiene más hambre de lo habitual por las mañanas.

—¿Qué quieres que te prepare?

—No te preocupes, yo lo hago.

—Ah, muy bien. Sí que te has levantado con ganas hoy.

Su madre le ha dado otro beso y sale de la cocina.

No está mal eso de madrugar. ¿Cuánto hacía que no se podía permitir el lujo de desayunar tranquila un día de instituto?

Se prepara una Cola Cao y dos tostadas con mantequilla y mermelada de melocotón. En una bandejita lleva todo al comedor y se sienta en la mesa. Su padre está allí. Sorbe un café caliente y ve las noticias en el CNN.

—Buenos días.

—Buenos días —responde con frialdad el hombre.

Parece aún enfadado. Ni la mira. Sus ojos están clavados en la televisión.

Paula suspira: no le gusta aquella situación, pero tal vez lo mejor sea no decir nada. Quizá a lo largo del día se le vaya pasando.

Paco todavía está resentido. Su mujer hablo con él por la noche, es demasiado condescendiente. Sí, tiene razón en lo de que su hija ya no es una niña y que es normal que tenga novio. Es la ley de la vida. Y, aunque lo no hace ninguna gracia que haya alguien que ose a ponerle las manos encima a su pequeña, hasta cierto punto lo comprende. Lo que no consigue superar es que aquel individuo tenga veintidós años y que lo haya conocido por Internet. ¿Qué pasa con los métodos antiguos de ligar? En una cafetería, una amiga que presenta un amigo, un amor de verano en la playa, un chico de clase... No, ahora la gente se conoce por internet. Sin verse, sin sentirse, sin saber nada el uno del otro. ¡Cuántas mentiras le habrá contado ese Ángel! Y lo de la edad, eso sí que lo lleva mal. Ese tío sólo quiere a Paula para una cosa, y él sabe para qué. También ha tenido veintidós años.

¿No se da cuenta?

—Te has levantado muy temprano hoy —comenta Paco, de improviso.

—Sí..., no podía dormir —contesta sorprendida la chica, que no esperaba que se padre le hablase.

—Cuando alguien no puede dormir, dicen que es porque no tiene la conciencia tranquila.

—Vamos, papá. No empieces.

—Yo no empiezo nada. Es lo que dicen.

—Leyendas urbanas. Yo tengo mi conciencia muy tranquila.

El hombre se levanta de su asiento. ¡La conciencia muy tranquila! ¡Pues no debería! Está hija suya, cuántos problemas le trae. Sin embargo, no dice nada. Coge el vaso vacío del café y lo lleva hasta la cocina. Su mujer está fregando la cafetera para preparar otra.

—¿Has hablado con ella?

—Bah, no tenga nada de qué hablar.

—Vamos, hombre, no seas cabezota. Es tu hija.

El hombre se coloca al lado de su mujer. Le quita el estropajo y friega el vaso. Ella

lo observa. Estás preocupada, espera que pronto se le pase el enfado.

Dice que tiene la conciencia «muy» tranquila.

—Claro. Ella piensa que no ha hecho nada malo.

Acostarse con un tío seis años mayor que ella, ¿no es «nada» malo?

—Cinco y pico. Y no sabemos si se han acostado. El otro día nos dijo que no había hecho nada todavía. Y que, además, sabía lo que tenía que hacer cuando tuviera relaciones sexuales.

—¡Joder!

—¿Qué te pasa?

—¿No te oyes? ¿No oyes lo que decimos? Estamos hablando de nuestra niña. De nuestra pequeña. De relaciones sexuales. De condones. De follar. ¡Dios! No lo soporto. Me voy.

—Pero cariño...

Paco deja el vaso, ya limpio, sobre un paño extendido para que se seque. Abre la puerta de la cocina y sale de ella. Su mujer va detrás, aunque se detiene cuando su marido llega a las escaleras. ¡Qué cabezota es! No hay nada que hacer, el hombre sube hasta su dormitorio. Entra y cierra. Necesita algo. Sí, ahí está, dentro del cajón de la mesita de noche: el paquete de Fortuna. Pero hay algo más: el regalo de Paula. Paco lo ve y lo coge. ¡Con la ilusión con la que lo habrían comprado...! ¿Y ahora, qué? A esperar acontecimientos.

Lo guarda de nuevo.

Saca un cigarro de la cajetilla, lo enciende y se lo mete a la boca. Mira el reloj le da tiempo a fumárselo tranquilamente antes e irse. Se tumba en la cama y suelta el humo en una bocanada que nubla la habitación.

¿Por qué los hijos tienen que hacerse mayores?

Está perdiendo a Paula. Lo percibe. Un padre nota algo así. Pronto llegará diciendo que se irá a vivir con el novio y luego que se casa. Y él dejará de ser importante para ella. La verá una vez cada quince días o quizá menos.

¡Veintidós años!

¿Cómo será ese tipo?

El Fortuna le está sentando bien. Demasiado bien. Tanto que, cuando lo apaga, al minuto, enciende otro. Dos años sin fumar a la basura. La culpa la tiene es individuo que se está aprovechando de la candidez de su hija.

Periodista. ¡Qué profesión carente de ética! Sólo meten las narices en la vida de los demás. Y lo llaman «información».

¡Bah!

El hombre se incorpora. Aún le quedan varias caladas por dar e ese cigarro, pero empieza a echársele el tiempo encima. Se arregla la ropa, un poco arrugada, y abre la puerta de la habitación. Un momento. Vuelve sobre sus pasos, abre el cajón de la

mesita de noche y coge el paquete de tabaco. Quedan siete cigarros. Los va a necesitar.

Esa misma mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Lee el mensaje de Paula un par de veces y contesta: «Bueno días, princesa. Ya te vale con el móvil. OK, cuando tú puedas me llamas o me das un toque para que te llame. Estaré en la redacción esperando. Que pases una buena mañana. Te quiero».

Revisa el SMS con una lectura rápida y lo envía.

¿Habrá visto Paula las imágenes del torneo benéfico de golf? Ángel se pregunta si será eso lo que quiere hablar. Bueno, ya lo llamará.

Muerde un cruasán, el penúltimo bocado del desayuno que acompaña con un sorbo de café con leche. Tiene la televisión encendida; en las noticias están anunciando el tiempo que hará hoy y en los próximos días. Una borrasca se está instalando en la península: nubes, descenso de las temperaturas y lluvias avanzada la semana. Es que aquel calor no era normal.

Ángel se mete el último trozo de cruasán en la boca. Mira el reloj. Va bien de tiempo.

Coge de nuevo el móvil y busca en la lista de «llamadas recibidas». La última fue de Katia. Suspira.

Ayer volvió a hablar con la cantante. Parecía distinta, su voz era demasiado suave, excesivamente dulce. Como si acabase de despertar y no se enterará bien de lo que había hecho.

Qué extraño resulta todo. Siente como se estuviera jugando con fuego. Pero ya son adultos, ¿no? Él tiene a Paula y ella... piensa en el beso del hospital. Resopla. Fue un beso dulce, como su voz de anoche. Demasiado dulce. ¿Tentador también? Sí, no hay duda que Katia es una tentación. Es interesante, *sexy*, inteligente, guapa, decidida... Pero todas esas cualidades también las tiene Paula, aunque de otra forma completamente distinta. Y él quiere a su chica, está enamorado de ella.

Ángel duda un instante. Finalmente, se decide y marca su número.

Suenan cuatro «bips» antes de que al otro lado de la línea respondan. De nuevo, esa dulce voz.

Esa misma mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Duerme. No hace mucho que sus ojos se cerraron y dieron por concluido un día difícil, pero con final feliz. Ahora ya ha amanecido, pero ella todavía no lo sabe. Algo está sonando en su habitación. Se despierta lentamente. ¿Es el móvil? Sí, la llaman.

Katia alarga el brazo y alcanza su teléfono que está en la mesita de noche.

—¿Sí...? —responde en voz baja. Ni siquiera a visto quién es su interlocutor.

—Buenos días Katia.

Esa voz...

—¡Ángel! Bu..., buenos días.

La chica de pelo color rosa se incorpora de golpe. Se sienta en la cama y sonrío nerviosa. ¡Es Ángel!

—Perdona que te llame tan temprano, ¿te he despertado?

—No. No, qué va. Ya llevaba un rato despierta —miente.

—Ah, muy bien. ¿Cómo has dormido?

—Perfectamente.

En realidad, se ha pasado caso toda la noche pensando en él, en la conversación que tuvieron, en lo amable que fue con ella. Ni siquiera le preguntó por qué lo había llamado tantas veces sino que se disculpó por no haberle cogido el teléfono antes. Ella tampoco pidió explicaciones. Sólo le apetecía hablar con él, escuchar su voz. Ambos sabían que lo mejor era dejarlo pasar y no preguntar. Y finalmente, tras cinco preciosos minutos, Ángel quedó en que hoy la llamaría. Lo que no imaginaba es que fuera tan pronto.

—Me alegro. ¿Estás en casa?

—Sí, sí. Ahora me iba a dar una ducha.

Improvisa. Aunque no es mala idea. Una ducha con Ángel ahora sería perfecto.

—Ah, bien. Si quieres, te llamo luego.

—No, no te preocupes. Si aún tengo que terminar de desayunar...

—Ah, bueno, como quieras.

—Y tú, ¿has estado bien?

Katia se levanta de la cama. Se pone las zapatillas y camina hasta la cocina mientras hablan de dos o tres trivialidades. Hay café hecho. Lo pone a calentar y se sienta sobre una mesita.

Ángel está especialmente amable y simpático. Ríe a menudo, tal vez más que de costumbre. Le recuerda a aquel chico que conoció el jueves pasado, el día de la entrevista. Después, todo entre ellos ha sido extraño, confuso y ella ha tenido gran parte de culpa: por precipitarse, por forzar los acontecimientos, por no tener paciencia. Ahora será distinto. Él tiene novia, y ella lo sabe. Sabe que hay otra, pero tendrá su oportunidad. Sin prisas.

—Oye, Katia, ¿tienes algo que hacer esta tarde?

Suelta de repente el periodista después de hablar del cambio del tiempo.

—Pues..., creo que no. Deja que mire.

La chica sabe que no hay nada en la agenda. Ha anulado todo lo que tenía pendiente: promociones, entrevistas, actuaciones... Tras el accidente, mandó suspender y aplazar todos los actos programados para esa semana.

—No, no tengo nada que hacer —responde a los pocos segundos.

—¡Bien! Es que me gustaría que quedásemos para hablar de un asunto. Prefiero hacerlo en persona y no por teléfono. Si no te viene demasiado mal, claro.

No puede creer lo que acaba de oír. ¿Quedar? Quiere gritar, pero se contiene. ¡Va a ver de nuevo a Ángel!

Pero ¿de qué querrá hablar?

—Ah, por mí, vale.

—¿Me pasas a recoger a la redacción y vamos a tomar un café? ¿Te viene bien a las seis?

—Perfecto, allí estaré. Le pediré prestado el coche a mi hermana.

—¡Es verdad! El Audi está en el taller, ¿no?

—Sí. Lo echo de menos.

Es cierto pero al que realmente echa de menos es a él. ¡Y lo volverá a ver!

—Normal. Bueno, pues nos vemos entonces a las seis. Me voy corriendo al trabajo, que llego tarde.

—Vale. Que pases una buena mañana. Un beso.

—Lo mismo digo. Otro para ti.

Ángel es quien pulsa antes la tecla de colgar.

¡Vaya sorpresa! ¿Y esto? De no cogerle el teléfono en todo el martes a querer hablar con ella en persona. Una sonrisa tonta de felicidad no se borra de su cara. No entiende nada. Da igual, no quiere pensar, aunque le resulta inevitable. ¿Qué querrá decirle?

Capítulo 56



Es mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Es raro llegar la primera a clase. Paula no está acostumbrada. Normalmente, es la última cuando suena el timbre, y eso con un poco de suerte. Otras veces aparece cuando el profesor de turno ya ha cerrado la puerta.

Desde su asiento en una de las esquinas del aula observa cómo van llegando sus compañeros, uno a uno. La saludan sorprendidos al verla allí tan temprano. Algunos se acercan y le preguntan: hay sonrisas pícaras e incluso un par de atrevidos le dan dos besos de buenos días. Buen trofeo matinal para esos chichos que se mueren por salir con ella. Nuevo intento. No hay nada que hacer: Paula se niega, siempre con buenos modos, cariñosa. Pero con el «no» por delante y una excusa convincente.

Cris y Diana llegan juntas. Se han encontrado en la entrada del instituto y conversan animadamente. También se sorprenden muchísimo cuando ven a su amiga, que les grita desde el fondo de la clase.

—¡Qué sorpresa! ¿Y tú qué haces aquí tan temprano? —pregunta extrañada Diana.

Besos y miradas. Siempre se examinan, todas a todas. Sigilosas, pero cómplices; exigentes. Es importante fijarse en cómo van vestidas las otras, si se repite alguna prenda usada hace poco, cómo les queda la ropa, si han engordado o si les han crecido las tetas... Todas tienen en mente lo que se han puesto las demás a lo largo de la semana, y todas tienen una opinión al respecto. Unas veces se comenta, otras no.

Paula tiene buen gusto. Viste muy bien, a la última o casi. Combina los colores perfectamente, Incluso confeccionó una tabla de colores para saber qué pega con qué. Hoy lleva una camiseta amarilla con estrellitas negras bastante escotada que ha sido el centro de atención de los chicos de antes, una chaqueta oscura ajustada que ya no está abrochada y unos vaqueros exactamente el mismo color.

—Pues porque no podía dormir. Hasta he desayunado en condiciones. Y nada, he salido a la calle y, justo en ese momento, pasaba el bus. ¡He llegado la primera!

—Apúntalo en tu agenda porque debe ser la única vez que ha pasado en cinco años.

—Que yo recuerde..., sí. Y vosotras, ¿de qué habláis, que venís tan animadas?

Cris y Diana se miran. Cuéntaselo tú. No, díselo tú. Va, tú. Que no, mejor tú.

—Pues hablábamos de ti —dice por fin Cristina.

—¿Ah, sí...? ¿Y eso?

—Te vi ayer en la tele. En las noticias.

—¡Anda! ¿Tú también?

—Pues sí. Estabas con Ángel, ¿no?

—Sí. Cuando vino al instituto ayer a recogerme era para llevarme a un torneo benéfico de golf. Él tenía que cubrirlo para la revista.

—¡Joder, tía! ¡Estás en todas!

—¿Y viste a muchos famosos?

En ese instante entra Miriam. Arquea las cejas cuando ve a Paula por el asombro de que su amiga ya esté en clase. Detrás camina lentamente su hermano con las manos metidas en los bolsillos. Mario también la ve. Está con las otras Sugus. Saluda con la mano hacia la esquina, serio, sin decir nada, y se marcha a su asiento en el otro lado del aula. Las chicas le corresponden, especialmente Diana, que lo sigue con la mirada hasta que llega a su mesa. Lo nota raro. Seguro que algo le pasa. Siente la tentación de acudir a su lado a preguntárselo, pero se resiste. Quizá son imaginaciones suyas.

—¿Pero tú qué haces aquí tan pronto? La fama te hace madrugar.

Más besos. Más miradas.

—No me digas que tú también me viste.

—No, yo no. Me lo dijo Cris.

—Yo fui la única que te vio. Te llamé, pero no tenías el teléfono conectado.

—Ya. He visto vuestras llamadas perdidas esta mañana. Lo siento. Tuve que apagarlo porque mis padres también me vieron en la tele y me dieron una charla. No era plan tenerlo encendido y que sonara. Luego subí a mi cuarto y se me pasó conectarlo.

—¿Qué dices? ¿Te pillaron tus padres? —pregunta Miriam. Paula asiente con la cabeza y resopla.

—¡Qué fuerte! —exclama la mayor de las Sugus.

—¿Y qué les dijiste?

—Pues que tenía novio.

—¿¿¿Qué???

—¡Yo qué sé! Me hice un lío. Me abordaron después de cenar y, mientras me interrogaban sobre si estaba saliendo con alguien, va y dan las imágenes del torneo de golf en las noticias. Fue una coincidencia. Así que al final le conté todo.

—¿Todo?

—Casi todo. La edad de Ángel, que es periodista, que lo conocí por Internet...

—¡Qué fuerte!

—¡Qué fuerte!

—¿Y cómo se lo han tomado? —pregunta preocupada Miriam.

—Mi madre bien. Bueno, más o menos bien. No le hace mucha gracia que Ángel tenga veintidós años, pero bueno, lo acepta. Pero mi padre... ¡uff! Ha vuelto a fumar

y todo, Después de dos años sin hacerlo.

—¡Joder! Pero sí que se lo ha tomado mal... —interviene Diana.

—Ya ves. No entiende que yo pueda tener novio. Me ve como a una niña pequeña aún. Parece mentira que el sábado vaya a cumplir diecisiete años.

Cris y Diana se vuelven a mirar. En esta ocasión, también es partícipe Miriam. Anoche hablaron de algo respecto a lo del sábado en una conversación múltiple por MSN. Paula no se tiene que enterar.

—Ya se le pasará —intenta tranquilizarla Cristina.

—Eso espero. No me gusta estar así con él.

El timbre suena en esos momentos.

—Vaya. Al final no nos has contado a qué famosos viste.

—Es verdad. Luego, en el recreo, os lo cuento. Es muy fuerte.

Las cuatro Sugus ocupan sus respectivos asientos. Siguen cuchicheando en voz baja hasta que alguien les llama la atención para que paren de hablar.

El profesor de Matemáticas deja pasar a los alumnos que están en el pasillo y cierra la puerta tras de sí.

Coge una tiza y escribe en la pizarra: «El viernes, examen final. Estudiad o rezad lo que sepáis».

¡Uff, el examen del viernes! Paula se lamenta de no haber estudiado hasta ahora. Se juega el trimestre y no quiere imaginarse qué pasaría si suspendiera. Si ya están mal las cosas en casa, un insuficiente en Mates podría ser el Apocalipsis. De esta tarde no pasa. Mira hacia Mario. Quizá ayer debería haber ido a su casa y no estar toda la tarde con Andrea Alfaro, su novio y Ángel. Además, le mintió a su amigo. ¡Ups...! Si Miriam sabe lo del torneo de golf, ¿Mario también? ¿Y que le mintió? ¡Mierda!

La chica traga saliva. Empieza a sentirse realmente mal. No oye las explicaciones del profesor de Matemáticas, que está entusiasmado con la idea de que más de la mitad de la clase seguro que suspenderá el examen del viernes.

Debe hablar con él en cuanto termine la hora de Matemáticas. Recuerda que también tiene que mandarle un SMS a Álex, que le pidió que se vieran por la tarde. ¿Qué hace? ¿Queda con él?

Y llamar a Ángel. Se lo escribió en el mensaje de esta mañana. Estará ocupado.

Paula se agobia. ¿No dicen que «a quien madruga, Dios le ayuda»? Sí, pero también hay un refrán que afirma que «no por mucho madrugar amanece más temprano».

Capítulo 57



sa misma mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

El coche se detiene. Hay un hueco libre. Irene mira hacia atrás para ver si viene alguien. Nadie. Gira el volante suavemente y da marcha atrás. Álex observa la maniobra. Ha accedido a que lo lleve una mañana más pues, aunque no le satisface excesivamente la idea, le ahorra tiempo, dinero y aglomeraciones.

Juntos van a recoger cuarenta cuadernillos fotocopiados de *Tras la pared* en la reprografía del señor Mendizábal.

—No hacía falta que aparcaras. Si luego ya me voy yo solo en el metro...

—Venga hombre, te espero. De todas formas no llego a la primera clase —dice la chica mientras logra estacionar perfectamente su Ford en el espacio que ha encontrado libre—. Listo. Perfecto, ¿no te parece?

—Bueno, si tú lo dices... Pero no quiero que me esperes.

—Está perfecto. Y sí, te espero.

—De verdad que no hace falta.

—No seas tonto. Corre, date prisa, que te invito luego a desayunar.

—En serio que no...

—No me vas a convencer esta vez. Soy más cabezota que tú y el coche está aparcado. Estoy muerta de hambre, así que apresúrate.

—Irene, no voy a desayunar contigo.

—Pues te seguiré hasta que quieras hacerlo.

—¿Qué vas a qué?

—Eso, te perseguiré por toda la ciudad hasta que desayunemos: por la calle, por el metro... Vayas donde vayas, estaré yo.

—No te creo.

—Prueba y verás.

—Te comportas siempre como una cría.

—Es que soy una cría: sólo tengo veintidós años. Estoy empezando a vivir. Corre. Tengo hambre.

Álex suspira y se da por vencido. Se baja del vehículo y entra en el establecimiento.

Si no fuera porque es a Agustín Mendizábal a quien va a ver, lo acompañaría, pero Irene no soporta a ese viejo con el que comieron ayer. ¡Qué desagradable! Un hombre de sesenta años tirándole los tejos... Aunque la verdad es que ya está acostumbrada a

cosas así. ¡Qué desesperados están los hombres y más estos ancianos que ya viene de regreso de todo...! ¡Viejo verde...!

Hace calor dentro del coche. La chica baja la ventanilla y saca un brazo desnudo por ella. Sopla una brisa fría que le resulta agradable. Un grupito de estudiantes universitarios pasa en esos momentos por su lado y se la quedan mirando. Buscan y quieren ver más. Y es que, a pesar de que el tiempo ha cambiado, Irene ha decidido ponerse un vestido morado escotado que le llega encima de las rodillas, medias negras y zapatos de tacón no demasiado altos. Oye un silbido y un piropo descarado. «No sólo los viejos están salidos...», piensa ella. Les sonrío, lanza un beso al aire y vuelve a subir la ventanilla mientras agita la mano despidiéndose. «Capullos...». Los chicos se alejan riendo a carcajadas con risas falsas, exageradas, estúpidas.

Irene tamborilea con los dedos en el volante. Álex tarda un poco más de lo que esperaba. Quizá no llegue ni a la segunda clase. Su profesor se estará preguntando dónde se ha metido. Seguro que la está echando de menos. Y más hoy con ese vestido. Se le quedará la boca abierta cuando la vea. Ni tendrá que justificar su ausencia.

Su móvil suena. Es un SMS. Quizá sea...

Se inclina hacia atrás y alcanza el bolso, que está en el asiento trasero del coche. Lo abre y saca el teléfono.

No, no es ella. El mensaje es del chico de su clase con quien fue a cenar, preguntándole por qué no ha ido a clase. Otro para la lista de los que se pillan, y eso que sólo han cenado. Está bueno, pero no le interesa. Puede que algún día le invite a algo más si las ganas le desbordan. No se negaría: nadie se negaría a pasar una noche con ella de sexo puro y duro.

¿Nadie? Sabe la respuesta. Álex aparece por fin. «¡Mierda, no viene solo!»: El señor Mendizábal le acompaña. Ambos van cargados con dos pesadas mochilas llenas de cuadernillos de *Tras la pared*. Irene se lamenta y suelta un par de improperios en voz baja.

El anciano sonrío de oreja a oreja cuando la ve, dejando al descubierto su mal cuidada y escasa dentadura.

—Irene, ¡qué alegría volver a verte!

El hombre deja la mochila en el suelo y se coloca frente a la ventanilla en la que la chica sonrío forzada. Obligada por las circunstancias, se baja del coche.

Dos besos.

—Hola, Agustín, ¿cómo está?

—Pues muy bien. —El señor Mendizábal la repasa de arriba abajo sin disimular—. Aunque tú estás mucho mejor, por lo que veo.

—Qué simpático eres... —comenta entre dientes, intentando ocultar su incomodidad.

Álex mete dentro del Ford la mochila que lleva colgada. A continuación hace lo mismo con la que Agustín Mendizábal ha dejado en el suelo.

—Bueno, esto ya está. Gracias por regalarme veinte cuadernillos más de los que le pedí. Le debo otra comida.

—No, la próxima vez pagaré yo. Espero que tú nos acompañes, preciosa —indica el anciano besando la mano de Irene—. ¿Te viene bien el lunes?

—Huy, no sé si podré... Estoy liadísima con el curso. Pero si tengo un rato libre, cuenta conmigo.

La chica retira rápidamente la mano de los labios de Agustín y abre la puerta del coche. Mira a Álex y le hace un gesto con la mano para que entre. Éste no entiende, pero obedece.

—Bueno, Agustín, nos vamos. Un placer volver a verle.

—Adiós, cariño. Espero verte pronto.

Irene cierra de un portazo y enseguida comienza a maniobrar. Álex, mientras, se despide del hombre desde el asiento de copiloto.

El Ford sale del aparcamiento y se adentra en la circulación. Hay bastante tráfico.

—Pero ¿no íbamos a desayunar? —pregunta el chico desconcertado cuando ya no alcanza a ver al señor Mendizábal, que aún continuaba despidiéndose con la mano.

—Sí, pero me he acordado de un sitio mucho mejor, cerca de aquí.

—¡Ah!

Irene sonrío. No hubiera soportado que aquel viejo se apuntara con ellos a desayunar. Está dispuesta a todo por conquistar a su hermanastro, pero ese todo también tiene un límite.

Capítulo 58



sa misma mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Suena el timbre: fin de la clase de Matemáticas. Tres o cuatro estudiantes se acercan al profesor, que está recogiendo sus cosas. Le preguntan si el examen del viernes será muy difícil.

—Por supuesto, el más difícil de sus cortas y apasionantes vida.

Y no miente. Actúa sin piedad, como en el primer trimestre, cuando más del sesenta por ciento de sus alumnos suspendieron. Dos chicas lo persiguen hasta el pasillo rogándole que cambie la prueba de día, que no sea muy duro, que es la única asignatura que les quedó en la primera evaluación.

El profesor de Matemáticas sonríe. Posee el control: él domina la situación y disfruta haciéndolo; es su momento, la venganza a tanto pasotismo, tantas desconsideraciones, tantas y tantas faltas de interés. ¿Lo desafiaban? Pues ahora es su turno. No habrá prórrogas, ni caridad, ni miramientos. Sólo un examen complicado, muy complicado, con el que se divertirá preparándolo, poniéndolo y corrigiéndolo, bolígrafo rojo en mano, ese que utiliza sólo para las ocasiones especiales. Aprobarán los que lleguen al cinco: nada de cuatros con nueve, sólo vale el cinco.

Mario observa desde lejos, sin levantarse de su asiento. Contempla con displicencia la escena. Él fue quien sacó la nota más alta de todo el curso en el trimestre pasado: un ocho y medio. Ahora, sin embargo, tiene otras cosas en la cabeza. El examen del viernes empieza a darle lo mismo. Todo es secundario. Indiferente. Sólo piensa en Paula. ¿Cómo y cuándo decirle todo lo que siente? Se acabó. Basta ya de que juegue con él, con sus sentimientos. Debe poner fin a esa esclavitud. Ella era todo: despierto, en sueños, en clase, en la música, mientras estudiaba comía... ¡Basta!

Ha mirado varias veces de refilón, por encima del hombro, hacia la esquina de las Sugus. Ha tropezado con los ojos y la sonrisa de Diana en un par de ocasiones y también con la mirada de Paula. La ha visto distinta, triste, como si supiese lo que él está pensando.

Está guapa. Muy guapa.

En el recreo hablará con ella. ¿Pena? Ninguna. ¿Acaso ella sintió ayer cuando le mintió? No.

Es preciosa.

La clase está alborotada. Siempre pasa entre horas cuando se va el profesor y se espera el siguiente. Hay ruidos, gritos, carcajadas... Algunos se fuman un cigarro a

escondidas; otros aprovechan para copiar deprisa y corriendo los ejercicios que no han hecho en casa; incluso alguna chica saca el móvil y manda un SMS a un novio cibernético que vive en otra punta del país.

Paula se levanta de la silla. Ella no puede esperar hasta el recreo. Falta demasiado. Bastante se ha comido ya la cabeza durante la clase de Matemáticas. Se siente mal, por ella, por Mario, por todo. No debió engañarlo. Camina hasta el otro lado del aula, con un nudo en la garganta, sin saber muy bien qué decir. ¿Por dónde empieza la disculpa?

Diana la observa. La ve aproximarse a Mario. Esos dos... No sabe ni qué ni el porqué, pero algo sucede en su interior, cerca del corazón, en esa cajita invisible donde se almacenan los sentimientos. Son celos, pero no quiere admitirlo. No: una Sugus no puede sentir celos de la otra Sugus. Y Mario no es ni su novio ni el de ella. Se gira y empieza a hablar con Miriam de alguna cosa intrascendente, uno de esos temas típicos de Diana, una de esas cosas que la alejan del chico de quien se está enamorando.

No, no es su novio.

—Hola, ¿ocupado?

Paula agacha la cabeza. No puede mirarle a los ojos. Duele.

Mario la ha visto llegar o, al menos, acercarse. Quizá ella no fuera a verlo a él. Es lo que suele pasar. Pero esta vez la chica ha terminado delante de su mesa, en el otro extremo de la clase. Ha pensado cientos de frases para ese momento, millones de palabras que decirle; ha ensayado toda la noche, tirado en la cama, abrazado a la almohada y suspirando con lágrimas en los ojos. Ruegos, preguntas y verdades a la cara. Sin embargo, ahora su mente se queda en blanco.

—No —se limita a contestar.

—Oye, Mario... ¿Podemos quedar a estudiar esta tarde?

No hay convencimiento en las palabras de la chica. No es una disculpa, sólo intenta pasar la página.

El chico tampoco sabe qué responder. Todos sus planes se han venido abajo. No tiene valor. A la hora de la verdad, él no es capaz de negarse a nada que ella le pida. El pecho se le contrae, la garganta se le seca y las palabras no fluyen. Opresión.

En centésimas de segundo trata de convencerse a sí mismo, reunir valentía para gritarle que se olvide de él, que se vaya, que ya no puede más. ¿No ha sufrido ya bastante?

—Vaya... Tienes muchas cosas que hacer.

—No es eso. Lo cierto es que...

«Estoy enamorado de ti y me estás haciendo la vida imposible. No te basta con no quererme, con liarte con otro delante de mí, más guapo, más maduro, mejor que yo. No te vale con hacer que mi existencia sea un infierno, que no piense en otra cosa que en tus ojos, tus labios, tu cuerpo perfecto. No es suficiente para ti que ya ni siquiera

pueda oír nuestras canciones porque me pongo a llorar como un bebé. No basta todo eso sino que, además, me mientes. Me siento humillado. Haces que me preocupe por ti, me dejas plantado y no me cuentas la verdad».

—Estás enfadado conmigo, ¿verdad?

Por fin Paula mira a los ojos a su amigo. No, no puede pasar página así como así. Mario enmudece. Todo cambia en su mente de pronto. La ira, el enfado, el sufrimiento, las ganas de contarle la verdad, su verdad, se esfuman. Observa cómo los ojos claros de Paula se humedecen y brillan. No es esa chica segura y deslumbrante que arrasa con su presencia allá donde va: ahora es frágil, débil.

—Bueno..., no. No estoy enfadado.

—Lo siento, Mario. De verdad. He sido una estúpida. Lo siento.

Una lagrima. Y otra. Un sollozo silencioso en medio del enjambre de voces que gobierna la clase, testigo involuntario del momento. La rendición de la princesa.

El chico no sabe qué decir. Ahora menos que nunca. Pero tiene que hacer algo. Se pone de pie, a su lado, en la esquina opuesta en donde habitan las Sugus. Es más alto que ella y no puede sostenerle la mirada. Es demasiado increíble: esos ojos castaños, brillantes, inmensos, han eliminado de él cualquier tipo de resentimiento. Sus cuerpos están cerca. Y la abraza. Intenta consolarla. Paula pasa sus brazos por la cintura y apoya la cabeza contra uno de sus hombros.

Es un instante mágico. La vida de Mario vuelve a tener sentido. En unos segundos, esos segundos maravillosos, crece, madura, gana la confianza con la que no nació.

—Vale, no te preocupes. No ha pasado nada. No estoy enfadado —susurra, mientras le da un toquecito en la espalda.

—No debí mentirte. Se me fue de las manos. Perdóname.

—Te perdono. Te perdono.

«No te vayas Paula. Quédate abrazada a mí para siempre. No te vayas. Paula».

La clase estalla en un ruido atronador de sillas y de mesas arrastrándose. Llega el siguiente profesor, el de Filosofía.

El abrazo terminal Los chicos se separan. Ambos sonríen.

—Me voy rápido, que viene el de Filo.

—Vale. ¿Pasas por mi casa a las cinco? —pregunta Mario—. Tenemos mucho que estudiar.

—Vale. A las cinco estaré allí, te lo prometo.

Le da un beso en la mejilla y corre a su asiento sorteando a cuantos compañeros se cruzan en el trayecto.

Mario la observa. Ella lo mira cuando llega hasta su mesa y lo saluda con la mano sonriente. Él la imita.

Su mejilla arde, casi tanto como su corazón, que late de nuevo, deprisa, acelerado.

No era lo que había previsto. Jamás pensó que aquello fuera a resolverse de esa manera. ¿Cómo iba a imaginarlo? Pero se alegra, aunque sabe que, con toda seguridad, continuará sufriendo por ella.

Capítulo 59



Esa mañana de marzo, un poco más tarde, en un lugar de la ciudad.

Tal y como pensaba, el profesor no le ha recriminado por faltar a la primera clase. Se ha limitado a sonreír, darle la bienvenida y repasarla de arriba abajo. No esperaba menos. Ese escote y las medias negras siempre dan resultado.

Irene cruza las piernas y simula que atiende a las explicaciones de este hombre que se muere por llevársela a la cama.

El chico con quien fue a cenar también la observa. Está decepcionado. Nada más verla, se ha acercado y ha intentado establecer una conversación con ella. Quería salir otra vez por la noche, quizá para algo más que para cenar. Irene se ha negado otra vez. Un polvo, un buen polvo, sí le apetece, pero ahora tiene cosas más importantes en las que pensar.

El desayuno con Álex no ha ido mal. Su hermanastro aún es poco amable y simpático con ella, pero nota cómo la mira nervioso, inquieto. Tal vez, a través del deseo llegue hasta él.

Siempre logra lo que se propone. Siempre.

Entre palabras y palabras aburridas del profesor cincuentón, un ruido inesperado interrumpe la clase: es un móvil, el de Irene. Se ha olvidado de ponerlo en silencio. Es un SMS.

Todos los ojos se centran en la chica del vestido morado que, azorada, pide disculpas sonriendo. Un murmullo invade el aula y, sin embargo, nadie la reprende.

Irene saca el teléfono del bolso y lee rápidamente el mensaje. Por fin lo que estaba esperando desde anoche: ¡Paula!

«Hola, Álex. Perdona por tardar en responder. Lo siento, esta tarde tengo que estudiar a las cinco, ya he quedado con un amigo. Pero si quieres podemos vernos a las siete y media u ocho en el mismo sitio. ¿Qué te parece? Tengo curiosidad por saber qué eso tan urgente que tienes que decirme. Contesta cuando puedas. Un beso».

Picó el anzuelo.

—Profesor, ¿puedo salir un momento? Es mi madre, que me quiere decir no sé qué cosa muy importante.

—Claro, claro, pero no tarde en volver.

La chica se levanta con el móvil en la mano sin dejar de esbozar una pícaro sonrisa. Ninguno de sus compañeros pierde detalle. El profesor también contempla la escena.

Irene camina hasta la puerta, coqueta, con el vestido ligeramente subido y andares de modelo. Su contoneo eleva la temperatura corporal de los asistentes masculinos.

¡Qué sencillo es contentar a un hombre...! Seguro que cualquiera de éstos estaría dispuesto a lo que fuera por ella. Se vanagloria de su poder y sale.

No hay nadie en el pasillo. Se apoya contra la pared y lee otra vez el mensaje que le ha mandado Paula. A las siete y media a las ocho... Mejor, así no tendrá que faltar a más clases. Tampoco hay que abusar. Piensa lo que tiene que poner y comienza a escribir. Mientras teclea, algo le pasa por la cabeza. ¿Y si Álex desde su móvil le llama o le envía SMS? Espera que no. Al menos hoy no.

Esa misma mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad, instantes después.

—¿Qué murmuráis?

La hora del recreo. Paula llega hasta el escalón en el que sus amigas están sentadas comiendo chucherías y patatas. Cuchichean sobre alguna cosa. Tienen un plan, un nuevo plan, pero ella no puede saber nada.

—Hablamos de ti —indica Miriam, soltándose el pelo para recogerlo de nuevo en una coleta.

—¿De mí?

La recién llegada no se sienta junto a las otras tres. Ahora llamará a Ángel, a quien tiene que contarle lo de sus padres. ¿Cómo se lo tomara?

—Claro, ¿de quién si no? Eres la estrella del momento. Tienes un novio que te envía rosas rojas a clase y te «secuestra» en horas de instituto, un amigo escritor que está buenísimo, sales en la tele, conoces a famosos, todos los chicos están pendientes de ti, tu cumpleaños es el sábado... La palabra *popular* ya te queda corta.

Paula se sonroja al oír a su amiga hablar. Es cierto que todo eso está pasando, pero ella es la de siempre. La misma. Y no le da tanta importancia a su situación actual, por más que ésta sea dulce, muy dulce. Pero no se considera especial por ello.

—¡Bah, exagerada! Eso le puede pasar a cualquiera. Es una racha buena, nada más.

—No seas modesta. Eres una Sugus. Así nosotras podemos presumir de ti, de que te conocemos —bromea Cris.

—Qué tontas estáis, ¿eh?

—Yo creo que deberíamos hacer camisetas con tu foto y el nombre del grupo para venderlas. Nos sacarían un pastón —propone la mayor de las chicas.

—Se te va a la cabeza. Cada vez te pareces más a Diana, ¿verdad?

Pero la aludida, no está prestando atención.

—¿Diana?

—¡Diana, despierta!

Entonces la chica, que oye su nombre y siente el zarandeo de Cristina en el hombro, se da cuenta de que es con ella. Lleva unos segundos ausente, sin prestar atención al resto.

—¿Qué decíais de mí?

—Pero, chica, ¿dónde tienes la cabeza? ¿En qué piensas?

—En mi hermano, está claro —dice Miriam, guiñando un ojo.

—Pero ¿qué dices, loca? ¡Ya estamos con lo mismo!

—No te preocupes, si todas hemos estado enamoradas alguna vez... Ya es hora de que te tocara.

—No estoy enamorada.

¿O sí? Si no lo está, aquellas sensaciones se parecen mucho a lo que describen como amor. Y sí, estaba pensando en Mario. En Mario y en Paula. En aquel abrazo que hace un rato vio, en la punzada que sintió en su interior. ¿Un abrazo de amigos? Sí, seguro que era eso. Además, qué más da: ella no es su novia y Paula tampoco lo es. Entonces, ¿por qué se siente tan mal?

—Ya, seguro. ¡Dame un beso, cuñada!

Miriam se lanza encima de Diana, pasando por encima de Cris. Trata de esquivarla, pero finalmente los labios de una contactan con la mejilla de la otra.

—¡Cuando quieres, eres insoportable! —exclama Diana, que sonrío mientras se frota el rostro.

Las demás Sugus también ríen.

El móvil de Paula suena entonces. Acaban de enviarle un SMS. Saca el teléfono del bolsillo y lee el mensaje que acaba de recibir. Es de Álex, desde ese número nuevo:

«Vale. Perfecto. Entonces de siete y media a ocho te espero. Ya te lo contaré todo. Un beso, Paula».

La chica sonrío. Siente curiosidad, quizá demasiada. Y le apetece verlo.

Mira el reloj. Sólo faltan diez minutos para que termine el recreo.

—Chicas, os veo en clase.

—¿Te vas?

—Sí, tengo que llamar a Ángel.

—¿Su correo es johnforever@hotmail.com? —suelta Miriam, de repente.

—Sí, ¿cómo lo sabes y por qué me lo preguntas? —responde Paula desconcertada y sorprendida.

—Lo sé porque soy muy lista y lo pregunto para confirmarlo. Te importa que lo agregue.

En realidad ha cotilleado entre las cosas de Paula mientras esta hablaba con Mario en el descanso de la primera y segunda clase. Necesitaba el móvil o el correo de Ángel, y en su agenda estaba apuntado.

—No, claro. Pero...

—¿Puedo agregarlo yo también? —Interviene Cris.

—Esto..., chicas...

—Ya que estamos, me uno, no voy a ser menos —señala Diana.

Paula mira a sus amigas, ¿qué traman? No tiene ni idea, pero le resulta extraño que se comporten así. Hay gato encerrado, pero no tiene tiempo de pararse a investigar.

—Vale. Agregadlo. Pero él es mío, que lo sepáis.

Y sin decir nada más, se da la vuelta y busca un lugar tranquilo desde el que hablar con su novio.

Capítulo 60



sa mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

El cierre del número de abril se acerca y el nerviosismo se nota. El jefe corre por la redacción de un lado para otro, tenso, malhumorado, injuriando a éste y a aquél por una foto mal puesta, un título sin sentido o un artículo incompleto. Ángel sonríe al verlo tan alterado. Eso es el periodismo: tensión a contrarreloj. Constantemente se mira la hora; los minutos pasan más deprisa que en cualquier otra profesión, por no hablar de la incidencia que tiene cada frase que se publica. Lectores implicados examinarán con lupa y opinarán sobre cualquier cosa que se escriba. Eso significa que, si eres un buen periodista, te debes acercar lo máximo posible a la realidad. Una información a destiempo o incorrecta puede provocar un terremoto mediático, aunque solamente pertenezcas a una pequeña revista de música.

Sentado delante del PC, Ángel repasa todo lo que ha escrito Katia. La entrevista está muy bien. También le gusta cómo ha quedado la noticia del accidente. Sí, es un buen trabajo y está satisfecho.

Con el ratón lleva el cursor hasta la carpeta que le ha enviado Héctor, el fotógrafo, y la abre. Allí están todas las fotos que la cantante se hizo el viernes, las que saldrán a la luz y las que no. Algunas son en blanco y negro.

Empieza a visionarlas una por una. Katia es muy fotogénica, tiene algo en su mirada que llega y seduce, como si lo atravesara con aquellos preciosos ojos celestes y alcanzara su interior.

Se detiene en una imagen en la que Katia aparece sentada en un columpio. Mira hacia un lado, con el pelo suelto, alborotado y la mano tapándose la boca, pensativa. Recuerda el momento. Fue pocos minutos después de que le besara en el parque. Ángel se pasa los dedos por sus labios. Vuelve a preguntarse si no estará jugando con fuego. Esta tarde ha quedado con ella para pedirle un favor, un gran favor.

Otra foto en el columpio: sonríe a la cámara y tiene las piernas abiertas; un vestido blanco cae por entre ellas hasta los tobillos. Está guapísima. Cuando se ríe parece más joven, como una adolescente. Se le aniña el rostro y, en vez de veinte años, aparenta dieciséis.

En la siguiente, guiña un ojo. Simpática, irresistible, tentadora, invitando a más.

¿Y si hubieran tenido sexo aquella noche? Ángel sacude la cabeza.

Una en la que se tapa media cara con su característico pelo rosa: con morritos, seductora. «Bésame, soy tuya».

La flechita del cursor sube hasta su boca. Ángel la guía con el ratón, recorriendo la línea de la comisura. Pintalabios invisible. Un escalofrío.

El joven periodista continúa viendo fotos, veinticinco o treinta más. En cada una se expresa una emoción, un sentimiento diferente, y en todas descubre algo nuevo de Katia.

Dentro de la carpeta hay otra titulada «Portada». En su interior aparecen tres imágenes en color de la chica en distintos lugares del parque en el que se hizo la sesión. Son fotografías que Héctor ha seleccionado y de las cuales, en principio, una será elegida como portada del número de abril, aunque esta decisión la debe tomar Jaime Suárez.

En la primera, Katia está de pie: mira hacia arriba, soñadora, como imaginando lo que acontecerá en el futuro. No se le ven las manos, que están detrás, en la espalda. En la segunda, se balancea en el columpio: fresca, divertida, una niña. Y en la tercera, la cantante se apoya en un árbol: va vestida con muchos colores y mira fijamente al frente.

Son fotos increíbles. Una supera a la siguiente, pero, cuando Ángel vuelve a mirarlas, la primera es la que más le gusta y no sabe por cuál inclinarse.

Un escalofrío. ¿Qué le pasa?

El móvil de Ángel comienza a sonar. ¡Paula! Es verdad, lo iba a llamar a lo largo de la mañana, se le había olvidado por completo...

Cierra la carpeta con las fotos de Katia y contesta.

—¿Sí...?

—Hola, cariño, ¿te interrumpo? ¿Puedes hablar?

—Sí, claro. Acabo de hacer una pausa. Estaba mirando unas fotos.

—¿Unas fotos? ¿De quién?

—De... —Ángel mira a su alrededor. A su lado hay un CD de Jason Mraz, *We sing, we dance, we steal things*—, ...de Jason Mraz. Vamos a incluir un pequeño reportaje suyo en la revista.

Improvisa. Menos mal que ha reaccionado a tiempo.

—¿Jason Mraz? No sé quién es.

—¿No has oído *I'm yours*?

—No.

—Ya te la pasaré. Es una canción preciosa.

—Vale, seguro que me gustará.

—Es más o menos así.

Ángel tararea el estribillo. No lo canta del todo mal. Paula sonrío al otro lado de la línea, pero enseguida recuerda para lo que ha llamado.

—Cariño, perdona, lo haces genial, pero no tengo mucho tiempo. Va a sonar el timbre dentro de poco.

—Perdona, perdona —se disculpa—. ¿De qué querías hablar? ¿No será del torneo de golf, verdad?

—¿Viste las imágenes en las que salimos?

—No, pero he recibido varios mensajes comentándomelo. Para eso te llamé ayer.

—Vaya. Te vuelvo a pedir perdón. Mis padres..., todo fue por ellos.

—¿Qué pasó?

—Que también me vieron por la tele.

Ángel se sorprende y traga saliva. La pillaron. ¿También lo vieron a él?

—¡No me digas! ¿Y qué te dijeron?

—Pues sobre eso, poco.

—Menos mal.

—Pero les conté lo nuestro.

El periodista se queda sin palabras. No sabe qué decir. No esperaba una noticia así.

Silencio.

—¿Ángel?

—Sí, perdona. Es que... ¿Y qué les dijiste?

—Pues les conté un poco. Casi todo, más bien. Tu edad, cómo nos conocimos, en qué trabajas y... que te quiero.

«¡Dios! ¿Les ha contado todo eso?», piensa Ángel.

—¿Y cómo se lo tomaron?

—Regular. Mi padre, mal. No cree que tú me quiera. Y eso de que te haya conocido por Internet y que tengas veintidós años no le ha sentado bien.

—Vaya...

—Pero no te preocupes. Ya se le pasará.

—O vendrá a por mí a matarme.

—¡Qué va! No exageres.

—Vaya... —repite Ángel, desconcertado.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí, pero esto me ha cogido de improviso. De todas formas, tarde o temprano lo sabrían.

—Ya. Pues ha sido más temprano que tarde.

El chico se toca la nariz. Pestañea más de la habitual. Está nervioso. Es lógico que los padres de Paula no piensen bien de él: tiene casi seis años más que su hija creerán que sólo es un capricho, tanto de uno como de otro.

—Cariño, ¿en qué piensas? —pregunta la chica ante el silencio de éste.

—En que te quiero.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Menos mal. Si no, no me acostaría contigo el sábado —bromea Paula.
Ángel sonríe. El cumpleaños... Su primera vez. Los padres de ella. Katia.
El timbre que anuncia el fin del recreo suena en esos instantes.

—Bueno, me tengo que ir. Ya hablaremos más tranquilos. Y no te preocupes, ¿eh?
Que mis padres seguro que les caes genial.

—No estoy preocupado.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Bien, así me gusta. Tengo que colgar, cariño.

—Te quiero, Paula.

—Yo también te quiero. Luego hablamos.

Termina la llamada.

Ángel deja el teléfono a un lado. Abre el CD de Jason Mraz y lo pone en el ordenador. *I'm yours*: «Soy tuyo».

Menuda noticia. Coloca la mano izquierda en el mentón, acariciándose la barbilla y pensando en qué momento querrán sus suegros conocerlo.

Capítulo 61



se mismo día de marzo, un poco más tarde, en alguna parte de la ciudad.

El último.

Mira a derecha y a izquierda. No viene nadie. Es el momento. Debajo del parabrisas de un Megane rosa, Álex coloca el cuadernillo de *Tras la pared* que le quedaba en una de las mochilas. No le han visto. Resopla y se aleja unos metros disimulando.

Lleva toda la mañana de aquí para allá, buscando los lugares más apropiados para su misión.

Espera tener más suerte con esta tanda. De la anterior, sólo tres chicas le han avisado de que descubrieron el pequeño tesoro. Y es que para alguien tan romántico como él, si le sucediera algo por el estilo, encontrar las primeras páginas del libro de un autor desconocido con un mensaje misterioso en su interior, lo consideraría como un pequeño tesoro. No se tropieza con el destino todos los días. Pero no debe de haber demasiados románticos ya en el mundo: los bohemios son una especie en peligro de extinción.

Aunque, quizá, es todavía pronto. Los repartió el sábado y es miércoles. Cuatro días... No, pensándolo bien, no es tan pronto. ¿A quién quiere engañar? Simplemente es eso: falta de interés, de romanticismo. A la gente no le ha entusiasmado la idea, o tal vez es que no escribe lo suficientemente bien. Ya está, no hay que darle más vueltas. Decidido: si no tiene más éxito en esta ocasión, no repetirá el experimento.

¿Y qué habrá pasado con el resto de cuadernillos que distribuyeron él y Paula por toda la ciudad? Suspira. Está extenuado. Ha hecho todo el trabajo solo. Cómo ha echado de menos a su amiga, su ayuda, su compañía, su sonrisa, sus ojos... Y su magia: la magia de aquella preciosa muchacha.

Se estremece: no por el viento ni por el frío ni por el cansancio. Son los recuerdos los que hacen que Álex se estremezca, los recuerdos de aquel día con Paula en el que casi se besan, casi unen sus labios gracias a *Perdona si te llamo amor*. El destino casi completa su obra.

¿Debería de haberla besado?

Un banquito de madera enfrente de aquel coche rosa, en el otro lado de la calle, es el lugar que elige para descansar. Se sienta apoyando la espalda, cruza las piernas y extiende los brazos. Sí, está realmente cansado. Mira hacia arriba. No se ve el sol. Las nubes son las que dominan el cielo y empieza a soplar algo más de viento. Ya no es

sólo la brisa fresca matinal. El tiempo está cambiando.

Piensa en Irene, en la ropa que lleva hoy. Sonríe malicioso. Debe de estar pasando frío con aquel vestido tan corto y escotado con el que se ha ido a clase. ¡Qué chica! Seguro que los que van con ella al curso no pasan frío. Su hermanastra se habrá dedicado a calentar el ambiente. Pobres compañeros, aunque puede que alguno se aproveche de la situación.

¡Qué distintas son Paula e Irene! En todo: en su forma de ser, en cómo miran, en su manera de hablar... Hasta su sonrisa es diferente. Dos personalidades opuestas, unidas sólo por el atractivo físico. Es lo único que podría decirse que Irene y Paula tienen en común. Las dos serían el sueño de cualquier hombre.

Paula. Paula. Paula.

La nombra en silencio. Lástima que no le haya acompañado hoy.

¿Qué estará haciendo ahora? ¿Se lo pregunta en un mensaje? No, no quiere ser un pesado. Estará muy liada. Es una adolescente y las adolescentes siempre tienen muchas cosas que hacer: estudiar, relacionarse con otros adolescentes, soportar a sus padres, las clases, las amigas... No, no es una buena idea un SMS.

Álex se entristece. Le apetece verla, oír-la, conversar con ella sobre un libro o una canción, compartir un trocito de su vida... Juntos. Cerca, muy cerca. Como en el momento en el que se los cayó el libro de Moccia. ¡Debería haberla besado!

Una vibración y un ruido demasiado alto. ¡Qué susto! El teléfono suena dentro de uno de los bolsillos de su pantalón. Quizá sea ella. Al comprobar la pantalla, ve que se trata de Irene. ¿Contesta? No, no tiene ganas de hablar con su hermanastra. Seguramente empezarán con un tira y afloja continuo y ahora mismo no se siente capacitado para eso. Prefiere estar solo. ¿Solo? De sobra sabe con qué persona desearía estar en esos momentos.

Guarda de nuevo el móvil, esta vez dentro de uno de los bolsillo los laterales de una de las mochilas, en el que tiene el MP4. Paula.

Coge el pequeño artilugio y se coloca los auriculares. Pulsa los botoncitos del reproductor hasta que llega al tema que quiere oír. Suena una melodía, un saxo. Es él mismo el que lo toca. Lo grabó anoche. Se recrea en el sonido. Cierra los ojos y se evade del ruido de la calle, del mundo. Escucha atento, como si no fuera una creación suya, como si se estuviera encantando por un encantador de serpientes. Le viene a la cabeza Hamelin: los niños, los ratones, el flautista... Encantados. Embrujados. Pero aquello es un saxofón, no una flauta. Para Álex aquel instrumento es aún más hipnotizador. Abre los ojos.

En el otro lado de la calle, una pareja cargada de bolsas de la compra se acerca hasta el Megane. Son jóvenes. Ella tiene dieciocho o diecinueve años; él, cuatro o cinco más. El chico saca a duras penas de su bolsillo un pequeño mando y pulsa un botón azul. Suena un pitido que indica que las puertas del coche están abiertas.

Guardan todo en el maletero.

Álex los observa. Apaga el MP4 aunque permanece con los auriculares puestos.

Cuando la compra está guardada en la parte trasera del Megane, la joven se aproxima hasta la puerta del copiloto y la abre:

—¡Joder!, ¿qué es eso? ¿Una multa? —exclama, al comprobar que hay algo bajo el parabrisas.

El chico, que todavía no ha entrado en el coche, avanza hasta la zona delantera del vehículo y se vuelca sobre el capó para alcanzar lo que quiera que sea aquello. Con curiosidad lo quita del cristal y comienza a ojearlo: *Tras la pared*.

—Mira esto —dice, dándole el cuadernillo a su compañera a través de la ventanilla.

La chica pasa rápidamente hoja tras hoja sin detenerse expresamente en ninguna.

Álex permanece atento. Intenta oír desde la lejanía a los extraños que han encontrado uno de sus pequeños tesoros.

—¿Y bien? —pregunta él, que ya se ha subido a su asiento.

—La gente, que se aburre mucho.

El coche se pone en marcha y en una papelera, cincuenta metros más adelante, ella arroja el cuadernillo de *Tras la pared*.

El viento sopla con más fuerza ahora, pero no es ese el motivo de que la sangre de Álex se haya quedado fría como el hielo. Sin hacer ningún aspaviento se levanta y se dirige a la papelera en la que descansa uno de los juegos de fotocopias de las catorce primeras páginas de su ópera prima. Mete la mano en ella y lo rescata de entre un montón de basura. Lo sacude, lo limpia con un clínex y lo vuelve a guardar en una de las mochilas.

Ahora ya sabe la suerte que han podido correr algunos de sus cuadernillos. Afortunadamente, aquél ha sobrevivido.

Capítulo 62



sa tarde de marzo, en un lugar de la ciudad.

Se echa contra la pared. Mira hacia atrás a ver si viene. Compañeros de clase pasan a su lado, también otros que conoce de vista y algunos chicos en los que nunca se ha fijado. Uno de los mayores, un repetidor de segundo, casi tropieza con ella.

Se le queda mirando, se disculpa y sonríe. Mmm..., interesante. Cuando se marcha, no puede evitar echar un vistazo a sus vaqueros azules. «No está mal, nada mal». En eso Diana no ha cambiado.

Siguen saliendo del instituto más y más estudiantes, alumnos que deseaban que sonara cuanto antes el timbre que diera por finalizada la última clase, un sonido que no tiene precio y que, por arte de magia, despierta a los dormidos, que recuperan toda la energía para escapar los primeros de aquel lugar en el que les retienen todas las mañanas.

Diana no ha ido a última hora: una falta más para su currículum, pero esta vez ha sido por una buena causa. Tenía cosas importantes que hacer en la sala de ordenadores.

Inquieta, continúa observando. Está nerviosa. Busca con la mirada al chico que la ha acompañado en el camino de vuelta a casa durante toda esta semana. Pero Mario todavía no aparece.

Vienen Miriam y Cris. Las acompañan dos chicos de segundo con los que dialogan animadamente. Están bastante buenos. Los cuatro sonríen y al llegar a la puerta del instituto se despiden. Diana también los saluda cuando pasan por delante de ella. Miradita a los *jeans*.

—¡Que se te van los ojos, amiga! —suelta Miriam, dándole una palmadita en el hombro.

—Capulla. Bueno, ¿qué han dicho? ¿Vienen? —pregunta a sus amigas.

—Sí, estos dos sí. Manu no lo sabe y Sergio tampoco. Tienen mucho que estudiar —contesta la mayor de las Sugus—. ¿Tú has mandado los *e-mails*?

—Sí, ya están avisados.

—Muy bien. Entonces todo está bajo control ya. Esta tarde iremos Cris y yo al hotel a reservar la habitación.

—Vale.

Las tres Sugus sonríen. Al principio no se decidían por el hotel al que invitarían a Paula a pasar la noche con Ángel. Tenía que ser un sitio apropiado para su primera

vez. Finalmente, y aunque su precio está un poco por encima del presupuesto pensado, encontraron el lugar perfecto.

—¿Y a la farmacia? ¿Vas tú o los compramos nosotras?

—Pues...

El profesor de Gimnasia sale en esos instantes del edificio. Pasa por su lado y las saluda con seriedad. Las chicas le corresponden con una sonrisa fría y un leve gesto con la mano.

—No sé si en casa tendré alguno —continúa diciendo Diana, cuando el de Gimnasia se ha alejado lo suficiente para no oír de lo que hablan—. Compraré una por si acaso.

—¿Y no es mejor que de eso se encarguen ellos? —interviene Cristina.

—Sí, pero con los nervios del momento igual hasta se les pasa. Así que mejor que seamos previsoras. No vaya a ser que por no tener condones se les fastidie el plan.

Unas alumnas de segundo de la ESO escuchan lo que Miriam dice y esbozan una sonrisilla.

—Qué crías —protesta Diana, que sigue mirando hacia el interior del instituto.

—Déjalas. Con esa edad... Bueno, nosotras nos vamos. ¿Te vienes?

—No. Id vosotras. Yo iré ahora.

—¿Esperas a mí hermano? —pregunta Miriam, sin poder ocultar una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué va! A... uno que me tiene que dar una cosa —miente.

—¿A quién?

—No lo conocéis.

—¿Que no lo conocemos?

Miriam y Cris sueltan una carcajada. Diana se sonroja enojada.

—Bueno. ¡Idos ya! Sois unas pesadas.

—Vale, vale. No te mosquees, ya nos vamos. Esta noche te llamo para contarte cómo nos ha ido —indica Miriam—. Ah, y no te preocupes: mi hermano viene enseguida. Estaba hablando con Paula y estará a punto de salir.

Diana intenta golpear a su amiga con la mochila, pero ella la esquivo y sale corriendo con Cris agarrada del brazo. La Sugus de manzana grita un par de insultos mientras sus compañeras se alejan.

«Son un coñazo cuando se lo proponen».

La chica resopla. Paula y Mario. Juntos. Chasquea la lengua contra los dientes. Esos dos... De nuevo, regresan aquellas imágenes a su cabeza. La de ayer en el pasillo: estaban demasiado cerca. Sí, demasiado. La de hoy, abrazados. Son amigos. ¿Acaso no pueden abrazarse dos amigos? Pero había algo en ellos que... Concretamente, en él. ¡Qué paranoias! Ve cosas donde no las hay. Si Paula tiene novio...

«Bah, no merece la pena esperarlo más».

Diana mira por última vez. Vaya, ahí están. La parejita. Paula y Mario caminan juntos. Están hablando, sonrientes. Ella, radiante, como siempre. Él..., él es mono, tirando a guapo. Sí, sí que es guapo. ¿Por qué no se había fijado antes en Mario?

¿De qué hablarán? ¿Por qué parecen tan felices juntos?

Paula se da cuenta de que su amiga los observa y la saluda con la mano. Mario también advierte su presencia y la imita. Diana sonrío forzosamente y saluda tímida. Entonces no lo soporta más y comienza a andar. Sola. ¿Por qué le duele verlos así? Él no es nadie en su vida. Es el hermano de Miriam, nada más. Ella es una de sus mejores amigas y tiene novio. Entre ellos no hay nada. No, no hay nada. Y si hubiera, ¿qué?

Hace frío. Estúpido viento que la despeina. Estúpido semáforo que la detiene. Estúpida ella por no saber lo que siente. ¿Qué le pasa? No lo entiende.

«Puto semáforo. ¡Cuánto tarda!».

—Hey, ¿por qué no me has esperado?

Una voz la sorprende en su espalda. Una voz inesperada, pero cálida, conocida. Una voz con la que anoche soñó y que ella escucha constantemente. Una voz que la está cambiando, volviendo loca, llevando por un camino hasta ahora desconocido para ella.

Diana se gira y ve a Mario. Está agitado, ligeramente agachado. Apoya las manos sobre las rodillas y respira con dificultad, después de la carrera que se ha dado para alcanzarla.

—¡Ah! Eres tú. Pues no te he esperado porque no sabía que habíamos quedado —responde, intentando mostrar indiferencia.

—Y no habíamos quedado.

—Pues eso. Entonces ¿por qué tenía que esperarte?

—No lo sé. Quizá tengas razón.

El semáforo se pone en verde. Cruzan uno al lado del otro sin hablar y caminan por la calle, en silencio. Diana no tiene ganas de decir nada y Mario no sabe qué decir. Un nuevo semáforo en rojo. Paran. El viento cada vez sopla más frío, con más violencia.

—¡Joder, que frío! —exclama por fin la chica, que se frota los brazos con las manos.

—Sí. Parece mentira, con el calor que hacía estos días. Son cosas de la época del año en la que estamos. Ya se sabe que en primavera...

—La sangre se altera.

Mario sonrío. Sí, la sangre se altera, pero no quería decir eso. Iba por otro lado.

—¿Qué pasa? ¿Te ríes de mí? —refunfuña la chica, que se ha dado cuenta de aquella sonrisa.

—No —responde escueto, sin abandonar su sonrisa.

—¡Ah, bueno! Más te vale. Ahora Diana también sonrío. No sabe el motivo. Se siente mejor, reconfortada.

El semáforo cambia de nuevo de color y la pareja atraviesa el paso de cebra.

—¿Cómo llevas el examen del viernes? —pregunta Mario.

—¿El examen? ¿El de Mates?

—Claro. No hay otro el viernes, ¿no?

¿Se burla de ella? Pues claro que no hay otro. O eso cree.

—Pues... no se me dan muy bien las Matemáticas. Eso de mezclar los números y las letras no es lo mío.

—Sólo consiste en poner atención. Las derivadas no son muy difíciles si les coges bien el truco.

—¡Ah! ¿Estamos con derivadas? Mario ríe.

—Ya veo que has estudiado mucho y que en clase estás atentísima.

—Tengo cosas más importantes en las que pensar.

—¿Sí? ¿Como por ejemplo?

«Pues en ti, capullo. Aunque no sé por qué ni para qué».

—No sé. Mil cosas. Las clases me aburren. Y las Mates más toda vía. No entiendo nada.

—Bueno, eso es porque pasas mucho de todo.

—¿Tú crees? —pregunta con ironía.

—Sí, eso creo.

—Ah.

—No te tomas nada en serio. Por eso no te enteras de nada.

Diana se molesta. ¿Quién es él para decirle esas cosas?

—Quizá necesite un profesor particular que me dé clases aparte. Podrías ser tú, ¿no? ¡Ah, no! Que tú ya eres el profesor particular de Paula.

—¿Qué? Bueno, yo...

Sin darse cuenta llegan al lugar en el que deben separarse. Ambos se detienen.

—No te preocupes, ya encontraré a otro que me enseñe. Tres son multitud — indica Diana, con la voz quebrada. Intenta sonreír, pero su expresión no miente.

—Pero...

—Adiós, Mario. Pásalo bien con tus Matemáticas y con Paula esta tarde.

Y con los ojos enrojecidos huye de su lado.

Mario no comprende nada. No entiende la reacción de la chica. Se rasca la cabeza y pensativo se dirige a su casa, donde finalmente esta tarde tendrá «su cita» con Paula.

Capítulo 63



sa tarde de marzo, en un lugar de la ciudad.

¿Cuánto tiempo lleva allí?

Desde las dos.

Katia mira el reloj. Son las cuatro y diez. ¡Uff! Todavía queda mucho tiempo para que sean las seis. A esa hora ha quedado en recoger a Ángel en la redacción de la revista para ir a tomar café y para que éste le cuente algo que no le quiso decir por teléfono. Le ha dado vueltas y vueltas al asunto. Está intrigada. ¿Qué será?

Las cuatro y once. ¿Sólo ha pasado un minuto?

Tiene ganas de él, de hablarle, mirarle a los ojos, oír su voz.

¡Pero es que falta tanto aún!

La mañana se le ha hecho larguísima. Iba de un lado para otro, inquieta. No soportaba más quedarse en casa sin hacer nada. Por eso, pasada la una, cogió el coche que le prestó su hermana, un Citroën Saxo de color azul, y se dirigió a la revista en la que él escribe, el lugar donde se conocieron. Necesitaba verlo. Tenía que verlo. ¡Qué desesperación! Y por fin, lo hizo. A las tres y cuarto, Ángel abandonó el edificio para ir a comer, acompañado de su jefe y una chica que debía de ser una compañera de la revista. Katia estuvo a punto de salir del coche y saludarlo, pero habría resultado demasiado forzado, como si le estuviese siguiendo.

Aguantándose las ganas, decidió no bajarse del Saxo.

Durante todo ese tiempo dentro del coche, aparcado enfrente de la redacción en la que trabaja el periodista, ha podido pensar en todo lo que le está sucediendo. No hay dudas sobre algo: definitivamente, ha perdido la cabeza. Y nada menos que por un hombre, un hombre al que no hace ni una semana que conoce.

No está siendo ella. O tal vez ésa sea su verdadera personalidad: neurótica, histérica, posesiva. Tiene la sensación de que se está comportando como una de esas maniacas obsesas de las películas, como en aquélla tan mala de una estudiante universitaria que se obsesiona con un nadador. Incluso va medio disfrazada para que nadie la reconozca. Lleva un pañuelo en la cabeza con el que cubre su característico pelo rosa y unas gafas de sol. De esa manera no hay peligro de que ningún fan la descubra. ¿Y si está loca?

No, no será para tanto. Sinceramente, sólo existe una palabra que define lo que le está pasando: *amor*. Se ha enamorado por primera vez en su vida. ¿Pero el amor te hace cometer tantas estupideces? Sí. Ya se dice, además, que en la guerra y en el amor todo vale. Los besos robados, las noches en su casa y en el hospital, las llamadas

de teléfono, aquella espera de incógnito en el coche... ¡Uff! ¿El fin no justifica los medios? Vaya, que maquiavélica se ha vuelto...

Sin embargo, hasta el momento nada le había servido. Nada de nada. Ángel no era suyo. Es más, ella lo está pasando fatal. Su vida en los últimos días se resumía en lágrimas y soledad. Así que la conclusión a la que había llegado es que debía tomarse todo con más calma. Intentar hacerse amiga de Ángel, pero no una amiga de ésas con las que hablas una vez al año o que puedes pasar sin saber de ella meses y meses. No: una amiga de las de verdad. Y cuando se diera la oportunidad de algo más, aprovecharla. No era un mal plan. Conseguiría estar cerca de él, conocerlo y darse a conocer más. Y seguro que con el roce...

¡Ups! Ángel y su jefe regresan. Ya no está la otra chica con ellos.

La cantante se agacha y los observa con cuidado para no ser descubierta. Hablan de forma distendida. El director de la revista le estará contando alguna historia graciosa porque Ángel sonríe constantemente. ¡Qué guapo es! ¡Cómo le gusta su sonrisa!

La pareja está a punto de pasar por delante del Saxo. La chica se agacha aún más, tanto que no ve la calle, sólo el interior del vehículo. Sería un desastre si la descubrieran. ¿Qué diría?

Pero se muere por verlo. Suspira y se arma de valor. Asumiendo un gran riesgo, se asoma. Y allí está él. Cerca, casi a su lado. Puede sentirlo, oye su risa, sus pasos. Katia no lo pierde de vista ni un instante. Imagina que van juntos de la mano, caminando como una pareja de enamorados, directos a alguna parte donde desahogar sus deseos más ardientes. Sin embargo, poco a poco, la figura de Ángel se va alejando. ¡Nooo! Está lejos, cada vez más lejos, hasta que termina desapareciendo dentro del edificio de la redacción.

«¡Joder! ¿Ya? ¿Y si entro en el edificio yo también? Las cuatro y veinte. ¡Dios!».

Katia se incorpora. Se sienta bien y, frente al espejo retrovisor, se arregla el pañuelo de la cabeza que se le ha descolocado.

Luego mueve el cuello a un lado y a otro. Le duele. Pero enseguida sus ojos vuelven al pequeño espejo, a su rostro reflejado en él. No se reconoce. Quizá no es ella. Es una extraña sensación, como si otra persona estuviera actuando con su cuerpo. ¿No sería que el golpe que se dio en el accidente le está afectando más de lo que pensaba?

No, no es por eso. Es por Ángel. Él la ha transformado. Ha conseguido, sin saberlo y sin quererlo, que ella haya perdido el rumbo.

Sus labios están secos. Los humedece delante del espejito. Mejor. En el cristal del coche sólo aparece su boca. Y sonríe, sin saber por qué, sin saber que es ella la que lo está haciendo, Sonríe.

Sí, cada vez se parece más a la estudiante de aquella película que se obsesiona con el nadador de quien se había enamorado.

Sólo espera que su obsesión no llegue a tanto.

Esa misma tarde, minutos después, en el edificio de enfrente.

—Entonces, ¿te vas a pasar la tarde estudiando?

—Sí. Estoy yendo ya para la casa de un amigo que me va a explicar el examen de Mates del viernes. Derivadas, ¡uff!

Ángel, mientras escucha, se echa hacia atrás en su silla. Casi pierde el equilibrio. Con un ágil movimiento logra no caerse. Mantiene el móvil apoyado entre el hombro y la cara. Menos mal. Paula no se ha dado cuenta de su torpeza y continúa la conversación como si nada hubiese sucedido.

—¿Un amigo? ¿Qué clase de amigo? —pregunta, haciendo parecer que está celoso.

—¿Cómo que qué clase de amigo? ¿Tú englobas a tus amigos por clases?

Paula capta las intenciones de su novio y le sigue el juego.

—Claro. En mi clasificación hay dos clases. Tú por un lado y todos los demás por otro.

—Ah, así que yo soy tu amiga...

—Entre otras cosas.

—Ahá.

—¿Lo eres, no?

—Supongo. Pero lo que voy a hacer contigo el sábado no lo hago con mis amigos habitualmente.

—¿Habitualmente? ¿Debo con eso entender que ocasionalmente sí?

—Claro, cada día. Me virgo y desvirgo continuamente.

Ángel esboza una gran sonrisa. «Me virgo y desvirgo continuamente». ¡Qué frase para la posteridad!

—Entonces, dada tu experiencia, el sábado tú serás la maestra y yo el alumno.

Ahora es Paula la que ríe. Aquellos juegos verbales formaron gran parte del comienzo de su relación. Se pasaban horas y horas pegados al MSN, hasta altas horas de la madrugada, viendo quién podía más. Especialmente, durante el primer mes. Luego, poco a poco, empezaron a llegar los «te quiero», las palabras amables y cariñosas, y aquellas conversaciones de tira y afloja pasaron a un segundo plano.

—Aún sin tener experiencia, creo que seré yo la que más enseñe.

—¿Es un juego de palabras?

—Puede ser. Ya lo comprobarás.

—¿El sábado?

—El sábado.

—Esperaré ansioso.

—Sí que desde hace tiempo estás ansioso porque llegue ese día.

—¿Cómo lo sabes?

—Es obvio. No dejas de ser un tío de veintidós años...

—¿Es importante la edad?

—No mucho. Sois todos iguales. La edad es lo de menos —dice sarcástica. Sabe muy bien que no, que Ángel no se parece a ningún chico de los que conoce.

—Tienes razón. En realidad, lo único que buscaba desde la primera vez que hablé contigo era llevarte a la cama. El resto ha sido todo interpretación.

—Ah. Pues igual soy yo la que tiene que interpretar cuando nos acostemos.

—Tal vez. ¿Quién sabe?

—Debería practicar. Aún no sé cómo se me da eso de fingir. ¿Es fácil?

Ángel suelta una carcajada. Sabe que esta parte de la conversación saldrá después de que lo hayan hecho. Se imagina en la cama, abrazado a ella, besándole la frente y preguntándole en broma si ha tenido que fingir mucho.

—Vale, me rindo. Has ganado —resopla, aparentando dolor por la derrota.

—Lo sé. Siempre te gano —señala Paula triunfante y orgullosa.

—Hey, si te vas a poner a presumir, seguimos —refunfuña Ángel.

—Ah, se siente. Ya has perdido, amigo. Quiero mi premio.

El periodista no dice nada. Espera unos segundos en silencio hasta que por fin regala a su chica lo que quiere oír:

—Te quiero.

Paula siente un escalofrío en su interior. Algo sube por su garganta y llega hasta los ojos. Se enrojecen. Escuecen. ¡Uff! Pese a las veces que lo ha oído ya, siempre experimenta una gran emoción en instantes como ése.

—Esperaba que el premio fuera un Hammer o algo por el estilo, pero me conformo.

—No tienes edad para conducir. ¿Para qué quieres un Hammer?

—Para que mi novio lo conduzca. Otra sonrisa de Ángel.

—En ese caso, un Hammer sería el regalo perfecto. Pero...

—Te quiero —interrumpe de improviso la chica, cuando aún no le correspondía su turno de réplica—. Te quiero. Fin del juego.

—Y yo, cariño. Te quiero mucho.

—Me apetece verte. Aunque creo que eso hoy no podrá ser, ¿verdad?

Ángel piensa. Ella tiene que estudiar y él ha quedado con Katia a las seis.

—Creo que no.

—Vaya. ¿Nos llamamos esta noche?

—Dalo por hecho.

Son las cinco menos cinco. Paula sin darse cuenta ha llegado ya a la casa de Mario.

- Bueno, cariño, he llegado, te tengo que dejar.
—Espero que no sea por otro.
—Es por otro. Lo siento. Pero él sólo me enseñará Matemáticas.
—En ese caso, me doy por vencido. Era un desastre con los números.
—Lo sé.
—Pues nada, entonces. Pásalo bien con tu amigo y las Matemáticas.
—Y tú... con lo que hagas. Te llamo a la noche.
—Nos llamamos.
—Te quiero.
—Te quiero.

Y con dos besos al aire, uno a cada lado de la línea, termina la conversación.

Paula suspira. Pero enseguida piensa en lo que han hablado y entonces vuelve a sonreír. Vale, tomará la llamada con Ángel como un estímulo para enfrentarse a una dura tarde con las derivadas. Se peina un poco, alisa su camiseta, asegura que todo está su sitio y llama al timbre de la puerta de la casa en la que vive Mario.

Ángel también hace un resumen en su mente del diálogo con su chica mientras enciende el PC. Le encanta. Es lo que siempre soñó. Tiene varios *e-mails* en su correo electrónico. Paula es increíble. La chica perfecta. Uno de esos correos le llama especialmente la atención. No conoce a la persona que se lo manda. Lo abre. ¡Ah, ya sabe quién es! Sonríe. Lee atentamente lo que pone con el ceño fruncido.

Vale, comprendido.

Reflexiona un instante. Tendrá que hacer algunos cambios de planes. Bueno, y sobre todo deberá hacer caso a lo último que dice el e-mail.

«Posdata: Paula no sabe nada. No se lo digas, ¿vale?».

Ángel cierra la página de hotmail y mira el reloj. Las cinco. Aún falta una hora para que Katia vaya a por él.

Mientras, en otro lugar de la ciudad.

Mario baja las escaleras a toda velocidad cuando oye el timbre de la puerta de su casa. ¡Es, Paula!

Por fin, van a tener aquella «cita» que tanto se había resistido hasta ahora.

Capítulo 64



sa misma tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Entra en el Starbucks y espera en la cola. No hay demasiada gente. Una pareja inglesa, con menos ropa de la que hoy el tiempo requiere, y dos quinceañeras que discuten en voz baja sobre lo que van a pedir. Una bebida para dos. Una no está de acuerdo con lo que quiere la otra y suben ligeramente el tono de la conversación. Finalmente, la más alta se deja convencer por su amiga y se deciden por un *frapuccino* grande de caramelo.

Los ingleses suben a la planta de arriba con sus bebidas humeantes en las manos. Las quinceañeras siguen hablando bajito a la espera de que les sirvan lo que han pedido. Sin embargo, ahora los comentarios van referidos al chico guapo que ha entrado detrás de ellas. No está nada mal, un poco mayor quizá.

Álex se da cuenta de que es el motivo de aquella charla, pero no hace demasiado caso. Hay cosas más importantes que le preocupan. Va a escribir un poco antes de las clases de saxofón con el señor Mendizábal y sus amigos. Aunque, para ser sincero, apenas tiene ganas de sentarse frente a la pantalla del ordenador. Está reciente en su mente lo que ha visto hace un rato: cómo aquella chica lanzó desde su coche a una papelera el cuadernillo de *Tras la pared*, sin tan siquiera leerlo. No lo entiende. Su trabajo, su dedicación, su sueño..., todo a la basura. Se pregunta si merece la pena continuar. ¿Cómo lo harían Dan Brown, Tolkien, Meyer, Rowling o Ruiz Zafón para que les tomaran en serio y lanzar al mercado aquellos éxitos? Es difícil conseguir lo querían logrado ellos. ¿Difícil? Más bien imposible.

Su turno. La chica que está en el mostrador le sonríe amablemente. Es gordita, más bien baja, con gafas, veintipocos años. Parece inteligente. Seguramente se esté pagando la universidad trabajando allí.

—Buenas tardes, señor. —Hola, buenas tardes. Quería...

—¿Un *caramel macchiato* pequeño?

Álex se sorprende. ¡Sí, exacto! ¿Cómo lo sabe? Siempre pide un *caramel macchiato* pequeño, pero no recuerda haberla visto antes. Y si ella sabe lo que va a pedir es que le ha atendido alguna vez más. Entonces se lamenta por no haberle prestado atención en anteriores visitas. No es guapa, ni delgada y tiene una cara fácilmente olvidable. Posiblemente, por eso no se fijó. Y se lamenta de ello, de su propia frivolidad.

—Sí, eso es. Muchas gracias... —En un pequeño letrerito que lleva colgando encima del delantal lee su nombre—, ...Rosa.

—De nada, señor. Y usted es Álex, ¿cierto? —dice con una sonrisa que ilumina su rostro grande y rojizo.

¡Vaya! Así que también recuerda cómo se llama. De repente, siente una extraña culpabilidad.

—Cierto.

La chica lo apunta en uno de los laterales del vaso verde y blanco con el logotipo de la empresa, como es costumbre en Starbucks. Luego le cobra y, como no hay nadie más esperando, ella misma prepara el *caramel macchiato*. Un par de minutos más tarde aparece de detrás de aquella inmensa máquina de café.

—Aquí tiene. Rosa le entrega a Álex su bebida sin dejar de sonreír.

—Muchas gracias, Rosa. Por cierto, ¿me podrías decir la clave del Wi-Fi para conectarme a Internet?

Sí precisamente a Álex le gustaba aquella cafetería era porque podía disponer de un cómodo asiento, un café distinto al que toma habitualmente, música relajante y conexión a Internet.

—Se la he anotado en el papelito de la cuenta. Está junto a la clave para entrar al cuarto de baño.

El chico se mete la mano en el bolsillo y saca el papel arrugado. Allí está: 031108. Sí que es eficiente aquella camarera.

—Oh, muchas gracias. Estás en todo.

—Es mi deber. Como llevaba el portátil, pensé que quizá se quisiera conectar.

—Eres muy intuitiva. ¿Periodista?

—Criminóloga. Bueno, me quedan algunas asignaturas todavía para acabar la carrera —indica, haciendo una graciosa mueca torciendo el labio—. Y usted, ¿periodista?

—No, ahí te has equivocado —responde él—: aspirante a escritor.

Cuatro chicas norteamericanas entran en el Starbucks.

—Ah, debí haberlo adivinado... —dice, chasqueando los dedos—. Bueno, discúlpeme. Tengo que seguir trabajando. Espero que escriba mucho y bien.

—Se hará lo que se pueda.

Rosa sonríe y, moviéndose con dificultad, llega de nuevo hasta el mostrador donde en un perfecto inglés pregunta a las recién llegadas qué desean.

Álex se echa azúcar en el café, lo mueve y coge una servilleta de papel. A continuación, sube la escalera hacia la planta de arriba. Mira hacia donde está la chica que le ha atendido y la saluda con la mano. Ésta se da cuenta y le corresponde mientras anota «Cindy» en un vaso de Starbucks.

Ya arriba, el salón está bastante lleno, con sólo dos mesas libres. Las quinceañeras de antes están al lado de una de ellas y Álex la descarta. Elige la de más al fondo. Se sienta en el sillón y saca el portátil del maletín. Lo abre e inicia la sesión.

Qué simpática la camarera. Sin darse cuenta, se ha olvidado por unos minutos de sus problemas. Definitivamente, en el mundo hay toda clase de personas. Seguro que si Rosa hubiese encontrado el cuadernillo de *Tras la pared* no lo habría tirado. Es más, está convencido de que se pondría en contacto con él.

Así que no puede darse por vencido. Hay gente que merece la pena, que está dispuesta a darle una oportunidad, que por lo menos leerá su historia.

Capítulo 65



sa tarde de marzo, en un lugar de la ciudad.

Está delante de la puerta. No quiere parecer ansioso, pero lo está. Ansioso y nervioso y deseoso y no sabe cuántos estados de ánimos diferentes que terminan en *-oso*. Respira hondo. Sí, otra.

Desde que sonó el timbre habrá respirado hondo unas siete veces. Inspira, espira. Inspira, espira. Le faltan las contracciones para asemejarse a una embarazada a punto de dar a luz. Además de unos cuantos kilos y del bebé dentro. Instintivamente, se mira la ropa, la encoge y se alisa la camiseta, una negra que no se pone mucho y que le hace más delgado y fibroso. Bueno, delgado está. Fibroso... Manos al pelo, último repaso. Todo en orden.

Sonrisa de muchos dientes. Ya. Listo.

El timbre vuelve a sonar.

¡Qué susto! No lo esperaba.

Mario se precipita sobre el pomo y abre. En la maniobra pierde la sonrisa ensayada anteriormente, pero enseguida la recupera al verla. No es la que había preparado. Ésta es más sincera, menos exagerada, más tímida, menos estudiada. Es la sonrisa de quien ve a la chica de sus sueños frente a frente, la sonrisa del enamorado.

—Hola, Mario —dice Paula, que también sonríe aunque su sonrisa es diferente.

—Hola.

¿Dos besos? ¿Qué se hace en esos casos? Los dos dudan un instante, pero finalmente ella se decide y acerca su rostro al de él.

Dos besos.

—Menos mal que has abierto, ya empezaba a pensar que nos quedábamos otro día sin estudiar.

Estudiar, ¿estudiar...? Sí, es verdad. Está allí para eso. No es una cita de esas románticas.

—Perdona, es que mis padres y mi hermana no están. He tenido que bajar desde mi habitación.

¡Uff! Le sudan las manos. Espera que sólo sean las manos. Está tenso ¿Por qué? Conoce a Paula desde hace muchísimo tiempo. Llevan yendo varios años a la misma clase y ella ha estado en su casa en multitud de ocasiones con Miriam y las otras dos Sugus. No hay motivos para sentirse así. Siendo realistas, sí los hay. Y es que por primera vez en su vida está a solas con la chica que ama. Pero tiene que tranquilizarse.

—¿Puedo pasar? —pregunta Paula.

¡Qué gilipollas! Ni siquiera la ha invitado a entrar. Nervios, ansiedad, dolor de estómago. ¿Son eso contracciones? Inspira, espira. Inspira, espira.

—Claro, claro. Perdona.

El chico se aparta, dejando paso a su invitada. Ella entra en la casa tranquilamente, con un caminar sereno, pero seductor, Mario la sigue con la mirada. Sus ojos se van a sus pantalones vaqueros. Vaya, no quería. Se promete a sí mismo que no quería mirar ahí. ¿Qué está haciendo? «¡Joder! Pero es que Paula no sólo es guapa sino que está buenísima».

No, no. ¡Basta! Su amor es puro. Y cristalino. Y ahora no es el momento de fijarse en eso.

—¿Tu hermana está con Cris y Diana? —pregunta la chica girándose.

—Sí, creo que sí. Casi nunca está en casa.

—Qué tía. Debería estudiar un poco si no quiere repetir otra vez.

—Ya, pero tú sabes cómo es. No hace nada.

—Qué mal.

—Es tonta.

—Pues espero que no repita. La echaría muchísimo de menos en clase el año que viene.

«¡Pues yo no!», es lo que Mario desea gritar, pero se contiene. Aquella pequeña conversación sobre Miriam le ha calmado un poco. Menos mal. ¿Quién iba a pensar que hablar sobre la pesada de su hermana le iba a ayudar algún día?

—¿Subimos?

—¿Vamos a estudiar en tu habitación?

Claro, ¿no? Quizá aquello la intimida. Vaya, no lo había pensado... Daba por hecho que estudiarían allí.

—Sí, pero como tú quieras. Si prefieres, nos bajamos al salón.

—No, no. En tu cuarto está bien.

Paula sonrío. No había preguntado lo de estudiar en su habitación de manera que diera a entender «me da miedo quedarme contigo a solas en tu dormitorio». Simplemente, preguntaba por el lugar en el que iban a estar.

El silencio en la casa es absoluto. Sólo se oyen las pisadas de Mario y Paula subiendo la escalera hasta la primera planta. El chico ha decidido ir delante. Mejor, no es el momento de pensar en otras cosas. Sin embargo, cuando llegan a la habitación, deja pasar primero a la chica. Paula sonrío y entra después de un «gracias» que a Mario le parece encantador.

—¿Dónde me pongo? —dice Paula, que se ha descolgado la mochila que llevaba en la espalda.

—Donde quieras.

La chica mira a su alrededor y finalmente se sienta en la cama. Pone la mochila

sobre sus piernas y saca de ella el libro de Matemáticas, un cuaderno y un estuche. Mario la observa atentamente. Es preciosa. De nuevo le sudan las manos.

—No he traído calculadora. ¿Me va a hacer falta?

—No te preocupes, tengo yo.

Mario se gira y en un cajón del escritorio busca la suya. No tiene problemas para localizarla bajo un folio lleno de operaciones Matemáticas que el otro día usó como borrador.

Cuando se vuelve a girar, Paula está quitándose el jersey. La camiseta que lleva debajo se le sube un poco, dejando al descubierto su perfecto vientre plano y el ombligo. Mario traga saliva.

«¡Uff!».

—Fuera hace un poquito de frío, pero aquí se está bien —comenta la chica, mientras dobla el jersey y lo deja a un lado en la cama.

Se ha quedado con una camiseta verde de manga corta en la que se puede leer «Blue» en grandes letras rosas con un signo de admiración al final.

—Sí, hace frío fuera. Aquí no.

Mario no sabe lo que dice. Al menos, no lo piensa. Sus ojos permanecen fijos en Paula, que ahora se ha soltado el pelo para volvérselo a recoger en una coleta alta.

—Bueno, lista. ¿Por dónde empezamos?

«Podemos empezar diciéndote todo lo que te quiero. O mejor aún, empieza por mi cuello. Bésame y, mientras, te susurro al oído lo mucho que te amo, los años que llevo esperando este momento para estar a solas contigo».

—Pues por el principio, ¿no?

La chica se levanta de la cama con el libro de Matemáticas y el cuaderno en las manos. Lleva un lápiz en la boca que ha sacado del estuche. Deja las cosas sobre el escritorio y mira a su amigo con una divertida sonrisa.

—¿Y cuál es el principio?

Inesperadamente, el timbre de la casa suena. Los dos al unísono miran hacia la puerta de la habitación.

—¿Quién será? —dice Mario, frunciendo el ceño.

—¿Tu hermana?

—No, tiene llaves. No creo que sea ella.

—Pues baja y averígualo, ¿no?

Era demasiado bonito para ser cierto.

El chico resopla y sale de la habitación maldiciendo a quien se ha atrevido a interrumpir el mejor momento de su vida. El timbre suena otra vez.

—¡Ya va, ya va! —grita cuando baja el último escalón. Atropellado, llega hasta la puerta. Otra vez el timbre.

«¡Joder, qué pesado!».

Abre y... ante él aparece la persona que menos esperaba ver.

—Hola, Mario. ¿Ha llegado ya Paula?

Diana le da dos besos y entra en la casa antes de ser invitada. Lleva su mochila colgada en la espalda y sonrío nerviosamente.

—Eh... Hola... Sí, sí.

—Ah, ¡qué bien! Donde caben dos, caben tres, ¿no?

—Eh...

—Es que estaba en mi casa aburrida y me he puesto a pensar. Ya sé que tú crees que yo no sé hacer eso. Pensar, digo. Pero sí, yo a veces pienso. Pues eso, he pensado que ya era hora de ponerme en serio con eso de los estudios. Entonces he recordado, bueno, me ha venido de pronto a la cabeza... que vosotros habíais quedado hoy para estudiar eso de las derivadas, ¿no?

Diana habla deprisa. Casi comiéndose palabras, montando una frase encima de la otra. Mario la observa callado, incrédulo y sin entender absolutamente nada.

—Sí...

—Pues eso. A ver si entonces, entre tú y Paula, que es mi amiga, me echáis una mano y consigo enterarme de qué va el examen del viernes.

La chica suspira como si se hubiese quitado un gran peso de encima al decir todo aquello.

—¡Diana! —se oye desde la planta de arriba.

Paula se ha asomado para ver si Mario subía y su sorpresa ha sido mayúscula al ver a su amiga allí. Baja deprisa la escalera y se abrazan.

Mario las observa en silencio. No sabe qué pensar ni qué decir, si reír o llorar. No va a quedarse a solas con Paula. Una vez más. Suspira. Podía haber sido peor, como el lunes y el martes. Ahora, al fin y al cabo, está con dos chicas como aquéllas en su casa. Suspira y sonrío débilmente.

Diana y Paula se acercan hasta él, lo toman cada una de un brazo y lo empujan hacia la escalera. El chico no opone resistencia. Sólo piensa en lo que podía haber sido y no será, y en que ahora, realmente, le tocará explicar de verdad el examen de Matemáticas del viernes.

Capítulo 66



sa misma tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Quedan diez minutos para las seis de la tarde. Ángel está poniendo el pie de foto a algunas imágenes que ilustrarán el número de abril, un número en el que la estrella de la revista es Katia. La cantante del pelo rosa ocupa las páginas centrales en un reportaje en el que además se incluye un apartado especial con el accidente de tráfico. Y, por supuesto, para ella también es la portada.

Jaime Suárez está sentado junto al periodista. Satisfecho. El director está orgulloso del trabajo bien hecho, de calidad, atrevido. Un trabajo elaborado y creativo. Y eso que no es sencillo para una publicación pequeña como la suya contar con la artista más popular del momento. Nada fácil. Con la entrevista y las preciosas fotografías de Katia está convencido de que las ventas se multiplicarán en abril. Y gran parte de culpa de todo aquello la tiene su joven empleado. Aquel chico que escribe como los dioses y al que está seguro de que le espera una gran carrera dentro de los medios de comunicación. Mientras, disfrutará de sus artículos e intentará aprovecharlo al máximo.

—¿Te queda mucho? —pregunta el jefe, ahora ya más tranquilo después de un día de locos en el que casi ha resuelto todos los detalles del número.

—Me falta poco.

—Bien. Estoy ansioso por dejarlo todo cerrado ya.

—Está prácticamente terminado. ¿Qué hora es?

—Casi son las seis.

—¿Ya son las seis? ¡Vaya! Debo darme prisa —señala Ángel, sin despegar los ojos del ordenador.

—¿Qué pasa? ¿Has quedado con alguien?

—Más o menos.

En esos instantes, llaman a la puerta. Es la chica que trabaja en recepción. Anuncia una visita.

—¿De quién se trata?

—Es Katia, don Jaime. Le he dicho que suba.

—¿Katia? ¿La cantante?

—Sí. Eso ha dicho, al menos.

—¿Qué extraño! No me ha llamado su agente para...

—He quedado yo con ella —indica Ángel, que continúa el escribiendo a toda

velocidad en el PC.

Jaime Suárez mira a su pupilo con sorpresa.

—¿Ha quedado contigo? ¿Para qué?

—Quería invitarla a un café en agradecimiento por la colaboración que nos ha prestado —contesta el periodista guiñándole un ojo a su jefe—. Ya sabe. Un poco de relaciones públicas nunca viene mal.

—Ah.

—¿Le parece mal? Si quiere le digo que...

—No, no. Me parece estupendo. Pero...

—¿Pero?

—Que después del accidente que tuvo con el coche aún no se ha manifestado en público ni ha hecho declaraciones ni se ha dejado ver. Y que me partí la cara para conseguir que nos diera una entrevista porque tiene cientos de peticiones. En eso me sorprende muchísimo que hayas conseguido invitarla a un café.

El chico no dice nada. Si su jefe se enterara de todo: de las borrachera, de los besos, de la noche en el hospital, de las llamadas, telefónicas...

—Ya ve. Soy convincente cuando quiero.

—Eso parece. Demasiado convincente.

—¿Es un piropo, don Jaime?

—Pues no lo sé. Pero ahora que recuerdo... Katia pidió expresamente que tú fueras a la sesión de fotos, ¿no?

—Sí. Allí estuve. Pero la verdad es que no fui de gran ayuda.

Se produce un breve instante de silencio entre ambos.

—Ángel, mírame —él obedece. Su jefe está serio y fija sus pequeños ojos marrones en los suyos—. ¿Hay algo entre tú y esa chica?

El joven periodista le sostiene la mirada unos segundos sin decir nada, sin hacer ni un solo aspaviento, sin mover un musculo de la cara... Hasta que por fin sonrío.

—No.

Contesta escueto y vuelve a centrarse en el pie de foto que le queda por rellenar. Jaime Suárez va a replicarle, pero no le da tiempo porque Katia entra en la redacción. El director de la revista se apresura a recibirla y estrechan sus manos:

—Hola, Katia; bienvenida.

—Hola, me alegra verlo de nuevo. ¿Qué tal está? —La cantante sonrío mientras saluda con la mirada a Ángel, que le corresponde con su mejor sonrisa.

—Bien. Pero llevamos un día de locos. Estamos cerrando el número de abril y ya sabes lo que eso supone. Y tú, ¿cómo te encuentras después del accidente?

—Ah, mejor. Gracias. Afortunadamente fue sólo un susto. —La chica vuelve a mirar hacia donde está Ángel, que ahora tienes puestos sus ojos en el ordenador—. Tuve suerte y, además, me cuidaron muy bien.

—Menos mal. Tienes buen aspecto.

—Gracias.

En ese instante el periodista se levanta de la mesa y se acerca hasta donde está su jefe y la chica conversan. Sonríen y se dan dos besos.

—Bueno, don Jaime, nosotros nos vamos. Si necesita algo, llámeme.

—¿Ya os vais? ¿No me dejas enseñarle a Katia cómo ha quedado su reportaje y...?

—No se preocupe. Ya lo veré con atención cuando esté publicado —interrumpe ella, abriendo la puerta de la redacción Apenas puede disimular las ganas que tiene de quedarse a solas con Ángel. ¿Qué querrá decirle?

—Está bien, está bien. Marchaos.

—No se estrese demasiado, que ya está todo hecho.

—Ahora miraré y daré los últimos retoques.

—Muy bien. Pues nos vamos, don Jaime. Mañana sobre Un nueve estaré aquí.

La pareja sale de la redacción, ella delante, él escoltándola, detrás.

Don Jaime no sabe de qué va aquello. Sospecha que algo ocurre entre los dos. ¿Le habrá mentido Ángel y realmente es la pareja de Katia?

El director se sienta frente al ordenador, aunque no escribe nada. Reflexiona. Imagina lo que puede ser que su chico se convierta en el novio de aquella cantante. Lo cierto es que esperaba que el nombre de su discípulo apareciera escrito en las revistas más importantes, pero como periodista, no como protagonista de un romance sonado.

Capítulo 67



sa misma tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

—¿Hacemos un descanso? —pregunta Paula, estirando los brazos y echándose hacia atrás.

La camisa se le ajusta demasiado al pecho y el sujetador se transparenta. Mario casualmente se da cuenta, pero enseguida mira hacia otra parte avergonzado. Diana ha observado la escena protesta en voz baja.

Llevan una hora y pico inmersos en un confuso mundo de letras y números, hablando de derivadas, parábolas, funciones y tangentes. Paula, más o menos, va comprendiéndolo. Necesita más prácticas, hacer más ejercicios, pero gracias a Mario ahora lo ve todo más fácil. Sin embargo, para Diana no está resultando tan sencillo. Tiene muchas lagunas elementales porque no dispone de una buena base. Lo intenta, escucha detenidamente, pero sobre todo lo que está consiguiendo es desesperar a Mario que una y otra vez sopla y resopla por la incapacidad matemática de su amiga. Incluso en más de una ocasión se han enzarzado en una discusión ante la mirada divertida de Paula.

—Vale. Una pausa nos vendrá bien para despejarnos. Estoy un poco saturado —reconoce Mario.

—¿Eso es por mí? ¿Te saturo yo?

—Yo no he dicho eso.

Pero lo piensas. Te estoy tocando las narices, por no decir otra cosa.

—Venga ya, Diana. No seas así —interviene Paula.

—Bah, si yo sé que soy muy torpe, que no sirvo para esto.

—Lo estás haciendo bien. Ya verás como aprobamos los tres, ¡a que sí!, ¿Mario?

El chico mira hacia otro lado cuando su amiga busca en él respuesta afirmativa. Diana refunfuña y se cruza de brazos.

—Voy abajo a por algo de beber. ¿Qué os apetece?

—Cianuro —contesta Diana.

—De eso no me queda. ¿Coca Cola?

—Dos Coca Colas, una para ella y otra para mí, gracias —indica Paula, sonriendo y sentándose al lado de su amiga.

El chico hace que lo apunta en una libreta imaginaria y sale de la habitación.

Cuando se marcha, Paula le da un beso en la mejilla a Diana.

—¿Qué te pasa? Estás muy tensa.

La chica suspira y niega con la cabeza.

—¿No lo ves?

—¿El qué?

—Pues que no doy ni una. Soy una negada para estudiar.

—Exageras.

—¿Que exagero? Pero si llevamos una hora aquí y no me he enterado de casi nada...

—Bueno, no es fácil. Esto de las derivadas tiene lo suyo.

—Pues tú te enteras de todo a la primera.

—¡Qué va! Me cuesta mucho. El único que sabe es Mario —dice sonriente y a continuación golpea a su amiga con el codo—. Venga, reconoce de una vez que te gusta.

—¿Mario?

—¡Claro!

—Ya estamos otra vez con lo mismo.

—Si es que es muy evidente, Diana. Si no, ¿qué haces aquí?

—Pues lo mismo que tú: estudiar. Por ésas, te podría hacer yo la misma pregunta, ¿no?

—Vale, hazla.

—¿Que haga qué?

—Pues la misma pregunta. Pregúntame qué hago aquí y si a mí me gusta Mario.

—Qué capulla...

Paula se echa a reír. Y continúa insistiendo.

—Sin ser feo, no es demasiado guapo. Pero Mario tiene algo, ¿verdad? Lo conozco desde pequeño y ha mejorado mucho con los años. Se ha convertido en un chaval muy interesante. ¿No crees?

«Si, es muy interesante. Muy mono. ¡Y me gusta!, pero él no siente nada por mí y no quiero quedar en ridículo».

—Pss. Si tú lo dices...

—Yo lo digo y tú lo piensas —afirma Paula.

—Bueno, no está mal del todo. Pero los hay mucho mejores —señaló Diana, intentando mostrar indiferencia.

—Claro. Pero Mario..., no sé, creo que es un chico con el que daría gusto salir.

—¿Y por qué no sales tú con él? Os lleváis muy bien, ¿no? Si tanto, te gusta tíratelo.

En las palabras de Diana se trasluce ironía. Se está empezando a hartar de aquella conversación.

—¡Qué bestia!

—¿Por qué? Follar es algo que hacen todas las parejas, ¿no? Si saliera con él, terminaríais haciéndolo.

—Yo tengo novio, Diana —responde sin dejar de sonreír.

—Pues cambia de novio.

—No quiero cambiar de novio. Además, yo a Mario no le gusto. Le gustas tú.

Diana siente un escalofrío al oír lo que dice Paula: «Le gustas tú».

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es. Volvéis a casa juntos todos los días; el chico no duerme por las noches; va más despistado de lo normal en el instituto, incluso ni hace los deberes, algo impropio de él; no deja de mirar hacia nuestra esquina y ahora, además, os peleáis como dos enamorados. ¿Qué más pruebas quieres?

—Ninguna.

—¿Ninguna?

—No. Porque es que aunque yo le gustase, que no es así, él a mí no —miente.

Paula resopla. Se da por vencida. Pero Diana no la engaña, Está convencida de que siente algo por Mario.

—Vale. Lo que tú digas.

—¿Por qué no me puedes creer?

—Da igual. Dejémoslo.

Las dos chicas se quedan en silencio. Paula mira el reloj. Son casi las seis y media.

—Dentro de poco me tengo que ir.

—¿Y eso?

—He quedado.

—¿Con Ángel?

—No, con Álex. Dice que tiene que contarme algo.

Diana arquea las cejas.

—¿Que te tiene que contar algo?

—Eso me ha dicho por SMS. No tengo ni idea de qué será.

—Pues que se ha enamorado de ti.

—¿Qué dices! ¡Estás loca! ¿Cómo se va a enamorar de mí?

—¿Por qué no? Todos lo hacen. Eres la tía con más éxito que conozco. Será otro más para tu lista.

—No tengo listas.

—Ya.

Diana se levanta. Se estira y se dirige hacia la puerta. No sabe el motivo, pero Paula le incomoda.

—¿Adónde vas?

—Al baño. Ahora vengo.

Mario aparece en esos instantes. Casi chocan. Lleva tres latas de Coca Cola abrazadas contra su pecho.

—¡Cuidado!

—Perdona, aunque tú tampoco has mirado por dónde ibas.

—Bueno, perdóname tú también.

—No pasa nada —dice el chico, mientras pone las latas sobre el escritorio—. ¿Ya te vas?

—Todavía no. Voy al baño. Me tendrás que aguantar un poco más.

—Se hará lo que se pueda. Y no tardes, que nos queda bastante que estudiar.

La chica no responde y sale de la habitación. Desde el pasillo los observa sin que ellos se den cuenta. Mario le lanza la Coca cola a Paula y ésta la coge al vuelo. Luego, se sientan uno al lado del otro en la cama y beben a la vez. Ambos hablan, se miran, ríen.

«Capullos. ¿De qué se ríen? ¿Y no están demasiado juntos?». Diana no lo soporta más. Deja de mirarlos y camina hacia el cuarto de baño. ¡Uff! Lo odia. Y a ella también. Odia a esos dos.

Aunque los quiere. A él mucho. Demasiado. No puede controlarlo. Y eso está empezando a agobiarle.

Capítulo 68



sa tarde de marzo, en algún lugar de la ciudad.

En el primer sitio al que van, Katia se ve obligada tres autógrafos en la puerta de la cafetería a unas niñas que la reconocen. Enseguida se acercan dos adolescentes más que ponen muy nerviosas al verla y con sus gritos alertan a otro grupito de chicas que corre hacia la cantante del pelo rosa. Ángel, al comprobar lo que se les viene encima, la agarra de la mano y juntos huyen a toda velocidad por las calles de la ciudad. La gente los observa sorprendida. No pueden creer lo que ven, es imposible que aquella chica sea quien piensan que es.

Finalmente la pareja consigue ocultarse en una calle estrecha y con poca luz. Exhaustos, se inclinan sobre sí mismos, apoyándose en las rodillas, y jadean.

—¿Siempre que vas a tomar un café pasa esto? —pregunta Ángel, tras soltar un largo soplo.

—Desde que salgo en la tele, sí. Pero no suelo huir de esta manera.

—Pues estás en muy buena forma. Ibas muy deprisa.

—Es mi deber. Estar en forma es parte de mi trabajo. Hago bastante ejercicio para poder aguantar el ritmo en los conciertos. Tú también eres rápido.

—Gracias. Algo me queda de condición física todavía. Pero te aseguro que no es por huir de ninguna fan.

La chica sonrío. Se endereza y estira. Primero el cuello, luego los hombros y termina con los brazos y las manos. Ángel la contempla atentamente. Es bonita. Mucho. Y tiene un cuerpo perfectamente proporcionado. Pequeño, estético y sensual. Katia se da cuenta de que el periodista la observa.

—¿Qué estás mirando?

—Nada.

—¿Nada? Ya.

—Simplemente recordaba cómo hemos llegado hasta aquí.

—Pues hemos venido por Gran Vía, luego...

—No me refería a eso —la interrumpe Ángel, que sigue mirándola fijamente.

—Ah, ¿no?

—No.

—Entonces, ¿a qué te referías, si puede saberse?

Ángel no dice nada. Se acerca a la esquina y comprueba que nadie les ha seguido.

—Vale. Vía libre.

—No creo que sea por mucho tiempo. Vayamos donde vayamos pasará algo

parecido.

—Joder, qué lata...

—Sí. No me acostumbro, pero la verdad es que antes lo llevaba peor.

—Pues no debería ser así. ¿Cómo soportáis esto los famosos? Ni tan siquiera puedes ir a tomarte un café tranquila.

—Es el precio que hay que pagar. Vendes discos, ganas dinero, te invitan a fiestas, te codeas con personajes importantes, pero luego.

El periodista reflexiona un instante. Tiene la solución, pero no está muy seguro de ella. Jugar con fuego siempre es peligroso pero necesita hablar con la Katia urgentemente.

—¿Vamos a mi casa?

La pregunta desconcierta a la chica. Hace un día no le cogía ni el teléfono y ahora le invita a su casa.

—Pero. —Es lo mejor. Allí no nos molestarán. No creo que pudiera aguantar otra carrera así.

Ángel sonríe. Tiene unos ojos preciosos, azules, muy azules, que resaltan en su cara aún más cuando sonríe. Brillan. Brillan y enamoran. Muy importante debe ser lo que le tiene que contar para que la invite a su propia casa después de todo lo que ha pasado entre ellos.

—Bueno, como tú quieras.

—Vamos a mi casa entonces. Si no te importa, cogemos un taxi —indica el chico—. El coche de tu hermana está lejísimo de aquí y seguro que tus seguidores nos volverán a asaltar.

—Vale.

Salen de la calle oscura y caminan juntos sin hablar. Una niña de unos ocho años que va con su madre la señala y la nombra, Katia sonríe, pero no se para. Ahora no puede hacerlo, y no se siente bien por ello. Es el otro lado de la profesión. No es fácil ser un personaje público, que te reconozcan y admiren, y tú no puedas corresponder simplemente porque no tengas tiempo o no te queden fuerzas para más. La fama es dura y cruel en ocasiones.

Tienen suerte. Un taxi libre está parado en un semáforo a unos cincuenta metros de donde están. Ángel lo ve y de nuevo la coge de la mano y corren hasta él. Llegan a tiempo. Suben y el periodista indica al taxista la dirección de su piso.

Mientras tanto, esa tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Los grandes ojos castaños de Álex no miran hacia ninguna parte. Atraviesan uno de los ventanales del Starbucks, pero sin un punto fijo, sin horizonte.

Antes ha leído un e-mail que le han enviado a su correo electrónico y desde

entonces no ha parado de pensar en ella. En Paula.

Ni siquiera ha escrito dos frases de *Tras la pared*. Imposible Su cabeza no está allí, delante del ordenador. Hace minutos que se evadió de la realidad y vive en un sueño, en un mundo lejano de notas musicales y sonrisas de adolescente. Recuerda sus ojos, sus labios, esos que estuvo a punto de besar.

Sólo ha decidido una cosa y ha sido antes de entrar en su cuenta de hotmail: llamar Rosa al nuevo personaje de su historia, como la chica que le ha atendido tan amablemente, un pequeño homenaje de esos que tanto le gusta hacer en sus textos.

La tarde cae. La cafetería se va vaciando de gente. Ya no están las quinceañeras ni las norteamericanas que han subido a la planta de arriba tras él. Sí que se hace notar en uno de los sillones dobles de la esquina una pareja de chicos homosexuales que intercambian algún que otro beso y más de una risa incontrolada, felices, imprudentes, libres.

—¿Se encuentra bien? —pregunta una voz femenina que enseguida reconoce. Rosa tiene un paño mojado en la mano. Lo deja caer sobre la mesa de al lado del escritor y la limpia afanosamente.

—Sí. Gracias, Rosa —contesta Álex, que sonrío al verla.

—Si no se encuentra bien, le puedo traer alguna pastilla o algo.

—No, no te preocupes. Estoy bien. No me duele nada.

La camarera enrojece. El rojo de su cara es intenso, más que el de cualquier otra persona normal. Las mejillas le arden. A pesar de la vergüenza, no cesa ni un instante de sonreír.

—Lo siento.

—No me pidas perdón.

Quizá me he metido donde no me llaman.

—En absoluto. Te agradezco que te preocupes. Normalmente las personas no se interesan las unas por las otras. No es habitual que te pregunten cómo estás.

—Es cierto. A usted lo que le preguntarán normalmente es si tiene e-mail o si les da su teléfono móvil.

Álex suelta una carcajada. Aquella chica le ha hecho reír. Es muy simpática.

—¡Qué va! Eso no me ha pasado nunca.

—No me lo creo.

—Pues créetelo.

La chica termina de limpiar la mesa. La próxima es la más cercana a la de la pareja gay. Un grupo de jóvenes la ha dejado hecha un desastre. La camarera resopla ante el panorama, pero duda si debe acudir o no en ese momento. Los dos chicos se están dando un beso. Mantienen los ojos cerrados, sin importarles las palabras de más ni las miradas curiosas. Rosa prefiere no molestar y no se acerca.

—Qué suerte tienen esos dos... —le comenta a Álex en voz baja, mientras finge

que limpia de nuevo la mesa de antes—. Cuánta pasión. Hay que ser muy afortunado para encontrar a alguien que se entregue así por ti.

El chico los mira de reojo. El beso continúa.

Comienza a sonar una canción de Tiziano Ferro en italiano: *Il regalo piu grande*, «El regalo más grande». Parece puesta a propósito para ellos. Cada uno está con la persona a la que quiere y no dudan en demostrar su amor. No prestan atención a nada ni a nadie. El mundo del uno es el otro, y con eso basta.

Un sentimiento cargado de melancolía y de soledad recorre el interior de Álex. Paula, sin duda, sería su regalo más grande.

—Sí, son muy afortunados —responde resignado.

—El amor es tan bonito cuando es correspondido. Los ojos de Rosa se nublan, se humedecen. El sol empieza a desaparecer.

—¿Estás bien? —pregunta Álex, que se ha dado cuenta de que algo pasa.

—Sí, sí. Estoy bien.

Pero no es cierto. Rosa se está acordando de su único novio, de la única persona que la quiso, de la única persona que le hizo el amor y luego la abandonó. Un recuerdo amargo. Eterno.

Aún así, no tarda en recuperar la sonrisa.

Álex percibe su tristeza. Quizá sea la misma que él soporta, la de no poder estar con la persona a la que quiere. Sabe lo que duele. Perfectamente. Comprende lo que supone querer, pero mi ser querido. Y desearía ayudarla.

Entonces se le ocurre algo.

De una de las dos mochilas, en la que guarda la otra vacía, saca el cuadernillo de *Tras la pared* que aquella chica lanzó a la pared y que él rescató al verlo.

—Toma, para ti —dice, mientras entrega el ejemplar a la camarera.

Rosa lo coge y lo ojea, tan sorprendida como entusiasmada.

Álex se levanta de la mesa.

—¿Lo ha escrito usted?

—Si Ya me dirás qué te parece la próxima vez que venga.

—Qué honor. Muchas gracias. El próximo *caramel macchiato* lo pagara la casa.

Ambos sonríen.

Y los dos se sienten mejor.

La pareja de homosexuales sigue besándose.

Juntos bajan y se despiden en la puerta. En la escalera, Álex le ha pedido un último favor.

—Sí, dígame.

—No me trates más de usted, por favor.

A hora camina por la ciudad, mientras el atardecer amanece. Triste, pero alegre. Melancólico, pero esperanzado. Y piensa en ella, en Paula, a la que no sabe que verá

antes de que el sol vuelva a salir.

Capítulo 69



Al mismo tiempo, ese día de marzo, en otro lugar de la ciudad.

—Me voy.

Paula guarda el libro de Matemáticas y el cuaderno en la mochila de las Supernenas.

—¿Te vas? ¿Ya? —pregunta Mario, que en ese instante trataba de explicarle un problema a Diana.

—Sí, lo siento. He quedado dentro de un rato y, si no me voy ya, no llegaré.

La chica mete el lápiz en el estuche y lo cierra.

Mario la observa desilusionado. No ha sido precisamente lo que esperaba. La «cita» de sus sueños, finalmente, se ha convertido en una tarde de estudio a tres. Además, Diana le ha absorbido la mayor parte del tiempo.

—Bueno, pues si te tienes que ir, seguimos mañana. ¿Puedes quedar?

—Vale. Por mí, perfecto. Necesito que me expliques algunas cosas todavía.

—Bien. Mañana a la misma hora.

—A las cinco estaré puntual aquí.

Paula se pone el jersey y se cuelga la mochila a la espalda.

Mario resopla y amontona, unos sobre otros, unos folios llenos de todo tipo de operaciones para ordenarlos. Fin de la clase.

Entonces Diana tose.

—Eh... ¿Y yo qué? ¿No cuento? —pregunta, mirando fijamente, primero a Paula y luego a Mario. Está seria. Enfadada.

—Claro que cuentas, tonta —le dice Paula, que se abraza a ella e intenta darle un beso.

Diana aparta la cara, pero cede ante la insistencia de su amiga.

—Sé que soy un estorbo, pero me gustaría al menos terminar lo que he empezado.

—No eres ningún estorbo. Además, puedes quedarte aquí un rato más. Así adelantarás trabajo. Es temprano todavía.

—Pero...

Mario no sabe qué decir. Abre los ojos mucho. Muchísimo.

No solo no va a estar a solas con Paula sino que además tendrá que hacer de profesor particular de Diana.

—Vamos, chicos. Que yo me vaya no quiere decir que se acabe la clase. Podéis seguir sin mí. Tú explícale todo bien y tú no seas tan negativa, ¿eh?

—Bueno, yo... —Diana tartamudea.

Ambos se quedan sin palabras. En silencio.

Paula sonrío y da una palmadita en la espalda a su amiga. Luego sonrío a Mario, se despide y sale por la puerta canturreando. Ella ya ha hecho su trabajo. Ahora le toca a esos dos culminarlo a solas.

Está segura de que algo interesante pasará en esa habitación.

En ese mismo momento, esa tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Todos observan a Irene cuando se levanta del asiento. ¡Menuda vista! Pero hoy la chica tiene prisa. Recoge rápido sus cosas y sale de la clase. Sonrío a los que se encuentra a su paso, pero no se detiene con ninguno. Ha quedado, y no con un chico, como todos hubiesen imaginado.

Tiene un plan. Quizá no le salga bien, pero ella siempre acierta con lo que hace. No duda, nunca mira hacia atrás. Y lucha con todas sus armas por el objetivo que se marca. No va a ser menos esta vez. Quiere a Álex y lo va a conseguir. Para ello necesita quitarse de en medio a esa chica, a esa tal Paula.

Y con esa firme decisión, confiando en sí misma, como en otras muchas ocasiones, va a reunirse con el presunto amor de su hermanastro.

Sonriente, maliciosa, repleta de odio hacia una adversaria que ni tan siquiera conoce, sube al coche y repasa en su mente todo lo que va a hacer.

Esa misma tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Álex toca una nota a destiempo. No es habitual. Su saxofón es como una extensión de sus propias manos. Nunca falla.

¿Qué le ocurre?

Deja el instrumento acostado en una silla y da cinco minutos de descanso a sus ancianos alumnos.

—Hey, ¿qué te ha pasado? —pregunta el señor Mendizábal, que camina hasta él.

—No me ha pasado nada —miente, intentando restar importancia a su error—. ¿Por qué lo dice?

—Es la primera vez, en todo el tiempo que llevas dándonos clase, que te equivocas.

—Bueno, alguna vez tenía que ser la primera.

El viejo lo mira detenidamente a los ojos.

—A ti te pasa algo —asegura Agustín.

—Que no me pasa nada. Simplemente ha sido un fallo. Suele ocurrir.

—No a ti. Eres perfecto con ese cacharro en las manos.

—No llame cacharro al saxo —protesta Álex, que no quiere seguir con aquella

conversación.

—Vale, vale. No me lo quieres contar.

—No es eso, Agustín. Es que no me pasa nada. El señor Mendizábal se encoge de hombros y renuncia a seguir por ese camino.

—Bueno, si tú lo dices, te creeré. Pero yo no estoy tan seguro.

El hombre vuelve a mirarlo. No le engaña. Su expresión indica que a aquel muchacho le ocurre algo. Tiene la cabeza en otra parte. Pero no va a insistir. Chasquea los dientes y regresa con sus compañeros.

Álex contempla cómo se aleja.

Dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo..., y es verdad. Agustín Mendizábal lleva razón en sus suposiciones. No puede dejar de pensar en Paula. Incluso con el saxofón entre las manos, que es su principal fuente de desahogo no se olvida de ella. Hacía mucho que no le sucedía algo parecido.

Pasan los cinco minutos de descanso.

Álex toma aire, intenta concentrarse. Decidido, coge con fuerza el saxo y se sitúa frente a toda la clase, ante esos señores, la mayoría de ellos jubilados, que le tienen como a un joven ídolo, su maestro.

El chico busca una partitura dentro de la carpeta donde las guarda. Elige uno de sus temas favoritos: *Forever in love*, interpretada por Kenny G. Lo ha tocado tantas y tantas veces... Trata de evadirse en la música, olvidarse, y sin embargo aquello tampoco da resultado. El recuerdo de Paula sigue estando en cada una de sus notas.

Esa misma tarde de marzo, en otro punto de la ciudad.

Regresa. Katia sonríe cuando Ángel aparece con una bandeja en la que lleva dos tazas de café.

Para ella con leche, él lo toma cortado.

Mientras esperaba al periodista ha dado vueltas por el salón. Que ordenado está todo. No es un sitio majestuoso, pero posee encanto, el mismo que tiene Ángel.

Está nerviosa. La última vez que estuvieron a solas, lo besó. El chico no se dio cuenta porque dormía, pero para Katia significó mucho.

¿De qué hablarán? Casi le tiemblan las piernas. Ángel espera a que la cantante se siente. Elige el lado izquierdo de un sillón para tres. Entonces él ocupa el derecho, dejando un espacio entre los dos.

Coge la taza con el café con leche y se la entrega. Luego le pasa el azucarero. Dos cucharadas. Él se echa otras dos. Cruza las piernas. Por fin están tranquilos. Es el momento.

—Katia, tengo que hablarte de una cosa muy importante.

Capítulo 70



sa misma tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

—Y ahora despeja la x.

—¿Qué?

—Si lo hemos hecho ya mil veces... Despeja la x.

—¿Cuál de ellas?

Mario suspira, le arrebató a Diana el lápiz y rodea con un círculo la x a la que se refiere.

—Ésta.

—Ah, vale. No es tan complicado, entonces.

—No, no lo es.

—Pues haberlo dicho antes, hombre.

—Uff.

El chico resopla ostentosamente.

—¿Qué pasa? —dice la chica, muy seria y alejándose un poco de él—. ¿Te agobio, no?

—Es que llevamos toda la tarde con esto.

—Ya. Estás harto de mí.

—De ti, no. De esta parte, sí.

—Ah. Muy bien, muy bien. Comprendido.

Diana se pone de pie y comienza a meter sus cosas en la mochila.

—¿Qué haces?

—Me voy. ¿No es eso lo que quieres?

—Bueno...

—Tranquilo, tranquilo. Ya no te molestaré más.

Mario la observa en silencio mientras recoge. No para de susurrar cosas que no consigue entender, pero que seguramente serán sobre él y no muy buenas, precisamente.

En el fondo, siente que se vaya. Diana no está tan mal. Si, es una pesada, y a veces las formas le pierden. Pero también es cierto que se está esforzando por aprender. Y es... ¿resultona? No tiene la belleza natural de Paula ni su cuerpo y le falta la magia que desprende esta allá donde va. Pero es mona y tiene un punto de locura muy simpático.

—No te pongas así.

La chica se detiene un instante y lo mira fijamente a los ojos. No son demasiado

expresivos, pero poseen cierta ternura y calidez.

—Que no me ponga ¿cómo, Mario? Si llevas todo el rato quejándote.

—Eso no es cierto. Ah, es verdad. Cuando le explicabas las cosas a Paula no te quejabas. Es más, hasta sonreías. ¡Pues perdona por no ser Paula!

Los ojos de Diana brillan, húmedos, llorosos. Está de pie, con la mochila colgada en la espalda, enfrente del chico del que se ha enamorado perdidamente. Él permanece pasivo, inmóvil: alguien que hace tres días sólo era el hermano de Miriam y que ahora se ha transformado en su obsesión.

—Verás, Diana...

—No quiero explicaciones, Mario. ¿Crees que no sé qué pasa?

—¿Cómo?

—Vamos, Mario, a mí no me engañas. Puedo parecer tonta, y quizá lo sea, pero soy la única que se ha dado cuenta de lo que sucede.

—No entiendo de lo que hablas.

Diana se deja caer en la cama. El colchón se hunde un poco y gruñe débilmente. Deja de mirarlo, huye de sus ojos, y sentencia:

—Tú estás enamorado de Paula.

—¡¡Qué dices!!

—Para mí está muy claro. Estás loco por ella.

El chico no sabe qué contestar. Se sienta en una de las sillas del dormitorio y escucha lo que su amiga piensa.

—Se nota, Mario. Todo lo que te pasa es porque ella te gusta. No duermes, no comes bien, estás más despistado que de costumbre. Incluso miras hacia nuestro rincón en clase, frecuentemente. Es por Paula. Todo eso es por ella, ¿verdad?

Pero Mario no responde. Cuando Diana vuelve a mirarlo, el aparta sus ojos de los de ella.

—Así que estoy en lo cierto. —La chica sonríe amargamente—. Soy gilipollas.

Diana se levanta de la cama de nuevo y mira al chico, que desearía desaparecer en ese momento. Su secreto, desvelado.

—Por favor, no digas nada a nadie —murmura, por fin, tras unos segundos en silencio.

—Tranquilo, no diré nada.

—Gracias.

La chica suspira. Tenía razón en sus sospechas. Y le duele, le duele en lo más profundo de su corazón.

De pie, con la mochila a cuestas, no sabe qué hacer. ¿Huye? ¿Pelea? ¿Abandona? ¿Se enfrenta a la realidad?

—¡Joder! Si es que los tíos sois...

—¿Qué?

—¿Por qué Paula? ¿Por qué todos os fijáis en ella? ¿Qué tiene?

—No lo sé.

—Hay más tías en el mundo, ¿sabes? —Su tono es de reproche, valiente, sincero

—. Tú no has estado con ninguna, ¿verdad? No has besado nunca a nadie. ¿Me equivoco?

Mario vuelve a quedarse callado. No quiere contestar a eso.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Esperarla toda la vida? ¿Esperar que la chica de tus sueños algún día descubra que su amigo de la infancia la quiere?

—Déjame, por favor.

—Y, mientras, soportarás que salga con otros, que la besen, que se la lleven a la cama.

—¡Joder, Diana! ¡Déjame!

—¿Qué te pasa Mario? Es la verdad. ¿Duele?

—¡Déjame!

—¿Serás virgen hasta que ella se encapriche de ti y pase del resto?

—¡Coño, Diana, te he dicho que me dejes! ¡Aunque te joda, la quiero a ella, no a ti!

El grito de Mario retumba en la habitación. También en su cabezas. Y en sus corazones. Son palabras que hieren y cortan sangre. La de la chica se derrama a borbotones por dentro, Invisible, fría, punzante.

En ese instante, Miriam entra en el cuarto sin llamar.

—Mario, ¿has gri...? Ah, Diana, ¿qué haces aquí? —pregunta, extrañada, sin comprender nada de lo que pasa.

Pero ésta no puede articular palabra. Sale del dormitorio, apartando con el codo a su amiga y con aquella última frase clavada en el corazón.

Capítulo 71



E se mismo día de marzo, minutos más tarde, en otro lugar de la ciudad.

Sopla un poco más de viento. Es frío. La noche termina de caer y la luna no aparece, escondida entre nubes que llegan desde el Norte. La primavera, que parecía tan cercana, ha huido sin avisar y el invierno ha regresado inesperadamente con fuerza.

Irene aparca el coche. Ha tenido suerte. Desde ahí puede vigilar el lugar exacto donde ha quedado con Paula. Es la hora. ¿Habrá llegado ya?

Tiene las dos manos en el volante y observa atenta. No hay ninguna joven esperando con el perfil adecuado. Entonces se pregunta si no habrá sido demasiado osada, si no ha confiado excesivamente en su intuición y en la suerte. Sí. También necesita suerte: necesita que Álex no se haya puesto en contacto con ella, que no hayan hablado, ni se hayan mandado mensajes en las últimas horas. Si no...

En ese instante se le ocurre algo. ¿Y si no viene? ¿Y si el que se presenta es su hermanastro enfurecido? ¿Qué haría? No ha pensado en un plan B.

Sin embargo, Irene se olvida rápidamente de todo porque una chica acaba de detenerse junto a una farola en el sitio indicado. Mira el reloj, luego a un lado y a otro. Parece que espera a alguien. Podría ser ella.

Tendrá entre dieciséis y dieciocho años y es realmente guapa. Tiene el pelo recogido en una coleta alta. Su cuerpo parece perfecto debajo de un jersey que se le ajusta al pecho y unos vaqueros ceñidos. Una tentación para cualquier hombre. Sí, ésa tiene que ser Paula, comprende perfectamente que Álex se haya enamorado de ella. Es una rival de entidad y eso la motiva. Mientras sonrío para sí, continúa observando a la recién llegada.

En ese mismo instante, bajo la luz de una farola.

Se abraza, abrigándose, cruzando los brazos bajo el pecho. Qué frío hace. Quizá debería de haberse puesto algo más de ropa. La temperatura ha bajado muchísimo. «¡Achís, achís!». Estornuda dos veces y se suena la nariz con un pañuelo de papel que saca de su pantalón vaquero. Luego lo guarda y resopla.

¿Y Álex?

Paula mira una vez más su reloj y chasquea los dientes. Aquella situación le es familiar. Hace seis días le ocurrió con Ángel: esperó y esperó hasta que, cansada de

hacerlo, se metió en aquel Starbucks donde conoció a Álex. Y ahora el escenario es similar, pero con un protagonista distinto. ¿Qué querrá decirle tan importante?

Tal vez le ha surgido algo. Podría llamarlo y preguntarle si va a tardar mucho o si no va a venir. Sí, no es mala idea.

Un minuto más tarde, en ese lugar, dentro de un coche.

El móvil de Irene suena. Sonríe satisfecha: ahora ya está confirmado, aquella chica es Paula. Desde su Ford Focus ha visto cómo la jovencita de la farola sacaba el teléfono de su mochila y hacía una llamada. Su plan está funcionando. Al menos, la primera parte. Ya la tiene allí, ahora le toca actuar a ella.

El móvil deja de sonar. Es el momento.

Irene se baja del coche confiada, segura de sí, como habitualmente. Es su ocasión, la oportunidad de eliminar a aquella preciosa chica de la vida de su hermanastro.

Ese instante, un día de marzo cualquiera, con la noche fría cayendo sobre la ciudad.

«Joder, no lo coge. ¿Qué le habrá pasado?».

Hace frío. Cada vez más. Tirita un poco y se abraza a sí misma con más fuerza. Da pequeños saltos sobre las puntillas de sus zapatos. ¿Y si Álex no viene?

Paula no entiende nada. ¿Qué le hace ella a los tíos para que siempre se demoren cuando queda con ellos? Normalmente, ¿no es al contrario? «Joder, es la novia la que llega tarde al altar, no al revés», piensa irritada.

Vuelve a mirar a un lado y a otro. Derecha, izquierda. Se gira. Nada. Álex no viene. Sólo aparece una chica despampanante acercándose hasta donde está. Pero ¿no tiene frío con ese vestido tan corto y escotado? Sin embargo, a la muchacha no parece importarle la baja temperatura. Es extraño, tiene la impresión de que la chica camina hacia ella. ¿Le querrá preguntar por alguna dirección?

—Hola, ¿eres Paula? —pregunta Irene, que se ha parado enfrente.

Paula no responde enseguida. Está sorprendida. ¡Sabe su nombre! ¿Quién es? No recuerda haberla visto nunca.

—Sí, me llamo así —termina contestando cuando consigue reaccionar.

—Ya lo imaginaba. Encantada, soy Irene.

La desconocida le estrecha la mano. La chica acepta y extiende la suya. El apretón dura algo más de lo normal y la fuerza que Irene imprime también es mayor que la que habitualmente se emplea en un saludo.

—Igualmente. Aunque yo...

—No, no me conoces, si es eso lo que ibas a decir. Yo tampoco te conocía.

Bueno, físicamente. Sólo te conocía de oídas.

—¿De oídas?

—Sí, tenemos un amigo en común.

—Ah. ¿Quién?

Aquello cada vez es más raro. Paula no comprende nada, aunque algo le indica que esa chica no va a contarle nada bueno.

—Álex.

¡Álex! Se había olvidado unos segundos de él por completo. ¿Ha venido esa chica porque él no puede ir?

—¡Anda! ¿Eres amiga de Álex?

—Soy la novia de Álex.

Las palabras de Irene la descolocan completamente. El frío de la noche penetra en ella. Un inexplicable sentimiento inunda su Interior.

—¿La... la novia?

—Sí. Llevamos cuatro años juntos. Nunca te ha hablado de mí, ¿verdad?

—No —murmura, sin demasiada fuerza.

—Es un cabrón. Ya imaginaba que no te había contado nada.

—Bueno, la verdad... es que no nos conocemos desde hace mucho.

—Ya. —Irene clava sus ojos en los de Paula—. Pues resulta que se ha enamorado de ti.

—¿De mí? ¡Qué dices! Eso no es verdad. Es... es imposible.

—Me ha puesto los cuernos contigo, ¿no?

—No..., no, de verdad que no. Él y yo apenas nos conocemos...

Está nerviosa. No logra articular bien las palabras. ¿Qué está pasando? ¿Por qué le dice todo aquello?

—Claro, claro. ¿Te has tirado a mi novio?

—¡Por supuesto que no!

—No me mientas, niña. ¿Cuántas veces lo habéis hecho?

—¡Ninguna!

—Mentirosa. Te has metido en medio de una relación. ¿A te dedicas? ¿A romper parejas?

—¡No sé de qué me hablas! Te prometo que entre él y yo no hay nada.

Paula empieza a sentir una terrible angustia. Le falta aire, se asfixia. ¡Aquella chica la está acusando de acostarse con su novio!

—Mira, guapita, Álex y yo éramos la pareja perfecta hasta que apareciste tú. No sé qué le hiciste, pero cree que está enamorado de ti. Y eso no es lo mejor... —Irene de repente coge la mano de Paula y la sitúa en su vientre... para nuestro hijo.

La chica enseguida retira su mano. No puede más. Un millón de sentimientos de procedencia indeterminada la sacuden. Quiere salir corriendo, huir de allí, pero Irene

está atenta y la vuelve a agarrar del brazo, deteniéndola.

—Olvídate de nosotros. Borra su número, elimínalo del MSN, no le cojas más el teléfono. Estás destrozando una familia. No vuelvas a hablar con el padre de mi hijo. Si no, te prometo que te haré la vida imposible y no sólo serás la responsable de todo, sino que puede pasarte algo grave. Te lo digo como mujer, como novia y como madre. Desaparecerás, ¿a que sí?

Paula llora en silencio. No quiere que nadie se entere de lo que le está acusando aquella chica. Mira a Irene con miedo. Va en serio. Cree que quiere apoderarse de algo que es suyo y lo va a defender a muerte.

Con los ojos encharcados, asiente con la cabeza. Desaparecerá para siempre.

Irene la suelta y relaja todos los músculos de su cuerpo. Lo ha conseguido.

Paula la mira una última vez. Es increíblemente hermosa y atractiva. Perfecta para Álex. Seguro que hacen una gran pareja y que su hijo será guapísimo.

Se da la vuelta y abandona la luz de la farola. El frío es intensísimo. Sus huesos están helados. Tiembla mientras camina hacia la parada de metro más cercana.

Irene la ve alejarse. Aquella chica sería la pareja ideal para su hermanastro si no estuviera ella, por supuesto.

Satisfecha, regresa al coche con la seguridad de que ahora nadie se interpondrá en el camino hasta Álex. Es cuestión de tiempo.

Capítulo 72



Ya es de noche, ese mismo día de marzo, en la ciudad.

Llega al coche que le ha prestado su hermana y se sube. Acaba de bajarse del taxi que le ha llevado al lugar donde antes había aparcado el Citroën Saxo. Menos mal que no ha aparecido ningún fan alborotador, sólo un par de tíos que se han girado para mirarla. No le apetece ni hablar ni escuchar nada de nadie. Si alguien la hubiera molestado, posiblemente habría reaccionado como en el campo de golf con aquella pareja entrometida.

Katia se siente muy rara.

Introduce la llave, pone la radio y arranca. El tráfico de la ciudad es denso a esa hora. Miles de coches van de aquí para allá y crean interminables hileras de luces. Los cláxones suenan ensordecedores y la emisora que sintoniza reproduce una vez más el éxito del momento, *Ilusionas mi corazón*, que esta semana sigue siendo el tema más votado por los oyentes de la cadena.

—¡Joder, qué pesadilla! ¿No se cansan? —dice en voz alta.

Hace una mueca de fastidio y cambia la emisora. En Kiss FM suena *What is love*, de Haddaway. Le gusta y decide dejarla. ¿Qué es el amor? Resopla. Ella lo sabe muy bien. O eso cree, pero en su versión más cruel. Y toda la culpa es de...

¡Bah! Quiere olvidarse un rato de todo. Quizá la música le ayude a no pensar en Ángel. Tararea e intenta sonreír. Incluso mueve un pie y la cabeza al ritmo de la canción, pero la enmienda es imposible. No se quita de la cabeza la conversación que han tenido hace un rato en su piso. ¿Por qué le ha pedido eso?

Semáforo en rojo. Katia deja caer despacio su cuerpo hacia delante y su frente choca suavemente contra el volante.

—Soy completamente estúpida.

Minutos antes, en el sofá del salón del piso Ángel.

—Katia, tengo que hablarte de una cosa muy importante.

El chico la mira directamente a los ojos. La cantante siente un cosquilleo en el estómago. ¿Será bueno o malo lo que le tiene que decir?

—Cuéntame.

—Verás...

Ángel duda un momento. Sorbe un poco de café y mira hacia un lado como tratando de ordenar las ideas. Quizá le falte valor para contárselo y se termine echando

atrás.

—Venga, Ángel, que me tienes en ascuas con tanto misterio. Suéltalo ya, por favor.

El periodista vuelve a centrar sus ojos azules en los celestes de Katia. Pero es una mirada diferente a la de antes. La chica entonces se teme lo peor. Tal vez le va a recriminar lo de las llamadas de teléfono. ¿Y si no quiere volver a verla? Tanta amabilidad no es normal después de todas las desavenencias que han tenido últimamente.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos?

—Sí, claro. Fue el jueves de la semana pasada —responde Katia, que no alcanza a adivinar por dónde va a ir aquella charla.

—Sí, fue el jueves.

—Parece que hace más tiempo, ¿verdad? Tengo la impresión de conocerte desde hace mucho más.

—Es verdad, también me lo parece a mí —comenta Ángel—. Ese jueves tú llegaste tarde a la entrevista que había pactado nuestra revista contigo.

—Sí. Se nos acumularon varios retrasos y vosotros, como erais los últimos de la lista de ese día...

—¿Y te acuerdas qué pasó después de la entrevista? —interrumpe Ángel, que ahora habla con más confianza.

—Claro. Te llevé con el coche a una reunión porque se te había hecho muy tarde.

—Más o menos. Más que una reunión, era una cita.

—Eso.

—Con mi novia.

—Sí, es verdad. No me acordaba —miente Katia, que comienza a sentirse algo incómoda.

—Se llama Paula.

—Ajá.

Aunque aún no sabe qué va a decirle, la cantante del pelo rosa intuye que no le va agradar demasiado.

—Pues el sábado es su cumpleaños. Diecisiete añitos.

—Es muy joven. Tú tienes veintidós, ¿no?

—Sí, pero bueno, su edad es lo de menos. —Ángel se acerca a Katia; sus piernas se tocan—. Te quería pedir un favor.

—Claro. Dime.

—Ella es una gran admiradora tuya. Le encanta *Ilusiones mi corazón*. La canta a todas horas. Entonces, lo que me gustaría, si tú quieres, es que le dedicaras a ella la canción. La harías muy feliz. Y a mí también.

Katia no sabe qué decir. Las emociones se disparan en su interior. No puede

creerse que Ángel le esté pidiendo eso.

—No entiendo muy bien. ¿Dedicarle la canción?

—Sí, te lo explico. Bastaría con que grabaras *Ilusionas mi corazón* en un CD y, en lugar de Laura y Miguel, dijeras los nombres de Paula y Ángel.

—¿Quieres que cambie la letra de la canción?

—Si pudieras, sí. Si no es demasiada molestia.

Silencio.

—Yo..., la verdad es que... no sé.

—Si no quieres hacerlo, no pasa nada. Pensaré en otra cosa —señala el chico, al comprobar su reacción.

Ángel vuelve a apartarse un poco de su lado creando un espacio entre ambos.

—Perdona, es que no imaginaba que fuera esto de lo que querías hablarme.

—No te preocupes, entiendo que no quieras hacerlo.

—No he dicho eso.

—Lo intuyo.

—Pues te equivocas... Lo haré encantada —contesta Katia sonriente.

La cantante finge sus verdaderos sentimientos. Sonríe aunque tiene ganas de irse de allí, pero, si se va, perderá a Ángel para siempre. En cambio, si le hace este favor, puede que gane puntos y además podrá verlo más veces. Aunque es tan frustrante complacer a la novia del hombre del que estás enamorada...

—¿Lo harás? —pregunta sorprendido.

—Sí.

—¿De verdad?

—¡Que sí!

—¡Vaya! ¡Muchísimas gracias!

Ángel se echa encima de Katia y le besa en la mejilla, cerca de los labios, quizá demasiado cerca. Los dos sienten un impulso tentador, pero él se aparta cuando se da cuenta de que está sobre ella.

No es Paula.

Silencio. Sólo se escuchan sus respiraciones nerviosamente agitadas. No se miran a los ojos. No pueden.

Por fin, el chico se pone de pie, recoge la bandeja con los cafés y sale del salón. Katia también se levanta y lo sigue. Ambos entran en la cocina.

—¿Para cuándo lo necesitas?

Katia trata de recuperar la normalidad ocultando su malestar, su sufrimiento, sus deseos. ¡Cómo le habría gustado que la hubiera besado en la boca!

—Si lo pudieras tener para el viernes por la mañana...

Piensa un instante. Desde el accidente no se ha ocupado de nada de lo que tenía concertado en su agenda, así que para mañana ni sabe qué tiene programado, ni lo

Capítulo 73



*E*sa misma noche de marzo, en un lugar alejado de la ciudad.

Llega a casa cansado, confuso. La clase de hoy ha sido muy extraña. Álex no entiende qué le ha podido ocurrir. Durante hora y media ha coleccionado errores de todo tipo con el saxo. Nunca había cometido tantos fallos, ni siquiera cuando empezó. Y de eso hace... Uff, mucho tiempo.

Era un aspirante a adolescente, pero todavía recuerda perfectamente el día que tuvo que elegir el instrumento que quería tocar. Tenía talento para la música y debía dar un paso adelante, especializarse en algo en concreto. Sus profesores insistieron en que escogiera el piano. También su padre trató de convencerlo. Todos fracasaron.

—¿El saxofón?

—Sí, papá. Es lo que quiero tocar.

—Yo creo que no lo has pensado bien.

—Sí que lo he hecho.

—Echarás tu talento a perder. ¿No lo comprendes?

—Lo siento. El saxo es lo que más me gusta.

—Pero el piano es más elegante. Y te da prestigio. Por no hablar de que tiene muchísimas más salidas. Además, podrías convertirte en un pianista extraordinario... Todos lo dicen.

—No me importa lo que digan, papá.

—¿Que no importa? Sí que importa. Los pianistas son verdaderos músicos. Los saxofonistas...

Su padre no quiso terminar la frase. Verdaderamente sentía admiración y aprecio por cualquier persona capaz de tocar un instrumento. Él mismo era un gran aficionado al *jazz*. Sin embargo, hablaba desde la decepción, desde la frustración. Veía cómo su talentoso hijo tiraba por la borda ese don que Dios le había otorgado, el mismo don que tenía su esposa fallecida.

—¿Qué les pasa a los saxofonistas? —insistió Álex, que no entendía el motivo por el cual no le dejaban hacer lo que él deseaba.

—Que terminan tocando en cualquier esquina pidiendo limosna.

—¡Eso no es cierto! Hay muchos que son geniales y bastante conocidos, que se ganan la vida tocando. Mira a Kenny G., por ejemplo. O a Charlie Parker.

—Bah, tipos que han tenido suerte. Si quieres ser alguien en la música, no puedes tocar el saxo.

—No quiero ser alguien, quiero hacer lo que realmente me gusta.

—Eres un cabezota, Álex. ¿Qué vas a conseguir tocando el saxofón?

—No lo sé. Y me da igual. El piano está bien, me gusta, pero no es lo que quiero.

Así que, después de varias discusiones en casa, donde seguían intentando que cambiara de opinión, logró que le compraran un saxo, al que en honor de su madre, Emilia, Álex llamó «Emily». Y Los resultados no se hicieron esperar. En pocos meses se convirtió en todo un experto. Un genio. Era capaz de interpretar de forma maravillosa cualquier partitura. Con el saxofón entre sus manos se sentía especial. Se sumergía en un mundo de fantasía lejos de la realidad a la que cada día se enfrentaba. Por unos instantes no tenía que preocuparse de su madrastra, de Irene o de los estúpidos comentarios de sus amigos.

Y fue precisamente su saxo el mejor compañero que tuvo cuando su padre murió. Tocaba y tocaba sin parar. De día, de noche, en la soledad de la madrugada. Era una parte más de su cuerpo, una extensión de sus manos, de sus labios... Y lo único que le proporcionaba tranquilidad.

Hasta que descubrió que había algo más que podía llenar su vida, algo que le desahogaba tanto o más que la música del saxofón. Fue entonces cuando Álex averiguó que escribiendo también experimentaba esas sensaciones que le evadían del mundo que le había tocado vivir. Sin padre, sin madre. Una nueva manera de luchar contra todo y encontrarse a sí mismo.

Escribir y tocar. Tocar y escribir. Ser músico, enseñar su música. Ser escritor, enseñar sus libros. Tenía una meta, doble, y la ilusión le desbordaba. Y, sin embargo, ahora un tercer elemento impedía que se concentrara en sus otras dos pasiones.

Deja las mochilas al lado del sofá del salón y se tumba en él. Coge el móvil y lo examina. Quiere hacer esa llamada, quiere oírla, pero no está seguro. Su corazón le dice que sí, que adelante. ¿Qué puede pasar? ¿No se alegrará de escucharlo de nuevo?

¿Y si no responde?

Álex pasa la yema de sus dedos por la pequeña pantalla del teléfono. El nombre de Paula con su número aparece iluminado. Sólo le queda pulsar el botón que efectúa la llamada.

Esa misma noche de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Sin decir nada a nadie, sube a su dormitorio. Tiene los ojos húmedos, hinchados, y la nariz roja. En el metro se ha intentado tapar la cara con las manos el mayor tiempo posible. No quería que se notara que había llorado.

¿Por qué le ha dicho esa chica todo aquello?

Paula no entiende nada. No comprende por qué Álex no le habló de su novia y de su hijo. «¡Joder, va a ser padre!».

Tampoco sabía que sus sentimientos eran tan fuertes. ¡Enamorado de ella! ¿Desde

cuándo? ¡Si se conocieron el jueves!

Es una locura, todo es una completa y absurda locura.

Se sienta en una silla frente a la ventana. Los árboles se balancean dulcemente por el viento frío que esculpe la noche. No hay estrellas ni luna.

¿Y ahora, qué?

Lo mejor es desaparecer, hacerle caso a su novia y no volver a saber nunca más de él.

Sí, es lo mejor. Aunque sea de cobardes. Pero no quiere entrometerse en medio de una pareja y mucho menos ser la causante de una ruptura.

Tiene el ordenador delante. Lo enciende y entra en el MSN como «no conectada». Busca su dirección. Ahí está: alexescritor@hotmail.com. Pulsa sobre ella con el botón derecho del ratón: «Eliminar contacto». Duda, pero clica. Una nueva pantalla se abre. Es para verificar que realmente quiere hacerlo. Si lo ratifica, el contacto quedará eliminado de su Messenger para siempre. Para siempre.

Paula está hecha un lío. Lee una y otra vez el *nick* de Álex. «*Tras la pared. Engánchate y léelo. Puedo vivir sin aire, pero no sin la música*». No dice nada de su novia ni de su hijo. Habla solamente de lo que más le gusta, de su libro, de ese que ella misma le ayudó a promocionar el día que lo acompañó a esconder los cuadernillos. Fue divertido y romántico.

¿Fue entonces cuando se enamoró de ella? Ella no hizo nada para que eso pasara, ¿no?

Paula suspira. Recuerda el momento de la FNAC, aquel instante en el que sus labios casi se unen. Pudo suceder. Un beso. Él habría sido infiel y ella también. Ninguno lo buscó, fue cosa del destino. Pero estuvo a punto de ocurrir. Un beso.

¿Qué hace? ¿Qué demonios debe hacer?

Una lágrima se derrama caliente por su mejilla. Le habría encantado seguir conociendo a Álex, su sonrisa, sus enormes ojos castaños, su romanticismo, esa forma de decirle las cosas, de tratarla.

¡Dios!, ¿cómo ha llegado a esto?

El inesperado sonido de su móvil le asusta. Mira la pantallita para comprobar quién la llama. No puede ser. ¡Es Álex! ¡Uff!

Una nueva lágrima que cae y moja el teclado de su ordenador.

Quiere cogerlo, quiere aclararlo todo, decirle que son amigos, sólo amigos. Quiere cogerlo, pero no puede ni debe.

El teléfono sigue sonando inmisericorde, como un quejido cruel, insistente. Lo que en otro instante hubiera provocado una sonrisilla feliz, ahora significa una cosa imposible de soportar.

«¡Cógelo, cógelo!», le dice algo en su interior. No. Lo mejor es desaparecer. Va a ser padre. Va a tener un hijo con esa chica. Y ella..., ella no es nadie.

No. No es nadie.

La llamada muere.

Fin.

«Quitar también de mis contactos de Hotmail».

Pulsa en un cuadrado en blanco. Aparece una pequeña señal en verde. Sólo falta eliminarlo.

Clic.

Capítulo 74



sa noche de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Aquellas palabras...: «¡Aunque te joda, la quiero a ella, no a ti!».

Diana no puede apartar esa frase de su cabeza. Es como un martilleo constante en su mente. Pero al mismo tiempo no alcanza a creerse que lo que pasó en la casa de Mario haya sucedido de verdad. Es irreal, como un sueño, o más bien como una pesadilla de la que seguro que en cualquier momento se despertará.

Mastica la cena con desgana mientras su ordenador termina de iniciar la sesión. Ésa es una de las ventajas que tiene comer siempre en su habitación: puede hacer muchas cosas a la vez.

—Tengo que cambiar este fondo de pantalla —dice en voz alta mientras contempla aburrida el *collage* que ella mismo hizo con fotos de tíos buenos famosos sin camiseta hace ya algunas semanas.

El ordenador continúa haciendo ruidos extraños. Aún no está disponible. Acumula tanta basura en el disco duro de su PC que cada vez le cuesta más arrancar. Precisa de un formateo, pero no sabe cómo se hace. Mario seguro que no tiene ese problema. Ese estúpido es un genio para todas esas cosas, pero también es un gilipollas tratando con chicas.

Un sorbo de agua.

No debería de haberle hablado así. Si está enamorado de Paula y Paula pasa de él, ése es su problema. Ella no tiene por qué aguantar que le griten. Qué capullo. ¿Quién se ha creído que es? Todo lo que le estaba diciendo era la cruda realidad. ¿O es que mintió en algo? La típica historia: chico normalito encaprichado de la chica perfecta a la que conoce desde la infancia, pero que no le hace ni caso; mientras ella sale con todos los tíos habidos y por haber, él espera que ocurra un milagro y la princesa de sus sueños termine rendida en sus brazos.

¡Puag, qué asco! ¿Por qué su madre ha puesto endibias en la ensalada? Las detesta, casi tanto como a Mario.

¿Estará conectado al MSN?

Da igual. Si lo odia. No quiere saber más de él. Y no lo dice por decir, ¿eh? No. Está decidida a olvidarse de ese gilipollas que se ha atrevido a hablarle de esa manera.

¡Puag! ¿Más endibias? Su madre no está bien de la cabeza.

El ordenador por fin da señales de vida. Ha terminado de iniciarse.

Diana deja la bandeja con la cena a un lado y se acomoda frente al PC. El MSN

ya se ha activado automáticamente. 697 contactos. *Titití*. Empieza a aparecer una lucecita naranja tras otra en la parte de abajo de la pantalla. Uno que la saluda, aunque no recuerda quién es. *Titití*. Otro que le pide que le ponga la cara. *Titití*. ¿Y éste?: «¿Quieres cibersexo?», pregunta. «¡Já! ¡Qué estúpido salido!». No tiene ni idea de quién es, pero lo elimina. Por lo visto no sólo va a cambiar el fondo de pantalla sino que su Messenger sufrirá una buena limpieza.

Mario no está conectado. Qué más da. Tampoco le iba a hablar.

Otra lucecita naranja. Alguien más que le escribe.

—Hola, Diana, ¿estás?

¡Anda, es Álex! El tío bueno escritor amigo de Paula. ¡Qué agradable sorpresa! No le vendrá mal charlar un ratito con él para desconectar un poco.

Esa noche de marzo, en otro lugar de la ciudad, delante de su ordenador.

Paula se siente mal. Fatal. No ha bajado a cenar. Le ha dicho a su madre que no se encontraba bien y ésta le ha subido un vaso de agua con una aspirina. Luego le ha obligado a tomar un jarabe de esos que usan las madres para todo.

—Es que sales muy fresca a la calle y la temperatura ha bajado muchísimos grados. No estamos en verano.

Paula no ha discutido el diagnóstico. Sabe perfectamente que el dolor de cabeza y las nauseas no son por ese motivo. Aún no puede creerse todo lo que ha pasado en las últimas horas. ¡Ha borrado de su Messenger a Álex! Pero ¿qué podía hacer? ¡Va a ser padre con aquella chica que afirma que su amigo se ha enamorado de ella!

Uff.

Sigue conectada al MSN en modo «invisible». No le apetece hablar con nadie. Además, Ángel no está. Tampoco sus amigas. Ah, sí. Diana sí. Se acaba de conectar. ¿Cómo le habrá ido con Mario? Esos dos seguro que acaban liados. Se nota que se gustan.

Intenta sonreír con la idea, pero no puede. Enseguida vuelve a lo mismo. Es imposible olvidarse de aquella chica diciéndole todo aquello. Nunca más va a saber de Álex. Nunca más.

Ni hoy ni mañana ni...

Pero, un momento. No se acordaba de que... ¡su cumpleaños! ¡El sábado! ¡Y Álex está invitado!

Mierda. ¿Y ahora qué hace?

Esa noche de marzo, en un lugar alejado de la ciudad.

Como suponía, no le ha cogido el móvil.

No debería haberla llamado. Ahora, además de las ganas de hablar con ella, le invade una fuerte tristeza por dentro, una desolación difícil de controlar.

Álex se muere por saber algo de Paula.

¿Y si está conectada al MSN?

Sube a su habitación con el portátil, entra en el cuarto y se tumba en la cama. Lo enciende y rápidamente entra en el Messenger.

Busca entre sus amigos. Nada, no está, su *nick* aparece entre los «no conectados».

Por lo que parece, va a ser imposible hablar con Paula. Y la necesita.

La que sí aparece conectada es Diana. Quizá sepa algo.

—Hola, Diana, ¿estás?

—Sí, estoy, hola. Qué sorpresa —contesta la chica a los pocos segundos.

Álex sonríe y escribe.

—¿Cómo estás?

—Bueno, he estado mejor.

—Vaya. ¿Problemas?

—Todos los tenemos, ¿no? Pero ya casi se me ha pasado.

—Pues espero que pronto se te pase del todo.

—Seguro que sí. Gracias —responde la chica, acompañando sus palabras de un icono sonriente.

—¿Sabes algo de Paula? No está conectada.

Diana resopla. Otro que le habla de Paula... ¿No hay otro tema de conversación?

—No, no sé nada. Estuve con ella estudiando por la tarde, pero no sé dónde estará.

—Ah. Es que la he llamado, pero no me coge el teléfono.

La chica piensa un instante. ¿No había quedado Álex con Paula? Sí, por eso se fue de la casa de Mario.

—¿No ha estado contigo?

—¿Conmigo?

—Sí. Estábamos estudiando con un amigo y nos dijo que se tenía que ir porque había quedado contigo.

—Qué raro... Yo no había quedado con ella hoy.

—Sí que es raro. Me dijo, además, que tenías algo que contarle y que no sabía qué era. Estaba intrigada.

Álex se sienta en la cama, cruza las piernas una sobre otra y se pone el portátil encima. No comprende nada. Además, empieza a preocuparse.

—Yo no le he dicho nada de eso a Paula. No sé de qué me estás hablando.

Diana se frota la barbilla. ¿Le ha mentado su amiga? ¿Por qué motivo? Es muy extraño. Paula no parecía que le estuviera ocultando nada cuando le dijo que se tenía

que ir con Álex. Quizá sólo fue una excusa para dejarla a solas con Mario. No, muy rebuscado. ¿Y si le ha pasado algo?

—Álex, ¿estás seguro de que no habías quedado con ella?

—Que no. ¿Cómo me iba a olvidar de algo así?

—¿Y dices que no te coge el móvil?

—No, no lo coge.

Los dos comienzan a alarmarse de verdad. Nervios. Nada encaja en esta historia.

¿Dónde se ha metido Paula?

La respuesta no se hace esperar, porque en esos instantes en el MSN de Diana aparece conectada, pero como «no disponible» la chica desaparecida.

Esa misma noche de marzo, Paula escribe en su ordenador mientras Diana lo hace en el suyo.

«Diana, no me preguntes el motivo, pero tienes que decirle a Álex que no vaya a la fiesta que estáis preparando para mi cumpleaños. Es muy importante. Invéntate algo o no sé. Confío en ti para que me hagas este gran favor. Perdona por pedirte esto. Ya te lo explicaré todo con tranquilidad».

Paula pulsa el «enter» de su ordenador y espera la respuesta de su amiga.

Sin embargo, lo que llega es un aviso de error. «Joder». Debe de ser porque está en «no conectado». A veces sucede.

Prueba otra vez. No hay nada que hacer. De nuevo el mismo mensaje indicando que el comentario no ha llegado a su destino. Tendrá que conectarse.

Resopla. No le apetece hablar con nadie, pero es primordial que Diana haga lo posible para que Álex no asista a su cumpleaños. No pueden verse.

La chica lleva el cursor hasta el *nick* y cambia su estado a «No disponible». Se da prisa por pegar y enviar de nuevo el mensaje, pero Diana se anticipa y la saluda al segundo de conectarse.

—Hola, Paula.

Mierda. Ahora no quedaría bien mandarle el «copia y pega» de antes y desaparecer...

—Hola, Diana.

—Menos mal que apareces. Nos estábamos empezando a preocupar mucho.

—¿Y eso? —pregunta extrañada. No entiende el motivo. Además, está hablando en plural. ¿Se refiere al resto de las Sugus?

—Es que estoy hablando con Álex y me ha contado que no has ido a la cita que dijiste que tenías con él. Para ser exactos, me ha dicho que ni siquiera quedó contigo. Y que no le coges el teléfono.

Uff.

Álex se ha enterado. «¡Joder! ¿Y ahora?». No sabe qué decirle a su amiga. ¿Hasta dónde le puede explicar lo que ocurre?

Diana, por su parte, en esos instantes le escribe a Álex. Le dice que Paula ha aparecido y que está hablando con ella. Pero el chico no comprende por qué le sigue apareciendo como «no conectada». ¿Un error del MSN?

—¿Estás bien? —pregunta Diana, al ver que Paula no continúa escribiendo.

—Mira, no puedo contarte ahora lo que pasa. Tienes que confiar en mí. Ya te lo explicaré todo con detalle. Pero no le digas a Álex que estás hablando conmigo.

—¿Cómo? Ya lo he hecho. Dice que no te ve conectada.

—¡Joder! Dile que me he ido, por favor, que tenía prisa. Por favor te lo pido, Diana.

Diana hace caso a su amiga ante la alarma y la insistencia de ésta. Algo grave está pasando. Le escribe a Álex que Paula está bien, pero que se ha tenido que marchar rápidamente a cenar porque la llamaba su madre aunque ha quedado en que ya le contaría qué ha pasado. El chico no está muy conforme con la explicación, pero se resigna. Diana le pide que espere unos minutos, que tiene que llamar por teléfono a su amiga Miriam para unas cosas de clase. Miente, pero necesita hablar con Paula.

—Ya se lo he dicho, que has ido a cenar.

—Gracias, Diana. Perdona por este marrón. Te debo una.

—No pasa nada. Pero ¿qué te ha pasado con él? ¿Lo has eliminado de tu MSN?

—Sí. He tenido que hacerlo.

—¿Por qué?

—Es muy largo de contar. Ya te lo explicaré.

—Hazlo ahora. Tengo tiempo. Empieza. No me vas a dejar así.

Paula suspira. Quizá le venga bien soltarlo todo y desahogarse. Así que durante cinco minutos le escribe a Diana todo lo que ha sucedido. Ésta lee atónita y espera a que su amiga termine de contarle una historia increíble.

—¡Qué fuerte! No me lo puedo creer. ¡Qué fuerte! —exclama por fin la chica.

—¿Entiendes ahora por qué lo he eliminado?

—Sí, pero es que es todo muy raro. Álex no parece un tío infiel, aunque vete tú a saber. ¿Por qué no hablas con él?

—No puedo. Su novia me ha amenazado. Además, no quiero entrometerme en su relación. ¡Joder, que va a ser padre!

—Ya. Es complicado el asunto. No sé qué les das a los tíos, que todos se pillan de ti. Eres una acaparadora.

Entonces se acuerda de Mario, de sus sentimientos, del amor que aquel estúpido siente por su amiga. Y del amor que ella, más estúpida todavía, sigue profesándole. ¿Qué tendrá Paula? ¿Por qué todos se enamoran de ella?

—Eso no es verdad. Y no es lo importante ahora, además —protesta Paula—.

Tienes que decirle que no venga a mi cumpleaños.

—¡Coño! ¡Tu cumpleaños! Es verdad, que va a ir...

—Sí. Por eso tienes que inventarte algo para que no lo haga.

—Joder, Paula, eso sí que es un compromiso. ¿Y qué le digo?

—No sé. Que al final no se va a hacer. O que sólo vais a ir vosotras. Ni idea.

—Bueno, ya lo pensaré.

—Gracias de nuevo, Diana.

—Pero de todas formas hay una cosa que... Álex ya sabe que alguien quedó contigo en su nombre. Investigará hasta descubrir que fue su novia la que en realidad te citó. Y se montará una buena.

—¡Joder, es verdad!

—Creo que deberías hablar con él y aclarar las cosas. Es lo mejor.

—¡No! No puedo volver a verlo, Diana. ¿No lo entiendes? ¿Y si por mi culpa rompe con su novia embarazada?

—Pero él no se dará por vencido. Si en realidad está enamorado de ti, te buscará: te llamará muchas veces, te mandará mensajes. No puedes desaparecer.

—Pues es necesario que desaparezca. Y necesito que me ayudes.

Nunca había visto a Paula así. Siempre parece tan segura de lo que hace, parece que controla todo lo que pasa a su alrededor. Y ahora está en un verdadero apuro.

—Se me ocurre una cosa. Puedo decirle que me mentiste, que te inventaste que habías quedado con él.

—Mmm. ¿Y con qué motivo?

—Pues... con la excusa de dejarme a solas con Mario.

Paula responde con dos iconos a la propuesta de su amiga. En uno el muñequito amarillo sonríe de oreja a oreja; el otro es un perrito blanco al que las cejas le suben y bajan muy deprisa, repetidamente.

—No pienses lo que no es —escribe Diana, suspirando.

—Ejem, ejem. Ya me contarás qué tal con Mario. Es una buena idea. ¿Colará?

—Puede ser. De momento lo tendrás alejado. Pero no creo que dure mucho.

—Tengo que desaparecer de la vida de ese chico, Diana.

—Te comprendo. Pero sigo pensando que deberías de hablar con él.

—No puedo. De verdad que no puedo.

—¿Y si lo hago yo?

—¡No! ¡Por favor! No le digas nada de esto, por favor.

—Vale, vale. Le contaré sólo lo de Mario y me inventaré alguna cosa para que no vaya a tu cumpleaños.

—Gracias. Eres una amiga.

Las chicas permanecen unos segundos sin escribir. Reflexionan sobre el asunto, cada una en la parte que le corresponde y en la situación en la que se encuentra.

En el MSN de Diana una lucecita naranja y un «titití» que la acompaña indican que Álex le ha escrito de nuevo. La chica abre la pantalla del Messenger en la que está conversando con él.

—¿Diana? ¿Sigues ahí?

No responde inmediatamente. Debe pensar bien qué contarle.

—Diana, yo me voy. Estoy agotada —escribe Paula en la otra pantalla.

—Vale, ya te contaré cómo me ha ido.

—Gracias. Ya no es que te deba una, te debo cien.

—Bueno, no exageres. Para algo están las amigas.

—No olvidaré este favor. Buenas noches.

—Buenas noches, Paula.

Capítulo 75



sa misma noche de marzo, en una casa alejada de la ciudad.

Es muy raro lo que está pasando.

¿Cómo no ha visto a Paula conectada? No lo entiende. Aquel asunto a Álex empieza a parecerle una película de ciencia ficción. Recapitulando: Paula le cuenta a Diana que ha quedado con él. ¿Por qué motivo si no es verdad? Sin saber nada, la llama por teléfono, pero no se lo coge. ¿Cuál es la razón? Y ahora esto. Diana primero le indica que su amiga está conectada al MSN, aunque él no la ve, y enseguida dice que ya no está, que se ha tenido que ir rápidamente a cenar.

Demasiadas casualidades. Extraño. Muy extraño. Y lo que es más importante, no ha podido hablar con Paula todavía. Es como si le estuviese esquivando.

No hay que ser demasiado inteligente para saber que algo está sucediendo y debe averiguar qué es.

Álex, con el portátil sobre sus piernas, espera a que Diana regrese. Cuando vuelva va a hacerle algunas preguntas.

La puerta de la entrada de la casa se abre. Es Irene que llega tarde, lo que significa que debe haber hecho algo después de clase. Seguramente quedado con alguien, con uno de esos chicos que van con ella al curso y que se morirán de ganas por llevársela a la cama. Espera no tener que soportar ruidos de muelles y gemidos en su propia casa.

El chico oye cómo su hermanastra sube lentamente la escalera y llega hasta la puerta de su habitación. «Toc toc». Al menos esta vez se ha tomado la molestia de llamar.

—Pasa.

Irene abre y se queda en el umbral. Está espectacular, como esta mañana. Lleva aquel vestido escotado y corto que deja ver sus magníficas piernas. Sonríe.

—Hola, ya estoy aquí.

—Ya te veo —contesta con seriedad.

—Qué borde eres en ocasiones... ¿También eres así con tus fans? —pregunta la chica sin perder la sonrisa con la que entró en el dormitorio de su hermanastro.

—No tengo fans.

—Ya, seguro —dice Irene, mientras se echa el pelo hacia un lado y lo peina con las manos—. ¿Has cenado?

—No.

—Yo tampoco. ¿Cenas conmigo?

—No tengo hambre.

—¡Ay, chico, qué soso estás! Venga, te preparo algo, que tienes que alimentarte bien para poder escribir.

Álex la observa. Es difícil no hacerlo. Cada gesto que hace transmite una sensualidad desbordante. Continúa sonriendo.

—Bueno, ahora bajo. Pero no hagas nada para mí. Cena tú.

—Vale. Te espero diez minutos y, si no bajas, cenaré sola.

—Haz lo que quieras, Irene.

—Borde.

La chica cierra la puerta un poco más fuerte de lo que su hermanastro habría deseado. Seguro que lo ha hecho para molestarle. ¡Bah!

Han pasado ya más de diez minutos desde que Diana se fue.

—¿Diana, sigues ahí? —escribe impaciente.

La respuesta no llega inmediatamente. Seguirá hablando por teléfono con su amiga.

Álex comienza a perder los nervios. Algo inhabitual en él, que es una persona muy tranquila y no se altera por cualquier cosa. Pero este asunto le inquieta. Suspira profundamente.

«Titití» y una lucecita naranja.

—Sí, Álex, perdona. Ya estoy aquí.

¡Por fin! Diana ha regresado.

—Empezaba a pensar que me habías abandonado.

—¿Bromeas? ¿Cómo voy a abandonar a un chico como tú? ¿Estás loco?

Álex sonríe. Aquella chica le cae bien. Tiene desparpajo y un sentido del humor muy particular.

—Creo que estoy empezando a estarlo. ¿No te ha dicho Paula por qué no me coge el móvil?

—No. No me ha dado tiempo a preguntárselo. Se ha ido muy rápido.

—¿Y tampoco sabes por qué te dijo que había quedado conmigo?

—Bueno, algo ha insinuado. Es que estábamos en casa de un amigo estudiando y ella cree que él y yo nos gustamos. Entonces, ha dicho que se iba para dejarnos a solas.

Tiene sentido. Sin embargo, siguen sin encajar todas las piezas. Álex se frota el mentón y escribe.

—¿Y por qué precisamente te dijo que había quedado conmigo y no con otra persona?

—Pues ni idea. Cosas de Paula. Sería lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Ya —responde, sin tenerlo demasiado claro.

—Por cierto, Álex, te tengo que decir una cosa.

—Cuéntame.

—La chica con la que acabo de hablar por el móvil es Miriam. En su casa es donde íbamos a hacer la fiesta de cumpleaños de Paula. Pues resulta que al final sus padres no se van y la hemos suspendido.

Otra coincidencia. Ahora Álex ya está seguro. Algo le pasa a Paula con él... Pero tiene que tirar más del hilo para asegurarlo.

—Vaya, ¡qué mala suerte! ¿Y no hay otro lugar? Paula no se puede quedar sin fiesta de cumpleaños.

—No, no tenemos otro sitio. Seguramente nos quedemos sus tres mejores amigas por la noche en su casa y lo celebremos nosotras solas.

—¿Y si lo hacemos en mi casa?

—¿En tu casa?

—Claro. Aquí hay mucho espacio. Y aunque esté retirado de la ciudad, podéis coger un autobús y venir todas juntas. Incluso podríamos quedar en alguna parte y yo os traigo hasta aquí.

Silencio. Diana no escribe. Álex sabe que la respuesta será negativa. ¿Qué pondrá como excusa?

—No es mala idea... Pero somos muchos, no sólo Paula, las otras dos chicas y yo. Habrá mucha más gente y serían demasiadas molestias para ti.

—¿Qué va! No es molestia. Cuantos más, mejor. ¿No?

Otro silencio, éste más largo. Un minuto. Dos. Sin respuesta.

—Bueno, lo consultaré, pero no creo que sea posible, Álex —termina respondiendo.

—¿Con quién lo consultarás? ¿Con Paula?

—Con todas. Con ella también, claro.

—Entonces sí que será imposible porque parece que no quiere saber nada de mí.

El chico siente un pinchazo en el pecho cuando escribe esto. Pero es el momento de llegar al fondo de la cuestión.

—Claro que no. ¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. Paula no quiere hablar conmigo.

—No lo sé, Álex. Pero no creo que sea así.

—Yo creo que sí lo sabes, Diana.

—De verdad que no.

Álex reflexiona un instante. Quizá es cierto y esa pobre muchacha no está al corriente de lo que ocurre.

—¿Cuál es la dirección de Paula? Voy a ir a hablar con ella.

—¿Cómo? ¿Qué te diga la calle donde vive?

—Sí. Eso sí lo sabrás, ¿no? No tiene nada de malo que me lo digas.

Diana no contesta. Álex sabe el compromiso en el que está poniendo a aquella chica, pero no le queda más remedio.

—No puedo decírtelo. Compréndeme.

—¿Por qué no?

—Porque son datos personales. Es ella la que te los tiene que dar.

—Así que no me vas a hacer ese favor.

—No. Lo siento.

Los dos se quedan unos segundos sin escribir. Álex piensa. Tiene que encontrar la forma de sacarle información. Ahora está convencido de que algo le ha pasado a Paula con él y de que su amiga lo sabe.

—Diana, sé que algo pasa, que Paula tiene un problema conmigo. Y estoy convencido de que tú estás al corriente.

—Mira, Álex, yo no me puedo meter en medio de vosotros dos. Si hay un problema entre ambos, lo tenéis que solucionar vosotros.

—Así que sucede algo, ¿verdad? Lo has confesado.

—No. Yo no he confesado nada. Sólo que si Paula no te coge el móvil es problema tuyo y de ella, no mío. Yo sólo te digo que no sé nada.

—Mientes, Diana. ¿Es tan grave lo que le he hecho para que no quiera hablar conmigo?

—No lo sé.

—Vamos, Diana, cuéntame qué pasa.

—Álex, por favor. Es una de mis mejores amigas. No me hagas esto.

—Por eso tienes que decirme lo que pasa, porque quiero solucionarlo. Si no sé lo que ocurre, ¿cómo voy a arreglarlo?

—Álex, por favor. He prometido no decir nada.

—Tienes que decírmelo, Diana. No me puedes seguir mintiendo. Lo estoy pasando muy mal por esto y necesito saber la verdad. Te lo ruego.

Tensión. Instantes infinitos. Situación al límite frente al ordenador en el cuarto de Diana, sentada en una silla, con la bandeja de la cena sin terminar a su lado. Dudas. Compromiso. Secretos. En la habitación de Álex, él está en la cama con el portátil entre las piernas. Ansiedad. Incertidumbre. Nervios. Y miedo.

No hay palabras nuevas.

Pero en el MSN del chico aparece que Diana está escribiendo. Un brote de esperanza nace en él. Tal vez se ha decidido a explicarle qué es lo que pasa.

Y cerca de las diez de la noche llega la verdad. La respuesta a la pregunta de Álex en tres párrafos inmensos que Diana copia y pega en el Messenger después de haberlos escrito primero en Word: ahí está el motivo por el que Paula no le coge el teléfono, la razón por la que no la ha visto conectada y la solución al enigma de quién había quedado con ella en su propio nombre.

—Irene —susurra—. No me lo puedo creer. No me lo puedo creer —repite en voz baja, apretando los dientes.

La ira recorre todo su cuerpo. Siente rabia por dentro. Intenta contenerse, pero quiere gritar. Se reprime, aunque la furia se apodera de él. Sin decir ni una palabra, golpea violentamente la almohada con el puño derecho, luego con el izquierdo y de nuevo con el derecho.

Ahora lo comprende todo. Ahora entiende que la única culpable de que Paula no acepte ni siquiera hablar con él está viviendo en su misma casa.

—Álex, ¿estás bien? ¿Te has ido? —pregunta Diana al ver que el chico no escribe nada.

—No. Todo esto es una locura. Nada es verdad.

Mira el reloj. Es tarde, pero tiene que ver a Paula y contarle todo en persona, si no le creerá.

—Diana, necesito saber dónde vive Paula. Dame su dirección, por favor.

—Ya te he dicho que no puedo.

—Diana, por favor.

—Álex, no puedo.

—Confía en mí. Ahora no tengo ni un segundo que perder. Te lo contaré todo en cuanto pueda. Pero necesito hablar con Paula en persona. Dame su dirección, por favor.

La chica, abrumada por las palabras de Álex, escribe el nombre de la calle y el número en el que Paula vive.

—Gracias. Eres una buena amiga. Por favor, no le digas nada a Paula. Si se entera, igual ni me abre la puerta. Un beso, me tengo que ir. Ya hablaremos.

Y, sin esperar a su despedida, apaga y cierra el ordenador portátil.

Le está agradecidísimo a aquella chica. Sin ella jamás se habría enterado de los planes de su hermanastra que, sin duda, contaba con que Paula no le dijera nada, pero no con que había otra persona que sí podía hacerlo. Diana ha sido el gran fallo de Irene.

Álex busca a toda velocidad un abrigo que ponerse. Da con una chaqueta vaquera azul que se abrocha conforme baja la escalera. Mientras, piensa en cómo llegar a la casa de Paula desde donde vive. En bus y metro tardaría una eternidad. No tendrá más remedio que pedirle el coche a Irene. Uff. Casi cuatro años sin conducir. Se sacó el carné a los dieciocho y luego nada de nada. ¿Sabrá llevar el Ford Focus de su hermanastra?

Entra en la cocina. Irene muerde un sándwich de jamón y mantequilla. Observa a Álex y sonríe.

—Está bueno. ¿Quieres?

—No —responde seco.

Ahora no tiene tiempo de discutir, aunque le encantaría decirle todo lo que piensa de ella. Además, necesita su coche y debe moderarse si quiere que se lo preste.

—¿Te preparo uno?

—No, gracias. Necesito que me dejes el coche. Tengo que ir a la ciudad.

Irene lo mira sorprendida.

—¿A la ciudad? ¿Y eso?

—Tengo que ir a ver a un amigo que me ha pedido que le deje leer lo que llevo escrito del libro. Conoce a un editor y le hablará de mí —miente.

—¡Ah, qué bien!, ¿no? ¿Te llevo yo?

—Es mejor que vaya solo. ¿Me lo dejas o no?

—Bueno, no sé. ¿Cuánto llevas sin conducir?

—No te preocupes por eso, sé lo que hago. ¿Me lo vas a dejar o me voy en bus?

—Vale, vale. Espera.

La chica sale de la cocina y sube hasta el cuarto en el que está instalada. En pocos segundos aparece con las llaves en la mano.

—Toma. Pero ten cuidado, ¿eh?

—Lo tendré. Gracias.

Álex no dice nada más, camina hasta la puerta y abre. Irene lo sigue de cerca. Contempla con recelo cómo su hermanastro se sube al Ford. Le cuesta arrancarlo, se le cala dos veces, pero al final lo logra. Sin embargo, su primera maniobra es terriblemente torpe y casi se estrella contra una de las paredes de la casa al acelerar excesivamente deprisa. La chica se pone las manos en la cara. Empieza a arrepentirse de haberle dejado el coche.

—¿Seguro que no quieres que te lleve yo? —grita.

—¡No! Ya está todo controlado —responde Álex, sacando la cabeza por la ventanilla.

Poco después consigue enderezar el coche y enfilarse el camino de salida correctamente. Acelera de nuevo y desaparece por el sendero que conduce hasta la carretera principal.

Irene suspira. «¡Joder! Será un milagro que no tenga un accidente. No se lo debería haber prestado».

Pero lo que realmente no sabe Irene es el verdadero motivo por el que aquel favor no tenía que haberse producido.

Capítulo 76



sa misma noche de marzo, en un lugar de la ciudad.

—¿Una cabina para grabar? No me jodas. ¿Para grabar qué, Katia?

Mauricio torres no da crédito a lo que representada le acaba de pedir.

—Es un favor. Necesito que me consigas un estudio para mañana en la tarde.

—¿Y quién lo paga?

—Vamos Mauricio. Habla con la discográfica. Seguro que no habrá problemas de ningún tipo.

—No habría problemas si no llevaras toda la semana escaqueándote de entrevistas, presentaciones y actos promocionales. Llevo tres días con el culo al aire. ¿Sabes la cantidad de disculpas que llevo pedidas?

—No será para tanto.

—¿Que no será para tanto? Mira, Katia, no me toques los...

La chica del pelo rosa sonrío al otro lado de la línea telefónica. Le divierte alterar los nervios de su representante. Se lo imagina de un lado para otro de la habitación con una mano metida en el bolsillo y sudando a borbotones. Pero es un gran tipo, una de las mejores personas que ha conocido y de las pocas en las que puede confiar realmente. Y eso, en este mundo en el que ella se mueve, tiene mucho valor.

—Perdona. Va, Mauricio, Perdóname. Prometo portarme bien a partir de ahora.

—Pareces una niña pequeña y consentida.

—Aún soy joven. Acabo de llegar a esto. ¿No me perdonas? —pregunta con voz melosa.

—Sí, te perdono, joder.

—Gracias, eres el mejor.

Mauricio escucha un ruidoso beso en su teléfono.

—Katia, tienes veinte años. Ya no eres una cría. Y debes cumplir con una serie de compromisos que además tienes firmados. No puedes hacer lo que se te venga en gana y cuando quieras.

—Que sí, que sí. Si lo sé. ¿Y no le he hecho bien hasta esta semana? He cumplido ¿no?

—Sí, pero en este negocio hay que estar siempre al pie del cañón. Hoy todos quieren darte una palmadita en la espalda y chuparte los pies. Pero, si empiezas a fallar, lo que te darán será una patada en tu precioso trasero.

—Gracias por lo de precioso. Qué bien quedas cuando quieres.

Ya debería saber que tu éxito dura lo que tardea en llegar el éxito a otro.

—Vale, captado. Miraré la agenda y me organizaré.

—Eso espero.

—¿Mañana por la tarde tengo algo?

—No. Anulé la firma de discos en el Corte Inglés con la excusa del accidente.

—Ah, bien. Entonces, ¿me puedes conseguir la cabina de grabación?

Mauricio Torres resopla. «Estos artistas son todos iguales. Exigir, pedir, exigir, pedir». Y él pensaba que la fama no había cambiado a Katia...

—Veré qué puedo hacer. No te prometo nada.

—Bueno. Sé que lo conseguirás. Eres el mejor representante que una cantante puede tener.

—No me hagas la pelota y cumple con tus obligaciones.

—Que sí... No te preocupes.

—Pues el viernes por la noche tienes un bolo en una sala del centro. Estaba a punto de anularlo también, pero, como has dicho que vas a cumplir con tus obligaciones, no lo haré.

—¡Joder, qué coñazo!

—Es importante. Van ejecutivos propietarios de una productora de televisión. Igual te ofrecen algún papel para una serie juvenil.

—Uff. No soy actriz, no me va para nada eso.

—Bueno, tú vete. Nunca está de más rodearse de peces gordos. Y éstos son como ballenas.

—Las ballenas no son peces: son ballenas —le corrige Katia riendo.

—Mira, Katia, no me toques los...

—Ya, ya. —La chica suelta una carcajada. Le encanta provocar a Mauricio—. Bueno, hacemos una cosa.

—¿El qué?

—Tú me prometes que para mañana por la tarde tengo a mi disposición de una cabina en un estudio y yo te prometo que el viernes por la noche voy a lo de las ballenas.

—¿Chantaje?

—¿Quieres llamarlo así? Vale: chantaje.

—Pero si todo es por tu bien... En realidad, a mí me da lo mismo. Es tu carrera.

—Y tu profesión, Mauricio. Cuanto más gane yo, más ganas tú. No seas victimista.

El representante guarda silencio unos instantes.

—Está bien. Mañana tienes la cabina. Pero como me falles el viernes...

—No lo haré, no te preocupes.

—Vale, eso espero.

—Bueno, cuando sepas lo de la cabina me llamas y me confirmas.

—Ok.

—Hasta mañana, entonces, Mauricio. Y gracias de nuevo.

—Hasta ma... ¡Ah!, espera un momento, hay algo que... Espera. ¿Dónde lo he puesto?

—¿El qué? ¿Qué buscas?

El hombre murmura alguna cosa que Katia no alcanza a entender. ¿Qué haces?

—Aquí está.

—¿Ya has dado con lo que buscabas?

—Sí. Esta tarde he pasado por la discográfica y me han entregado decenas de cartas de tus fans. He abierto algunas.

—Joder, Mauricio, ya te vale.

—Si son todas iguales... La mayoría diciendo chorradas que te recuperes cuanto antes.

—Qué monas son.

—Y pesadas.

—Alguna otra.

—Bueno. El caso es que ha llegado una carta distintas que las demás. Te lo leo:

Buenos días, tardes o noches.

Para mí buenas noches, ya que le escribo cuando la luna y las estrellas me cobijan, en primer lugar, muchas gracias por abrir este sobre y perdón por las molestias causadas.

Le habrá sorprendido este envío. Es lógico. A mí también me pasaría. Me explico.

Soy un chico que pretende ser escritor. Algo difícil, lo sé, pero estoy poniendo todo mi empeño y mi esfuerzo en ello, y no sólo escribiendo, sino moviendo todo lo que esté a mi alcance para al menos tener la oportunidad de ser leído. Y quién sabe si algún día alguna editorial se fijará en todo esto.

*Lo que le mando en esta funda transparente son las catorce primeras páginas de **Tras la pared**, la historia que en estos momentos estoy escribiendo. Sólo pretendo divertir, entretener, quizá es demasiado romántico, tal vez irreal; a lo mejor infantil, juvenil, adolescente. Da igual: es en lo que ahora mismo estoy metido, y estoy satisfecho con ello. Aunque la verdad es que me queda*

mucho que aprender.

Hace unas semanas comencé a escribir una historia en Internet, en un fotolog. Pero ¿por qué no seguir intentando crecer? Usar la imaginación para posibilitar que personas conozcan lo que hago. Y en ello estoy.

*Lo que pretendo: en esta historia, la música es una parte muy importante de la trama. A lo largo de todo el libro introduzco canciones que los personajes en un momento u otro escuchan. Pero ¿por qué no una dedicada exclusivamente para **Tras la pared**? Ya sé que esto es un atrevimiento, una osadía por mi parte. No tendrá tiempo ni para respirar, así que para dedicarlo a componer una canción para mi libro, será casi un imposible. En ese «casi» sostengo mi esperanza. Contra con un tema creado por usted para mi novela sería la guinda definitiva para esta aventura.*

Cuanta más gente consiga que nos conozca a la historia y a ni, más posibilidades tendré que una editorial. Es u sueño, mi sueño, y usted está formando parte de él. Y si quiere puede colaborar.

La dirección de mi fotolog, por si le interesa, es:

http://www.fotolog.com/tras_la_pared

Y, mi MSN, para cualquier cosa que necesite: traslapared@hotmail.com o alexescritor@hotmail.com.

Nada más. Le vuelvo a pedir perdón por el atrevimiento.

Gracias por su atención y disculpas por las molestias.

Atentamente, el autor.

Mauricio torres coge aliento. Lo ha leído todo seguido, casi sin respirar.

—¡Ah, qué interesante! ¿No? —dice Katia que no ha comprendido demasiado de lo que su representante le acaba de leer.

—No está mal. Mañana te pasaré las páginas del libro para que las leas. Me resultado curiosa esta extraña iniciativa. Y osada. Pedir una canción para su historia es echarle valor al mundo. Merece que al menos lo tengamos en cuenta.

—Pues sí.

—Además hay un tema de los descartados que se adecúa perfectamente a la historia: el de *Quince más quince*.

—Mañana me lo enseñas y lo estudio, ¿vale?

—Perfecto.

—Bueno, Mauricio, te dejo ya. Acuérdate de llamarme con eso.

—No te preocupes: cumplo mis promesas. Espero que tú hagas lo mismo.

—No problem. Buenas noches.

—Buenas noches.

Katia es la primera en colgar.

Ya tiene la cabina. Le ha costado convencer a su representante. Y todo para grabar la canción dedicada a la novia de Ángel. ¡Uff! Al menos espera que el periodista pueda acudir a la grabación. Si no ¿qué sentido tiene todo aquello?

Capítulo 77



se día de marzo, por la noche, en otro lugar de la ciudad.

Se mira al espejo. Tiene ojeras. Demasiadas. Hace días que sus ojos están acompañados por una permanente sombra morada. Y no, no es producto de una feroz pelea con el matón del instituto, ni tampoco la consecuencia de una caída de bicicleta, ni tan siquiera se ha golpeado contra el poste de una portería de fútbol. El violeta de los ojos de Mario indica cansancio, tensión, problemas, falta de sueño. ¿Eso es normal en un chico de quince años?

Abre la pasta de dientes y unta un poco en su cepillo. Tiene sabor a menta, extrafuerte, aunque la intensidad de ese frescor ha ido desapareciendo a medida que el tubo se ha ido vaciando. Aún así todavía pica.

Ha sido un estúpido. Sí, cada vez tiene más claro que con los años se está volviendo más gilipollas. Cuando cumpla veinte tendrán que inventar una palabra que lo defina sólo a él y que sea sinónimo de imbécil, capullo o inútil, entre otras cosas.

¿Por qué antes le ha dicho eso a Diana?

Es cierto que lo estaba presionando, que ella no tenía derecho a hablarle así sobre su manera de actuar con respecto a Paula. Se estaba metiendo en donde no la llamaban. Si la quiere desde que era un niño y todavía no se lo ha confesado, es problema suyo. Pero también es verdad que lo que le soltó gritando no es una persona medianamente educada y cabal.

Se enjuaga la boca y escupe. La puerta entreabierta del cuarto de baño chirría levemente cuando su hermana entra.

—¡Ups, estás tú aquí! —dice Miriam, fingiendo que no se había dado cuenta de que el baño estaba ocupado.

La chica había mirado primero por el hueco que quedaba y, al ver a Mario cepillándose los dientes, decidió entrar. Está preocupada. Cuando Diana se fue de esa manera trató de hablar con su hermano, pero éste no quiso.

—Pues ya ves que sí —protesta el chico, que se vuelve a meter el cepillo de dientes en la boca.

—Bueno, pero no estás haciendo nada que no pueda ver, ¿no?

Mario no responde. Se limita a mover la cabeza de un lado a otro.

Miriam avanza hasta el lavabo. Se sitúa al lado de su hermano y coge su cepillo. El chico observa a través del espejo. No es habitual que se laven los dientes juntos. Para ser exactos es la primera vez que sucede.

—¿No me vas a decir qué te pasó esta tarde con Diana?

La chica también unta su cepillo y empieza a lavarse los dientes.

Mario vuelve a escupir.

—No. No creo que deba decirte nada.

—Ha tenido que ser algo muy gordo para que se fuera de casa de esa manera.

El chico no responde. Continúa cepillándose.

—¿Te ha preguntado si ella te gusta? Es que...

Mario se detiene al oír a su hermana y la fulmina con la mirada por el espejo.

—Porque si es eso... No sé, Mario. Si ha sido así... y estabais solos...

—Miram, ya. Para.

—No sé qué pensarás tú, pero nosotras creíamos que Diana te gustaba y... Quizá ha sido culpa de todas.

—Miriam, vale ya, ¿no?

—Es que me sabe fatal que mi hermano y una de mis mejores amigas se hayan enfadado de esa manera.

—Vale, te entiendo. Pero es cosa nuestra. Ya se arreglará.

—Eso espero.

Los dos siguen lavándose los dientes en silencio.

Mario es el primero en terminar. Suelta el cepillo en su estuche y se da el último enjuague. Remueve unos segundos el agua en la boca y escupe.

—Me voy a la cama.

Miriam se enjuaga también para poder hablarle.

—¿Ya?

—Sí. Estoy cansado, aunque no sé si podre dormir algo. Últimamente no pego el ojo.

—¿No duermes por las noches?

—Casi nada.

—Deberías de hablar con mamá del tema.

—Paso. Ya conseguiré dormir un día de éstos.

La chica observa os ojos de su hermano. Tienen un color morado muy preocupante. Parece un vampiro que acaba de salir de su ataúd. Afortunadamente, todavía se refleja en el espejo.

—¿Y no vas a llamar a Diana para aclarar las cosas?

—No.

—¿Hablarás con ella en el insti?

El chico camina hasta la puerta. Su hermana lo sigue por el cristal. ¿Ha crecido? Parece más alto. También más maduro. Las heridas curten, pero a la vez dejan secuelas que hacen que cumplas más años de los que realmente tienes.

—Buenas noches, Mario. Que descanses.

—Buenas noches.

Miram se queda sola en el cuarto de baño. Siente tristeza. Aunque la relación con Mario nunca ha sido muy cercana, no deja de ser su hermano. Y lo aprecia y lo quiere. Estaría encantada de que encontrara una chica que se convierta en su novia y, si además fuera una de sus amigas, una de las Sugus, sería fantástico. Todo indicaba que la candidata era Diana, parecía obvio, pero quizá haya forzado demasiado la situación. Quién sabe si en realidad no le gustaba, sí todo ha sido un malentendido y ahora están recogiendo las consecuencias del error. En tal caso ella también sería culpable.

Mario entra en su habitación. La pesada de Miram ya no lo deja tranquilo ni lavarse los dientes. Ella tiene parte de culpa de todo lo que ha pasado, aunque continúa que hay un responsable por encima de todos: él mismo.

Es muy incomodo sentirse así. Sabe que ha hecho algo mal, pero no ve la solución cerca. Al menos hasta mañana, cuando se encuentre cara a cara con Diana. ¿Cuál será su reacción? ¿Y la de él?

¿Cómo podían pensar que le gustaba Diana?

Aunque tiene que reconocer que la chica no está mal. Es muy torpe en matemáticas, eso sí, y no aprobaría el examen del viernes ni aunque el profesor le regala tres puntos. Pero hay más en ella de lo que creía.

Los paseos de estos días de vuelta a casa después de las clases han sido muy agradables. Y, físicamente, no es Paula, pero está bastante bien.

¡Paula! Vaya, lleva tanto tiempo pensando en Diana que se ha olvidado incluso de Paula. No tiene dudas acerca de sus sentimientos, ¿verdad? Él, de quién está enamorado es de Paula. Sí. Claro que sí.

¿Estará ahora con aquel trío? Por eso se fue, ¿no?

Un fuerte halo de tristeza le sacude con aquella idea.

—Joder —dice en voz baja, mientras se deja caer de espaldas en la cama.

Pero no es momento para derrumbarse. Debe de concluir con el trabajo con el que empezó y que tantas horas le está ocupando en la madrugada.

De un brinco se incorpora, camina hasta su ordenador y lo enciende.

Algún día puede que tenga una mínima posibilidad de conquistar el corazón de la chica que ama desde que era pequeño.

Entra en Google y escribe; «Camila letra coleccionista de canciones». Abre la pagina de la primera opción que aparece. Allí encuentra la canción y lee la letra. Es preciosa. Le recuerda tanto a Paula... Sabe que a ella le encanta este tema. Muchas veces veía en el MSN que lo escuchaba. Suspira y con el cursor marca la opción de «Copiar».

Y vuelve a suspirar.

No hay dudas, Diana no está mal, pero el amor de su vida es otro. Su Paula.

En esos momentos, Álex, que no se ha estrellado con el Ford Focus de Irene,

aparca a duras penas enfrente de la casa en la que vive la chica que le ha robado el corazón.

Capítulo 78



sa noche fría de marzo, en un lugar de la ciudad.

Toc, toc, toc.

¿Es la puerta de su habitación la que suena? ¿Quién es?

Paula se sobresalta. Estaba dormida. Por un momento creyó que alguien llamaba en su sueño. Aunque no recuerda casi nada, aquel sonido era demasiado real. Y tanto, ¡como quien está pasando de verdad...!

Mercedes abre la puerta y entra en la habitación. A continuación, enciende la luz.

—¡Mamá! ¿Qué haces? —protesta la chica, cegada, encogiéndose los ojos.

—¿Estás dormida?

—Estaba, pero me has despertado. ¿Qué pasa?

Su madre tiene una expresión extraña en la cara.

—Dímelo tú.

—¿Yo? ¿Qué quieres que te diga? —pregunta sorprendida.

—Pues me gustaría luego que me aclararas quién es el chico que está hablando abajo con tu padre y a qué ha venido.

—¿Un chico? ¿Qué dices?

—Pues lo que oyes. Es un chico mayor. No ha dicho su nombre. Se ha presentado diciendo que es amigo tuyo.

¡No se lo puede creer! ¡Ángel se ha vuelto loco! ¿Cómo se le ha pasado por la cabeza ir a verla a casa? ¡Y de noche! ¡Muy de noche! ¿Qué hora es? ¿Las once, las doce?

Paula se incorpora y, mientras se peina nerviosa con las manos, busca en el armario algo decente que ponerse. No puede salir en pijama.

—Le has dicho que espere, ¿no?

—Sí. Aunque tu padre le ha repetido una vez tras otra que no son horas para hacer una visita, el chico ha insistido todavía más. Ha dicho que es urgente. Que o habla contigo o duerme en el portal de la casa.

La chica suelta una carcajada. ¡Definitivamente su novio ha perdido los papales! ¿Qué pasará tan importante como para que ángel esté dando ese paso tan decisivo en la relación?

—No le veo la gracia.

—Perdona, mamá. No me reía de ti.

Mercedes se relaja un poco. Ha sido todo tan repentino que no sabe muy bien cómo reaccionar ante este visitante imprevisto. De la incredulidad pasó al enfado, pero

ahora lo que siente es cierta curiosidad.

—¿Es tu novio?

—Sí, mamá. Es mi novio. Del que os hablé ayer.

Paula se quita el pantalón de la pijama y se pone unos vaqueros azul oscuro.

—Pues es muy guapo. No tienes mal gusto.

La chica suelta otra carcajada. Está nerviosa. Pero que su madre haya dado el visto bueno a Ángel, al menos físicamente, le ayuda a rebajar la tensión que conlleva aquella desconcertante situación.

—Gracias. ¿Te parece guapo, entonces?

—Tiene unos ojos castaños preciosos. Son enormes.

Paula sonríe. Lanza la parte de arriba del pijama sobre la cama y se pone una camiseta roja de botones.

¿«Ojos castaños preciosos»?

—Perdona mamá, pero no te has fijado bien: Ángel tiene los ojos azules, muy azules, además.

—¿Azules? ¡Qué va! Me he fijado perfectamente. Son marrones, pero muy llamativos. Pero lo que más me gusta de él es su preciosa sonrisa.

—Estás equivocada, son azules. ¿Cómo no voy a saber yo el color de ojos de mi...?

«¿Una sonrisa preciosa? ¡Joder, no! No pude ser. ¿Ojos marrones muy llamativos? Joder, joder, joder. ¡Joder!».

Paula palidece y se sienta en la cama.

—¿Qué te pasa? ¿Te has mareado?

—No, mamá. Estoy bien. No te preocupes.

—¿Seguro?

—Que sí, que pesada.

—Bueno, bueno. Pues baja rápido, que imagino que tu padre estará sometiendo a ese chico al tercer grado. Pobre muchacho.

—Ahora mismo bajo.

—Vale, pero abróchate un poco, que se te ve hasta el ombligo. La chica mira hacia abajo y comprueba como sobresale parte del sujetador negro y rosa que lleva puesto. Murmura quejosa y se abrocha dos de los botones de la camiseta.

—¿Contenta?

—Sí, mucho mejor —afirma la madre satisfecha—. No tardes mucho.

Mercedes abandona sonriente el dormitorio. No está nada mal su yerno, el periodista. Además, a pesar de que es bastante mayor que su hija, no aparenta tener veintidós años.

Paula sigue blanca. Si no podía creerse que Ángel fuera a verla a esas horas de la noche a su propia casa, que el que haya ido a visitarla sea Álex no hay formas de calificarlo ni de comprenderlo.

Podría saltar por la ventana y huir lejos, muy lejos. O fingir un desmayo. O simplemente no bajar y esperar que su padre lo eche de casa.

¿Por qué le pasan a ella estas cosas?

En el salón de la casa de Paula, esa fría noche de marzo.

—Así, que eres periodista —inquire Paco con un tono muy poco amable.

—No, señor. Intento ser escritor —responde Álex, que acaba de sentarse, obligado por aquel hombre que lo mira con ojos asesinos.

—Ah. Escritor. Bien.

¡Escritor! ¡Menudo muerto de hambre! Ni siquiera es periodista como les dijo Paula. Un simple y vulgar cuanta cuentos. ¡Ah, no! ¡Ni eso! ¡Aspirante a cuenta cuentos! ¿Y quiere mantener de esa forma a su hija?

—Aunque también soy músico.

—Ah. Músico. Bien. ¿Y qué tocas?

—El saxofón.

—Kenny. Kenny G.

—¿Y qué ha dicho? Kenny G.

Álex no quiere discutir con aquel hombre. Bastante es que se haya presentado en su casa a esas horas de la noche queriendo hablar con su hija como para llevarle la contraria. Además, esos ojos brillantes inyectados en sangre le infunden mucho respeto. Quizá con una broma mejore el ambiente.

—Y también como Lisa Simpson.

El chico ríe tímidamente de lo que ha dicho, pero Paco no entiende la broma. En su vida ha visto los Simpson. Sin embargo esboza una sonrisilla breve y desgana.

—¿Y qué intenciones tiene con mi hija?

—¿Intenciones? Hablar. Ya se lo he dicho antes. Tengo que darle una cosa importante.

—Ya, ya lo sé.

¡Menudo coñazo de tío! Mira que ha insistido. ¡Qué pesado! Hay que reconocer que el topo es guapillo. Pero es un plomo. Su hija se merece algo mejor.

—Pues eso. Sólo quiero hablar con Paula.

—Ya.

Y, si fuera por él, desvirgarla en su propio cuarto. Con sus padres abajo oyendo. ¡Qué cara más dura!

—¿Y cómo te llamas?

—Álex.

—¿Álex?

—Sí, Álex. De Alejandro.

—Hasta ahí llego. Pero ¿no te llamas Ángel?

—No, señor. Mi nombre es Álex, no Ángel.

Paco no entiende nada. Debió de entender mal a su hija cuando les dijo el nombre del presunto novio.

En ese instante, Mercedes baja por la escalara y se sienta al lado de su marido. Sonríe al chico y éste le devuelve el gesto. Qué guapo y qué maravillosa sonrisa... Pero ¿cómo puede decir Paula que tiene los ojos azules si son castaña claro? ¿Lentillas? Es muy raro. Algunas personas que tienen los ojos marrones suelen utilizar lentillas azules o verdes para resaltar, pero nunca había visto a nadie con los ojos claros que se pusiera lentillas de otro color.

—Ya baja —susurra la mujer.

Un nuevo intercambio de sonrisas entre el invitado y Mercedes.

Y sin que dé tiempo a más, el ruido de una puerta que se cierra y el posterior de unos pasos en la planta de arriba anuncia que la espera de Álex llega a su fin.

Mira hacia la escalera y allí aparece ella.

El corazón se le acelera. Está preciosa, como siempre. Como la primera vez que la vio hace sólo seis días. ¿Cómo es posible sentir algo tan grande por una persona a la que acabas de conocer? Pes es posible. Es real y maravilloso.

Paula ve a Álex. Creía que nunca más estarían uno tan cerca del otro... o eso debería intentar. Cuando se aproxima a él, le viene a la mente aquella chica, aquellas palabras, su mano en el vientre de Irene... Una pesadilla. Y tiene ganas de llorar, pero no es el momento. Hay que calmarse sus padres están allí y lo único que puede hacer es disimular.

—Hola, Álex —saluda en voz baja.

—Hola, Paula.

—¿Álex? ¿No se llama Ángel? —pregunta Mercedes, que no puede ocultar su extrañeza.

—¡Ah, así que no sólo es cosa mía! —exclama Paco, contento por confirmar que no se ha equivocado.

—Luego os lo explico —señala la chica, mientras se pone una chaqueta que lleva en los brazos—. Hablamos afuera. Si mis padres me dejan...

—Álex y Paula miran a Paco, pero es Mercedes la que se anticipa a la respuesta de su marido.

—Vale, pero no te alejes demasiado y vuelve pronto, que es muy tarde.

Los chicos asienten y salen de la casa, Paula delante y Álex dando las gracias y despidiéndose.

Paco está rojo de furia. No comprende tanta amabilidad de su mujer. Ese individuo no la merece. Pero un dulce beso en los labios y una frase susurrada al oído le tranquilizan.

—Vamos arriba. Hay que aprovechar que la peque duerme y que la mayor no está.
El hombre ahora sonríe. Aquella es la mejor forma de olvidarse de ese aspirante a
cuentacuentos.

Capítulo 79



sa noche de marzo, instantes después, en esa parte de la ciudad.

Hace frío, diez grados o tal vez menos. No se ven las estrellas ni la luna. No es una noche de enamorados sino una noche para estar en casa, arropado con mantas y alrededor de la chimenea. Una noche de abrazos calientes que cobijen y protejan. Es una noche sin magia, oscura, de sombras alargadas persiguiéndose unas a otras, de silencio. Es una de las últimas noches invernales en la antesala de la primavera.

Álex y Paula caminan juntos. Él está tenso y no sabe por dónde empezar; ella, nerviosa con la manos unidas en el vientre, abrazándose. Tiembla.

—¿Nos sentamos allí? —pregunta el chico, señalando un banco al lado de una fuente que esta noche no funciona.

—Vale.

Álex tiene miedo de que Paula salga corriendo en cualquier momento y se encierre en su casa. Sería lógico. Irene la puso entre la espada y la pared. Ahora le toca a él ser convincente para solucionarlo todo. Le tiene que creer, no puede dejar dudas.

Se sienta en el banco, Álex en el lado izquierdo, Paula en el centro.

La mira y sonríe, pero ella no le responde. No le apetece sonreír. Piensa que aquélla es un error, que se está entrometiendo en una relación y en cualquier instante esa chica histérica aparecerá de alguna parte con un cuchillo en las manos para asesinarla.

—Diana me lo ha explicado todo —dice Álex, rompiendo el hielo.

Directo al grano. Aparta la mirada y fija sus ojos en la fuente que no hecha agua.

—Ah.

Así que su amiga no ha sido capaz de guardar el secreto. No la culpa por ello, pero sí la fastidia. A partir de ahora tendrá que tener cuidado con lo que cuenta y a quién se lo cuenta.

—Y quiero decirte que es mentira. Irene se lo ha inventado todo.

—Ya.

—Tienes que creerme Paula. Todo lo que te dijo es falso.

Paula mira entonces al chico a los ojos, esos ojos castaños embrujadores. No son tan llamativos como los de Ángel y sin embargo transmiten lo mismo. Su madre siempre dice que la belleza de unos ojos no reside en el color, sino en lo que expresan. Y los de Álex son tanto o más expresivos que los de su novio.

—¿Y por qué tu novia me soltó todo aquello?

—Irene no es mi novia, es mi hermanastra.

La chica se queda con la boca abierta. ¡Su hermanastra! ¿De verdad? De todo lo que podía poner como excusa, nunca pensó que llegaría a tanto.

—¿Tu hermanastra? ¿Me estás tomando el pelo?

—No. Te lo juro. Es la hija de la mujer de mi padre. Ha venido tres meses para hacer un curso. Se queda en mi casa porque no tiene otro sitio adonde ir en la ciudad.

—Qué lío.

—Y por supuesto no tengo una relación con ella.

—¿No está embarazada?

Álex sonríe.

—No. Al menos de mí, claro. Nunca me he acostado con ella y nunca podría hacerlo.

—Pues es preciosa.

—¿Y qué? Es un miembro más de mi familia. Aunque no tengamos la misma sangre, ella no deja de ser la hijastra de mi difunto padre.

—¿Tu padre ha muerto? Lo siento.

—No te preocupes. Hace tiempo ya de eso y he aprendido a vivir sin mis padres. Es doloroso, pero cuando terminas aceptándolo porque ellos ya no van a volver y la vida sigue.

Paula sienta admiración por Álex. Le encanta cómo habla y cómo es capaz de expresar sus emociones.

—Debió ser duro.

—Sí, pero es pasado. Y ahora no me va mal del todo. Aunque este asunto me está afectando mucho.

—¿De verdad?

—Claro. Sí no, no estaría aquí. Además me siento responsable de que todo esto haya pasado.

—Tú no tienes la culpa.

—En parte sí. No sé como mi hermanastra averiguó tu teléfono ni cómo consiguió engañarnos a los dos. A ti para que fueras a verla y a mí para no enterarme de nada.

—Si está viviendo contigo, tiene acceso a tu ordenador y a tu móvil.

—Sí, pero de todas formas ha sido muy hábil para que no me diera cuenta de lo que estaba tramando.

—Lo que no entiendo es el motivo. ¿Por qué me dijo todo eso? ¿Por qué quería apartarme de ti?

Álex suspira.

—Paula, no todo lo que te dijo Irene es falso.

—¿Ah, no?

—No. No soy su novio ni la he dejado embarazada. Pero si es cierto que... estoy

empezado a sentir algo. Me estoy enamorando de ti Paula.

Una sensación indescriptible recorre por dentro de Paula, de abajo a arriba. Un escalofrío lleno de sentimientos contrapuestos.

—Álex, no creo que sea así.

—Sí lo es. Estoy seguro de ello.

—Pero si apenas sabes cómo soy. No hemos pasado el suficiente tiempo juntos ni...

—¡Ya! No me importa. Sé lo que siento Paula.

—¡Sí nos conocimos el jueves! ¡No hace ni una semana!

—¿Y qué? No me hacen faltan semanas, meses o años para darme cuenta que me gustas. ¿Tú no crees en el amor a primera vista? ¿En los flechazos?

—Sí, pero...

—Pues eso me ha pasado contigo. Pienso en ti en todo el tiempo, no me concentro cuando escribo ni cuando toco el saxo... Y es por ti.

Los ojos de Álex lucen en la oscuridad. Brillan vidriosos por la emoción, por la confesión de sus sentimientos, por estar viviendo los minutos más importantes en toda su vida.

—Pero Álex... Yo... no puedo... Estoy con alguien.

—Ya, tienes novio.

—Sí, tengo novio.

—Me da igual.

—¿Cómo que te da igual? —El chico se pone de pie y mira a Paula directamente a los ojos.

—No me da igual, pero no voy a huir de lo que siento. No puedo hacerlo.

—Álex, tengo novio.

—Ya, pero no puedo renunciar a lo que mi corazón está sintiendo. Y menos sin pelear. Voy a luchar por ti y, si no te enamoras de mí, si no te consigo, pues procuraré alejarme. Pero quiero tener otra oportunidad.

El chico vuelve a sentarse en el banco, esta vez en el lado derecho. Los dos permanecen un rato en silencio, mirándose unas veces y esquivando las miradas, otras; pensativos.

—De verdad que no sé qué decir. Esto me ha cogido totalmente desprevenida.

—Perdona, pero tenía que decírtelo.

—Uff... No me creo que esto esté pasando.

—¿Tan malo es? ¿Te molesta tanto que este enamorado de ti?

—No es eso, Álex. Me siento halagada, pero ponte en mi situación. Es muy complicado saber que sientes eso por mí.

—¿Por qué es tan complicado? Tú no pierdes nada, sólo ganas. Tienes a tu chico y a mí. No debes escoger, sólo dejarte llevar por lo que vas sintiendo. Y si no soy yo

con la persona que quieres estar, me retiraré. Pero ahora mismo, por ti y por mí, tengo que buscar mi oportunidad.

—¿Y qué harás? No sé de qué manera actuaremos a partir de ahora.

—Pues de la misma forma que hasta hora. Siendo yo mismo y tratando de conocerte cada día un poco más.

—¿Y qué pasa con Ángel? ¿No le digo nada?

—Eso es cosa tuya, Paula. Pero no tiene por qué saber que hay alguien que siente por ti lo mismo que él. No es necesario.

—¡Uff!

Paula agacha la cabeza y se inclina. Tiene las manos en la cabeza y repentinamente se echa el pelo hacia atrás. Está hecho un lío.

Por una parte tiene a Ángel, al que quiere, está segura de eso, ama a su novio y sus sentimientos irán a más porque su relación acaba de empezar. Pero por otra parte está Álex: es simpático, muy guapo, romántico como nadie. El chico perfecto. Y dice que la quiere. Y ella... no puede negar que se siente atraída por él. No es amor, o eso cree, pero está a gusto a su lado y, cuando lo mira y sonrío, se para el mundo.

Álex se acerca a Paula. Sus piernas se tocan. La chica lo mira confusa.

—No tengas miedo —dice calmado.

Cree que no sabe. No quiere estar tan pegada a él, pero se deja llevar. Sus ojos contactan con la penumbra.

—Álex... no puedo. De verdad.

—¿Qué no puedes?

—Besarte.

El chico sonrío. No se aparta. Y extiende los brazos.

—Aunque me muero por besarte, sólo quiero que me des un abrazo.

La chica sonrío también. Y lo abraza.

Los dos cierran los ojos. Sienten sus cuerpos juntos, su calor bajo el frío de la noche. Un abrazo de sentimientos por definir, aunque inocente sin más.

O eso era lo que ellos creían en ese momento.

Capítulo 80



la mañana siguiente, un jueves de marzo, en un lugar de la ciudad.

El sonido del móvil la despierta. Es un SMS. Enciende la luz de su cuarto y lee con los ojos medio cerrados: «Buenos días, princesa. ¿Cómo has dormido? Tengo ganas de verte. ¿Quieres quedar para comer? ¿Puedes? Me apetece mucho saborear tus labios. Espero tu respuesta. Te quiero».

Paula sonrío sentada en la cama. Da gusto despertarse de esa manera, aunque aún queden cuatro minutos para que suene la alarma del despertador. Ángel es un encanto. Es afortunada por tener un novio así.

Se despereza y resopla. Luego inspira el aroma del café recién hecho que llega hasta su habitación. Su madre lleva un buen rato levantada.

¿Qué ha soñado? No lo recuerda.

¿Lo de Álex de ayer fue un sueño? No, pasó de verdad, y sus confesiones también.

Cuando se despidió de ella prometió que lucharía por una oportunidad. No la presionaría con sus sentimientos, pero tampoco iba a darse por vencido.

¿Qué cosas pasan! Lleva un montón de tiempo sin novio, sin que nadie la llamase la atención, y ahora, a la vez, aparecen dos chicos, sueño de cualquier chica, que afirman estar enamorados de ella. ¿Esto no pasa sólo en las películas y libros?

Pues no. En la vida real también surgen historias de este tipo, y ahora le está sucediendo a ella. ¡Quién se lo iba a decir! Es nada menos que la protagonista de un triángulo amoroso.

¿Triángulo amoroso? Mueve la cabeza de un lado para el otro. Alocada, alborotando su pelo suelto despeinado. Y se deja caer hacia atrás en la cama.

No hay triángulos ni cuadrados ni nada. Está con Ángel. Su novio es Ángel. Y no hay más discusión. Pero es que Álex... No. Álex es su amigo. Solamente eso. Sin embargo, no puede negar que le gusta.

¿Y si logra enamorarla como dijo anoche?

Uff.

Mira al techo, pensativa. Realmente, tiene un problema.

¿Ángel o Álex?

El despertador le da un gran susto. Ya han pasado los cuatro minutos. Se gira y lo apaga maldiciendo la hora que es. Debe de ponerse las pilas si no quiere llegar tarde una vez más. Pero antes debe de responder el mensaje de Ángel. Coge el móvil y escribe: «Buenos días, cariño. Gracias por sacarme una sonrisa desde el amanecer. Sí,

puedo ir a comer contigo, aunque a las cinco he quedado para estudiar. ¿Me recoges después de clase? Un beso. ¡Te quiero!».

Enviar.

Será muy bueno para reafirmar y garantizar sus sentimientos. Espera no meter la pata. No quiere hacerle daño y que piense que tiene dudas acerca de su relación. No, no hay dudas. Su novio es Ángel: Ángel.

Deja el teléfono en la mesita de noche y, por fin, se pone en pie.

Mira por la ventana y se sorprende al comprobar cómo una gran tromba de agua cae sobre la ciudad. El cielo está oscuro y los coches vuelan bajo la lluvia, con las luces encendidas. Los charcos se amontonan en la calzada y los paraguas desfilan por las aceras.

El clima es muy caprichoso. Hace tres días estaban soportando un calor impropio de marzo y hoy el invierno ha regresado en toda su plenitud.

Otro SMS. Ángel ha contestado muy deprisa.

Sonriente, coge de nuevo el móvil y abre el mensaje recién recibido.

«Buenos días. ¿Estás despierta? Evidentemente, sí. Si no, no estarías leyendo el SMS. ¿Sabes una cosa? Me he despertado pensando en ti. Disfruta el día. No me rindo. Un beso preciosa».

Paula se sienta en la cama, cierra los ojos y suspira profundamente. Ha sentido un escalofrío al leer el mensaje que Álex le ha mandado. ¡Qué bonito!

Pero su novio es Ángel. Ángel. Ángel. Ángel.

¿Contesta? Claro. No puede ser maleducada. Debe hacerlo.

«Buenos días. ¿Has visto cómo llueve? Igual te sirve para inspirarte. ¿No preferías la lluvia al sol para escribir? Yo me voy ya a clase, que llego tarde, como siempre. Espero que tú también disfrutes el día. Un beso, escritor».

Lo relee un par de veces antes de mandarlo. ¡Qué sosa! Pero no es conveniente actuar de otra forma. Tampoco puede darle demasiadas esperanzas. ¡Tiene novio! Así está bien.

Enviar.

Qué lío. Nunca imaginó encontrarse en una situación como ésta.

—Paula, ¿estás despierta? —pregunta su madre, que entra de repente en la habitación, sin llamar.

La chica esconde el móvil debajo de la almohada y se dirige hasta el armario.

—Sí, ¿no lo ves? Ya bajo.

—Vamos, date prisa, que te lleva tu padre a clase.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—¿No has visto lo que está cayendo? Dice que se queda más tranquilo si te lleva él al instituto.

—Vale. Enseguida bajo.

Sin prestar atención a su madre, Paula abre el armario y comienza a examinar los percheros, uno por uno. Está indecisa.

—Paula...

Mercedes cierra la puerta, pero no se va de la habitación. Hay un asunto que le preocupa.

—Dime, mamá.

—Respecto a lo de anoche..., al chico que vino a verte.

—¿Sí, qué pasa?

—¿No nos vas a contar lo que quería?

—Ya os dije, mamá. Es una migo que tenía que decirme una cosa. Ya está.

Después de que Álex se marchara, Paula entró en su casa bastante desconcertada. Lo que menos le apetecía era tener una conversación con sus padres. Sin embargo, curiosamente, no la estaban esperando. Pero diez minutos más tarde, cuando se acaba de acostar, Mercedes y Paco entraron en su habitación para preguntarle sobre aquella misteriosa visita. La chica sólo les contó que era un amigo que tenía que hablar con ella de asuntos personales. Sin detalles. A pesar de que sus padres querían saber más, era tan tarde que no insistieron.

—¿Y no vas a decirnos nada más?

No hay más que decir sobre el asunto.

La mujer se sienta en la cama y observa a la chica mientras esta elige que se va a poner. Es sorprendente lo mucho que ha cambiado en tan poco tiempo. No le extraña que vuelva loco a los chicos. Se ha convertido en una chica preciosa.

—Pero no es tu novio.

—No, mamá. Mi lo es. Mi novio es Ángel. Ya lo sabes.

—Entonces...

Paula se gira y mira a su madre. Lleva en las manos unos pantalones vaqueros marrón y un jersey de cuello alto blanco.

—Entonces, se hace tarde. Y todavía me tengo que vestir. Y no quieres que llegue tarde, ¿a que no?

—No.

—¿Me dejas entonces que me vista? Por favor —ruega con una sonrisa.

Su tono de voz es amable, simpático. No quiere ser borde con su madre, pero a veces se pone muy pesada.

—Te deajo. Ya me voy. No tardes mucho.

—Tranquila, mamá.

Mercedes se levanta de la cama, le da un beso y sale del dormitorio con la sensación de que cada vez conoce menos a Paula. Se está transformando. Ya no es una niña y, por tanto, su vida privada tampoco es la de una cría. ¡Va a cumplir diecisiete años!

Debe de confiar en ella, aunque tiene miedo de que, en esos cambios que está experimentando, alguien pueda hacerle daño.

Pero lo que no imagina Mercedes es que su hija también es capaz de hacer daño a otras personas. Los acontecimientos que se producirán en las siguientes cuarenta y ocho horas van a dar fe de ello.

Capítulo 81



sa mañana de marzo, en un lugar alejado de la ciudad.

Lo recuerda todo perfectamente, como si lo estuviera viviendo en ese instante. Su aroma, ese ligero y dulce olor a vainilla, su tacto, sus ojos... Álex tiene memorizado en su mente, segundo a segundo, lo que pasó anoche. Su piel, su voz, su abrazo. Un abrazo de significados e intenciones ¿inocentes? Sí. No hay por qué pensar otra cosa.

Descorre la cortina y mira por la ventana. Observa cómo la lluvia cae con fuerza, arañando el suelo, furiosa. Sonríe.

Coge el móvil y escribe a Paula: «Hola de nuevo. Sí, adoro que llueva. Me inspira. Pero lo que más me inspira en estos momentos es pensar en ti. Me encantas. Un beso y espero verte cuanto antes». Enviar.

Álex deja la cortina recogida y enciende la luz de su dormitorio. Está contento, más de lo habitual. El encuentro de ayer fue como si le hubieran inyectado nuevas ilusiones. Sabe que no va a ser fácil: Paula tiene novio y no está enamorada de él, pero hay una esperanza, una oportunidad por la que va a pelear. Y a eso se tiene que aferrar.

¿Por qué no va a conseguirlo?

Sin embargo, no todo es optimismo. Hay un asunto que debe resolver. Pero ahora no. Paciencia.

El escritor sale de la habitación. No se ha vestido; baja la escalera con un pantalón corto por encima de las rodillas y una camiseta de tirantes que ha usado para dormir. Entra en la cocina. Allí está Irene, soplándole a una taza de café humeante. No va tan seductora como de costumbre, aunque la camiseta blanca que lleva se ajusta muchísimo al pecho.

Cuando la chica lo ve, lo examina de arriba abajo. Contempla con devoción los músculos de los brazos y de las piernas de su hermanastro, mucho más desarrollados que en el tiempo en el que vivían juntos. Está bueno. Le vienen muchas cosas a la cabeza, pero ninguna es posible. De momento.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Aún no te has vestido? Se nos hace tarde —responde Irene, tratando de disimular el deseo que le provoca Álex.

—Hoy no voy contigo. Me quedaré todo el día en casa. Luego llamaré para anular las clases.

—Ah, ¿y eso? ¿Es por la lluvia?

—Más o menos. Además, tengo cosas que hacer aquí.

Álex se sirve una taza de café con leche y lo calienta en el microondas. Irene no pierde detalle y se muerde los labios. Es una tentación enorme vivir bajo el mismo techo que él y una pena no poder disfrutarlo todo lo que quisiera. Poco a poco. Algún día.

—¿Fue todo bien anoche con tu amigo?

El chico tarda en comprender a lo que se refiere su hermanastra, pero reacciona a tiempo.

—Sí, muy bien. Todo perfecto.

—¿Y el coche? ¿Te dio muchos problemas?

—Ninguno. Es muy sencillo de conducir. Gracias por dejármelo.

—No tienes por qué dármelas. Hay confianza. Aunque, si te soy sincera, temí que te estrellaras por ahí.

—Pues ya ves que no. Estoy de una pieza.

«¡Y qué pieza!», piensa la chica. Está buenísimo. Con esa camiseta de tirantes que se le pega al cuerpo no puede ser más *sexy*.

—Te esperé un rato, pero, al ver que no llegabas, me fui a dormir. Estaba cansada.

—No tenías que esperarme. Pero gracias.

El café está listo. Álex lo saca del microondas y da un primer sorbo. Excesivamente caliente.

—Bueno, yo me voy ya —comenta la chica echando una última ojeada a la parte trasera del pantalón corto de su hermanastro.

—Vale. Que tengas un buen día.

—Seguro que sí.

—Seguro.

—Además, hoy no tengo clases por la tarde, así que vendré a comer. ¿Estarás?

—No lo sé. Posiblemente.

—¿Comemos juntos?

—No sé a la hora que comeré.

—Vale, vale. No insisto más —protesta, sin perder el buen humor con el que se ha despertado—. Me voy, que llego tarde.

—Adiós, Irene.

La chica sonríe y sale de la cocina.

Instantes más tarde, Álex oye cómo arranca el motor del Ford Focus y luego se aleja. Se ha quedado solo en casa.

Esa misma mañana de marzo, en un lugar de la ciudad.

Otra noche sin dormir. ¿Cuántas van? Muchas. Pero al menos, gracias a su

insomnio, ha terminado lo que se propuso hace unos días.

Mario camina por la calle bajo un pequeño paraguas marrón oscuro; va despacio, reflexivo, solo. Su figura se refleja en los innumerables charcos que se han ido formando a lo largo de la madrugada y con los que se ha encontrado la ciudad al amanecer.

Es muy extraño cómo se han ido desarrollando los acontecimientos. Ésta iba a ser la semana de la verdad, en la que de una vez por todas le confesaría sus sentimientos a la chica que lleva tanto tiempo amando, y ya es jueves y aún nada de nada. Es más: han surgido otros asuntos que no entraban entre sus planes, hechos imprevistos, desconcertantes. Una circunstancia tras otra se ha ido interponiendo en su camino. Por ejemplo, el enfrentamiento con aquella metomentodo tozuda y descarada.

Dana, en realidad y a su pesar, ha ocupado su mente casi toda la noche. Más que Paula. No se siente muy bien con lo que le dijo y le ha dado muchas vueltas a su comportamiento y al de la chica. ¿Conclusiones? Ninguna fiable.

La lluvia arrecia ahora y el chico tiene que encorvarse un poco para que no se le moje la mochila que lleva colgada en la espalda. Acelera el paso. El instituto está cerca, pero, si no se da prisa, se calará.

¿Y si Diana se ha enamorado de él?

Lo que le soltó ayer en su habitación fue producto de la presión a la que lo estaba sometiendo. Fue un calentón, no pensaba lo que decía, pero ¿y si fuera verdad? ¿Y si Diana estuviera decepcionada porque quien le gusta es Paula y no ella?

No sabe si quiere averiguarlo.

En cualquier caso, tiene que pedirle perdón y arreglar aquel problema cuanto antes para poder volver a centrarse en Paula y en la manera de mostrarle que es de ella de quien está enamorado.

Capítulo 82



sa misma mañana lluviosa de marzo, en otro lugar de la ciudad.

En la radio del coche comienza a sonar *See you again*, de Miley Cyrus. Paco la oye, gruñe y cambia la emisora.

—¡Hey, no la quites! Me gusta esa canción —se queja airosamente Erica, que asoma su cabecita entre los asientos delanteros.

El hombre refunfuña, pero le hace caso a su hija y vuelve a sintonizar la cadena de antes. Cuando esa pequeña quiere algo, es mejor no llevarle la contraria. Bastante tiene con soportar aquel tremendo tráfico. Coches entrando y saliendo, apareciendo de todas partes, saltándose las normas, con prisas. Es hora punta. Además, la lluvia impide que la circulación sea más fluida.

Mientras Erica trata de tararear la canción de Miley Cyrus y agita su cuerpecito al ritmo de la música en la parte de atrás del coche, Paula permanece en silencio en el asiento del copiloto. No ha dicho ni una palabra en todo el trayecto. De vez en cuando mira el reloj. Está segura de que una vez más llegará tarde al instituto, pero no le importa demasiado. Tiene otras cosas más importantes por las que preocuparse ahora mismo. Ha recibido otro SMS de Álex, de nuevo encantador. No le contestará, aunque le apetece muchísimo hacerlo. Es imposible olvidarse de lo que le está pasando: dos chicos, a cual mejor, enamorados de ella. Pero uno es su novio y el otro sólo un amigo. Eso es lo que cuenta.

Su padre la mira de reojo. Apenas han hablado en los últimos días. Sigue enfadado. ¿Por qué? Ni él mismo lo sabe. La realidad es que su hija tiene novio, uno demasiado mayor, y al que ha conocido por Internet. ¿Cómo se puede fiar de él? Y encima, lo de anoche. ¿Quién sería aquel tipo que fue a visitarla? Paula no les ha contado nada, ni parece que vaya a hacerlo. ¿Le pone los cuernos al novio con el otro? Uff. No es fácil ser padre. Resopla y busca algo en uno de los bolsillos de la chaqueta que ni siquiera se ha quitado cuando ha subido al coche. Allí está.

Paula observa a su padre y se sorprende al ver que se está encendiendo un cigarrillo.

—Papá, ¿qué haces?

—¿No lo ves?

—El otro día ya te fumaste un cigarro, no habrás empezado a fumar, ¿verdad?

El hombre no responde. Abre un poco la ventanilla y expulsa el humo fuera del vehículo.

Erica, que se ha alarmado con las palabras de su hermana, vuelve a asomarse

entre los asientos delanteros.

—¿Estás fumando, papá? —pregunta la niña con expresión de incredulidad. Nunca había visto a su padre hacerlo.

—Sí, sí, estoy fumando. ¿Qué pasa?

Erica no puede creérselo. No sabe mucho del tema, pero ha oído que eso es lo peor del mundo. Incluso que la gente se muere. Los ojos enseguida se le humedecen y le entran muchas ganas de llorar.

—Pero si tú no fumas. Lo dejaste —insiste Paula, a la que tantas y tantas veces sus padres le han advertido que no lo haga.

—Pues sí, he vuelto. ¿Algún problema?

—¿Y eso? Siempre me estáis diciendo que no fume, que es una tontería.

—También te hemos dicho muchas veces que nos cuentes las cosas importantes que te pasan. Y no lo haces.

—Sí que lo hago.

—Ya. Por eso nos hemos tenido que enterar por la televisión de que tenías novio. Y ese chico de anoche, ¿quién demonios era?

Paula no dice nada. Mira hacia delante y contempla cómo la lluvia cae con fuerza sobre el asfalto.

—Papá, yo no quiero que te mueras.

La vocecilla de Erica llega débil y llorosa desde el asiento trasero.

Paco frena en el semáforo en rojo y se gira. La pequeña tiene los ojitos rojos y sorbe por la nariz.

—Tranquila, cariño, no me voy a morir —trata de calmarla el hombre, apaciguando el tono de voz que antes había usado con su hija mayor.

—Estás fumando. Y, si fumas, te mueres. Lo he escuchado. Y yo no quiero que te mueras.

—No me va a pasar nada. Te lo prometo.

—No fumes.

El hombre suspira. Da una última calada al cigarro y lo arroja por la ventanilla. Luego vuelve a mirar a la pequeña y sonrío.

—¿Ves? Ya está. Ya no fumo.

Erica comprueba nerviosa que su padre no le miente y que no ha hecho ningún truco para quedarse con el cigarro. Parece que es verdad, que lo ha tirado por la ventanilla. Ya está más contenta. Se seca las lágrimas con la manga del jersey rosa que su madre le ha obligado a ponerse. Ella quería uno azul.

Paula abre la mochila y saca un pañuelo de papel. Se gira y se lo da a su hermana. La niña lo coge y se suena la nariz. Está más tranquila. Pero ahora tiene una nueva curiosidad.

—Paula, ¿tú te das besos con tu novio? —suelta de repente.

El padre es el primer sorprendido con la pregunta de Erica. Su hermana mayor también se ha quedado boquiabierta, no sabe qué decir. ¿Qué responde?

—Pues...

En ese momento, Paco sube el volumen de la radio. Ha empezado a sonar otro tema, también en inglés. Es mucho más estridente que el anterior y no sabe ni quién lo canta.

—Erica, ¿no te gusta esta canción?

La cabeza de la pequeña aparece una vez más en el hueco entre los asientos de delante.

Presta atención, pero no reconoce el *Somebody told me*, de The Killers.

—No. No me gusta.

—¿Que no te gusta? Pero si es muy bonita...

El hombre sube el sonido ante la mirada atónita de Paula, que cree que su padre se ha vuelto loco.

—¡No, no me gusta! ¡Quítala! —grita Erica disgustada.

—Pero si...

—¡Cámbiala! ¡Que no me gusta!

Paco busca otra emisora en la que pongan música. Parece que la pequeña ya se ha olvidado de la pregunta que le ha hecho a su hermana mayor. Menos mal. No quería oír la respuesta.

—¡Deja! ¡Deja ésa!

El hombre no se lo puede creer. En otra cadena están emitiendo *See you again*, de Miley Cyrus. ¡No! ¡Otra vez!

Paula entonces no puede evitar una carcajada. Su padre la mira y también sonrío. Ella se da cuenta y le corresponde. Tregua.

Con la voz de Miley Cyrus en el coche, más relajados, continúan el camino hacia el instituto, donde una vez más Paula llegará tarde.

Capítulo 83



sa mañana de marzo, en un lugar cercano de la ciudad.

¡Por fin llega al instituto!

Faltan pocos minutos para que comiencen las clases.

Mario cierra el pequeño paraguas marrón y lo agita para tratar de que se seque un poco. Las gotitas caen al suelo, una tras otra, ante la airada mirada de la conserje que observa cómo todos los que entran en el edificio repiten lo mismo. El chico se da cuenta de aquellos ojos inquisidores que le están fulminando y se encoge de hombros. ¿Qué puede hacer si no?

En los días de lluvia todo se magnifica, se hace más grande. Hasta parece que haya más gente. El alboroto es mayor y el murmullo constante de voces que retumba en los pasillos incluso es más alto que de costumbre. Y, por supuesto, el mal carácter de la conserje alcanza su nivel máximo.

Mario camina hasta su clase. Intercambia algún saludo con alumnos de otros cursos. Otros chicos pasan a su lado sin hacerle caso: o no le han visto o no lo han querido ver. Tampoco le preocupa. Está acostumbrado, así es el instituto. Además se va acercando el momento en el que se encontrará con Diana. Es posible que ya esté en el aula. Nervios. Aunque ha pensado mucho sobre ese momento, no tiene las ideas demasiado claras. Exactamente, no sabe lo que le va a decir. Sí, le pedirá perdón, eso está claro. Y espera que ella también lo haga, porque no sólo él se pasó, ella también lo hizo. Y mucho. Así que espera que, entre unas cosas y otras, todo se arregle y vuelva a la normalidad.

Pero ¿y si no es así? ¿Y si Diana es tan cabezota que sigue en sus trece e insiste en el tema de Paula? Ella es la única que conoce la verdad, sus sentimientos. Y aunque no cree que le diga nada a nadie, no puede evitar cierta desconfianza. También puede suceder que ayer se enfadara tanto que termine soltándose todo a sus amigas. ¡Incluso a su hermana! ¿Y a Paula? ¿Se lo habrá contado ya al resto de las Sugus? Uff, no quiere ni imaginarlo...

—Buenos días, Mario. ¿Cómo estás?

Sin darse cuenta ha llegado a la puerta de su clase. Es Cris la que le da la bienvenida. ¡Una de ellas! Se sobresalta, aunque trata de disimular y no pensar más en lo de antes.

—Buenos días. Bastante mojado.

La chica sonrío. Es curioso, tiene una bonita sonrisa y sus ojos castaños también son muy dulces. Nunca se había dado cuenta. Quizá Cristina es la Sugus menos

popular de todas: viste bien, es mona, simpática, pero no tiene el carisma de Paula ni el descaro de Diana ni la personalidad de Miriam. Por eso pasa más desapercibida al lado del resto del grupo.

—¿Y tu hermana? ¿No viene contigo?

—¡Qué va! Estaba pintándose todavía. Ahora vendrá. Si no se da prisa, llegará tarde. ¿Estás tú sola?

—Bueno, no ha llegado ninguna de las Sugus, si es a eso a lo que te refieres. Diana no ha llegado aún. Y Paula ya sabes cómo es, llegará tarde.

Cris vuelve a sonreír. El chico le corresponde y a continuación entran juntos en el aula.

Los dos llegan en silencio al final de la clase, pero no al rincón donde se sientan las cuatro Sugus, sino al extremo contrario, donde lo hace Mario. Deja el paraguas en el lateral, al lado de la pared, y se quita el chubasquero.

—¿Qué tal ayer? ¿Estudiasteis mucho?

—Bueno, lo que pudimos.

Parece que Cris no sabe nada de lo que ocurrió ayer por la tarde en su casa. Diana no le habrá contado nada y parece que Miriam tampoco. Mejor así. Y a todo esto, ¿dónde está Diana? No es una buena estudiante e incluso se salta clases, pero suele ser puntual a primera hora. De hecho, le gusta estar unos minutos antes de que suene el timbre para cotillear lo que sus amigas hicieron el día anterior y observar detalladamente lo que se han puesto para vestir.

—No es fácil. Creo que suspenderé.

—¿No lo llevas bien?

—No, me lío mucho con las derivadas.

Mario está a punto de decirle que, si quiere, se una a ellos para estudiar por la tarde, pero enseguida lo piensa mejor y no lo hace. Si es difícil estar a solas con Paula y Diana, otra chica más sería el fin. Aunque, a decir verdad, Cris es la más tranquila de todas y seguramente no daría problemas.

—Ánimo. Si te pones en serio, seguro que te terminan saliendo. No es tan complicado.

—No lo sé. Tampoco le he dedicado tanto tiempo como debería. Me aburre.

—Si no te gustan las Matemáticas, es lógico. Sonríen.

¿Es la primera conversación que mantiene a solas con Cris? Juraría que sí. Siempre está rodeada por las otras o, para ser más exacto, ella es la que rodea a las otras. Nunca va sola. Es la cuarta pata de la mesa y, sin las otras tres, se siente coja. Pero en realidad es una conversadora muy agradable.

—¿Te has enterado de lo del cumpleaños de Paula?

Mario arquea las cejas. No sabe de lo que está hablando.

—¿Lo de la fiesta sorpresa en mi casa?

—Sí. ¿Te lo ha dicho ya tu hermana?

—Bueno, lo que sé es...

En ese instante, Miriam chilla el nombre de Cristina desde la puerta de la clase. La chica se despide rápidamente de Mario y avanza hasta su amiga. Dos besos y un abrazo.

El chico las contempla desde su asiento. Suspira. Hay cosas que son inevitables.

Y llega a dos conclusiones: que una pata de la mesa con quien mejor se siente es con otra pata de la mesa y que su hermana también grita más fuerte en los días de lluvia como aquél.

Capítulo 84



sa mañana de marzo, en un lugar de la ciudad.

«Cerrada». Ésa fue la primera palabra que Ángel escuchó cuando llegó hace un rato a la redacción de la revista. Luego su jefe le besó en la frente y lo abrazó como si fuera su propio hijo. Jaime Suárez está muy satisfecho con el número que saldrá en abril y que de madrugada se encargó de finiquitar. Hoy no durmió en casa, ni en casa ni en ninguna parte, porque ni tan siquiera durmió: era una tradición que cumplía a rajatabla el último día antes de mandar la publicación a imprenta.

—¡Será un éxito sin precedentes! ¡Que tiemblen los de la Rolling y los de los Cuarenta! —gritaba enloquecido, triunfante, caminando nervioso de un lado para otro. La entrevista y la magnífica portada de Katia garantizaban muchas ventas; Jaime calculaba que más del doble que las que habitualmente tenían. El esfuerzo y el trabajo de la pequeña redacción de su revista sin duda tendrían su recompensa. Y quién sabe si con aquel número la publicación despegaría y se haría un sitio importante entre las revistas musicales del mercado.

Ángel, sin embargo, no se muestra tan entusiasmado. Sonríe cuando su jefe se le acerca y le piropea. Hasta ha chocado los cinco con él. Pero algo en su interior no le permite estar todo lo feliz que debiera.

Durante la noche le ha dado muchas vueltas al regalo de Paula. ¿Ha hecho bien pidiéndole a Katia que le dedicara la canción a su novia?

No está seguro. A ratos se arrepiente de haber sido tan atrevido, pero en otros imagina lo contenta que su chica se pondrá cuando escuche *Ilusiones mi corazón* exclusivamente para ella.

—Ángel, ¿estás haciendo algo?

Jaime Suárez está a su lado con una sonrisa de oreja a oreja. No lo ha visto llegar.

—No, don Jaime. Miraba el planillo del mes de mayo —contesta el chico, intentando aparentar tranquilidad.

Es lo que tiene el mundo del periodismo: no se ha terminado con una cosa cuando ya se está empezando con otra. Y en una revista mensual se trabaja a contrarreloj. Por eso en el mes de marzo ya se prepara lo que va a salir en el de mayo.

—Así me gusta. Llegarás lejos. Esto te queda muy pequeño ya.

—Estoy muy a gusto aquí.

—Bueno, bueno, eso es porque también te tratamos muy bien, ¿no?

Ángel sonríe y asiente con la cabeza.

—Claro, don Jaime.

—Bien, bien —dice el hombre, que prepara el terreno para soltarle una noticia impactante a su joven pupilo—. Entonces estás contento aquí con nosotros, ¿no?

—Mucho.

—Bien, bien.

El hombre se frota la barbilla dándose importancia. Ángel se da cuenta y le sigue el juego.

—¿Tiene algo que contarme, don Jaime?

—¡Oh! Tienes un gran sexto sentido —reconoce, como si se sorprendiera de que el joven periodista haya descubierto que tiene algo que decirle—. Eso es muy importante en nuestra profesión. Fundamental. Pues sí, quería decirte algo. Has hecho un trabajo excelente en este mes y, como recompensa, si todo va como esperamos con el número de abril, quiero aumentarte el sueldo.

Ángel lo mira incrédulo. No esperaba algo así.

—¿Ah, sí?

—Sí. Estás haciendo una labor extraordinaria, trabajando muchísimo y haciendo horas extras que ni te corresponden. Te lo mereces. Y además...

Jaime Suárez se inclina y teclea en el ordenador de Ángel una dirección electrónica. Da al enter y luego anota una contraseña en un barrita que está en blanco, y señala algo con la mano en la pantalla.

—¿Ves? Es la página web de la revista. Sólo cuenta con un par de meses de existencia y no recibe demasiadas visitas. Pero el director piensa potenciarla a partir de abril.

—¿El qué, don Jaime?

—Esta columna que ahora está llena de publicidad. La borramos y... ¡ya está! En este espacio libre quiero que escribas una columna de opinión.

—¿Quiere que escriba una columna de opinión en la página web?

—Sí. Siempre que tú quieras, claro. Por supuesto que se te remunerará como es debido. Aquí no se hacen las cosas gratis. Y si alguien tiene que llevarse más dinero, ese vas a ser tú. ¿Bueno, qué me dices?

Ángel está en blanco. Una subida de sueldo y una columna de opinión en Internet. No esperaba nada de esto.

—Vaya. Me siento halagado. No sé cómo agradeceréselo.

—Pues con que sigas escribiendo como hasta ahora, me vale. Además, esto te puede abrir puertas y que gente importante se fije en ti.

—Gracias, don Jaime. No le defraudaré.

—Claro que no. Sé que lo harás muy bien. Sólo espero que te acuerdes de este viejo director cuando seas un tipo famoso.

—¿Cómo podría olvidarle, jefe? Eso es imposible.

El hombre trata de no emocionarse con las palabras del chico. Su imagen de tipo duro y malhumorado podría quedar en entredicho.

—Vale, vale. Menos peloteo. Mira, he pensado que para empezar podrías escribir sobre Katia.

—¿Sobre Katia?

La sorpresa de Ángel es mayúscula. Parece que una vez tras otra su camino y el de la cantante del pelo rosa se entrelazan.

—Sí, así aprovecharíamos el tirón y la revista se beneficiaría.

—¿Y qué escribo sobre ella que no haya escrito ya?

—No lo sé, eso es cosa tuya. Pero creo que la has conocido bastante en estos días, ¿me equivoco?

—Bueno...

El periodista se pone un poco nervioso. No cree que su jefe esté refiriendo a nada sexual a pesar de guiñarle un ojo y emitir una estúpida tosecilla. ¿O tal vez sí?

—Podrías hablar de cómo es como persona, qué te ha transmitido, alguna anécdota. No sé, algo personal, que parezca que ella y tú sois íntimos.

—¿Íntimos? ¿A qué se refiere?

—¡Joder!, no seas malpensado. No estoy hablando de que dé la impresión de que os acostáis juntos sino de que sois colegas, amigos desde hace tiempo.

—Pero si sólo la conozco desde hace una semana.

¡Sólo una semana y la de cosas que han pasado en ella! Si su jefe supiera...

—Ángel, una de las misiones del periodista es que las cosas que sean ciertas, se vean como ciertas, y las que no lo son, lo parezcan. No hablo de que mientas, sino de que adaptes la realidad. ¿Comprendes?

—Más o menos.

—Estoy seguro de que te saldrá muy bien.

El hombre le da dos palmaditas en el hombro y se aleja canturreando, feliz por haber dado otra lección periodística.

Ángel lo observa. Es todo un personaje. Su jefe es capaz de dirigir él solo la revista y además sabe cómo enganchar a sus trabajadores e incentivarlos. Es un periodista de la vieja guardia y gracias a él puede aprender muchos secretos de la profesión.

Bien, no ha comenzado mal la mañana: mejora de sueldo y nueva sección. No está mal. Aunque ahora y de improviso tiene una nueva tarea: escribir una columna de opinión sobre Katia. No será sencillo mezclar información, realidad y subjetividad. ¿Por dónde empieza? Pero, como si el destino estuviera esperando el momento adecuado, su teléfono móvil suena. Evidentemente, no podía ser otra.

—Hola, Katia. Buenos días.

—¡Buenos días, Ángel!

Parece feliz. ¿Eso es bueno o malo? Algo le dice al periodista que habrá de todo.

—¿Cómo estás?

—Muy bien. Tengo buenas noticias. Acabo de hablar con Mauricio y me ha conseguido una cabina en un estudio para esta tarde a las seis.

—¿En un estudio? ¿Cómo lo ha hecho?

—Una cadena de favores, como la película. Es mejor no preguntar demasiado.

—Muchas gracias, pero no quería ocasionarte tantas molestias.

—No sido nada del otro mundo, no te preocupes. Eso sí... —La chica duda un segundo en cómo continuar, pero enseguida se lanza—, me encantaría que vinieras conmigo.

«Uff, la cadena de favores sigue en funcionamiento», piensa Ángel.

—Pero ¿qué pinto yo allí, Katia?

—Bueno, el CD es para tu novia. Si no pintas tú, ya me dirás...

La cantante parece algo ofendida. Y tiene razón. Es normal que acuda al estudio durante la grabación del tema y no sólo a recoger el CD una vez que esté terminado.

—Está bien, iré.

—¡Genial! ¿Te recojo en tu casa o en la redacción?

El chico suspira. Mejor en casa. Si vuelven a ver a Katia en la revista los rumores se dispararían hasta quién sabe dónde.

—En casa.

—Perfecto. Entre las cinco y cuarto y las cinco y media estaré en tu piso.

—Vale.

—Será divertido.

Silencio.

Ángel vuelve a suspirar. ¿Por qué no se le ocurriría otro regalo? Aquello lo hace por Paula y por ver la cara que se le queda cuando escuche *Ilusionas mi corazón* con su propio nombre. Pero hay cierto riesgo.

—Katia, perdona. No puedo hablar mucho más. Estoy en la redacción, con un artículo entre manos. Ya nos vemos esta tarde.

—Muy bien. Entre cinco y cuarto y cinco y media me pasaré por ti. Que te sea leve el trabajo. Un beso.

—Un beso.

Cuelgan.

Ángel se levanta de su silla y camina hasta la ventana. Sigue lloviendo.

En su rostro se refleja la preocupación y la incertidumbre. Sólo espera no meter la pata y que no sucedan hechos como los que en días anteriores han pasado. ¿Estará haciendo lo correcto?

En unas horas tendrá la respuesta.

Capítulo 85



sa lluviosa de un jueves de marzo, en un lugar de la ciudad.

Fin de la tercera hora, de la clase de Historia. El profesor se ha pasado la hora entera hablando sobre algunas de las circunstancias que tuvieron lugar durante la Segunda Guerra Mundial. Parecía entusiasmado, enardecido, como si él hubiera estado allí, viviendo el desembarco de Normandía o la batalla de El Alamein. Aunque, en realidad, pocos han sido los que han atendido pues la mayoría de alumnos lo que deseaba era que el recreo llegara cuanto antes. Son minutos que se hacen eternos: parecen de ciento veinte segundos o de ciento ochenta, una pesadilla... Hasta que, por fin, suena el timbre salvador y se desata la euforia colectiva con un alboroto ensordecedor y ruido de mesas arrastrándose.

Mario se levanta de la silla y se dirige a la esquina del otro extremo del aula. Allí, tres cuartas partes de las Sugus celebran la media hora de respiro.

Paula es la primera que ve a su amigo.

—Ahora la voy a llamar otra vez —le dice, cuando llega junto a ellas.

—Vale.

La chica saca el teléfono de la mochila de las Supernenas y marca el último número al que llamó hace menos de una hora.

Mario está inquieto. Diana no ha ido a clase en toda la mañana, así que no se ha podido disculpar. Lo más extraño es que su móvil está apagado. Sus amigas la llamaron en el descanso entre la primera y la segunda clase y en el de la segunda a la tercera. Pero nada: seguía desconectado. En esos minutos, Miriam le contó a Paula y a Cris que ayer por la tarde Diana había discutido con su hermano y se había marchado de su casa casi llorando aunque ella no sabía el motivo. Preocupadas, antes de la clase de Historia, las chicas fueron hasta la mesa de Mario a preguntarle qué había pasado. Él no les explicó las razones del enfado, pero sí les dijo que, si la localizaban, lo avisaran.

—«El número al que llama está apagado o fuera de cobertura» —repite Paula, imitando la voz femenina que oye al otro lado de la línea.

—Vaya... ¿Qué le ha podido pasar? —pregunta Miriam mientras coge el almuerzo que tiene en una pequeña bolsita blanca: un zumo de piña sin azúcar y una barrita de cereales.

—Ni idea. Pero seguro que no es nada importante. Ya aparecerá —añade Paula sonriéndole a Mario.

El chico no las tiene todas consigo. Espera no ser el culpable de la ausencia de

Diana. Quizá anoche debió llamarla y disculparse.

—Bueno, yo os dejo. Si sabéis algo, luego me lo decís.

—Vale. Si nos enteramos de algo, te avisaremos.

Mario da las gracias y sale de la clase caminando serio y pensativo hacia el patio. Ha parado de llover, aunque el cielo continúa amenazador.

Las tres chicas también abandonan el aula, pero en dirección opuesta. Los primeros escalones de la escalera que conduce hasta las clases de segundo de Bachiller están libres. Allí se sientan.

—Vaya, parece muy afectado —comenta Cris.

—Sí. No sé por qué se enfadaron ayer. Es muy raro. Tú estabas con ellos, ¿no notaste nada raro? —pregunta Miriam a Paula.

—No, nada fuera de lo normal. Tu hermano nos explicó lo de las derivadas y Diana se quejó de que no se enteraba de nada. Se enzarzaron un par de veces, pero no para que se fuera como nos has contado.

—Sigo pensando que todo esto es rarísimo. Y me siento algo culpable. Quizá se pelearon por algo relacionado con lo que le dijimos a Diana —insinúa Miriam, que es la que más preocupada parece.

—¿Que se gustaban?

—Sí. Tal vez Diana se lanzó y no salió bien. O algo así.

Las tres reflexionan sobre el asunto unos segundos.

—Puede ser. La machacamos mucho con el tema. Pero no me puedo imaginar qué pudo pasar en esa habitación después de que yo me marchara para que la cosa terminara de esa forma. Creía que, al dejarlos solos, se liarían o hablarían de lo que sentían el uno por el otro.

—Y es posible que eso fuera lo que pasará: que Diana le dijera algo a mi hermano y que éste le diera calabazas. Aunque yo era la primera convencida de que a Mario le gustaba Diana.

—Yo también lo creía —señala Cris.

—¿Pero creéis que por eso iba Diana a faltar a clase y a desconectar el móvil? —pregunta la mayor de las Sugus.

—Cuando anoche hablé con ella, no me contó nada y no parecía que estuviera tan mal.

Miriam y Cris miran a su amiga sorprendidas.

—¿Hablaste con Diana anoche por teléfono?

—No, por el Messenger. ¿No os había dicho nada?

—¡No! —responden casi al unísono las dos.

Paula entonces duda si explicarles a sus amigas lo que sucedió la noche anterior. Álex ha estado rondando en su cabeza toda la mañana, pero no estaba segura si debía contárselo todo a las chicas. Éste podría ser un buen momento para hacerlo.

—Pues sí, hablé con ella. Es que ayer fue un día muy movidito.

Y comienza a relatarles la historia. Durante varios minutos Miriam y Cristina escuchan incrédulas lo que Paula les narra como si de un cuento de los Hermanos Grimm se tratase: los mensajes falsos de Álex, el encuentro con Irene, la conversación con Diana y, finalmente, la visita de noche del escritor a su casa, en la que le declaró lo que sentía.

—Tendrían que escribir una novela con tu vida —comenta Cris cuando Paula termina de hablar.

—Tampoco es para tanto.

—Yo creo que si alguien leyera esa novela, pensaría que esas cosas no pasan en la vida real y que el escritor tiene demasiada imaginación —insiste Miriam.

—La realidad siempre supera a la ficción —añade Cristina, que se ha puesto de pie para dejar pasar a uno de los chicos mayores que regresa a clase. Falta muy poco para que el timbre vuelva a sonar.

—Dejadlo ya, ¿no? No sé para qué os cuento nada.

Miriam sonríe y abraza a su amiga. Luego la besa en la mejilla.

—Si es que eres una rompecorazones. Todos los tíos van detrás de ti. Y no me extraña, con lo buena que estás.

Y vuelve a besarla, esta vez con achuchón incluido.

—¡Qué dices! ¡Anda, cállate!

Otros dos chicos de segundo pasan por su lado y se quedan mirándolas como si pensarán: «¡Cómo están las de primero!». Paula y Miriam se dan cuenta y se sonrojan. Cris, que sigue de pie, ríe y saluda tímida a los chicos que continúan subiendo la escalera.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer? —pregunta Miriam, que se levanta del suelo.

—¿Con Álex?

Paula también se incorpora. Se encoge de hombros y suspira.

—Lo mejor va a ser cuando se junten los dos en tu fiesta de cumpleaños y los presentes.

—Uff, calla.

—Pero tú quieres a Ángel, ¿no? —interviene Cristina.

—Claro. Estoy enamorada de él, es mi novio. Álex es sólo un amigo al que ni siquiera conozco bien. Pero...

—¿Pero?

—No sé. Esto no es nada fácil para mí. Álex es muy agradable, guapo, muy romántico, inteligente. Vamos, el chico perfecto.

—¡Joder! ¡Preséntanoslo ya! —grita Miriam.

Paula arruga la frente, aunque sonríe. Si Álex saliera con una de sus amigas, sería el fin del problema. O tal vez éste se incrementara todavía más.

—En mi cumpleaños os lo presentaré.

—Bien. Si tú no lo quieres, para una de nosotras.

—¡Qué loba eres, Miriam! Te pareces cada vez más a Diana.

—Capulla.

Miriam intenta golpear con el pie el culo de Paula, pero ésta la esquiva.

—No, en serio. Es un tema complicado. Y no sé qué pasará.

—Te entendemos —dice Cristina.

—Y lo que más me inquieta de todo es que Álex parece convencido de que tendrá su oportunidad.

—Y eso te está haciendo dudar entre ambos.

—No lo sé. Si piensa eso es que cree que puede llegar a conquistarme. Y aunque yo quiera a Ángel, y mucho, esta situación me supera. Estoy hecha un lío.

—Pero si tú quieres a Ángel cien por cien, no deberías tener ese lío hecho, ¿no?

—No lo sé, Miriam, no lo sé. Sé que lo quiero. Pero Álex se ha cruzado en el camino y no sé si me gusta.

El timbre suena indicando que el recreo se ha acabado. Las chicas lo oyen y guardan silencio hasta que para. Ha sido como el punto final de la conversación.

Las tres entran en clase y comprueban que Diana sigue sin aparecer. Tampoco sabrán de ella en lo que queda de mañana.

Capítulo 86



Esa mañana de marzo, en un lugar de la ciudad.

Si la miras de cerca, te cautiva. Si la miras a los ojos, a sus celestes ojos, ellos te embrujan, te seducen, te enamoran. Y es que Katia donde más gana es en las distancias cortas.

Ángel relee unas cuantas veces el primer párrafo que ha escrito en su nueva columna de opinión en Internet. Se pone de pie; se sienta; se vuelve a levantar... Mira la pantalla del ordenador inclinándose y apoyando las manos en la mesa. No, no le convence. Fatal. Y lo borra todo.

Mierda.

No va a resultar sencillo escribir sobre Katia de la forma que su jefe le ha pedido. Han pasado demasiadas cosas entre ellos dos y eso influye. ¿Cómo dejar a un lado la parte más personal, la que contiene los besos, las palabras, los encuentros, las verdades y las mentiras?

Pero en eso consiste su profesión, ¿no? Un buen periodista debe alejarse lo máximo posible de sus propios sentimientos: escribir sobre todo y por encima de todo. Algo así como ocurre con los abogados, que tienen que defender a personas que saben que son culpables. A él no le va toda esa porquería partidista y frívola con la que se sustentan hoy en día los medios de comunicación. Lo suyo es el periodismo puro, aunque sin dejar de aportar su estilo fresco y renovador. Y si tiene que opinar acerca de algo, como ahora, no va a dejarse llevar por las circunstancias ocasionales. Por tanto, toca enfriar emociones, congelarlas, para demostrar que es capaz de enfrentarse a ese reto como un verdadero profesional.

Esa misma mañana de marzo, en un lugar apartado de la ciudad.

—Entonces, ¿no hay problema?

—En absoluto, Álex. ¡Qué cosas dices! ¡Estaré encantado!

El chico sonríe satisfecho: problema resuelto. No esperaba menos del señor Mendizábal, sabía que podía contar con él.

—Pues muchísimas gracias por este gran favor. Le debo una muy grande.

—En este caso creo que soy yo el que te la debe a ti.

El viejo suelta una carcajada y luego tose aparatosamente.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Álex, preocupado por la incesante tos del hombre.

—Sí, sí, cosas de la edad y de la emoción —responde una vez que consigue restablecerse.

—Tiene que cuidarse.

—Que sí, no te preocupes, hombre.

—Bueno, no le molesto más. Nos vemos mañana. Ah, y pídale disculpas de mi parte a todos por lo de las clases.

—No hace falta. Les diré que se vayan a jugar al póker o a la pocha. Son unos auténticos enfermos de las cartas.

—Gracias de nuevo, Agustín.

—No tienes por qué darlas. Hasta mañana, Álex.

—Adiós, hasta mañana.

El hombre también se despide de su profesor de saxofón y cuelga el teléfono.

Tema zanjado. Dos pájaros de un tiro.

Álex mira el reloj. Aún le quedan cosas por hacer y tiene que darse prisa antes de que Irene regrese a casa.

Esa mañana de marzo, en un lugar de la ciudad.

Las clases le están resultando muy aburridas a Irene esa mañana. Hasta insufribles en algunos instantes. Tiene muchas ganas de terminar e irse a casa, con Álex. Es una suerte que precisamente hoy no tenga curso por la tarde y que él haya decidido no bajar a la ciudad. Es el destino. Quizá hasta puedan comer juntos. Y luego...

Tal vez sea una buena ocasión para intentar acercarse más. Sí. Es el momento: atacará.

Se estremece sólo de pensarlo. Piensa cómo será estar entre sus brazos, rodearlo, besarlo una vez tras otra, por todo su cuerpo, hasta devorarlo completamente. Uff.

No lo va a dejar escapar: una vez que lo tenga, será suyo para siempre.

Además ya no hay peligro. Esa estúpida niñata seguro que no vuelve a aparecer después de lo ayer. Qué ingenua. Sí, muy guapa, muy mona, muy jovencita, pero tan tonta como inocente. Álex se merece algo muchísimo mejor. A ella.

Sin esa Paula de por medio, ya no existe ningún obstáculo que se interponga entre ambos. Y, sin duda, eso no lo va a desaprovechar.

Esa mañana de marzo, al terminar la cuarta clase.

No se levanta.

Desde su asiento mira hacia la puerta con la esperanza de que aparezca, pero sus deseos son en vano. Diana no ha ido en toda la mañana a clase y parece complicado que ya lo haga.

A cada minuto que pasa, Mario se arrepiente más de su comportamiento de ayer. No le debió decir aquello. Nunca se había sentido así de mal.

¿Dónde se habrá metido esa chica?

Sólo espera que la causa de su ausencia no tenga que ver con aquella discusión.

¡Qué estúpido fue y qué gran impotencia supone el no poder arreglarlo!

Eso le pasa por no pensar las cosas dos veces antes de hacerlas y soltar lo primero que se le viene a la cabeza.

¿Dónde estará Diana?

Esa mañana de marzo, justo después de que acabe la quinta clase.

—Sigue apagado o fuera de cobertura. Paula aparta el móvil de la oreja al oír el mensaje que tantas veces ha escuchado a lo largo de la mañana y lo guarda de nuevo en la mochila de las Supernenas.

—Que no venga a clase es raro, aunque tratándose de Diana todo es posible. Pero lo más extraño es que lleve toda la mañana con el móvil desconectado. Es impropio de ella —señala Miriam.

—No tendrá ganas de hablar —indica Cristina.

—O estará enferma y no querrá que la molesten —apostilla Paula, que mira hacia el otro extremo de la clase donde está Mario.

Tiene el semblante serio, triste. Su amigo parece realmente desolado. Algo muy fuerte tuvo que ocurrir ayer cuando se fue de su casa. Y ella que pensaba que esos dos se gustaban... ¿Por qué se pelearían?

—Ah, Paula, una cosa que no te hemos dicho todavía.

—Dime, Miriam.

—Mañana por la noche, ¿puedes quedarte a dormir en mi casa?

—¿En tu casa?

—Sí. Cris, Diana y yo hemos pensado que, como el sábado es la fiesta de tu cumple y también querrás estar con tu familia durante el día, no vamos a tener tiempo para celebrarlo nosotras solas. Así que podríamos hacer una fiestecilla las cuatro mañana por la noche en mi casa. Ya le he pedido permiso a mi madre y me deja. No creo que tus padres te digan nada, ¿no?

—No lo sé. Últimamente no les tengo demasiado contentos. Pero no, no creo que haya ningún problema. Aunque pensarán que he quedado con Ángel.

Miriam reflexiona un instante y luego mira de reojo a Cristina.

—Hablaré yo con tu madre y así no tendrás problemas. Le diré que te quedas en

mi casa a dormir.

—No hace falta, Miriam, pero gracias.

—Que sí, que sí. No vaya a ser que no te dejen a última hora y se nos fastidie la cosa. Las Sugus tenemos que celebrar tus diecisiete por todo lo alto.

—Bueno, como quieras.

—Tengo su móvil, luego la llamo.

El timbre suena anunciando que la última clase del día comienza.

Las chicas dejan de hablar y se sientan cada una en su respectiva mesa.

El profesor de Matemáticas es puntual. Entra en el aula a saltitos, como si estuviera bailando una danza tribal y cierra la puerta. A continuación, coge una tiza y escribe en la pizarra: «Mañana es el principio del fin y el fin de un principio. Sobrevivir».

Las Sugus leen la frase. No la entienden demasiado bien. Paula incluso la susurra: «El principio del fin...».

Y mientras las chicas y Mario dan su última clase de Matemáticas antes del examen, y Ángel escribe su columna de opinión en Internet sobre Katia, e Irene conduce su Ford para encontrarse con Álex, que a su vez en esos instantes baja la escalera de su casa cargado con una pesada maleta, Diana por fin cierra los ojos después de una noche y una mañana en constante tensión.

Capítulo 87



sa tarde de marzo, en un apartado lugar de la ciudad.

El cielo oscuro anuncia una inminente tormenta. Irene conduce a toda velocidad para llegar a casa lo antes posible, y no por miedo a que un fuerte temporal descargue sobre ella sino porque está deseando ver a Álex. ¡Qué ganas! Unas primeras gotitas empiezan a inundar el cristal delantero de su Ford. Activa el parabrisas y pisa el acelerador. Ya queda poco.

Desvío hacia la izquierda y carretera secundaria hasta el camino que lleva hacia la casa. Piedras, tierra, pero sobre todo barro. La lluvia ha puesto aquel sendero en pésimo estado.

A lo lejos, ya divisa su hogar para los próximos meses. ¿Meses? Quién sabe si no será para toda la vida. Aunque si ella tuviera que elegir preferiría un piso en el centro. Un piso grande, espacioso, con una cama de matrimonio enorme en el dormitorio y un *jacuzzi* para bañarse con Álex y darse interminables masajes con chorros de agua a toda presión. Un sueño que se hará realidad. Seguro.

Por fin llega a su destino. Con aquella tormenta y el cielo negro de fondo, la casa tiene un aspecto misterioso, como de una película de terror. Sí, decididamente cuando viva con su hermanastro se irán a un piso en el centro de la ciudad.

Aparca el coche y baja rápidamente. Está empezando a llover más y las gotas son cada vez más gruesas. Un trueno. Corre hasta el portal donde saca la llave de su bolso y la mete en la cerradura. No se abre. Lo prueba de nuevo, pero con la misma suerte. La examina bien para comprobar que es la llave correcta. No se ha equivocado, ésta es la que le dio Álex. Qué raro. Tras varios intentos, desiste y llama al timbre. Nadie. ¿No está? Pero si le dijo que hoy no iría a ninguna parte...

Vuelve a llamar. Empieza a impacientarse. De pronto se oye el cerrojo de la puerta. Álex le abre. Sigue vestido con la camiseta de tirantes de esta mañana. Va descalzo, sólo con calcetines. Por eso no lo oyó llegar.

—Hola. ¡Uf, la que va a caer! —dice la chica entrando. No pierde ni un solo detalle de su torso. Qué bueno está. No puede esperar al momento de echarse sobre él y besarle. Quiere ser suya, que la posea y ser poseída.

—Sí, eso parece —responde escueto.

El chico cierra la puerta y camina detrás de su hermanastra. Otro trueno.

—Oye, no sé qué le pasa a mi llave que no he podido abrir. Por eso he llamado al timbre.

—He cambiado la cerradura.

—¿Por qué?

Álex no contesta y entra junto a su hermanastra en el salón. Entonces a Irene se le hiela la sangre. En el suelo están todas sus maletas. Parecen llenas.

—Son todas tus cosas —se anticipa a decir el joven.

—¿Por qué has metido mis cosas en las maletas?

—Te vas.

—¿Que me voy? ¿Adónde?

—Pues te vas de mi casa.

—No entiendo qué quieres decir.

—Está muy claro, Irene. Ya no vives aquí.

—¿Me echas? —pregunta con los ojos muy abiertos, sin apenas poder respirar.

—Llámalo como quieras. La cuestión es que no quiero que sigas viviendo en esta casa.

—Pero ¿por qué? ¿Qué he hecho yo?

Álex la mira a los ojos.

Irene entonces lo comprende todo. Ha descubierto lo de Paula. Esa niñata ha tenido al final más ovarios de los que pensaba y le ha contado lo que pasó anoche.

Mierda.

—¿Y todavía tienes la cara dura de preguntarlo?

—No he hecho nada malo.

—Mentir y extorsionar a una amiga mía poniendo en peligro nuestra amistad, ¿no es nada malo?

—Bah, no exageres.

—¿Que no exagere?

Álex agarra dos de las maletas, se calza las zapatillas de estar por casa que tiene en el salón y sale de la habitación. Irene lo sigue.

—Venga, Álex. ¡Perdóname! No ha sido para tanto. Sólo quiero lo mejor para ti.

El chico suelta las maletas junto a la puerta y se gira bruscamente.

—¿Lo mejor para mí? Tú estás loca; tienes un problema.

—En serio. Quiero lo mejor para ti y esa niña no lo es.

—¿Quién eres tú para decirme qué es y qué no es lo mejor para mí?

—Tu hermana.

—Hermanastra. Her-ma-nas-tra —repite Álex, totalmente fuera de sí.

—Somos familia. Vivimos juntos.

—Provisionalmente.

—Yo te quieto.

—Tú te quieres sólo a ti misma. Y lo que le has hecho a esa pobre chica y lo que me has hecho a mí no tiene ningún tipo de perdón.

Álex abre la puerta. Vuelve a coger las maletas del suelo y sale de la casa.

Ahora llueve muchísimo. El cielo parece que se va a romper en cualquier momento.

El chico camina hasta el Ford y deja las maletas junto al vehículo.

—¿¡Abres esto!?! —grita.

Irene está en el umbral. Lo mira con el rostro desencajado. Sus planes han salido mal. Inmóvil, no responde. Sólo ve cómo su hermanastro anda hasta ella y le arrebató el bolso. No lo impide, y tampoco que coja las llaves del coche. No vale la pena luchar ahora mismo.

Álex entra y sale de la casa cargado con todos los enseres de Irene hasta que guarda todo el equipaje de su hermanastro en el coche. Cuando termina, sube al cuarto de baño y regresa con una toalla. Mientras se seca el pelo y los brazos, Irene lo contempla sin hablar. Está completamente perdida.

—Bien, ya está todo metido en el coche. Cuando quieras, puedes irte.

—¿Adónde voy a ir? No tengo ningún sitio.

—Ya había pensado en eso. Como no quiero que te quedes en la calle, he hablado con Agustín Mendizábal y estará encantado de tenerte en su casa durante estos meses que dura el curso.

La chica gesticula con las manos sorprendida e incrédula.

—¿Quién es ése? ¿El viejo de la copistería?

—No hables así de él. Me dio trabajo y me ha ayudado mucho en estos meses.

—No me voy a ir con ese viejo verde. ¿Estás loco?

—Pues deberías hacerlo. Don Agustín es un buen hombre. Y te tendrá como a una princesa. Tiene mucho dinero y no te faltará de nada.

—No me voy a ir a vivir con él. ¡Ni muerta!

—Pues tú sabrás lo que haces.

Álex se quita la camiseta y se empieza a secar con la toalla.

Su hermanastro lo observa y se muerde los labios. Tiene unas ganas inmensas de llorar. Pero ella no llora: es fuerte y lo va a demostrar una vez más.

—Lo hice por ti, Álex. Paula es una niña todavía y tú tienes veintidós años.

—Eso no es cosa tuya. Y tu comportamiento no tiene justificación.

Irene está en el umbral. Lo mira con el rostro desencajado. Sus planes han salido mal. Inmóvil, no responde. Sólo ve cómo su hermanastro anda hasta ella y le arrebató el bolso. No lo impide, y tampoco que coja las llaves del coche. No vale la pena luchar ahora mismo.

Álex entra y sale de la casa cargado con todos los enseres de Irene hasta que guarda todo el equipaje de su hermanastro en el coche. Cuando termina, sube al cuarto de baño y regresa con una toalla. Mientras se seca el pelo y los brazos, Irene lo contempla sin hablar. Está completamente perdida.

—Bien, ya está todo metido en el coche. Cuando quieras, puedes irte.

—¿Adónde voy a ir? No tengo ningún sitio.

—Ya había pensado en eso. Como no quiero que te quedes en la calle, he hablado con Agustín Mendizábal y estará encantado de tenerte en su casa durante estos meses que dura el curso.

La chica gesticula con las manos sorprendida e incrédula.

—¿Quién es ese? ¿El viejo de la copistería?

—No hables así de él. Me dio trabajo y me ha ayudado mucho en estos meses.

—No me voy a ir con ese viejo verde. ¿Estás loco?

—Pues deberías hacerlo. Don Agustín es un buen hombre. Y te tendrá como a una princesa. Tiene mucho dinero y no te faltará de nada.

—No me voy a ir a vivir con él. ¡Ni muerta!

—Pues tú sabrás lo que haces.

Álex se quita la camiseta y se empieza a secar con la toalla.

Su hermanastra lo observa y se muerde los labios. Tiene unas ganas inmensas de llorar. Pero ella no llora: es fuerte y lo va a demostrar una vez más.

—Lo hice por ti, Álex. Paula es una niña todavía y tú tienes veintidós años.

—Eso no es cosa tuya. Y tu comportamiento no tiene justificación.

—Ya te he pedido perdón.

—Lo siento, pero no puedo perdonarte ahora mismo.

Las palabras de Álex hieren de verdad a Irene.

La chica recupera otra vez su bolso y le sonrío.

—No tenéis ningún futuro juntos —sentencia.

Álex no responde.

Entre el ruido de la lluvia, que golpea con virulencia el suelo y un nuevo trueno que irrumpe imperioso en el cielo oscuro, Irene abandona la casa.

Se sube en el Ford Focus y cierra violentamente la puerta del conductor. Nerviosa, enciende la radio. Suena *Medicate*, de Breaking Benjamin. Irene pisa el acelerador con rabia.

Conduce a toda velocidad, adelantando a un coche tras otro. No quiere pensar en nada, sólo pisar el acelerador, ir más deprisa. Pero entonces de reojo se ve en el espejo retrovisor y, pese a su fuerza de voluntad, no puede impedir que una amarga lágrima resbale por su mejilla. Por primera vez en su vida ha sido derrotada.

Capítulo 88



se mediodía de marzo, en un lugar de la ciudad.

Bajo un paraguas azul marino, Ángel espera en la puerta del instituto a que su chica salga de clase. Tiene muchas ganas de verla. Ha sido una gran idea la de quedar para comer juntos. Le gustaría que eso pasara con más frecuencia, pero Paula estudia y vive con sus padres y él trabaja. Y, como dice su jefe, un periodista no tiene horarios. Así que toca resignarse y tratar de aprovechar cualquier momento que pase con ella.

Irán a un restaurante mexicano. No está seguro de cuándo ni por qué salió el tema, pero recuerda que Paula le contó una vez por el MSN, en una de sus largas conversaciones de todo, que le gustaba mucho la comida picante, pero nunca había ido a un restaurante mexicano. Él conoce uno muy bueno y que no está demasiado lejos de allí. Menos mal, porque la lluvia arrecia. Incluso se han escuchado algunos truenos. Además, la temperatura ha bajado muchísimo. ¿Están a menos de diez grados? Es increíble que el tiempo cambie tanto en tan pocos días. El clima es como las relaciones, va por rachas y nunca se sabe lo que va a acontecer en la semana siguiente. Hoy brilla el sol y mañana el cielo se vuelve del color de las hormigas. Y tal vez es mejor así, porque si no todo se tornaría rutinario y previsible.

¡El timbre!

Los alumnos más impacientes salen a toda velocidad casi antes de que termine de sonar. Uno de esos chicos está a punto de chocar con un hombre que permanece a su lado y que, junto a su hija pequeña, también lleva un rato esperando de pie debajo de un gran paraguas negro. Ángel sonríe al escuchar las quejas del señor. La niña lo mira sorprendida y se pone la mano en la boca al oír un taco. El hombre entonces le pide perdón y se agacha para darle un beso. Ella acepta no muy convencida, pero se lo devuelve.

Siguen saliendo chicos, pero aún no aparece Paula.

Ya hace algunos años que todo aquello terminó para Ángel. Años que quedaron muy atrás, demasiado atrás. Y siente cierta añoranza al observar a un grupo de quinceañeros desinhibidos, sin paraguas, dejando que la lluvia los empape. No tienen preocupaciones; algunos, ni tan siquiera la de estudiar. Otros lo harán la última noche antes del examen. Las tres chicas del grupito se le quedan mirando, sonríen y comentan alguna cosa entre ellas. No lo conocen, pero estarían encantadas de hacerlo.

En cambio, los chicos que van acompañándolas, que deben de ser sus novios, no se alegran precisamente cuando ven a Ángel. Lo examinan de arriba abajo y sus

miradas son despectivas. Cuando pasan a su lado abrazan a sus respectivas parejas con más tuerza. Uno besa a su novia apasionadamente en los labios bajo el aguacero. Luego vuelve a mirar a Ángel desafiante y sigue caminando introduciendo una mano en el bolsillo trasero del pantalón de su chica.

—Descarados. Qué juventud —murmura el hombre del paraguas negro, que presencia la escena.

Su hija pequeña también se da cuenta y hasta se le escapa una sonrisilla. Nunca había visto un beso en la boca de cerca y, a decir verdad, le produce un poco de asco.

Ángel, por su parte, no da importancia a lo sucedido y sigue pendiente de la puerta del instituto.

Por fin, alguien conocido: Miriam. También sale Cris y detrás de ellas... ¡Paula!

Está preciosa. Lleva el pelo más ondulado que de costumbre, por la humedad. Aún no se ha dado cuenta de que está allí. La chica mira a un lado y a otro hasta que visualiza a su novio. Sonríe y saluda con la mano.

Pero en un instante su sonrisa desaparece. Su rostro refleja incredulidad. ¿Qué le pasa? Le comenta algo a sus amigas y abre el paraguas. Las chicas se despiden de ella, pero no se mueven de la puerta.

Ángel decide esperar a que llegue hasta él. No entiende por qué Paula se ha puesto tan seria.

De pronto, la niña pequeña que está con el hombre del paraguas negro sale corriendo hasta Paula. Ésta la abraza y le da un sonoro beso en su carita sonrosada. El chico ahora lo comprende todo, pero no sabe cómo reaccionar. Inmóvil, contempla cómo su novia se acerca hasta donde está.

—Hola, papá —saluda Paula y besa al hombre del paraguas—. Hola, Ángel.

Paco contempla confuso al chico que lleva junto a él más de diez minutos y cómo su hija le proporciona un suave beso en los labios.

—Ho... hola —tartamudea Ángel, después del beso.

—Pero...

El hombre no se puede creer lo que acaba de presenciar. Erica también está boquiabierta. ¡Su hermana le ha dado un beso en los labios a ese chico!

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Paula a su padre, tratando de mostrarse lo más natural y tranquila posible, aunque, en realidad, le tiemblan las piernas.

—He... venido a recogerte. Como... llovía tanto...

—Gracias, pero no hacía falta. Había quedado con Ángel para comer. Ahora os iba a llamar para avisaros. Por cierto, ¿os conocéis?

Los dos se miran asombrados.

—De..., de vista. Desde hace diez minutos más o menos. Aunque no sabía que era tu padre —responde el periodista, intentando tranquilizarse.

—Ah, pues os presento. Ángel, éste es Paco, mi padre. Papá, éste es Ángel, mi

novio.

Padre y novio se estrechan la mano con la que no sujetan el paraguas.

—Encantado —se apresura a decir Ángel.

—Igualmente —responde, todo lo sereno que puede, Paco.

Sonrisas forzadas. No es una situación cómoda para ninguno.

—¡Eh! ¿Y yo qué?

La pequeña Erica refunfuña bajo el paraguas de su hermana. Ángel se agacha y le sonrío.

—Hola, soy Ángel. ¿Me das un beso? —le pregunta.

—Yo me llamo Erica García —responde la niña, extendiendo su mano derecha.

«Es alto y guapo, pero lo de los besos es para los mayores», piensa Erica.

Ángel suelta una pequeña carcajada y estrecha la mano de Erica, a la que, aunque le ha caído bien aquel chico, le cuesta entender de qué se ríe.

Después de las presentaciones, los cuatro caminan hasta el coche de Paco bajo sus respectivos paraguas.

—¿No vienes a casa entonces?

—No. Había quedado con Ángel. Comeré fuera.

El hombre no está muy de acuerdo, pero no quiere discutir delante de aquel chico. Lo que le tenga que decir a Paula, lo hará a solas. ¡Y son muchas cosas las que le tiene que decir! Llegan al coche.

—¿Y por qué no viene Ángel a comer a casa? —pregunta Erica, que se ha metido ahora en el paraguas del periodista.

Todos miran a la niña.

—No, princesa. Nosotros, hoy, comemos fuera.

—Yo quiero que Ángel venga a comer a casa —insiste la pequeña.

Le encantan los invitados. Siempre que va gente a comer a casa, su madre hace unos postres riquísimos.

—Otro día, cariño.

—Hoy. ¡Quiero que sea hoy!

Paula y Ángel se miran.

Paco, a su vez, piensa deprisa. Si comen en su casa, no se atreverán a hacer nada, tendrán las manos quietas. Y, además, así podrá conocer más a ese tipo que dice que es el novio de su hija.

—Pues no es mala idea la de Erica. Podría venir a casa a comer —suelta por fin el hombre.

—¿Qué?

—Seguro que le encantará cómo cocina tu madre y así también lo conoce. Además, con este tiempo, ¿dónde vais a estar mejor?

Ángel y Paula se vuelven a mirar. El chico se encoge de hombros y asiente con la

cabeza. Le gustaría pasar la tarde con su chica a solas, pero no es plan de llevarle la contraria a su padre.

—Por mí, vale.

—¿Qué? ¡Pero si íbamos a comer fuera!

—Ya iremos otro día. No te preocupes.

—¡Bien, bien! —grita la pequeña, agarrándose a la pierna de Ángel.

—Pues no se hable más —comenta Paco mientras entra en el coche.

Erica abre una de las puertas de atrás y también se mete dentro del vehículo. Paula cierra su paraguas y le habla al oído a Ángel.

—¿Estás seguro?

—Sí, no te preocupes. Será divertido.

—¿Divertido?

—Claro, ya verás cómo lo pasamos bien. No te preocupes por mí.

Y, sin decir nada más, besa a su chica en los labios y se mete en la parte de atrás del coche. Erica, cuando lo ve, esboza una gran sonrisa: está encantada de compartir asiento con su nuevo amigo y se arrima mucho a él.

Paula suspira y también entra en el coche.

—¿Estamos todos? —pregunta Paco, echando un vistazo por el retrovisor.

—¡Sí! —grita la niña.

Y, de esa forma, el coche arranca bajo la intensa lluvia que sigue cayendo en la ciudad rumbo a una comida inesperada para todos.

Capítulo 89



se mediodía de marzo, en el hogar de los García.

Primer y único plato: lentejas.

Ángel rezaba para que la amabilísima madre de Paula no hubiera hecho lentejas para comer, pero sólo hay que desear algo con mucha fuerza para... que no se cumpla.

—Mamá, a Ángel no le gustan las lentejas —indica Paula con una sonrisa antes de sentarse a comer.

—Pero si están riquísimas.

—Pero a él no le gustan —repite la chica.

Su novio la mira avergonzado. Luego la mirada se desplaza hasta Mercedes. Se sonroja. ¡Vaya comienzo!

—Lo siento, es que no las soporto desde pequeño.

—No te preocupes, ahora te preparo otra cosa. Sentaos vosotros en la mesa. Ahora iré yo.

—¿No quiere que la ayudemos?

—No hace falta, pero muchas gracias.

Paula agarra de la mano a su chico y se lo lleva de la cocina.

—Empezamos bien —le susurra al oído.

—No pasa nada, hombre. Mi madre seguro que tiene un plan B.

—Qué desastre.

Juntos entran en el comedor. Allí ya ocupan sus asientos Paco y la pequeña Erica, que examina con curiosidad al invitado. Es muy alto y, aunque no entiende mucho del tema, parece guapo. Casi tanto como aquel amiguito suyo que le quita la plastilina en clase y que también se llama Ángel y tiene los ojos azules.

Paula se sienta en su silla habitual y a su lado Ángel, que se coloca en medio de las dos hermanas y enfrente del padre.

Ninguno dice nada. Lo único que se escucha de fondo es el telediario. Concretamente están dando la previsión meteorológica para mañana y el fin de semana: más lluvia.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta por fin Erica, que no ha dejado ni un segundo de observar al invitado.

—Veintidós —responde con tranquilidad Ángel.

—¿Veintidós? ¡Eres muy mayor!

El chico sonríe tímidamente. También Paula. El único que no parece demasiado

contento es Paco, que resopla. ¡Veintidós años! ¡Y ella aún no tiene ni diecisiete! Le apetece fumarse un cigarro, pero no puede hacerlo delante de sus hijas. A partir de ahora, sólo fumará en secreto.

—¿Y tú, cuántos tienes?

—Éstos.

Erica saca la mano derecha de debajo de la mesa y le enseña los cinco dedos.

—Ah, pues también eres muy mayor.

La niña se ruboriza y sonríe picara. Ella ya sabía que era muy mayor, pero sus padres y su hermana están empeñados en no creerla. Por fin una persona inteligente que se da cuenta.

En esos momentos, Mercedes aparece con un plato de lentejas que coloca delante de Paco y otro de melón con jamón.

—Esto sí te gusta, ¿verdad?

Ángel asiente sonriente con la cabeza cuando ve el suculento plato. Tiene muy buena pinta. Erica protesta porque ella también quiere lo mismo y Paco se muerde los labios al comprobar que su mujer ha abierto el jamón que le regalaron sólo para que coma el novio de su hija.

—Muchas gracias, aunque no debería haberse molestado.

—No es ninguna molestia. Espero que esté bueno.

Mercedes se va de nuevo y enseguida regresa con dos platos más de lentejas para Paula y Erica. La pequeña se enfada. No es justo que al nuevo le den melón y a ella, que lleva viviendo allí cinco años, lentejas.

—Si te portas bien y te lo comes todo, tendrás una sorpresa de postre.

Eso la tranquiliza un poco y le da esperanzas de que, al final, haber invitado a comer a aquel chico tenga su recompensa.

La comida transcurre con tranquilidad, más de la que Ángel y Paula esperaban. Paco apenas habla y Mercedes no para de entrar y salir del comedor. Ella comerá después. Es la pequeña Erica la que somete a un pequeño interrogatorio al periodista. Ángel se desenvuelve bien con la niña. Sin embargo, hay una pregunta que provoca que se atragante.

—Oye, ¿tienes hijos?

—¿Qué? ¿Hijos? —dice Ángel, mientras tose.

—Claro, si los tienes podrías traerlos alguna vez para que jueguen conmigo.

Paula no puede evitar una carcajada al escuchar a su hermana. Pero de nuevo es Paco el que pone mala cara.

—Soy muy joven para tener hijos —señala el periodista, que acaba de morder el último cubito de melón.

—Y yo más —añade Paula.

Erica mira a su hermana. No entiende por qué ha contestado también si no se lo

había preguntado a ella. Paco, que también ha terminado con su plato de lentejas, se levanta de la mesa. No aguanta más.

—Ahora vengo.

El hombre, sin decir nada, sube las escaleras. Necesita un cigarro.

Mercedes, que ha regresado al comedor, se pregunta adónde ha ido su marido, pero le resta importancia a su ausencia.

—¿Habéis terminado de comer?

—¡Sí! —grita la niña.

—Estaba muy bueno, Mercedes —dice amablemente Ángel, mientras se levanta y coge su plato vacío para llevarlo a la cocina.

Pero la mujer se lo arrebató de las manos y le pide que se quede sentado.

—Ya lo hago yo. Tú eres el invitado.

—Qué cara —murmura Erica, que no está muy de acuerdo con que Ángel no tenga que recoger su plato. Ella lo hace siempre desde que tiene cuatro años y medio.

—Como seguro que el melón con jamón no te ha llenado mucho, he preparado de postre unos *banana split*.

—¡Bien! ¡Bien! —grita triunfadora la pequeña.

—No sé si podré con todo.

—Ya verás que sí. Erica, coge tu plato y ven a ayudarme, anda.

La niña abandona su silla con el plato de lentejas casi vacío entre las manos y acompaña a su madre a la cocina.

Paula y Ángel, por primera vez desde hace un rato, se quedan solos.

—¿Qué? No ha ido tan mal, ¿no? —susurra la chica.

—No. Tu madre es un encanto y tu hermana tiene unas cosas...

—Esperaba un fuerte interrogatorio de mi padre, pero se ha pasado la comida callado.

—Bueno, no creo que le caiga muy bien.

—¿Por?

—Soy el novio de su hija. Es normal.

—Pues a mí me caes genial.

—Más te vale...

Y la besa en la boca con un beso dulce con sabor a melón. Paula sonríe mientras siente los labios de Ángel, pero los aparta rápidamente cuando ve a su padre que regresa de la planta de arriba. ¿Los ha pillado? Parece que no. Paco termina de bajar la escalera y se sienta de nuevo en la mesa. Se ha fumado medio cigarro que le ha tranquilizado bastante.

Erica entra entonces en el comedor junto a su madre con un enorme plato en las manos: el postre, dos plátanos enteros cubiertos de nata, helado, guindas y caramelo. Mercedes lleva dos platos más. Uno para su marido, el otro para el invitado.

—¡Dios mío! ¡Es enorme! —exclama Ángel cuando la mujer le pone el postre delante—. No creo que pueda con todo esto.

—Lo compartimos —dice Paula, que coge una cucharilla y corta un trocito de plátano.

—Hay uno para ti. Déjale ése al chico, que ha comido muy poco.

—No, de verdad que es demasiado para mí solo. Mejor lo compartimos. Gracias, Mercedes.

—Sí, mamá, éste para los dos.

—Como queráis, pero hay otro preparado —comenta la mujer, que regresa una vez más a la cocina.

Los cuatro continúan con el postre sin decir nada. Paco de vez en cuando observa cómo su hija y su novio tontean con las cucharas y el helado y protesta en voz baja. ¡Qué descarados! No lo soporta. Aprieta los dientes y sigue comiendo.

De todos, la que más está disfrutando el postre es Erica, que tiene toda la cara manchada de vainilla y caramelo. Cuando Ángel la ve, casi se atraganta.

—¿Está bueno? —le pregunta muy serio, intentando no reírse para no molestar a la niña.

—Mucho —responde, con la boca llena de helado y plátano y sonriente.

—Princesa, ¿y ahora? ¿Le das un beso a Ángel? —sugiere Paula cuando se da cuenta del aspecto de su hermana.

El periodista abre los ojos como platos.

—¡No! —exclama la niña.

—¿No?

—¿No me quieres dar un beso? —pregunta aliviado.

La pequeña mueve la cabeza muy rápido de un lado para el otro. Sus mofletes están inflados y sonrosados. Pero ¿otra vez? ¿Por qué les ha dado a todos por eso? Ella besando a un chico... ¡Qué asco! Además, ¿no se dan cuenta de que el nuevo tiene los labios manchados de helado de fresa? ¡Ni loca!

Paco es el primero en terminar. Se ha comido el postre deprisa, nervioso. Se levanta y lleva su plato a la cocina mientras piensa que, al final, no ha sido tan buena idea invitar a aquel chico a comer en casa. La tensión no le ha dejado ni hablar. No parece mala persona, incluso es simpático, pero continúa creyendo que es mayor para su hija. Ella es muy joven para comprometerse con alguien en una relación seria y menos si ese alguien hasta ha acabado la universidad. Ángel y Paula también terminan. La chica se pone de pie y abraza a su novio por detrás de la silla.

—Es temprano. ¿Quieres que te enseñe mi cuarto, que todavía no lo has visto? —Vale. Tengo curiosidad.

La pareja deja sola a Erica en la mesa, que contempla intrigada cómo su hermana y el invitado suben las escaleras. ¿Por qué irán de la mano? ¿Es por eso de ser novios?

No lo sabe. Y además, tiene cosas más importantes de las que ocuparse en esos momentos.

Ya arriba, Paula abre la puerta de su habitación e invita a Ángel a pasar delante. Los dos entran y, lentamente, la puerta se cierra.

Ese mediodía de marzo, al mismo tiempo, en la cocina de los García.

—No lo aguanto. Es superior a mí.

—Pero si el chico es muy agradable. A mí me gusta para Paula.

—Es muy mayor. Demasiado mayor.

—Bueno, puede ser, pero parece que se llevan bien.

—¡Por Dios, Merche! ¡Que tiene veintidós años!

La mujer se gira y mira directamente a los ojos a su marido.

—¿Merche? Hacía mucho tiempo que no me llamabas así.

—Ya.

Mercedes sonrío y se acerca a Paco. Cariñosamente, lo besa en la mejilla y lo abraza.

—Tienes que calmarte. El chaval es un encanto. Y muy guapo, por cierto. Tu hija tiene muy buen gusto.

—Tú sí que tuviste buen gusto.

La mujer suelta una carcajada. Luego, dulcemente, apoya la cabeza en el hombro de su marido.

—Es verdad. Pero este chico es más guapo que tú a su edad. ¿Has visto qué ojos?

—¡Bah! No es para tanto.

—Que sí, que es guapísimo. Y además tiene un cuerpo muy...

—¡Que es el novio de tu hija! ¡No te emociones! —exclama Paco mientras se aparta de los brazos de su esposa.

Mercedes vuelve a reír con fuerza y le da otro beso a su marido. En esta ocasión en los labios. Erica, en ese instante, entra en la cocina con su plato vacío entre las manos y ve a sus padres.

—¿Qué hacéis?

—Nada —responde la mujer, agachándose y cogiendo el plato que lleva su hija pequeña.

—¿Era un beso?

—Sí, era un beso.

—¿En la boca?

—En los labios.

—¡Puag!

La niña se tapa con una mano la boca y se da cuenta de que está manchada de

helado. Su madre vuelve a inclinarse y la limpia con una servilleta.

—¿Han terminado Paula y Ángel ya con el postre? —le pregunta Mercedes, que trata de quitar todas las manchas de la cara de su hija pequeña.

—Sí, y se han ido.

—¿Que se han ido? ¿Adónde?

—Arriba.

Paco y Mercedes se miran desconcertados. El hombre se muerde los labios y la mujer suspira. No cree que..., pero y si...

Ese día de marzo, en ese instante, en la habitación de Paula.

Fuera ha dejado de llover. Ángel mira por la ventana y ve un tímido rayo de sol que se abre paso entre las nubes negras. No tardará en desaparecer. Paula está sentada en la cama. No entiende el motivo, pero, de buenas a primeras, tiene mucho calor. Observa a su novio y cuando él se gira ambos sonríen. Sus ojos le piden que se siente junto a ella. Ángel obedece y se miran, pupila con pupila.

—Te quiero.

—Te quiero.

El chico también siente el mismo calor que Paula, un calor como hacía mucho que no experimentaba. Se besan despacio, temblorosos. Ninguno entiende qué está pasando, pero en un día frío y gris como aquél, los dos tienen mucho calor. Es extraño. Para ella es una sensación desconocida. Sin darse cuenta, su mano se pierde bajo el suéter de Ángel y le acaricia el torso, fuerte, duro, perfecto. El calor aumenta. Paula sigue sin comprender qué sucede, pero no puede frenar. Sus besos son más intensos. Su lengua roza la suya y nota cómo la mano de Ángel se introduce en su camiseta, le acaricia la espalda y baja hasta sus vaqueros. En una frontera peligrosa, la que separa el mundo de la inocencia de la tierra del placer. La chica comienza a pensar deprisa, con mil cosas en la cabeza: está en su casa, sus padres abajo; nunca ha llegado a tanto con nadie, pero le da lo mismo, no quiere que Ángel pare y no se lo pide; guía con su mano a la mano del chico hasta el interior de la parte de atrás de su pantalón, muy, muy cerca de su ropa más íntima; cierra los ojos y suspira cuando Ángel le besa en el cuello. No se lo cree. ¿Su primera vez va a llegar? ¿En su casa? ¿En su habitación? No se lo cree. Quizá no es el sitio, ni tampoco el momento. Pero no puede parar. La camiseta se levanta y percibe los labios de Ángel en uno de sus senos. ¡Dios! ¿Va a pasar? Ella quiere. ¿Y él? ¿Querrá también? ¿Llevará preservativos?

El rayito de sol se muere.

¡Y la puerta del dormitorio de Paula se abre de golpe!

—¡Paula! ¡Te llama papá! —grita Erica, entrando en la habitación sin llamar.

La niña, que no llega a ver nada de lo que está pasando en la cama, se da cuenta de su error y vuelve a cerrar para hacerlo bien. Siempre le dicen que no se puede entrar en los sitios sin antes llamar a la puerta.

Paula y Ángel se levantan rápidamente, cada uno por un lado de la cama, y aprovechan para colocarse bien la ropa.

—«Toc, toc».

—Pasa, anda —le indica Paula a la pequeña mientras se peina con las manos y jadea.

Erica entra satisfecha de haber rectificado su fallo sin que nadie le diga nada. De lo que la pequeña no se ha enterado es que también ha conseguido que otro error mucho más grande estuviera a punto de producirse.

Capítulo 90



sa tarde de marzo, en un lugar de la ciudad.

Cabecea. Vuelve a cabecear y también una tercera vez. Sentado en una de las sillas de su habitación, a Mario le cuesta mantenerse despierto. Pero no falta mucho para que Paula llegue, así que prohibido dormir.

La tarde es muy desapacible. Lluvia, viento, frío... Ha estado temiendo que su amiga lo telefonara para decirle que finalmente hoy no iba a ir a su casa, pero eso no ha pasado hasta el momento. Mañana es el examen final de Matemáticas y tienen todavía bastantes cosas que estudiar. La semana no ha transcurrido como él había planeado y sus sentimientos aún permanecen ocultos en su interior.

La tormenta está sobre esa zona de la ciudad. El cielo negro se ilumina y pocos segundos más tarde estalla un trueno. Poco después escucha el sonido del timbre de la puerta. Está solo en casa, por lo que le toca ir a abrir. Mario mira el reloj. Si es Paula, llega antes de lo esperado, algo muy extraño en ella.

El chico se apresura. Baja la escalera a toda velocidad, aunque antes de llegar a la puerta de la entrada se mira en un espejo del recibidor. Bueno, no está mal. Donde no hay, no hay. Toma aire, suspira y abre. Pero al otro lado no está Paula. Una chica bajo la capucha de un impermeable amarillo, con un *piercing* en la nariz, le dedica media sonrisa:

—Hola, Mario.

El tono de voz de Diana es distinto al habitual; es serio, controlado, firme.

—Ho... hola —responde el chico, sorprendido—. Pasa.

—No ha llegado Paula todavía, ¿verdad?

—No.

La chica se quita la capucha cuando entra en la casa y se arregla un poco el pelo con las manos. Mario la observa. Su aspecto no es el de siempre. A pesar de que se ha pintado los ojos, no ha logrado disimular unas tremendas ojeras. Parece otra, cansada, con menos vitalidad, sin la energía que la caracteriza.

—¡Cómo llueve! —comenta mientras se quita el impermeable—. ¿Dónde pongo esto?

—Dame.

El chico coge el chubasquero y lo cuelga en un perchero. Debajo coloca un paraguero para que todas las gotitas no caigan al suelo.

La casa se ilumina una vez más y, un instante más tarde, un nuevo trueno sacude el cielo.

—¿Estás solo en casa?

—Sí. Mis padres están en no sé dónde y Miriam creo que ha ido a recoger a Cristina. Me parece que luego iban a ir a tu casa, para ver sí te pasaba algo.

—Ah.

—Como no has ido al instituto en todo el día y tenías el móvil desconectado, estaban algo preocupadas.

—No será para tanto —comenta Diana con frialdad, mientras se dirige a la escalera que lleva hasta la habitación de Mario—. ¿Subimos?

—Sí.

Los dos avanzan peldaño a peldaño, sin hablar.

Por la cabeza del chico pasan muchas cosas, innumerables preguntas. ¿Para que habrá venido? ¿A arreglar las cosas? ¿A seguir estudiando? No está seguro. Ha pensado en ella durante todo el día, más que en Paula, y no ha dejado de sentirse culpable ni un minuto por lo que sucedió ayer.

Mario y Diana entran en el dormitorio, aunque no cierran la puerta. Cada uno se sienta en el mismo lugar en el que lo hizo la tarde anterior.

—¿Sabes? Me he pasado toda la noche y parte de la mañana estudiando esta mierda —comenta la chica mientras saca el libro de Matemáticas y una libreta de la mochila.

—¿Qué?

—Eso. Ayer me di cuenta de que soy medio gilipollas y de que, si quiero aprobar el puto examen de mañana, tenía que hacer horas extras. Y va ves: sin dormir que estoy.

Mario no puede creer lo que oye. ¿De eso son las ojeras?

—¿Te has pasado la noche estudiando y has faltado a clase por eso?

—Pues sí, por eso ha sido. Además tuve que desconectar el móvil para no desconcentrarme. Lo metí en un cajón y cerré con llave para no tener la tentación de ponerme a jugar con él.

—Joder, parece increíble que hayas hecho todo eso.

—¿No me crees? Pregúntame algo. Lo que quieras.

—No, no. Te creo, te creo.

—De todas formas, hay cosas que no entiendo y que me tienes que explicar —indica la chica mientras pasa a toda velocidad las páginas del libro de Matemáticas—. Pero eso, luego. Ahora quería pedirte disculpas por mi comportamiento de ayer. Me pasé un poco. Bastante. Y es justo que te pida perdón. No te tenía que haber presionado de esa manera. Lo siento.

Las palabras de la chica son sinceras. Hasta tiembla al decirlas. Mario se da cuenta y se le hace un nudo en la garganta. Pero no toda la culpa es de ella.

—También yo te tengo que pedir perdón. Se me fue la cabeza y te grité. No

estuvo nada bien. Y también quería disculparme por darte tanta caña ayer. Me faltó paciencia y me puse muy borde. Perdona.

A Diana se le iluminan los ojos con un brillo húmedo que logra controlar antes de que salga a relucir su lado más sensible.

—Bueno, soy muy torpe para esto. Es normal que perdieras los nervios.

—Si has conseguido aprenderte todo en menos de un día, con la base tan mala que tienes de Matemáticas, no creo que seas tan torpe.

—Vamos, Mario. Soy una negada para las Matemáticas y para el resto de asignaturas. Lo sé. No sirvo. Esto es más una cuestión de orgullo que otra cosa. Y además, no quiero haceros perder el tiempo como ayer.

—No fue para tanto. Estoy seguro de que Paula no se molestó por nada.

El final de la frase llega con el estampido de otro trueno, tal vez el más ruidoso de todos los que hasta el momento han sonado.

—Mario, también te quería proponer una cosa.

Diana desvía entonces la mirada de los ojos del chico hacia el suelo.

—¿Me quieres proponer algo?

—Bueno, no es exactamente eso. Es más bien un consejo o no sé... Escúchame y luego llámalo como quieras.

—Vale. Cuéntame.

La chica traga saliva y reúne el valor necesario para hablar. Y lo hace de manera dulce, ocultando su tristeza.

—Deberías decirle a Paula lo que sientes. Pero no mañana, ni pasado. Ya. Hoy.

—¿Cómo?

—Eso, Mario. No puedes seguir así más tiempo. Es el momento para revelarle a Paula lo que sientes por ella.

—Pero...

—Yo me iré antes y te dejaré a solas con ella. Es tu oportunidad.

—Diana..., yo...

—Es que, Mario, te voy a ser lo más sincera posible. No sé si sabrás que Paula tiene novio. Y cuanto más tiempo pase, ella se colgará más de él y será peor para ti. No sé si tendrás alguna oportunidad. Eres un gran chico y su amigo. Quizá ella descubra que también siente algo hacia ti diferente a lo que ve ahora. Pero, si no le confiesas tus sentimientos, jamás lo sabrás. Tienes que dar un paso adelante y poner las cartas sobre la mesa. Lánzate de una vez por todas.

Un relámpago más. Otro trueno. Las cinco de la tarde. Silencio. Nervios y miedo. Una mirada a ninguna parte. Y, finalmente, la decisión:

—Está bien, lo haré. Le diré a Paula que la quiero.

—¡Así me gusta! —exclama Diana poniéndose de pie y acercándose a su amigo.

Mario sonrío. Diana sonrío. Sonrío y lo besa, en la mejilla.

Amigos.

Y, aunque por dentro se esté muriendo al saber que ese chico del que se ha enamorado como una tonta quiere a su mejor amiga y está a punto de confesarlo, está segura de que ha hecho lo correcto.

Capítulo 91



sa tarde de marzo, en un lugar de la ciudad.

Salen del coche y cruzan la calle corriendo hacia el edificio de enfrente. No llevan paraguas. El semáforo está a punto de ponerse en rojo. Katia va delante. Se mueve ágil, rápida, bajo la lluvia y Ángel la sigue de cerca. Todavía no sabe muy bien qué está haciendo allí. Echa de menos a Paula. No puede olvidarse ni un instante de lo que ha ocurrido hace un par de horas. ¿Qué habría pasado si Erica no hubiera entrado en la habitación? Quién sabe. Perdió el control en un momento de pasión, de una fuerte carga sexual. Quizá que apareciera la niña fue lo mejor. No llevaba protección y tampoco era la situación más adecuada para la primera vez de su chica. Además, sus padres abajo. Uff. Habría sido un error de dimensiones mayúsculas.

Cuando llegan al otro lado de la calle se cobijan en el portal de aquel edificio. Están jadeantes, mojados, intentando recuperar el aliento perdido por la carrera. Katia lo mira y sonríe.

—Cada vez que nos vemos, acabamos corriendo —le dice ella, resoplando.

—Eso parece. Contigo me voy a poner otra vez en forma.

—Ya estás en forma. Eres casi tan rápido como yo. Y eso es un gran logro.

Ángel ríe. Es cierto. Aquella chica corre realmente deprisa.

—Es por los zapatos. La próxima vez ganaré yo —responde el chico.

—¿Los zapatos? ¿No tenías una excusa mejor?

El chico hace que piensa y finalmente niega con la cabeza, acompañando su gesto de una mueca con la boca.

—Pues es una excusa muy mala.

—Lo sé.

Katia sonríe. Es adorable. Cada vez que lo mira, se derrite. Es el hombre perfecto. Sin embargo, no es su hombre sino el de otra, otra a la que tiene que dedicarle una canción. La vida tiene esas cosas. Es injusta. Bueno, al menos él está allí con ella. Lo disfrutará durante unas horas.

—¿Entramos?

—Vale. La cantante de pelo rosa busca en el portero automático el bajo B y pulsa el botón.

—¿Sí? ¿Quién es? —pregunta una voz femenina.

—Hola, buenas tardes. Soy Katia. Venía para...

—¡Ah, hola! La estábamos esperando. Le abro.

Enseguida suena un ruido metálico bastante desagradable. Katia empuja la puerta y ésta se abre.

—Ya está. Muchas gracias.

La pareja entra en el edificio. Las luces del recibidor están encendidas aunque la luminosidad es escasa, muy tenue, y el lugar no resulta demasiado acogedor. Un hombre vestido con una chaqueta gris de pana y una corbata roja que estaba leyendo el periódico se levanta de su silla al verlos.

—¿A qué piso van? —pregunta con desgana.

—Al bajo B —responde Katia.

—Ah, van al estudio. Es por allí —dice muy serio, indicando un largo pasillo a su derecha—. Es la última puerta.

—Gracias.

La cantante y el escritor se despiden amablemente del portero y se dirigen hacia la puerta del fondo. A mitad de camino, alguien sale del bajo B y los espera apoyado en la pared junto a la puerta.

—Hola, chicos. ¿Sigue lloviendo?

—Sí, mucho —contesta Katia y le da un beso en la mejilla a Mauricio Torres, su representante.

El hombre, a continuación, estrecha la mano de Ángel.

—Me alegro de volver a verte.

—Yo también.

Los tres entran en el piso. Una chica rubia en un mostrador, la que les ha abierto antes, les saluda sonriente cuando pasan a su lado.

—Katia me ha contado cuando la he llamado esta mañana lo que vais a hacer. Me parece un bonito detalle para tu novia.

—Gracias, aunque el mejor detalle es el de Katia por querer hacer esto y tomarse la molestia de dedicarle la canción.

—No es molestia, lo hago encantada. Todo por mis fans —dice, sobreactuando.

—Bueno, espero que a cambio hayas hecho un buen reportaje en tu revista.

—No te preocupes, Mauricio: Ángel es el mejor. Ya lo verás —se anticipa Katia.

El periodista se sonroja.

—También te quiero dar las gracias a ti por conseguir que nos dejen grabar aquí.

—De nada, hombre. El negocio de la música es así. Hoy por ti y mañana por mí. Ya me dedicarás algún día un artículo en la revista —dice Mauricio dando un golpecito en la espalda a Ángel, que no sabe si está hablando en serio o en broma.

Un hombre muy delgado y con la cabeza completamente rapada acude hasta ellos.

—Éste es Moisés. Será quien se encargue de la grabación —apunta Mauricio, presentándolo—. A Katia imagino que la conoces ya y éste es Ángel, un periodista del gremio.

—Encantado —Moisés le da la mano a Ángel y dos besos a Katia—. Mis niñas tienen tu disco y están todo el día cantando tus temas.

—¿Ah, sí? Me debes de odiar entonces.

—No te lo voy a negar.

—El próximo se lo regalaré yo.

—Se pondrán muy contentas —señala, forzando una divertida sonrisa—. Cuando queráis empezamos.

—Pues cuando tú quieras —comenta la cantante.

—Empezamos ya, entonces. Acompañadme.

Los tres caminan detrás de Moisés, que cojea ligeramente al andar.

—He traído lo que te dije ayer, luego le echas un vistazo —le susurra Mauricio a Katia, que se muerde los labios desorientada.

—Perdona, Mauricio, no recuerdo lo que es.

—Eres un desastre. ¿No te acuerdas de que te hablé de un sobre que llegó a tu nombre, de un chico que quiere ser escritor?

—¿Ah, eso! Sí, es verdad. Lo de la canción para su historia o algo así, ¿no?

—Eso. Pues luego lo miras, ¿vale?

—Bien.

Los cuatro entran en una sala pintada de rojo, que contiene una cabina con dos pequeñas habitaciones. En la exterior hay un ordenador y una mesa llena de botones y reglajes. A Ángel le recuerda a aquellas mesas de sonido que utilizaba en la Facultad de periodismo en las clases de radio. La habitación interior está casi vacía. Sólo ve un micrófono de pie y unos cascos colgados en la pared. Un enorme ventanal separa las dos habitaciones.

—Sentaos por aquí —les indica Moisés a Ángel y a Mauricio, que se acomodan en dos sillas con ruedecitas—. Tú ven conmigo.

Katia acompaña al hombre a la habitación del micro y él le explica algunas cosas. Ángel los observa a través del cristal. Es la primera vez que está en un estudio de grabación y presencia cómo se graba una canción.

Moisés regresa y se sienta delante de la mesa de sonido. Toca un par de botones y sube y baja algunos reglajes.

—Katia, ¿me oyes bien?

—Sí, perfecto.

—¿Algún problema?

—Ninguno.

—¿Empezamos entonces?

—Sí, cuando quieras.

El hombre de la cabeza rapada se gira y levanta el pulgar en señal de OK a sus acompañantes. Luego vuelve a mirar a Katia.

—Uno, dos, tres... ¿Prevenidos?

Capítulo 92



sa tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

La tarde se va, la lluvia continúa y el sonido de las gotas es prácticamente lo único que se escucha en la habitación de Mario. En silencio, y cada uno en un extremo del dormitorio, los tres amigos dan un último repaso al examen de mañana. Ninguno ha estado concentrado al cien por cien, pero han estudiado lo suficiente como para ir con ciertas garantías a la prueba final del trimestre. Incluso Diana, que impresionó a Paula cuando le contó el motivo de su ausencia en el instituto, se ve con posibilidades. Pero en sus mentes hay cosas más importantes en las que pensar. El examen de Matemáticas se ha quedado en un plano secundario.

Paula no se puede quitar de la cabeza a Ángel. Si no es por su hermana, hoy habría hecho el amor con él. ¡Su primera vez! No era el sitio ni la ocasión, pero no era capaz de frenar. Afortunadamente, la puerta la abrió Erica y no su madre o, peor, su padre.

Diana observa a Mario cuando éste no se da cuenta. Le da un vuelco el corazón cada vez que se acerca a Paula y ríen juntos. Sufre hasta un límite que ni ella misma imaginaba que podía llegar a experimentar. Pero sus cartas están jugadas y sólo le queda esperar acontecimientos. Si su amiga se da cuenta de que ella siente algo por él...

Y Mario está nervioso, torpe. Se ha acercado varias veces a uno de los cajones de su escritorio, como para asegurarse de que eso sigue ahí. Mira el reloj que avanza deprisa, pero al mismo tiempo los minutos se hacen eternos. Está próximo el momento más importante en su vida. O eso cree.

—Mario, ¿puedes venir? —pregunta Paula—. Esto no me sale.

El chico se levanta de su silla y se acerca a su amiga, que está de rodillas en el suelo usando la cama como mesa. Se inclina a su lado y sonrío.

—¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que no te sale?

Diana los observa atenta. Suspira y contempla cómo ella se toca el pelo cuando está junto a él. Uff. Ha leído que las chicas instintivamente se tocan el pelo si hablan o miran al chico del que están enamoradas. Es posible que a Paula le guste Mario. Claro que sí. No sería la primera que descubre que quiere al chico invisible. Es casi guapo, inteligente y su amigo de toda la vida. Uff, no soporta esa idea. Le empiezan a arder los ojos con ese quemazón anterior al llanto, con esa angustia en el pecho que no te deja respirar bien y que te hace soplar y resoplar una y mil veces. Sus caras están

demasiado cerca, casi no cabría un folio entre ambas. Uff, no puede más.

—¡Qué tarde es! ¡Chicos, me tengo que ir! —grita Diana de repente.

Paula y Mario se giran y comprueban cómo la chica está metiendo sus cosas en la mochila a toda prisa.

—Es verdad, se ha hecho muy tarde. Me voy contigo —comenta Paula, que observa sorprendida la hora en un reloj que hay en la pared de la habitación. Tiene muchas ganas de llegar a casa y llamar a Ángel.

Diana y Mario se miran. Y a pesar de lo que siente, de que las lágrimas están al borde del precipicio que ahora son sus ojos, la chica le hace un gesto a su amigo para que impida que Paula se vaya.

—¡No! ¡Espera! —exclama Mario.

Paula lo mira sorprendida.

—¿Que espere?

—Sí, espera ¡Me tienes que explicar una cosa!

—¿Qué?

La chica no sale de su asombro. ¿Ella explicarle algo de Matemáticas a Mario?

—Ehhh... Ehhh... ¡Quédate! Espera...

Mario tartamudea. Es incapaz de encontrar algo que decirle. Paula mira a uno y a otro sin saber qué hacer. ¿Qué sucede? Es Diana la que por fin interviene y abre la puerta de la habitación.

—Bueno, chicos, yo me voy. Mañana nos vemos. Mucha suerte.

La última frase se la dice a Mario mirándole a los ojos. Y, entre tanta confusión, Diana sale del cuarto justo antes de derramar una cálida lágrima por la única persona que ha sido capaz de hacerle llorar.

—No entiendo nada de nada —dice Paula, que empieza a recoger sus cosas.

—Espera, no te vayas.

La mano del chico alcanza la de ella.

—Pero...

—Espera, por favor.

Mario se pone de pie, reúne todo el valor posible, suelta la mano de Paula y se acerca al cajón del escritorio. Lo abre y saca algo de él.

—Es para ti —murmura en voz baja, poniendo en sus manos un CD—. Te lo iba a dar en tu cumpleaños, pero creo que éste es un buen momento. Lo siento, no me ha dado tiempo a envolverlo.

La chica observa ensimismada la portada. Es un *collage* hecho con fotos suyas, mezcladas con imágenes de sus discos preferidos. Está perfecto. Suspira y abre el CD. Dentro encuentra una libretita con más imágenes y las letras de todas las canciones. Lo ojea entusiasmada. ¡Menudo trabajo tiene que haber sido hacer todo aquello!

Mira a Mario y luego de nuevo el CD que él ha titulado *Canciones para Paula*.

—Muchas gracias, en serio. Me has dejado sin palabras. Es impresionante. —La chica tiene los ojos vidriosos—. Voy a ponerlo en el ordenador. ¿Puedo?

Mario asiente sin decir nada.

Paula introduce el disco en el PC y espera a que se cargue. Abre el archivo donde están las veintiuna canciones del CD y clicla en la primera. Emocionada, escucha cómo empieza a sonar *When you know*, de Shawn Colvin.

Los dos vuelven a mirarse. Sonríen. A Mario le encanta verla tan feliz, pero siente que su corazón se desborda al latir cada vez más deprisa. Lentamente se acerca hasta ella. Es preciosa. Su pelo ondulado, ahora suelto, le cae por los hombros. La tiene enfrente. Sus ojos se fijan en sus labios. Están cerca, muy cerca, y desea besarla, lo desea con toda su alma. Esta vez nada ni nadie impedirá que el destino siga su curso: inclina levemente su cabeza y, ante la sorpresa de Paula, junta sus labios con los de ella. Es un beso robado, cautivo, un beso que permite que, de una vez por todas, fluya todo lo que lleva dentro y que durante tanto tiempo ha permanecido oculto.

Capítulo 93



Por la noche, un jueves de marzo, en un lugar alejado de la ciudad.

*Hola, me llamo Ester. Así, sin hache. Seguro que hay muchas personas que ya te lo han dicho, pero no he podido resistirme a escribirte después de encontrar y leer uno de los cuadernillos de **Tras la pared**. Eres genial. Nunca había visto nada así. Es tan increíblemente romántico... Yo también quiero ser escritora, tengo una página en Internet donde escribo pequeños textos a partir de una palabra que alguien me dice. Pero, sinceramente, jamás habría pensado en darme a conocer con una idea como la tuya. A mis dieciocho años he empezado con varias historias largas, pero nunca las he terminado. Espero que a ti no te pase lo mismo. Me encanta tu estilo, tu forma de expresarte y la vida que le das a cada uno de los personajes. Julián, Larry, Nadia, Verónica, César, Marta..., todos son perfectos. Estoy deseando continuar leyendo y saber cómo termina la novela.*

Te deseo muchísima suerte en la vida y que este proyecto culmine en papel. Seré la primera en comprarlo.

Un beso muy fuerte de una admiradora más.

Álex lee dos veces el e-mail y cierra el portátil. Es la cuarta persona que, tras encontrar el cuadernillo de *Tras la pared*, le escribe. Este correo, por la forma en que la chica dice las cosas, le ha hecho especial ilusión. «Ester sin hache» tiene que ser alguien muy interesante.

El teléfono suena de pronto y se asusta. Sólo es la alarma programada para las nueve. Coge el móvil y la detiene. Silencio absoluto. Ni siquiera llueve y el viento también ha parado. Y se da cuenta de que se siente solo. Hacía mucho que no le sucedía algo así, quizá desde que murió su padre.

El teléfono sigue en su mano. Entra en el archivo de mensajes recibidos y busca los últimos, los que le ha enviado Paula. ¡Paula...! Uno a uno, los lee detenidamente. Se los sabe de memoria. La echa muchísimo de menos.

¿Algún día compartirán algo más que unos simples mensajes? Es noche cerrada y está solo. Se estremece, necesita algo de calor.

Lentamente, se levanta de la silla y se dirige hacia la esquina donde guarda su saxofón. Lo saca de la funda y se coloca la boquilla en los labios. Sopla. Su pecho se alza y encoge. Toca sin partitura, no la necesita. Álex se sabe aquel tema de memoria porque lo ha compuesto él mismo. Suena bien, quizá algo melancólico, porque el saxo es un instrumento deliciosamente triste, pero romántico. Muy romántico.

Sus dedos se deslizan por el metal. Piensa en Paula mientras toca, en sus ojos color miel y en sus labios tan deseables, inmejorables para besar. Un beso: cómo ansia un beso de aquella chica.

El móvil suena de nuevo, pero ahora no es la alarma sino alguien que está llamándole. Álex deja el saxofón encima de la cama y alcanza el aparato. Es el señor Mendizábal.

—¿Qué tal, don Agustín?

—¡Hola, Álex! ¡Pues genial! ¡He rejuvenecido unos treinta años!

El chico tiene que apartarse el teléfono de la oreja ante los gritos del hombre, que se muestra entusiasmado.

—¿Ah, sí? Y eso, ¿a qué se debe?

—¿Que a qué se debe? Pues a tu querida hermana: gracias a ella me siento más joven.

—¿Irene está ahí? —pregunta extrañado.

¡Menuda sorpresa! No esperaba que al final su hermanastra terminara aceptando irse a vivir con Agustín Mendizábal.

—Sí. Llegó hace un rato. La tengo aquí al lado... Espera, que te quiere decir una cosa.

—Vale. —Te la paso.

—¿Álex? —murmura Irene, al otro lado de la línea.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Al final has decidido quedarte con...?

—Eres un cabrón —susurra la chica, interrumpiéndole. Todavía no me puedo creer que me hayas echado de tu casa. Y silencio.

El chico no puede evitar una sonrisilla.

—¿Álex? ¿Sigues ahí? —pregunta el señor Mendizábal, que es quien habla de nuevo.

—Sí, sigo aquí.

—No he oído lo que te ha dicho Irene, pero muchas gracias por todo. Sólo con verla rejuvenezco veinte años.

—Gracias a usted por hacerme este favor, a mí y a ella.

—¡El único favorecido soy yo! —exclama, soltando una fuerte carcajada a continuación.

—Me alegra verle tan contento. Ahora tengo que dejarle, don Agustín. Mañana nos vemos.

—Perfecto. Adiós, Álex.

—Adiós, Agustín.

El chico cuelga con una gran sonrisa dibujada en la cara. Pobre Irene. Pero le está bien empleado. Quien se comporta como lo ha hecho su hermanastra en los últimos días merece una penitencia. Aunque quizá vivir los tres meses que dura el curso en la casa de Agustín Mendizábal es mucho más que eso.

Esa noche de marzo, en un lugar de la ciudad.

La grabación de *Ilusionas mi corazón* dedicada a Paula ha terminado. El CD ya está hecho. Tres horas, casi cuatro, se ha pasado Ángel observando cómo Katia cantaba, probaba voces y repetía el estribillo. Pero ha merecido la pena: ya tiene el regalo perfecto para su chica.

Terminado el trabajo, periodista y cantante regresan en el Citroën Saxo de Alexia.

—Hemos llegado —comenta Katia mientras aparca en doble fila.

—Ya veo.

—Espero que a Paula le guste tu regalo.

—Seguro que sí. Muchas gracias por todo lo que has hecho. Eres una amiga.

La chica del pelo rosa sonríe. «Una amiga». Sí, se ha comportado como eso, como una amiga que hace favores, que se calla y oculta lo que realmente piensa... Una amiga que ha participado en el regalo de cumpleaños de la novia del chico del que está enamorada. ¿Amiga? Se le ocurre otra palabra que suena peor para definirse a sí misma. Pero es lo que le toca. Es su papel, el que ha asumido. Amiga de Ángel.

—¿Volveremos a vernos? —pregunta Katia.

—Yo a ti, seguro. Estás por todas partes. Hay rumores incluso de que vas a protagonizar una serie para jóvenes.

—¿Y yo a ti? ¿Te volveré a ver?

Ángel la mira a los ojos, esos ojos celestes, felinos, pero dulces.

—Claro, nos veremos. Pertenece al mismo mundo, ¿no?

—Sí. Y estoy segura de que serás un periodista famoso.

—Prefiero ser un buen periodista.

—Eso ya lo eres. Tienes que buscar nuevos retos.

—Me queda mucho que aprender, estoy empezando todavía.

—Lograrás lo que te propongas, Ángel. Todo lo que te propongas.

—Cómo tú, ¿no? También has conseguido todo lo que te has propuesto.

La chica vuelve a sonreír: amarga e irónica sonrisa.

—Sí. Todo.

Pequeñas gotas de lluvia comienzan a caer sobre el cristal del Saxo.

—Está empezando a llover. Me voy antes de que empeore.

—Vale.

—Adiós, nos veremos pronto.

—Adiós.

Ángel abre la puerta del copiloto, pero no sale inmediatamente del coche. Se inclina hacia la izquierda y besa a Katia en la mejilla.

—Muchas gracias de nuevo. Te llamaré.

Y, sin volver a mirarla, corre bajo la lluvia hasta el portal de su edificio.

Capítulo 94



En esa noche de marzo, en un lugar de la ciudad.

En veinticuatro horas tendrá diecisiete años, pero su cumpleaños es lo que menos le importa ahora. La noche aprisiona el corazón de Paula. Está sola en su cama, tumbada boca abajo, con la almohada mojada de lágrimas.

Hace dos horas.

—Hola, cariño.

—Hola, Ángel.

—¿Cómo estás? Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos.

Suspiro. Suspiro. Silencio.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes. Sólo estoy un poco cansada.

—¿Quieres que te cuelgue y hablamos mañana?

—Vale.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, perdóname. Mañana después de clase te llamo, ¿vale?

—Bueno, como tú quieras.

—Buenas noches, Ángel.

—Buenas noches, te quiero.

Son las doce de la noche. En su habitación, completamente oscura, se oye la canción número cuatro de *Canciones para Paula*. Es de Vega: *Una vida contigo*.

¿Por qué le está pasando todo aquello?

Hace una hora.

—¿Sí...?

—Hola, Paula.

—Hola, Álex. ¿Cómo estás?

—Bien. Escribiendo y... pensando en ti.

Silencio.

—¿Paula?

—Perdona, Álex; estoy un poco cansada. Llevo todo el día estudiando.

—No lo sabía. Perdóname. No te debería haber llamado tan tarde, pero quería oír tu voz y no he podido contener las ganas.

—No te preocupes.

—Bueno, pues lo siento.

—No pasa nada, de verdad. Gracias por llamarme.

—Ya hablamos mañana, ¿te parece?

—Vale. Buenas noches, Álex.

—Buenas noches.

Comienza el viernes. La lluvia ha cesado, pero es sólo una tregua porque las previsiones anuncian que el tiempo incluso podría empeorar durante el día.

Paula se pone de pie y apaga el ordenador. La música cesa. La chica se agacha y se baja la pernera de los pantalones del pijama, que se le han subido. Luego se mete otra vez en la cama.

Le costará dormir. Soñará con Ángel, con Álex y con Mario. Pero nada de lo que sucede en sus sueños puede compararse a lo que está viviendo en la vida real.

Hace unas horas, por la tarde, casi noche, en la habitación de Mario.

Su mejilla está roja. Mario se la frota despacio. No puede creerse que Paula le haya pegado al besarle. No le duele tanto la cara como el corazón.

—Perdona, yo... no he debido... Pero ¿por qué has hecho eso? —pregunta la chica, que continúa en estado de *shock*.

Mario sigue tocándose el rostro. No sabe qué decir. Sus ojos se pierden por las paredes de la habitación. No puede mirar a su amiga a la cara.

—Yo...

—No..., no lo entiendo. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué me has besado?

Paula está muy nerviosa. Le tiemblan las piernas. ¿Se marcha corriendo? ¿Se queda? No comprende cómo Mario se ha atrevido a besarla.

—Lo siento.

—Mario... ¡Me has besado en los labios! —exclama, poniéndose las manos en la cabeza—. No comprendo nada.

—De verdad que lo siento.

La voz del chico llega apagada, casi imperceptible. Su amiga se da cuenta de que está verdaderamente afectado. Suspira e intenta serenarse.

—¿Por qué me has besado? —repite, más tranquila, sentándose en la cama.

—No..., no lo sé.

Mario siente vergüenza de sí mismo. Las palabras salen quebradas de su boca. Mira a un lado y a otro, asustado, amedrentado por la situación. Ahora no sólo

perderá las remotas posibilidades que tenía con Paula sino también su amistad. Nunca imaginó que su primer beso a una chica terminaría de esa manera.

—¿Ha sido un impulso repentino? —insiste Paula.

El chico no dice nada. Se sienta en la silla frente al escritorio y detiene la canción de Shawn Colvin que todavía continuaba sonando. Mira hacia abajo. Piensa en todo el tiempo que empleó en hacer aquel CD para ella: horas y horas; madrugadas sin dormir. Todo, para nada. No se ha sabido contener ni hacer las cosas bien. No debió besarla, ése no era el plan. No debió hacerlo sin su consentimiento: un beso es cosa de dos y eso, hasta ese preciso instante, no lo había tenido en cuenta.

El silencio en la habitación es absoluto. Paula observa a su amigo y resopla. No reacciona.

—¿Mario? ¿No me dices nada? No puede ser que haya pasado esto y ahora ni siquiera seas capaz de mirarme.

Nada: es como si se hubiera transformado en una estatua de sal. Inmóvil, con la cabeza agachada y la vista en el suelo, Mario sólo piensa en el error que ha cometido y en sus posibles consecuencias.

Paula no lo soporta más. Se levanta de la cama y se cuelga la mochila en la espalda.

—Me voy. Ya hablaremos.

La chica se dirige hacia la puerta. Camina deprisa, enfadada, confusa y también defraudada. No esperaba que Mario fuera así. ¿Qué pretendía? ¿Liarse con ella en su propia casa?

—Te quiero, Paula.

Esa noche no hay luna, ni estrellas. Unos niños gritan en la calle mientras corren hacia alguna parte chapoteando en cada uno de los charcos que se han ido formando durante el día. La lluvia cae sin prisas, constante. Es un día cualquiera de marzo, en un lugar de la ciudad.

—¿Qué?

—Que te quiero. Estoy enamorado de ti.

Sus ojos por fin se encuentran. Se miran intensamente. Entre ambos amontonan un millón de sensaciones diferentes.

—Pero, Mario... No creo que me quieras. Habrás confundido tus sentimientos...

—No, estoy seguro de lo que siento. Te quiero.

—Vaya. ¿Y desde cuándo sientes eso por mí?

—No lo sé. No recuerdo. Desde siempre, creo.

—Ah. Debo ser muy tonta porque nunca me di cuenta.

—Tenías otros en los que fijarte. Otros mejores que yo.

Paula vuelve sobre sus pasos y se sienta otra vez en la cama. Las palabras de su amigo le hacen sentirse culpable. Y entonces empieza a unir piezas. Todo va

encajando: su estado de ánimo, el *nick* del MSN, el no dormir, que mirara tanto hacia la esquina de las Sugus... No era por Diana, era por ella. ¡Qué estúpida!

—Lo siento. Siento no haberme dado cuenta de tus sentimientos.

—No pasa nada. Es normal que una chica como tú no quiera nada con alguien como yo.

—Eso no es cierto, Mario. Somos amigos y...

—Amigos. Sí, lo sé. Amigos... Pero ya sabes que no me refería a amistad.

—Ya.

Los dos permanecen en silencio unos minutos. Ahora ya no se miran. Paula no se atreve y Mario huye de la realidad, quiere que aquella conversación termine cuanto antes. No puede más. Sin embargo, es ella la que cree que irse es la mejor solución.

—Me tengo que marchar. Es tarde y en casa estarán preocupados.

—Vale.

—Siento haberte pegado —dice Paula mientras abre la puerta de la habitación.

—Y yo siento haberte besado sin permiso.

La chica hace un gesto con la cabeza, suspira y sonríe tímida.

—Nos vemos mañana, Mario.

—Espera un segundo.

El chico se levanta de la silla y saca el CD del ordenador. Lo guarda y se lo da.

—Gracias.

—Es tuyo. Tu regalo de cumpleaños.

Los ojos de Paula brillan bajo la luz del dormitorio de aquel chico que conoce desde hace tantos años: un gran amigo que le acaba de confesar su amor. Apenas puede aguantar las lágrimas. Es uno de los momentos más difíciles que recuerda en su vida. Pero tiene novio. Está Álex y ahora..., ahora también sabe que Mario la quiere.

Su cabeza va a explotar. Tiene que salir de allí.

Da las gracias de nuevo y, tras besarle en la mejilla que antes golpeó con la palma de su mano, abandona la habitación abrazando con fuerza el CD de *Canciones para Paula*.

Capítulo 95



Un día de marzo por la tarde, en un lugar de la ciudad, hace aproximadamente diez años.

Luce el sol y el parque está lleno de niños. Algunos han hecho porterías con las mochilas del colegio y juegan al fútbol con un balón desinflado. Otros corretean de aquí para allá, intentando pillar a los más lentos. Un grupo de amigas salta a la comba. Aquélla, a la que le toca estar en el centro ahora, lo hace muy bien. Uno, dos, tres, cuatro saltos seguidos, con gran agilidad, sin que apenas toquen los pies en el suelo y al ritmo de una cancioncilla que se sabe de memoria. Y eso que sólo tiene seis años, ya casi siete, porque Paula cumple años en pocos días, en ese mes de marzo. Es una de las chicas más guapas de su pandilla. Tiene unos enormes ojos marrones, aunque ella siempre dice que son de color miel, y una preciosa melena ondulada, la más larga de las melenas entre todas las niñas.

Enfrente, ensimismado, Mario la mira atentamente, sentado en la parte de arriba de un tobogán. Está solo, como suele ser habitual. No tiene demasiados amigos. A él no le gusta el fútbol ni correr. Prefiere jugar al ajedrez o hacer sopas de letras para niños. Eso a los seis años no te hace demasiado popular ni en el colegio ni en el barrio. Tampoco su timidez le deja ir más allá. Sobre todo con las chicas y, en especial, con Paula. Cuando la ve siente algo por dentro. Unas veces en el lado izquierdo del pecho, otras en la tripa. No sabe lo que es. Incluso un día pensó que le había sentado mal la comida.

A él le encantaría hablar con ella, pero nunca se ha atrevido y eso que van a la misma clase este año. No cree que Paula sepa ni siquiera que existe.

La tarde va cayendo. Es un día primaveral. Poco a poco los niños se van marchando a sus casas. Las chicas de la comba ya no están, tampoco los del pillapilla, y los equipos de fútbol cada vez tienen menos jugadores.

Mario sigue allí, subido en uno de los columpios. Mira al cielo mientras que se balancea suavemente. Hace tiempo que no sabe nada de la chica de los ojos marrones tan grandes. Se había marchado con la de las coletas, esa que dice tantas palabrotas y que se llama Diana.

—Hola.

La voz que oye a su espalda es de una chica. Mario se gira y ve a Paula. Está sonriendo. El chico se pone nervioso y casi se cae al suelo.

—Hola —consigue decir por fin, arrastrando los pies para estabilizar de nuevo el columpio.

Es la primera vez en su vida que le habla. ¡Cómo no va a estar nervioso! A sus seis años apenas ha conversado con niñas.

Paula se sube en el otro columpio y comienza a balancearse con fuerza. Sus pequeñas piernas se alzan muy arriba. Mario la observa intrigado. ¿Qué ha ido a hacer allí?

—¿Por qué estás siempre solo? —le pregunta ella sin parar de impulsarse.

El chico duda en responder. ¿Es a él? Sí, debe ser a él, es la única persona que hay por allí.

—No sé —contesta en voz baja.

—¿Te gusta estar solo?

—A veces sí, pero otras me aburro mucho.

—Te comprendo. Yo, cuando estoy sola, me aburro muchísimo.

Mario no entiende muy bien a qué se refiere la niña. ¿Sola? Nunca ha visto a Paula sola, siempre va rodeada de chicos y chicas, incluso con alguno mayor que ella.

La niña detiene el columpio de golpe y lo mira con curiosidad, como quien observa a un insecto que no ha visto nunca.

—No tienes novia, ¿verdad?

¿Y eso a qué viene? Tiene sólo seis años, ¡cómo va a tener novia! Siempre ha oído que los novios se besan en la boca y besarse en la boca es cosa de mayores. Y aunque él se considera un chico muy maduro para su edad, no tiene los suficientes años para ser mayor.

—¡Claro que no!

—¿Y no te gusta ninguna niña?

—Pues no.

—¿Nunca te ha gustado nadie? ¿Ni de nuestra clase?

—Qué va...

—Eres muy raro.

Paula sonrío y vuelve a balancearse en el columpio.

¿Raro? ¡Qué sabrá ella! Aunque, pensándolo bien, un poco raro sí que es. Al menos no hace las cosas que suelen hacer otros niños de su edad.

—¿Y a ti te gusta alguno? —se aventura a preguntarle, pero con mucha timidez y enrojando después.

—Julio, Diego y Carlos Fernández. Pero sólo estoy con Julio.

Julio Casas es el guapo de la clase. O eso es lo que ha escuchado de algunas de sus compañeras. El resto de chicos siempre le están haciendo la pelota y quieren ir con él en el recreo.

—¿Y él lo sabe?

Paula vuelve a parar el columpio.

—¿Qué si sabe el qué?

—Pues que te gustan otros dos.

—Claro, se lo dije desde el principio. Pero no le importa.

—Ah.

—Además, creo que me está empezando a gustar otro.

—¿Otro?

—Sí. Es de la clase.

—¿De la clase?

—Sí. Su nombre empieza por «M».

Mario reflexiona durante unos segundos. En la clase sólo hay tres chicos cuya inicial sea la «M»: Manuel Espigosa, Martín Varela y él.

¿Él?

No, él no puede gustarle a aquella chica. Pero su nombre empieza por «M». ¿Y si es él?

—No sé quién puede ser.

—Es Martín. Pero no se lo digas a nadie, ¿vale?

Mario siente una punzada dentro de su pecho. Qué extraño. ¿Habrá cogido frío? Su padre le suele decir que, cuando te duele el pecho, es porque entra aire en las costillas. Será eso.

—Tranquila. No diré nada.

Paula lo mira a los ojos y sonríe. Es feo, pero más simpático de lo que parecía.

Los dos niños se balancean tranquilos, despacio, en el atardecer de aquel mes de marzo: Mario sin saber que aquellos instantes serán el inicio de un largo camino en silencio; Paula desconociendo que, diez años más tarde, su amigo le confesará todo lo que siente por ella.

Capítulo 96



Mañana de un día de marzo, en un lugar de la ciudad.

Se ha puesto la camiseta al revés. Menos mal que su madre se ha dado cuenta y la ha avisado a tiempo. Y no sólo eso: desayunando, de prisa y corriendo porque llegaba tarde al instituto, ha tirado con el brazo medio vaso de Cola Cao sobre la mesa.

Paula está muy tensa y también cansada. No ha dormido en toda la noche. Su cabeza es un hervidero: Mario, Álex y Ángel son los protagonistas de sus pensamientos, tres chicos que están enamorados de ella, dos pasándolo mal y uno al que le está ocultando demasiadas cosas. Por eso es imposible centrarse en otras cosas, aunque sean tan importantes como el examen de Matemáticas que tiene a primera hora. Si es que le dejan hacerlo porque en esos momentos suena el timbre del instituto y ella corre por el pasillo con la mochila dando tumbos en su espalda.

Es una situación frecuente, pero esta vez tiene más relevancia porque, si no logra entrar en clase, no hace la prueba y entonces suspenderá el trimestre.

El profesor de Matemáticas se asoma por el umbral de la puerta para comprobar que nadie está fuera y la ve.

—Buenos días, señorita García. Ya la echaba de menos.

El hombre se mete en la clase, pero no cierra la puerta. Paula hace el último esfuerzo y entra en el aula trastabillándose.

—Buenos días... profesor... Perdone el retraso —dice jadeando, tratando de recuperar el aliento perdido.

—Síntese. Es la última como siempre. Espero que eso no sea un indicativo de su nota en el examen.

Paula no está en condiciones de responder al comentario irónico del profesor y no le contesta. Al menos, le deja hacer el examen. Es suficiente. Mientras se quita la chaqueta, ante la mirada atenta de los chicos de la clase, se dirige a su sitio.

El resto está ya sentado, también las otras Sugus, que la saludan con la mano desde sus asientos. Cris y Miriam sonríen. Diana, sin embargo, está más seria. Paula se da cuenta de que las ojeras de ayer permanecen en sus ojos. No tiene buen aspecto: seguro que esta noche también se la ha pasado estudiando.

—Buenos días, dormilona —le susurra Miriam—. Suerte.

—Suerte para ti también —responde en voz baja.

De la mochila de las Supernenas saca un bolígrafo, un lápiz y una goma. El paraguas, que no ha tenido que usar todavía hoy, lo deja a un lado de la mesa y la

chaqueta la cuelga en el respaldo de la silla. Instintivamente, mira hacia el rincón opuesto del aula donde se sienta Mario. Pero ¿dónde está? En su lugar habitual no hay nadie.

Paula lo busca con la mirada por toda la clase. A veces los profesores tienen la costumbre, o el capricho, de cambiar antes de un examen a algunos alumnos de sitio. Pero en esta ocasión no es así. La chica no ve a Mario porque no ha ido.

El profesor de Matemáticas saca de su carpeta los folios del examen y comienza a repartirlos. Al mismo tiempo, advierte a sus alumnos que no pueden hablar desde ese mismo instante.

—¿Y tu hermano? —le pregunta Paula a Miriam.

—No viene. Se ha puesto malo.

—¿Que se ha puesto malo? ¿Qué le pasa?

A Miriam no le da tiempo a responder porque se da cuenta de que el profesor las está observando. Con un gesto con la mano le indica a su amiga que se lo cuenta más tarde.

Paula no puede creer que Mario no haya ido al examen. Después de tanto esfuerzo va a suspender el trimestre, él, que precisamente es el más preparado de toda la clase y que la ha ayudado tanto estos dos días.

Suspira. Sólo espera que su ausencia no tenga nada que ver con lo que sucedió ayer. Si ella está afectada, imagina cómo debe de estar su amigo. No entiende cómo no se dio cuenta antes de sus sentimientos. Durante la noche ha recordado anécdotas con él en los días en los que sólo eran unos niños. Por aquel entonces eran inseparables compañeros de juegos, de bromas, de experiencias. Hasta que empezaron a ir al instituto y, en ese momento, comenzaron a distanciarse. Quizá fue culpa de ella, que no le prestó la atención adecuada al chico que había vivido a su lado gran parte de su infancia. ¡Qué tonta ha sido!

—Espero no verlas hablar más hasta que salgan al patio y se fumen el cigarrillo — señala el profesor de Matemáticas, que le entrega el examen boca abajo.

Paula ni siquiera le responde que no fuma, ni tiene intención de hacerlo nunca. Está preocupada por Mario. El examen se halla sobre la mesa, pero ella sólo piensa en su amigo. Quiere verlo, pedirle perdón por todo el tiempo que le ha dejado de lado, por esos últimos años perdidos en los que se alejaron el uno del otro.

—El folio en blanco que les he entregado es para que lo usen de borrador, aunque también lo recogeré. Tienen cincuenta y cinco minutos para disfrutar de la magia y el poder de las Matemáticas. Luego, el que disfrutará corrigiendo seré yo. Pueden darle la vuelta a la hoja.

Como si de un equipo sincronizado se tratase, todos giran el folio al mismo tiempo; todos menos una chica, que en su asiento sigue preguntándose si no es ella la responsable de que su amigo no esté haciendo ahora el examen con ellos.

Esa mañana de marzo, en otro lugar de la ciudad.

—Ya te vale, ponerte malo precisamente hoy.

La madre de Mario mira el reloj. En un par de horas ella y su marido deben coger un avión. Se van hasta el domingo, pero no contaban con este imprevisto.

—¿Y qué quieres que haga? —responde el chico, tapándose la cabeza con una manta.

—¿Te sigue doliendo la cabeza? —pregunta resignada.

—Sí. Me duele. —Y tose.

La mujer resopla. No parece que sea demasiado grave, pero si Mario ha dicho que no se encuentra bien para ir a clase, seguro que tiene motivos para ello. Nunca miente con esas cosas. No es como Miriam.

Su marido también entra en la habitación. Se está haciendo el nudo de la corbata. Tiene un congreso fuera de la ciudad, un viaje de trabajo, pero con mucho tiempo libre, y por eso su mujer lo acompaña. Ni recuerda el tiempo que hace que no disfrutaban de un fin de semana para ellos solos.

—¿Cómo estás? —le pregunta a su hijo, que sigue escondido bajo la manta.

—Dice que le duele la cabeza y tiene un poco de tos —se anticipa la mujer.

—Vaya, qué mala pata.

—Me tendré que quedar aquí.

—¿Qué? ¿Tan mal está?

Mario aparta la manta.

—No estoy tan mal. Podéis ir los dos tranquilos.

—No te voy a dejar aquí solo si estás enfermo.

El chico empieza a sentirse culpable. A su madre le hacía mucha ilusión ese viaje. Cuando ha decidido esta noche que no iría al instituto hoy, no recordaba que sus padres se iban por mañana.

—Mamá, que no estoy tan mal. De verdad, no te preocupes, os podéis ir.

—Mario, no voy a dejarte solo en casa estando enfermo. Pero mira la mala cara que tienes.

—Es de no dormir, pero no estoy enfermo.

—¿No? ¿Y entonces por qué toses y te duele la cabeza?

El chico suspira. Uff.

—Hoy tenía un examen y no me lo sabía.

—¿¡Qué!?! —exclaman al unísono el hombre y la mujer.

—Eso, que como no me lo sabía y no quería suspender, pues he fingido que estaba enfermo. Perdón.

—Pero... ¿tú crees que esto...?

Su madre indignada no sabe qué decir. Su padre, sin embargo, sale del dormitorio terminando de anudarse la corbata con una sonrisilla. No está bien lo que ha hecho su hijo, pero al final su mujer podrá irse de viaje con él.

—Lo siento, mamá.

—Cuando regrese del viaje, hablaremos de esto.

—Vale. Asumo las consecuencias. No lo volveré a hacer.

La mujer agita la cabeza de un lado a otro y se marcha de la habitación.

Mario se vuelve a meter bajo la manta. Se siente mal por mentirle a su madre, pero no puede contarle la verdad. Ella jamás imaginaría que su hijo se ha pasado toda la noche llorando por amor y jamás creería que le han faltado fuerzas esa mañana para enfrentarse a la realidad. Y es que el dolor del desamor es más fuerte que suspender un estúpido examen de Matemáticas.

Capítulo 97



sa misma mañana de marzo, en un lugar de la ciudad.

—¿Qué te dio el segundo? —pregunta Miriam, que ha sido de las primeras en salir del examen.

—Tres —responde un chico bajito que está a su lado.

—¿Tres? A mí me dio siete —indica, desilusionada. Aquel pequeñajo suele sacar buenas notas.

—Y a mí cinco con cinco —se lamenta Cris.

Diana es la siguiente en aparecer. Está muy seria. Miriam se acerca a ella y trata de consolarla.

—Menuda cara. ¿No te ha salido bien, verdad? No te preocupes, era muy difícil.

—Bueno, no sé. Suspendereé como siempre —dice, sin demasiado interés.

—¿Qué te dio el resultado del segundo?

—Tres.

—¿Tres? Como a... éste —Miriam, señala al chico bajito del que ni siquiera recuerda el nombre.

—Casualidad.

—¿Y el tercero? —insiste la mayor de las Sugus.

—Mmm. Creo que dos con cinco —responde Diana.

—¡A mí me dio eso! —exclama Cris.

—Sí, da eso —certifica el chico.

—¡Joder! ¡A mí ocho! —grita Miriam, desesperada, segura ya de que va a suspender.

La puerta del primero B se abre de nuevo. Paula sale resoplando.

—¿Cómo te ha salido? —le pregunta Cris.

—Ni idea. Era complicado.

—¿A que sí? —interviene Miriam—. ¿El primero os dio doce?

—No, veintiuno —comenta Cristina.

El resto asiente. Sí, el primer problema da veintiuno.

—Uff. Pues un cero voy a sacar.

—No será para tanto. Algún puntillo tendrás por haber puesto el nombre bien — bromea Cris, un poco más aliviada después de comprobar que dos de los ejercicios los ha hecho bien.

Miriam la atraviesa con la mirada y levanta el dedo corazón de la mano derecha.

El timbre suena anunciando el final de la clase.

—Oye, Miriam, ¿qué le ha pasado a Mario? —pregunta Paula, que no se ha olvidado de su amigo en todo el examen.

—Se ha levantado enfermo. Decía que le dolía mucho la cabeza y además tosía bastante.

—Ah.

Diana escucha la conversación en silencio.

—Pero, si quieres que te diga la verdad, me parece que se lo ha inventado. Y como es él, mis padres se lo han tragado.

—¿Y por qué tu hermano iba a hacer algo así? —pregunta Cristina, que no se cree la versión de su amiga.

—No lo sé. Tal vez no había estudiado demasiado y no quería suspender. Quizá, si habla con el profesor de Matemáticas, se lo haga otro día. Mis padres le harán un justificante.

—No me creo que Mario haga eso —insiste Cris.

—Pues créetelo. Soy una experta en hacerme la enferma. Y la tos sonaba muy falsa.

Paula no dice nada. Prefiere no hacerlo. Si es cierto que Mario miente y no está realmente enfermo, cree saber la causa por la que no ha ido a hacer el examen: ella.

El timbre vuelve a sonar. La siguiente clase comienza enseguida.

—Voy al baño —dice Diana—. ¿Vienes conmigo, Paula?

—Pero si ya ha sonado...

—Anda, acompáñame, que no aguanto. No tardamos nada.

—Está bien, voy contigo.

Las dos chicas se despiden de sus amigas y se dirigen al pasillo en el que está el cuarto de baño.

—Paula, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Sí, claro.

—Ayer... ¿Mario te dijo algo cuando yo me fui?

—¿Algo sobre qué?

Diana y Paula entran en el baño. Una junto a la otra se sitúan delante del espejo y se arreglan el pelo.

—Sobre... sus sentimientos.

Paula se gira hacia Diana y la mira a los ojos sorprendida.

—¿Hasta dónde sabes tú? ¿Qué te ha contado Mario?

—Bueno, no sé mucho. Sólo que...

—Diana, ¿tú sabías que yo le gustaba a Mario?

—Sí —responde en voz baja, tras pensarlo un instante.

—¿Y por qué no me habías dicho nada? Somos amigas.

—Porque era un secreto. Y no era yo la indicada para contarte eso. Tenía que ser

él quien te lo dijera.

Paula resopla, abre el grifo del agua fría y se echa un poco en la cara. Diana lo sabía y debería habérselo contado todo.

—De todas formas, no entiendo por qué dejaste que creyéramos que eras tú la que le gustabas.

—Porque yo me enteré ayer. Antes no sabía nada.

—¿El miércoles? Pero el miércoles fue cuando te fuiste de la casa de Mario llorando. ¿No? ¿No tendrá esto relación con lo que te pasó?

Diana no responde y se encierra en uno de los baños individuales. Paula la sigue y la espera fuera, apoyada contra la pared.

—¿Te gusta Mario, verdad, Diana?

Pero no hay ninguna respuesta desde el otro lado de la puerta.

Aquel momento no es sencillo para ninguna por el sufrimiento de ambas.

Paula, ante el silencio de su amiga, no insiste.

Un par de minutos después, Diana sale del baño. Está sonriendo, pero tiene los ojos completamente rojos.

—Di... Diana.

Y aquella chica, que tan fuerte se había mostrado siempre delante de todos, se derrumba completamente ante su mejor amiga. Lágrimas que ya no ocultan un sentimiento que ha terminado por explotar.

Capítulo 98



sa misma mañana, en otro lugar de la ciudad.

La columna sobre Katia para la página web ya está terminada. No está mal. Ángel la lee varias veces, cambia un par de palabras y corrige alguna que otra coma mal puesta. Hace entonces una nueva lectura, la última, porque lo que ha escrito sobre la cantante le gusta bastante. Satisfecho, llama a su jefe para que la lea antes de pulsar el *enter* y que salga ya publicada en Internet.

Jaime Suárez acude rápidamente y lee con detenimiento.

—¡Muy bien! Está muy bien.

—Gracias, me alegro de que le guste.

—Es personal, diferente, también informativa y se nota que estáis enamorados el uno del otro.

El periodista cree que ha oído mal las últimas palabras de don Jaime.

—¿Perdone? ¿Ha dicho «enamorados»?

—Sí, hombre. Es una columna preciosa y se siente el amor que hay entre los dos. Al menos, yo lo siento.

—No estamos enamorados. ¿Por qué dice eso? ¿En qué frase lo percibe?

Jaime Suárez mira a un lado y a otro para cerciorarse de que están solos. Luego se sienta en una silla con ruedecitas y se pone las manos en la nuca.

—Ángel, por si no lo recuerdas, sigo siendo periodista.

—Claro que lo recuerdo. Pero ¿qué tiene que ver eso?

El hombre está a gusto consigo mismo. Se siente triunfador, como el que acaba de encontrar una exclusiva: ¡la exclusiva!

—Verás: un periodista tiene que ser intuitivo...

—Lo sé, lo sé. Pero...

—Y perseguir una corazonada hasta descubrir si se trata de una realidad o de algo producto de su imaginación. Y reunir pruebas.

—Ya, pero no sé qué tiene que ver eso conmigo y con lo que ha dicho.

—Y además contar con dos factores fundamentales: la suerte y la lógica. Pueden parecer opuestos, pero ambos, en un momento dado, se complementan y juntos consiguen que se llegue a la noticia, al núcleo de la información.

—No entiendo nada de lo que me está diciendo.

Jaime Suárez sonríe.

—Yo te lo explico con hechos. Te voy a contar una historia. Hace una semana, cuando Katia vino a hacer la entrevista, ya noté cierto flirteo por su parte. Le gustaste

desde el primer minuto.

—¿Cómo sabe eso? —pregunta el chico sorprendido.

—Soy un zorro viejo, Ángel. Conozco a la personas, su naturaleza. Además, te miraba de una manera especial. ¿No te diste cuenta?

—No, y no creo que eso fuera así.

—No intentes esconder la verdad conmigo, amigo mío. Pero continúo. —El hombre echa la silla hacia atrás y coloca un pie sobre una de las mesas de redacción —: en ese instante tuve una corazonada, una intuición, el presentimiento de que tú y ella comenzaríais una relación.

Ángel se queda con la boca abierta y sigue escuchando las reflexiones de su jefe.

—Entonces empiezan a darse circunstancias que reafirman mi presentimiento. Ella te lleva en coche a no sé dónde el primer día, pide tu móvil y luego te reclama para que asistas a su sesión de fotos. Además, creo que luego os fuisteis juntos, ¿no? Eso al menos me contó Héctor.

—Sí, así fue —responde Ángel.

—No sé qué pasaría esa noche ni quiero saberlo, claro. Es asunto vuestro. Pero, y aquí entra en juego la lógica, sería normal que entre una chica joven y preciosa como ella y un tío también joven y guapo como tú pudiera pasar algo. Si se van solos, de noche y en el coche de ella, las posibilidades aumentan.

—Pues no pasó nada —miente.

El hombre sonrío pícaro. No lo cree, pero no va a contradecirle.

—Vale, no pasó nada. Pero es normal que dos chicos guapos, jóvenes y sin compromiso conocido se gusten y comiencen una historia entre ellos. ¿Es lógico o no es lógico?

—Simplemente, es una posibilidad.

—Da igual, llámalo como quieras —protesta don Jaime—. Sigo atando cabos. El día que Katia tiene el accidente, da la casualidad de que tú estás en el lugar de los hechos sin que te avise nadie para que cubras la noticia.

—Había muchos periodistas allí.

—Sí, es cierto, pero ninguno dispuso de las informaciones que tú obtuviste. Es más, diría que hasta llegaste a ver a Katia en su habitación, ¿me equivoco?

El chico no responde. Se limita a seguir escuchando lo que Jaime Suárez sigue diciendo.

—No, no me equivoco. Y, por si fuera poco, el miércoles Katia aparece en la redacción de la revista porque habías quedado con ella para tomar café.

—Nos hemos hecho amigos. Es verdad.

—¿Amigos? ¡Amigos íntimos!

Jaime Suárez se pone de pie y suelta una carcajada. Ángel lo observa. Camina de un lado para otro con las manos en la espalda.

—Ayer —continúa relatando el director de la revista— alguien vio a Katia entrando en un edificio. Iba acompañada de un chico guapo, alto, bien vestido, que se parecía mucho a ti. ¿Eras tú?

Ángel duda en responder la verdad. Pero si aquel hombre está diciendo todo aquello es porque tiene pruebas convincentes. Así que mentir no es una buena solución.

—Sí, era yo.

—Menos mal que lo reconoces, porque ese alguien que os vio era mi mujer.

—¡Joder! ¿Su mujer nos vio?

—¡Sí! Por eso te he dicho antes que también en la noticia intervienen la suerte, el destino, las casualidades. Mi mujer confirmó mi corazonada y aportó la prueba definitiva: la que demuestra que tú y esa chica tenéis una relación.

Ángel se mantiene en silencio un instante.

Mientras su jefe continúa hablando, él busca algo entre sus cosas.

—Pero no te preocupes, yo no diré nada. Y la revista no publicará nada sobre vuestra relación. Eso sí, si la prensa del corazón se hace eco de que... ¿Ángel, qué haces?

El periodista abre la carátula del CD que estaba buscando y mete el disco en su ordenador.

—Escuche —le indica a Jaime Suárez.

Es el tema de Katia, cantado por ella misma. Suena algo diferente a la canción original, pero Jaime no entiende por qué Ángel quiere que oiga *Ilusionas mi corazón*. Sin embargo, en unos segundos, lo descubre. La letra no es la misma: los protagonistas de la canción se llaman Ángel y Paula.

—Pero ¿qué significa esto?

—Veo que lo ha notado.

—¿Ese Ángel eres tú?

—Sí. Y Paula es mi novia. Mañana es su cumpleaños y le pedí a Katia que me hiciera este favor. Es una gran fan suya y que le dedique esta canción significará mucho para ella. En el edificio donde su mujer nos vio entrar hay un estudio de grabación, donde ayer nos pasamos toda la tarde grabando esta versión especial de *Ilusionas mi corazón*.

Jaime Suárez no recuerda ninguna ocasión en la que errara de esa manera. ¡Menos mal que ha sido con uno de sus chicos!

—Lo siento, Ángel. Estoy avergonzado.

—No se preocupe. Entiendo que todas las pruebas conducían a deducir que Katia y yo tenemos una historia, lo que demuestra que ni aun que la intuición, la lógica y la suerte se junten, eso garantice que el periodismo sea una ciencia exacta.

Después de esa última frase, el periodista vuelve a guardar el CD en su carátula.

Sonríe a su jefe y pulsa el enter para que la columna de opinión sobre Katia aparezca en la página web de la revista.

Esa mañana de marzo, en un lugar de la ciudad.

Álex no va esa mañana a la ciudad. En casa, prepara la clase de esta tarde con Agustín Mendizábal y sus amigos. Menos mal que hoy es viernes y la tiene una hora antes. También intenta escribir un nuevo capítulo de *Tras la pared* a pesar de no encontrarse muy inspirado. De vez en cuando se atasca y, al repasar cada párrafo, todos le parecen iguales. Y entonces se culpa de su torpeza y de su falta de talento.

Constantemente mira el móvil y siente la tentación de llamar a Paula. La última conversación de anoche le hizo pensar. Tal vez la esté agobiando demasiado. No quiere que eso pase, pero le cuesta controlarse. A veces sus sentimientos le desbordan y la necesita. Necesita saber de ella, oír cómo se ríe. A pesar de que se conocen desde hace poco tiempo, y no se han visto demasiado, se ha enamorado como nunca antes lo había hecho.

Pero ella tiene novio, y ése es un gran inconveniente o, más bien, una tortura, y lo que hace que en ocasiones entristezca y lo dé todo por perdido. Imaginar que la chica a la que quieres está en los brazos de otro y que la besa y la abraza resulta desolador.

Quizá en estos momentos esté con él, haciendo quién sabe qué.

Álex suspira. Sí, realmente vivir así es una tortura.

Le apetece subir a la azotea de su casa y tocar el saxofón para desahogarse, pero llueve otra vez. Así que se debe conformar con mirar por la ventana de su habitación y tocar sentado en la cama.

La música del saxo invade toda la casa recorriendo cada rincón con su triste melodía.

Capítulo 99



sa mañana de marzo, en un lugar de la ciudad.

Un nuevo viernes que se termina, al menos para los alumnos del instituto. Se acaban las clases hasta el lunes, ocasión de festejos y celebraciones, aunque no muchos. La semana que viene es la última del segundo trimestre y está llena de exámenes que determinarán las notas finales.

Las cuatro Sugus caminan juntas por los pasillos del edificio hacia la salida.

Miriam y Cris llevan discutiendo todo el día sobre los motivos de Mario para no ir al examen. ¿Fingió que estaba enfermo o no? Su hermana se reafirma una y otra vez en que sí, pero Cristina opina que Mario no es capaz de algo así porque, además, es el mejor de la clase en Matemáticas y, si se hubiera presentado al examen, lo habría aprobado sin dificultad. No necesita mentir y decir que se ha puesto malo. Paula y Diana se mantienen al margen. Prefieren no expresar su opinión, aunque ambas creen comprender las razones por las que el chico no ha aparecido.

Desde que terminó el examen de Matemáticas, Paula y Diana están más unidas que nunca: son más amigas, se conocen un poco más. Por primera vez, Diana se ha abierto. Ha sacado sus sentimientos al exterior y Paula estaba allí para tenderle su mano. Aunque ella es la tercera implicada de ese extraño triángulo amoroso, siente la necesidad de estar al lado de su amiga. En el cuarto de baño hablaron. Diana se desahogó y soltó todo lo que su corazón escondía. Paula la escuchó durante esa hora en la que faltaron a clase de Tutoría. Nunca había visto a su amiga llorar de esa manera. Desconsolada, repetía que no sabía qué le estaba pasando, no entendía cómo había podido llegar a eso por amor, o lo que ella creía que era amor. Su primer amor.

Un beso en la frente de Paula a Diana selló su apoyo incondicional hacia su amiga, fueran cuales fueran los próximos acontecimientos.

—Bueno, entonces quedamos a las ocho en mi casa —apunta Miriam, que ya se ha olvidado por completo del examen de Matemáticas—. Las Sugus tenemos que celebrar tu cumpleaños a lo grande.

—Vale. Vale. Llevaré helado y comeremos *pizza* —comenta Paula.

Aunque sea en casa de Miriam y con Mario cerca, en otra habitación, le vendrá bien olvidarse de todo al lado de sus amigas. Y a Diana también.

—Lo pasaremos bien. Mis padres no están y podremos desmadrarnos un poco. ¿Contratamos un *boy*?

—Estás loca, Miriam —comenta Cris, negando con la cabeza, aunque con una amplia sonrisa.

—Hey, ¿qué pasa? ¿A ti no te gustaría ver a un tío de esos bailando para nosotras solas?

—¡No! ¡Qué vergüenza!

—Ya, ya, vergüenza... Tú eres tímida y vergonzosa hasta que dejas de serlo. ¿O ya no recuerdas qué pasó hace un mes cuando te pillaste aquel ciego de Malibú?

—Pues no, no me acuerdo, lista.

—¿Te refresco la memoria?

—Déjalo, anda.

Diana y Paula observan en silencio la divertida discusión de sus amigas. Sonríen. Están más relajadas. Aunque saben que las cosas pueden cambiar pronto, ellas permanecerán unidas. Las cuatro comparten una forma parecida de vivir la vida. Son diferentes, pero su espíritu es muy similar, un espíritu libre, una misma esencia. Se divierten juntas, se entienden bien y, envidias de esas que llaman sanas aparte, se respetan. Pero sobre todo se quieren, ése es el gran secreto de las Sugus: se quieren mucho.

—Vale, pues sin *boy*. Ya inventaremos algo.

—Podemos jugar un trivial —comenta Cristina.

—Sí, o un parchís, ¡no te jode! Para un día que me dejan sola en casa, nos vamos a poner a jugar al trivial.

—Eso lo dices porque siempre pierdes.

—Eso lo digo porque... ¡Bah, paso de ti! Las Sugus llegan a la puerta del instituto entre gritos y risas. Lluve desde hace un rato con mayor intensidad.

—A las ocho en mi casa. ¡Sed puntuales! —exclama Miriam, que sale a la calle abriendo su paraguas—. ¿Vienes, Diana?

—Sí, espérame.

Se despide primero de Cristina, a la que guiña un ojo, y luego de Paula, a quien da un beso en la mejilla.

—Esta noche nos vemos. Y gracias por todo.

Paula sonríe y contempla cómo su amiga corre hasta Miriam y se refugia bajo su paraguas. Es una gran chica y le da mucha pena que lo esté pasando tan mal. Sólo espera que todo se arregle y que las cosas vuelvan a la normalidad.

Ya lejos, Miriam y Diana dialogan.

—¿Crees que se ha enterado de algo?

—No, no sospecha nada.

—Lo del *boy* ha estado bien, ¿verdad?

—No te habrías atrevido a contratar uno.

—¿Que no?

—No.

—Pues tienes razón. Pero seguro que no necesitamos un *boy* para que el

cumpleaños de Paula sea un éxito.

—Seguro.

—¿Tienes ya los condones?

—No. Esta tarde iré a por ellos.

—Bien. Yo ya tengo reservada la habitación del hotel.

Diana sonríe. Recuerda su primera vez. No fue como había imaginado: lo hizo mal, deprisa y con quien no debía, pero aún así fue especial. Y seguro que para Paula también lo será. Se lo merece.

Capítulo 100



sa tarde de marzo, en un lugar de la ciudad.

Han pasado la mañana juntas. Más tarde han dado un paseo por la montaña, sin nadie que las moleste, sin horarios, sin móviles y sin fans. Ni la lluvia ha podido con ellas. Finalmente, han regresado a casa cansadas y empapadas, pero con sensaciones renovadas y muy positivas.

Son más de las seis y media de la tarde y acaban de terminar de comer. Katia sirve una copa a Alexia, un ron con Coca Cola, y se sienta en el sillón de al lado. La cantante ha invitado a su hermana a comer para agradecerle el gran día que han compartido y que le haya prestado el coche durante toda la semana. El mecánico llamó por la mañana para confirmarle que, a partir del lunes, ya tendrá de nuevo a su disposición el Audi rosa.

—Hacía tiempo que no pasábamos un día tan bueno juntas. ¿Desde cuándo tú y yo no comíamos así? Las dos solas y tranquilas. Por cierto, ha sido un detalle que me hayas invitado, aunque hayas encargado los platos al restaurante chino —dice la hermana mayor bromeando, mientras echa el refresco en el vaso.

—Es que hacer la comida no es lo mío, ya lo sabes.

—Lo sé. De todas maneras, los tallarines con bambú estaban muy buenos.

—Y el pato a la naranja, también.

—Tenemos que repetir más a menudo días como el de hoy. Pero, con tu agenda tan apretada...

—Lo siento —se disculpa Katia con sinceridad.

—No te preocupes, lo entiendo. Sé que es difícil que encuentres tiempo libre para otras cosas.

—Sí. He estado tan ocupada durante estos meses que apenas me ha quedado tiempo para hacer lo que siempre he hecho.

Katia se da cuenta de lo olvidado que ha tenido todo lo que hacía antes de convertirse en una celebridad.

—No debe resultar sencillo ser una cantante tan famosa y pararte a mirar dónde estás.

—Ya. Pero esta semana de descanso me ha venido muy bien para pensar.

—¿Sí? ¿Y qué has pensado?

La chica del pelo rosa cruza las piernas y se pone una mano en la barbilla.

—Algunas cosas.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, que uno no dirige su propia vida, sino que es ella la que te dirige a ti.

—Qué profunda. ¿Y por qué dices eso?

—Por varias razones. Por ejemplo, el accidente de coche. Podría haber muerto sin previo aviso.

—No te pongas dramática. Afortunadamente, sólo fue un susto.

—Sí, pero es una circunstancia que se te escapa. Tú no puedes prevenir que algo así te vaya a suceder, son cosas que la vida te tiene preparadas y que es imposible descifrar. En un segundo todo puede variar.

—Puede ser.

—Otro ejemplo: un día cualquiera conoces a alguien que piensas que es para ti, pero él no cree lo mismo. Tú intentas dirigir tu vida, que esa persona forme parte de ella de una manera y, sin embargo, resulta que forma parte de otra vida: no es lo que tú quieras que sea.

Alexia arquea las cejas y se frota el mentón.

—Pero, en ese caso, no es la vida quien te dirige y toma decisiones. Es otra persona, como tú y como yo, la que lo hace. No es un ejemplo válido.

—Sí que lo es. Es el destino, la vida misma, la que guía a la otra persona. Porque su vida actual ya está condicionada por lo que le ha pasado antes o por lo que él está viviendo ahora. La vida lo dirige a él y, de rebote, me dirige a mí. La hermana mayor bebe y reflexiona unos segundos.

—Resumiendo, que Ángel sigue sin hacerte caso —comenta mientras deja el ron con Coca Cola en la mesita.

—Me quiere sólo como amiga —responde Katia, sincerándose.

—Tanta Filosofía para llegar a una conclusión tan simple y sencilla. Ya te vale, hermanita. —Soy así de tonta.

—Tú no eres tonta, eres muy lista. Mira hasta dónde has llegado.

—Cosas de la vida.

—¿Otra vez con eso? Katia, te voy a ser sincera: tienes las armas y la inteligencia suficientes para conseguir a quien quieras, pero te pasa una cosa. Eres muy legal, demasiado legal, y el amor es como una batalla. Hay un objetivo por el que debes luchar y rivales a los que tienes que derrotar. Y, para eso, vale todo.

—Estás exagerando, Alexia. No es una guerra, no es una cuestión de vida o muerte.

—¿No? ¿Estás segura?

Katia suspira y descruza las piernas, echándose hacia atrás en el sillón en el que está sentada.

—Yo no estoy segura ya de nada, hermana. Alexia saca de su bolso un paquete de Marlboro y se enciende un cigarro.

—Tienes una rival, ¿no? La novia de Ángel, una cría que tal vez ni siquiera sabe lo que quiere y que se ha encaprichado del periodista. ¿Crees que es para toda la vida?

—No lo sé.

—Pues ya te lo digo yo: no. Esa relación durará semanas o meses. Con un poco de suerte igual llegan al año. Y después, ¿qué? También te lo digo yo: él querrá o dirá que quiere a otra; y ella, lo mismo.

—Eso lo sé. Es normal que si lo de Paula y Ángel no funciona, los dos rehagan su vida con otras personas.

—¿Y entonces? —pregunta Alexia sacudiendo las cenizas del cigarro en un cenicero de cristal.

—Entonces, ¿qué?

—¿Tú crees que no se puede pelear por un chico de veintidós años que acaba de empezar a salir con una niña de instituto? ¡Por Dios, Katia! Millones de rollos como ese comienzan y acaban todos los días. Son historias inconcretas, historias que viven del momento y en las que, por mucho futuro que crean que tienen juntos, nunca se aspira a más que a seguir soportándose la semana siguiente.

—Pero están enamorados.

—¿Enamorados? ¡Venga ya!

Katia, desmoralizada, se tumba en el sillón.

—Estoy desesperada. No me lo quito de la cabeza. Ayer pasé la tarde con él y fue genial. Pero él no pensaba en mí sino todo el tiempo en ella. Intentaba olvidarme de eso, de que hay otra, y quería disfrutar de mi momento. Pero fue imposible.

Alexia apaga el cigarro. Se levanta y se sienta en el sillón en el que está tumbada su hermana. Dulcemente, le acaricia el pelo y le da un beso.

—Debes pelear por ese chico, Katia.

—No tengo nada que hacer con Ángel. No me quiere a mí.

—¿Le has dicho lo que sientes por él?

—No, pero se lo debe de imaginar. Tonto no es, precisamente.

—¿Nunca le has confesado que lo quieres?

—No.

—Pues debes hacerlo. Y ya.

—¿Cómo voy a hacer eso, Alexia?

—Muy fácil: vas y se lo dices.

—Que vaya, ¿adónde?

—Donde sea, hermana: a su casa, a la revista, al fin del mundo... Tú misma eres la prueba de que quien quiere algo debe luchar por conseguirlo. Saliste de la nada y saltaste al mundo de la música abriéndote paso tú sola. Hoy eres la cantante que vende más discos en este país.

Katia resopla. Su hermana le coge una mano y se la aprieta.

—Alexia, no es lo mismo.

—No. Conseguir a Ángel es más sencillo, porque es convencer a una persona; vender discos es convencer a muchas.

La chica suelta la mano de Alexia y se sienta otra vez en el sillón.

—Lo ves muy fácil. Y seguramente sea lo más difícil con lo que me haya encontrado hasta ahora.

—No he dicho que sea fácil, he dicho que es más fácil que Ángel se enamore de ti que conseguir todo lo que has conseguido.

—Tú, entonces, ¿qué sugieres? ¿Que vaya a su casa y le diga que estoy enamorada, que no puedo vivir sin él y que deje a su novia por mí?

Alexia sonríe.

—Con otras palabras, pero sí. Te sugiero exactamente eso.

—No puedo hacer eso.

—Sí puedes. El no ya lo tienes. Sólo puedes ganar.

—Puedo perder su amistad.

—Hermana, no se puede ser amiga de la persona de quien estás perdidamente enamorada. Es una ley no escrita y que muchos intentan disfrazar, pero eso no es una amistad sincera.

La chica comprende lo que su hermana le está diciendo. Tiene razón: si quieres a alguien e intentas ser su amigo, tarde o temprano explotará lo que llevas dentro. Buscarás más, porque no estás a su lado simplemente porque te cae simpático o compagináis bien sino por el amor que sientes hacia él o ella y por la esperanza de que algún día se dé cuenta de que eres el chico o la chica de su vida.

—Katia, ve a por él ahora mismo y dile que lo quieres.

—Pero...

—Hazlo. O algún día te arrepentirás de no haberlo hecho.

La cantante suspira y cierra los ojos. Luego los abre de nuevo y mira a su hermana con emoción.

—Tienes razón, Gracias.

Se levanta del sillón y, con las llaves del coche de Alexia en la mano, sale de su piso decidida a intentarlo por última vez.

Capítulo 101



sa tarde de un día de marzo, en un lugar de la ciudad.

Le resulta increíble ponerse nerviosa en momentos como ése, pero le sucede. A Diana le da vergüenza comprar la caja de preservativos para Paula y Ángel. Pese a su experiencia sexual, sólo es la segunda vez que lo hace, y la primera fue en una gasolinera fuera de la ciudad donde la llevó un motorista mayor de edad. Siempre había convencido al chico de turno con el que mantenía relaciones para que fuera él quien se encargara de ese tema. Por si fuera poco, la farmacia está llena de gente. Sólo espera que no la vea ningún conocido.

Hay dos personas detrás del mostrador: una farmacéutica muy joven, que seguramente es una becaria en prácticas, y un chico de unos treinta años, bastante atractivo. Uff. ¿Qué pensará de ella cuando la vea aparecer con la caja de condones? Posiblemente, nada. Estará acostumbrado a que todos los días adolescentes, incluso más jóvenes, compren anticonceptivos. Pero aún así, preferiría que la que le atendiese fuera ella.

Da una vuelta más por el establecimiento. Coge una caja de aspirinas y un paquete de caramelos de menta. A continuación, se acerca a la zona donde están los preservativos. ¿Cuál elige? ¿De sabores? No, para la primera vez es mejor algo clásico. Paquete de doce de Durex.

La farmacia se va vaciando de gente. Quedan sólo dos ancianitas que conversan amigablemente con el farmacéutico, al que cuentan una por una todas sus dolencias. La otra chica no atiende a nadie en esos instantes. Es el momento de ir a pagar.

Diana se da prisa para terminar con aquello cuanto antes. Pone las aspirinas, los caramelos y los condones sobre el mostrador y saluda con una sonrisa forzada a la becaria. La chica le responde con otra sonrisa y comienza a pasar los códigos de barras por la máquina. Primero las aspirinas, luego los caramelos y finalmente los preservativos. Sin embargo, hay un problema con estos últimos. La máquina no los reconoce. Lo intenta varias veces sin éxito.

—Perdona que te interrumpa, Juan —le dice finalmente a su compañero—. ¿Puedes venir un segundo? La máquina no me reconoce los preservativos que esta chica ha comprado.

El farmacéutico se acerca hasta ellas y revisa la caja.

—Con éstos suele pasar a menudo —dice mientras teclea a mano el código de barras de los condones—. Ya está.

Juan, el farmacéutico, mira sonriente a Diana, aunque no es el único. Las dos

ancianas observan a la chica y murmuran algo. Por la expresión de su cara, no parece que sea nada bueno. Diana, roja como un tomate, da las gracias a Juan, el farmacéutico, y paga. Con una bolsita llena con lo que ha comprado en la mano, se despide de los dos y sale lo más rápido posible de la farmacia.

Y es que, por mucha experiencia que se tenga, hay cosas que siempre imponen. Sobre todo si hay un chico guapo implicado.

Esa tarde de marzo, en otro lugar de la ciudad.

Se ha pasado toda la tarde durmiendo y tiene que reconocer que le ha sentado de maravilla. Le ha servido para recuperar fuerzas y para dejar descansar su agotada mente. Tantos líos y emociones en los últimos días le han provocado un cansancio físico y mental más propio de un corredor de bolsa que de una estudiante de bachiller.

Paula se mira en el espejo. Son sus últimas horas con dieciséis años, pero se sigue viendo muy niña.

—Toc, toc.

Erica hace con la boca el ruido de llamar a la puerta, que su hermana tiene abierta. Pero ella es muy educada.

—Pasa, princesa.

La pequeña entra corriendo en el dormitorio de Paula y se lanza sobre ella. Su hermana la coge en brazos y recibe muchos besos pequeñitos por toda la cara.

—¿Y este entusiasmo a qué se debe?

—¿Qué? —Erica no entiende lo que le dice.

—Que por qué me das tantos besos...

—Porque es tu cumpleaños.

Paula baja a su hermana al suelo. Pesa. Ya casi no puede con ella.

—Pero todavía no es mi cumple, cariño. Quedan unas horas. Mira, cuando el reloj tenga las dos agujas en el doce será mi cumpleaños. ¿Sabes cuál es el doce?

—El que tiene el uno y el dos juntos.

—Muy bien. Ése es. Qué lista eres.

—Pero mamá me ha dicho que te vas a dormir fuera. Y no me gusta. ¿Por qué no te quedas conmigo?

La niña se pone triste. En realidad, lo que verdaderamente le preocupa es que no vaya a haber tarta. Si su hermana no celebra el cumpleaños en casa, no habrá pastel.

Paula no sospecha las razones por las que a Erica le afecta tanto que vaya a pasar la noche en casa de Miriam. Vuelve a coger a su hermana en brazos y la besa en la mejilla.

—Pero si vuelvo mañana. Y entonces lo celebraremos los cuatro: papá, mamá, tú y yo. ¿Vale?

—¿Pero habrá tarta?

—No lo sé, princesa. Eso es cosa de mamá.

—Ah.

Erica entonces descubre que se ha equivocado de persona. Salta al suelo de nuevo y le da un último beso a su hermana antes de salir corriendo hacia la cocina, donde está su madre.

Paula sonrío. Vuelve a mirarse en el espejo. No, ya no es una niña.

Se termina de arreglar, coge la mochila de las Supernenas en la que lleva el pijama y baja para despedirse de sus padres. Está feliz, segura de que va a ser una noche muy entretenida.

Entra en la cocina donde su madre y su padre conversan. También está allí la pequeña Erica, que casi no puede respirar de la emoción. ¿Qué le pasa?

—¡Nos vamos a ver a Mickey! —exclama la pequeña, fuera de sí.

La chica no comprende nada. ¿Qué se ha perdido?

—Paula, como no sabemos a qué hora llegarás mañana y a qué hora te volverás a ir después —empieza a decir Mercedes—, hemos decidido tu padre y yo darte ya tu regalo de cumpleaños.

—Aunque últimamente no te lo has merecido demasiado —añade Paco, que saca un sobre que tenía escondido detrás de la espalda y se lo entrega a su hija.

Paula lo coge y lo abre nerviosa. Por los gritos de Erica, intuye lo que es.

—Es más bien un regalo para todos. Pero sé que a ti te hacía mucha ilusión desde hace mucho tiempo —comenta su madre, mientras la chica trata de abrir el sobre sin romperlo demasiado.

Por fin, Paula lo consigue. Del interior del sobre saca cuatro billetes para Disneyland-París. Sonríe tímidamente. Era su sueño de pequeña. Ahora con casi diecisiete años no es lo mismo, pero le sigue haciendo ilusión.

—Bueno, ¿te gusta? ¿No dices nada? —pregunta Mercedes, expectante.

—Gracias. Me encanta.

Abraza y besa a su madre y luego hace lo propio con su padre.

—¡Voy a ver a Mickey! ¡Voy a ver a Mickey! —continúa gritando Erica, dando saltos de alegría. Es su personaje de Disney favorito.

Lo que nadie sospecha en ese momento es la importancia que Mickey Mouse va a tener en la vida de Paula a medio y largo plazo.

Capítulo 102



sa tarde de marzo, en un lugar de la ciudad.

Final de la clase. Álex recoge todo rápido para poder irse cuanto antes. Tiene mucha prisa. Los ancianos se van despidiendo uno a uno de él. Sin embargo, una voz conocida y distinta sobresale de entre las demás. Es una voz femenina.

—Hola, Álex. ¿Cómo estás?

Irene está tan impresionante como siempre, guapísima, con los ojos perfectamente pintados y los labios increíblemente carnosos. Va más tapada que de costumbre, con un jersey azul marino de cuello alto y un pantalón negro ceñido, pero su silueta sigue siendo imponente.

—Hola, Irene.

—He venido a recoger a Agustín. ¿Lo has visto?

—Sí. Ha ido al baño, enseguida vuelve.

La chica se queda en silencio mientras Álex continúa ordenando la sala.

—Oye, he estado pensando y creo que te debo una disculpa —dice la chica, cuyo tono al hablar es diferente al habitual, más serio y sobrio.

Álex deja de recoger las cosas y escucha atentamente lo que su hermanastra tiene que contarle.

—Dime.

—Verás, no soy muy buena en esto porque no estoy acostumbrada a pedirle perdón a nadie. Pero, después de estar toda la noche pensando en lo que hice y en cómo me comporté, me siento obligada a disculparme contigo.

—Te pasaste bastante esta vez.

—Lo sé. Y entiendo que me odies.

—Bueno, no te odio. Eres mi hermanastra al fin y al cabo. No tenemos la misma sangre, pero continuamos siendo familia.

—Ya. ¿Entonces me perdonas?

—Me costará un tiempo olvidarme de lo que has hecho, pero te perdono.

La chica sonrío débilmente y da un abrazo a su hermanastro, que se ruboriza al sentir el voluminoso pecho de Irene pegado al suyo.

—Me alegro de haberlo arreglado un poco.

—Y yo. No me gusta estar enfrentado con nadie.

El señor Mendizábal aparece por fin. Se está subiendo la bragueta del pantalón y tose ostensiblemente.

—¡Ah! ¡Has venido por mí! ¡Es que eres la mejor! —exclama cuando ve a la chica.

A Irene le cambia el rostro. Sigue sin soportar a aquel hombre, pero no le queda más remedio que vivir con él estos tres meses que dura el curso de Liderazgo. Mejor rodearse de comodidades como las que aquel tipo le ofrece que estar sin ningún sitio adonde ir, aunque sea aguantando las gilipolleces de aquel viejo verde.

—Espero que me readmitas pronto en tu casa o asesinaré a este viejo —le susurra al oído a Álex, mientras abre la puerta de salida.

—Si veo progresos en ti, podrás volver en unas semanas. Irene resopla y, tras despedirse de su hermanastro con dos besos, acompaña a Agustín Mendizábal hasta su coche.

Álex sonríe. Parece otra. Y aunque no cree que Irene haya cambiado de un día para otro, no está mal que le haya pedido perdón por todo lo que ha hecho.

Esa tarde de marzo, en ese mismo instante, en otro lugar de la ciudad.

Hay bastante tráfico, más del que esperaba. Además, la lluvia lo complica todo. Pero eso ahora no importa. A Katia lo único que le preocupa es encontrar a Ángel y decirle todo lo que siente por él. Conduce hacia su casa.

En la radio del coche de Alexia suena *Bring me to life*, de Evanescence.

Pasa un semáforo en naranja, pisa el acelerador, cambia de carril y adelanta a un Seat Ibiza blanco que ya estaba deteniéndose.

Está nerviosa. ¿Qué le va a decir exactamente? Nunca se ha declarado a nadie, siempre le han entrado a ella. Y, por cierto, ninguna de esas ocasiones la recuerda como un modelo a seguir.

¿Debe sonar desesperada? No, ésa no es una buena forma de decirle a alguien que le quieres. ¿Triste? No, eso es ser victimista y quizá lo único que lograría sería dar pena. ¿Tal vez lanzada? ¿Y si se tira a sus brazos? Tampoco es una buena idea. Ya pasó en una oportunidad, cuando Ángel se emborrachó, y todo terminó mal. ¿Entonces? Quizá lo mejor sea comportarse tal y como ella es: hacer y decir lo que le venga en ese momento a la cabeza, lo que le pida el cuerpo, con naturalidad, improvisando. Sí, ése es el mejor plan.

Katia llega a la calle en la que vive Ángel. No sabe si estará en casa o en otra parte. A lo mejor sigue en la redacción de la revista.

Aparca y, cuando se va a bajar, su móvil personal suena. Es Mauricio Torres.

—Dime —contesta.

—Katia, ¿dónde estás? —pregunta el hombre, al que nota por la voz que está preocupado.

—En el coche. ¿Por?

—¿Vienes ya hacia aquí?

—¿Cómo?

—¿Que si ya estás viniendo para la sala donde tienes el bolo esta noche?

«¡Joder! ¡Es verdad!...». Se le había olvidado por completo.

—No. Aún no. Estoy haciendo... unos recados. ¿A qué hora tengo que estar ahí?

—A las diez en punto te quiero aquí. Recuerda que hicimos un trato.

La cantante mira el reloj del coche. Son las siete y media. Hay tiempo.

—No te preocupes, ahí estaré. Es muy pronto todavía.

Mientras responde, Ángel sale de su edificio y se mete en un taxi.

—Bueno, te llamaba para recordártelo. Más te vale estar, porque si no...

—Mauricio, luego hablamos, ahora te tengo que dejar. Un beso.

—Katia, ¿pero qué...?

La chica apaga el teléfono y pone en marcha el motor del coche. ¡Es Ángel! Pero ¿adónde irá? No va a tener más remedio que seguirlo. Aunque, con el tráfico que hay y la lluvia que está cayendo, no será nada sencillo.

Ya es de noche, ese día de marzo, en un lugar de la ciudad.

Mario escucha cómo la puerta de su casa se abre y se cierra constantemente. El timbre ha sonado unas diez o quince veces. No comprende nada. Se oye como si hubiera un grupo de gente abajo. Sin embargo, no tiene ningún interés en averiguarlo. Es posible que en ese ruido tenga que ver Paula y, ahora mismo, no le apetece verla. Prefiere seguir en su cama acostado. Van a ser unos días difíciles. Tiene que olvidarse de ella de una vez por todas.

—¡Mario, sal! —grita su hermana desde el pasillo—. ¿O es que te vas a quedar ahí dentro toda la noche?

—Déjame. Estoy durmiendo.

—¡Venga ya! Paula está a punto de venir.

Confirmado. Ella no está, pero estará. Seguro que han montando una de esas fiestas de pijamas en las que las chicas hablan de sus cosas, especialmente de tíos.

—Luego salgo —miente.

Se pone los cascos del MP4 a todo volumen y se tapa la cabeza con la almohada.

Sabe que esa actitud no es la más adecuada, que se está comportando como un crío, pero no tiene la intención de seguir pasándolo mal. Al menos, no por hoy.

—Mario, sal de tu cuarto, que estamos todos abajo ya.

Ahora no es Miriam la que habla sino Diana. Todavía no se ha cruzado con él ni se han visto en ese día. Cuando ha llegado, el chico estaba ya encerrado en su habitación y no quiso molestarle. Ahora Mario no la puede oír. Sólo escucha la música de U2 con el sonido al máximo en su reproductor.

Capítulo 103



cho de la tarde de ese día de marzo, en un lugar de la ciudad.

Espera que el helado de macadamia no se haya derretido.

Paula ya está en la urbanización en la que viven Miriam y Mario. Antes ella también tenía su casa allí. Luego, su familia se mudó a otra zona de la ciudad, pero ella siguió conservando a muchos de los amigos de siempre y luchó por permanecer en el mismo colegio y, después, ir al mismo instituto que ellos. Sus mejores recuerdos son de allí y le encanta volver de vez en cuando y echar la vista atrás. Nada parece que haya cambiado en todos esos años. Sí, hay un supermercado nuevo, más tiendas y hasta van a abrir un centro comercial, pero la apariencia continúa siendo la misma.

La chica camina deprisa bajo la lluvia. En el trayecto en autobús ha pensado mucho en su situación actual, en la última semana de su vida. Hace ocho días todo era distinto: a Ángel solo lo conocía por Internet, Álex no existía y Mario era un amigo de la infancia. Ahora tiene a tres chicos enamorados de ella, está a punto de perder la virginidad y en una semana se irá a Disneyland-París. ¡Increíble! ¿Llegará un momento en el que las novedades se detengan y logre una mínima estabilidad? Eso espera, porque su resistencia física y mental se encuentra al borde del abismo.

Ya está frente a la puerta de los Parra. Las luces de la casa están encendidas. Llama al timbre y espera. Nadie abre. Estarán en la cocina. Llama una segunda vez y escucha unos pasos que se acercan y que luego se alejan. Paula no comprende qué pasa. Insiste llamando en una tercera ocasión. Pasan unos segundos y, por fin, Miriam le abre la puerta.

—¡Hola! —grita y se adelanta a darle dos besos.

—Hola. Ya empezaba a pensar que no queráis que entrara.

—Qué cosas tienes...

Diana y Cris aparecen también para recibir a su amiga. Ésta las observa con curiosidad. ¿No van demasiado arregladas? ¿Si hasta se han pintado como si fueran a salir de fiesta!

—Ah, ya estáis todas aquí. ¡Qué guapas! Si lo llego a saber, me habría arreglado un poco más.

Las chicas besan a su amiga. Cristina coge el helado y lo lleva a la cocina mientras Paula se quita el abrigo y busca un sitio donde dejar el paraguas.

—Estás perfecta, muy guapa, como siempre —dice Diana, que parece que se encuentra mejor que esta mañana.

—¡Qué va! Vosotras sí que estáis bien. Pero me podáis haber avisado de que os ibais a vestir así para no desentonar tanto.

—Qué tonta estás. Si pareces una modelo —comenta Miriam, que está además pendiente de otras cosas.

Aunque Paula no se ha pintado tanto como sus amigas ni se ha vestido para la ocasión, luce como si lo hubiera hecho. Lleva un jersey rosa oscuro, con pequeños filitos rojos y un pantalón vaquero blanco muy ajustado. Se ha puesto, además, unos pendientes de aros y se ha planchado el pelo.

—Ya, «una modelo», dice. ¿Y vosotras, qué?

—Nosotras nada. Por mucho que queramos, nunca seremos como tú —responde la mayor de las Sugus, que con la mirada le indica algo a Diana.

—Qué exagerada eres.

Entre piropos y sonrisas las chicas caminan hasta la puerta del salón. Cristina sale de la cocina y se reúne con ellas. Abren la puerta. Todo está oscuro. No se ve nada en aquella habitación. Paula nota cómo una de sus amigas la empuja ligeramente por detrás. Entonces se encienden las luces y...

—¡Sorpresa! ¡Felicidades!

Un gran grupo de chicos comienza a cantar el cumpleaños feliz ante la sorpresa de Paula, que se ha quedado boquiabierta. Uno a uno se van acercando y besando a la protagonista. Allí están antiguos amigos de la urbanización, compañeros de clase e incluso algunos de los de segundo de bachiller que sólo conoce de vista. Todos se acercan y la felicitan cariñosamente. Las tres últimas en hacerlo son las Sugus.

—Pero si esto era mañana, ¿no? —pregunta Paula, que aún está recuperándose de la impresión de ver a todos aquellos chicos allí.

—Sí, pero mis padres, al final, se iban hoy y queríamos darte una sorpresa de verdad. Y creo que lo hemos conseguido, ¿no?

La música comienza a sonar y los invitados hambrientos comienzan a dar buena cuenta de los bocadillos, bebidas y canapés que las Sugus han preparado durante toda la tarde.

—¡Sí! ¡No me lo esperaba para nada! Gracias, chicas: sois las mejores.

Las cuatro se abrazan y hasta se les escapa alguna lagrimilla. Luego Miriam saca algo de su bolsillo envuelto en papel de regalo.

—Toma, es para ti. De parte de las tres.

Paula lo abre. Es una tarjeta, una de esas llaves por infrarrojos que tienen algunos hoteles.

—Es del hotel Atrium. Habitación 322. Espero que tu primera vez sea tan bonita como te mereces.

¡Es verdad! Si la fiesta es hoy, significa que hoy también... ¡Dios, no había pensado en eso todavía!

—Gracias, chicas. De verdad, sois las mejores. —Paula vuelve a abrazar a sus amigas, nerviosa.

—Espera. Falta esto —dice Diana, que le entrega una cajita envuelta también en papel de regalo—. No hace falta que la abras ahora. Son para que no tengamos Paulitas y Angelitos antes de tiempo.

Paula la coge y sale del salón, para guardar la cajita en el abrigo. Cuando regresa junto a sus amigas se da cuenta de que falta alguien.

—Oye, ¿y Ángel? ¿Lo habéis invitado, verdad?

—Sí, no te preocupes. Estará al llegar. Le enviamos un e-mail explicándole el cambio de planes —comenta Miriam.

—También invitamos a Álex, como nos dijiste —añade Cristina.

¡Ups! ¡Álex y Ángel juntos en el mismo espacio! Paula palidece. Cuando les pidió a sus amigas que invitaran al escritor no imaginaba todo lo que vendría después. Uff. Será, sin duda, una situación incómoda y muy tensa. Aunque pensándolo bien, quizá Álex no vaya, previendo un encuentro con su novio que pudiera hacerle daño. De momento, no está allí.

Sin embargo, las dudas de Paula tardan poco en resolverse. El timbre de la puerta suena y uno de los chicos de segundo de Bachillerato que pasaba por allí abre.

Un joven guapísimo que llama la atención de todas entra en la casa llevando consigo un saxofón en las manos.

Capítulo 104



Noche de ese día de marzo, en un lugar de la ciudad.

Le duelen los oídos. *One*, de U2, suena a todo volumen en su MP4. Se ha debido de quedar dormido. Mario se quita los auriculares. No oye casi nada, sólo un fuerte y desagradable pitido. Se levanta de la cama, con los ojos achinados y la cabeza a punto de explotar. Se sienta sobre las mantas y se frota los ojos. ¡Qué mal se encuentra!

Poco a poco va recuperando sensibilidad en sus oídos. ¿Hay música puesta abajo? Eso parece. Se escuchan, además, muchas risas y algún que otro grito. Sí que han montado su hermana y las demás una buena fiesta de pijamas. No quiere salir de la habitación, pero tiene unas ganas enormes de ir al baño, así que no le queda otro remedio.

Mario abre la puerta despacio y sale de puntillas del dormitorio. Mira hacia abajo para comprobar que no hay nadie que le pueda ver, pero se equivoca. Dos chicas de su clase observan embobadas a un tipo que acaba de entrar en su casa con un saxofón. ¿Quién es? ¿No será un *boy*?

Sacude la cabeza negativamente y enseguida se da cuenta de que hay algo que su hermana y el resto se han olvidado de contarle.

Al mismo tiempo, esa noche de marzo, en el mismo lugar de la ciudad.

Dos invitadas a la fiesta, compañeras de clase de Paula, comentan entre ellas la última jugada.

—¿Quién es ése?

—Ni idea. Pero está muy bueno.

—Ya te digo.

—¿Es mayor que nosotras, no?

—Mejor. Seguro que tiene mucha experiencia.

—¿Eso que lleva es un saxofón?

—Sí. Igual han contratado a una banda y éste es uno del grupo.

—Pues si todos los del grupo están así..., ¡uff!

Álex acaba de llegar y ya se siente observado. Desde una esquina, dos amigas de Paula lo miran y cuchichean. El escritor las saluda amablemente y continúa caminando.

¡Menuda sonrisa tiene el desconocido! Las dos chicas se apresuran a presentarse,

pero es demasiado tarde. El joven entra en el salón con su saxofón en las manos y se pierde entre la multitud.

No hay demasiada luz en la habitación. Aquel sitio es tan grande como la pista de baile de una discoteca. La música que suena es muy estridente, *tecno dance*. ¿Dónde está Paula? No la ve. Hay mucha gente, todos chicos jóvenes, estudiantes de instituto la mayoría. Quizá él es el mayor de todos. Por fin divisa a Paula. Está hablando con tres amigas. Un escalofrío le recorre todo el cuerpo. Ella todavía no lo ha visto.

El chico se acerca sigilosamente hasta el aparato de música y pulsa el *stop*. Un segundo de silencio, al que sigue un murmullo de protesta. ¿Quién ha quitado la música?

Álex se sube encima de una mesa y mira a Paula. La chica, sorprendida, se pone una mano en la boca. ¿Qué hace ahí arriba? Todos los invitados observan expectantes al chico del saxofón.

—Felicidades, Paula. Éste es mi regalo de cumpleaños. El tema se llama *Simplemente*, Paula y lo he compuesto exclusivamente para ti.

Álex se moja los labios con saliva, prepara el saxo y comienza a tocar esa melodía que se sabe de memoria y que tantas veces ha interpretado. La ha escrito para ella, sólo para ella. Cierra los ojos y se deja atrapar por la música una vez más. Pero ahora no está en su casa, en su azotea, en la libertad de la soledad, ahora todos le escuchan, ella especialmente, y con emoción, atendiendo a cada nota y a cada segundo de *Simplemente, Paula*.

En la chica se despierta un sentimiento distinto, como si la música del saxofón la transportara a un lugar en el que sólo existieran él y ella, Álex y Paula. No comprende por qué su corazón se ha acelerado de repente. Es parecido a lo que siente cuando está con Ángel. Pero no puede ser, eso no puede ser. Ella no quiere a Álex. Ama a su novio. ¿O también quiere a Álex? Su cabeza está hecha un lío.

¿Se puede querer a dos personas al mismo tiempo y de la misma forma?

Nadie dice nada en tres minutos. Sólo habla el saxo.

Los acordes finales están llenos de melancolía, de preciosa tristeza, de amor no recibido, pero esperanzado de que algún día cambie de lado.

El tema termina. Álex respira profundamente para recuperar el aire perdido. Baja de la mesa y va a buscar a la chica del cumpleaños, que lo mira con ojos llorosos. Algunos aplauden, otros se preguntan quién es ese chico y todos le felicitan cuando pasa a su lado.

El chico llega hasta Paula y se abrazan. Muchos observan. Esperan un beso en los labios, que no llega.

—Felicidades —le dice en el oído.

—Muchas gracias, Álex. Ha sido precioso.

Los dos sonrían y se separan. Se miran indecisos. Son el centro de atención hasta

que la música vuelve a sonar y cada invitado regresa a lo que estaba haciendo.

—¿Podemos ir a un sitio más tranquilo un momento? Tengo que decirte algo.

Paula asiente con la cabeza, aunque está nerviosa por lo que Álex pueda decirle. La pareja se aleja de la multitud cogida de la mano.

Entran en la cocina. Allí sólo está Miriam preparando una bandeja de medias lunas rellenas de jamón y queso.

—Hola, tú eres Álex, ¿verdad? Yo soy Miriam, la dueña de la casa —se presenta la chica, dándole dos besos.

—Encantado, Miriam.

—Ha sido precioso lo que has tocado.

—Muchas gracias.

—¿Tocarás más?

—Pues...

Paula le hace un gesto a su amiga, que enseguida entiende que se quieren quedar a solas.

—Bueno, me voy a llevar esto al salón —dice, refiriéndose a la bandeja de medias lunas—. Algunos parece que no han comido en su vida. Luego os veo.

—Adiós, Miriam.

La anfitriona sale de la cocina con una sonrisa y preguntándose qué se proponen esos dos.

No hay sillas, todas están en el salón, así que Paula y Álex se sientan encima de una mesa que a veces la familia Parra usa para comer. Uno al lado del otro.

—De verdad, me ha encantado tu regalo.

—Me alegro de que te haya gustado. Lo he hecho con mucho cariño.

—Lo sé. Gracias.

Entonces él le coge una mano y la mira a los ojos. Paula se sorprende, pero no se aparta.

—Verás..., no quiero agobiarte. Sé que quieres a tu novio, y puede que yo te esté dando demasiados problemas, pero estoy muy enamorado de ti, Paula. Cada momento que pasa crece lo que siento. Y no puedo detenerlo.

—Álex, yo...

—Cada minuto miro el móvil por si me has mandado un mensaje. Pienso en ti a todas horas. No sé qué hacer ya.

El chico suspira y baja la mirada. Paula le imita.

—No te voy a negar que algo has despertado en mí —reconoce la chica—. No sé si es posible querer a dos personas al mismo tiempo. Estoy muy confusa. Sé que amo a Ángel. Lo sé. Él me hace sentir especial y me tiembla el cuerpo cuando estoy a su lado. Pero tú... lo has conseguido también.

Álex vuelve a mirarla a los ojos. No esperaba que le dijese algo así. Ella siente

algo, aunque no sabe hasta qué punto. Debe actuar.

—Paula, bésame y comprueba realmente lo que tu corazón te dice.

—¿Qué?

—Bésame y sal de dudas.

—No puedo besarte. Le estaría siendo... infiel a Ángel.

—¿No has dicho que he conseguido despertar algo en ti?

—Sí, pero...

—Pues es el momento de saber si realmente me quieres o no.

Álex cierra los ojos y se inclina sobre ella. Paula suspira, está confusa. Tiene que decidir en un segundo. ¿Qué hace? ¿Lo besa?

La puerta de la cocina chirría y se abre.

Paula y Álex se separan y bajan rápidamente de la mesa. A la chica le viene a la cabeza lo que ocurrió ayer cuando Erica entró en su habitación de repente.

—¡Ah, estás aquí! —exclama Cris, que viene acompañada—. Mira a quién me he encontrado.

Un chico alto con los ojos azules y sonriente va de la mano de Cristina.

—¡Cariño! —grita Paula, que reacciona deprisa y corre hacia su novio.

Ángel la envuelve entre sus brazos y se besan en los labios.

Después mira al chico con el que Paula estaba a solas en la cocina. Es guapo, demasiado guapo; no le gusta.

Álex cruza la mirada con el recién llegado. Así que ése es Ángel... Es un tipo muy atractivo, no esperaba menos. No puede evitar sentir cierto odio hacia él.

—Perdona por llegar tan tarde. Había mucho tráfico por la lluvia.

—¡No te preocupes! La fiesta acaba de empezar... Muchas gracias por venir. Me habéis dado todos una gran sorpresa —comenta la chica, hablando muy deprisa. Está nerviosa. ¿Ha visto Ángel algo de lo que ha pasado con Álex?

El periodista vuelve a besar en la boca a Paula y la abraza más fuerte.

—Oye, ¿no nos presentas? —pregunta Cris, que continúa allí observándolo todo.

—Ah, claro. Qué tonta estoy.

Paula se acerca de nuevo a Álex con su amiga y su novio a cada lado. Está muy tensa, aunque trata de disimularlo todo lo que puede. Que Cristina esté allí es de gran ayuda.

—Pues este es mi amigo Álex. Es músico y escritor.

La chica es la primera que se aproxima y lo saluda con dos besos.

—Yo soy Cristina, encantada. Tocas genial.

—Muchas gracias —responde con timidez.

Cris sonríe y da un paso atrás, momento que aprovecha Ángel para avanzar.

—Y yo soy Ángel, el novio de Paula. Me alegro de conocerte.

—Igualmente.

Los chicos estrechan con fuerza sus manos y se miran a los ojos. Paula los observa inquieta. Parece un pulso, un duelo entre ambos. Es extraño que dos personas como Ángel y Álex, tan serenas, mantengan esa actitud desafiante.

—Bueeeeno, ¿nos unimos a la fiesta? —pregunta Paula, deseando salir de allí cuanto antes.

—¡Sí! —grita Cristina, que ya se ha tomado un par de Malibú con piña—. Baila conmigo, saxofonista.

La chica agarra del brazo a Álex y, sin que este pueda evitarlo, lo empuja hasta al salón donde suena *Take me out*, de Franz Ferdinand.

Paula los sigue, pero Ángel la coge suavemente del brazo y la frena antes de cambiar de habitación.

—Te quiero. —Sus ojos azules brillan.

—Y yo —responde ella.

Y se vuelven a dar un nuevo beso. Pero es un beso diferente. Lo quiere, pero dentro, en su corazón, se está desatando una tormenta de sentimientos y sensaciones. En el corazón de Paula llueve. Ama a Ángel, pero ya no tiene tan claro que él sea el único.

Capítulo 105



inutos antes, esa noche de marzo, en ese lugar de la ciudad.

¿Pero el cumpleaños de Paula no es mañana?

Mario no entiende absolutamente nada. Desde arriba ve cómo chicos más o menos conocidos entran y salen continuamente del salón. Aquello ya no parece una simple fiesta de pijamas.

Ahora investigará. Antes tiene que ir al baño. Rápidamente recorre todo el pasillo del primer piso y llega al aseo, pero no puede abrir. Está cerrado. Lo que faltaba. Lo intenta de nuevo, pero es imposible. Llama a la puerta y no contestan. «Esto es el colmo», piensa. Nadie le ha avisado de la fiesta que hay montada abajo y encima no puede entrar ni en su propio cuarto de baño. Insiste en llamar y al final una voz femenina responde al otro lado.

—Ya voy, impaciente.

La chica quita el cerrojo y abre la puerta.

Los dos se sorprenden al encontrarse con quien tienen en frente.

—Mario, eras tú —dice Diana, azorada.

Está muy guapa. Va con un vestido de noche negro que le llega hasta las rodillas, con piedrecitas que brillan. Se ha puesto tacones y el pelo no lo lleva ni recogido ni con coleta, como suele ir al instituto. Se lo ha planchado y le cae liso por los hombros.

—Sí, claro que soy yo. Vivo en esta casa. Y tú, ¿qué haces aquí?

—Le he pedido permiso a tu hermana para subir a este baño. En el de abajo había dos chicas haciendo cola.

—Espera un segundo y ahora me cuentas qué está pasando.

El chico entra en el cuarto de baño a toda prisa y cierra la puerta. Diana sonríe y le espera con la espalda apoyada en la pared del pasillo.

Es la primera vez que ve a Mario desde ayer por la tarde. Esta mañana, cuando no fue a clase lo echó mucho de menos. Durante el examen de Matemáticas miró varias veces hacia su esquina y se le hacía un nudo en el estómago al no encontrarlo allí. Quizá ella tiene bastante culpa de todo lo que ha pasado, ya que fue la que le insistió ara que se declarase a Paula. Su amiga, en el cuarto de baño, le contó todo lo que pasó. Eso confirmaba su teoría de que Mario fingió estar enfermo para no ir al instituto y no encontrarse con Paula. Ésa era la verdadera razón de su ausencia y no el examen de Mates, como pensaba Miriam.

Mario sale del baño y vuelve a asomarse a la barandilla. Sigue entrando gente en su casa. A algunos no los ha visto nunca y otros le suenan del instituto.

—Habéis organizado una fiesta en mi casa y no me habéis dicho nada.

—¿Nadie te avisó de que el cumpleaños de Paula se celebraba en tu casa?

—Sí, eso sí. Pero creía que era mañana.

—Y era mañana. Pero tu hermana, cuando se enteró de que tus padres se iban hoy, decidió adelantarlo un día para darle una sorpresa a Paula.

—Ah, pues no me dijo nada nadie.

—Qué raro. Imagino que todos darían por hecho que lo sabías.

—Ya.

El chico se echa contra la pared y resopla. Diana está a su lado en la misma postura.

—Se te ha echado de menos esta mañana. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Cuando me desperté tosía y el dolor de cabeza era bastante fuerte. Ahora me duele un poco, pero mucho menos.

Y esta vez no miente. La música de U2 con el volumen al máximo en los auriculares tiene la culpa.

—¿Por eso faltaste a clase?

—Sí, no me encontraba nada bien esta mañana.

—Tienes que haber estado muy enfermo para perderte un examen, y más de Matemáticas.

—Bueno, un mal día.

—Algunos de la clase dicen que te lo has inventado para no hacer el examen porque no te lo sabías.

Mario se ríe irónico.

—Que digan lo que quieran. Me da exactamente igual.

—¿No te importa lo que piensen los demás?

—No.

—¿Ni lo que piense yo?

Mario se gira y mira a Diana a los ojos. Hoy la ve más guapa que nunca.

—No sé qué es lo que piensas tú —responde con tranquilidad.

La chica se sorprende. No parece la misma persona insegura y tímida de siempre. Es como si el palo que se llevó ayer le haya servido para madurar de golpe.

—Pienso que, si hubieras hecho el examen, habrías sacado la mejor nota de toda la clase.

—No lo sé. No era fácil.

—Tampoco ha sido tan complicado. Quizá hasta yo apruebe.

—Me alegro. Te esforzaste mucho.

Diana sonrío. Es cierto, es el examen en el que más ha estudiado en su vida. Y posiblemente lo apruebe con buena nota.

La chica se estira y bosteza.

—No tengo ninguna gana de fiesta.

—Yo tampoco. Aunque no sé ni si estoy invitado.

—Claro que lo estás hombre, no seas malpensado.

—Paula quizá no quiere ni verme.

—Has sido tú el que no ha querido ir al instituto hoy para no verla a ella — contesta Diana con frialdad.

Mario no se sorprende de las palabras de su amiga. Ya sospechaba que ella lo sabía. Pero tampoco quiere regresar al pasado, al menos no de momento.

Ahora es el chico quien se estira y bosteza.

—¿Quieres que veamos una película en mi habitación? —sugiere de improviso.

Diana no sabe cómo tomarse aquella propuesta, pero parece que no lo está diciendo con doble intención. Simplemente se trata de ver una peli juntos, como amigos. Aunque cree que Mario está tratando de alejarse de Paula y de sus sentimientos hacia ella, es imposible que se le haya olvidado todo tan deprisa. Un amor de diez años no se pasa en diez horas ni en diez días. Si de verdad decide pasar página, debe darle tiempo y después contarle lo que siente.

—Vale. Es una buena idea.

Los dos entran en la habitación. Diana está un poco nerviosa, y eso que ha pasado allí mucho tiempo en los dos últimos días. Piensa en sentarse en la cama, pero finalmente opta por la silla del escritorio.

—¿Alguna preferencia? —pregunta Mario.

—No sé. Sorpréndeme.

El chico busca en una carpeta de su ordenador y finalmente se decide por *La vida es bella*.

—¿La has visto? Si quieres, pongo otra.

—Sí, sí la he visto, pero déjala. Me encanta.

—Bien.

Mario coge otra silla y se sienta junto a Diana.

Los dos están a gusto con la compañía. Hace una semana ni siquiera eran amigos de verdad y ahora, después de unos días muy difíciles para ambos, son capaces de sentarse juntos a ver una película.

—Espera un momento. Dale al *pause* —dice la chica, levantándose de la silla—. Ahora vengo.

Diana sale de la habitación corriendo. Mario obedece y para la película. No sabe qué le puede haber pasado. ¿Ha dicho o hecho algo malo? Pocos minutos después su amiga regresa con una botella de Coca Cola, dos vasos y un paquete de Lays al punto de sal. Entra en el dormitorio y cierra la puerta.

—Con esto, ya tenemos nuestra minifiesta montada.

El chico coge el vaso que su amiga le ofrece y sonrío. Por fin, sonrío. Y es que a

pesar de que Paula sigue estando en su mente, porque no se puede dejar de querer a alguien en un día, Diana está empezando a ganar muchos puntos.

Capítulo 106



sa noche de marzo, tras el último beso entre Ángel y Paula.

La pareja entra de nuevo en el salón.

La música suena altísima. Hay muchos chicos bailando, pero dos llaman especialmente la atención. Paula observa cómo Cristina pone las manos en los hombros de Álex y se mueve al ritmo de la canción. Él hace lo que puede y trata de seguirla. Lo suyo está claro que no es bailar, pero lo intenta y hasta resulta simpático. Una sonrisilla se le escapa a Paula bajo la mano con la que se tapa la boca. Ángel se da cuenta. No le gusta nada esa complicidad que hay entre su chica y aquel tipo.

Pero él no se va a quedar quieto mirando. Agarra a su novia de la cintura y la guía al centro de la habitación. Paula, sorprendida, se deja llevar. No conocía esa faceta de Ángel. Baila bastante bien. Se mueve con mucha soltura y pone los pies donde tiene que ponerlos.

Álex, sin embargo, no tiene la misma habilidad y pisa a la pobre Cris. La chica se queja un instante, pero enseguida vuelve a sonreír. El escritor le pide disculpas, avergonzado. Se ha despistado cuando ha visto a Paula y a Ángel juntos. Él la tomaba por la cintura y ella se sujetaba a su cuello con ambas manos, luego se besaban. Empieza a pensar que asistir al cumpleaños no ha sido una buena idea. No puede soportar verlos tan acaramelados. Se siente débil y como si todo lo que ha hablado con Paula no hubiese servido para nada. Ella nunca será para él, a pesar de lo que le ha confesado hace un momento.

La fiesta continúa.

Otro tema comienza a sonar, pero la mayor parte de chicos, sorprendentemente y al mismo tiempo, abandona el salón. Al lado se oye un murmullo que va aumentando. Algo pasa en la entrada de la casa. Paula siente curiosidad. Coge a su novio de la mano y juntos salen de la habitación. Álex va detrás y Cristina le acompaña.

Parece que alguien ha llegado y está causando mucha expectación. Todos le rodean.

—¿Qué pasa? ¿Quién ha venido? —le pregunta Paula a Ángel.

—No lo sé. Espera.

El chico se pone de puntillas y por fin logra ver quién ha levantado tanto revuelo.

No puede ser. ¿Qué está haciendo ella allí? Katia consigue por fin librarse de buena parte de los chicos que la abordaban y camina hasta Ángel, al que acaba de divisar entre la multitud. Paula la ve llegar y suelta un grito:

—¡Dios, es Katia! ¡Y está en mi fiesta de cumpleaños!

La cantante del pelo rosa saluda primero a Ángel con dos besos y luego se dirige a la chica que está a su lado.

—Hola, tú eres Paula, ¿verdad?

—Hola..., hola. Sí, sí. Soy yo —responde muy nerviosa.

Ángel no dice nada. No entiende ni para qué ha ido ni cómo le ha encontrado, pero sonrío y trata de disimular su enfado. Si ya tiene el CD dedicado que pensaba darle a Paula a las doce de la noche, que es cuando es realmente su cumpleaños, ¿por qué Katia está allí?

—Me han dicho que eres una gran fan mía.

—¡Sí! Me encanta tu disco. En serio, es genial.

—Gracias. Ángel me ha hablado mucho de ti y me pidió que viniera a dedicarte un tema como regalo de cumpleaños.

—¿De verdad? ¿Has hecho eso por mí?

Ángel le sigue la corriente a la cantante y se encoge de hombros. La chica, emocionada, besa a su novio. Katia siente un pinchazo en su pecho, pero aguanta con entereza el momento de pasión de la pareja.

Los tres entran en el salón, con una fila de chicas y chicos detrás.

—Bueno. Esta versión especial de *Ilusionas mi corazón* es para ti.

Katia aclara la voz y muy suave comienza a cantar *a capella* el tema que la ha hecho famosa, cambiando el nombre de los protagonistas.

*Ángel ve en ella el camino,
la luz que invita a soñar,
un truco que hizo el destino,
como se unen la copa y el vino.*

El juego que quiso el azar:

*Ángel la acoge en su nido,
siente en su boca el manjar,
caricias de un fruto prohibido,
le cuenta en susurro al oído
lo que ella desea escuchar.*

Ilusionas mi corazón.

Nunca pensé que pudiera amar

como te amo a ti, mi amor,

como te quiero a ti, jamás.

Y en esta historia de dos

que no tiene escrito el final

tú eres mi cielo, mi sol,

tú eres mi luna, mi mar.

Paula ve en él un amigo,

un amante que le hace volar,

un confidente que es el testigo

de besos, de roces furtivos

abriéndose paso en la oscuridad.

Paula se enreda en su abrigo,

se acerca cada vez más.

unidos en cada latido

le cuenta en susurro al oído

lo que él desea escuchar.

Ilusionas mi corazón.

Nunca pensé que pudiera amar

como te amo a ti, mi amor,

como te quiero a ti, jamás.

*Y en esta historia de dos
que no tiene escrito el final
tú eres mi cielo, mi sol,
tú eres mi luna, mi mar.*

La canción termina y un gran silencio invade la sala. Paula tiene los ojos llorosos. Está muy emocionada. Mira a Katia y a Ángel una y otra vez. ¡Es increíble que la cantante más popular del momento esté allí y le haya cantado a ella expresamente!

—¿Te puedo dar un abrazo? —pregunta a Katia con las lágrimas saltadas.

—Claro.

Las dos chicas se abrazan ante la mirada de todos, que aún no pueden creerse lo que están viendo.

Capítulo 107



sa noche de marzo, en la fiesta de cumpleaños de Paula.

Katia mira el reloj constantemente. Hace media hora que tenía la actuación a la que Mauricio le había pedido que no faltara. Su representante la ha llamado unas veinte veces, pero ella no ha cogido el móvil y, al final, ha terminado por desconectarlo. Le duele muchísimo lo que está haciendo, pero no puede irse de allí sin que Ángel sepa lo que siente. Hasta el momento no ha habido ocasión para expresárselo. A cada minuto se le acerca alguno de aquellos chicos y le comenta algo, pues todos quieren hablar con ella. Y cuando logra librarse y quedarse sola, Ángel es el que está ocupado, besando a su novia y bailando con ella.

Ahora es uno de esos momentos en los que no tiene a nadie alrededor. Muchos de los invitados están jugando a un típico juego de adolescentes en el que hay que decir la verdad sobre si has hecho algo o no. Quien responda afirmativamente debe beber un vasito pequeño de alcohol, en este caso un chupito de ron.

—Hola. Eres Katia, ¿verdad?

Se acabó la soledad. Alguien vuelve a hablarle. En esta ocasión no se trata de uno de esos estudiantes de Bachillerato sino de un chico guapísimo, algo más mayor, con una sonrisa increíble. Ya se había fijado en él antes, pero no había tenido la oportunidad de conocerlo aún.

—Sí. Y tú te llamas...

—Álex.

El chico se inclina y le da dos besos.

—¿Eres amigo de Paula?

—Sí. Nos conocimos hace poco tiempo.

—Ah. Parece buena chica.

—Lo es.

Los dos guardan silencio y observan al grupito que está jugando a «Yo nunca he...».

—¿Me dejas hacerte una pregunta?

—Sí, claro. Que no sea muy difícil, por favor —bromea la chica.

—¿Has recibido mi carta?

—¿Tu carta? —pregunta extrañada Katia, que no sabe de qué le está hablando.

—Sí. Te he mandado una carta con una petición y el principio de un libro titulado *Tras la pared*.

La cantante piensa un instante y entonces recuerda aquel sobre del que Mauricio le

habló.

—¡Ah! ¡Sí, por supuesto! ¿Tú eres ese Álex?

—Sí, soy yo.

—Qué casualidad entonces encontrarnos aquí.

—Sí. Ha sido una feliz coincidencia.

—Mi representante me insistió mucho para que leyera lo que me mandaste y tengo que reconocer que es muy bueno —miente Katia, que no leyó ni una línea del cuadernillo que le envió Álex.

—Gracias, me alegro de que te guste.

Poco a poco la chica va recordando algunas cosas que Mauricio le contó sobre aquella historia.

—Y, si no me equivoco, quieres que escriba una canción para promocionarte y que así puedas llegar a más gente, ¿no?

—Algo así —reconoce Álex.

—Mmmm... Es una idea interesante. Y si te haces famoso, también me podría beneficiar a mí.

—No creo que me haga famoso escribiendo.

—Nunca se sabe. Yo tampoco creía que me haría famosa cantando y mira.

—Es distinto. Hay más cantantes famosos que escritores famosos.

—Quizá porque la música llega a más gente que los libros.

—Porque para oír música no necesitas hacer nada y, para leer un libro, tienes que prestar atención y esforzarte.

—Eso es verdad —responde ella esbozando una sonrisa.

Katia encuentra al chico muy interesante. No está nada mal y, ahora que le conoce, no le importaría prestarle una de sus canciones o escribir una nueva para su libro. Mauricio le comentó que *Quince más quince*, que no se llegó a grabar en el disco, se ajusta perfectamente a la historia: es un tema que habla de la diferencia de edad y de que los años no tienen que ser un problema en una relación.

Mientras continúan hablando, Ángel y Paula aparecen de nuevo. Ella le besa a él y se sirve un vaso de Fanta de naranja.

—No voy a tardar en irme —indica Álex, que ve la escena.

—Yo tampoco, hace casi una hora que debería haberme ido a un concierto.

—Vaya. ¿Y por qué sigues aquí?

—Tengo que hablar con Ángel de algo muy urgente, pero entre que a mí no me dejan y que Paula siempre está a su lado, no he tenido la ocasión de hacerlo.

Álex piensa un instante.

—Quizá pueda ayudarte —comenta—. Ahora mismo todos los chicos están entretenidos. Si logro llevarme a Paula, tú podrás hablar con Ángel.

—Vale.

—Tú llévatelo a la cocina y yo me llevo a Paula arriba. ¿OK?

—Perfecto.

Sin más palabras, los dos se acercan a la pareja para intentar llevar a cabo sus objetivos personales.

Capítulo 108



sa noche, instantes más tarde, en la casa de los Parra.

De la mano, Katia lleva a Ángel hasta la cocina. Mientras, en otra parte de la casa, Álex le ha arrebatado a Paula por unos minutos. La pareja apenas si ha podido resistirse ante la insistencia de sus pretendientes.

—Perdona, Ángel. No quería ser tan brusca, pero tenía que hablar contigo.

El periodista sigue todavía molesto con ella por su presencia allí sin invitación.

—Habla. Te escucho.

—Primero me quería disculpar por haberme presentado aquí sin decirte nada.

—¿Cómo sabías dónde estaba? Ni siquiera lo había dicho en la redacción.

—Fui a tu casa y vi cómo te montabas en un taxi. Seguirte no fue fácil, por la lluvia y el tráfico que había, pero tuve suerte.

—¿Me seguiste desde mi casa? —pregunta asombrado.

—Sí. Tuve que hacerlo porque quería hablar contigo.

Ángel suspira. Aquello cada vez es más surrealista.

—Cuéntame.

—No es sencillo para mí todo esto. Así que te pido por favor que no me interrumpas. Cuando termine de hablar, me dices qué piensas.

Katia está temblorosa. Le falla la voz y le cuesta muchísimo mirarle a los ojos.

—Bien.

La chica respira hondo y comienza con su historia.

—Hace poco más de una semana que te conozco. Pero para mí es como si te conociera desde siempre. Desde el primer momento me pareciste una persona increíble... Yo últimamente estoy rodeada de mucha gente, pero no consigo saber quién viene por mí y quién por la cantante. Contigo no tuve dudas. Te fijaste en cómo era yo como persona y estuviste ahí en momentos importantes como el del accidente. Sé que hemos tenido nuestros problemas, que me equivoqué besándote el día de las fotos, que no te debí llevar a mi casa y meterte en mi cama, aunque no pasó nada, como ya sabes, el día que te emborrachaste, porque ni tan siquiera te debí pedir que vinieras conmigo a tomarte una copa. Luego las llamadas. Para ti tuve que ser un verdadero incordio, una pesadilla. Pero aún así me volviste a llamar y a integrar en tu vida. También sé, y no soy tonta, que desde ese día te aprovechaste un poco de la situación. Lo que realmente querías era que le dedicara una canción a Paula para su cumpleaños. Quizá me utilizaste, pero no me importó. Lo poco que compartíamos juntos lo intenté disfrutar, aunque fue difícil, sabiendo que en quien pensabas no era

en mí, sino en ella.

»Hoy hablé con mi hermana. Y realmente es por ella por lo que estoy aquí. Pensaba que mis posibilidades contigo eran cero. Pero Alexia me convenció de que al menos debía luchar y gastar la última bala de mi revólver, y decirte lo que siento. Yo te quiero, Ángel. Te quiero hasta donde tú no puedes ni imaginar. Y te voy a ser sincera: no quiero explicaciones, sólo pretendo que me des un sí o un no sobre si tengo posibilidades contigo. Nada más. Si me contestas que sí, trataré de que te enamores de mí, haré las cosas bien y te prometo que jamás encontrarás a alguien que pueda darte más de lo que te daré yo. Si me dices que no, me olvidaré de ti para siempre. Y tampoco puedo tener tu amistad, porque sería engañarme a mí misma y seguir sufriendo, porque, si te sigo viendo, sé que volveré a llorar —toma aire. Suspira. Y temblando realiza la pregunta decisiva—. Ángel, ¿tengo alguna posibilidad de que algún día seas mi chico?

Silencio. Para Ángel, aquello supera cualquier momento comprometido que haya tenido hasta ahora. Nunca se ha visto en una situación tan al límite y que le provoque tanto dolor. Pero sabe la respuesta a la pregunta de Katia:

—No. Lo siento, Katia. Estoy enamorado de Paula.

La cantante sonrío. Se acerca a él y, sin que se lo espere, le da un beso en los labios.

—Hasta siempre, Ángel.

Abre la puerta de la cocina y desaparece.

Al mismo tiempo, esa noche de marzo, en la planta de arriba de la casa de los Parra.

—No entiendo nada, Álex. ¿Para qué me has hecho subir aquí?

—Antes nos han interrumpido. Nos quedamos con la conversación a medias.

Paula resopla. Durante toda la noche ha intentado estar lo más cerca posible de Ángel para tratar de olvidar lo que había pasado con Álex. Se siente mal, como si le estuviera traicionando, y tiene miedo de que eso que está sintiendo continúe creciendo.

—Lo siento, Álex. Creo que antes...

—Antes casi me besas.

—No. No te quería besar.

—¿De verdad que no me querías besar, Paula?

La chica aparta la mirada de los ojos inmensos de aquel chico que por momentos le confunde más.

—No, Álex. Quiero a mi novio... Él es todo para mí.

—¿Y por qué no me miras cuando me lo dices?

Paula clava sus ojos color miel en los ojos marrones de Álex. Pero no logra

aguantar su mirada ni un segundo.

—Álex, por favor. No me hagas esto.

—Bésame, Paula.

—No, por favor.

—Dime que no me quieres y me iré.

—Álex, por favor.

—Dímelo. Dime que no me quieres y abandonaré definitivamente.

—Álex, yo...

La chica entonces ve en la planta de abajo a Ángel. Está buscándola. El periodista mira a un lado y a otro, desorientado, desesperado.

—No te quiero —termina diciendo—. Lo siento. No te quiero.

Aquellas palabras hieren de muerte el corazón del joven escritor. Los ojos de Paula están en los suyos. No hay más que decir.

La mira por última vez, con dolor, con muchísimo dolor dentro.

Tranquilamente, Álex baja las escaleras. Se despide de Ángel y sale por la puerta de la casa de los Parra.

Capítulo 109



sa noche de marzo, en otra habitación de aquella casa.

El final de *Serendipity* le encanta. La película relata cómo el destino puede jugar con las personas hasta un punto en que dos desconocidos se enamoren y tras años separados se vuelvan a encontrar y sigan enamorados. Es la segunda película que Mario y Diana ven juntos esa noche. No han salido de la habitación a pesar de todo lo que parece que ha sucedido. Ellos han tenido su fiesta particular y lo han pasado mejor que la mayoría de invitados que ahora regresan a sus casas vomitando la comida del cumpleaños por los efectos del alcohol.

Los dos están en la cama, tumbados. Estar tantas horas sentados en las sillas era un castigo, así que, cuando *La vida es bella* terminó, los dos acordaron echarse en el colchón y ver la película desde allí.

—Qué bonita —comenta Diana, que no la había visto aún.

—Sí. Es una de las pelis de este tipo que más me gustan.

—Ay.

La chica sorbe por la nariz y su amigo se le queda mirando.

—¿Estás llorando?

—¡Qué va! He cogido frío.

—Seguro. No me puedo creer que la fría y dura Diana llore viendo *Serendipity*.

—Oye, que no estoy llorando. Y cuidado con lo que dices por ahí, no vayas a arruinar mi reputación.

El chico sonrío. Poco a poco va encontrando a la verdadera Diana. Y, sin duda, le gusta muchísimo más que la que aparenta ser.

—No te preocupes, no diré nada.

Son más de las doce de la noche. No llueve. Abajo ya no se oye ningún ruido. No debe quedar demasiada gente y la que queda o está borracha o liándose con alguien.

—Mario, ¿puedo quedarme a dormir en tu habitación?

—¿Qué?

—Hey, no te pienses mal, salido. Sólo a dormir, no quiero desvirgarte.

—¡Gilipollas! —grita, y se lanza sobre ella.

Diana comienza a reírse escandalosamente. Le está haciendo cosquillas.

—¡Para, para! ¡Por favor!

El chico le hace caso y se detiene. Los dos jadean por el esfuerzo y se vuelven a tumbar uno al lado del otro.

—Está bien. Puedes quedarte a dormir aquí. Seremos como Dawson y Joey.

—¿Quiénes?

—Dawson Leery y Joey Potter, los protagonistas de *Dawson crece*.

—No tengo ni idea de quiénes son éstos.

—Uff, tú no has tenido infancia.

La chica se pone de rodillas sobre la cama y amenaza a su amigo con la almohada.

—Claro que he tenido. Pero no veía la tele, sino que me dedicaba a jugar con otros niños.

—O a maltratarlos.

—¡Qué capullo!

Diana golpea repetidamente a Mario con la almohada hasta que este logra arrebatársela.

—Bueno, paz —dice la chica, tapándose con una manta.

—Claro, ahora que te he quitado la almohada quieres paz.

—Shhhh.

—¿Por qué me mandas callar?

—Tengo sueño.

Diana cierra los ojos y apoya la cabeza en el hombro de Mario.

—¿Me vas a usar de almohada?

—Shhhh.

—Vale. Me callo.

El chico no dice nada más. Se tapa con la parte de la manta que Diana no está utilizando y también cierra los ojos.

Es la primera noche que Mario pasa con una chica. Y aunque siempre pensó que Paula sería su Joey particular, desde ese instante la protagonista pasó a ser una actriz secundaria de la historia.

Capítulo 110



sa noche de marzo, en un lugar de la ciudad.

Hotel Atrium. Habitación 322.

Ángel abre la puerta con la tarjeta de infrarrojos, luego la introduce en el aparatito que hay en la pared para la luz y pulsa el interruptor.

Él entra primero, Paula pasa después y cierra la puerta. Aquella habitación es preciosa. Todos los muebles son blancos, negros o grises y transmiten muchísima tranquilidad, algo que a ambos les hace falta en esos momentos. La cama es de matrimonio: grande, espaciosa y con las sábanas blancas recién puestas.

Ambos se quitan los abrigos y los dejan en el armario. También Paula guarda allí dentro la mochila de las Supernenas con el pijama.

La chica, nerviosa, se acerca al ventanal que hace de cuarta pared y observa los millones de luces que de noche colorean la ciudad. Su novio se aproxima por detrás y le besa en el cuello. En su cuerpo nota la tensión a la que Paula está sometida.

—¿Estás bien?

—Sí. Muy bien —responde, no demasiado convincente.

Ángel no le da demasiada importancia. Es comprensible que esté así. Es su primera vez. Él también está nervioso y con todos los músculos en tensión, pero debe sobreponerse: tiene que transmitir seguridad y proporcionarle a ella toda la tranquilidad posible.

—El hotel está genial. Tus amigas se han pasado.

—Sí. Es todo muy bonito.

El chico lleva sus manos a la cintura de Paula y las introduce por debajo del jersey. Ella se estremece y con suavidad las aparta.

—Espacio. Por favor —le pide, con una sonrisa.

—Perdona, yo no...

—Tranquilo. No pasa nada. Soy yo, que estoy un poco nerviosa.

—Lo entiendo. No te preocupes.

Paula se aleja de su novio y camina hasta el cuarto de baño. También es muy espacioso y está diseñado con los mismos colores que la habitación.

—Ángel, ¿te importa que me dé una ducha antes? Quizá así se me pasen los nervios.

—Vale, como tú quieras. Tómame el tiempo que necesites.

—Gracias, cariño.

Se encierra en el baño y comienza a desnudarse. El móvil, que guarda en el

pantalón, lo coloca encima del lavabo. Los vaqueros caen al suelo lentamente. Los recoge y los cuelga en una de las perchitas de la pared. Al lado, pone el jersey. Paula se mira al espejo. Lleva ropa interior rosa. Si hubiera sabido que hoy era el gran día se habría puesto otro conjunto más *sexy*. Aquél no está mal, pero no es especial.

Le tiemblan las manos tanto que le cuesta desabrocharse el sujetador.

Lo último en desaparecer de su cuerpo es el tanga rosa.

Paula se mete en la bañera y examina los grifos detenidamente. No son grifos comunes, sino que tienen un lado en el que se gradúa la temperatura del agua y otro lado en el que se mide la fuerza del chorro. Pero su funcionamiento es más fácil de lo que esperaba y enseguida encuentra el punto de calor perfecto.

El agua le cae por todo el cuerpo con fuerza, intensamente, relajando sus músculos.

Y sin saber por qué comienza a preguntarse qué está haciendo ahí. La respuesta no es difícil: está ahí para acostarse por primera vez con un chico, con el chico al que quiere, como siempre lo había imaginado.

Sin embargo, no está tan segura de todo como hace un par de días. La culpa es de Álex. Y de Mario.

¡Mario! Ni se ha acordado de él en toda la noche. Pero ¡si ni le ha visto! ¿Dónde se habrá metido? Después de todo lo que ocurrió ayer, no le extraña que no la quiera ver en un tiempo. Su regalo fue precioso: *Canciones para Paula*.

Es curioso, pero con ese título podría denominarse y resumirse su cumpleaños. Mario le regaló canciones en un CD; Ángel, la canción de Katia; y Álex... aquel tema con el saxo, compuesto para ella. Tres chicos encantadores con los que cree que no se ha portado bien.

Especialmente, con Álex. Uff, le ha roto el corazón. Y de una manera bastante cruel. Mirándole a los ojos. Negando cosas que sentía. Porque realmente hay algo nuevo en su corazón. Un sentimiento diferente.

Pero no puede reconocer algo así. Complicaría su vida, la de Álex y también la de Ángel. Pobre Ángel. Si se enterase de que ahora mismo su chica no sabe si está enamorada de él o de otro, seguro que se marcharía de esa habitación.

Es culpable y no hay excusas. Pero ¿qué podía hacer?

La chica cierra los grifos y comienza a secarse aún dentro de la bañera.

El móvil suena. Es un SMS. Paula se seca las manos y alcanza su teléfono. Es un mensaje de Álex: «Aunque me hayas dicho que no me quieres, yo sí te quiero. Felicidades: ya tienes diecisiete».

El corazón le da un brinco y el estómago se le mueve como una centrifugadora.

Suspira. Es cierto, ya tiene diecisiete años.

Sus ideas están cada vez menos claras.

Sale de la bañera envuelta en la toalla, se termina de secar y se pone la ropa

interior.

Respira hondo. Es el momento.

Abre la puerta y camina por la alfombra gris hasta el centro de la habitación.

Ángel ya está en la cama. No lleva camiseta. Su atlético pecho está completamente desnudo. La parte de abajo aún continúa tapada. El chico la observa con admiración, luego con deseo y la invita a que se tumbe junto a él.

Paula obedece.

Y llegan los besos. Los primeros besos: en los labios, el cuello, las orejas. Y se escapa algún gemido. Ángel acaricia sus brazos, su espalda. Desabrocha el sujetador que cae y se pierde entre las sábanas. Ella se deja hacer. Siente su boca en sus senos, con pasión, saboreando lo que nadie antes consiguió probar.

La chica abre y cierra los ojos. Los abre para saber hacia dónde viajan sus manos y los cierra cuando éstas han llegado.

Ángel se desliza, despacio. Juega con el elástico del tanga hasta que por fin se decide a explorar más allá. Paula suspira. Se ahoga y gime. El placer llega a su cuerpo, pero su cabeza y su corazón le están diciendo que no siga. No. ¡NO!

Abre los ojos y mira a Ángel. Él se sorprende cuando los contempla. Paula está llorando.

El móvil vuelve a sonar. Un pitido que indica un nuevo mensaje.

La chica mira hacia el cuarto de baño.

No quiere seguir con aquello porque no sabe si ama a Ángel o si quiere a Álex o a los dos. Y así no puede vivir. Necesita tiempo. Necesita espacio. Para comprenderse, para saber si de verdad está enamorada de alguien. Ahora recuerda bien lo que un día le dijo su madre. «Si quieres a dos chicos al mismo tiempo, es que realmente no amas a ninguno de los dos».

—Lo siento. De verdad que lo siento. Tengo que pensar.

A Ángel no le salen las palabras. La está perdiendo. Sólo contempla con estupor cómo se levanta, cómo va hacia el baño y cómo a los dos minutos regresa vestida con el móvil en la mano.


«Felicidades cariño, espero que estés pasándolo bien con tus amigas. Tu padre, Erica y yo te queremos muchísimo. Un beso de los tres».

—¿Adónde vas a ir? —le pregunta.

—No lo sé. Necesito pensar.

Se viste, abre el armario, coge el abrigo y, con la mochila de las Suprernas colgada en la espalda, sale de la habitación 322.

Capítulo 111

 **H**ace dos meses y pico, un día de enero, en dos lugares de la ciudad.

«Soy Lennon. Mi MSN es Johnforever@hotmail.com. Te espero. Sólo te pido una cosa, si te parece bien, claro. Si tienes una foto tuya en la ventana del MSN, ¿puedes quitarla, por favor?»

Muchas gracias.

Ahora nos vemos».

Éste era el mensaje privado que Minnie16 había recibido de Lennon en el foro *musiqueros.es*.

Se conocían desde hacía dos días. Su primer contacto fue una acalorada discusión sobre la música comercial. Cada uno defendía con ímpetu una idea distinta, hasta tal punto que a las tres de la mañana se quedaron ellos solos. La disputa terminó en sonrisas y en un «espero volver a verte». Al día siguiente se repitió el encuentro. Ironía, jugueteo, complicidad. Y al tercer día, ella recibió de él ese mensaje privado.

Paula releyó aquellas frases varias veces. No entendía lo de la foto. Pero, sin saber por qué, lo hizo: agregó a Lennon y en la ventana de su MSN colocó un osito de peluche con un corazón.

Cinco minutos eternos. Infinitos. Hasta que apareció.

—¿Minnie?

—Sí, soy yo. Mi nombre es Paula, Lennon. Encantada.

—*Ídem*. Yo soy Ángel. Muchas gracias por quitar tu foto.

—De nada. Pero ¿por qué no quieres verme?

—Una costumbre.

—¿Me la explicas?

—Yo no te voy a poner mi foto y quiero que estemos en igualdad de condiciones.

Paula no entiende a qué viene tanto misterio. Aquel chico le agrada, incluso puede decir que la atrae, pero no esperaba encontrarse con esa rareza.

—¿Y por qué no pones una foto tuya? ¿Te da vergüenza? ¿O es que eres alguien importante y no quieres que te reconozcan?

—No quiero que me juzguen por mi físico.

—¿Tan feo eres?

Ángel tarda en contestar esta vez. Paula teme haberle ofendido con esa pregunta, pero, justo cuando iba a escribirle para pedirle perdón, el chico continúa la conversación.

—Puede ser. Eso no soy yo el que debe decirlo. De pequeño tuve aparato dental, era gordito y siempre andaba despeinado. Los niños se metían conmigo. Sé lo que se siente al ser juzgado simplemente por tu físico. A veces es inevitable ver a una persona y pensar: «Éste tiene que ser así». Por eso en este mundo de Internet intento conocer y que me conozcan sólo por como soy por dentro.

La chica lee aquel párrafo y suspira. Tiene razón, pero le gustaría verlo.

—Así que nunca sabré cómo eres.

—Cuando nos conozcamos en persona.

—Jajaja. No creo que eso pase nunca.

Otro silencio. Son las tres y media de la mañana. ¿Es posible que esté hablando con alguien más? Por fin, Ángel contesta:

—Nunca digas nunca.

—No he quedado jamás con alguien que haya conocido por Internet. ¿Por qué ibas a ser tú el primero?

—Yo tampoco he hecho algo así y no creo que lo haga. Pero siempre hay una primera vez para todo.

¿Primera vez para todo? ¿Aquello era una indirecta para hablar de sexo? No. No era ese tipo de tío. O no lo parecía.

—Eres muy raro.

—Tú también eres rara.

—¿Yo? Soy una chica de dieciséis años normal y corriente.

—¿Dieciséis? Claro, por eso ese 16 junto a tu *nick*.

—Guau, me asombra. ¿Por qué pensabas que era?

—Por tu edad. Pero podía ser por cualquier cosa. Igual eres fan de Pau.

—¿Qué Pau?

—Gasol. Lleva el dieciséis en su camiseta.

Paula se da una palmotada en la frente. No era un tío que hablara de sexo, pero sí de deportes. Está perdida.

—Ah.

—No te preocupes, no voy a hablar de deportes.

¿Le lee el pensamiento?

No tiene foto, apenas lo conoce, le resulta raro y sin embargo... ¿le gusta? No. Eso es imposible.

—¿Y tú, cuántos tienes?

—107.

—¡Venga ya! ¿Tampoco me vas a decir tu edad?

—No.

—Me voy.

Miente. Pero ¿de qué va? ¿No le va a contar nada de él?

—¡No, espera! ¡Paula, espera!

—Sólo si me dices cuántos años tienes.

—Chantajista.

—Llámallo como quieras. ¿Edad?

Se teme lo peor. Está hablando con un señor mayor. Ahora es cuando le presenta a los hijos. O peor, a los nietos.

—Tengo veintidós años. Pero soy como Peter Pan. No quiero cumplir más.

Ella dieciséis, él veintidós. Bueno, podría ser peor.

—Eso de Peter Pan es porque cuando cumpliste veintidós, ¿no contaste más o porque realmente tienes esos?

—Tengo veintidós.

—Viejo.

—Ahora el que se va soy yo.

—¡No! Perdona, perdona. Si eres un chaval. Qué digo un chaval: un bebé.

—¿Te ríes de mí, Paula?

La chica no sabe ocultar una sonrisa de oreja a oreja en la soledad de su habitación. Le gusta más en cada frase que escribe.

—Por supuesto que no me río de ti. Me río contigo.

—Eso está muy visto.

—¡Oh! Perdona usted, señor originalidad.

Una nueva pausa. Un minuto. Dos. Tres. ¿Pero dónde se ha metido?

Regresa.

—Intento serlo. En mi profesión me lo exigen.

—¿Sí? ¿A qué te dedicas?

—Soy periodista.

¡Dios, un periodista! ¡Qué interesante!

—¿Eres uno de esos *paparazzi*?

—¿Por qué todo el mundo cuando se entera de que soy periodista me pregunta eso?

Mierda, otra vez ha sido poco original.

—Quizá porque tropiezas sólo con chicas tontas como yo.

—Tú no eres tonta. De hecho, creo que eres bastante inteligente.

—Ahora el que se ríe de mí eres tú.

—No me río de ti. Me río contigo.

¡Qué capullo! El tío que va de original y ahora hasta usa sus topicazos.

—Copión.

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

¿Bromea? ¿Qué quiere que haga con sólo dieciséis años?

—Pues imagino que a lo que casi todos con mi edad: estudio en el instituto.

—¿Qué curso?

—Primero de Bachiller.

—Es fácil.

—¡Qué sobradito!, ¿no? No es nada sencillo. Hay que estudiar mucho.

—¿Y tú lo haces?

Paula enrojece. Éste no juzga por el aspecto físico, pero el tío no se corta con lo demás.

—Sí. El último día. No me concentro antes. Apruebo como puedo, pero hasta ahora no he repetido curso.

—Algo es algo.

—¡Hey! Te repito que no es fácil. Muchos han repetido alguna vez con mi edad.

—Tranquila.

—¿Tranquila por qué?

—No me importa si has repetido. Todos tenemos épocas malas, se nos atraviesa alguna asignatura, algún profesor... No te voy a juzgar tampoco por tu expediente académico.

—¿Tú repetiste algún curso?

—No. Pero tuve un segundo de Bachiller complicado. Al final, un profesor me ayudó. Me aprobó una asignatura que tenía suspensa para poder hacer selectividad en junio.

—¡Qué cara!

—Llamémosle ser buen relaciones públicas.

Paula vuelve a reír, en el MSN y en su dormitorio. Es tardísimo, pero se siente tan a gusto con aquel chico misterioso...

—Eres un caso, Ángel.

Pero el periodista no escribe. En esta ocasión pasa más tiempo que las veces anteriores en las que se ausentó. Sin embargo, ella no dice nada. Teme ser una pesada.

Diez minutos más tarde por fin da señales de vida.

—Perdona.

—No te preocupes. Si estás hablando con más gente, lo entiendo.

—No hablo con más gente, sólo salí a la terraza.

—¡Con el frío que hace! ¡Estás loco!

—Es que... mira por la ventana.

Paula descorre las cortinas. Detrás del cristal, pequeños copos de nieve aterrizan

espacio en el suelo de la ciudad.

—¡Está nevando!

—Sí. Me encanta la nieve. Me hipnotiza.

Es precioso. Nieva.

Aquello sensibiliza a Paula. Tiene ganas de reír, de cantar, de saltar... Pero sobre todo de seguir conociendo a aquel chico tan extraño. Y sí, nunca hay que decir nunca. Porque quién sabe si alguna vez quedan para verse en persona y descubre todos los secretos de aquel periodista enigmático.

Epílogo



Los siguientes días transcurrieron muy lentos para Paula.

Pasó casi todo el tiempo estudiando los exámenes del segundo trimestre. Sin embargo, todo lo que le sucedió le afectó demasiado y suspendió dos asignaturas: Filosofía e Historia.

Ángel la llamó tres veces. El sábado para preguntarle qué tal estaba y si había pensado ya en lo que tuviera que pensar. Paula le respondió que era pronto y que le dejase un tiempo para reflexionar. El martes, para lo mismo, con idéntica respuesta. Y el viernes también, cuando estuvieron muy fríos. Ángel entonces sacó el tema de que si estaban rompiendo y Paula le respondió que no lo sabía.

De Álex no sabe absolutamente nada. Ni siquiera le respondió al mensaje del hotel. Estuvo varias veces tentada de llamarlo, pero finalmente decidió no hacerlo.

Con Mario no fue fácil. El lunes en clase ella lo miró, pero él no quiso saber nada. Así hasta el jueves, cuando Diana intercedió entre ambos y hablaron un poco de temas intrascendentes. El viernes fue mejor e incluso hubo alguna broma entre los dos.

Diana aprobó Matemáticas con un 8.25 y Miriam suspendió con un 0.5. Cris también salió indemne del segundo trimestre en la asignatura.

Un día de abril, en Disneyland-París.

—¡Mira! ¡Allí está Mickey! —grita Erica, nerviosa.

—¿Dónde? No lo veo —pregunta Paula, que lleva buscando todo el día al ratón de Disney para hacerle una foto con él a la pequeña.

—¡Allí!

La niña se suelta de la mano de su hermana y sale corriendo.

—¡Erica! ¡Espera, que te vas a perder!

La hermana mayor se ve obligada a correr detrás de la niña hasta que por fin se para. Y sí, allí está Mickey.

—Hola, guapa, ¿cómo te llamas? —pregunta el ratón, que habla un curioso español con acento francés.

—Erica.

—Qué bonito nombre. ¿Y la chica que viene contigo?

—Es mi hermana, se llama Paula.

—Es muy guapa.

—¿Te gusta? Podrías casarte con ella.

Paula no oye nada de lo que hablan Mickey y su hermana.

—Oye, Mickey, ¿podrías agacharte un poco? Es que no te consigo enfocar la cabeza —comenta Paula mientras prueba con la cámara en vertical.

Mickey obedece. Se inclina y abraza a la niña.

Clic. Clic. Clic.

—Claro que me gusta. Dile a tu hermana que si le gustaría cenar conmigo esta noche.

Erica corre hasta Paula.

—Dice Mickey que si cenas con él esta noche.

—¿Qué?

—Eso. Que si quieres cenar con él esta noche.

La chica sonrío, coge a su hermana de la mano y se alejan de allí.

Pero si hay alguien que tiene capacidad para conseguir lo que quiere, ése es el ratón más famoso del planeta.

¿Sabes que te quiero? Puede sonar a melodía si la escuchamos de la persona a la que amamos; pero también puede a llegar a romperte los esquemas y desbaratar toda tu vida si no es algo esperado o somos nosotros quien lo pronunciamos.



BLUE JEANS. Seudónimo de Francisco de Paula Fernández, nació en Sevilla, aunque toda su adolescencia la pasó en Carmona.

A los dieciocho años se trasladó a Madrid, ciudad en la que actualmente reside, para estudiar periodismo en la Universidad Europea. Después de hacer un máster en periodismo deportivo y colaborar en algunos medios, encontró finalmente su lugar cuando se dejó llevar por su gran pasión, la escritura.

La trilogía *Canciones para Paula* es su primera obra publicada, una historia que miles de seguidores comenzaron a leer en diferentes redes sociales antes de verla consagrada al papel. Cuando no está escribiendo, Blue Jeans dedica su tiempo libre a responder las preguntas de sus seguidores en las redes sociales. También ha colaborado con la revista *Superpop*.

Actualmente se encuentra inmerso en su segunda trilogía, *¡Buenos días, Princesa!* es el primer tomo.

<http://www.cancionesparapaula.com/>